Seix Barral Biblioteca Formentor

Janet Frame

Un ángel en mi mesa

agapea.com

Annotation

Un ángel en mi mesa reúne los tres volúmenes de una de las obras más singulares y atractivas de la literatura contemporánea, la autobiografía de Janet Frame: 'La cautivadora e intensa trilogía de Frame es una de las más grandes autobiografías jamás escritas, un relato del crecimiento de una escritora que, tomada por loca, descubrió justo a tiempo su verdadera identidad de genio', The Guardian. Frame pasó su infancia en la mágica Nueva Zelanda, en un ambiente de pobreza pero muy rico intelectualmente. Fue en esos años, marcados por la tragedia, cuando descubrió el poder transformador de la palabra. Amenazada por la sombra de la locura, a los veintiún años empezó un periplo por varios hospitales psiquiátricos, donde le diagnosticaron erróneamente esquizofrenia. Cuando estaban a punto de realizarle una lobotomía, ganó uno de los más importantes premios literarios neozelandeses y anularon la operación. Esta hermosa autobiografía constituye una experiencia humana, artística e intelectual inolvidable. Constante celebración del poder de la imaginación, estas páginas ofrecen un testimonio del crecimiento de una escritora, pero son también el relato de la lucha de una mujer por sobrevivir a su mundo interior, a veces brutal y sombrío, pero siempre bello.

JANET FRAME

Un ángel en mi mesa

Editorial Seix Barral, S.A.

Sinopsis

Un ángel en mi mesa reúne los tres volúmenes de una de las obras más singulares y atractivas de la literatura contemporánea, la autobiografía de Janet Frame: 'La cautivadora e intensa trilogía de Frame es una de las más grandes autobiografías jamás escritas, un relato del crecimiento de una escritora que, tomada por loca, descubrió justo a tiempo su verdadera identidad de genio', The Guardian. Frame pasó su infancia en la mágica Nueva Zelanda, en un ambiente de pobreza pero muy rico intelectualmente. Fue en esos años, marcados por la tragedia, cuando descubrió el poder transformador de la palabra. Amenazada por la sombra de la locura, a los veintiún años empezó un periplo por varios hospitales psiquiátricos, donde le diagnosticaron erróneamente esquizofrenia. Cuando estaban a punto de realizarle una lobotomía, ganó uno de los más importantes premios literarios neozelandeses y anularon la operación. Esta hermosa autobiografía constituye una experiencia humana, artística e intelectual inolvidable. Constante celebración del poder de la imaginación, estas páginas ofrecen un testimonio del crecimiento de una escritora, pero son también el relato de la lucha de una mujer por sobrevivir a su mundo interior, a veces brutal y sombrío, pero siempre bello.

Título Original: *To the Is-Land, An Angel at my Table y The Envoy from Mirror City*
©1982, Frame, Janet
©1991, Editorial Seix Barral, S.A.
ISBN: 9788422639206
Generado con: QualityEbook v0.87
Generado por: Silicon, 10/02/2021

Janet Frame

Un ángel en mi mesa

TÍTULOS originales: *To the Is-Land, An Angel at my Table* y *The Envoy from Mirror City*

I) To the Is-Land
Janet Frame, 1982
Traducción de Juan Antonio Gutiérrez-Larraya
II) An Angel at my Table
Janet Frame, 1984
Traducción de Ana María de la Fuente
III) The Envoy from Mirror City
Janet Frame, 1985
Traducción de Elsa Mateo
1991, Editorial Seix Barral, S.A.
ISBN 84-226-3920-3

ÍNDICE

LA TIERRA DEL ES
1. En el segundo lugar
2. Hacia la Tierra del Es
3. Con vestido de terciopelo
4. Los ferroviarios
5. Ferry Street, Wyndham
6. Oíd, oíd: los perros ladran
7. 56 de Edén Street, Oamaru
8. Muerte y una enfermedad
9. Poppy
10. La invasión permanente del OK
11. El príncipe del sueño
12. Remedios
13. Las aves del aire
14. Pasatiempos
15. Gussy y la «Invercargill March»
16. El Ateneo
17. Arropado en gruesa seda blanca
18. Partidas de campo
19. Un óbito
20. «Una vez Paumanok»
21. Las generaciones ávidas
22. El reino junto al mar
23. Scrapers y Bluey
24. Fausto y el piano
25. Haciendo tiempo

26. Nieve primaveral temprana
27. «No eres eso, Jasper»
28. Ingreso en la universidad
29. Imaginación
30. Un país colmado de ríos .
31. Partida de la Tierra del Es, salutación a la Tierra del Es

UN ÁNGEL EN MI MESA
Primera parte
LAS TRETAS DE LA DESESPERACIÓN
1. La piedra
2. Número cuatro de Garden Terrace, Dunedin
3. La estudiante
4. Otra vez «Un país colmado de ríos»
5. Isabel y el crecimiento de las ciudades
6. Willowglen
7. 1945: Uno
8. 1945: Dos
9. 1945: Tres
10. 1945: Cuatro
11. La pensión y el Nuevo Mundo
12. Verano de Willowglen
13. Otra muerte por agua
14. Estimada señorita
15. Enhebrando agujas

Segunda parte
BUSCANDO LA SEDA
16. Grand Hotel
17. Mr. Brasch y Landfall
18. El retrato y la manta eléctrica
19. Al norte
20. Mr. Sargeson y la barraca militar
21. Hablando del tesoro
22. Los pinos al fresco de la tarde
23. Una muerte
24. Los gusanos de seda
25. Miss Lincoln, Beatrix Potter y el doctor Donne
26. Consejos a la viajera
27. La viajera

EL MENSAJERO DE LA CIUDAD ESPEJO
Primera parte
TRIPLE TESTIMONIO
1. Sin tierra, la travesía

2. El caballero
3. Keats y las cuentistas de Battersea
4. Tres
5., Un juego de ajedrez
6. Plaza Roma
7. Calle Ignacio Riquer
8. Gente nueva-jabón
9. Los pinos
10. El americano
11. Figueretes
12. Andorra

Segunda parte

A GUSTO EN LA CIUDAD

13. Londres
14. Preguntas
15. La investigación y el veredicto
16. El doctor Cawley y el lujo del tiempo
17. Grove Hill Road y la vida de una escritora
18. Amigos en Londres
19. El encuentro con el editor
20. Una casa en el campo
21. Un apartamento en la ciudad
22. El regreso
23. Willowglen
24. Sólo para contentar al Mensajero

LA TIERRA DEL ES

DEDICO este primer libro a mis padres, hermano y hermanas

AGRADECIMIENTOS

MANIFIESTO mi cordial agradecimiento al constante apoyo incondicional del New Zealand Literary Fund, el de mis amigos y el de mi editor.

Expreso también mi reconocimiento a las personas y entidades siguientes por haberme autorizado a reproducir fragmentos de poemas: extracto de «I met Eve», de Walter de la Mare, utilizado con licencia de The Literary Trustees of Walter de la Mare y The Society of Authors como sus representantes; extracto de «Old Grey Squirrel», de Alfred Noyes, reimpreso con el permiso de William Blackwood & Sons Limited y los herederos del autor.

1. En el segundo lugar

Salida del primer lugar de líquida oscuridad, y ya en el segundo lugar de aire y luz, registro por escrito la siguiente crónica con su mezcla de hechos y verdades y recuerdos de verdades y su orientación inmutable hacia el Tercer Lugar, en que el punto de partida es mito.

2. Hacia la Tierra del Es[1]

Los antepasados... ¿Quiénes eran los antepasados? ¿El mito o la realidad? Solía jactarme de niña de que los Frame •*cruzaron* en compañía de Guillermo de Orange». He sabido desde entonces que pude estar en lo cierto, porque Frame se deriva de Fleming, Flamand, de los tejedores flamencos que se asentaron en las tierras bajas de Escocia en el siglo XIV. Corroboro la realidad o el mito de aquellos ascendientes míos siempre que recuerdo que abuela Frame empezó a trabajar en una fábrica de algodón de Paisley a los ocho años; que sus hijas Polly, Isy y Maggie consumieron su existencia laboral como costureras y, en sus ocios, produjeron bordados, prendas de calceta, encajes y artículos de ganchillo; y que su hijo George Samuel, mi padre, dominaba destrezas tales como el recamado (o «labor de fantasía», al decir de entonces), la confección de alfombras, el repujado de cuero y la pintura al óleo en lienzo y velludo. Apasionaba a los Frame hacer cosas. Como su progenitor, el abuelo Frame, herrero que confeccionó nuestros atizadores, hormas de calzado e incluso la batidora de madera que se suavizó de tanto remover nuestros puches matutinos, mi padre sobrevive de objetos tales como un saco de labor de piel, una pareja de agitadores de manteca con pestañas y un puñado de anzuelos de cuchara para salmones.

Supimos en nuestra infancia muy poco de los antepasados paternos, los Frame y los Paterson, salvo que los más habían emigrado a los Estados Unidos y Canadá, donde la «prima Peg» fue maestra de escuela. Y nada queda ahora de aquella rama de la familia Frame, de sus ocho hijos —John, Alex, Thomas, Robert, Williams Francis, Walter Henry, George Samuel y Charles Allan—, ni de sus cuatro hijas —Margaret, Mary e Isabella Woods—. La cuarta, tocaya mía, falleció a los trece meses de edad.

Los parientes maternos, los Godfrey, hacía mucho tiempo que se habían establecido en Wairau, Blenheim y Picton, donde nació mi madre, Lottie Clarice, y se crió con tres hermanos —Charles, Lance y William—, y cinco hermanas —May, Elsie, Joy, Grace y Jessie (que murió a los veintiún años)—. Su padre, Alfred Godfrey, también herrero, era vástago de John, individuo político apodado «el Duque», propietario de la Sheepskin Tavern, en el valle de Wairau, y posteriormente director de la Marlborough Press. A través de mi madre, supimos de Henry, hermano de John, y del autor de sus días, médico de Oxford, cuyo «Elixir de Godfrey» tuvo renombre en Gran Bretaña en los primeros años del siglo XIX; de mi abuela materna, Jessie Joyce, de una familia de origen francés de las islas Jersey, y de su progenitora, Charlotte, cuyo apellido de soltera era Nash, autora de un librito de poemas, de cubierta grabada y páginas de color de guisante de olor, escritos en el siglo XVIII, antes de que emigrase de Harbledown (Kent) a Nueva Zelanda; Charlotte, que casó por segunda vez con James o «Worser» Heberley, de Worser Bay (Wellington), y que le fue donada por la tribu de su primera esposa (Te Atiawa).

He aquí a madre y padre. Madre abandonó la escuela en fecha temprana para convertirse en enfermera dental en la clínica del señor Stocker, y luego en criada en varios hogares de Picton y Wellington —los Beauchamp, los Loughnin—, y, durante la primera guerra mundial, en los años iniciales de su matrimonio, en la casa de Wili Fels, en Dunedin; madre, memoriona y parlera, en parte desgajada de su familia por haberse casado con quien no compartía su fe cristadelfiana, y por su alejamiento de Marlborough, rememoraba su pasado como alguien recuerda su patria; madre en constante estado de inmersión familiar, incluida la prueba fehaciente de ello representada por el retazo mojado de delantera de su vestido, cuando se inclinaba sobre el fregadero al lavar los platos, *o* sobre el barreño y la tina, o, de hinojos, fregaba el suelo con bayetas de forma singular —perneras de pijamas viejos, brazos y faldones de camisas maltrechas—, o, para mantener a raya la jaqueca y el cansancio del estío bochornoso, el trapo empapado en vinagre que se ceñía a la cabeza: inmersión tan absoluta, que alcanzaba el efecto opuesto de que apenas parecía estar en la casa de modo real, o el de ser alguien irreal, cuya esencia

auténtica, su verdadero yo, se hubiese desintegrado por la acción del agua. Acaso sentimos celos del espacio que otro mundo y otro tiempo ocupaban en la existencia de nuestra madre; y aunque, temiendo quizá la penetración en aquel mundo ajeno, pugnásemos por escapar, nos obsesionaban sus relatos de la Guardia, los Heberley y Diffenbach, los naufragios en los estrechos, la vida en Waikawa Road y el campo maorí, y la existencia familiar en el hogar de los Godfrey, evocada como paradisíaca. Llegamos a conocer al dedillo incidentes, apoyados en la memoria de conversaciones exactamente repetidas, de la escuela, el hogar, la clínica del dentista y los domicilios en los que madre había servido, desde su emoción en su primer día escolar al ver un weta patilargo encaramado en la pierna de hermano Willy («¡Eh! ¡Fijaos en la rodilla de Willy!»), hasta las palabras del señor Loughnin, el magistrado, cuando, en camisón y gorro de dormir, atrajo al lecho a su esposa: «Letty, te deseo...»

Si madre se refería al presente, aportando su facultad de percepción portentosa al mundo ordinario que conocíamos, escuchábamos sintiendo arcano y magia. Le bastaba decir de un objeto corriente «Mirad, chiquillos, esa piedra», para que la piedra se convirtiera en un prodigio como si fuese algo sagrado. Podía impregnar cada insecto, hierbecilla, flor, peligros y grandezas del tiempo y las estaciones, de importancia memorable y de una especie de incertidumbre y humildad que nos inducía a estudiar e intentar descubrir la esencia de todo. Madre, aficionada a la poesía, a leerla, componerla y recitarla, nos comunicó el mismo sentimiento sobre el orbe de la palabra escrita y hablada.

Padre, al que llamábamos «papá», propendía a la seriedad reservada, con intensa noción de la formalidad en el comportamiento, lo que le vedaba el lujo de la reminiscencia. Rara excepción eran sus narraciones de «el tiempo en que teníamos el mono», referidas con placer rememorado y cierta nostalgia. Al mudarse su familia de Oamaru, donde había nacido, para vivir en Port Chalmers (lugar en que su madre, abuela Frame, fue conocida como comadrona), abuelo Frame llevó de la taberna a su casa un mico abandonado por un marinero.

—Háblanos de la época en que tuviste un mono —solíamos pedirle.

Padre también había renunciado a la enseñanza muy pronto, pese a que era excelente estudiante, como atestiguan las fotografías de los «Buenos alumnos de la escuela de Albany Street». Su primer empleo consistió en ejecutar efectos sonoros (galopar de caballos y tronar ensordecedor de tormentas recias) en el teatro local, y su primera aventura, en el intento de echarse al vuelo desde el tejado de su domicilio en Dunedin. Entró luego en el ferrocarril como lavador,

categoría desde la que ascendió a fogonero, maquinista de segunda clase, cargo que desempeñaba cuando le conocí, y maquinista de primera, en lo que siguió el ejemplo de sus hermanos, que consagraron su existencia a los motores y el movimiento: Alex fue taxista; Wattie, patrón de barco y después capitán del puerto de Newport (Melbourne); y Charlie, durante algún tiempo mecánico de automóviles y chófer de sir Truby King. Hermano Bob llegó a panadero en Mosgiel.

Papá y mamá (así llamé a madre hasta que me consideré lo bastante crecida para reconocerla como personalidad separada) se casaron en la oficina del registro de Picton tres semanas antes de que padre se fuera a luchar en la Gran Guerra. Cuando volvió de ella, mis progenitores se establecieron en Richardson Street, en St. Kilda (Dunedin), con el socorro de un préstamo de rehabilitación de veinticinco libras esterlinas, con las cuales adquirieron un guardafuegos de madera, una alfombrilla para el hogar, dos butacas de respaldo ajustable, una cómoda, una mesa oval de comedor, una cama de hierro, un colchón de lana y una estera para la cocina, de todo lo cual quedó constancia en el documento de préstamo, con la advertencia estremecedora de que, mientras no se saldase la deuda, el representante del soberano (el acuerdo era entre «Su Majestad el Rey y George Samuel Frame») tenía derecho a entrar en el domicilio de los Frame para inspeccionar e informar del estado de «el mobiliario y los accesorios susodichos». El préstamo se saldó a los pocos años, y el papel probatorio fue guardado por mis padres en el lugar más sacrosanto —el cajón superior de la derecha de la cómoda—, en el cual se reunió con el gorrito de mi hermana Isabel, el anillo de bodas de mamá, que no le cabía ya en el dedo, la parte superior de su dentadura postiza, que tampoco le servía, el guardapelo de oro de veintidós quilates de Myrtle, con su nombre grabado, y las monedas extranjeras, las más egipcias, que papá había traído de la guerra.

Había, pues, los antepasados como posesiones míticas —tu bisabuela o tu bisabuelo hizo esto, fue esto, vivió y murió acá o allá—, y los parientes vivos, acumulando memorias que nosotros no habíamos compartido. Luego, el 15 de diciembre de 1920, nació una hija, Myrtle; el 20 de abril de 1922, un hijo, Robert o Bruddie; y en 1923, otro hijo, nacido muerto y enterrado sin nombre. El 28 de agosto de 1924, aparecí yo en el mundo y me llamé Janet Paterson Frame, con padres preconfeccionados y un hermano y una hermana que ya habían comenzado a acumular experiencias, inaccesibles para mí excepto en su lenguaje y su historia, siempre algo diferente, de nuestra madre y padre. A medida que veía la luz cada miembro de la familia, todos y cada uno, en cierto sentido con memorias prestadas, empezaron a suministrar los avíos de cada Tierra del Fue, de cada

Tierra del Es, y las esperanzas y sueños del Futuro.

3. Con vestido de terciopelo

Me trajo al mundo la doctora Emily Seideberg McKinnon, en el St. Helens Hospital de Dunedin, en el que se me conoció como «la cría que siempre tenía hambre». Tuve un gemelo que apenas vivió unas semanas. Los mellizos eran hereditarios en la familia de madre, quien repetía con alguna frecuencia el poema compuesto (creo) por su abuela, cuyos dos pares de gemelos murieron en la infancia: «Cuatro ricitos de oro.» En el recuerdo que madre tenía de mi nacimiento surgían con insistencia dos hechos: su orgullo de que hubiese atendido al parto la primera mujer que se graduó en Medicina en Nueva Zelanda, y su satisfacción de su abundancia de leche, que le permitió amamantar tanto a mí como a vástagos ajenos.

«Me sacaron la leche», reiteraba con un generoso ademán de entrega en dirección de sus «tetas», uno de los muchos gestos que nosotros —los antepasados se hallaban constantemente avizores a nuestro lado— atribuíamos a la rama «francesa» de la familia. Madre se refería con fuerza dramática similar a la doctora Emily Seideberg McKinnon, lo que sin duda me impresionó incluso en los primeros días de existencia, porque su repetición de toda la vida de nombres importantes para ella —Henry Wadsworth Longfellow, Harriet Beecher Stowe, John Greenleaf Whittier, William Pember Reeves (*The Passing of the Forest*) y Michael Jopseh Savage— jamás dejaron de suscitar una impresión mágica.

Nací en una ciudad que había conocido no hacía mucho dos sucesos históricos y sobre la que se cernían otros. En 1923, las partes bajas de Dunedin y St. Kilda, donde vivíamos, sufrieron graves inundaciones del Leith desbordado, y pocos años antes el príncipe de Gales había visitado la primera de las dos poblaciones. Por consiguiente, mis recuerdos más tempranos atañen a lo que se decía del príncipe y de la riada, y a la inaccesibilidad de aquellas conversaciones, tan superiores a mí, de aquí para allá y de allá para aquí, entre personas altas, altísimas. Contaba yo tres semanas de vida cuando la familia se trasladó a Outram, donde tuvimos una casa con un enorme nogal en la parte trasera y un establo para una vaca ayrshire colorada y blanca, Betty; y a las seis semanas, acompañaba a madre a la vaquería mientras la ordeñaba. Mis recuerdos más antiguos son fragmentarios y, aparte los diálogos de los adultos, todos corresponden al aire libre: el establo, el huerto del vecino y bajo el nogal, donde, al paso que crecía, me colocaron en un amplio recipiente de queroseno para que jugase y dentro del cual aprendí a andar aferrándome al borde. Se me ha contado que mi primera frase

fue «Coge nuez, mami», y que pronuncié *nuez* como «nuelz». Mi forma de expresarme acostumbraba ser incorrecta, lo que, por lo visto, divertía a todos. Me curaron un orzuelo los «*pitties*» (huesos de fruta) y no, se me dijo, las «*pixies*» (hadi tas). Canté «Dios salve a la lata» *[tin* por *king*, rey]. Bebí «tasonez». A los veinte meses de mi vida, nació otra niña, bautizada Isabel, que fue para mí «Iddabull».

Mientras madre se atrafagaba con su nueva hija, abuela Frame, que moraba con nosotros, se convirtió en mi acompañante y amiga. Fue quien me habló de los «*pitties*». Me acuerdo de ella, ante todo, como de una mujer alta de largo vestido negro y después, cuando la diabetes obligó a amputarle una pierna, en una silla de ruedas. Tenía el cutis oscuro, el pelo negro rizado y, si bien hablaba escocés, las canciones que interpretaba procedían del sureste de los Estados Unidos. Se movía en silencio por la casa, pero, de pronto, su voz ascendía en un canto que me llenaba de un sentimiento, que, mucho más tarde comprendí, era tristeza. «Llévame de nuevo a la vieja Virginia...», cantaba abuela, y se interrumpía tras el primer verso casi como si necesitase una pausa natural para transportar su ser al suelo virginiano. Sé que lo notaba yo en el modo en que miraba alrededor de la habitación, como si de súbito se hubiera convertido en una desconocida y hasta estuviera dispuesta a comentar, como hacían los forasteros: «¡Ah! Veo que tienes uno, Lottie. No sabía que lo tuvieras. Es agradable contar con ellos, ¿no?» Pero abuela proseguía el canto: «Allí crecen el algodón, el maíz y los harapos...» Su voz se refería a «Trabajar duro para el señor amo». Di por sentado que abuela Frame era africana, que había sido esclava en Norteamérica y que su verdadera patria era Virginia, a la que ansiaba retomar. Porque, véase, yo sabía ya de la esclavitud.

Todo el mundo hablaba en casa de un libro, *La cabaña del tío Tom*, de Harriet Beecher Stowe, y me llamaban Topsy por lo ensortijado de mi cabello.

—¿Quién eres? —me preguntaban.

Yo había aprendido a contestar:

—Soy la chica que nunca nació. Tal vez crecí entre el maíz. Cáspita, ¡qué picara soy!

Madre hablaba de Eliza cruzando el hielo como si hubiera sucedido de veras, como de los pioneros y de la visita del príncipe y de la inundación. Hablaba del perverso Simon Legree. Se charlaba sin cesar de hielo, extensión glacial, carámbanos flotantes e icebergs, pues el desastre del *Titanic* seguía intacto en la memoria de la gente y merecía comentarios frecuentes.

Aquellos días en Outram, hasta mi tercer cumpleaños, proporcionan recuerdos y sentimientos aislados; de las horas que pasé contemplando a *Betty*, la vaca, en tanto que su maquinaria, cubierta

de piel tachonada, trabajaba por los dos extremos; de los olores y colores y diversidad de materias sólidas (nabos y manzanas) y líquidas que ingería por un cabo y expulsaba por el otro. Estoy cerca de la barrera del establo, dándole grandes manzanas encamadas, y de vez en vez abre la boca y bosteza, lanzando a mi rostro una vaharada de aliento que huele, todo junto, a patata, nabo, manzana y hierba, y mostrando su gruesa dentadura desgastada. Me acuerdo de los Snow y su huerto, de mi amiguito Bobby Little, que me enseñó a decir «bribón» y al que yo llamaba «Budda». Recuerdo el terrible almacén al que estaba prohibido aproximarse —al fondo de la sala de perforación (o preforasión, a mi manera de hablar)—, y el brillo plateado de mi lata de petróleo, mi único juguete, que llevaba a rastras con un cordel doquier que fuese, en medio de redobles metálicos y matraquees, y que en ocasiones se abollaba, y era alisado a golpes hasta su forma original con ruido de la lluvia al caer en el depósito de agua. Recuerdo a Topsy y Simon Legree y Eliza en el hielo y los espectros («cuerpos»), que brotaban en la oscuridad, tras apagar las bujías; y recuerdo, como evocación más remota, algo que acaso no sucedió: una mujer talluda, con una percha de ropa en la nariz, fisgó en el dormitorio desde un ventanuco que había en lo alto de la pared, y, mirándome con fijeza en mi catre, exclamó ásperamente: «Eres una entremetida.»

Mi reminiscencia más vivida de aquel período es el largo, blanco y polvoriento camino que cruzaba ante la puerta, el marjal (que yo llamaba «rajal») que tanto terror me infundía, puesto que me habían repetido que nunca me acercase a él, y la rara hierba de anormal verde brillante que medraba a su alrededor, y los yerbajos semejantes al interior de una pelota de goma que crecían en su superficie, y el animalucho áureo de librea aterciopelada que se alimentaba cerca de la valla; y a mí misma vestida con mi bien más estimado, el traje de terciopelo dorado, al que denominaba mi prenda de «animalucho». Me acuerdo del día gris en que estuve junto a la puerta y oí sonar el viento en los cables telegráficos. Me acometió mi primera sensación consciente de melancolía externa, o que parecía llegar desde el exterior, del tañido del aire gimiendo en ellos. Miré a uno y otro lado del camino y no vi a nadie. El aire bufaba de lugar en lugar, más allá de nosotros, y allí estaba yo, en medio, escuchando. Experimenté un agobio de pena y soledad como si hubiera ocurrido algo o algo hubiera empezado y yo lo supiese. No imagino que hubiese comenzado ya a pensar en mí como persona que contempla el mundo; hasta entonces, sentí que *yo* era el mundo. Al escuchar el viento y su cántico desconsolado, comprendí que percibía una tristeza que carecía de vínculo conmigo, que pertenecía a cuánto me rodeaba.

No deseo buscar el origen vulgar de tal sentimiento. De vuelta a casa con una preciosa concha recogida en la playa, se la limpia de

arena, restos de algas y pizcas de desecho, y tal vez del minúsculo habitante ojinegro muerto. Quizá haya yo bruñido esta concha de la memoria con el pulidor del tiempo, pero solamente porque me acompaña con asiduidad, y no porque la abrillante para su exhibición.

Aprendía palabras, convencida desde el principio que las palabras significan lo que dicen. Me desconcertaba algo que hubiera en la casa un almacén ferroviario, cuando se nos impedía a los niños que nos avecinásemos a él. Y si cantaba «Dios salve a nuestro gracioso *tin*», creía ensalzar a mi adorada lata de queroseno. En aquellos días de Outram, en que numerosos parientes vivían cerca, había muchas idas y venidas y conversaciones y risas, y las palabras viajaban como viento en cables invisibles, palabras llenas de sentido y de importancia, que describían la Great Dunedin and South Seas Exhibition y la visita del duque de York y la denominación de lugares. La mayoría de los parientes que aparecían eran Frame, familia excitable, apasionada por los detalles, enamorada de la vida hogareña y del lar, lo que hacía que la más íntima excursión fuera de la casa propia se transformase en motivo de rememoración minuciosa de todas las reuniones, diálogos, noticias, rumores y hechos concretos, y cuando éstos tienen la jerarquía de visitas regias y grandes exposiciones e inundaciones y naufragio de buques inaufragables, confundidos con pormenores impresionantes de libros que se leían y poemas que se recordaban como si fuesen también circunstancias verídicas, entonces me explico mi excitación, aunque no la entendiese mientras iba de acá para allá en la red viajera de las palabras.

Pero éramos ferroviarios. Y a mis tres años de edad, nos mudamos a Glenham, en el sur.

4. Los ferroviarios

Mi recuerdo se compone una vez más de los colores y espacios y rasgos naturales del mundo exterior. Durante la primera semana en la casa de Glenham, en la colina, descubrí un sitio, *mi sitio*. Una exploración personal me llevó a un lugar secreto, entre caducos árboles caídos, junto a un arroyuelo, con un tronco musgoso en que sentarme, y con las ramas de hojas renovadas del plateado abedul formando una bóveda que ocultaba el firmamento, salvo donde los vacíos recortaban los rayos solares. El terreno se hallaba cubierto de capas de viejas hojas desgastadas; rezumantes de humedad y resbaladizas. Me senté en el tronco y miré lo que me rodeaba. Me abrumó una deliciosa sensación de hallazgo, de gratitud, de posesión. Sabía que aquel sitio era totalmente mío: míos el musgo, el arroyo, el tronco, el secreto. Fue una clase de posesión por completo diferente de mi vestido de «animalucho» o de la nueva hermanita, Isabel, por la

que reñíamos muy a menudo Myrtle y Bruddie y yo (pues madre había asegurado que Isabel era *mi* niña, como Bruddie era el niño de Myrtle) tanto que llegué a pensar que poseer gente era cosa dificilísima, pues había que pasarse la vida peleando para conservar su posesión.

Recuerdo mi avasallador sentimiento de goce anticipado y de excitación ante el mundo: el mundo era *mi sitio* del tronco abatido de abedul, con la hierba, los insectos en la hierba, el cielo, las ovejas, vacas y conejos, los goterones de savia y los halcones. Todo en el Exterior. Recuerdo mi percepción especial del firmamento, su remoto encumbramiento, allí donde mi padre y mi madre vivían, y cómo me llenó un ansia de él, una especie de nostalgia que compartí con mi hermano y hermanas algunos años después, cuando descubrimos, en un ajado libro de escuela, un poema que empezaba con estos versos:

> Tumbado de espaldas en el prado yacía un muchacho
> con la cara vuelta hacia el cielo,
> contemplando las nubes que, una tras otra,
> flotaban perezosamente...

Nos acostábamos juntos en la larga hierba estival, mirando las nubes, recitando el poema y sabiendo que todos y cada uno experimentábamos similar añoranza y afán por el firmamento.

Esta pasión por el mundo natural se reforzó con los numerosos viajes que hicimos con papá, en su Ford Lizzie gris, a los ríos y mares meridionales, pues era pescador entusiasta. Mientras pescaba, jugábamos, merendábamos y narrábamos cuentos, imitando a madre, que ideaba versos y relatos durante la espera de que el puchero hirviese sobre el fuego de manuka. En una de aquellas expediciones a la costa del sur, narré mi historia del pájaro, el halcón y el espectro (pronunciados «pajaro», «jalcón» y «espetro»), y aunque la memoria de la ocasión es versión apoyada en lo que madre solía evocar, remedando hasta mi gesto de simpatía, en el que inclinaba la cabeza a un lado y exclamaba «¡Oh, pobre pajarito!», me acuerdo de ello sobre todo por recordar que vi mentalmente la enorme sombra negra del espectro cuando apareció desde el otro lado de la colina: «Había una vez un pajaro. Un día un jalcón se remontó en el cielo en busca del pajarito. (Oh, pobre pajarito.) Al día siguiente, un espetro grande apareció desde detrás de la colina y se comió al jalcón por haberse comido al pajarito.»

Me acuerdo de paso de mi enérgico intento de que el auditorio, Myrtle y Bruddie, estuviera callado como una tumba, y de que solicité para ello la ayuda materna.

—Mami, Myrtle y Bruddie se menean. Mándales que no se meneen mientras yo explico.

Los poemas que madre nos recitaba durante aquellas partidas de campo eran sugeridos por lo que nos rodeaba: el faro de Waipapa, la Aurora Australis en el firmamento.

—Fijaos en las luces del sur, niños.

El faro en la costa peñascosa,
el chillido desolado de las gaviotas
y el día que muere dejan
la imagen de Dios en el cielo.

Había otros poemas que no se debían a madre, con argumentos de naufragios, de aguajes: «Pleamar en la costa del Lincolnshire», «Ven, Whitefood; acudid, Lighfoot y Jetty, al ordeñadero...». Sabíamos, en efecto, de vacas y sabíamos de inundaciones. «Siendo Myrtle y Bruddie pequeños, antes de que tú nacieras, Nini.» Tuvimos que «renunciar» a *Betty* cuando nos fuimos de Outram, y en aquel momento comprábamos leche al señor Bennett, en la colina de enfrente. Aprendimos a amar aquellas playas y ríos, las largas sombras del crepúsculo meridional y los áureos caminos, esplendorosos a ambos lados por la presencia de setos de enebro, y los halcones omnipresentes describiendo círculos en las alturas.

Myrtle y Bruddie empezaron a ir a la escuela, de un solo maestro, en Glenham, en la cumbre de otra colina, y en ocasiones los acompañaba, me sentaba en un rincón y observaba y escuchaba a los «mayores». En Glenham aprendí una palabra especial —*acorneado*— a causa de un incidente dramático: el señor Bennett fue *acorneado* por su toro jersey, castaño oscuro, y le llevaron en un vuelo al Invercargill Hospital, y todo el mundo aseveró que los toros jerseys castaños oscuros eran los más bravos.

Pasé mucho tiempo en «mi sitio», disfrutando de estar en él. Una noche papá llegó con novedades.

—Me han trasladado, mamá. A Edendale.

Se había dispuesto que nos cambiásemos al inicio del estío, y en el ínterin (estábamos en otoño) nuestra casa del ferrocarril sería derribada y reconstruida en Edendale; por ello pasaríamos el invierno en casetas de la vía férrea, emplazadas en el prado que dominaba la escuela, la vivienda del señor Bennett y nuestra casa, prado que tenía un pantano en una esquina y juncos y bayas blancas y naranjitas de penique que crecían en la hierba sedosa.

Pantano colorado, animalucho dorado, cielo gris, tren rojo, tren amarillo, macrocarpa verde, hierba gruesa dorada, hierba fina dorada, naranjitas de penique anaranjadas, bayas blancas y lechosas, todo iluminado por el firmamento que reflejaba la luz de la nieve de la Antártida o, como sabíamos por la constante mención materna, «el

polo sur, niños». Tales colores repletaron mi vista y nuestra excitación ante la perspectiva de vivir en el *Exterior*.

Había tres casetas del ferrocarril (posiblemente una cuarta), con una caldera de cobre, destinada al lavabo: una para la cocina y el lugar de estar, otra con literas para Myrtle, Bruddie y mi persona, y otra dormitorio para papá y mamá y la chiquita Isabel. Todas medían un metro y ochenta centímetros por dos metros y cuarenta centímetros, menos la de la cocina y reuniones, que disponía de una estufa, cuya chimenea de hojalata atravesaba la techumbre. Cada caseta estaba pintada de rojo como los trenes y tenía puerta. El lavabo, que llamábamos «sumidero», era el recinto que es de imaginar, alrededor de un agujero hondo, con un retrete encarnado de la ferrovía. Nos iluminábamos con bujías y queroseno, y sólo la cocina gozaba de estufa. Las delicias presentidas, que incentivó la habilidad de madre para sacar referencias poéticas de las muchas arraigadas en su espíritu, se amustiaron en cuanto recibimos el primer asalto de la ventisca meridional. Las narraciones sobre aduares de gitanos, o de árabes recogiendo sus tiendas, y de niños perdidos en el bosque, no fueron paliativo suficiente del choque del áspero frío. Parecía nevar sin descanso, continuamente, y los copos se acumulaban a harta altura en torno de las casetas y en el patio central.

Por primera vez conocí la infelicidad, la desdicha de ser separada todas las noches de mis padres y de no poder alcanzarlos sino cruzando la nieve. Por mi edad, estaba expuesta a las bromas, y como había pregonado mi miedo a las ratas de la pared, se me tomó el pelo con gritos de «ratas en la pared, ratas en la pared». Sufrimos resfriados, y yo empecé a tener dolor en las piernas, el cual formó parte de mi infancia. La fiebre me hizo delirar y vi insectos recorriendo el tabique arriba y abajo. Los «dolores del crecimiento» y la fiebre eran reumáticos. Todo estaba mojado y glacial, y el mundo se llenó de colada húmeda y pañales manchados de verde como si la pequeña, a modo de ternero, hubiese comido hierba. Mamá criaba aún a Isabel con el pecho. Yo había dejado de mamar a los dos años y principiado a masticar, aunque las tetas de madre estaban a nuestra disposición, como las ubres de una vaca, para disparar de tarde en tarde un chorrito a nuestras bocas. Madre, si bien «creía» en lactar a sus hijos el mayor tiempo posible, se ufanaba de nuestro pronto empleo de tazas y cuchillos, tenedores y cucharas. Comentaba con orgullo que yo «bebía del tazón a las seis semanas». Llegado el momento en que deseaba informarnos que sus pechos no eran para los mayores, sino para el hijo más reciente, se los untaba con una sustancia amarga.

Pese a la infelicidad del Interior, se estaba muy a gusto junto a la estufa, y bañarse en la tina redonda de estaño, frente a ella —frota,

frota y refina, tres hombres en una tina— era siempre gratísimo. Y madre, como se acostumbraría, contribuía a aliviar nuestra (y sin duda la suya) miseria, comentando la belleza de la nieve y narrándonos cosas sobre ella y la lluvia y Jack Frost (Helada), que venía a apoderarse «de nuestros dedos». Contemplaba la tierra tenebrosa por la pequeña ventana gélida, desprovista de cortina, de la cabaña y murmuraba: «No me extrañaría que Jack Frost apareciera esta noche...» Sabía tan bien como nosotros que lo hacía todas, pero me fascinaba que lo mencionase como persona con nombre, y me parece que creí en su existencia más a pies juntillas' que la de otro viajero nocturno, Santa Claus. También, en la calidez de la cocina, madre tocaba su acordeón y cantaba, en tanto que papá, a veces andando a zancadas a lo ancho y largo de la nieve (insistía en que era imprescindible hacerlo mientras se tañía), interpretaba canciones favoritas con ella: «El gallo del norte» o «Las flores del bosque», u otras sacadas de su libro de música gaitera.

Avanzado el verano, nos mudamos a nuestra casa reconstruida de Edendale, en el corazón de nuestro orbe ferroviario —junto a la línea férrea y el cobertizo de las mercancías y el hangar de las máquinas y la placa giratoria y las agujas y el depósito del agua pintado de color rojo de cabaña ferroviaria, en su soporte de color rojo de cabaña, junto a los raíles y la ahusada caseta roja donde habitaba el guardavías y colgaba sus señales y los vagones en reposo o retirados y los furgones y vagonetas—. Entre nuestros juegos figuraba «el trabajo de furgoneta», en el que pretendíamos ser tal medio de transporte en la vía férrea. Pasé mucho tiempo retozando en el terreno de ferrocarril, entre hierbas y flores ferroviarias —malvas silvestres y garbanzos de olor—, y en el depósito de mercancías, en el que los sacos de grano se acumulaban a buena altura, y yo, repentinamente fuerte como una «chova», trepaba a la cumbre de los rimeros, o «trepadores» según nuestra terminología, y descendía hacia Myrtle y Bruddie, agitando mis alas y lanzando un chillido como de halcón.

—Nini es la chova —decían durante las comidas, en respuesta a la pregunta de mamá o papá sobre lo que habíamos hecho—. Nini es la chova y hemos estado encaramándonos por los trepadores.

Jamás había visto yo una chova, pero había oído hablar de su costumbre de precipitarse sobre los objetos brillantes, que llevaba luego a su nido.

Apenas acomodados, así nos pareció, en la nueva casa vieja, recibimos la noticia de que debíamos trasladarnos de nuevo: a Wyndham.

5. Ferry Street, Wyndham

Wyndham, la ciudad meridional de los ríos, en una casa del modelo usual de las ferroviarias, junto a los raíles, nos ofreció la diferencia de una calle con nombre —Ferry Street—, el cual yo interpreté como *Fairy* (de las hadas). El hecho de haber ido de una Outram habitada por *pixies* (haditas) a una Wyndham llena de hadas no parecía un abuso de lógica ni de experiencia. Descubrí en la última población que había en el mundo más gente de la que había imaginado. Yo lo había concebido todo cielo, praderas verdes, pantanos, juncales, hierbas gruesas y finas, ovejas y vacas; y el viento gimiendo en los cables telegráficos a lo largo de caminos desiertos; y el tren que aparecía y desaparecía; y un par de vecinos que nos daban leche y manzanas a cambio de peces capturados por papá —truchas arco iris y pardas, boquerones, ostras—, o de nuestras manzanas y ciruelas; y personas, especialmente en Outram, como parientes, que iban y venían y hablaban de Central y Middlemarch e Inch Clutha; y después, como en Glenham y Edendale, el mundo como paraje en que vivíamos a solas con las alteraciones del tiempo atmosférico; con nuestra madre y nuestro padre trabajando el día entero, y cantando y tocando el acordeón y la gaita, mientras los niños nos esforzábamos en estar despiertos hasta que nos dormíamos.

En Wyndham, nuestra casa formaba parte de una hilera de viviendas, cuyos huertos traseros coincidían con los posteriores de las casas de la calle paralela, con la línea férrea a un extremo y el prado contiguo a ella, en el que nuestra nueva vaca, una jersey rubia llamada *Beauty*, pastaba con su nuevo ternero blanquinegro, al que bautizamos con el nombre de *Pansy*. Teníamos, además, un corral, con gallinas lenghorn blancas, de crestas llamativas y péndulas, y un gallo de alta cola arqueada, cuyas plumas finales se abrían como una mano de naipes en una partida de cartas.

En mi memoria, Ferry Street y la calle del final, con tiendas y la oficina del periódico, *The Wyndham Farmer*, eran las únicas de la población. Otros hitos consistían en la línea férrea y su estación, la escuela, el hipódromo, el campo de golf, y los ríos, unos próximos y otros distantes, que llegaron a sernos tan familiares como los ríos y prados y plantas y árboles de los sitios en que habíamos vivido: el Lee y el Glen de Outram, el barroso Mimihau y el raudo Mataura.

Y puesto que, en una nómina de las personas que yo había conocido, las de ficción (y del pasado y la distancia que los convertían en una especie de ficción: antepasados, parientes, gobernantes, Eliza, Simon Legree, Jack Frost, los gitanos, Wee Willie Winkie, los niños perdidos en el bosque, espectros, haditas y hadas), y las de las canciones y fantasías superaban en número a las de carne y hueso, concebí Ferry Street como reino de gente misteriosa capaz de aparecer realmente o, con la misma facilidad, en poemas y canciones. Por

ejemplo, la vivienda de los Murphy, varias puertas más allá, en el lado opuesto y umbroso de la calzada, con su elevado seto de macrocarpa, pulcro césped y pétreo umbral tapizado de musgo, era la casa de la que papá cantaba por la noche: «La piedra que hay ante la puerta de Dan Murphy.» Sabía yo que hablaba a aquel edificio y su piedra musgosa, y atisbaba a través del agujero de cierre de la entrada del jardín, o de un hueco en el seto, y contemplaba y contemplaba la «piedra que hay ante la puerta de Dan Murphy», que se había materializado desde una *canción*. Me dominaban la tristeza y una apacible sensación de pertenencia, pues notaba que nuestra familia aparecía en la melodía, y cuando papá cantaba con tanta seguridad:

Los amigos y camaradas de infancia,
contentos no obstante nuestra pobreza;
y los cánticos que interpretamos
en los días de nuestra juventud
sobre la piedra que hay ante la puerta de Dan Murphy,

sabía yo que se trataba de nosotros. Estaba convencida que las canciones de madre y padre atañían a nuestra vida y a los lugares que ellos habían conocido

East Side, West Side, en toda la ciudad,
las muchachas juegan al corro;
el puente de Londres se desploma;
chicas y chicos en compañía;
yo y Madre O'Rourke
brincamos en la luz fantástica
de las aceras de Nueva York.

Además, era nuestro sitio. Yo sentí que había estado allí, que era otra manera de poseer un sitio sin tener que dejarlo.

Y había los cánticos tristes sobre ahorcados y mujeres cuyos años mozos se consumían en vano y lastimeras melodías de gaita que se enroscaban y chirriaban y se quejaban ascendiendo al cielo; y los cánticos de guerra que papá se puso a interpretar —«Tipperary», «Blightie» y «Mademoiselle de Armentiéres»— y una que abrumó nuestros corazones de piedad por él y los demás soldados: «¡Ay de mí! No quiero morir. / Quiero volver a casa.»

Había las «nuevas» canciones, que, de pronto, todos interpretamos, en ocasiones como con cierto aire de atrevimiento: «Luz de luna y rosas», «No es cuerdo sentarse en la valla a solas a la luz de la luna», que incluso los niños sabíamos lo que quería decir: «No resulta divertido acomodarse sobre el propio trasero, a solas, bajo

el resplandor lunar». Había «De puntillas entre los tulipanes», «Hola, hola, ¿quién es tu novia?», que era entonces la canción de Isabel o Dots, como la denominábamos: «Hola, hola, ¿quién es tu novia? / ¿Quién es la chiquilla que va a tu *dado*?», tarareaba. Y la prohibida: «Aleluya, soy un holgazán; aleluya, un holgazán...»

Y había la especial de papá destinada a mamá. Se besaban y reían, y ella, sonriente y ruborosa, suspiraba: «Oh, Curly» u «Oh, Sammy»:

Ven a viajar en mi aeronave,
ven a navegar entre las estrellas,
ven a una excursión a Venus,
ven a una expedición a Marte.
No habrá nadie que espíe nuestros besos,
nadie que vigile nuestro amartelamiento;
ven a viajar en mi aeronave
y visitaremos al hombre de la Lima.

Y aquella canción daba pie a que papá abordase otra, «Bajo la luz de gas / hay una huerfanita», y nuestros corazones se henchían de dolor al saber de la desventurada y de alegría cálida por tener madre y padre y casa en que vivir y vacas y gallinas y el gazapo encontrado en el prado.

Los días de Wyndham estuvieron pictóricos de actividad materna y paterna. Papá comenzó a pintar al óleo en lienzo y velludo; nos hacía dormir cada noche con su gaita; jugaba a balompié; y se rompió el tobillo, lo que le proporcionó más tiempo para pintar. Jugó a golf, vestido con pantalón bombacho, y una de nuestras tareas absorbentes fue la autopsia de pelotas de golf viejas (y a veces nuevas), para averiguar qué había al final de la hebra ondulada de goma resonante y olorosa. (Fue la época de Teseo, ciertamente.) Papá asistió a las carreras de caballos con Johnny Walker, capataz ferroviario, de Australia, que vivía junto a la carretera y que nos enseñó a jugar a los naipes. Y hubo excursiones a playas y ríos lejanos, en el Ford Lizzie gris, que se detenía en caminos sofocantes y polvorientos para que papá echase agua en su motor borboteante, mientras alzábamos la cara al firmamento con el fin de observar lo que semejaba ser las únicas criaturas vivas del mundo: las alondras y los halcones giróvagos y abatientes.

En aquel período exacto madre inició la publicación de poemas semanales en el *Wyndham Farmer* y pronto se la conoció, con orgullo, como «Lottie C. Frame, poetisa local». Amaneció también el día emocionante en que papá volvió de una subasta, verificada en la población, con un reloj de carillón, una colección de obras de Oscar

Wilde, con los bordes de las páginas dorados, y un gramófono con discos de «El pequeño McGregor» y «Construcción de un gallinero. Primera parte». Hacíamos funcionar el gramófono, fascinados porque el brazo que sujetaba la aguja podía desviarse y «torcerse» como el cuello de un pollo muerto, y nos apoderamos de los cuentos infantiles de Oscar Wilde, aunque no los leimos hasta más tarde, en Oamaru.

Faltaban dos meses para que yo cumpliera cuatro años, cuando nació nuestra hermana menor, June (Phyllis, Mary, Eveline). Aquel invierno, como el que pasamos en los cobertizos ferroviarios, se recuerda como desagradable, si bien el desagrado fue compartido y expulsado porque, dejando de actuar como mis enemigos embromadores, Myrtle y Bruddie se aliaron conmigo en contra de la terrible señorita Low —hermana de uno de los compadres de pesca de papá—, la cual se encargó de nuestro cuidado durante el nacimiento de nuestra hermana y algunas semanas posteriores a él. La recuerdo como mujer delgada y alta, que vestía de castaño y usaba gafas de montura fina de oro. Tenía cara de pocos amigos y era mandona; nos desaprobaba.

—Lottie es demasiado blanda con ellos —dijo, criticando a madre y estrenando un estribillo que se repetiría a lo largo de nuestra infancia.

Creyente convencida de la «limpieza interior», nos dio dosis regulares de aceite de ricino de la aborrecida botella estrecha de vidrio azul. Y a pesar de hallamos en nuestra casa, nos vedó acercamos a la habitación delantera, donde vio la luz la pequeña y donde ésta y madre dormían. Por consiguiente, trocamos nuestro quebranto en placer acurrucándonos juntos, explicando cosas de la «señorita Low», pavorosos relatos de «la vez en que la señorita Low se despeñó por el acantilado y se mató», «la vez en que la señorita Low fue fulminada por un rayo», o se ahogó en un ola grande, se extravió en la maleza, murió de hambre en el desierto o perdió la vida al caer en el pozo de una mina abandonada (los niños ingleses de las historietas periodísticas que empezábamos a leer sufrían muchas heridas al desplomarse en pozos de minas abandonadas). Competíamos en imaginar un trágico fin para la señorita Low. «Inventemos una historia de la señorita Low», proponíamos, apretujándonos, deliciosa, aunque miserablemente, enterados de nuestro papel de parias en nuestro mismo hogar, con una extraña empeñada en reemplazar a nuestra madre.

Hasta mucho después de la partida de nuestra enemiga y de que mamá, criando a la nueva hermanita, Phyllis, Mary, Eveline (en honor de la señorita Low), y de que June, a la que apodamos Chicks, hubiera recobrado su puesto ordinario, continuamos con los cuentos de nuestra antagonista hasta que, de repente, un buen día, cambiamos

una mirada casi embarazados, con una sensación de falsedad, porque sabíamos que se había extinguido aquella necesidad, que éramos dichosos de nuevo y que las patrañas sobre la señorita Low correspondían al pasado. Entonces nos separamos, recobramos nuestra independencia y enfocamos nuestra atención en la hermana reciente y en las leghorns blancas del gallinero. Nos preocuparon las gallinas, las envolvimos en retazos de manta, las llevamos en brazos de un lado a otro y les administramos «ponías buenas» (así llamábamos al enema, peculiar bombilla de goma colorada, cuyo extremo puntiagudo insertaba madre en nuestras partes posteriores cuando queríamos «hacer» y no podíamos, o no teníamos «gana»). Con las gallinas utilizábamos pajas. Luego las arrebujábamos en cajas, y ellas, con extraordinaria docilidad, teniendo en cuenta las libertades que nos tomábamos, se quedaban quietas, perfectamente tapadas, y nos miraban con el ojo más próximo, cerrando una vez y otra el arrugado párpado blanco sobre la pupila fija y brillante, y soltando un graznido sordo.

Wyndham representó la época de las coles en el huerto, de la bomba de mano, de bujías y quinqués por la noche, con oscuridad y sombras nocturnas «auténticas». La gente parecía deslizarse en el crepúsculo por la superficie del mundo, y al mediodía componía grupitos. Aprendí a pensar en todos como si compartiese su vida y su lugar como una sombra; y cuando, de noche, se encendían las velas, madre acostumbraba decir: «Tengo una pequeña sombra que entra y sale conmigo.» Wyndham fue también la época de los otros, de vecinos cuyo jardín trasero lindaba con el nuestro, los Berdford y sus hijos, Joy, Marjorie y Ronnie, cada uno memorable por motivos diferentes. Joy padecía tuberculosis o TB, y era paciente de un sanatorio, *Waipiata*, palabra espantable en nuestra existencia. «Está en Waipiata.» Marjorie tenía «pecho minúsculo y delgado». (Madre expresaba este juicio con desdén y pena. Enviaba siempre, tras el ordeño, una cántara de leche a los Berdford con la esperanza de que sus hijos se hicieran tan «robustos» como nosotros.) Ronnie, el menor, cobró fama por haberse metido un abalorio en la nariz...

Frente a nosotros moraban los Miles, Tommy y su esposa y familia, a los que no tratamos durante mucho tiempo, porque el expreso atropelló a Tommy, capataz de la línea férrea, cerca de nuestra vivienda. Le cortó las piernas, y luego falleció en el Invercargill Hospital, donde, en el espantoso léxico de los accidentes graves, recordado desde el tiempo en que el toro jersey «acorneó» al señor Bennett, «ingresó». En aquella ocasión calamitosa, la gente rasgó sábanas para confeccionar vendas, y madre empleó lo que habíamos aprendido a llamar su «voz de terremoto y maremoto» al anunciar con urgencia, a gritos: «Es Tommy Miles, es Tommy Miles.»

Y Wyndham supuso el período del dentista y de ir a la escuela y de la muerte de abuela Frame: tres hechos inolvidablemente desdichados, aunque el fallecimiento de abuela Frame se distinguió por la tristeza total que todos compartieron —las vacas, gallinas, conejo favorito, incluso el hediondo hurón, además de los familiares y conocidos—; en cambio, la ida al dentista y la entrada en la escuela fueron miserias que sólo me afectaron.

La visita al odontólogo señaló el final de mi infancia y mi introducción en el amenazador mundo de las contradicciones, en el que las palabras dichas y escritas conquistaron un poder especial.

Una noche, así que papá nos «gaiteó» hasta dormirnos, me desperté llorando por culpa de un diente doloroso. Padre vino al catre, que ya era pequeño para mí, porque mis pies empujaban las barras del extremo. «Te ablandaré el panderete», dijo. Su mano golpeó con dureza y sin descanso mis nalgas desnudas, y volví a llorar y, por último, me venció el sueño. A la mañana me encaré con las burlas inevitables de Myrtle y Bruddie.

—Te dieron una paliza anoche.

—Bueno. Como tenía frío, al menos me calentó las posaderas.

Me llevaron al dentista, donde pateé y me debatí, convencida de que me sucedería algo horrendo. El facultativo, en lo recio de mi resistencia, hizo una seña a la enfermera, que se acercó con una linda toalla de color rosa.

—Huele esta toalla tan bonita —me pidió con amabilidad.

Me incliné a olería con toda la inocencia, y comprendí muy tarde, al notar que me dormía, que me habían embaucado. Jamás he olvidado aquel engaño, ni mi asombrada incredulidad de que me hubiesen traicionado de aquella forma, de que la frase «Huele esta toalla tan bonita», sin asomo de algo malo, hubiese servido para meterme en una especie de emboscada, de que *ellos* no hubieran significado *realmente* «Huele esta toalla tan bonita», sino «Te haré dormir mientras te arranco el diente». ¿Cómo fue? ¿Cómo unas cuantas palabras amables produjeron tanto daño?

La muerte y el entierro de la abuela estuvieron limpios de la rabia y la desconfianza resultantes de la visita al odontólogo. Hacía algún tiempo que abuela se servía de la silla de ruedas, y se hablaba de tener que amputarle la otra pierna. Me acuerdo de que mi padre se paró en la puerta y anunció con acento de pesar:

—Pierde la otra pierna, mamá.

No mucho después falleció abuela. Cuando yacía en la habitación delantera, madre se acercó a Myrtle, a Bruddie y a mí, y nos preguntó:

—¿Queréis ver a abuela?

Mis hermanos respondieron que sí, y avanzaron solemnemente para contemplar a la muerta; yo retrocedí y lamenté en adelante no

haber tenido el valor de acompañarlos. Myrtle salió al fin de la habitación y percibí en su semblante el «poder» de haber mirado a la muerta.

—¿Qué aspecto tenía? —le pregunté, dándome cuenta del desdichado grado inferior de una experiencia de segunda mano y de mi debilidad por no haber sido capaz de «mirar».

Myrtle se encogió de hombros.

—El de siempre, como si estuviera dormida.

Durante muchos años, Myrtle venció en muchas disputas con su triunfal «Vi a abuela muerta». Y algunos más tarde, cuando la propia Myrtle descansó en el ataúd, en la habitación delantera de Oamaru, y madre me preguntó «¿Quieres verla?», yo, que no había aprendido, aún temerosa, rechacé mirar de frente a la difunta.

Inducida por un par de indiscreciones, aprendí el arte de disimular. Un día, estando en el excusado, estudié mis gruesos excrementos, los comparé con la porquería de mi hermana menor en los pañales y vi cositas blancas retorciéndose en lo castaño.

—Mamá, hay cosas blancas y pequeñas que se mueven en eso —dije.

La alarma en el rostro de madre fue impresionante. Exclamó horrorizada:

—Lombrices. ¡La pequeña tiene lombrices! —y aquella noche, bebiendo el té con papá, anunció—: Nini tiene lombrices.

Comprendí la vergüenza que significaban y resolví no hablar sin ton ni son en adelante.

Pero, en una de nuestras partidas de campo, incurrí de nuevo en la falsa apreciación de lo que debía decir o silenciar. Jugando a solas en la pradera, advertí que un cordero me observaba fijamente, de modo singular, inclinando la cabeza a un lado y con aire significativo. Corrí muy excitada a donde mis padres tomaban el té.

—Me ha mirado un cordero —conté, comprendiendo la importancia del hecho. También comprendí que ellos me «seguían la corriente».

—¿Cómo te miró? —preguntó papá.

—Ladeando la cabeza.

—Imítala.

Dominada por una súbita timidez, pues todos me observaban, me señoreó la sensación del ridículo y me negué; después, en un arrebato de (inconsciente) generosidad, sin percatarme de que creaba una situación que se explotaría en años venideros, dije:

—Se lo enseñaré sólo a papá.

Me aproximé a él y, escondiendo mi cara con la mano, remedé la expresión del animal. Durante mi infancia, papá se habituó a pedir «Enséñanos cómo te miró el cordero» y, en medió de risitas de los

presentes, yo ejecutaba mi «rutina».

Cierta prudencia, un cinismo sobre el comportamiento de la gente y de mi familia, y una dosis de engaño florecieron plenamente unos meses más tarde, cuando, a mi quinto aniversario, comencé a asistir a la District High School de Wyndham, de la que Myrtle y Bruddie ya eran alumnos.

6. Oíd, oíd: los perros ladran

Cierta mañana, en mi primera semana en la escuela, entré a cencerros tapados en la alcoba de mis progenitores, tiré del cajón superior de la cómoda, en el que se guardaban las monedas «traídas de la guerra», y cogí un buen puñado de ellas. A continuación fui al mejor pantalón de papá, que colgaba detrás de la puerta, metí la mano en un bolsillo (¡qué frío y resbaladizo era el forro!) y saqué dos monedas. Como alguien se acercaba, puse muy aprisa el dinero debajo de la cómoda y salí de la habitación; luego, cuando no hubo moros en la costa, busqué mi botín y, camino de la escuela, hice alto en la tienda de Heath a comprar chicle.

El tendero me lanzó una mirada severa.

—Con esto no tendrás nada. Es dinero egipcio.

—Lo sé —mentí, y le entregué las piezas halladas en el bolsillo de papá. ¿Me dará chicle por éste?

—Es otra cosa —respondió el tendero, y me devolvió una pieza, un cuarto de penique.

Provista de goma de mascar, esperé a la puerta del jardín de infancia, amplia sala con una plataforma o escenario en un extremo y batientes dobles que se abrían a la primera clase de párvulos, y di a los niños un «dado» de chicle a medida que llegaban. Posteriormente, la señorita Botting, cuyo vestido tenía el mismo azul que la botella de aceite de ricino, interrumpió de pronto la lección.

—¿Qué comes, Billy Delamare? —exclamó.

—Goma de mascar, señorita.

—¿Dónde la has obtenido?

—Me la ha regalado Jean Frame, señorita.

(En la escuela me llamaba Jean y, en casa, Nini.)

—Dids Mclvor, ¿cómo has conseguido tu chicle?

—Me lo ha dado Jean Frame, señorita.

—¿Y tú, Jean Frame?

—En la tienda de Heath, señorita Botting.

—¿Y el dinero?

—Me lo dio mi padre.

Fue visible que la señorita Botting no me creía. De repente se empeñó en arrancarme «la verdad».

—¿Quién te dio el dinero? —repitió—. Dime la *verdad.*

A mi vez reiteré mi contestación, sustituyendo *padre* por *papá.*

—Ven aquí.

Anduve a la zona delantera de la clase.

—Sube a la plataforma.

Subí a la plataforma.

—Dime ahora de dónde sacaste el dinero.

Repetí muy decidida lo antes dicho.

Llegó el recreo. Mis condiscípulos salieron a jugar, mientras la señorita Botting y yo nos enfrentábamos con expresión ceñuda.

—Dime la verdad.

—Papá me dio el dinero —insistí.

Mandó llamar a Myrtle y Bruddie, quienes aseguraron con tranquila inocencia que padre no me había suministrado las monedas.

—Sí, fue él —me obstiné—. Me hizo volver cuando los dos os ibais a la escuela.

—No te hizo volver.

—Sí me hizo volver.

Pasé la mañana entera en la plataforma. La clase prosiguió los ejercicios de lectura. Seguí en la plataforma durante la hora del almuerzo y las primeras de la tarde, negándome a confesar. Principiaba a tener miedo, a no sentirme desafiante, como si no tuviera amigos en el mundo, y porque sabía que Myrtle y Bruddie «lo dirían» en cuanto llegasen a casa, sentía el deseo de jamás regresar a ella. Todos los lugares que yo había descubierto —el tronco de abedul en Glenham, la cima de los trepadores en Edendale, los sitios de los cantos y poemas— parecían haberse desvanecido, dejándome sin paradero. Resistí con testarudez hasta que medió la tarde y la luz se atenuó con masas de oscuro cansancio en el fondo, y el aula se llenó de una penumbra surgida de la nada, y una vocecilla respondió por mí desde mi espantado fuero interno a las pertinaces preguntas de la señorita Botting:

—Cogí el dinero del bolsillo de mi padre.

Mientras mentí, gocé en cierta manera de protección; entonces había quedado indefensa. Me habían desenmascarado como ladrona. Me desmayó tanto el futuro que se avecinaba, que no recuerdo si la señorita Botting me dio con la correa. Sé que pregonó la noticia en la clase, y que se esparció enseguida por la escuela el hecho de que yo era una ratera. Me rezagué en la entrada principal, preguntándome adónde iría y qué haría, y vi que Myrtle y Bruddie, tan despreocupados como de costumbre, se dirigían a casa. Anduve despacio por el camino bordeado de patas de gallo. Ignoro cuándo aprendí a leer, pero había leído y conocía los textos de las cartillas, y pensé en la historia del zorro que saltaba del margen del camino y

devoraba al niño. Nadie sabía qué había sucedido, ni dónde había acabado el niño, hasta que un día, durante uno de los paseos del zorro, una buena persona oyó gritar en la barriga del animal «¡Sacadme, sacadme!», por lo que la buena persona mató al raposo, le rajó la panza y, ¡oh!, el niño apareció enterito, ileso, y la buena persona le llevó a vivir en una casa del bosque hecha con coco molido y provista de una chimenea de regaliz...

Llegué al fin a mi hogar. Myrtle se recostaba en la empalizada.

—Papá lo sabe —dijo en tono indiferente.

Recorrí la senda. La puerta delantera estaba abierta y padre esperaba en ella con el cinto en la mano.

—Ve al dormitorio —ordenó con severidad.

Me aplicó la zurra usual, no excesiva como la que sufrían algunos niños, pero contundente y llena de enojo, pues uno de sus hijos era *ladrón. Ladrona, ladrona. Ladrona* me llamaron entonces en casa y en la escuela.

Otro suceso siguió inmediatamente a mi escamoteo de una pieza de cuatro peniques, un puñado de monedas egipcias y un cuarto de penique, suceso que pervive en mi mente porque, incluso entonces, comprendí que servía de comentario fértil de los antojos del mundo. Desde luego, yo aprendía con prontitud.

Margaret Cushen, hija del director, con todo el prestigio inherente a tal condición, cumplió años. La señorita Botting (que seguía vistiendo su traje de color de botella de aceite de ricino y asociada en mi espíritu a las moscardas de igual coloración), al anunciar el acontecimiento, pidió a Margaret que se apostara en la plataforma, mientras cantábamos «Happy Birthday to You».

Terminada la ceremonia, le entregó un sobre.

—Es un regalo de tu padre. Ábrelo, Margaret.

Y la niña, encendida y ufana, desgarró el sobre y extrajo un papel que levantó para que todos lo viéramos.

—Es un billete de una libra —exclamó con asombro alborozado.

La clase repitió:

—Un billete de una libra.

—¿Verdad que Margaret es afortunada al recibir un billete de una libra de su padre en el día de su cumpleaños?

La señorita Botting estaba, por lo visto, tan emocionada y satisfecha como Margaret, quien, sin dejar de blandir el billete, volvió a su sitio, contemplada con envidia y admiración por sus condiscípulos.

Esta inesperada introducción a las variantes de los tesoros superó mi capacidad de comprensión; dudo de que tuviera yo ideas claras sobre ello; sólo me acometieron sentimientos confusos al preguntarme cómo el dinero traído de la guerra e indiscutiblemente atesorado no

servía para comprar, cómo una pieza de tres peniques y una de uno eran vistas por todo el mundo como una fortuna, y yo como la ladrona de la fortuna; y, sin embargo, la gente, en especial los padres, regalaban billetes de una libra a sus hijas en su aniversario, como si fuesen a la vez más valiosos y menos valiosos que cuatro peniques. Me pregunté también a qué obedeció la conducta de la señorita Botting y por qué necesitó tenerme casi todo el día en la plataforma, esperando mi confesión.

Aconteció que mi nueva categoría de alumna de la escuela, y asimismo de notoria como ladrona, coincidió, en sus vislumbres de la mala fe y la injusticia mundanales, con un cambio en el tenor del mundo externo, hasta en el de nuestra Ferry Street de Wyndham. Había aumentado el número de matasietes que la recorrían, y el de quienes pedían comida, y se confunden en mi memoria con los versos

> Oíd, oíd: los perros ladran
> y los pordioseros llegan a la ciudad,
> vestidos unos con harapos, otros con sacos,
> y otros con traje de terciopelo.

El poemilla me obsesionó. Pensé en el sino de los pordioseros y matasietes, a muchos de los cuales se tildaba de ladrones, y de noche, encendidas ya las velas y lámparas, miré la tenebrosa Ferry Street, turbada a aquellas horas sólo por el basurero en su carro, efectuando su cometido, y recordé a los pordioseros y matasietes andrajosos y ensacados o con indumento de «animalucho», de terciopelo, acosados por canes ladradores. Me habían impresionado los relatos maternos durante la lectura bíblica dominical, en la que nos sentábamos alrededor de la gran mesa de la cocina y cavilábamos sobre la Biblia de letras encarnadas, mientras nos explicaba que podría aparecer un pobre en la puerta y negársele el pan, o incluso «soltarle» los perros, y, ¡ah!, resultar que era un ángel disfrazado o el propio Cristo. Madre nos aconsejó que tuviéramos tacto, que no nos riéramos de las personas que nos parecieran raras o «cómicas», pues quizá fuesen ángeles enmascarados. No se podía estar seguro. El mundo estaba lleno de gente con disfraz, y sólo Dios sabía si había un ángel dentro de un pordiosero o un matasiete, y aun si no lo hubiese, el Señor amaba a todos, sin importarle su pobreza o lo singular de su apariencia.

No obstante, la cantidad creciente de individuos peligrosos que transitaban por Wyndham y el desagrado y el miedo que vibraba en las voces de los ciudadanos al hablar de ellos introdujo una sensación de ruina, de soledad, como si sucediera algo, o estuviera a punto de suceder, que afectaría no sólo a nosotros, los Frame de Ferry Street

(Wyndham), sino también al resto de la calle, los vecinos y las demás poblaciones. Con todo, tomando como siempre las cosas al pie de la letra, me intrigó la referencia a algunos mendigos «con traje de terciopelo», porque sabía que el terciopelo era la tela de reyes y reinas, así como, según mi experiencia, la librea de animaluchos en los prados. Por lo tanto, ¿cuáles riquezas secretas poseían los pordioseros y matachines?

Madre, como de costumbre, tenía la respuesta: las riquezas del reino.

—¿Del reino?

—Del reino de Dios, Nini.

Tal vez se debió a intervención celestial; al menos fue una bendición para mí y mi reputación de ladrona que nosotros, la familia del ferrocarril, fuésemos transferidos de Wyndham a una ciudad llamada Oamaru, en el norte de Otago.

7. 56 de Edén Street, Oamaru

El largo viaje en tren se recuerda como un sueño extraño a través de paisajes desconocidos: rauda carrera por incontables puentes ferroviarios, dejando atrás pantanos en que crecía el lino, de altas flores negras y picudas, grupos de sauces, poblaciones cuyos nombres repetía el ritmo y el sonido del convoy —Clinton, Kaitangata, Milton, Balclutha—, conjuntos de casas alrededor de la estación de la vía férrea, pintada con el color del ferrocarril. Tenía, ciertamente, razón para creer que el mundo pertenecía a mi padre ferroviario, que lo mandaba, dirigiendo sus kilómetros y kilómetros de raíles.

Me puse muy mala durante el viaje. En el semidelirio del sueño de mareo, cuando el convoy cambió de dirección, saliendo de las tierras meridionales hacia la costa, imaginé que volvíamos a Wyndham, y durante el resto del tránsito no logré decidir la dirección «buena». La cabeza me dio vueltas cuando intenté dilucidar nuestra situación en el norte, sur, este u oeste. Tumbada, cubierta con un abrigo, en un asiento doble, escuché el redoblar de las ruedas en los rieles, la voz del revisor cuando nos acercábamos a una estación, el sonido de su nombre y el tañido de las campanas de cruce: tin tin, Clinton Clinton, Inch Clutha, Balclutha, Kaitangata Kaitangata. Kaitangata nos persiguió cuando la habíamos dejado kilómetros atrás y retornó a nosotros. Clinton Clinton. Cruzamos ríos turbulentos —hodda-hodda en los puentes de madera—, un panorama desolado con más pantanos, linares, juncos, sauces y todo género de agua.

Llegamos al lago Waihola. Alguien comentó que llegaba al centro de la tierra, que era insondable, y miré por la ventanilla, en tanto que madre, con su indeleble voz de misterio y portento, decía:

—El lago Waihola, niños; el lago Waihola.

Llegamos a Caversham, donde fui devuelta abruptamente a mi pasado inmediato, pues, aunque tía Han (en la que yo pensaba como tía *Ham* [jamón]) y tío Bob, el panadero, vivían en ella, su principal punto de referencia para mí era la escuela industrial, mencionada cuando me «desenmascararon» como ladrona. «Tendremos que mandarte a la escuela industrial de Caversham.» Era también la amenaza favorita de padre a Myrtle, cuando desobedecía. No pude ver la escuela desde el tren. Desconocía yo qué era exactamente, pero había cubierto la fotografía de una escuela con polvo de color castaño como castigo.

Pasamos la primera noche en Oamaru en casa de tía Mima (en la que pensábamos como tía *Miner*, minera) y tío Alex, el taxista, en la Wharf Street de South Hill. A la mañana siguiente fuimos a donde viviríamos durante catorce años; el número 56 de Edén Street.

Al reparar en la longitud de la calle y las hileras de edificios, principalmente los que dominaban el nuestro y nos rodeaban, madre se aterró y habló con voz de terremoto y rayo.

—Jamás hasta ahora las casas nos han envuelto —dijo.

Como si la circunstancia fuera un desastre nacional e internacional. Aquello nos hizo comprender la enormidad de Oamaru, donde las construcciones, personas y vías públicas sustituyeron nuestro conocido panorama de espacios vacíos e incultos, el cielo del sur con su titilante hielo antártico, praderías con vacas y corderos, pantanos sombríos, ríos terrosos, que día y noche informaban de su existencia, y la hierba y los insectos de la hierba que hablaban y se oían.

Habíamos tenido que despedirnos de nuestras vacas, *Beauty y Pansy*. Acabaron en el lugar de venta. Y papá había «renunciado» al Ford Lizzie. Había comenzado la «gran depresión».

Debíamos transformarnos en ciudadanos con luz eléctrica y retrete de «tira de la cadena» en lugar de un agujero en el suelo. Al principio nos espantó el ímpetu del agua. Las habitaciones bien iluminadas, con los muebles privados de sus grandes sombras envolventes, se nos antojaron ingratos, demasiado públicos. Tomaríamos leche de la ciudad, que nos servirían por la mañana, y papá iría a trabajar en bicicleta. Y aun cuando los niños nos desconcertamos al pronto bastante con el cambio, apenas nos recobramos del viaje en tren, nos entusiasmaron la vivienda, la tierra y la colina plantada de pinos, reserva municipal, que teníamos detrás, distanciada de nosotros por la inevitable «dehesa de toro», que recorría un arroyo salido del embalse. Había calles nuevas de nombres nuevos, nuevos árboles, nuevas personas. Y el mar. Y una escuela nueva.

Y en coincidencia dramática con el trastorno de nuestra existencia, irnos meses después sobrevino el terremoto de Napier, del que dio noticia y descripción cabales la voz de madre, de pie, a la luz de la ventana de nuestro comedor, frente a la máquina de coser Singer, con barrocos adornos de plata y pulida madera castaña (desafiando la acometida del rayo). El comedor era la gran estancia central, con una amplia ventana rectangular de guillotina (los niños pronto estropeamos sus pesadas poleas y cuerdas con nuestros dinámicos gateos de entrada y salida), su única fuente de iluminación natural. En los casos de trascendencia familiar, madre adquirió el hábito de situarse junto a la ventana, exponiendo sus sentimientos, como trofeos, a aquella luz reveladora. El comedor daba cabida al sofá «del rey», a las sillas reales y a un par de muebles comprados en las subastas de Wyndham. Se utilizaba sólo en ocasiones especiales, para acoger visitantes, en fiestas como Navidad y Año Nuevo por su condición privilegiada, y para el anuncio de triunfos y desastres de la familia, la nación y el mundo en general.

En la trasera de la casa, adyacente al comedor, se hallaba la cocina con variedad de fogones y cubo del carbón, en el que nos sentábamos al amor del fuego. Más allá había el cuarto posterior, tapizado con papel sembrado de rositas sonrosadas, donde dormiría abuelo Frame, que viviría con nosotros. Otra puerta de la cocina llevaba al lavadero-fregadero con la pila (y las cucarachas debajo de ella), del cual se salía, bajando cinco o seis escalones de madera, a un patio, que albergaba, a la derecha, el cobertizo de aseo, con el calentador de cobre, las tinas de baño y una ventana resquebrajada. Hacia la carbonera, al fondo del mismo recinto, se encontraba el retrete con un estante para una vela, pues carecía de instalación eléctrica; la puerta del retrete se abría a un «bajo la casa» oscuro, reino de las arañas.

Desde el comedor se iba al pasillo delantero, con un cuarto de baño en un extremo, un baño verdadero, con ducha y agua caliente y fría en los grifos, y la entrada principal en el otro extremo; tres habitaciones daban al pasillo: la más cercana al baño se destinaba a que durmiéramos Myrtle, Isabel, June y yo, en la amplia cama doble con cabecera y pies de latón; en otra alcoba, en la fachada, descansaría Bruddie; y en la habitación opuesta, con el otro lecho doble, la cómoda y el armario de espejos, pertenecería a mamá y papá.

En el cabo de atrás de la vivienda, en el exterior, había otro acceso a «bajo la casa», que nos enseñaron a denominar sótano y en el que jugábamos los días lluviosos y desde el que explorábamos el «bajo la casa». En el patio posterior, o huerto, se erguían árboles frutales, un peral de invierno, un peral dulce, un ciruelo que, aun cuando

perteneciente a los vecinos, invadía nuestro solar, un manzano irlandés, otro manzano ordinario, un albarico— quero, grosellero y zarzamoras. En la parte frontal de la casa, los macizos de flores limitaban el césped, en un rincón del cual se alzaba un arco de rosas, detrás del alto seto de espino africano, y en un lado, próximo a la alcoba de nuestros padres y junto a la cerca de macrocarpa, separándonos de los McMurtrie, había un cenador, cubierto de pequeñas y cremosas rosas banksias (que llamábamos rosas *bankshees*), que se transformó en nuestro lugar de juego y nuestro teatro. El seto opuesto de la sección era de acebo, y el que nos separaba por detrás de la dehesa, de espino africano.

Así que llegamos al 56 de Edén Street, los críos nos pusimos a reptar y escalar en todos los sitios, en todos los centímetros de la techumbre de hierro, pintada de colorado, en cada espacio dé terreno que existía entre los pilotes inferiores del edificio. Tomamos nota de los habitantes con los que compartiríamos nuestra vida: los insectos, tales como abejas, abejas albañilas, abejas nocturnas, mariposas, falenas, arañas, arañas rojas, arañas peludas y arañas del suelo; y aves, tales como bandadas de jilgueros, ojiblancos, mirlos, gorriones y estorninos. Hallamos esqueletos de gato bajo de la casa y huesos de ganado menor y mayor en la larga hierba de la dehesa, donde no se veían toros, sino, de tarde en tarde, un grupo de retozones bueyes jóvenes. Descubrimos todos los puntos escalables de los setos, árboles y cenador, aumentando nuestro tesoro de experiencias, que pronto incluyeron a los vecinos de los lados y de enfrente, y allende la dehesa, la colina con sus cuevas y conchas fosilizadas, el camino en zigzag con plantas nativas, el asiento en la cima con la placa «Donativo de la Oamaru Beautifying Society», y las plantaciones de pinos, que conoceríamos como los «proyectos»: la primera, inofensiva, pues en ella se veía la luz solar a cierta distancia; la segunda, aterradora, de árboles tan contiguos, que, a medio camino, nos hallábamos en una tiniebla parda de agujas de pino y sabíamos que nunca regresaríamos; la tercera, reducida y bañada por el fulgor del día; y la cuarta, de gomeros donceles que cedían a la presencia de los pinos, los cuales descendían por la ladera de la colina hasta el final de la barranca de Glen Street, a un paso del «huerto», que, como parecía aislado, independiente de casa y persona, creíamos que no tenía propietario y, por lo tanto, conforme a la tradición de «es de quien lo encuentra», nos pertenecía.

Enseguida aprendimos a conocer el arroyo, cuyo caudal regulaba el agua del embalse. Conocimos las plantas de sus orillas y, en la corriente, las rocas, tejedores, anguilas y sacos deshechos y lastrados con perros y gatos sentenciados a muerte. Todas las mañanas partíamos en busca de experiencias y, por la tarde, volvíamos a

compartirlas con los demás, mientras nuestros padres, aparte de nosotros, se entregaban al inacabable trabajo de los adultos, que quizá sería más exacto describir como «esfuerzo» en todos los sentidos —trampa o emboscada, batalla, lucha, maleficio de labor dura y fatigosa—, sentidos de los que no teníamos comprensión. Papá trabajaba el día entero o, en ocasiones, en el servicio nocturno, toda la noche, por lo cual dormía reinando la luz solar, en tanto que nosotros, hijos del ferrocarril, desaparecíamos en los «proyectos» piníferos o, por la barranca de Glen Street, íbamos a nuestro huerto, o andábamos de puntillas en el cenador: «¡Chist! Papá duerme...»

Descontada June o Chicks, todos asistíamos a la North School, yo a la primera general, que era la clase de la señorita Carroll. Recuerdo muy poco de la maestra, excepto que me zurró la badana por hablar, que tenía la cara en curva, con dientes que apenas le cabían en la boca, y que a duras penas podía cerrar los labios para evitar que le salieran disparados. Más importante en mi memoria es el trayecto entre mi hogar y la escuela por las calles, entre casas y jardines, árboles floridos en las aceras, animales que encontraba a mi paso y la sensación emocionante de la estructura de la ciudad nueva, cuyo reloj municipal, que marcaba los cuartos de hora, visible desde un punto único en el camino a la escuela: la esquina de Reed y Edén Street, junto a la valla roja de hierro ondulado de Hunt. En aquel lugar, al acercarse las nueve de la mañana, comprobábamos nuestro retraso o adelanto; recurríamos como referencia secundaria a una mujer— cita que, con una pierna corta provista de gruesa bota negra, renqueaba en aquella bocacalle a diario exactamente a las nueve menos diez; nos acostumbramos a denominarla la señora Tarde, pues su visión significaba que, para no atrasarnos, debíamos salvar corriendo el resto del trayecto. Lo habitual era, sin embargo, pasear a la ida y la vuelta de la escuela por la mañana y la tarde, y galopar con el fin de almorzar en casa, en parte porque disponíamos de muy poco tiempo y nuestro domicilio se hallaba en el comedio de Edén Street. Habiendo cumplido ya siete años, acepté sin protestar aquella tradición, de la misma manera que acepté todas las tradiciones de la North School. Corrí a mi hogar a diario, sin otra detención que la obligada en la tienda de la señora Feather, en el chaflán, para recoger el pan de molde recién hecho, cuya joroba rebajaba a pellizcos cuidadosamente hasta nivelarla. Los chicos grandes de Edén Street, que corrían más que yo y vivían más lejos, giraban agarrándose a la valla de Hunt, como si sus cuerpos fueran máquinas, y, al estar a mi altura, uno susurraba en mi oreja «Te persigo», advertencia que, pronto lo aprendí, había de aceptarse con una mezcla de pavor y desdén, aparte de comunicarla a los demás con voz en que había un amago de «mieditis»: «Me persigue uno de los mayores.»

La vida en Oamaru, con su lujo de experiencias nuevas, era una aventura maravillosa. Tenía entonces vivida consciencia de mí misma como individuo presente en la tierra, percibía mi afinidad con otras criaturas, me alborozaba lo que veía y oía a mi alrededor, y me embriagaba por anticipado el juego, ya que el juego semejaba interminable, sin conceder tregua después de la escuela hasta la anochecida, y aun después de ella, pues había juegos propios de la cama, unos físicos como el «trole» y el «encaje», en que cada cuerpo envolvía a otro y todos daban vuelta a una voz, y otros de adivinanza o imaginación, como interpretar las masas de bulto y color de las cortinas del dormitorio, o de códigos, con mensajes escondidos en las esferas de latón del lecho. Había discusiones, peleas, planes y sueños imposibles de celebridad como bailarines, violinistas, pianistas y artistas.

Aquel año descubrí el vocablo *island* (isla, pronunciado *ailand*), que, desafiando todas las enseñanzas, me obstiné en decir *is-land* (tierra del es). Durante la hora de lectura silenciosa en la escuela, en que escogíamos uno de los libros de Whitcombe destinados a tal cometido, tomos delgados, de pastas de color de ante, cubiertas de torpes dibujos y páginas salpicadas de manchitas, encontré una narración de aventuras, *To the Island* (A la isla) y me impresionó tanto, que hablé de ella en casa.

—He leído un cuento, *To the Island*, sobre unos niños que van a una *is-land*.

—Se dice *ailand* —enmendó Myrtle.

—No, es *is-land* —repuse—. Se escribe *I-s-l-a-n-d, island*.

—La s es muda, como la *k* en *knee* (rodilla) —aclaró Myrtle.

Por último, aunque a regañadientes, di mi brazo a torcer; pero, para mis adentros, continuó siendo *is-land*.

Leí más obras de «aventuras», comprendiendo que para tener una no necesitaba ir en el pretérito Ford Lizzi a playas y ríos a riesgo de marearme: la experimentaba con la lectura. Y, siempre ansiosa de participar mis hallazgos, expliqué a mi familia mi nuevo modo de ser aventurera, indiscreción de la que me arrepentí muy pronto, porque mamá, o papá, así que me veía acurrucada en el cubo del carbón con un libro en las manos, preguntaba con humillante aire sabihondo: «¿Has tenido ya la aventura?»

Esta concentración en sucesos azarosos, que para mí significaban nada menos que las salvaciones asombrosas del peligro físico, rescates, perderse y ser encontrado, y triunfo de los desastres, se incrementó con la orden reiterada de la maestra de que la clase redactase una composición titulada «Mi aventura». Nunca se me había ocurrido que se me permitiría presentar una aventura como narración. Lamenté mi aparente carencia de ellas al escuchar las que mis condiscípulos leían:

visitas a poblaciones remotas, museos y zoos. La primordial mía consistía en cruzar la dehesa, horra de toro y con unos cuantos bueyes juveniles, y atravesar el segundo «proyecto» hasta más allá de las tinieblas, cuando mi corazón latía desenfrenado y el mundo verde se perdía en los árboles oscuros y gruesas capas de agujas de pino, de muchos centímetros de espesor, disfrazaban a veces la boca de antiguas madrigueras de conejos; pero me arredraba exponer aquella aventura, que tanto difería de las de mis compañeros, aficionados a insistir en huidas, huesos rotos, caballos desbocados...

Leía exclusivamente los libros de estudio, el periódico de la escuela y las nuevas publicaciones en tiras que se nos permitía en ocasiones comprar al señor Adams —«My Favorite», «Rainbow», «Tiger Tim» y «Chicks's Own»—, de las que Myrtle y yo preferíamos «My Favorite», porque, siendo la letra más pequeña, las historietas resultaban más largas, y «Rainbow». Bruddie se decantaba por «Tiger Tim», y Dots y Chicks, por «Chick's Own». El atractivo principal de «My Favorite» consistía en *Terry y Trixie del circo*, que enardecía nuestra ambición compartida de llegar a ser trapecistas, tanto más cuanto que estaba de moda la canción «El audaz muchacho del trapecio volador».

Casi todo el periódico de la escuela trataba de solemnidades del imperio británico, con retratos y artículos sobre la familia real, ante todo de las princesitas Isabel y Margarita Rosa. Hubo una descripción de su casa de muñecas de tamaño natural, con fotografías. En contraste con la prosa directa del periódico y las loas del imperio, el soberano, el gobernador general, los anzacs en Gallipoli y Robert Falcon Scott en el polo sur, los poemas, llenos de misterio y portento, de Walter de la Mare, John Drinkwater y Christina Rossetti, seleccionados por el director como pieza fuerte, iban acompañados de los de Alfred Noyes y John Masefield, para introducir una nota jovial. Uno que me gustó al instante fue «Meg Merrilees». Los gitanos, mendigos, ladrones, matachines, esclavos y bandoleros, todas las despreciadas victimas del infortunio, que acaso fueran ángeles disfrazados, se habían transformado en parte de mis ensueños y comprensión del Mundo Exterior. Aprendí de memoria «Oíd Meg era una gitana.—», y, habiendo de nuevo revelado mi descubrimiento declamándolo ante mi familia, se me pidió una y otra vez que lo recitase. Siempre que llegaba al pasaje «Y en lugar de cena contemplaba / sin pestañear la luna», todos se echaban a reír, sea por mi seriedad, sea porque era indudable que yo, de «estómago sin fondo» y acostumbrada a devorar rebanada tras rebanada de «pan con almíbar», nunca contemplaría la lima a cambio de paladear mi cena.

Pensar en Old Meg me entristecía tanto como las palabras del poema, lo mismo que las de las canciones acerca de Glasgow, las

aceras de Nueva York y las calles de Dublin. «Dublin, hermosa ciudad...» Imaginé a Old Meg como Ma Sparks —pensé que ambas pudieran ser la misma persona—, de la que todos afirmaban que era gitana por su manera de acuclillarse en lo alto de su sendero, ante su puerta delantera, en Glen Street, y oteaba la ' calle y el montoncito de basura no oficial del otro lado de ella, la dehesa y a la colina en que palomas, criadas por varios vecinos de Glen Street, se lanzaban a su vuelo vespertino, rodeando la colina, las plantaciones y la ciudad con un súbito rumor de alas sobre nuestra casa.

Ma Sparks fumaba en pipa. Se aseguraba que no usaba bragas, y que se podía comprobar la verdad de la afirmación si se andaba por Glen Street y se alzaban los ojos mientras estaba acuclillada.

Además de *aventura*, otros vocablos aparecieron repetidamente en nuestros estudios y lecturas, y aunque, a mi juicio, no eran atractivos, conseguían un efecto dramático cuando se aplicaban. De ellos recuerdo tres que aprendí a utilizar: *decidir, destino* y *observación*, muy vinculados con el de *aventura*. Su significado me hechizaba y también el hecho de que los tres semejaban formar parte de la construcción de cada relato: todo el mundo *decidía*, tenía un *destino y observaba* con la intención de decidir y definir el destino y saber capear las *aventuras* que se presentasen. En parte a consecuencia de la constante aparición y desaparición de nuestros parientes, y de nuestros traslados de un sitio a otro, yo poseía un sentido exagerado de movimiento y cambio, y cuando noté que podía utilizar aquel movimiento necesario para crear o advertir aventuras, me enajenó la alegría. Nuestra maestra introdujo lecciones de observación que nos imponían convertir en hábito la «observación» durante el camino de ida y vuelta de la escuela, y nuevamente aquel recorrido me proporcionó un fondo de instrucción. Podía elegir varios itinerarios (podía *decidir* por mí misma) y aprendí a combinarlos. El «ordinario» me llevaba por Edén Street, la esquina de Hunt (y los perros alsacianos de Kearns), Reed Street, la calle de los cerezos en flor, y por ella a la North School. Reed Street era una de «médicos» como el doctor Orbell, el nuestro, anciano guasón que nos asustaba con sus bromas, el cual ocupaba una casa de dos plantas próxima al cruce. Más allá, en la misma calle, abarcando una manzana entera, el jardín amurallado como el palacio de Buckingham, donde vivían los Smith-Morton; y junto a ellos los Fitzgerald, en un edificio de dos pisos. Las hijas de los médicos tenían nombres como Adair y Geraldine, y no asistían a nuestra escuela, sino a colegios de pago en otra ciudad, en la isla (*is-land*) del Norte. Tenían casas de muñecas y ponies Shetland, y «estudiaban» cosas tales como danza, música y declamación. («Estudiar» algo era el sueño de nuestras vidas.)

O podía dirigirme a clase por Aln Street, callejuela de suelo de

tierra, siempre en la penumbra, en la que había, a un lado, un alto y formidable ribazo de arcilla, por el que bajaba agua sin cesar. El líquido la cruzaba. La extensión de arcilla era más una criatura que tierra por su modo de recostarse en la colina. Resultaba excitantemente informe. Yo solía detenerme a contemplarla, entre interesada y medrosa. Un día, mientras estaba absorta en Aln Street, se presentó una mujer.

—Hola, niñita —dijo—. Ten dos chelines.

Los tomé desconcertada y no fui a la escuela. Volví sobre mis pasos hasta la tienda de la señora Feather y compré un chelín de pastillas ácidas y un chelín de pirulíes de cloridina (se destinaban a combatir la tos y contenían cloroformo, lo que yo ignoraba); recorrí las calles consumiendo pirulíes hasta que terminaron las clases. Volví a casa, dormí dieciocho horas y me desperté con náuseas violentas.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó mamá.

—Una señora me dio dos chelines —expliqué.

En ocasiones, el paseo me llevaba, rebosante de audacia, a lo largo de Eden Street, más allá de la Iglesia de Cristo, pegada a la esquina, con su «pensamiento de reflexión semanal», que yo leía con detención, aceptando literalmente las parábolas abreviadas de pastores, ovejas y transgresores. Si me desviaba un poquillo, me era posible mirar la fábrica de tocino de Fraser. Al regresar por Edén Street, siempre cruzaba hasta el garaje de los Dewar y McKenzie, que yo interpretaba como *Jewel* (joya) *McKenzie*, con el fin de olisquear el petróleo e informarme de si tenía papel secante gratuito. Era cosa sabida que disponían de una provisión de él, y había corrido como un reguero de pólvora encendida el aviso de que *Jewel McKenzie regalan secantes.*

A través de Humber Street, en la que yo pensaba como Humble (humilde) Street, me encaminaba, por la vía férrea, los hangares de las máquinas y los depósitos de mercancías, a otro lugar que me obsesionaba: una antigua casa de piedra adosada a un establecimiento vacío. La construcción era sencilla, el jardín estaba inundado de amargones, y malvas silvestres y margaritas, y una puerta abierta en el murete de piedra de Oamaru daba ingreso a una larga senda que moría en la entrada principal. Se contaba que Yvonne Baker vivía allí. La casa se parecía a ella, que era pequeñuela, de cutis húmedo y cabello lacio, como si viviese en el lado rezumante de la calle hasta hacerse como la casa, fría e impregnada de agua. Jamás dio señal de vida. No había cortinas en las ventanas desoladas; pero aquella construcción pétrea, como el ribazo arcilloso de Aln Street, parecía vivir en su piedra y su musgo, y era una de mis adoradas «observaciones» y aventuras.

Otra ruta mía, Thames Street, se había trocado en punto de

referencia familiar en cuanto a luz y ruido. Papá decía «Baja la voz, que se te oye en Thames Street» o «¿Por quiénes nos tomas? ¿Por qué dejas encendidas todas las luces? Se las ve desde Thames Street». En ella mis visitas tenían como meta la tienda de golosinas que ostentaba el letrero de High Class Confectionery (Confitería de primera clase), que yo leía High *Glass* Confectionery (Confitería de cristal alto), que regentaban la señorita Bee y su hermana, que era también señorita Bee. ¡Cuánto me intrigaron sus nombres, orígenes y el significado y aparencia de su High *Glass]*

8. Muerte y una enfermedad

De línea o senda horizontal que uno seguía o atravesaba, el tiempo se convirtió de repente aquel año en algo vertical, por lo que se ascendía, como a lo largo de una escalera de mano, al cielo, con cada peldaño o suceso sobreviniendo precipitadamente tras el anterior. Aún no contaba yo ocho años de edad. La depresión económica estaba en su cénit. Había principios y fracasos, ganancias y pérdidas, y un océano de miseria en el que no cabía señalar a un culpable; de nada servía decir «Tú tienes la culpa», ni llamar «ladrón» a éste o aquél, o a esto o aquello, pues la miseria abarcaba toda la tierra; tampoco se debía a Dios, ya que madre repetía que Dios era bueno, y aun cuando todo se explica con la finalidad, el Señor obraba por amor, y no para dañar, a los humanos.

Abuelo Frame vivía con nosotros. Senil y chupado, su pantalón holgado brillaba en la región de las asentaderas; dormía en la habitación posterior. Su cabeza se inclinaba como la de un pájaro. Gastaba gafas con fina montura de oro y las guardaba en un estuche azul oscuro, con forro de rico terciopelo del mismo color, que me infundía tristeza siempre que lo veía, pues era un color ilimitado, como las honduras del firmamento al atardecer y como la pregunta que había empezado a plantearme, fatigando mi cerebro en busca de una respuesta: «¿Por qué *era* el mundo? ¿Por qué *era* el mundo?», lo que suscitaba el pensamiento inmediato del *no mundo* y una sensación de profundidad interminable, para librarme de la cual había de hacer un esfuerzo.

El estuche de las gafas de abuelo, su chasquido al abrirlo y cerrarlo, y el hecho de que no se lo llevase cuando falleció, representó en cierto modo su esencia y la de su vida con nosotros. Mi hermana menor, June o Chicks, que no asistía todavía a la escuela, se convirtió en su mejor amiga; la llamaba su Mickey Mouse, su Pitiminí, porque era tan chiquita.

Abuelo estaba sano y no había entrado en vejez muy avanzada; debió de fatigarse, pues murió una noche mientras dormía, le pusieron

en la habitación de delante en un féretro, y cerraron los postigos para notificar a la gente que alguien había fallecido en la casa: los postigos cerrados permitían saber que las personas se morían, de la misma suerte que se sabía si estaban en casa por el humo que brotaba de la chimenea.

El día del sepelio, nuestros vecinos, los Flett, cuidaron de nosotros, nos dieron de comer huevos revueltos y nos enseñaron a tejer con grandes agujas de madera. Desde su seto de acebo vimos salir el cortejo fúnebre de nuestro domicilio, con todos los parientes vestidos de punta en blanco, hablando como acostumbraban en voz fuerte. No parecía nuestra vivienda. Las tías seguían charlando de Up Central y Middlemarch (Middlemarch, Lottie) e Inch Clutha; y los tíos, con el aire recatado de los Frame y la especial mueca de sus labios que decía: «Todo debiera ser perfecto. ¿Por qué no lo es?» Y el domingo fuimos todos al cementerio de South Hill a poner flores en la tumba del abuelo. Me sorprendió averiguar qué abuela estaba sepultada a su lado, pese a haber muerto en Wyndham. La imaginé haciendo el mismo tortuoso viaje en tren desde Wyndham que yo, dejando atrás ríos, pantanos, pequeñas estaciones ferroviarias pintadas de rojo vivo, el lago Waihola, Caversham, con la escuela industrial, Dunedin y Seacliff, donde habitaban los colimbos, y Hampden, con los cisnes negros y la laguna, hasta South Hill, en Oamaru. Abuela de viaje con su vestido negro, su olor de abuela y su canción «Llévame de nuevo a la vieja Virginia» y la otra para dormir y para la noche «Corren desgreñados por el vallejo del animal favorito de mamá y de papá la gallina...».

Colocamos las flores en el tarro de confitura sobre el sepulcro de abuelo y abuela, y leimos con curiosidad la lápida alta con la lista de los difuntos Frame. Había una Janet, llamada, por lo tanto, como yo. Murió a los trece meses de existencia.

El cuarto trasero no tardó en ser el de Bruddie y no el del abuelo. Carecía de cortina, porque no daba a las casas y la calle, sino a la colina y los proyectos, y, más cerca, al jardín posterior y el retazo de hierba muy verde donde goteaba el grifo, a un paso del grupo de malvas, que tanto-apreciamos por sus hojas encendidas en otoño y semilla, que se volvía colorada, con la que preparábamos nuestro té imaginario. «Tome una taza de té de malva, señora...»

La muerte de abuelo discrepó de la de abuela en que no creí que nos afectase directamente. Fue suceso que correspondió a los mayores, quienes cumplieron su obligación de vestir correctamente, hablar de Middlemarch y Up Central y de los «días de Outram, Lottie y George», e inhumar a abuelo, mientras los niños observábamos desde lejos, intentando distinguir entre rumor y realidad. Myrtle aseveró que habían clavado a abuelo para que no se escapase. Pero ¿cómo

escaparía si estaba muerto? Como fantasma, repuso mi hermana. ¡No había fantasmas! ¿Quién lo dice? La Biblia lo dice. (Aprendíamos a conceder prestigio a los hacedores de reglas y preceptos. *La Biblia lo dice* era fuente persuasiva, y en terreno más mundano, *Papá lo dice* triunfaba por lo regular de *Mamá lo dice.*)

No mucho después del fallecimiento de abuelo nos despertó por la noche un alboroto. Oí que mamá gritaba: «Bruddie tiene convulsiones, Bruddie tiene convulsiones.» Corrí con todos al comedor. Nos apilamos en el sofá del rey, mirando, prestando atención, a los viajes de nuestros padres entre la alcoba de mi hermano y el cuarto de baño. «Una convulsión, una convulsión», repetía mamá con su voz de seísmo y maremoto. Recogió el libro de medicina de donde estaba escondido (sin éxito), encima del ropero de su dormitorio, buscó la palabra *convulsión* y la comentó con papá, que estaba tan asustado como ella.

En el ínterin, Bruddie había vuelto en sí.

—Un baño —chilló madre—. Dale un baño.

Papá llevó al lloroso Bruddie al cuarto de aseo. Nos despidieron a las cuatro niñas al dormitorio, en el que nos acurrucamos unas contra otras, hablando en cuchicheos despavoridos y tiritando en la glacial noche de Oamaru. Me desperté a la mañana con los ojos rasposos de sueño y abrumada con el conocimiento espantoso de que a Bruddie le había sucedido aquella noche algo terrible.

Nuestra existencia se alteró de golpe. El médico diagnosticó epilepsia. Recetó a mi hermano fuertes dosis de bromuro, que, combinadas con las convulsiones o, como todos las llamaban, arrebatos, cada vez más frecuentes, intensificaron su confusión y su miedo. Llegó a tener a diario accesos de rabia violenta durante los cuales arremetía contra nosotros o nos arrojaba cuanto disparable encontraba a mano. Hasta entonces se había podido disfrutar, en el seno familiar, de un «sitio» por angosto que fuere; en aquel período el sitio semejó desvanecerse; una nube de irrealidad, de incredulidad, cubrió nuestro hogar, y parte de la lluvia que descargó tuvo la naturaleza de las lágrimas. Las medicinas y las convulsiones atontaron a Bruddie; o dormitaba recobrándose entre gemidos del último paroxismo, o se apoderaba de él una confusión que nadie entendía ni podía dulcificar. Iba aún a la escuela, en la que algunos chicos mayores empezaron a abusar de él, al paso que las chicas, tentadas quizá por un impulso de temor, procurábamos esquivarle. Aunque sabíamos qué debíamos hacer con él en caso de que sufriese un ataque en la escuela o en la calle, no soportábamos el horror de la enfermedad. Madre, negándose con denuedo a acceder al consejo de los médicos de internarlo en un nosocomio apropiado, le cuidó. Sus hijas sobrevivimos por medios propios, más la colaboración esporádica de papá, que deshacía por la mañana los líos de mi cabello

rizado y supervisaba la limpieza de nuestros cuartos. Su empeño en que barriéramos las «tablas arrimaderas» de la pared me proporcionó una expresión interesante: tablas arrimaderas. Una palabra que aprendí también en aquella época fue *zócalo*: «Un ratón rasca y rasca en el zócalo», del poema «Moonlit Apples», de John Drinkwater.

Mitigado el sobresalto abrumador de que había un enfermo en la familia, y el de saber que era incurable, siguió un tiempo de calma roma, tal vez porque la lluvia de la nube nos había calado hasta los huesos. Bruddie abandonó la escuela. Madre se entregó en cuerpo y alma a su cuidado. Si alguien me observó en aquellos días, vería sin duda a una niña ansiosa, presa de temblores y tics, a solas en el patio de recreo, siempre con la misma falda de tartán, de segunda mano, casi tiesa a causa del uso constante, la cual era mi única indumentaria: niñita de cara pecosa y pelo crespo, lo bastante «sucia» para que la eligiera la doctora, con otros chiquillos de «pobreza y suciedad» notorias, para examinarlos especialmente en el cuartito contiguo a la habitación del profesor. La marea de porquería había marcado líneas en mis piernas y parte interna de mis brazos; cuando las descubrí, la visión me propinó un rudo golpe, ya que estaba segura de haberlos lavado a fondo.

Parecerá extraño que, en plena impresión de tener un enfermo en la familia, me consumiera el anhelo de ser invitada a los maravillosos juegos de salto de comba del resto de la clase con una cuerda recién estrenada, con nudos áureos, que una compañera poseía y controlaba. ¿Cómo conferí poder tal a un pedazo de soga, tan nueva que algunas hebras se le erizaban? Esperé a diario, junto a la pared de piedra, el gesto de que entrase a saltar. «Todas a la vez / en tiempo tan bueno» o «Dos chiquillas vestidas de azul marino / harán lo siguiente: / Saludar al rey / e inclinarse ante la reina...», lo cual no era tan deseable como «Todas a la vez», pues no se trataba de ser designada o de no serlo, ya que, en tal caso, yo y las otras tímidas podíamos intervenir subrepticiamente y jugar como las demás. Sin embargo, quienes tenían el poder escogían por lo general a las participantes: «El labrador quiere una mujer, la mujer quiere un hijo, el hijo quiere un juguete...»

Había otra chiquilla conocida también como «sucia»: Nora Bone. Yo la despreciaba, puesto que, como yo, en raras ocasiones la invitaban a saltar a la comba; pero, en su afán avasallador, siempre se brindaba a «dar», es decir, a voltear la cuerda sin respiro y sin intervenir en el juego propiamente dicho. Por ello se la conocía como «la chica que no se harta de dar». De su género sólo había en la escuela dos o tres, y todas desdeñaban a Nora Bone, la chica que no se hartaba de dar. No había ocupación más degradante. A pesar de mi hambre indomable de participar en los juegos, jamás me presté a dar eternamente.

Así pues, Bruddie estaba enfermo. El mundo continuaba avanzando mañana, tarde y noche, y la gran depresión económica cazaba al acecho en las calles y hogares de Oamaru, castigando a muchos con el «despido», llenando de «pesar» a otros tantos, e imponiendo recortes de sueldo a mi padre, cuyo pavor confesado se nos contagiaba, el del «despido» y el de la «quiebra»; y cuando afluyeron las facturas de los médicos y el hospital, papá se sentó al extremo de la mesa y, cogiéndose la cabeza con las manos, exclamó:

—Mamá, voy a sufrir quiebra. Me volveré loco y me pegaré un tiro. Correré al muelle para tirarme al agua.

Y mamá respondió:

—No quiero que hables de esa manera, Curly. Dios ayudará.

—Pues que se dé prisa, sin perder un segundo —replicó papá, siempre irreverente al hablar del Señor y la religión, porque los tenía por mojiganga.

Madre decía en aquellos casos, con la insistencia maquinal, rutinaria, de un disco gramofónico:

—Fíjate en los lirios del campo... No pienses en el mañana.

Algo nuevo, una fase de cavilación callada más honda, había aparecido en mi existencia. La asocio con las tardes de lectura silenciosa, cuya misma denominación me intrigaba, en las cuales el silencio contenía tanto ruido íntimo, que no lograba sentir interés por los libros de Whitcombes. «Estábamos» en Pinocho, que yo condenaba como relato estúpido. Y condené a don Quijote por botarate. Pasé sin hacer nada aquellas tardes lúgubres, madura de pensamientos, sin saber, no obstante, lo que pensaba, observando los haces de motas de polvo, blanqueados por la tiza, que cruzaban la habitación con la luz que entraba por las ventanas, y a los que suponía rayos solares.

Cierta tarde, en que cantábamos de acuerdo con el Dominion Song Book, clase que me gustaba, entonamos un canto obsesivo: «Como la marea llora su pena en la playa, así lamento a los amigos capturados y los guerreros caídos...» También cantamos las palabras maoríes: «*E pare ra...*» Y durante la interpretación, noté de pronto que las lágrimas huían de mis ojos, porque algo terrible había acontecido, pese a que no pudiera decir qué: estaba en la canción y, al propio tiempo, fuera de ella, conmigo. Al salir de la escuela, corrí a casa, dejando incluso atrás a algunos de los chicos mayores en la esquina de Hunt, y llegué a ella sin aliento. Fui al ángulo del patio trasero. Myrtle estaba en él.

—*Old Cat* ha muerto —dijo de sopetón.

La enterramos en el jardín. Había sido negra y esponjosa, y, al entrar en años, su pelo se hizo castaño como si lo hubieran chamuscado. Desde que nos establecimos en Oamaru, gatas y sus crías habían aparecido de la nada para compartir nuestra existencia. Había

un lugar en el lavadero, cerca del cobre, donde parían. Se nos había prohibido entrarlas en la casa, pero lo hacíamos en ocasiones, mientras papá estaba en el trabajo, y nos sentíamos muy unidos a ellos en sus nacimientos y muertes. No tenía entonces cada uno un animal propio. *Old Cat* había sido de todos, y en aquel trance no imaginamos que otro bicho ocupase el hueco que dejaba.

La melancólica tarde del canto de «E *pare ra*» se incorporó a mis recuerdos como el viento en los cables y el descubrimiento de mi «sitio». Me desconcertó que cantásemos a «los amigos capturados y los guerreros caídos», cuando veía mentalmente la playa solitaria con la marea gimiendo «su pena» en ella, y personas que aparecían en la arena, de las cuales eran unas las de la canción, los guerreros, y otras, Myrtle, Bruddie y yo en Waipapa o Fortrose; además, sentía al mismo tiempo temor y desdicha imprecisos, apenas relacionados con el canto, y, no obstante, presentes en la clase penumbrosa, viendo cómo las motas de polvo entraban y salían de los rayos luminosos que sesgaban las ventanas, situadas a tal altura, que todas las mañanas los monitores pugnaban, para abrirlas, con cuerdas y palancas y una pértiga rematada con un gancho; no había en la escuela una sola ventana que no fuese así, que no exigiese una lucha tenaz para abrirla. Y cuando Myrtle anunció «*Old Cat* ha muerto», ya lo sabía yo; pero había algo más, algo aparte de *Old Cat*.

Alrededor de un par de semanas más tarde, Myrtle regresó de la escuela con *Lassie*, una spaniel que la había seguido por iniciativa propia. Que era hembra lo definía con claridad una serie de tetas abultadas, pero nos habían vedado pronunciar la palabra *perra*. Desafiando los argumentos y amenazas paternas, y charla materna sobre hidátides conservamos a *Lassie* y dos de los cachorros que nacieron siete días después. Los otros fueron metidos en un saco de azúcar, lastrado con una piedra, y se lanzaron al río. En el decurso de los años, el cauce de éste se transformó en cementerio de numerosos gatos y perros y sus crías, no sólo por obra nuestra, sino también por la de los vecinos, y de cuando en cuando, podrido el saco, afloraba a la superficie un mojado resto con los dientes fijos en amenaza esquelética.

9. Poppy

Amaneció el día en que tuve una amiga, Poppy, llamada Marjorie en realidad. De pelo castaño, rostro feo en el que se abría una amplia boca roja, y padre que la azotaba con una correa de máquina que le sajaba la piel, fue novedad para mí cuanto decía y hacía, incluidos su manera de hablar y las palabras que utilizaba, sus ideas, juegos y el folklore que yo no interpreté como folklore, sino como rumores

verídicos transmitidos de un individuo a otro. Me enseñó a eliminar las verrugas con gotas de mesembriantemo exprimido sobre ellas. Nos sentábamos en el ribazo arcilloso de Glen Street, tapizado de flores purpúreas de tal planta, nos retorcíamos cuando sus tallos se hincaban en nuestros traseros, y rociábamos con su jugo nuestras verrugas, las cuales, ¡oh prodigio!, desaparecían al cabo de pocos días. Poppy me enseñó a chupar los cabillos de un vegetal que denominaba trébol —posteriormente supe que era la aleluya—, y a saborear el gusto picante de su ácido; me enseñó a libar el néctar de la flor de la vincapervinca, y a paladear las bayas feculentas del espino albar. Me explicó que, si yendo juntas a la escuela, nos separaba una farola, nos «indispondríamos» y no tendríamos que hablamos hasta que alzáramos los meñiques, ceremonia necesaria asimismo cuando pronunciábamos a la vez la misma palabra.

Estos ritos desconocidos me encantaron. Poppy me indicó cómo «gorronear» flores. Me explicó que toda flor que sobresalía de un cercado a la calle era «gorroneable», y nos pertenecía, y que aquello no era robar, porque nos correspondía *por derecho*. Comparecíamos cotidianamente en la escuela y en casa con brazados de flores, cuyos nombres sabía Poppy. Me enteró de ellos. Estudiábamos en aquella sazón las hierbas buenas y malas, y deslumbraba a ambas el esplendor de su nomenclatura: bolsa de pastor, gallina gorda (¡qué risa!) y ambrosía, morada de orugas negras y blancas, si bien preferíamos las lanudas, que se transformaban en *almirantes rojos*.

Tras las clases, solía ir yo a casa de Poppy a jugar a «escuelas» en su lavadero, donde alineábamos botellas vacías de cerveza de su padre, y las hacíamos vivir, respirar a fondo, y nadar en seco, enarcando mucho el pecho, abrir los brazos hacia arriba y correr sin moverse del sitio con exagerado levantamiento de rodillas. También les entregábamos las tablas aritméticas y les ordenábamos enumerar y dibujar las nubes —cirros, estratos, cúmulos, nimbos—, mientras nosotras canturreábamos sus nombres: cirros, estratos, cúmulos y nimbos... Les obligábamos a aprender los montes: Rinutaka, Tararua, Ruahine, Kaimanuhu... Les sacudíamos correazos, mandándoles con severidad: «Prestad atención. Tú, ven aquí.» Las botellas formaban hilera en el banco que miraba al noroeste, encendidas en oro por los rayos del sol poniente que cruzaban la ventanuca empolvada. Si rompíamos una, contemplábamos el mundo dorado a través de un fragmento.

Yo estaba convencida de que Poppy sabía todo. Conocía nombres y usos que no eran los habituales en la vida ordinaria. Tenía, como yo, un «sitio» del que hablaba, al que acostumbraba ir cuando estaba con unos parientes en *Moeraki*. Pronunciaba este vocablo como si fuera de su propiedad exclusiva, como mis tías los de Up Central, Middlemarch

e Inch Clutha.

Me preguntó un día si deseaba que me prestase un libro especial, que guardaba en el lavadero, con una pila de tesoros, en un antiguo barril de cerveza.

—Son *Los cuentos de Grimm* —puntualizó.

Confesé que nunca había oído hablar de él y le rogué que me lo dejara. Y con el libro me fui a la cama aquella noche, leí y, de repente, el mundo de la vida y el mundo de la lectura se trabaron de suerte que no había notado hasta entonces.

—Escuchad esto —pedí a Myrtle, Dots y Chicks.

Atendieron mientras yo leía «Las doce princesas bailarinas», y mientras yo leía y ellas atendían, tanto ellas como yo supimos, gloriosamente, que éramos aquellas princesas, pero no doce, sino cuatro; y, entretanto, mi mente vio el lugar del ropero, colocado en un rincón del cuarto, el mismísimo lugar por donde nos deslizaríamos al orbe subterráneo, y el huerto, que era «nuestro» huerto, a lo largo de la hondonada, en que las ramas de los árboles graznaban y chillaban al ser rotas, árboles de plata y oro; y, al final, era Myrtle quien se casaba con el soldado veterano, al que concebí con Vincent, de veintidós años, para nosotras arrugado y viejo, el cual se había prendado de Myrtle, que apenas contaba doce, cuando fue a pasar unas vacaciones con los «exploradores» de Wyndham.

Los zapatos, destrozados todas las mañanas a fuerza de danzar, no eran ninguna novedad para nosotras, ya que las suelas de los nuestros se despegaban de las palas. Papá marcaba y cortaba el cuero esmeradamente, y con las tachuelas en la boca, inclinado sobre la horma, echaba medias plantas y ponía tacones a nuestro calzado, rezongando como el rey del cuento.

—¿Cómo habéis podido gastar tanto las punteras y agujerear las suelas? No lo entiendo.

Dónde, en efecto.

¡Narración maravillosa! Vergeles con manzanas de plata y oro, ramas parleras, canoras y gritonas, mares y ríos soterrados, chapoteo sobre chapoteo a través de cavernas oscuras, y hete aquí, de improviso, el palacio hecho un ascua de luz y el salón de baile.

Todos los cuentos contenían medida similar de placer y emoción: «La luz azul», «El enebro», los viejos favoritos de los libros en que aprendimos a leer —Hansel y Gretel, Blancanieves—, los de madre, padre, hermana, hermano, tía y tío, ninguno de los cuales era más o menos que nosotras, pues a todos afectaba la lista de dones extraordinarios, milagros, transformaciones, crueldades, y los muchos años de peregrinación interminable y búsqueda sin término, repletos de esperanza e ilusión. *Los cuentos de Grimm* eran la historia de cualquiera vista de modo particular, con algo nuevo que se sumaba a

las reglas ordinarias de la observación. En ellos hablaban los insectos y animales, como yo había presentido siempre, como había sabido que me hablaba él cordero que me miraba. Y cuando se prendían de mi pelo encrespado las moscas de los papeles que las atrapaban, y zumbaban y ronroneaban en mi oído, no había error posible en cuanto a lo que manifestaban en su desesperación.

El libro de Poppy era fortuna atesorada que se devolvió y se obtuvo prestado un sinfín de veces.

Poppy tenía dos hermanos, Bob y Ted, y una hermana mayor, Florrie, que no tardaría en casarse. Bob, que ya trabajaba, era reservado y mostraba un parche negro en la frente desde que se lastimó al querer bajar en bicicleta la colina del hospital. Corría la especie de que, si se quitaba el parche, moriría sin remedio. Ted, bajo y de boca ancha, como Poppy, tenía edad suficiente para que embromásemos a Myrtle a expensas de él. La boda cercana de Florrie nos animó a hablar continuamente de nupcias y lo que sucedía cuando uno se casaba, y a nuestros padres a dar respuestas insatisfactorias a nuestras preguntas.

—¿Qué hicisteis cuando os casasteis, mamá?

—Padre y yo escapamos en una escoba.

—¿Y de dónde vienen los niños?

—Los trae una cigüeña.

Contestaciones tan válidas como las de los guasones a quienes interrogábamos sobre lo que hacían: «Alas para que un elefante vuele.» Por fortuna, Poppy disponía de la información que me importaba.

—Se jode.

—¿Se jode?

—Sí. El hombre se acuesta sobre la mujer y le mete el pito.

Me expuso lo de joder y los preservativos, que el hombre se ponía en el instrumento para que la mujer no tuviera críos, y que la mujer tenía coño, y que el hombre la «entraba» y disparaba leche a todo lo que se ponía a tiro, y que, si confeccionaba un niño y no lo quería, la mujer bebía ginebra para desembarazarse de él. Poppy me recitó los versos:

Libras, chelines y peniques,
un hombre cayó por encima de la valla.
Se desplomó sobre una dama
y le estrujó un bebé.
Libras, chelines y peniques.

Sabía también algunos chistes de Mae West. Todos hablaban entonces de Mae West y de sus chistes, y en la escuela, durante la

lectura silenciosa, cuchicheábamos, emitíamos risitas, transformábamos lija y moño en pija y coño.

Se casó Florrie. Pusimos a ella y a su novel marido las estrepitosas latas vacías de rigor, y festejamos con bebidas gaseosas y galletas. A los pocos días Myrtle y yo y Ted y Poppy subimos al segundo proyecto, cuyos árboles habían aclarado varios empleados municipales, y allí, entre troncos abatidos, ramas y agujas de pino, Myrtle y Ted procuraron «hacerlo», mientras observábamos con interés cómo él se movía rítmicamente arriba y abajo sobre ella.

Aquella nueva experiencia me gustó. Ansiosa como de costumbre por compartir los sucesos del día, anuncié como al desgaire a la hora del té:

—Myrtle y Ted lo hicieron en los proyectos esta tarde.

—¿Qué hicieron? —dijo papá.

—Joder, claro —contesté, convencida de lo corriente del hecho. Sólo hablaba de los sucesos cotidianos.

Una repentina ráfaga de horror sacudió a los sentados a la mesa. Papá descargó en ella un puñetazo que envió al aire las tazas (y a nosotras).

—¡Os prohíbo que habléis en adelante a Poppy, Tedd y el resto de esa familia! —vociferó.

Se encaró con Myrtle.

—Tú ve al dormitorio. Mamá, ¿dónde está la correa?

Mamá, que nunca nos pegó y que se espantaba cuando papá reclamaba el cinturón, intentó aplacarle.

—No le zurres, por favor, Curly.

Como era cuestión gravísima, padre aplicó la correa a Myrtle, y yo, «culpable» a mi manera, escapé espantada con mis hermanos al cenador. No comprendía la alteración repentina de mis progenitores al enterarse de mi sencilla crónica. Había pensado que sería motivo de alegría, sinceramente convencida de que todos celebrarían lo sucedido.

Myrtle lloró y se quejó en la alcoba. Papá dio con alguien que fue en busca de un médico, pues mi hermana mayor, a los doce años, edad muy temprana en aquellas fechas, ya tenía el «mes», acontecimiento que mamá comunicó una mañana, frente a la máquina de coser, con su voz de desastres y calamidades: «Myrtle lo tiene ya, Myrtle lo tiene ya», lo que me sumió en confusiones hasta que averigüé que no era «leche» lo tenido, sino el «mes».

Compareció el médico, entró en el dormitorio y reconoció a mi hermana. Oí sus sollozos. La furia y el miedo de papá fueron inolvidables. El doctor le habló con dureza.

—Está histérica, aterrada.

Aquella noche, como aquella en que se manifestó la enfermedad

de Bruddie, cambió nuestras vidas.

Al día siguiente comuniqué a Poppy:

—Me han prohibido que juegue y hable contigo para siempre.

Y me contestó en tono igualmente pomposo:

—Tampoco me permiten que te hable.

Porque ella también, ignorando la necesidad de guardar el secreto, había «contado».

La advertencia de nuestros padres respectivos fue tan enérgica, y tan horrendo el castigo prometido a cualquier desobediencia, que Poppy y yo nos distanciamos a perpetuidad. Sólo charlé por lo breve con ella algunos años después. Le devolví *Los cuentos de Grimm*, consolándome con el pensamiento de que, si no disponía del libro, conservaba vivos en mi memoria muchos relatos, que las doce princesas bailarinas habitaban de modo permanente en nuestro hogar. Ellas y «La luz azul» y «El enebro». Y en cada avellana navideña yo podía imaginar aún un diminuto vestido de oro y plata, plegado hasta lo inverosímil y desplegado hasta que alcanzaba el tamaño imprescindible para sentarme bien. «Sacúdete, sacúdete, avellano, / y envía oro y plata sobre mí.» Y junto al grifo del patio posterior, donde Ja hierba era más verde, podía jugar aún y beber té de semillas de romaza y fabular que la cabrita pastaba largas briznas herbosas y salmodiar «Bala, cabra; bala, y siéntate limpia a la mesa», y habiéndose dado ante mí un hartazgo, ordenarle «Bala, cabra; bala, / y retírate limpia de la mesa.»

Por consiguiente, me hallé de nuevo sola en la escuela. Se fue el salto a la comba como había venido, se fueron las canicas como habían venido, y se impuso la coscojita. Consumí mis ocios en la busca de piedras lisas, redondas y «decentes», y velé las noches pensando en piedras decentes que aguardaban que yo las recogiese. Dots, Chicks y yo jugamos a la coscojita en el sendero, con alguna que otra pausa para increpar a las mozas peripuestas que transitaban con zapatos de tacón alto.

—¡Eso! ¡Empolvaos más la cara, empolvaos más la cara!

Myrtle y yo nos sentimos más unidas. Ella estudiaba el curso de reválida, y en casa sólo se hablaba de si aprobaría. Papá la apercibió de que, si no lo conseguía, habría de trabajar en la fábrica de tejidos de lana, a sabiendas de que lo haría indefectiblemente, porque carecía de recursos para enviarla a la escuela superior. Eso teniendo en cuenta, desde luego, que no la mandaran antes a la industrial de Caversham.

El siguiente toque de alarma consistió en que nuestra cuenta, nuestra deuda, en la tienda de la señora Feather ascendió a cien libras, cantidad que ni en sueños podíamos pagar. Orgullosa de su enorme cuantía, informé a mis condiscípulos:

—Mi padre se arruina. Debemos cien libras.

No comprendí una vez más la prudencia de no hablar de ello. A la sazón había inventado ya un método propio de compra. Entraba en todos los establecimientos que había en el camino a la escuela y solicitaba algo que, lo sabía, el tendero habría de buscar en la trastienda, y en tanto que lo hacía, escamoteaba mercancías del mostrador, las escondía como un rayo debajo de mi brazo, apretándolo contra las costillas, y cuando reaparecía el tendero, le decía de forma persuasiva que no creía, francamente, que lo solicitado interesase a mi madre. Mi botín corriente era una manzana o una pera o pirulíes. Un día quise emplear, con osadía inaudita, la estratagema por segunda vez en el mismo establecimiento. Me dispuse a repetir la fechoría y la dueña exclamó:

—¿Cogiste algo de aquí esta mañana?

—¡Oh, no! —protesté asustada.

—Entiende que si tocas algo de esta tienda, haré que la policía te detenga —avisó la mujer.

No volví por allí. Aunque me enmendé de mis raterías, empecé a comprar «galletas de fantasía» a la señora Feather, con el aviso de que anotara el gasto en la cuenta de mi familia. Las escondía en el seto y echaba mano del repuesto cuando se me antojaba una de chocolate; más enseguida cambié de escondrijo, porque una mañana lluviosa hallé una bolsa de papel llena de galletas reblandecidas por Ja humedad e infestadas de ciempiés.

Veía en ocasiones a Poppy en el trayecto a la escuela. Nos mirábamos avergonzadas y cohibidas, y una de las dos cruzaba a la acera de enfrente. Comprendíamos que la obediencia encerraba menos dolor que la desobediencia, y nos habíamos resignado al distanciamiento.

Sustituí los juegos estupendos, cuentos, rumores y flores gorroneadas a diario con la colección de papel de plata de galletas de chocolate sisadas, cuyas coloridas superficies alisé, y luego embutí en una lata de tabaco amarilla y plana; de tarde en tarde, la destapaba y me regodeaba con la visión de sus colores lustrosos.

Se descubrió por desgracia mi «dispendio» en los recibos domésticos de fin de mes. Me castigaron. Renuncié, pues, al papel de plata y a la ambición de montar cuadros con él, e inventé un rancho y una marca de ganado, Bar X, entre la mata japonesa leonada y el arco de las rosas. Posteriormente me encomendaron cierto día que adquiriera —honradamente— galletas de chocolate y de fantasía, pegadas con alcorza, pues llegaba tía Maggie.

10. La invasión permanente del OK

Tía Maggie, hermana de papá, tenía cáncer de garganta. Nos explicaron que la garganta se le estrechaba y que moriría cuando se le cerrase del todo. Nos explicaron también que tía Maggie o Mag, como la llamaban nuestros padres, sobresalía en los trabajos de calceta y las labores de ganchillo. Agregaron que debíamos portamos con educación y no mirarla fijamente mientras se esforzaba por comer. Sentados a la mesa, asistimos fascinados y horrorizados a su creciente rechazo de los alimentos.

—Lo siento, Lottie. No puedo, no puedo —murmuraba en tono de excusa.

Asimismo contemplamos cómo ejecutaba punto de trenza, hazaña suprema que dividía la humanidad en dos bandos: el de quienes sabían tejerlo y el de quienes no sabían. Oí conversar a mamá con la señora Walsh sobre ella.

—Mag, mi cuñada, está en casa. Hace punto de trenza.

Madre, a la que no atraían ni la costura ni los trabajos de calceta, y, a la sombra de las hermanas de mi padre, consumadas tejedoras, no soñaba en competir. Se atuvo a la práctica religiosa y a la redacción de canciones, poemas y cartas al periódico sobre el gobierno. Ya no tocaba el acordeón, y la gaita y las partituras gaitescas paternas descansaban en el limbo de la alacena. No se cantaba ya por las noches. Hubo una vez en que padre rescató los colores al óleo y se enfrentó con la escena de caza que había copiado de una estampa de cigarrillos; pero la alejó de sí inconclusa y jamás tornó a pintar, dejando un perro con ojos sin pupilas. ¿Por qué?, me extrañé. Un ademán insignificante habría bastado para marcar las dos motas que hubiesen dado la vista al can. Pienso ahora que la desgana de papá, o su incapacidad para concederle la visión, fue síntoma de la magnitud de su desespero y su conciencia de la imperfección de todo. Pudiera decirse, como él lo hizo hasta la saciedad, cuando sus hijos le importunábamos para que acabase la pintura, o tocase la gaita en las veladas, como antaño, que no tenía ya «el menor interés».

Tía Maggie, no obstante morirse, nos trajo un fresco soplo de vida en forma de nuevas del mundo circundante, de películas y vocablos desconocidos. La depresión económica era noticia viva en todas partes. A pesar de ello, cautivaba más la ondulación permanente. La señora Walker, vecina nuestra en Wyndham, que se había trasladado a Gore sin romper sus relaciones con nosotros, había escrito acerca de su ondulación permanente, lo cual hizo que madre se quedase boquiabierta de consternación, horrorizada al saber que se había sometido a operación tan «antinatural». En cambio, tía Maggie hablaba como si tal cosa de mujeres así onduladas, y no una, sino *dos* veces. Como yo sabía el significado de *permanente,* y había supuesto que ondulación de tal especie tenía igual valor, me impresionó la

carencia de precisión, de verdad, de una palabra. Si *permanente* quería decir *perpetuo*, como *siempre*, como las flores artificiales de pétalos rígidos, en sus jarros acampanados, sobre las tumbas, ¿cómo podía desaparecer una ondulación permanente? Sentía preocupación constante por la idea de «verdad» desde que la señorita Botting me interrogó en la plataforma del parvulario: «Di la verdad. ¿Por qué no dices la verdad?», y ello a pesar de haber aprendido que las consecuencias de decir la verdad eran tan funestas como las de mentir. Y entonces a todas luces no preocupaba a nadie que la «ondulación permanente» no fuese «verdad».

Cotidianamente, tía Maggie, sentada en paz, se consagraba al punto de trenza o a la labor de fantasía, usando agujas *Crewell* (yo lo entendía como *Cruel*) y hebras que exponía a la luz para contarlas. Se reía con mamá recordando la época de Outram y la visita del duque y la duquesa de York. Una tarde fueron al cine, la única en que madre lo hizo, y vieron *Alf's Button Afloat y Viennese Nights*. Nunca resplandecieron los ojos de mamá como entonces al cantar (todavía cantaba al realizar las faenas domésticas):

Correrán los años
tras tu partida,
y te acordarás de Viena,
recordarás
las noches de mayo,
amantes que se fueron
y desaparecieron...
De dónde llegaron,
adónde marcharon,
Viena nunca te lo dirá...

Era triste como todas las canciones, y madre y tía Maggie se miraron como con nostalgia. «¡Oh, Mag! ¿Te acuerdas?», decía mamá y tía afirmaba con la cabeza. Y quizá, si estaba en casa, papá exclamaba con expresión de descaro: «¿Dónde está *Happy Mag?» Happy Mag* era una revista humorística que mis padres leían complacidos, y sus hijos, al conocer a tía Maggie, supusimos que se relacionaba de algún modo con la mujer que figuraba en la portada.

Un día, al regresar de la escuela, me enteré de que tía no estaba en casa; la habían llevado al hospital, donde falleció. La sepultaron al lado de abuelo y abuela en la tumba familiar, y su marido, tío Alex, hombre severo que no simpatizaba con los Frame, colocó un jarro con flores artificiales sobre el sepulcro y —se cuenta— exclamó:

—¡Con esto me libro de los Frame!

Mamá, que a cada muerte, incluida la reciente de su padre, al que

no habíamos conocido, aplicaba una cita bíblica, repitió: «Y Dios enjugará las lágrimas de sus ojos, y ya no habrá más muerte, ni pena, ni llanto, pues Zas *cosas pretéritas se han ido.*» Por tanto, el vocablo *permanente* recurría a un desquite peculiar contra quienes le daban empleo torcido, y todo llegaba y se iba: las estaciones y los animales (*Old Cat*) y la gente (abuela, dos abuelos, tía Maggie). Y Poppy.

La estancia y el óbito de tía Maggie coincidieron con la expresión más reciente y sonada de «OK, jefe», que se nos vedó a los chicos; pero, cuando papá estaba en el trabajo, acosábamos sin piedad a madre repitiendo «OK, jefe; OK, jefe», y Myrtle, que, por ser la mayor, se las daba de madura y era rebelde, desafiaba la prohibición respondiendo «OK, jefe» a papá. *Abiertamente*. Lo de *abiertamente* pareció ser lo importante, puesto que padre lo repitió sobradas veces antes de despacharla al dormitorio y cerrar la puerta con llave.

—Probarás la correa —prometió.

Estaban en guerra.

«OK, jefe» sonaba más rotundamente si se rumiaba *chicle* o goma de mascar, la cual se sacaba de la boca y se estiraba con los dedos, observando la alarma de los adultos ante aquella aparente irresponsabilidad de lenguaje y masticación. En las continuas discusiones de Myrtle y padre sobre todas las nuevas fases de la vida de mi hermana —el deseo de llevar pantalón largo (prohibido), utilizar lápiz de labios (prohibido), ir al baile y al centro de la ciudad la noche de los viernes, la goma de mascar y el «OK, jefe»—, fueron la culminación, las definitivas blasfemias lexicomascullantes, que, irónicamente, se remoraron como parte inherente de la visita de tía Maggie, a quien vimos luchar con la comida y la palabra hasta que falleció con la garganta obturada.

¡Vivan la libertad de estirar el chicle fuera de la boca y del alegre «OK, jefe»! Pese a todo, nuestra vida siguió adelante con nueva exuberancia.

11. El príncipe del sueño

Era hecho establecido que casi todas las muchachas que abandonaban los estudios se empleaban en las fábricas de lana, «allá, en North Road». Las veíamos partir en bicicleta y oíamos la sirena fabril a las ocho de la mañana, a la hora del almuerzo y por la tarde, aullido que compartía el aire adormilado de Oamaru, la ciudad de piedra blanca, con el campaneo del reloj municipal y el bramido incesante del mar. Si se subía en zigzag al asiento de madera de la Beautifying Society y se oteaba el panorama, percibíase en lontananza las chimeneas de aquellas fábricas. Las perspectivas de trabajar en ellas, o el confinamiento en la escuela industrial de Caversham, que, como la

reventazón, se abatiría sobre Myrtle antes de que, a su debido tiempo, me llegase el turno, no nos desviaba un ápice de un ámbito de ambiciones adquiridas súbitamente.

A pesar de la enormidad de nuestra deuda, y nuestra incapacidad manifiesta de liquidarla, la señora Feather decidió con notable generosidad regalar a cada vástago Frame tres peniques semanales, para que fuésemos la tarde del sábado al cinematógrafo, y así, «por ir al cine» todas las semanas, se nos ofreció una gama de apetencias desconocidas en un mundo totalmente nuevo. Myrtle, cuya cabellera dorada la asemejaba a Ginger Rogers, proyectó ser bailarina o estrella de la pantalla, o ambas cosas. Con el objeto de emprender tal carrera, solicitó el libro gratuito del curso de danza del profesor Bolot y lo recibió: era un folleto que detallaba el costo en guineas, con una gran fotografía del «maestro», pelioscuro, bigotudo y vestido de negro, con pantalón español y en actitud de interpretar un baile de España. Conocí estímulo y desilusión similares con mi libro «gratis» sobre ventriloquia. Renunciamos a buscar otras orientaciones por el estilo, aun cuando, algunos años después, pedí por carta a Scribe, Amorc, California, los *Secretos del universo*. Puesto que un niño invidente había tocado el violín en la Opera House, alimenté la ilusión de ser violinista ciega; luego, con más sentido práctico, pensando en mi cabello acaracolado y mis hoyuelos, me imaginé como posible Shirley Temple.

Myrtle contaba con razones más sólidas en su deseo de ser actriz, no en balde había encamado en la escuela a Juana de Arco, pertrechada de armadura de cartón plateado. Además, intervino en *The Mikado* y fue el capitán en *H.M.S. Pinafore*. Declamó en la estación radiofónica 4XD de Dunedin, en la que la hermana de la cuñada de tía Isy era una auténtica «tía» de la radio, o sea tía Molly. En casa de los Flett, vecinos nuestros, escuchamos, entre ruidos parásitos, la lejana voz de Myrtle recitando su poema favorito, «El príncipe del sueño», o, como lo conocíamos, «Encontré en la víspera»:

Encontré en la víspera al príncipe del sueño,
de semblante tranquilo y adorable.
Recorría un valle empinado,
encantando la soledad del paraje.

Vestía indumento gris de lavanda.
En sus sienes una guirnalda de amapolas ardía como brasas mortecinas, y por doquier el aire se hacía más dulce con su aliento.

Sus pies crepusculares carecían de sandalias, sus ojos lucían débilmente en su mismo fuego,
falenas hermosas que oscurecían lo que tenía delante y semejaban

las letras de su nombre encantador.

Tiene morada en las sendas montañosas...

Hubo otras composiciones. Myrtle las declamó en prueba clara de que se hallaba en camino de transformarse en actriz cinematográfica. Como también corría, saltaba y nadaba, era harto robusta para acudir a los estudios de MGM o la RKO a las seis en punto de alba, y concurrir a las fiestas nocturnas de Hollywood con un vestido de espalda escotadísima.

A finales del año, compitiendo como carrerista en las pruebas deportivas escolares, perdió el conocimiento. La llevaron a casa. El médico que la reconoció diagnosticó un defecto cardíaco, del que podía fallecer en el instante más impensado. Mamá nos lo explicó, si bien dijo «irse» en lugar de «morir». Recibimos la nueva con sobresaltada incredulidad, pues Myrtle rebosaba de fuerza y vida, sin otra cicatriz que la cosechada en Wyndham al querer andar con zancos, y con el rubio cabello ondulado como *el de Ginger* Rogers, y con su proyecto de que un descubridor cinematográfico de talentos se fijase en ella y pidiera que estampase su firma en un contrato multimillonario.

Vigilamos y esperamos durante algún tiempo, curiosos y asustados; pero Myrtle siguió respirando. Pronto olvidamos el contratiempo, ya que la muerte significaba inmovilidad y nuestra hermana abundaba en movimiento y bailes, y era una estrella radiofónica con su poema predilecto «Encontré en la víspera al príncipe del sueño».

El descubrimiento de su «corazón malo» aconsejó retirarla de la escuela. Naturalmente, tampoco pudo trabajar en la fábrica. Por ello, se determinó que ayudase a la señora McGimpsey, viuda y con dos hijas, que vivía al extremo de la calle, en una casa con galería en la fachada. Y cómo podía gastar varios chelines a la semana, Myrtle se compró lápiz de labios, polvos y *batidos de leche la* noche de los viernes, y las revistas «prohibidas» que leíamos bajo las sábanas: *True Confessions y True Romance, con* fotografías de personas de carne y hueso, bellas mujeres y hombres apuestos, que se besaban y abrazaban. No puse en tela de *juicio la* «verdad» de aquellos informes sencillamente porque se titulaban «historias verdaderas». Todavía no había *aprendido a aceptar las* trampas de las palabras. Hacía sólo unas semanas que había entrado como una exhalación en un establecimiento inaugurado en el meollo de la ciudad, *The Self Help* (Sírvase usted mismo), esperando coger gratuitamente lo que me agradara.

La «verdad» (*Truth*) se revelaba asimismo en el semanario

homónimo que papá compraba en la tienda de Adam, en un paquete llamado «los libros». «Id a buscar los libros», nos ordenaba. Y uno de nosotros bajaba y asistía embrujado a la operación en que el señor Adam, manco, apoyando la manga vacía del muñón sobre las revistas apiladas en el mostrador, las enrollaba, ataba y cortaba el bramante: *Truth, The Humour* (la colección más selecta del ingenio mundial), *The Happy Mag, The Exporter*, para que mamá revisase el poema o el artículo corto que había enviado, y nuestras historietas cómicas ilustradas.

Se nos vedaba leer *The Truth*; pero en ocasiones vislumbrábamos fotografías borrosas de viejas casas con porche, en las que se había perpetrado el asesinato, la catadura de criminales, mal afeitados y de pupilas fieras, o los pacientes escapados de manicomios, y los campos pantanosos en que una flecha marcaba el sitio preciso en que se había encontrado el cadáver. Aunque nuestros padres procuraban ocultamos las noticias de sucesos desagradables, llegaban por vía imprecisa a nosotros los detalles y rumores de envenenadores de chocolate y de secuestros de niños. Según la opinión paterna, los desastres «naturales», como seísmos, maremotos y hasta incendios, eran «limpios», en tanto que los homicidios, secuestros infantiles y químicos siniestros, que se llenaban los bolsillos con los abortos, resultaban demasiado nefandos para que se hablase de ellos y ni siquiera se admitiese su realidad. En el ámbito de lo terrible —¡si lo hubiesen sabido nuestros padres!— cabía el viejo que, a veces, nos escoltaba en nuestro ascenso al asiento de la Beatutifying Society, o en los jardines, nos sonreía de extraña manera, se desabrochaba la bragueta y nos enseñaba el pito. Le tomamos a chacota, le motejamos «el Soplón» y le admitimos en nuestro círculo de individuos extravagantes, con las solteronas, Ma la gitana, la ramera de la población, los católicos, los alemanes, los chinos y cualquiera que fuese distinto, sobre los que cantábamos frases insultantes. «Perros católicos que oléis como cólicos», «Chino Ching-Chong, nacido en un tarro y bautizado en una tetera, fuera, fuera, fuera», o el poemilla que podía aplicarse a todas las raleas:

En mil novecientos cuarenta,
los alemanes la guerra declararon,
en las rocas se sentaron
y la picha se menearon,
en mil novecientos cuarenta.

En determinados momentos salmodiábamos «Los maoríes fueron a la guerra». Nos habíamos enterado de su existencia en la escuela. En Oamaru escaseaban. Mamá nos contó que había «crecido entre los

maoríes», porque su madre tuvo hermanastros de los dos sexos que lo eran. Y una amiga de Myrtle pertenecía y no pertenecía a aquel pueblo, ya que a su padre, compañero del nuestro en el trabajo y la pesca, se le describía como «de sangre pura», como si por aquello fuera mejor que su hija, de la cual se hablaba «sólo como *half-caste* (mestiza)» como si se tratase de algo vergonzoso. No le di importancia, pese a que noté cierta intención en las palabras de la gente; pensé que *half-caste* tenía que ver con los lanzamientos (*casts*) del sedal por mi padre y el sirle (*cast*) del cordero y los montoncitos (*casts*) que dejaban las lombrices de tierra en el césped delantero tras la lluvia, y la canción que madre entonaba de pronto, porque le traía recuerdos de su «querido director de escuela, el señor Howard»:

> Han fundido (*cast*) el Old Tom,
> y las campanas de Christchurch tañen uno, dos, tres, cuatro. ¿Nuestra Christchurch?
> No, la Christchurch del viejo doctor John Godfrey.

Había muchísimas formas de hablar de las personas, de admirarlas o escarnecerlas, por los motivos más peregrinos, en algunos casos sólo porque habían muerto o vivían fuera de su patria; y personas a las que se ensalzaba por lo que podían hacer, como tía Maggie debido a su punto de trenza, y los niños que cantaban y bailaban en certámenes; o por lo que poseían o lo que eran sus padres, y aun cuando no las conociese, uno decidía sobre ellas, adecuaba sus sentimientos en lo que las atañía y los confiaba a todo el mundo... con altiva voz de adulto; y, en nivel inferior, los chiquillos percibíamos todas las opiniones en circulación, como si fuesen estrellas fugaces, y conservábamos éstas y dejábamos irse aquéllas.

En aquel período de nuestra vida, madre (que siempre aseguraba de sí misma «Mis opiniones son firmes, recuérdalo», impulsándonos a remedarla mientras tomábamos té de semillas de romaza o vino de dalias: «Mis opiniones son firmes, recuérdelo, señora Tal...»), se encontró de pronto asediada en redondo por opiniones y consejos. Aquello se debió a la enfermedad de Bruddie, compréndase. Myrtle y yo nos hicimos amigas íntimas, y Dots y Chicks se hicieron amigas íntimas, y admitieron en sus juegos a Molly Robson del otro lado de la calle. Pero Bruddie estaba enfermo día sobre día y noche sobre noche, y, entretanto, madre le cuidaba y buscaba un «remedio» para él.

12. Remedios

De nada servían los médicos, opinó madre. Recetaban medicamentos

que aumentaban la confusión, la irascibilidad y el torpor de Bruddie, no obstante ser un chiquillo listo que había andado y hablado antes que todas sus hermanas, descontada Myrtle. Papá estaba convencido de que Bruddie «dominaría sus ataques si se lo proponía», y durante algún tiempo, mamá, bajo el efecto de la seguridad de su marido, se sumó al mandato de «Para, Bruddie; para ahora mismo», cuando apuntaban las conocidas señales de un arrebato. Alguien apuntó que la enfermedad se atajaría «a golpes», y padre le azotó un par de veces con fines terapéuticos. Claro está, el método falló, más padre sostuvo que nuestro hermano podía «dominarse si se lo proponía». La solución, afirmó, consistía en disciplina y fuerza de voluntad.

En vista de la improbabilidad de una cura, madre indagó la causa para atajarla y recibió otro chaparrón de pareceres y recomendaciones. «Tal vez sea el espinazo», comentó alguien y añadió que conocía a una persona que había sanado milagrosamente gracias a un quiropráctico, defensor de la teoría de que la respuesta estribaba siempre en la columna vertebral. Así pues, madre llevó a Bruddie al quiropráctico, que vivía en la proximidad del arranque de Edén Street, en un gran edificio de calzada doble y plantas de dragones bien cuidadas. Era hombre alto y cetrino, y vestía de gris. Le brillaban los ojos como si exprimiera algo detrás de ellos.

—No hay duda. Es la espina dorsal del chico —dijo a mamá.

Y madre condujo durante meses a Bruddie al quiropráctico, a diez chelines la sesión. No los pagamos siempre en moneda. En nuestro huerto abundaban las verduras y no nos faltaban salmones, o boquerones y langostas recién pescados.

Por consiguiente, los mayores comentaron temporalmente los misterios del «espinazo». Su tono me persuadió de que la columna vertebral era arcano y maravilla grandes, y de que, de hecho, la de Bruddie merecía ser envidiada. En el manual de medicina doméstica *Ladies' Handbook of Home Treatment*, los menores examinamos en secreto y con miedo las láminas en color de «Deformaciones de la espina dorsal» y «Tuberculosis del espinazo». Se manifestó al fin que el origen de los trastornos no residía en aquella cadena ósea y madre escuchó el parecer de que «Acaso sean los ojos». A ello siguieron viajes de todo el día en tren a Timaru para consultar al «doctor de la vista». Luego... ¿Quizá el oído? Nuevos viajes a Timaru a visitar al otólogo.

Por último, se concluyó que tal vez el misterio quedase dilucidado: la respuesta estaba en la dieta, expediente más barato que el recurso de la columna vertebral, los ojos y el oído. No sé quién regaló a madre la obra *Hints on Healthy Living*, conforme a la cual la solución se centraba en el pan moreno y el salvado, en la comida tosca, fibrosa.

—Lo sabía —declaró mamá—. A vuestra abuela, que era

diabética, se le recomendó consumir únicamente agua de col, trigo integral y verduras...

No comíamos de continuo pan moreno y salvado, pero nuestra alimentación era excelente, e incluso lujosa, porque nunca nos faltaron grandes tarros de miel y de frambuesas de Up Central, ni sacos de ostras del sur, ni salmones, boquerones, langostas y truchas, que padre pescaba.

En el decurso de la investigación o el peregrinaje materno, nos volvimos más «salvajes» y díscolas. Abrazamos con pasión todas las modas y tendencias de la ciudad, la escuela y el barrio; fuimos miembros de pandillas (La Pluma Azul) y sociedades secretas. Arrancamos el respaldo de las sillas del rey del comedor y las utilizamos como trineos, untando previamente los «patines» con grasa de la cocina. Nos deslizamos por Thames Street, arriba y abajo, atentas a discernir nuestros errores en el reflejo de las lunas de los escaparates y ganar el premio; acudimos en tropel a McKenzie, de ladrillo rojo, que se acababa de inaugurar, al enteramos de que vendían preservativos, y descubrimos que no eran más que dediles. En casa, durante las reuniones de cristaldefianos en el comedor, o durante los coloquios poéticos de mamá con un grupo de jóvenes que llegaban a leer sus poemas, denostamos, remedamos gestos y abollamos sombreros. Los perros (*Lassie* de Myrtle, *Laddie* de Bruddie y la pareja de cachorros que jamás faltaba) se sumaron a nuestras expediciones, se precipitaron de acá para allá y ladraron excitados.

La situación no podía prolongarse. Los vecinos, hartos de «los perros que entraban y salían saltando por las ventanas de los Frame», enviaron al señor Crump, inspector de sanidad, quien se presentó sin aviso previo y, plantado con aire feroz en el centro de nuestro dormitorio, cerca del orinal rebosante de líquido de matices ambarinos, y señalando la cama por hacer y el desaliño general, amenazó a madre con que, si no nos desembarazábamos de los perros, y si «estos niños» no colaboraban en el adecentamiento de la casa, nos enviaría a la *Beneficencia.*

Lassie, Laddie y los dos cachorros, cuyas colas habíamos visto amputar (nos aseguraron, y no lo creímos, que no les dolía), fueron metidos en sacos y ahogados en el río. Alrededor de dos semanas más tarde, Myrtle trajo otra gatita negra y esponjosa, que conservamos y que sería conocida como *Big Puss*, madre de generaciones. Apareció también, acaso en respuesta de una carta de madre, abuela Godfrey, a la que no conocíamos, pero de la cual hablaba a menudo mamá con afecto, de suerte que, hasta donde éramos capaces de juzgar, abuela Godfrey simbolizaba la madre perfecta.

13. Las aves del aire

Detesté a abuela Godfrey en cuanto puse los ojos en ella. Era una desconocida y se conducía con mamá como si fuese de su propiedad exclusiva, y todos sabían que mamá nos pertenecía. Lo más penoso fue que madre parecía estar de acuerdo con el dominio de abuela Godfrey, aceptarlo y disfrutar con él. ¡Cómo parloteaban! Abuela decía Lottie esto y Lottie aquello, y mamá la llamaba *madre*. Oh los viejos tiempos en Waikawa Road, señor Howard, señor Stocker, Old Caps, los Pirano, Kenny, Godfrey, Joyce, Heberle y Dieffenbach, el Pebble Path, Wellington y Kirkaldies, y etcétera y etcétera de los «días idos», de los *pioneros* y los *agrimensores* de *pies blancos, o de pie blanco*, como el del caracol, porque mamá se refería siempre a los agrimensores como si anduvieran con pie blanco... Sabíamos aquello de memoria, y sabíamos de la estupenda índole de abuela Godfrey, de los paseos que daríamos con ella «por la barranca», de su pericia para moverse en la maleza selvática, su comprensión y su amor. Sabíamos que sería «como una hermana» para nosotros. «Como una hermana para vosotros, ya lo veréis.» Y cómo las aves del aire, seguramente con buenos motivos para desconfiar de los humanos, bajarían a comer en la mano de abuela, porque todos los seres confiaban en ella. Habíamos atendido, ora interesados, ora aburridos, a lo que se le refería, y así que llegó despertó nuestro resentimiento. No perdió un segundo en quejarse de nuestro comportamiento, en reprocharnos que «pisoteábamos» a nuestra mamá, que éramos «descarados» con ella, que la «esclavizábamos» cuando no se ocupaba de nuestro hermano, y aseguró que éste mejoraría si «se lo propusiera», y que nuestro padre era un pagano y que «todo» se debía a que madre se había casado con alguien no cristaldefiano; y que la casa semejaba una pocilga, y que ni un solo hijo «levantaba un dedo» para ayudar, ni era «respetuoso».

Habíamos oído antes diatribas como aquéllas, combinadas con la descripción de «diablos en casa y ángeles fuera de ella». Mamá, con la blanca faz ruborizada y lágrimas en los ojos, y su lealtad puesta a prueba por dos bandos, guardaba silencio. Quizá deseara que la visita de abuela, ansiada desde hacía tanto tiempo, no se hubiese cumplido. El soñado paseo por la barranca fue un fracaso. Estuvimos cohibidas. No reaccionamos a las ocurrencias ingeniosas de la anciana, porque aborrecíamos a los adultos «graciosos», como el senil doctor Orbell, que se chanceaba de modo incomprensible, con la pretensión de que nos unía a él una especie de confabulación secreta. Nosotros nos divertíamos a nuestra guisa; además, estábamos más que hartos de los estúpidos «pioneros».

Abuela Godfrey abrevió su estancia. En el momento de irse comentó que, si hubiéramos sido hijas suyas, nos habría ablandado el pellejo con la correa del volante de la máquina de coser. ¿Era de *veras*

madre de nuestra madre?, reflexionamos. Los ojos de mamá se anegaron de nuevo en lágrimas. Notó que sabíamos ahora que su madre no era, en resolución, tan perfecta, que era como todas las de los contornos, las que conocíamos, las que pegaban, chillaban y se oponían a que se pisasen los relucientes suelos recién fregados; madres sin regazo ni tetas, todas las madres salvo la nuestra, suave y aficionada a hablar de la naturaleza y de Dios, que no podía ser cruel con ninguna cosa ni ser alguno; y que cuando nos contó lo de las aves del aire que descendían a comer en la mano de abuela Godfrey, se refirió, en realidad, a ella misma, pues los pajarillos verdes y los ojiblancos bajaban siempre a clavar sus piecezuelos, similares a ramitas, en la palma de su mano. Y estábamos convencidos de que las aves escuchaban (como nosotros) el repiqueteo de la lluvia de Oamaru, confundida con el mar, diferente de la de Wyndham, confundida con el río, y madre la ojeaba por la ventana y nos hacía oír aquella triste canción:

Entra, pájaro travieso, que llueve a raudales.
¿Qué diría tu madre
si te ahogas por quedarte fuera?
Eres un pájaro muy pícaro
y no piensas en mí.
Nada de eso me importa,
repuso el gorrión en el árbol.

Ahogóse el pajarillo...
Jamás asegures que no te importa,
pues esa indiferencia, como ves,
es promesa cierta de ahogarse,
como el gorrión del árbol...

Comprendíamos que cantaba para las aves y para nosotros, su única forma de indicamos que nuestra conducta era reprochable en ocasiones...

No osaba reconvenir a los suyos. No se mostraba dura con nada; bueno, quizá con las pulgas que nos importunaron en vida de los perros. Chac chac en la noche, y oíamos exclamar a padre: «La cacé, la cacé. Hay que partirlas con las uñas.» Papá alineaba los cadáveres de sus víctimas en el mármol del palanganero.

Abuela Godfrey no reapareció. Murió unos años después. Los parientes enviaron a mamá una módica suma de dinero, más o menos quince libras (que gastó en nosotros), y un sombrío cuadro de una tempestad en el mar, compañero de otro, no más alegre, que pendía sobre la repisa de la chimenea de nuestro dormitorio: una mujer

muerta de parto rodeada de su llorosa familia. La *Tempestad en el mar* se colgó en el pasillo, tan lóbrego que solamente se apreciaban la blanca espuma de las olas y la piedra alba del faro.

14. Pasatiempos

Myrtle se hizo amiga de una tal señora P., viuda o divorciada, habitante calle abajo en una casa de jardín desgreñado, cuyas flores dispersas se aventuraban hasta el otro lado de la cerca de alambre. Conocidas sus relaciones —papá las describió como *asociación*—, se ordenó a mi hermana perentoriamente: «Te prohíbo que te asocies con la señora P.» Lo que venía a significar que su reputación frisaba en lo «desagradable», como si se tratara de los vaporosos arabescos que nacen de un puchero puesto al fuego. Sabía yo que «desagradable» denotaba muchas cosas, como el empleo de expresiones groseras por el estilo de «maricón», «perra» o «bastardo»; cómo vestir prendas escandalosas, por ejemplo, pantalón, y trajes de tirantes sutiles en los hombros o bañadores de escote generoso en la espalda; o como fumar y beber y salir con muchachos, o remolonear en el centro de la población la noche del viernes, o cerca del puesto de gollerías al salir del cine. No advertí por qué la señora P. resultaba desagradable cuando Myrtle me llevó a algunos de los encuentros anatematizados en la casa de ella, pues apenas despegó la boca. Solía preparar masa (creo que cocinaba por encargo), con un cigarrillo prendido de los labios. Nos daba algún bocado escogido y una taza de leche o de té, y escuchaba los comadrees de mi hermana sobre los horrores de la existencia doméstica por culpa de padre y todo lo demás. Ofrecía a veces un pitillo a Myrtle, y yo presenciaba admirada el espectáculo de verla exhalar humo y crear círculos con él. Yo fumaba, en los proyectos, cigarrillos de aguja de pino, y nunca había aspirado uno auténtico. Me gustaba observar a papá, provisto del librillo de papel, que él llamaba *papelitos,* y la lata de tabaco de olor sofocante, mientras liaba uno cuidadosamente con los dedos pulgares, índices y medios, tiraba de las hebras que sobresalían de los extremos, golpeaba éstos con suavidad y luego, partiendo de la izquierda, lamía el borde engomado, lo pegaba, daba otros golpecitos, que lo engrosaban una pizca, y lo encendía o lo almacenaba en otra lata.

La señora P. enseñó a Myrtle canciones que fueron definidas también como desagradables:

> Y cuando me muera (y cuando me muera),
> no me enterréis,
> sino conservad mis huesos
> en Aleo Hall.

Me enteré en fecha posterior que Aleo Hall era, en realidad, *alcohol*, conocido en el ámbito familiar como «bebida», que se pronunciaba de modo diverso de la «bebida» vulgar, como en «¿Quiere una bebida? ¿Agua, Boston Cream o jarabe de limón?»; en cambio, con una amalgama de reserva, asco y crítica, se comentaba «Le gusta *beber*» o «Le gusta la *bebida».*

Nuestros padres nos oyeron interpretar «Y cuando me muera» y nos atajaron en seco.

Si no acompañaba a Myrtle al domicilio de la señora P., o no me trasladaba al centro ciudadano a ver chicos, preparaba con Dots y Chicks nuestro porvenir de actrices y concertistas. La película del sábado por la tarde nos proporcionaba el argumento y el escenario de la semana siguiente. Asistíamos de cabo a rabo a la proyección, sin perder detalle del noticiario, los dibujos animados, las Pete Smith Novelties, el documental de viajes de James Fitzpatrick, la cinta por episodios y, tras el descanso, el «gran filme». De cuando en cuando, asistía a la sesión con Myrtle, que se sentía muy atraída por Jack Dixon, encargado de la cámara de proyección del Majestic, el cual vivía en lo alto de la calle en un edificio cuya fachada ostentaba un elevado seto de macro— carpa. Acabada la música y acabados los entretenidos anuncios seductores de pasteles de establecimientos de Oamaru, a punto *de* comenzar *el* programa, veíamos recorrer el pasillo a John Dixon: atravesaba una pequeña puerta contigua a la pantalla, «para poner el sonido», explicaba Myrtle, reaparecía, caminaba de nuevo junto a nosotras y subía al cuarto de proyección. En ocasiones, nos volvíamos hacía él, veíamos su sombra recortada casi en el fondo del techo y Myrtle, propinándome otro codazo, me avisaba: «Jack Dixon ya está allá arriba. La película va a empezar.»

Un embudo de luz descendía a la pantalla, se escuchaba el susurro *de* la máquina y Jack Dixon se entregaba a su faena. Era aseado, más bien pálido y guapo, y llevaba siempre abrochada la americana a rayas, como George Raft abotonaba la suya, con la diferencia de que George Raft era «el malo».

El señor Williams, el gerente, se presentaba todas las semanas en el escenario y anunciaba tanto competiciones como, para los adultos, la celebración del canto comunitario que tenía efecto semanalmente en el Majestic. Se tomaba muy en serio la promoción de sus filmes. Cada película compuesta de capítulos motivaba un concurso especial. Los seriales nos entusiasmaban; pero nuestra fe en ellos se trocó en cínica tolerancia cuando reflexionamos que el héroe y la heroína debían ser inmortales para salvarse en los episodios en que yacían debajo de una apisonadora o en cavernas inundadas por el mar. Hubo tres memorables: *The Lost Special*, sobre un tren que desaparecía; *The*

Invisible Man, en que un hombre se invisibilizaba con sólo apretar un aparato que llevaba en el ombligo; y *The Ghost City*, cinta de vaqueros. *The Ghost City* quedó literalmente grabada en nuestra mente, porque nos daban cada semana letras de cartón, las del título, y obtuvo el premio quien antes lo completó. Hubo búsquedas y trueques febriles, pero ¿qué podía hacerse con cinco y o tres c? Yo poseía un manojo de *h*. Fue inútil: jamás ganamos.

Se dio luego, en la Opera House, la ocasión de que un ciudadano de Oamaru consiguiera el «triunfo» en la cinematografía. La habíamos presenciado con frecuencia en las películas y la habíamos leído en el *Motion Picture Weekley*: actuación en el teatro de una ciudad insignificante (Oamaru), presencia entre el público de un buscador de talentos de Hollywood, contrato, la Meca del cine y el Triunfo, con una mansión colmada de teléfonos blancos y vestidos de tela chispeante y escamosa, como de sirena, en el momento de asistir al estreno.

Una compañía australiana necesitó una estrella joven. Con el ansia esperanzada de que nos «descubrieran», acudimos en manada a la Opera House; pero, cuando el productor de Australia pidió que los voluntarios subieran al escenario y, abocinando las manos e inclinándose hacia una mina imaginaria, gritasen «¡Cuidado! ¡Hay dinamita en el fondo!», escasos coetáneos nuestros tuvieron el coraje o el atrevimiento de presentarse. Contemplamos divertidos, despreciativos, envidiosos y admirados, su actuación. Algunos se acobardaron en el instante supremo. Otros hicieron el ridículo. Pero no Avril Luxon, cuya gloria nos tocó hasta cierto punto, porque vivía en la casa del otro lado de la dehesa y su padre, carnicero, recorría las calles en carro tirado por un caballo, con un mandil listado y una gastada bolsa de cuero, semejante a una escarcela escocesa pelona, en la que metía el dinero. Avril era rechoncho, pecoso y pelirrojo, pero su «¡Cuidado! ¡Hay dinamita en el fondo!» resonó en la Opera House. Su actuación es la única que recuerdo. No obtuvo el contrato, sin embargo. Alguien de Auckland, donde la gente era más lista, se impuso en la prueba y viajó a Australia, camino de Hollywood y el Triunfo, y nuestra vida en Oamaru se remansó de nuevo en la colección de letras de *The Ghost City*, en el remedo de la película que habíamos visto aquella semana, en la redacción de claves secretas o en el intento de bailar la danza de las tierras altas británicas, la de las espadas, la de los marineros y la *chantreuse* escocesa (que llamábamos *shottish)*.

La vida cambió entonces su estructura vertical por una similar a una exposición simultánea, que nos llevó a toda prisa de un lado a otro con el fin de no perdernos ni una de sus manifestaciones; fue, como este capítulo, una selección de vistas de la Tierra del Es. Hubo

muchas más ocupaciones —¿cómo describiré, por ejemplo, la mera emoción de descubrir una tienda nueva, una flor ignorada, una canción, juego, nombre o hecho desconocido?—: «Se compran huesos de cerdo a buen precio en la fábrica de tocino», «Puedes comprar frutas algo pochas en la frutería». Tres peniques de manzanas taradas, por favor...

O el recorrido por sitios de Oamaru que infundían el estremecimiento de lo pretérito: en Tyne Street, los silos y los altos edificios de piedra, algunos desocupados y con las ventanas quebradas (*The Ghost City!*); en el Oamaru Mail, cerca de las fábricas de gas, que, en mi opinión, existían sólo para que las autoridades aniquilaran gatos y perros, y el propio gas como materia que la gente usaba cuando quería suicidarse. En aquella parte de Oamaru, la hierba crecía entre las losas del pavimento. Imaginé hallarme en Londres, según el capítulo de los textos de historia que principiaba «cuando la hierba medró en las calles londinenses», que eran también el reino de los encargados de la leva forzosa, y teatro del gran incendio y de la gran plaga, y oía mentalmente el pregón, registrado al pie de la vivida ilustración del libro de historia: «Sacad vuestros muertos, sacad vuestros muertos.»

Nos resistíamos a que Bruddie mediase en nuestros interminables juegos por temor a que sufriera un ataque, y él combatió la solapada exclusión acumulando poder con objetos rescatados del vertedero de basura de Coquet Street, objetos imprescindibles para nuestros pasatiempos y representaciones escénicas. Como poseía el mobiliario cuando jugábamos en casa y la decoración cuando montábamos piezas teatrales, logró el título de propietario y director de escena (nos alegraba admitirle en esta última función, ya que sobresalía en la organización y el cálculo). Algunas veces, como propietario, pronunció la amenaza de echarnos de nuestra casa, recurriendo a circunstancias que pesaban sobre nosotras en la vida «de verdad». Cada mes, llegadas las facturas, papá recorría la jerarquía de espantos que nos afectaban, uno de los cuales consistía en echamos a la vía pública, porque no podría pagar el alquiler; no obstante, cada mes, madre, con sus mejores galas, comparecía en la oficina de los abogados Lee, Grave y Grave, y lo satisfacía.

Uno de los hallazgos más estupendos de Bruddie fueron unas cortinas de terciopelo granate, que podíamos utilizar como telón en el cenador. Bruddie suministró también el «oro» (una resplandeciente cadena de latón) para *Honest Jacob*, adaptación nuestra de un texto de un viejo libro escolar, la historia del hombre que encontró oro en el pan y lo devolvió al tahonero; dechado de honradez. Otra pieza fue *Hugh Idle and Mr. Toil*, asimismo una adaptación, obsesionante argumento de un muchachito que opta por hacer novillos, y cuantas

personas encuentra en la población son gemelas de Toil, el director de la escuela; de hecho, no son otras que él. Nos pareció que aquello lindaba en la pesadilla, como le sucedió al propio *Hugh Idle*.

En las representaciones teatrales intercalábamos canciones: «La mañana despunta», «En el fondo del bosque», «Ya puedes zarpar, Matangi» y —la que me fascinaba— «Tierna zurita que arrullas blandamente en tu nido»:

Pósate en el olmo que lentamente se mece.
Anhelo ver tu vuelo fácil,
desplegadas tus alas, blancas como el ampo…
Todo el día durante el trabajo te oigo,
tierna zurita.
Acoge mi canto mínimo para que te alegre,
acógelo con mi amor.

La canción me hechizó y, al interpretarla, creía y sentí que hablaba a la paloma; pero, llegada a los versos «Todo el día durante el trabajo te oigo, / tierna zurita. / Acoge mi canto mínimo para que te alegre», pensé que, como no «trabajaba», ni me dedicaba al «trabajo», la canción debía de pertenecer a madre, que no trabajaba en todo el día y podía (a diferencia de papá, en el tren) detenerse a veces para escuchar a los pájaros que cantaban fuera de la casa. Así, mientras la entonaba, me pareció ser mi madre en el tráfago doméstico, sola, melancólica y dependiente del arrullo de la zurita para confortarme.

Recitábamos nuestros poemas favoritos —«Old Meg era una gitana», «Encontré en la víspera al príncipe del sueño»—, y Myrtle interpretó sus cantos especiales, incluidos «A la luz del fuego de turba» y «El joven trovador se fue a la guerra. / Le encontraréis entre los muertos». Lo hacía como si el joven trovador fuese amigo suyo, de lo que yo estaba medio convencida.

Nuestro padre tenía asimismo un pasatiempo para divertirse en las horas nocturnas. Mirando a Dots, abordaba la canción que la aterraba, como todos sabíamos:

Padre, no bajes a la mina,
que los sueños acostumbran cumplirse.
Bien comprendes, papaíto, que se me partiría el corazón
si te ocurriera un percance.

Un solo verso producía el efecto esperado: Isabel rompía a llorar y se escondía debajo de la mesa. Sabíamos, y papá sabía, que su trastorno se debía a lo mucho que le amaba y a no soportar la idea de que pereciese en la mina. A continuación, padre se encajaba la

máscara antigás que había traído de la guerra y avanzaba hacia Chicks para asustarla, porque era notorio que aquello lo conseguía, y que, al ver al monstruo desconocido aproximándose a ella, también se ocultaría lloriqueando. En lo que me concernía, el juego estribaba en colocarme en el centro de la habitación, donde podían observarse sin estorbo las convulsiones, tics y muecas extravagantes que se adueñaban de mí, tanto más patentes cuanto más pugnaba por evitarlos.

—Miradla, miradla. Tiene el baile de San Vito —se mofaba padre.

En veladas más placenteras, aunque no cantase como en Wyndham, papá nos divertía con su danza y canción del «huevo duro»:

Prefiero un huevo duro,
prefiero un huevo duro,
prefiero un huevo duro...

O con su baile y canto de «Ragtime Cowboy Joe», que nos embelesaba:

Allá en Arizona, tierra de forajidos,
únicamente te guía una estrella vespertina...
El más violento de los hombres duros
se llama Ragtime Cowboy Joe...

Ragtime Cowboy Joe. No era otro que padre. ¡Cómo nos reíamos con su actuación!

Así estaban las cosas. Yo iba a cumplir nueve años. En los momentos de angustia familiar, en que madre se atrevía a suspirar «No debimos marcharnos de Wyndham», y papá se mostraba de acuerdo con ella, una porción de la existencia, para mí intacta, todavía perfecta, era el mundo natural, las estaciones. Las flores nacían siempre en el tiempo adecuado, los vilanos de amargones y cardos jamás dejaban de alejarse hacia el cielo, los álamos de la esquina donde vivían las dos señoritas Darling mudaban de color y se deshojaban, Jack Frost asomaba (¡cuidado, cuidado!) en busca de dedos de pies y manos, y nunca cesaba el firmamento, ni las nubes, ni mi sombra, y en las noches la luna andaba conmigo y, cuando me paraba, también se detenía; y pensaba en Old Meg:

En vez de cenar, miraba
con dura fijeza la luna.
Hermanos suyos eran los montes escarpados;
sus hermanas, los pinos alerces.

A solas con su vasta familia,
vivía libre, como quería.

Y me acordaba de «Encontré en la víspera al príncipe del sueño», el poema de Myrtle.

15. Gussy y la «Invercargill March»

Asistía yo afligida a la escuela. Anhelaba cosas imposibles, tales como una casa de juguete, una muñeca que cerrase los ojos como si durmiera, fiestas de cumpleaños, vestidos lindos, zapatos de charol que se abotonasen en lugar de los corrientes de cuero, ataderos y de suelas gruesas, con refuerzos en los tacones y puntas, y cabello que me cayera sobre la cara, para apartarlo con la mano lamentándome «¡Ay este pelo, que siempre me tapa los ojos!», en vez del mío, crespo y rojo, «parecido a un matorral», como todo el mundo señalaba.

Echaba de menos a Poppy y las flores gorroneadas, a pesar de que mi memoria atesoraba abundancia de cuentos excelentes desde que leí los de Grimm. Sentía afecto particular por el de Pandora y Perséfone, y por las semillas de granada, llamativas, coloradas, bien separadas y jugosas, que tentaban a cualquiera a comerlas. Había narraciones del desierto australiano y del centro y el sur de África, y las de los libros con que se nos premiaba al finalizar el curso. «Los alegres viajeros» de Isabel, especie de *Cuentos de Canterbury* infantiles, llegaron a ser parte estimada en nuestros pasatiempos a causa de su *Hombre saltarín*. Inventamos un baile «saltarín», el de «Toca la campana»:

Toca la campana,
que el hombre saltarín
viene por la colina.
El cántaro milagroso,
el niñito inválido...

Inesperadamente, en la plenitud de mi descontento y anhelo, me ascendieron a la clase cuarta, la de Gussy (o Reuben) Dimmock, del que, de suerte inexplicable, me convertí en la «mimada». Hasta entonces los mimados habían sido otros escolares —chiquillas bonitas con cintas limpias en el pelo, cabello que admitía las cintas como algo natural, y vestidos lindos, muchachitos bien educados, de camisas impolutas, que representaban con seguridad su papel, sin desconcertarse por los comentarios envidiosos y desagradables que provocaba su situación. Siempre se veía a los «mimados» atentos a llegar a la escuela con el maestro, alargando el tranco y brincando para seguir su paso; y en las clases era corriente que el maestro se

volviera hacia el «mimado», cuando había que transportar o buscar algo, que le sonriese o le concediese el importante cargo de abrir las ventanas con la pértiga ganchuda, o el de devolver los cuadernos a los interesados, tras la corrección de las redacciones sobre «Mi aventura» o «Mis vacaciones».

¡Qué orgullosa estuve de mí en la cuarta! Gussy solía sentarme en sus piernas mientras exponía las lecciones, y de tarde en tarde me concedía una mesita especial en la primera fila, que compartía con su hijito, conocido como «mongol» y al que ayudaba yo en sus deberes. Cierto día Gussy nos ordenó componer un poema a partir de estas palabras: «Cuando el sol se pone y cierra la noche...»

Aquella tarde, en casa, la escritura de aquel primer poema suscitó mi primera discusión sobre el escribir como arte, porque, al leerlo a Myrtle, insistió que la expresión «tocan el cielo» debiera cambiarse por la de «tiñen el cielo»:

Cuando el sol se pone y cierra la noche,
y las sombras nocturnas tocan el cielo;
cuando los pájaros vuelan a su nido,
sabemos que llegó la hora del reposo.

Cuando los conejos corren a su madriguera,
y los niños renuncian al juego diario;
cuando las estrellitas apuntan para atisbar,
sabemos que llegó la hora de dormir.

Discrepé de Myrtle, empeñada en que había palabras y frases de empleo obligatorio, en que, al escribir sobre las sombras nocturnas, siempre hay que decir «tiñen», lo mismo que se dice que las estrellas «brillan» o «titilan», las olas «lamen» y el viento «ruge». A despecho de la insistencia de mi hermana, preferí «tocar» a «teñir», pero, en deferencia de su probada sabiduría y conocimiento más amplio, introduje el vocablo «tiñen» cuando llevé el poema a la escuela. Pero luego, al copiarlo en mi cuaderno de notas, recobré el «tocan el cielo», saliéndome con la mía.

La composición, infantil típica, fue un éxito sólo por lo predecible de su contenido, pues, cuando Gussy me sentó en sus piernas y lo leyó, toda la clase adivinó cómo acababa cada verso y lo vociferó. Noté que mi familia se enorgullecía de mí, cuando «compartí» mi nuevo triunfo con ella, y padre me prometió regalarme una libreta ferroviaria, procedente de la oficina del jefe de estación, para que escribiera otros poemas. En aquellas libretas, papá, secretario sindical de la Engine Drivers' Union, anotaba las contribuciones de los miembros y del sindicato. Tenían un adorno jaspeado en los bordes de las páginas,

que, juntas, formaban un adorno que me cautivaba. Igual fascinación me producían otros libros paternos: los de partituras de gaita, con sus peculiares impresión y signos en clave, con los que «tocábamos», leyéndolos o dirigiendo sobre ellos, hasta que, como casi todos los bienes domésticos que empleábamos, los «gastamos» o, como acusaban los mayores, los «estropeamos» con desgarros, garra— pateos y pérdida de páginas; el de las moscas artificiales, de cubierta de piel de olor salobre y tachonada de huellas de escamas, y hojas de pergamino, cerrado con una banda de goma, cada página llena de moscas de pluma con anzuelo, de brillantes colores, y nombres bellos como «gobernador de punta roja», «gloria de Greenwell»...; y de noche, padre, sentado a la mesa, «leía» el tomo, mencionando el apelativo de cada mosca, mientras volvía sus páginas crujientes. Jamás nos permitieron tocar aquel tesoro; sólo podíamos mirar por encima de su hombro mientras «leía» o palpar el grosor del volumen cerrado. En el ritual de nuestros juegos decíamos a veces: «Me parece que voy a sacar mi libro de moscas.» Había, además, otros que nosotros hacíamos cosiendo laboriosamente y forrábamos con retazos del papel de pared que obteníamos en la tienda de la especialidad en el centro de la población.

La perspectiva de poseer un verdadero libro de notas, y la de escribir poemas en páginas numeradas, y con un índice, nos embriagó de contento, porque, respetando las reglas de la equidad, los otros tendrían asimismo uno propio. Todos sentíamos hambre de palabras. Las películas musicales nos torturaban, porque no sabíamos las letras exactas de las canciones. Cuando un día Myrtle trajo un librillo con las de aquellas que estaban de moda, nos señoreó una fuerte emoción. En lo que pudiera llamar mi «período de cowboy y prisionero», yo había apuntado en cuadernos de confección propia las letras de tristes canciones vaqueras: «Se rompió la rueda del carromato y no volverá a girar», «Una brida cuelga de la pared, hay una herradura en el establo desierto...», y el canto del «Prisionero», que Poppy me enseñó como si fuera *suyo* de la misma suerte que los cuentos de Grimm le *pertenecían'.*

La pálida luna destella muy brillante
sobre los enamorados que esta noche pasan junto a mi ventana.
Su alegre risa trae lágrimas a mis ojos,
prisionero a solas bajo la luz lunar y el cielo...

Poppy me comunicó la canción una anochecida en que jugábamos en la casa vecina a la suya, edificio a medio construir, con los

cimientos y el armazón expuestos a la blanca luna estival de Oamaru. Mientras jugábamos, nos arriesgábamos a ser enviadas a prisión, puesto que el propietario nos sorprendió un día en ella y nos asombró (estábamos convencidas de que la casa era nuestra), gritando con violencia: «¡Largo, vosotras; largo, vosotras!» Y le llamamos «Largovosotras». «Hoy vi a Largovosotras.»

Bajo la atención de Gussy, florecí como estudiante y atleta. Gussy opinaba que todos los niños tenían siempre alguna cualidad, cualidad que él, como profesor, debía descubrir y comunicar al interesado. Se le consideraba fanático en la clase y en el campo de deportes, y estar bajo su tutela implicaba que, cuando se participaba en una carrera, se estaba entrenando uno para comprobar si podría formar parte del equipo olímpico. Los niños torpes, lentos de inteligencia, que leían con dificultad en aquellas severas clases, descubrieron que tal vez fueran campeones en las Olimpíadas, o «buenos» en jardinería u oficios manuales, que, insistió Gussy, tenían igual importancia. Con tal acicate, algunos recobraron la confianza e incluso aprendieron a leer en alta voz y a salmodiar las tablas de las cuatro reglas. Gussy enseñaba que todos éramos iguales y dignos de atención. Ello no me impidió disfrutar de mi posición de mimada, y puesto que carecía de los atributos de costumbre para gozar de aquel privilegio, jamás supe el motivo de su preferencia, a menos que él pensara que era el único modo de enfrentarse con mis tics y temores. Inspiraba a todos. En casa imitábamos su voz cuando, por ser primer ayudante del director, nos hacía entrar por la mañana en la escuela al compás de su grito militar de hip, hip, hip, mientras Ernest Calcott batía el timbal colgado de su cuello. Imitábamos también la voz de Gussy en el prólogo de una carrera y cómo nos había explicado cada tono: «En vuestros puestos.» Que se decía con sequedad y sin florituras. «Preparados.» Que expresaba con sencillo énfasis, contrastante con la acumulación emotiva de nuestro Pre-pa-raaa-dos. Y, en fin, el tajante y claro «Ya» definitivo. Nos ejercitábamos también para la gran ocasión, el Día Deportivo de la Escuela, en el que la North School y la South School luchaban por la posesión del Primary School Sports' Shield. Todas las escuelas desfilaban en el Show Ground Field a los sones de la Brass Band de Oamaru, que interpretaba «Colonel Bogey» y la «Invercargill March». «Estamos frente a la tribuna principal», pensábamos, sintiendo de nuevo el palpitar de la emoción en la boca del estómago. «Ahora damos la vuelta por las afueras...» Después... ta-ta-ta-ta-ta-tatatá... La «Invercargill March».

Intervine en los relevos. Salté, me elevé y aceleré, y en la carrera lisa, así que detonó la pistola, corrí con todas mis fuerzas, sin entender el motivo de que, si hacía cuanto podía, no entrase la primera en vez, como solía, de ser la tercera o la cuarta. Mis piernas se esforzaban con

toda su potencia, y me habían enseñado que uno alcanzaba sus propósitos si se esforzaba con toda su alma. Nos soltaban continuos sermones sobre «intentarlo», poniendo como ejemplo las proezas de hombres grandes y mujeres famosas, y apuntando que debieron su celebridad a «intentarlo» con todo su ser, y que en nuestro competitivo mundo escolar, quien trataba más en serio de vencer era el que vencía: era tópico repetidísimo, y me intrigó hasta que comprendí que no era «verdad». Sabía realmente que corría con toda la rapidez de que era capaz. Y me di cuenta de que no vencía por carecer de extremidades tan largas como las de Audrey Nimmo o vigor sobrante como Madge Robertson, la campeona de baile, o Beatrice Macfie, otra campeona de baile, pero de la South School.

Incluso Gussy nos pedía sin cesar que hiciéramos todo lo que pudiéramos y nos prometía, de este o de aquel modo, que nuestros deseos se cumplirían. Mi talante en aquel curso me hizo accesible a las homilías. Cada mañana nos daba lecciones bíblicas muy largas uno de los ministros locales. Siempre escuché atentamente, pero aprendí más de los himnos, que me atraían por ser una especie de canciones. «Hay lejos de aquí una colina verde», «Todas las cosas espléndidas y bellas» (que se consideraba estrictamente himno destinado a los estudiantes menores), «Cuán amigo nuestro es Jesús. Hay un amigo de los niñitos en lo alto del refulgente cielo azul...». Cuando llegué a casa cantando «Hay un amigo para los niñitos», con sus promesas celestiales, madre lo desaprobó porque los cristadelfianos creían en el cielo en la tierra, y no en el cielo en el cielo. Mamá explicó que cuando uno moría, se moría, y permanecía en la tumba hasta el Segundo Advenimiento, la Resurrección y el Día del Juicio (yo lo concebía como un género celestial de Día Deportivo con la Brass Band de Oamaru tocando la «Invercargill March», y la Pipe Band, «The Road to Isles»). En la Resurrección, expuso madre, todos serían como fueron antes de morir y serían juzgados como probos o réprobos, y, si se les tenía por réprobos, morirían de nuevo por toda la eternidad.

—¿lodo el mundo se despertará el día de la Resurrección?

—Sí.

—¿Incluso abuela?

—Claro.

—¿Y los animales, *Old Cal, Lassie y Laddie*?

—Los animales no tienen entrada en el reino.

No adopté la religión materna, pues me negaba a creer que todas las criaturas no tuviesen entrada. «Ha de haber sitio para *Oíd Caí, Laddie y Lassie.*» No entendía la razón de que madre, de actitudes tan liberales y tan amante de las «criaturas», no las admitiera en la gloria.

Terminando el curso, me comunicaron que era *dux* de la escuela, con una chica de otra clase cuarta. Se comentó que lo debía a ser la

«mimada» de Gussy, y bien pudo ser así, puesto que me prestó su estímulo en los estudios. En el postrer día llevé vestido blanco y capa corta (enviada por tía Polly), y, al alejarme de la plataforma, tras haber recibido una medalla de oro, me aterré al no notar Ja presea en donde la habían prendido. Regresé sobre mis pasos a la plataforma y escudriñé los tablones hasta descubrir que la medalla estaba a salvo en mi pecho. ¡Cuán grave fue mi humillación al comprender que acaso hubiese revelado lo que me enorgullecía poseer una medalla de dux!

Sabía que, por serlo, había complacido a mi padre, y aquello me agradó, ya que, día tras día, al dar noticias a la familia de la vida en la clase cuarta, papá se había aficionado a preguntar: «¿Qué? Serás entonces dux, ¿eh?»

Calmadas las emociones, recordé que el sobre, recibido con la medalla, contenía la suscripción por un año en la Public Library, conocida por Atheneum and Mechanics' Institute de Oamaru.

—Puedo entrar gratis en el Ateneo —repetí, sin tener conocimiento exacto de Jo que la palabra significaba.

Y durante las vacaciones, cuando fui a la oficina del jefe del ferrocarril con una empanada caliente para que papá almorzase, oí decir a padre:

—Mi hija va al Ateneo.

16. El Ateneo

El Ateneo era un edificio de dos pisos de Thames Street. La planta baja se destinaba a museo de rocas, fragmentos de huesos y jade enjaulado», y ave» nativa» disecada», entre ella» un huía con el rótulo de «extinto». La planta alta, que custodiaba, al píe de la escalera, un enorme moa reconstruido y de ojos vidriosos, también declarado extinto, se destinaba a biblioteca. En ella, la bibliotecaria, llamada, supuse, de acuerdo con su hábitat, señorita Ironside, daba y recogía libro» detrás de una verja de hierro. La sección juvenil (Catorce y Meno» de Veintiuno Silencio Por Favor No Doblen las Páginas) consistía en una pared tapizada de volúmenes contigua a las ventanas que daban a Thame» Street.

Por «libros» se entendía sobre todo los ingleses destinados a la lectura, como distintos de otros que yo conocía: el de las partituras de gaita, el de las moscas de pesca y los del sindicato, pertenecientes a papá; el Libro de Dios, gran obra cristadeifiana, con imágenes del Señor en un torbellino de nubes borrascosas; la Biblia; el Libro del Médico, con instrucciones sobre enfermedades de la infancia y un capítulo acerca de la mujer yacente que, mostraba la ilustración, «daba a luz» asida de una sábana, enrollada como una persiana en la férrea cabecera del lecho; los de autógrafos con sus hojas coloreadas al

pastel; los de cumpleaños (el de madre, el Whittier Birthday); los numerosos que habíamos confeccionado para uso doméstico; los de historietas; los nuestros de texto; y, en fin, los «de costura» de tía Maggie, con páginas de franela que ostentaban, en ordenada formación, las agujas Crewel (Cruel).

—¿Qué pido en la biblioteca, mamá? —pregunté.

De pronto me sentí ignorante y encogida ante el universo de una biblioteca, sin saber qué escoger y apegada a *Los cuentos de Grimm*, los diarios escolares y los poemas que conocía, y pensando con desgana en los libros «infantiles» que se suponía había de leer: *Alicia en el país de las maravillas, El viento en los sauces, Peter Pan* y los relatos *Just So...*

Madre exclamó arrobada:

—Oh, Mark Twain (Samuel Clemens), *Inocentes en el extranjero*, oh, *La cabaña del tío Tom*, oh, *David Copperfield* (Dickens, oh, *El cuento de Navidad*, niños, hace frío esta noche, dijo el rey de los duendes).

Mi suscripción en la biblioteca fue un gaje familiar. Llevé a casa un libro «William» para Bruddie, que todos leíamos. Encontré *Los cuentos de Grimm*, de la misma clase que el que me prestó Poppy, de cubiertas rojas y páginas delgadas y abarrotadas de letras. Hallé uno de «vaqueros» para papá y un Dickens para mamá, que no disponía de tiempo para leerlo; pero lo tomó, lo abrió, lo hojeó, leyó en voz alta descripciones notables, y dijo: «¡Qué maravilla, niños! Charles Dickens nació pobre y llegó a ser un gran escritor.» Luego de un prolongado contacto con los hermanos Grimm, me atreví lo suficiente para dedicarme a otras lecturas: los Bumper Books for Girls and Boys, y los libros Boarding School, y continué, secundariamente, por así expresarlo, con Myrtle mi trato con *True Confessions y True Romances.*

De nuevo las vacaciones estivales. Juegos inacabables, fantasías y vagabundeos por los proyectos, la colina y la barranca. Acabada mi asistencia a la North School, ingresé en la escuela superior junior, aprendí francés, álgebra, geometría, canciones y más poemas. La institución estaba dotada de una habitación, destinada a los estudiantes propios y a los superiores, llena de decorados, vestidos y máscaras teatrales, que Myrtle me describió. Había también en ella profesores que las descripciones de mi hermana hicieron famosos. Y en particular existía la familia gala del texto de francés que yo intentaba leer: Marcel y Denise y sus progenitores monsieur y madame Desgranges.

La concurrencia a la escuela superior junior implicaba el uso de un uniforme especial que, al contrario del de la North School, era obligatorio. Se componía de una chaqueta de color gris claro, de franela y pliegues correctos, sombrero de invierno y sombrero de verano (boina negra o fieltro negro y panamá blanco, con cintas reglamentarias), blusas de algodón blanco en estío y de franela gris en

invierno, medias negras, pantalones negros, zapatos negros y calzado de gimnasio para los deportes. Afortunadamente, la medalla de dux, que me proporcionó la suscripción de la biblioteca, recordó a los parientes que lo hubiesen olvidado que las chicas Frame quizá requiriesen prendas de vestir si «iban» a la escuela superior. Así recibimos un paquete de ropas misceláneas de tía Polly y tía Isy, que «olían a tía» y tenían colores de «tía», pardo, morado, castaño y azul oscuro, que nos repartimos y que no contribuyeron nada a la creación del uniforme. Madre, con el semblante muy serio, recurrió al hombre de Hodges para obtener «al fiado» una pieza de franela gris, con la que intentó elaborar una chaqueta. La tela se convirtió en algo híbrido, de costura y forma pésimas, ni chaqueta ni vestido, con hombros tan singularmente ejecutados que exponían casi toda la pechera arracimada de mi camisa blanca (arracimada porque yo crecía, y lo holgado del tamaño prometía un ahorro anticipado de dinero). Comprendí que tal prenda escolar resultaba «cómica», pero me tuvo sin cuidado en aquella fase de mi existencia, cautivada, como estaba, por la idea de un futuro de enseñanzas desconocidas, de Marcel y Denise, y de «Vibrante es el timbre de las palabras / cuando las hace soñar el hombre preciso», otro poema que Myrtle había aprendido en la escuela superior.

17. Arropado en gruesa seda blanca

En el primer curso tuvimos como profesora a la señorita Romans, a quien todos llamaban Iris Beatrice, la cual era, según se decía entonces, «disoluta», o sea consumía jerez, jugaba al bridge y asistía a fiestas, cualidades significativas de «disolución». Además, sobresalía por lo guapa y el empleo de zapatos de tacón alto.

De aquel año de estudios recuerdo pocas cosas que no sean la ligereza de costumbres de la señorita Romans (a la que nunca vi metida en harina), y el hecho de que usaba vestido negro y movía los codos como si aletease, cuando se paseaba por el aula. Me acuerdo del placer de aprender palabras y canciones francesas y los nombres de auxiliares científicos (mechero Bunsen, papel de tornasol); de las lecciones culinarias, sagú de limón, pasta fofa, crakers de crema; de cómo fregar una mesa de madera; y de la costura, bordado con las sempiternas agujas *Crewell* y las hebras sacadas de madejillas de hilo grueso, todo lo cual había que comprar y, por ende, que pedir a casa, con la respuesta habitual «Saldrías ganando si trabajaras en la fábrica», y el consentimiento final por el ascendiente que confería la medalla de dux y el nuevo sueño paterno de «Será maestra como prima Peg, que emigró a Canadá».

Pudo sobrevenir el momento en que el suministro de agujas

Crewell y hebras gruesas, mangos, lápices, plumillas, secantes, compases, escuadras, transportadores, reglas, libros de ejercicios, «con renglones tenues y margen» (lo que motivó la sorna de papá: «Sí, muy tenues, con lo que cuestan»), forros, prendedores...; pudo sobrevenir, repito, el momento en que todo aquello hubiera tenido fin, pero aquel año, 1935, fue el del primer gobierno laborista y de sus promesas de Seguridad Social, atención médica gratuita y asistencia hospitalaria de balde. Nuestras deudas con médicos y clínicas habían cobrado tal magnitud, que habíamos renunciado *a* la esperanza de saldarlas, y papá, gracias a su destreza piscatoria, seguía efectuando dones apaciguadores de salmón, trucha, boquerón y langosta. La elección del gobierno laborista fue casi como el Segundo Advenimiento, tanta fue la alegría en nuestro hogar y tan venerado el primer ministro, «Micky» Savage, cuya efigie aparecía en un cartel que adornaba la pared de la cocina, donde permaneció durante nuestra estancia en el número 56 de Edén Street; e incluso, al desencadenarse la segunda guerra mundial, fue apartado sólo un poquillo para dar cabida al mapamundi con diminutas banderas: «Señalad a diario los movimientos de las fuerzas aliadas.»

Aprobada la ley de la Seguridad Social, padre, en el arrebató de la danza de contento, a la que se sumó la familia, rescató las facturas de detrás del reloj y, empuñando el atizador cercano al fogón, removió la tapadera y las hundió en el fuego. Madre, a fuer de auténtica Godfrey (todos los Godfrey tenían merecida fama de «llorones»), derramó lágrimas. Sus hijos lanzamos resonantes gritos de vaquero, impelidos por el alborozo. Y desde aquella fecha, así que un héroe (o heroína) político aparecía en escena, Micky Savage, John A. Lee (reverenciado de manera especial por su condición de escritor), Bob Semple, Mabel Howard y Paddy Webb, ocuparon sitio prominente al lado de Longfellow, Dickens, Mark Twain, John Greenleaf Whittier, prima Peg, los Godfrey, Joyce, Frazer y los antepasados Nash. Y cuando, algunos años después, compramos un aparato de radio a crédito y se emitieron las sesiones parlamentarias, madre cumplió sus interminables faenas caseras pendiente del Parlamento, emitiendo sus opiniones al mismo tiempo que los oradores; y cuando éstos callaban, alababa a los «buenos» y criticaba a los «malos», empleando sus nombres de pila y hablando de ellos y con ellos de modo tan íntimo, que ni siquiera nuestros viejos amigos y vecinos, los Walker, John y Bessie, siempre llamados señor y señora, podían esperar, aunque los Walker, a diferencia de los miembros del Parlamento, nos visitaban en sus vacaciones y enviaron su hija a nuestra casa durante su luna de miel.

En mi segundo año en la Junior High School de Waitaki, hecho el firme propósito de ser «poetisa» en cuanto «creciese», empecé a

componer poemas en mi pequeño cuaderno ferroviario. Este renovado interés se debió sin duda al que mostraba nuestra profesora por el arte poético; aficionada a la declamación, nos obligó a aprender y recitar cierto número de poemas embelesadores, y si bien me mostré reacia al sonsonete con que quería que lo hiciéramos, su música me atrapó a causa de mi afición a las canciones, arrastrándome a un mundo que carecía, aparentemente, de límites y formaba parte del de Old Meg, los mendigos y matasietes, y ángeles, también, y Poppy, y Largovosotras, y las Doce Princesas Bailarinas, y los cánticos de la hora de recreo, y, como la marea que gime su pena cabe a la playa, *E pare ra*. Asimismo, la señorita Lindsay se pasaba las horas muertas leyendo los *Idilios del rey*, de Tennyson, como si se tratase de su obra favorita, y fue en parte su absorto entusiasmo por ella lo que me indujo a escuchar y a extrañarme. La veo aun mirando a la puerta de la clase, como si fuese un lago, y diciendo «un brazo surgió... arropado en gruesa seda blanca, místico, portentoso...», como si lo hubiese visto personalmente, como si la enjoyada espada Excalibur, «cuyo puño chispeaba de diamantes, / miríadas de destellos de topacio, y obra de jacintos, / de la más fina orfebrería...», hubiese formado parte de su existencia y, como sir Bedevere, se resistiera a renunciar a ella. Lamentó también la muerte de Arturo de modo en verdad inconveniente para *nuestra* señorita Lindsay, de vulgar indumentaria parda y semblante manchado:

> Y le llamé por su nombre, con gemido sonoro,
> y vertí lágrimas amargas sobre una
> frente listada de sangre oscura...

La señorita Lindsay conjuró con idéntica vividez al último juglar, «Largo era el camino, frío el viento. / El juglar estaba enfermo y senil...», todo en un orbe de ciudades y reinos que yo desconocía, parte de una historia que no existía en nuestros libros de historia, puesto que si éstos animaban a admitir opiniones inalterables sobre los personajes, y algunos soberanos y jefes políticos eran irrevocablemente «buenos» o «malos», «débiles» o «enérgicos», en el mundo del rey Arturo y el último juglar y el duque de Wellington («¿Quién es ese que llega como huésped honrado?»), podíamos pensar o sentir lo que deseásemos de los personajes, o como el poeta, desdeñando la historia, nos invitaba; éramos los convidados del poeta, su mundo era su propio reino, al que se llegaba, como un poema nos aseguraba, a través del *timbre de las palabras'*.

> Vibrante es el timbre de las palabras
> cuando las hace sonar el hombre preciso.

Bella la cadencia de los cantos
si el cantor idóneo las entona.

Aquella otra tierra, la que me reveló la señorita Lindsay, de quien nos reíamos porque tenía cara semejante a la de una vaca, con papada, y llevaba zapatos grotescos, de punta apalancada, encerraba todo el sentimiento inexpresado que se agitaba, vivo, bajo la superficie de cada día y cada noche, y aparecía sobre la superficie como las lombrices de tierra, si llovía en exceso; y aquellos sentimientos poseían el secreto de que la nueva tierra podía acogerlos sin sobresalto, horror o necesidad de desquite o de castigo; era, sin embargo, un sitio especial, privado, que la señorita Lindsay describió al leer los versos:

Un lugar
al que nadie va,
ni ha ido desde que
se creó el mundo.

Llevé a casa noticias de los nuevos poemas, los recité una y otra vez, y madre los recibió como el desterrado acoge la visión de la patria perdida mucho tiempo atrás.

—Hoy hemos leído «Sonad, indómitas campanas» —decía yo.

Y mamá, con un suspiro de reconocimiento, repetía:

—«Sonad, indómitas campanas, hacia el cielo borrascoso, / la nube fugaz, la luz glacial...»

Y mediaba Myrtle, desterrada recentísima, con voz nostálgica: —«El año muere, dejad que muera...» También lo leimos.

Aquello bastaba para que mi hermana recordase «Encontré en la víspera al príncipe del sueño», «El joven juglar» y «U-deux-trois-quatre-cinq...», conocimientos que le daban poder y satisfacción que no había hallado en su nueva existencia de persona crecida, ni en sus altercados con papá, ni en ir a bailes, ni en ver a Jack Dixon operando la máquina proyectora del Majestic.

—También leimos *El lai del último juglar* —comuniqué a la familia.

Y mamá exclamó:

—¡Oh, oh! Sir Walter Scott. *El lai del último juglar*.

Sus poemas favoritos eran el primero y el postrero, el que acababa de descubrir y el casi olvidado, todo lo que semejaba fundirse con su preocupación de las «postrimerías», creando imágenes contrapuestas de tiniebla y pérdida totales y esplendor y revelación absolutos. Este sentimiento, en su expresión más sencilla, encendía su pesar por cuanto había quedado rezagado o abandonado o descuidado. A despecho de su afirmación de que no habría animales en el «reino», escribía versos sobre gatos sin dueño y pájaros heridos, y sobre jardines y casas vacíos y días que fueron, y su elección de los temas influyó en mí. Compuse acerca de los «días idos»:

Los pinos susurran al mecerse
acariciados por una suave brisa inconcreta,
tristes, solitarios durante el día,
resucitando dulces recuerdos,

concluyendo, luego de otros dos versos,

Recuerdo, día casi olvidado,
tan henchido de soles primaverales,
que cuentan los árboles blandamente mecidos

y que los pinos cuchichean.

Compuse poemas sobre todo lo que me rodeaba: arena, cielo, hojas y arco iris (cuidando mencionar los colores exactos: «naranja, amarillo, encarnado, heliotropo, y amables verde y azul»); sobre María Antonieta y el palacio de Fontainebleau:

Oh, Reina de Pesares, ojalá aquí estuvieras
para ver los bellos tornasoles del ocaso,
para sentarte con un libro junto a la laguna
o inclinarte a beber su agua cristalina.

Los tiempos son difíciles y escasean las risas,
se derrama sangre y muchos hombres perecen,
y no se mira al cielo lavado por la lluvia,
ni al crepúsculo que lo colorea...

Escribí acerca de una nave misteriosa: «Contemplé con pupilas azules como el mar mi antiguo buque enigmático...»

Fue inevitable que hubiera un poema sobre mamá, a quien la reverencia de la maternidad inspiraba muchos versos al respecto y que nos recordaba siempre los «descarriados» del mundo.

—Acordaos de que una extraviada tal vez sea madre de alguien...

Me complacía escribir en mi cuaderno ferroviario. Incluí índices de poemas, y no se me ha olvidado parte del primero:

El capitán Scott.
Arena.
Un ansia.
Mi arco iris...

Mis composiciones eran una mezcla de las ideas convencionales sobre el vocabulario «poético», los cantos de vaqueros y presos, registrados en mis otras libretas de notas, el contenido de los cuadernillos de cuplés populares que Myrtle traía a casa y los cantos que interpretaban mis progenitores y sus ascendientes. Seguí escribiendo poemas, consciente de la aprobación de mis padres, sobre todo de mamá, que percibía en ello el nacimiento de algo que había lamentado como una pérdida en su vida, esto es, el sueño arrebatador de *publicar* un libro. Envió en una ocasión una colección de sus versos a Stockwell, de Inglaterra, que se anunciaba con regularidad en los periódicos y revistas de Nueva Zelanda, y su contento de que lo aceptase se enfrió sólo con la certidumbre de que no disponía del

dinero que los editores citaban para la publicación. Aunque se resignó a la constante falta de fondos para ello, podía decir de tarde en tarde: «Stockwell, de Ilfracombe, Inglaterra, ha aceptado publicar un tomo de mis poemas.» Tampoco logró registrar los derechos de una canción galardonada en una competición australiana, porque, cuando solicitó de la oficina de registro el documento imprescindible («He pedido el *copyright* de mi canción»), descubrió que debía pagar una cantidad fuera de su alcance. Por lo tanto, su obra no se registró. Le quedó, sin embargo, el conocimiento del procedimiento imprescindible, y a menudo se refería a ello: «He instado el *copyright* de mi canción.» Y en el transcurso de los años, su memoria se hizo más fructífera que desengañada: «Estoy en contacto con la oficina del registro sobre mi canción.»

Madre hablaba también de «Fleet Street, Londres» como parte de sus sueños. Acaso su tolerancia de que leyésemos historietas ilustradas resultó de que descubrimos, en letra pequeña, en la última página de una, la leyenda «Impreso en Farringdon House, Fleet Street, Londres EC4». El hallazgo provocó su entusiasmo: «¡Oh, niños! ¡Farringdon House, Fleet Street, Londres EC4!»

Nosotros, con la modestia que es de imaginar, nos comunicábamos con la famosa calle mediante cartas, nunca respondidas, de petición de insignias, folletos y chucherías gratuitos. Mamá se refería a la edición y a la Fleet Street londinense con el mismo anhelo que a la curación de Bruddie («Cuando te pongas bien, Bruddie...»). El remedio milagroso era entonces el desarrollo fisiológico, y hablaba de las postrimerías y el Segundo Advenimiento y la Resurrección, y, en rasero más doméstico, de cómo escribiría (literatura casera suprema) palabras y frases de alcorza y clara de huevo algún día en las tartas de Navidad y Año Nuevo que confeccionaba anualmente. ¡Palabras y frases comestibles!

Papá, recordando a prima Peg y mi galardón escolar, manifestó placer más moderado ante mis pinitos poéticos. Madre le describía, con cierta tristeza, «como todos los Frame, es un escocés adusto; vuestro padre, niños, es un escocés adusto». Ello no obstaba a que papá tuviera verdadera hambre de bromas y chistes, escuchase con avidez las comedias en nuestra radio recién adquirida, y leyese los chascarrillos de *Happy Mag y Humour* antes de convertir su papel en cuadrados que destinaba al retrete; con todo, parecía reacio a admitir que, en la vida real, ocurrían cosas graciosas, sobre todo entre las cuatro paredes de su domicilio, y escuchaba sin sonreír las carcajadas de madre cuando narraba los muchos sucesos jocosos con que se topaba aun cotidianamente, tanto en su hogar como en la radio. Las palabras interesaban a padre sólo de manera formal. Tenían que buscarse e interpretarse, pero no ser usadas como «lindezas». Aunque

se enorgullecía de que yo compusiera poemas, le interesaban de modo especial para informar de ello a los demás y esperar que conquistasen algún premio. Por las noches resolvía charadas en las revistas y juegos de palabras cruzadas. Yo, que detestaba aquellos pasatiempos, principalmente los rompecabezas, a fuerza de sufrir la desagradable experiencia de quedarme con un hueco de mar, cielo o aire, junto a un mar, cielo y aire completados, me envanecía de que padre pidiera mi ayuda en la resolución de crucigramas. Era como si el rey del mundo implorase mi socorro; pero disimulaba tal arranque y me entregaba a la búsqueda serena de la voz en cuestión. Una noche dedicamos mucho tiempo a descubrir una huidiza; padre se negaba a rendirse y yo, contagiada, busqué y busqué, y aunque había llegado la hora de irse a la cama, no abandonamos nuestro intento. A la mañana siguiente, muy temprano, oí un grito de triunfo en la cocina, donde papá se arreglaba para ir al trabajo.

—*¡Roten!* Es *roten.*

Y era *roten*, palabra que yo ignoraba y que permaneció como hito memorable en mi vida al lado de *decidir, destino, aventura, ondulación permanente, okay, zócalo, arrimadero* y otras.

Como se me autorizó a seguir suscrita a la biblioteca (era ya impensable que la familia no tuviese acceso a tantos libros), se reforzó mi intención de escribir. Hubo otras influencias. Estábamos en 1936. Se había padecido una epidemia de polio (entonces llamada parálisis infantil) con muestras de meningitis, y se daban todavía casos aislados y la perspectiva de que su cantidad creciese durante el estío próximo. La atención se centró en los «niños afectados» que habían vencido su incapacidad, sobre todo Gloria Rawlison, poetisa de corta edad. Fue, al propio tiempo, la época de los «niños prodigios» de Hollywood: Shirley Temple, Jane Withers y Freddie Bartholomew. La ola de actores infantiles, de sus ambiciones y las ambiciones de sus padres, se hallaba en el apogeo en Oamaru y en todo el mundo, y particularmente en nuestro hogar, se asociaba de continuo la incapacidad con la capacidad probada. Madre trató mil veces de consolar a Bruddie con la prueba de Beethoven y su sordera, Milton y su invidencia, y Julio César y su epilepsia, implicando con ello que sin duda alguna Robert Frame del número 56 de Eden Street (Oamaru), tenía una vida en que pensar con la esperanza, bien de un restablecimiento milagroso (Dios realizaba milagros cotidianamente), bien del desarrollo de un talento que le daría celebridad y fortuna, bien, por ser celebridad y fortuna sólo de este mundo, la posibilidad de ingresar en el Jardín de las Bienaventuranzas, por ser manso, pobre de espíritu, apaciguador, y afligido por todo lo perdido e indisfrutado, y, al fin, heredar la tierra como hijo de Dios.

Por la razón que fuere, los chicos de la ciudad, la comarca y la

provincia no sólo se dedicaron a actuar y a soñar que ejecutaban sus danzas, canciones, conciertos de piano y de violín, y piezas escénicas, sino también escribieron poemas y relatos, bajo el estímulo local de las secciones infantiles de los periódicos: en Otago, la Dot's Page para los Dot's Little Folk del *Otago Daily Times*. Los arrapiezos escribimos cartas convencionales: «Querida Dot, admite que me incorpore a la feliz pandilla de tus amiguitos. Tengo tantos años de edad, etc.», rematadas con la frase de «Afectuosamente tuyo/a y de todos los amiguitos».

Pese al embarazo que me producía lo de «afectuosamente tuyo/a», redacté la carta, en la que rogaba ser conocida como «Mariposa Dorada», nombre que, por su falta de originalidad, ya existía y que Dot transformó en *Mariposa Ambarina*. Mis hermanos, salvo Chicks, que conservó el que había escogido —Hada Bailarina—, fueron también rebautizados: El Sargento Dan de Bruddie (inspirado por la Real Policía Montada de Canadá del paquete de Creamota) se convirtió en Sargento Dick, la Buena Reina Bessie de Myrtle en Buena Reina Charlotte, y la Flor de Manzano de Isabel en Pétalo del mismo árbol.

Insistiendo en la incapacidad de los inválidos, ora un pianista o violinista ciego, ora un cantante «tullido», actuaba en la radio, y el locutor, consciente del crecido número de niños «afectados» por la parálisis infantil, subrayaba el menoscabo físico del actuante como si formase parte de la habilidad exhibida, e incluso fuese imprescindible para ella. Yo acabé por vincularlos. Creí que, en un mundo en que resultaba admirable ser valiente y noble, era más valiente y más noble componer poemas si se era tullido o ciego que si no se era. Suspiré por sufrir la parálisis y guardar cama todo el día, o sentarme en una silla de ruedas, escribiendo narraciones y poemas. Esto es, si no podía, como anhelaba también, aprender música, baile y canto, presentarme en los concursos y ganar premios que me encarrilaran hacia Hollywood.

Acabó el curso. Recibí dos libritos encuadernados en cuero como galardón y una beca de cinco libras para ayudarme «a ir» a la escuela superior senior, donde había tres carreras: profesional o académica, comercial y doméstica, sin materias comunes como en la junior. Mis padres, dando por sentado que yo sería maestra, decidieron que siguiese en la escuela, si bien papá me avisó que, si las cosas se ponían mal, quizá tuviera que renunciar a los estudios o pasarme a lo «comercial» y trabajar en una oficina. La mayor parte de las chicas del vecindario se proponían dejar la escuela en el tercer o cuarto año para trabajar en tiendas o despachos, y las más se matricularían en los cursos comerciales. Poppy, a quien veía de lejos de vez en vez, y con quien cambiaba saludos muy formales, era una de ellas. Yo había

sufrido ya los efectos corruptores de la literatura, tomándome en serio otro de mis poemas predilectos, «Vieja ardilla gris», de Alfred Noyes, en que un muchachito sueña con vivir en el mar, y cuando crece, incumpliéndose su ilusión, trabaja en una oficina, mientras se «muere por dentro» muy despacio.

Está encaramado en un alto taburete londinense.
La Golden Gate se halla muy remota.
Le capturaron y enjaularon como a una ardilla.
Suma largas columnas de cifras y se vuelve gris.

En mi opinión, el alto taburete podría hallarse en Oamaru, en el bufete de abogado en que madre pagaba el alquiler. En él había un hombre gris, de aire fatigado, en la cima de un taburete desmesurado ante un pupitre elevado y en cuesta, entregado a labores de cálculo. Cuando aparecía para hacerse cargo del dinero, podía yo ver su nariz aguda como el cabo de un portaplumas, con una gota de moco en vez de tinta. Tanto confié en la «verdad» de la literatura, que presté fe a la versión de Alfred Noyes de la vida comercial, y consideré la existencia en una oficina como traición inaudita a los sueños más caros.

—Jamás seguiré el comercio —exclamé con vehemencia.

Frente a nosotros se abrieron hectáreas de vacaciones con la celebración de la Navidad, que, con la noche de fin de año y la fiesta de Guy Fawkes, eran venturosos acontecimientos familiares. La mañana navideña ofrecía siempre regalos en medias (los calcetines grises de trabajo de papá), puestas en ramas de macro— carpa, en la chimenea del comedor, y aunque escasas veces eran los que habíamos pedido, los cogíamos con emoción entusiástica, puesto que se trataba de regalos y sorpresas; y en la noche de fin de año, según la tradición escocesa, esperábamos la entrada en casa del primer individuo no perteneciente a la familia y celebrábamos la medianoche con la mesa cargada de viandas, garantía de abundancia en el resto del año. La noche de Guy Fawkes, año tras año, en el patio trasero, papá encendía bengalas, ruedas de artificio y un solo cohete, en tanto que nosotros disparábamos petardos baratos y triquitraques de confección casera.

íbamos indefectiblemente a la playa en Navidad, a la Friendly Bay de Oamaru, o de excursión a la Caroline Bay de Timaru. Las vacaciones navideñas de aquel año se pasaron en nadar, lo que la señorita Lindsay me había enseñado sin ceremonia alguna echándome al agua, porque me resistí a aceptar su método usual de enseñanza, consistente en ceñir un cinturón al talle del novato y sujetarlo con un cinturón atado a una pértiga. A pesar de mi tremendo susto, me había convertido en nadadora experta.

Por lo tanto, los días se nos fueron en la playa o en los baños.

Myrtle e Isabel eran magníficas nadadoras, y la primera excelente saltadora. En los baños de la ciudad asistíamos a las hazañas de nuestros predilectos en la palanca y el trampolín, tras lo cual Myrtle exhibía sus saltos especiales. Habíamos descubierto que los baños eran el lugar más adecuado para contemplar a los muchachos. Estaban dentro del agua, y, por consiguiente, accesibles a nuestra observación, tendidos sobre sus toallas en el extremo de la piscina, junto a las palancas, o hinchando sus músculos y alardeando porque sabían que se los miraba. Jack Dickson comenzó a frecuentar los baños. Notamos la blancura de su piel, tan diferente de la de Errol Flynn y Clark Gable, y se extinguió el interés que Myrtle sentía por él.

—Está flaco —comentó.

La delgadez era el defecto sumo de un chico.

Desde nuestro ventajoso observatorio en los asientos, vigilábamos la llegada y la partida de los muchachos, con las toallas y los bañadores pasados alrededor del cuello, y oíamos sus comentarios indiferentes sobre sus «trapos», mientras que nosotras llegábamos con nuestros «trapos» cuidadosamente empaquetados, bajo el brazo, y nos íbamos llevándolos de la misma manera. En cuanto estábamos en la calle, nos producía cierta delicia que los chicos sacudieran sus toallas en nuestra dirección con gesto de reto, y nosotras, con nuestros «trapos» mejor sujetos que nunca, nos dirigíamos a casa en actitud altiva.

Luego, deslizándose los días del sereno enero azul hacia febrero y otro verano, todo se volvió largo, caluroso, tenebroso y cansado. Temí regresar a la escuela, porque la senior exigía uniforme nuevo, otra chaqueta de sarga, gris oscura, un sombrero blando negro y una boina del mismo color para el invierno, y un panamá blanco para el estío; blusas de franela gris y blusas de algodón blanco, un vestido albo para la fiesta en el jardín de fin de curso y la ceremonia en la Opera House por el mismo motivo; y una faja cuyo color dependía de la House, de las cuatro que había, bautizadas con los nombres de los cuatro primeros rectores de Waitaki, a la que nos destinaban. Por suerte, tía Polly se ofreció voluntariamente a coser mi túnica y, esperando que todo resultaría bien, pero con el temor de que no sería así, aguardé el paquete procedente de Petone.

Cuanto había florecido en verano se hallaba en las primeras fases de decadencia; los ásteres esponjosos, de todos los colores de la paleta, presentaban los bordes de los pétalos rizados y parduscos; las rosas banksias del cenador ya se habían ajado y caído. Tumbadas en el agostado césped delantero, mirábamos las nubes, interpretábamos sus formas y nos preguntábamos: ¿Qué ves? ¿Qué ves?

18. Partidas de campo

Aquel verano encontramos una amiga, Marguerite. No hacía mucho que se había mudado a la casa del otro lado de la calle con sus padres, hermana mayor Noraleen y hermano menor John. Marguerite nos abrumó con sus diferencias: modales, habla, vocabulario, vestidos, progenitores, domicilio y religión, porque era católica romana, lo que significaba que no estudiaba en nuestra escuela, sino con monjas. Actriz innata, se aprovechó— de su *encanto*, afirmando, verazmente o no, que era española. Su fascinante seguridad sobre todas las cosas no dio motivo a que dudásemos de ello. Así que la conocimos, principiamos a modificar lo que ya tildábamos de vocabulario inconveniente e irreal de acuerdo con las palabras, mucho más interesante, de Marguerite: el pupitre se trocó en *escritoire*, un sofá en *chesterfield* y un vestido en *ensemble*. Su madre poseía un buen ropero, que contrastaba con los delantales húmedos, hechos con sacos de azúcar, de mamá, las prendas sencillas y maltrechas de todos los días, y el traje azul marino para pagar el alquiler o llevar a Bruddie en busca de algún remedio; había sido encargado por correo al Glasson's Warehouse y pagado a tanto por semana. Esta primera incursión en la compra a plazos no fue cosa baladí; pareció algo así como la pérdida de la virginidad financiera. Con las visitas al médico y el tratamiento de Bruddie en el hospital (cuando los ataques se negaban a cesar), ya gratuito, pudimos adquirir mantas a plazos semanales, un cobertor acolchado y sábanas para los invitados. Madre palió su intranquilidad ante aquella forma de pago de «bienes materiales», como distintos de las cuentas de los abaceros y carniceros, con el comentario de que éramos parroquianos excelentes, lo que sin duda debíamos de ser, porque recibíamos cada seis meses un papel ciclostilado de la firma, en forma de letra, que se iniciaba con la frase de «Querido y respetado cliente...». Y, desde luego, saldábamos nuestras deudas. Casi habíamos liquidado la antiquísima de la señora Feather.

Nos alivió el descubrimiento de que la madre y el padre de Marguerite tenían asimismo cuentas pendientes. Su padre poseía más de un traje, y en su trabajo no se manchaba el mono azul de aceite y hollín, ni llevaba una bolsa de piel con el almuerzo (bocadillos de salmón o de cebolla), ni volvía a su hogar con pedazos de carbón para la cocina y libros de notas del ferrocarril para saciar nuestra pasión de escritores.

Durante la Pascua de 1936, para celebrar la elección de un gobierno laborista y la posible implatanción de lo que describía la canción de tío Scrim:

> Se avista un nuevo día,
> hay oro en el azul,

hay esperanza en el corazón de los hombres

nos fuimos de vacaciones familiares por vez primera, en tren, a Rakaia, viajando en una «pajarera» de primera clase con nuestro billete gratuito anual. Papá había arreglado todo. Un camión cargado de balas de paja, que nos esperaba en la estación, nos transportó (en la parte trasera) por caminos comarcales y dehesas hasta la orilla del río donde plantamos nuestra acampanada tienda de campaña. Padre dispuso paja en un rincón que nos serviría de lecho, y madre situó las vituallas, incluido el bote de los bizcochos, cerca de la entrada. Recogimos leña para el fuego y, así que hirvió la olla, y nos hubo avisado de que habría goteras si tocábamos el interior de la tienda mientras llovía, padre se puso en marcha con lo preciso para atrapar salmones: caña, carrete, brillantes cucharillas nuevas y cesta. Recuerdo que sus hijos estuvimos todo el fin de semana en busca de árboles de goma, escuchamos las picazas, observamos los halcones, esquivamos el inevitable toro jersey y comimos bizcochos, en tanto que madre mantenía el fuego encendido y preparaba té, sentada con un pañuelo húmedo alrededor de la cabeza, el rostro brillando al sol, tendidas delante de ella las gruesas piernas rematadas en amplios zapatos, mostrando las manchas coloradas de llagas, cubiertas del ungüento Rexona, verde y de olor medicinal, con que intentaba que desaparecieran. Recitaba versos humorísticos sobre papá y el salmón que pescaría, y sobre los que se escaparían, y la ocasión en que padre y Jimmy Peneamene capturaron uno que se desvaneció:

Un día Jim y yo fuimos
a casa a tomar un bocado y una sopa,
y alguien se escurrió en el cobertizo
donde habíamos de reposar;
alguien que nos robó el salmón,
alguien que nos robó el salmón...

O bien miraba, allende los sauces, el verde ardiente de Rakaia (alimentado por la nieve, niños) y hablaba de su «adolescencia» y de la perfección de ésta.

Después, en el decurso de la noche, en que la lluvia de las tierras altas hizo crecer el río hasta escasos metros de nuestra tienda y tuvimos que levantamos en la oscuridad y trasladarla a terreno salvo, creímos haber corrido la aventura más importante de nuestra vida, el género de aventura que otros chiquillos, con más vacaciones en su haber, parecían dar por descontada.

Nuestra nueva amiga, Marguerite, nos proporcionó la ocasión de contarla por lo menos una vez, reviviendo el aumento de caudal del

río, la retirada, las picazas, los bizcochos (¡una lata entera!), el salmón comido alrededor de la hoguera, la travesía de la dehesa del toro hasta la granja de Langley en busca de leche, los gruñidos, carcajadas y noches pasadas en nuestro lecho de paja, jugando a imaginar cosas, escuchando el rumor fluvial, retando a los otros a tocar la lona para comprobar si papá no nos había engañado y comprobando que había dicho la verdad; peleando, tramando, proyectando, soñando y comparando nuestro pasado, nuestras glorias y nuestros cuerpos; y, ya al aire libre, las ramas de manuka recogidas para el fuego, el intento de hacer flautas con las de los sauces, el esfuerzo de adivinar el futuro con el agua, la contemplación ensoñadora del río y de las ramas que agitaba en su seno, y la visión del cadáver de un cordero o una vaca que arrastraba al mar. Escuchado por Marguerite, «El año pasado fuimos a acampar en Rakaia» se transformó en «Todos los años acampamos en Rakaia».

Dispuesto padre a volver a dicho lugar durante aquellas vacaciones, pedimos a Marguerite que nos acompañase, aceptó y repetimos lo ya referido, alborozados de que «alguien más», alguien que moraba en la clase ordinaria de casa, con la clase ordinaria de padres y familiares, con sucesos ordinarios que no eran ni calamidades ni pesadillas, compartiese con nosotros las glorias de Rakaia. Al punto nos portamos como correos, tratando a Marguerite como si fuese a convertirse en turista en suelo extranjero. Hubo dudas al principio sobre la prudencia del viaje, puesto que había empeorado la epidemia de parálisis infantil y los periódicos ventilaban a diario su recrudecimiento. Se habló de clausurar las escuelas hasta que cediese un poco. Pero madre creía que en la tienda, bajo el cielo abierto de Dios, lejos de las poblaciones atestadas de gente, estaríamos a salvo de la enfermedad. Tenía, además, plena fe en nuestra salud. ¿No nos había amamantado hasta que le mordimos los pezones? ¿No habíamos tenido leche suficiente en nuestros primeros años y, siempre, pescado de sobra para nutrir nuestro cerebro, y tarros de miel, verduras del huerto, frutas, y gachas con fibra bastantes para activar nuestras tripas?

En Rakaia, exploramos, jugamos, comimos y nos jactamos ante Marguerite, aunque sumisos a su poder foráneo, hablando como ella y aceptando sus pasatiempos. Nuestra amiga llevaba pantalón gris, que todo el mundo, excepto padre, aceptaba sin reservas desde que muchas mujeres se habían decidido a usarlo. También fumaban. La madre de Marguerite lo hacía y se maquillaba, lo que acrecentó el prestigio de su hija. ¡Cómo envidiábamos su existencia misteriosa con curas, monjas, confesión y agua bendita!

Al término de nuestra memorable vacación, llena de pieles quemadas por el sol, padre nos fotografió con la cámara que había

comprado en la subasta de Wyndham, la cual utilizaba cuando los parientes nos visitaban y teníamos retratos en que aparecíamos en el jardín, sobre el puente japonés. Positivados los de Rakaia, madre prorrumpió en una exclamación de espanto, porque, en uno de ellos, Myrtle era transparente; todos menos ella éramos de carne y hueso. La aterraba, explicó mamá, que todo llegase al mismo tiempo: el fallecimiento de abuela Godfrey, el bello río Rakaia, crecido por el deshielo, deslizándose, verde y azul, con rapidez, los Alpes meridionales con nieve otoñal, la epidemia que azotaba el país con la tristeza y el temor, y la visión de las víctimas que se habían librado de la parálisis total, andando con piernas de hierro a modo de soporte, o sea todo se confabulaba para que aflorase el miedo solapado de que Myrtle podía morir en cualquier momento.

19. Un óbito

Empezó el año escolar. Las escuelas no se reabrirían. Recibiríamos clases por correspondencia. Llegó mi chaqueta, con dos pliegues en lugar de tres; pero, como me sentaba bien, me declaré lo bastante satisfecha para acceder que padre me hiciese una fotografía, que se envió a tía Polly.

Como si la ausencia de escuela y el estío hubiesen recibido orden de avanzar cogidos de la mano, llegó otro verano, de vientos cálidos que abrasaban desde el noroeste, desde los llanos de Canterbury, cielos de color de sulfato de cobre o «piedra azul» y sin sitio alguno en que buscar alivio salvo el agua, el mar o los baños. íbamos de éstos a aquél y viceversa. En el viernes anterior a la llegada de las listas de libros y las primeras lecciones, Myrtle propuso que fuésemos a nadar y, después, al centro de la ciudad para ver muchachos; yo me negué, interesada en las lecciones, en cómo obtener los nuevos libros de texto sin discusiones y súplicas exageradas, curiosa por saber si me gustaría la escuela superior senior, y eso sin olvidar los cuadernos de notas que llenaría de versos. Por ello, Myrtle y yo reñimos, aun cuando el motivo real fue que me había convertido en la «mimada de papá» por haber sido dux, y que iría a la escuela superior senior para ser maestra como Peg, la prima de mi padre, que había emigrado a Canadá; entraba yo en un mundo que Myrtle compartió antaño con Juana de Arco y el príncipe del sueño, y había perdido la promesa de conocer a muchos más personajes sobresalientes; además, padre trataba con severidad a Myrtle, rebelde, atrevida y francamente desobediente, amenazada de continuo con que se la enviaría a la escuela industrial de Carversham, y, en cambio, yo, que quería ser «buena» y merecer la aprobación general, me portaba con tímida obediencia, excepto cuando estaba segura de que no me atraparían en un renuncio.

De la pelea de aquella tarde resultó que Myrtle se encaminó a los baños con Marguerite e Isabel, y yo me quedé en casa preparándome como una niña ejemplar para los quehaceres didácticos. Avanzada la tarde, llamaron a la puerta. Madre, imaginando que sería un corredor de comercio, la abrió y espetó «Hoy no quiero nada, gracias». Estaba pronta a cerrarla de golpe cuando el hombre, como el representante de comercio tradicional, metió el pie junto a la jamba y se coló en la cocina. Mamá, que nos había contado casos de acciones tan audaces, se apercibió a «apabullarle», según su expresión consagrada. Yo me hallaba en el umbral del comedor. El hombre me miró y exclamó con energía:

—Que se vaya esa chiquilla.

No me moví. Presté oído.

—Soy médico —aclaró el recién aparecido—. Me trae aquí su hija Myrtle. Se ha ahogado. Han llevado sus restos al depósito de cadáveres.

Apenas entendí la noticia: «Han llevado sus restos al depósito de cadáveres.» Los chicos habíamos imaginado siempre saber dónde estaba aquel lugar: en una casucha de piedra, cubierta de musgo, más abajo de Correos, cerca del lugar en que el riachuelo de Oamaru caía verde y fangoso por una cascada artificial. Solíamos asustamos mutuamente hablando del depósito de cadáveres cuando atajábamos por Takaro Park hacia Tyne Street y la playa. En alguna ocasión procuramos atisbar por una ventanuca enrejada («para que se ventile y los cuerpos no hiedan»). Era un edificio tan pequeño, recoleto e inaccesible, que, a la fuerza, debía ser el depósito en cuestión. Si hablábamos de él en nuestro domicilio, madre siempre daba señales de miedo, lo que nos animaba, imitando el ejemplo reiterado de nuestro guasón padre, a repetir el nombre.

—Depósito de cadáveres, depósito de cadáveres.

—No digáis eso, niños.

Entonces, ido el médico portador de la noticia, mamá, la propia mamá, pronunció las palabras vedadas, que la habían convencido de la muerte de Myrtle.

—La han llevado al depósito de cadáveres.

La súbita irrupción de *depósito de cadáveres* en nuestra existencia, en la que hasta entonces se había prohibido, y el hecha de decirlo sin tapujos, me hizo sentirme mayor, realizada y sola. Myrtle había muerto, se había ahogado. De momento me alegré, al pensar que no habría más altercados, gritos ni azotes, mientras papá trataba de dominarla enfadado y los demás escuchábamos amedrentados, compadeciéndola y llorando como ella. Luego se me reveló el penoso hecho de que tal vez hubiese paz, pero a costa de la desaparición perpetua de Myrtle, no a causa de una fiesta, de un vecino o del

centro de la ciudad o cualquiera otra parte del mundo, sino del haz de la tierra, fuera de la tierra. desaparición total y no un remedo para comprobar qué resultaba. ¿Y dónde pararía la bromista, optimista, confiada y picara Myrtle, con la cicatriz en la rodilla, el empeine alto («prueba que nací para bailar»), sus menstruaciones de mayor, y la ambición de convertirse en estrella de Hollywood para danzar el claqué con Fred Astaire, conquistando fama y riqueza con cantos y bailes? ¿Qué sería de la Juana de Arco de armadura y yelmo pintados de plata, la intérprete de la radio que recitó «en las ondas»

> Encontré en la víspera al príncipe del sueño,
> de semblante tranquilo y adorable?

La desaparición absoluta de Myrtle se hizo sentir más cuando no apareció aquella noche para hacer las cosas habituales, para acabar lo que había empezado por la mañana, para blanquear sus zapatos y colocarlos en el alféizar de la ventana del lavadero donde los secaría el sol. Papá llegó tempranamente, abrazó a mamá y lloró. Jamás le habíamos visto llorar hasta entonces. Todos habíamos olvidado a Isabel. Estaba avanzada la tarde, casi rayaba en la noche, cuando compareció, con el rubio cabello todavía húmedo y despeinado por haber nadado en la piscina. Su carita despavorida informó a todos de dónde había estado y qué había visto.

Aquella noche nos apretujamos en la cama. A medida que transcurrió el día siguiente y el otro, durante los cuales los mayores hablaron de investigaciones, forenses y pompas fúnebres, y madre los mencionó con tono duro que proyectó sobre ellos parte de la «culpa», y se trató de los funerales y de la mecánica del entierro, adquirí un conocimiento que me había eludido en los otros fallecimientos familiares. Pero entonces era Myrtle, que había muerto ahogada, su esquela, sus exequias, sus flores, su ataúd, su tumba: jamás tuvo tantas cosas simultáneamente.

Tras la encuesta judicial, la trajeron a casa en el féretro, depositado en la habitación delantera, que olía a manzanas, y mamá preguntó: «¿Quieres ver a Myrtle?» Contesté que no. «La veremos el día de la Resurrección», dijo madre, conjurando de nuevo en mi mente la visión del alboroto que habría en él, las multitudes, la busca ávida de caras conocidas, el pánico de encontrar siglos de individuos y que sólo un milagro proporcione cabida a todos.

Myrtle fue inhumada, su sepulcro desapareció bajo las coronas de flores de mucha gente de Oamaru, entre ellas del Club de Natación al que había pertenecido, y la de algunos de los muchachos que habíamos contemplado mientras exhibían su musculatura y trajes de baño. No tardó la lluvia en mojar las flores, se corrió la tinta de las

tarjetas, las cintas de colores se ajaron y echaron a perder, y la propia tumba se hundió hasta estar al ras con la tierra.

—Siempre se hunden, ¿sabes? —comentaron.

Una tarde en que renovaba las flores de Myrtle, y deshacía aspirinas en agua del jarrón, porque «ellos» decían que hacían durar los ramos, vi no lejos de mí a la señorita Lindsay que visitaba la sepultura de su madre, la señorita Lindsay de «la enjoyada espada Excalibur y el brazo arropado en gruesa seda blanca, místico, portentoso».

—¿Myrtle descansa ahí? —preguntó.

Asentí con la cabeza.

—¿Qué pones en el agua?

—Aspirinas —contesté.

Me enfureció el inesperado acento suave de la señorita Lindsay, y su blandengue aire de comprensión.

—No te la devolverán —dijo con dulzura.

—Ya lo sé —repliqué con frialdad y le aclaré el motivo de que utilizase el medicamento.

En los últimos tiempos, había aprendido yo procedimientos para que «durasen» las flores y otras cosas. De ello se había hablado mucho en casa con las personas que se presentaban a ofrecemos su simpatía por nuestra «dolorosa pérdida». Les obsesionaban las técnicas para atajar la decadencia de sus «tributos florales», la de tarjetas y cintas. También se refirieron a Myrtle, a conservar «verde» su recuerdo.

—Y tienes fotos de ella, Lottie —dijeron a madre (atusándose y retocando las «ondulaciones permanentes»).

Y así se probó, puesto que, cuando nos convencimos de que Myrtle se había desplomado en el agua y se había ahogado; de que nunca más reaparecería en casa para vestirse, dormir y estar presente, se buscaron fotografías recientes y no se encontró más que la del «fantasma» hecha en Rakaia y otra en que se nos veía en traje de baño, a mí con un atisbo de teta, porque la hombrera se me había deslizado. Se necesitaba una foto de Myrtle sola. El fotógrafo del centro de la ciudad logró extraerla por completo del grupo familiar, a costa de prescindir de un brazo que Myrtle había pasado por el cuello de Marguerite. Sin arredrarse, el experto le proporcionó un nuevo brazo fotográfico y, al fin, nos mostró un retrato completo, ampliado, de Myrtle. Todo el mundo nos felicitó por contar con una foto reciente, y sólo los que sabían pudieron discernir el brazo injertado.

20. «Una vez Paumanok»

La epidemia no había remitido. Las autoridades escolares enviaron la lista de textos y libros de ejercicios que se requerían, y un cuestionario

sobre las disciplinas que preferíamos. Vi que podía «tomar» latín o geografía, más padre fue quien se encargó de decidir por mí al comparar el precio de los tomos.

—Harás geografía —sentenció.

No sé cómo, aunque sin duda gracias a la buena voluntad de dos papeleros, W. E. Adams y Jeffrey y Smith, obtuve a crédito todos los libros y, además, algo tan costoso como un equipo de geometría. Me dominó una emoción indescriptible: los volúmenes nuevos, su color, su olor, de álgebra, geometría y aritmética, con las *soluciones* en las últimas páginas. ¡Qué me confiasen las respuestas de los problemas! Basándome en la manera misteriosa con que los profesores siempre trataban y revelaban las soluciones, yo había concluido, en mi inocencia, que se nos enseñaba el cálculo para coleccionarlas, como premio, al final, a modo de concurso de preguntas; comprendí que lo importante era llegar a una solución, aunque fuese errónea, y lo mismo ocurría con la formulación de una pregunta o de un problema. Mi corazón se abultó con una sensación de persona crecida al pensar que no tendría que recurrir al profesor para tener la solución correcta. Había un tomo de cuentos franceses, el primero de la serie: *Contes et Légendes*, los cuales me impresionaron con su exactitud e intemporalidad, pues eran los de Grimm y de otros autores revelados en otro idioma, ofreciéndome una riqueza que acepté como un tesoro. Había las obras de Shakespeare, *Sueño de una noche de verano*, pieza asistida por una *Introducción a Shakespeare*, más un texto de historia y un libro de poemas, *Mount Helicon.*

Completé la primera serie de lecciones con la inevitable redacción de «Mi aventura». Exploré el volumen de versos y descubrí con asombro que muchos poetas estaban enterados de la muerte de Myrtle y de la extrañeza de vivir sin ella. Pasado el entierro, idos los visitantes y recibidas mis lecciones, se repuso lo cotidiano; sin embargo, cada día mostraba una laguna, el hueco dejado por Myrtle. Sobre ese vacío escribían los poetas en *Mount Helicon* la crónica de mis sentimientos. Apenas creía la hondura de su comprensión. Madre, que reverenciaba a todos los vates, había acertado como solía y entonces pude explicarme su costumbre de murmurar en ocasiones «Sólo sabe el poeta, sólo sabe el poeta»; entendí por qué escribía tantos versos sobre ellos; había un poema que yo había recitado en la escuela:

Era poeta, y amaba el salvaje trueno
cuando resonaba en el universo. Ahora duerme
bajo la hierba que adoraba. Con mano enmudecida
como sólo el corazón de poeta entenderá.

Oía el susurro de los pinos.

Siempre había en su pecho dulces melodías.
Glorias de la mañana surgían en su corazón.
Era la suya una naturaleza aparte.
En silencio dormita. ¿A quién le importa?
La naturaleza deja caer sobre él las hojas de su cabello.

Madre buscaba a los poetas no necesariamente por sus obras, sino por la idea romántica que tenía de ellos, como si fuesen más tangibles que el Segundo Advenimiento. En cuanto se ponía a loarlos como era sabido, papá sentía celos como los tenía de sus referencias a Cristo, y de sus celos siempre brotaba el desprecio.

Un extenso poema de *Mount Helicon*, «The Lost Mate» de *Sea Drift* de Walt Whitman, expresaba todo lo que yo sentía: los dos sinsontes, la desaparición de uno, la larga busca de su pareja, con todas las falsas alarmas y cavilosos quizá haya ocurrido, la cólera, el pesar y el razonar desesperado que recorría a la ayuda de la magia, para al cabo fracasar en el encuentro de lo perdido y la renuncia total a la ilusión de hallarlo. Comprendí los engaños de la mente y sentí que procuraban convencer al pájaro desdichado de que no había pérdida, de que su pareja estaría pronto a su lado, pues se había «marchado» únicamente durante un solo día o se había retrasado y regresaría, «ya lo verás». Leí el poema a mi hermana menor Chicks/June, y también lo entendió. Lo releímos una y otra vez. Me maravilló que el libro encerrase otros poemas semejantes sobre Myrtle —«Annabel Lee»—: «Hace muchos, muchísimos años, / en un reino junto al mar...» ¡Un reino junto al mar! Oamaru, naturalmente. Oamaru con el océano furioso más allá del rompeolas, y la amistosa bahía a esta parte, y el sonido del oleaje en nuestro oído de día y de noche.

Había otro poema, «Evelyn Hope»:

¡Ha muerto la hermosa Evelyn Hope!
Siéntate junto a ella un rato y observa.
He aquí su rimero de libros, y aquí, su lecho;
puso ese fragmento de flor de geranio,
que también se muere, en el vaso...

¡Dieciséis años tenía cuando falleció!

¡Qué deslumbrante hallazgo de los poetas que veían los entresijos de mi vida, que aparecían para componer poemas sobre la gente de Oamaru, población que, como era sabido, se encontraba a medio camino entre el ecuador y la Antártida, cuarenta y cinco grados sur, y que, no obstante, no era tan conocida como Auckland, Wellington, Sydney, Londres, París o cualquier ciudad del hemisferio boreal en

que muchos de aquellos poetas (ya muertos) habían vivido! Otra poema, que comenzaba con el verso «Los pinos eran sombríos en Ramoth Hill», exponía cómo

Fuese mi compañera de juegos de su casa,
y se llevó con ella la risueña primavera, l
a música y las flores...

¿Ramoth Hill? ¿Escribiría de aquel modo el poeta nuestra *hill*, nuestra colina, las plantaciones de pinos y los proyectos?

Y todavía los pinos de Ramoth Wood
se plañen como el mar,
la queja del mar cambiante...

Me hacía cargo de que los poetas inventaban, desde luego, muchos detalles, cambiaban los nombres, etc., como Poppy y yo habíamos denominado a Largovosotras con *nuestro* nombre y no con el suyo verdadero; sabía que los poetas hablaban de *bosques* donde teníamos *matorrales,* y que sus pinares eran nuestros proyectos. Propendían a exagerar la bondad y la belleza, porque Myrtle no fue, en realidad, guapa ni «mi amada»; había sido sólo mi hermana mayor, que se burlaba de mí, me pellizcaba y empujaba, y que sabía más que yo y que algún día hubiese tenido música, chicos, vestidos, amor, una mansión, frutos todos del gran triunfo en Hollywood.

Desapareció la epidemia, las escuelas se abrieron y fui a la Girls Senior High de Waitaki, con mi nuevo uniforme, del que relegué, para uso doméstico, la chaqueta que tía Polly había cosido con color equivocado. Las escuelas eran muy puntillosas sobre el uniforme correcto, y cualquier cosa que nos distinguiera de las demás motivaba alarma y preocupación. Siempre debíamos llevar el paso, como en los días con la señorita Lindsay, que nos hacía entrar en clase al compás de sus órdenes sincopadas: «El suelo se pisa primero con las puntas, el suelo se pisa primero con las puntas», y si alguna estudiante se equivocaba o ponía mal el pie recibía una aguda reprimenda.

El tercer curso era reducido. Lo componían dieciocho estudiantes. Cobramos fama por hablar en verso y de versos, y ser un conjunto «listo», tanto que la directora, Jessie Banks Wilson (o J. B.), contrató a una maestra de elocución especialmente para que no perdiéramos aquellos hábitos. La señorita H., joven, bonita, pelinegra y de mejillas sonrosadas, era «blanda» y víctima propiciatoria de las travesuras. Los poemas que nos enseñó eran, en mi opinión, menos notables que los ejercicios de elocución que los acompañaban: «Tres tristes tigres tratan de trotar hasta Tilbury Towers... El perro de Roque no tiene rabo

porque Raimundo se lo ha robado... Pedro prestamista peina pelucas...»

Murmullo y Mascullar molestan mucho
motivando misteriosas mentiras.
Tres gansos grises gastan la grama,
grises eran los gansos y la grama glauca...

Así avanzamos cantando a través de nuestros ejercicios: «Las flautas de Pan», «Tarantella» y «El río» (claro y frío), ninguno de ellos tan fascinante como «El brazo arropado en gruesa seda blanca, místico, portentoso» de la señorita Lindsay, o «Vibrante es el timbre de las palabras cuando las hace sonar el hombre preciso», o «Encontré en la víspera al príncipe del sueño», de Myrtle.

El curso fue memorable por los cuentos franceses, la poesía, la música nueva y el estudio de la historia antigua, relatos de hombres, ciudades, animales, aves e insectos que habían desaparecido «del haz de la tierra». Nuevamente me acordé de las enseñanzas de madre sobre las criaturas extintas y las civilizaciones perdidas bajo la tierra y el mar, y de cómo, cuándo llevábamos a casa conchas fosilizadas encontradas en las cuevas de la colina, mencionó que Oamaru había estado otrora en el fondo marino. Este cambio de las civilizaciones, la tierra y el océano señalaba, para ella, las «postrimerías» y el tiempo en que se mutaría no sólo el tiempo. En la clase de historia, yo tenía ensoñaciones de los sumerios, su existencia e indumentaria, y de los fenicios, comerciantes de Tiro, escuchando a medias a la señorita Hall, encargada del curso y de desbastamos en historia, pálida y transparente, de personalidad semejante a un flan y pelo trigueño que la luz atravesaba.

Me solacé con el conocimiento de aquellos mundos nuevos, con los cambios del pasado; me creí capaz de observar con mayor perspicacia las mutaciones de nuestro hogar desde la muerte de Myrtle, y el desconocido temor de mi padre, que no estaba a la altura de su usual determinación y dominio hogareños. Se quejaba, claro, cuando le pedíamos vestidos de alcance imposible, porque debíamos llevar el uniforme dentro y fuera de la escuela; pero no le irritaban nuestras peticiones, ni siquiera «Las otras chicas visten de manera corriente en su casa», que no atendía o que contraatacaba con «¿Tenéis que hacer todo lo que las otras chicas hacen?». En vez de ello, concentró su cólera y desilusión en nuestro hermano, al que eliminó de su melosa comprensión, convencido como estaba de que la epilepsia era «culpa» de Bruddie, de que la atajaría si ejercía más dominio de sí mismo. Se volvió contra él con burlas y reproches, criticándole en todo. Madre, entretanto, «a favor» de Bruddie,

procuraba ofrecer explicaciones, y como las explicaciones no daban mucho de sí, recurría a citas evangélicas: «Bienaventurados los pacíficos porque serán llamados hijos de Dios», «Aunque hablo con la lengua de hombres y ángeles, y no tengo *caridad...*».

Otro orbe desconocido fue el género de música hasta entonces no escuchado, al que me introdujeron los cantos de nuestro Dominion Song Book y una de mis condiscípulas. Ésta respondía al nombre de Shirley Grave.

Me enteré de su existencia por las quejas de los docentes de su desorden y su distracción, que equilibraba aparentemente con su imaginación. «Shirley tiene imaginación. Escribe poesía.» «¡Qué soñadora eres, Shirley! Siempre andas perdida en el mundo poético de tu imaginación.»

Observé con interés y envidia a quien poseía los atributos poéticos que tanto deseaba. Quería yo ser poetisa, y sabía que los poetas han de ser imaginativos y tener grandes sueños. Nadie me había llamado imaginativa o poética, porque era práctica, y hasta escribía poemas prácticos, en los que no dejaba de incluir lo que había aprendido poco antes y elencos de personas, lugares y colores. Por ejemplo, el que compuse sobre la expedición de Scott rezaba:

Oats, Evans, Bowers, Wilson y Scott
no caerán en el olvido...

¡Nadie podía llamarme poetisa, por mucho que yo lo ansiara!

Además, me desenvolvía bien en matemáticas y me gustaba solventar problemas, y el comentario de «Shirley tiene imaginación... ¡Qué soñadora!» se repetía si mi compañera se perdía en su solución.

Shirley cantó en el Music Festival «A la Música» que figuraba en nuestro Dominion Song Book.

Tú eres santo en muchas horas tristes,
cuando las pruebas de la vida oprimen mi espíritu...

Nunca había oído canto más bello, tanto en el acompañamiento pianístico como en la letra. Supe en el festival que Shirley tocaba el piano, y que sólo tres chicas de la clase no cultivaban tal instrumento. Y encima, para coronar las envidiables dotes de Shirley, murió su padre, y en la ausencia de la condiscípula afectada, la profesora nos habló de la muerte y nos rogó que fuésemos amables con Shirley por aquel motivo.

Me dominaron los celos y el anhelo. Shirley poseía todo lo que necesitaba un poeta, más la tragedia de un padre difunto. ¿Cómo sería yo poetisa dado mi carácter práctico, yo que nunca me distraía,

aficionada a las matemáticas y con padres vivos? De acuerdo, pensé, si no era soñadora como se requería, al menos podía simular que lo era, y compuse un poema sobre sueños, confiando en que si reiteraba el vocablo *sueños*, los crearía en cierta manera.

Sueño con brumosas colinas al alba,
sueño con cielos cuando amanece...

¿Quién discutiría, al leer tales versos, que era una soñadora?

Envié el poema a Skipper de la 3 YA y gané inesperadamente un premio en un certamen poético. Se leyeron mis versos ante el micrófono, y, como me sorprendió de veras que se considerasen buenos, supuse que la palabra *sueño* había surtido efecto; por consiguiente, en las composiciones que siguieron la empleé de nuevo, sobre todo tras cerciorarme que casi todos los poetas la utilizaban, quizá generando con ello la misma superchería. «Pisa levemente para no hollar mis sueños... Somos creadores de música, somos los soñadores de sueños— Ellos tienen sueños propios y no piensan en nosotros...»

Empecé a juntar vocablos considerados poéticos: *estrellas, gris, suave, hondo, umbroso, diminuto, flores...*, varios de los cuales aparecieron como palabras de mi poema, ya que eran propios de la «poesía», y como ésta subrayaba lo romántico (tenue, inefable, diminuto, antiguo, gris), pensé que me hallaba en camino de convertirme —y ser conocida por ello— en «poética e imaginativa», no obstante percatarme de que carecía de los fallos aplaudidos en los poetas; ni siquiera era huérfana de padre. Ciertamente, Myrtle había muerto, y en las lecciones de poesía su nombre se mencionaba con frecuencia, «Una vez más, laureles, y una vez más tú, Myrtle...», también sobre una ahogada..., y al oír el nombre en la clase sentí tal choque, que encogí los dedos de los pies y clavé las manos en la tapa de mi pupitre para no estallar en llanto. Por lo visto, la muerte de mi hermana no «servía»; estaba muy dentro de mí, era parte mía, y no persuadía a mirarla y a decir *soñadoramente, poéticamente*. «Ah, eso es una tragedia. Todos los poetas tienen vida trágica.»

Tampoco «servía» la enfermedad de mi hermano, omnipresente. Nadie semejaba dispuesto a aceptarla. Madre seguía hablando de «cuando te cures al crecer, Bruddie». No asistía a la escuela. Se educaba con los libros que yo sacaba de la biblioteca y de los muchos volúmenes, originalmente de ésta, pero con el selló de *cancelado*, que encontró en el vertedero ciudadano y transportó a casa en su carrito. Era casi impensable que consiguiera empleo, porque, así que obtuviera uno, alguien se referiría a su epilepsia y le despedirían. «Han descubierto mi enfermedad, madre», diría.

Padre concentró cada vez más su atención en las «habilidades» de sus hijas. A diario, cuando llegaba de la escuela, me preguntaba entre bromas y veras:

—¿Has sido hoy la primera de la clase? ¿A quién venciste?

Y aprendió los nombres de nuestras «rivales».

—¿Qué? ¿Ganaste a M., o a S., o a T.?

Su actitud era bastante corriente. Prevalecía en la clase entre las «primeras», que se pasaban el tiempo comparando notas, respuestas y puntuaciones. El espíritu competitivo floreció en la escuela, y si se estaba cerca de la «cima» como yo, según descubrí con sorpresa, te rodeaban la gloria y los privilegios; si se pertenecía al «montón», se sufría el sarcasmo constante de los docentes. Con todo, cuatro o cinco muchachas, que no eran estudiantes eminentes, disfrutaban de poder y ventajas gracias a lo entero de su personalidad, y, por lo tanto, se exponían menos a las ironías disparadas contra las alumnas más lerdas. Aquel Grupo era el meollo de la clase por las actividades en sus hogares, y en la escuela fuente de la mayoría de los intereses y noticias de sus compañeras; las demás nos movíamos a lo lejos, en círculos concéntricos más o menos distantes, con los ojos prendidos del Grupo cuyo poder sobrepasaba, en efecto, incluso la gloria de las empollonas, las cuales merecían en ocasiones el despreciativo epíteto de «ratas de biblioteca».

En el borde del círculo más separado del Grupo, que era mi lugar habitual, encontré a una chica alta y asmática, amiga de Shirley, que hablaba sin reposo de sus hermanos universitarios y de citas de Karl Marx. Karl Marx dice esto, Karl Marx dice aquello... Sentada a su lado, durante el almuerzo, mientras ella charlaba de comunismo y Karl Marx, miraba yo con envidia hacia el Grupo, que conversaba por los codos y se retorcía de risa al contar lo que *Mami y Papi* habían dicho y hecho durante el fin de semana en la *choza* junto al mar. Su poder y dicha eran casi visibles. Sus vidas sumergían en sombra las del resto de la clase; ni el mismo Karl Marx les llegaba a la altura de la suela. Sus familias eran más felices, graciosas y emocionantes que las otras. Vivían sin excepción en la fabulosa *South HUI*. Hasta las profesoras se sometían a ellas y les concedían, por lo regular, personajes en la clase de lectura de obras teatrales, y sus condiscípulas las observábamos y escuchábamos con dentera. Eran ellas quienes recorrían la ruta de oro de Samarcanda, quienes vivían *Sueño de una noche de verano* y *El mercader de Venecia*; Porcia, Titania y Puck se movían entre ellas, y las menos favorecidas teníamos que contentarnos con la representación de hadas o la primera, segunda o tercera voz fuera del escenario.

Al terminar el curso, me concedieron un premio, el libro *Muchachos y muchachas que se hicieron famosos*, que leí ávidamente con mis hermanas y hermano durante las vacaciones. Acabamos por

dominar, y adorar, la vida de las Bronté: el lúgubre panorama de los páramos del Yorkshire, la rectoría y el camposanto. Nos sentimos emparentados con aquella familia autónoma, de hermano «alocado», padres distantes, esclavos de su trabajo, y las Bronté en su paramera; nosotros, con nuestra colina, barranca y plantaciones de pinos. La muerte les afectó como a nosotros, pero su vida fue mucho más trágica que la nuestra, que, a pesar de todos los pesares, era generalmente alegre, y podíamos cederles, a Dios gracias, las emociones tristes que a veces nos señoreaban, y ceder nuestros sentimientos a las Bronté resultaba mucho más satisfactorio que ofrecerlos a Jeannette MacDonald y Nélson Eddy, los «astros» de moda, con sus empalagosas súplicas musicales de

Amor, amor, amor mío,
¿me amarás siempre...?

Ni siquiera mis entrañables canciones de vaqueros y poemas tristes («El perro en la tumba de su amo») merecían lo que dimos a las Bronté, y lo que yo concedía entonces a la música recién descubierta («Tú eres santo en muchas horas tristes»).

Sentí que ya no era el pájaro afligido de «Una vez Paumanok». Sentí que la vida era ya muy seria. Pensé en ocasiones, con curiosidad y aprensión, en lo que se denominaba futuro.

21. Las generaciones ávidas

Aquel curso tuve un breve encuentro con Poppy, que asistía también a la escuela superior, en la especialidad comercial. Lo de *comercial* promovía tal horror en mí, que apenas pude creer en la supervivencia de Poppy. Cuando pasaba al pie de las ventanas de la clase de las «comerciales», en pleno trabajo, oía el tableteo de máquinas de escribir y las consideraba condenadas sin remisión posible.

Encontré a Poppy en la esquina de Glen Street con el ribazo, lugar en que años antes habíamos estrujado plantas para que su jugo cumpliera la magia de eliminar las verrugas de nuestras manos. La prohibición tajante que pesaba sobre nuestra amistad, la aceptación total, casi altiva, del mandato paterno, y la separación de nuestras existencias desde entonces, nos proporcionó un interés especial, distante, en la vida de la otra. Cuando Poppy repitió con la mayor naturalidad: «¿Sabes qué estudio comercial?», experimenté una sensación de esnobismo, porque *todos* sabían que las *comerciales* estaban por debajo de las chicas *profesionales,* y no quise que se despreciara a Poppy.

—Sí, estudio taquigrafía, mecanografía y teneduría de libros.

¿Era posible?

—¿Te gusta la especialidad de comercio? —pregunté cortés—mente.

—Hay demasiadas abreviaturas estenográficas.

Yo no sabía nada de abreviaturas estenográficas.

—Nos pasamos el día estudiándolas.

—¡Oh! ¿De veras?

Había algo resignado y grave en nuestro encuentro, como el de dos soldados que se encuentran en el campo de batalla y comentan sus posibilidades de sobrevivir. La gravedad se acentuaba hasta cierto punto con el gris oscuro de nuestras chaquetas, distintivo de las *seniors*. La faja de punto que rodeaba la de Poppy era encarnada, color de la Burn House; la mía era verde, por la de Gibson. Nos inspeccionamos casi sin disimulo, tomando nota de aquellos detalles.

De repente, Poppy pareció revivir y tornar a ser la antigua, la que insistía con aire de reto en que las flores que salían de las vallas a la calle nos pertenecían, y que teníamos derecho a «gorronearlas»; la Poppy que me enseñó los geranios, sus tintes y olor; la Poppy de los cuentos de Grimm.

—Estamos en la «Oda a un ruiseñor» —dijo—. Consta en nuestro *Mount Helicon.*

Yo no había leído aquella oda, porque detestaba al poeta capaz de aburrir con detalles de sus emociones, como el de «Me duele el corazón, y un embotador entorpecimiento lastima / mi sentido...».

—Hemos de aprender algunos versos —dijo Poppy y recitó:

¡No naciste para morir, Pájaro Inmortal!
Las generaciones ávidas no te destruirán;
oyeron el canto que escuchó en esta noche efímera
en días antiguos el emperador y el bufón:
tal vez el mismo canto que halló senda
en el pesadumbrado corazón de Ruth, cuando, nostálgica,
derramó lágrimas copiosas en el trigal ajeno;
el mismo que con frecuencia encantó
con su magia rejas férreas, que daban la espuma
del azaroso piélago a maravillosas tierras olvidadas.

La declamación de Poppy me pilló desprevenida. Habló con íntima pasión, como si el poema se relacionase directamente con ella, como si fuese un hito en su vida. Mucho me había dado años atrás, y entonces, en Glen Street, en la esquina, cerca del ribazo de las escarchadas, parecía declarar con desgana su renuncia a la infancia, a pesar de que semejase aceptar que Keats describiese todas nuestras maravillosas tierras como «olvidadas». El sonido íntimo y la

desesperación de «Las generaciones ávidas no te destruirán» me embrujaron, pese a casi no entender el verso; las palabras brotaron de Poppy como un grito de espanto. ¿Por qué? El poema carecía, aparentemente, de relación con ella, la «chica comercial» de la taquigrafía, la mecanografía y la teneduría de libros; con todo, había proclamado que el poema y el contenido le pertenecían por completo.

La declamación tenía aspecto de regaño precioso de despedida que no supe cómo tomar, pues no lo entendía. En mi ignorancia, no conociendo incluso la historia bíblica de Ruth, pensé que sería una chica de la escuela que había renunciado pronto a los estudios para tener un hijo; y sin experiencia de los ruiseñores, porque mi Edén Street se llenaba de día y de noche con los murmullos y arrullos de las palomas de Glen Street, y con el parloteo de las bandadas de jilgueros que invadían nuestro jardín, acepté sólo la realidad de las «generaciones ávidas», los mares peligrosos y las maravillosas tierras olvidadas.

—Lo aprendemos de memoria —explicó Poppy de nuevo, y quebró el encanto.

—Todavía no hemos llegado a él —dije, hablando, como lo hacíamos, de las obras literarias como si fuesen una plaga.

—Debo irme —avisó Poppy.

Nos despedimos. No volví a hablar con ella. Supe que había abandonado la escuela al finalizar aquel curso y que no tardó en casarse y establecerse en una de las poblaciones costeras de Otago.

22. El reino junto al mar

Las vacaciones estivales me convencieron de que Myrtlé se había ido para siempre. Aquel año visitamos casi todos los domingos su tumba, que era otra entre muchas, alrededor de las cuales despuntaban dientes de león, romazas y pamplinas. Myrtle se había ido. Se habían alejado los días de *Secret Confessions, True Story y True Romance,* y de las discusiones violentas, y yo, ahora la hija mayor que sería maestra como prima Peg, quien emigró de Escocia a Canadá, hacía lo posible para allanar la superficie de la vida, ser, en cierto sentido, invisible, y esconder en mí cuanto despertara la desaprobación o la cólera. No tenía amigas verdaderas en la escuela, ni amigos. Miraba a Marguerite como había mirado a Poppy, desde la distancia, como parte del pasado y de otra existencia. La escuela superior con la perspectiva de años de estudio, ejercicios caseros y exámenes, me proporcionó una nueva vida, seria y sin juegos. Pertenecía aún al Athenaeum und Mechanics Institute, en cuya biblioteca había leído todas las obras del departamento juvenil, y no tenía licencia para utilizar el de los adultos. Recordando a la familia que no tardaría en ingresar en la

cuarta, con más estudios y deberes caseros, se me autorizó a trasladarme a la habitación delantera, en la que antes sólo habían descansado los muertos y los huéspedes, con manzanas en un ángulo, lo bastante lejos de la cocina para que llegasen en sordina a mi oído las riñas que principiaban a centrarse en mi hermano, que, a los quince años, había descubierto los billares del centro de la ciudad, equivalente de las actuales salas de juegos electrónicos, a los que se consideraba una sentina del vicio.

Las hermanas acostumbrábamos pasar la tarde haciendo deberes, escribiendo o escuchando la radio: Dad and Dave of Snake Gully, Fred and Maggie Everybody, The Japanese Houseboy, los concursos, las sesiones del Parlamento y el Inspector Scott of Scotland Yard, de una hora de duración, que terminaba ritualmente con la frase «Está bien. Llévenselo», títulos como «The Case of the Hooting Owl» y «The Case of the Nabob of Blackmere». También escuchábamos con entusiasmo los programas infantiles: Big Brother Bill de la 4YA, con su sesión sobre la naturaleza, y Skipper de la 3YA, con el serial «David and Dawn in Fairyland»; lo presentaba una música que jamás nos cansábamos de oír, que deseábamos que fuese interminable y que creímos propia de «David and Dawn». Pocos años después supe que se trataba de «La danza de las flores» de la suite de *El Cascanueces*. No habíamos renunciado a nuestra ilusión de actuar, cantando, bailando y tocando algún instrumento musical; continuábamos asistiendo a las competiciones locales y a las sesiones cinematográficas de la tarde, e intentando memorizar pasos de baile para practicarlos en casa. Escribíamos con regularidad a Dot's Little Folk. Había excitantes mañanas dominicales en que yo, en la bicicleta de papá, bajaba a comprar la carne y el periódico (seis peniques de falda, dos peniques de picadillo y el diario), y cuando compraba éste, echaba una ojeada a la última página para ver nuestras cartas o poemas y los comentarios de Dot.

Se reanudaron las clases. De nuevo recibí una beca de cinco libras que ayudó a adquirir los libros de texto. Hubo los apuros monetarios habituales y uno peor para mí, el de mi chaqueta escolar, que me ceñía demasiado los pechos en trance de desarrollo, pero que había de servirme hasta el fin de mis estudios. Y tenía la sensación de estar desplazada, de no poder hablar de mi vida familiar, mientras veía la confianza aparente y la dicha de otras chicas de la clase, sobre todo las del Grupo, todas las cuales reaparecieron. Sólo un par abandonó la escuela, como Shirley, cuya madre viuda, se contaba, no podía pagar otro curso. Cuando me enteré de que Shirley («A la música: tú eres santo en muchas horas tristes, cuando las pruebas de la vida oprimen mi espíritu...») trabajaba en el Polytechnic, o Bulleid o algún sitio semejante, vendiendo «artículos» —cintas, encajes, madejillas de

hebras (Clarks) y agujas Crewel—, me acometieron la melancolía y una sensación de derroche inútil: Poppy estudiaba «comercial» y Shirley trabajaba en una tienda, como una repetición de «Vieja ardilla gris»:

Le capturaron y enjaularon como una ardilla.
Suma largas columnas de cifras y se vuelve gris.

¿Qué era de las «generaciones ávidas»? ¿Y de la práctica del «santo arte en muchas horas tristes...»?

Descubrí que era *soñadora* sólo porque la realidad parecía ser tan sórdida e inútilmente pródiga, y exponía los sueños a implacable decadencia en el decurso de los años.

Nuevamente mi recuerdo de aquel curso, en que la señorita Gibson dirigió nuestra clase, se centra en las delicias de las literaturas francesa e inglesa, y en la intriga y formalidad de los problemas matemáticos y teoremas geométricos: se ha de probar. Planteamiento. Prueba. Conclusión. Seguíamos siendo una clase reducida. Había otro cuarto curso profesional, separado de nosotras por puertas dobles que se abrían para las lecciones de inglés y francés, y de tarde en tarde, para las matemáticas. El recinto era una antigua sala de reuniones, con la tabla de honores y la lista de los caídos en la guerra. La 4B, más nutrida, la mayoría de cuyos miembros, a diferencia de nosotras, que habíamos estudiado en la superior junior, llegaba de escuelas del campo o —un crimen a juicio de la señorita Gibson— eran muchachas «de autobús» o realquiladas, se convirtieron en blanco del sarcasmo de Gibson, o Gibby, en tanto que las de la 4A acunábamos complacidas nuestra idea de ser superiores.

Seguía con nosotras el Grupo, ya gobernante del cuarto curso, con la capacidad de imponer a sus condiscípulas su gusto en vestidos, maneras, pasatiempos, películas, libros y opiniones sobre el tópico que fuere. Me habitué a observarlas de cerca, fascinada por su poder. Todas vestían pulcra y correctamente el uniforme escolar completo, incluso los adminículos optativos que pocas más podían permitirse. Había P., gordinflona y pecosa, cómica natural, que atraía la atención de todas durante el almuerzo con el cuento de sus aventuras en la *choza* de fin de semana con *Mavni* y *Papi*. Su padre se dedicaba a las almonedas. Había M., pequeña y morena, notable pianista (su madre era profesora de música), autora de nobles ensayos patrióticos, generosa y atenta, elegida invariablemente como la más popular de la clase. Su padre también subastaba y, de vez en vez, ocupaba la alcaldía de Oarnaru. Había B. (de padre profesional de las subastas), danzarina consumada, que ganó muchos premios en certámenes locales y nacionales, campeona de carreras y «guapa» de acuerdo con

los cánones aceptados entonces. La artista del Grupo era L., bonita y de pelo negro, cuyo padre tenía el oficio de carpintero, la cual siempre ganaba el premio de arte. El último componente, J., también cómica, delgada —por ello se la llamaba cariñosamente «Skinny»—, desgarbada e inteligente, cuya viva imaginación no se tenía siempre en cuenta, principalmente por los profesores. Era fea, en la acepción corriente de la palabra.

Además del Grupo, al que se sumaban en ocasiones en una especie de rigodón, había J. y M., ésta asimismo pianista de nota, con profundidad y calma en las interpretaciones, pequeña y, como casi todas, «linda». En algún momento, me infectó el esnobismo de preguntarme por qué L., cuyo padre era «sólo carpintero» formaba parte del Grupo. La profesión paterna, tanto en la clase como en la escuela, tenía peso, y se podía sobrevivir y florecer mediante la acumulación del prestigio resultante de tener un padre ilustre (alcalde, abogado, médico, dentista), o un pariente que lo fuera, o (como sucedía a una muchacha) poseerlo por partida doble: el progenitor de W. dirigía la fábrica de lana y su primo, el de ella, era profesor en Waitaki.

Yo pertenecí al puñado de «eruditas», que comparaban sus respuestas a los problemas y a menudo se anticipaban a las otras en cuestiones matemáticas inesperadas. La más notable de nosotras solía ser W. (padre: director de la fábrica de lana), que moraba al lado de la escuela y ostentaba una gran casa de muñecas en el césped delantero. Había leído mucho, todas las obras infantiles clásicas —*Alicia en el país de las maravillas, El libro de la selva* de Kipling, *Toad of Toad Hall* —, y respondía a las cuestiones que juzgábamos oscuras e incontestables, tales como citas de poemas que no habíamos leído o de los que no habíamos oído hablar. A ella se refería mi padre cuando me preguntaba: «¿Qué? ¿Has ganado hoy a W.?»

Deseaba yo acercarme a papá. Todavía me decía en ocasiones «¿Cómo te miró el cordero?», y yo cumplía mi deber, tras tantos años, de ocultar la cara y poner mi «expresión corderil» como medio de aproximarme sin alharacas a él. Compartía asimismo con padre las palabras cruzadas, los concursos de preguntas y los relatos policiacos que había comenzado a traer a nuestro hogar: libros pequeños y cuadrados, parecidos a los de «amor», «colegios de internas» y «del Oeste», que las chicas leíamos de cuando en cuando. Era la Colección Sexton Blake. Yo despreciaba su estilo, pero disimulaba mi desprecio y leía todos los volúmenes para contentarle.

—He leído el último Sexton Blake —decía a papá—. Es muy bueno.

—No está mal. Traeré más este fin de semana —respondía padre, y su gratitud me traspasaba el corazón.

Pensaba entonces que adivinaba los sentimientos paternos, y la tragedia que imaginaba percibir me entristecía. Si mamá comentaba por casualidad «Jean y su padre leen obras de detectives», me invadía una sensación de orgullo y gratitud desmesurados.

Y entretanto yo leía «Sexton Blakes» en casa y otros libros de la biblioteca, el Grupo se dedicaba a Rafael Sabatini, Nordhoff y Hall (*Rebelión a bordo*) y Georgette Heyer (*Esas viejas sombras*), que yo rehusaba leer porque las obras que escogía representaban mi rebelión contra el dominio del Grupo. Éste aceptaba absolutamente la que leía, hablaba de ella y la analizaba, y poco después la clase entera lo remedaba. No me interesaban los asuntos que tanto le importaban, porque se había agotado mi afición a las aventuras físicas de mis lecturas pretéritas, y los duelos y caballeros, y novelas y películas históricas me hastiaban: habían finalizado mis días de capa y espada. Condescendí a leer las obras de Anne de L. M. Montgomery y disfruté con ellas, ante todo con las alusiones a la «imaginación» de Anne. Debía ser como ella quien aspirase a ser «imaginativa» —de nuevo las peculiaridades de Shirley Grave—, soñadora, poética. A pesar de mis deseos, seguí incómodamente presente en el mundo de los hechos, más literal que imaginativo. Quería una imaginación que actuase en el mundo real, que descendiese como brillante rayo solar hasta la existencia vulgar de Edén Street, y no me forzase a vivir en «otra parte». Quería que la luz iluminara las palomas de Glen Street, los ciruelos de nuestro huerto, las dos matas japonesas (una encarnada y otra amarilla), nuestras plantaciones de pinos y nuestra barranca, cenador, vidas y hogar, el mundo de Oamaru, el reino junto al mar. Me negué a admitir que, para saciar mi secreta ambición de ser poetisa, tenía que gastar mi existencia imaginativa entre ruiseñores y no entre ojiblancos y papamoscas. Anhelaba que mi vida fuese el «otro mundo». Pensaba a menudo con agradecimiento en los generosos poetas que habían entrado en él, escribiendo sobre Myrtle y nuestro reino junto al mar, con una mezcla de verdad y fantasía tan lírica, que prestaba mayor vividez a los acontecimientos de Oamaru: «Tenía dieciséis años cuando murió», «Éste era su anaquel de libros, ésta su cama...» Se trataba ciertamente de Myrtle, «a los dieciséis años», como rezaron las noticias necrológicas. Pero lo de «el anaquel y la cama» pertenecía a la fantasía, porque las hermanas dormíamos juntas en un solo lecho, y el único estante de libros se hallaba en la cocina con Oscar Wilde, el diccionario, la Biblia, el Libro de Dios, las novelas del Oeste de Zane Grey, una obra infantil publicada por una sociedad religiosa, *Stepping Heavenward, We are Seven*, que siempre supuse que se trataba de la historia de nuestra familia, porque la componíamos siete individuos; *The Last Days of Pompeii; The Vats of Tyre; To Pay the Price; From Jest to Earnest; John Halifax, Gentleman; Dr. Chase's Book of*

Household Recipes...

Así como me inclinaba a someterme al criterio del Grupo en materias en que tenía experiencia y yo no —modas, vida social, bailes —, así creía que debía someterme a las convenciones de los poetas, a su elección de vocablos. Por ello, continué escribiendo versos repletos de sueños, albas y viejecitos de semblante gris.

Durante aquel curso descubrí, además, al Ancient Mariner. Una mañana la señorita Gibson entró en la clase y, sin preámbulos, sentóse a su mesa, abrió un libro, dijo con su voz «de pregón» «"The Rhyme of the Ancient Mariner" de Samuel Coleridge», y se puso a leer. No paró hasta acabar el poema y ordenó: «Escribid un ensayo sobre el Ancient Mariner para la semana que viene». Luego se fue. La lección había concluido.

Nada sabía yo del Ancient Mariner y escuché a la señorita Gibson, entendiendo a medias la historia del torvo viaje. Todo desapareció. Me hallé sola en el mar, con los muertos vivos, presintiendo la inmediación de un paisaje marino que era el de Oamaru. La visión de los albatros fue el adiós a los ruiseñores, porque, aunque no había contemplado una de aquellas grandes aves, madre nos había hablado de ellas. En nuestra época de Fortrose y Waipapa, señaló a veces a pájaros distantes sobre el mar, murmurando: «Quizá sean albatros, niños.»

No comprendí la maldición y la bendición del marinero, sólo la travesía y el sufrimiento. Cuando, en la última estrofa, la señorita Gibson adoptó su conocido tono de predicadora al leer «Mejor reza quien más ama», me molestó su intrusión y la intrusión de la tierra y el panorama y la conversión del marinero, considerado con los ojos puestos en la costa, de hombre de misteriosa grandeza, incluso en la culpa, en «bribón de barba grisácea».

Pasé aquel día en el sueño del Ancient Mariner, sueño compacto, inescapable, que la señorita Gibson nos había lanzado sin explicaciones ni disculpas, sueño «puro» de la estancia en el mar en brazos del tiempo atmosférico que existía por sí solo, sin referencia a personas y animales y su existencia cotidiana de iglesias, convites de boda y pesadas narraciones prolijas. Y de la escuela, estudio, baloncesto, natación y composición poética. Y del ordeño de vacas.

Porque papá compró a los Luxon una vaca, en parte, como recuerdo dichoso del tiempo «perfecto», «antes de que nos mudásemos a Oamaru», y, en parte, por la razón práctica de proporcionar leche a un grupo familiar de personas y gatos en fase de crecimiento.

23. «Scrapers» y «Bluey»

La vaca, una jersey de gran osamenta, insinuante de que acaso fuera

un cruce de tal casta con la ayrshire, y largas astas que se curvaban hacia adentro, había conseguido el nombre de *Scrapers* por su costumbre de raspar las pezuñas contra el suelo de cemento del establo. Me reclutaron para ordeñarla, puesto que papá iría a su ocupación, mamá estaría muy atareada, Isabel y June eran pequeñas, y Bruddie sufría con frecuencia sus ataques. Sin embargo, June y Bruddie aprendieron a ordeñar por si se necesitaba ayuda. *Scrapers* pastó por una cantidad módica en la reserva, que incluía todas las plantaciones de pinos y la colina hasta el extremo septentrional de la ciudad, y ello obligó a interminables correrías en su busca. Así me acostumbré a que me acompañasen *Winkles*, mi gato, la gata negra y esponjosa de Myrtle, *Big Puss*, cuyo pelaje, como el de *Old Cat* antes de ella, se había transformado con un matiz pardo obra de la edad y de los roces, nos había dado una cría de diferente color a cada uno. *Winkles*, listado de gris, debía el nombre a su costumbre de parpadear tras lanzarme una de las prolongadas miradas que los gatos gustan de lanzar a los humanos.

Yo ordeñaba a *Scrapers* donde la encontraba en la colina, o luego de llevarla al pequeño establo que había en el fondo del huerto, y que se relacionaba con la dehesa por medio de una cancela hecha con uno de los extremos de la cama de hierro de abuelo. Al conducirla de la reserva a la dehesa, le pasaba una soga por los cuernos y la precedía. Llegadas al arroyo, lo saltaba y tiraba de la cuerda para que me imitase. Me sorprendió la prontitud con que aceptó la rutina. En un par de ocasiones. *Winkles*, en su impaciencia, cayó al agua, y, de nuevo con sorpresa mía, nadó con vigor hasta la orilla y salió a tierra firme. Ordeñada *Scrapers*, la devolvía a la colina, a cuya cima subía con *Winkles*, que se había acomodado en mi hombro, y contemplaba el reino junto al mar, oyendo el estampido de las olas al reventar en la escollera, el cabo Wanbrow con su oscura masa de pinos, los edificios dispersos del Victoria Old Poeple's Home, el reloj municipal, el molino harinero, el riachuelo, el depósito de cadáveres, Thames Street, Reed Street, la estación ferroviaria y sus cocheras, y a lo lejos, en North Road, cerca de la escuela superior de los muchachos, la alta chimenea de la fábrica de lana. Durante mi observación de Oamaru, componía un poema que, después, trasladaba a mi cuaderno de notas.

Volvía a sonar en casa la máquina desnatadora, que giraba en la cocina enviando la leche y la nata, por conductos separados, a recipientes distintos, con la chirriante batidora de madera suavizada por el uso. Madre cantaba mientras daba forma a la mantequilla con las alisadoras estriadas y, al «escaldar» la máquina para limpiarla, pronunciaba la palabra *escaldar* con impaciencia, como una pizca ultrajada, algo que no podía evitar en la descripción de acción tan inofensiva. Había leche que guardar, una calidez de infancia medio

recordada en el balde lleno, rebosante de espuma. Este intento voluntario de recrear los «días idos» me falló, porque mis «días idos» en Wyndham eran los de qué me desenmascararon como ladrona, y me alegró salir de ello con buen pie, y porque tenía demasiada conciencia de la realidad actual: por la mañana, de mis medias escolares con carreras, mi chaqueta y zapatos salpicados de leche y barro, el polvillo de sueño matinal en mis ojos, las prisas por llegar puntualmente a clase a las nueve; y saber que, tras la escuela, tendría que ir de nuevo en busca de *Scrapers*. Con todo, tenía la felicidad de estar sola con mis pensamientos y ensoñaciones poéticas, mientras buscaba, ordeñaba y conducía la vaca de vuelta a la colina, más los preciosos momentos en que oteaba el reino junto al mar, con *Winkles* vacilando en el inestable equilibrio que le proporcionaban las garras clavadas en mi hombro.

Había días, sin embargo, que me humillaba no lograr entender la conducta de *Scrapers*. Poco conocía de la vida sexual del ganado mayor, apenas más que las vacas y los toros «lo hacían» de pie. Mucho tiempo atrás había cerrado mi mente con el fin de olvidar lo que había aprendido de las actividades sexuales. Por consiguiente, cuando *Scrapers* se ponía a corretear por la dehesa, para evitar que le apersogara los cuernos, con los que incluso me amenazó como encolerizada, me apené al reparar que fallaba en mi función de lechera. En general, éramos buenas amigas, y yo presumía de que me permitiera ordeñarla sin trabarle las patas, en cualquier lugar de la colina, sin que se moviera o pisotease el cubo. No aclararon en casa mi confusión, ya que, al explicar yo la extraña conducta de *Scrapers*, madre me dijo como si tal cosa:

—No te apures. Pediré al señor Luxon que se encargue de ella.

Por lo visto, el señor Luxon tenía un toro «allá por Weston», y a Weston llevaban la vaca, que volvía poco tiempo después tan plácida como siempre. Cuando nació un ternero, no pude entender la mutilación a que se sujetaba a los machos unos meses después de su nacimiento, cuando ya les habíamos cobrado cariño a fuerza de cuidarlos. De la operación, por lo regular efectuada de noche, con sigilo, se encargaba un extraño, que se marchaba enseguida, dejando al temerito excitado y con sangre entre las patas traseras. Había un elemento de fealdad, brutalidad y desventura en lo ocurrido y en la indiferencia con que mis padres satisfacían mi curiosidad. Yo sabía y no sabía. Sabía que Myrtle me habría informado con su mezcla típica de ciencia y rumor: «Le han cortado las partes para que no sea un toro bravo.»

La cicatriz estaba en los testículos: lo veía. Y, por mi vida, ignoraba para qué servían los testículos, salvo, quizá, para contener «redaños». Había observado que el ternero se transformaba en buey, y

que crecería hasta tener forma distinta de un toro, pesado y hundiéndose en la hierba, más parecido a una vaca, pero sin testículos y con instrumento diminuto y colgante.

Me enfurecía el fingimiento. Se me permitía pensar que un desconocido había herido deliberadamente a nuestro ternero, al que habíamos alimentado casi desde que nació, metiendo la mano entre los belfos y diciendo «Ten, ten, ten», para que empezase a sorber, primero de un cubo de leche amarilla, y, al cabo de unas semanas, de uno de leche desnatada; que le había lastimado adrede sin que importara a nadie, ni a mamá siquiera, sólo a mis hermanas y a mí, porque mi hermano ya estaba al corriente del secreto, y nadie lo divulgaba.

Fue diferente con las novillas, don inesperado del cielo, porque podían ser vendidas. Decidimos quedarnos con una, de bonito color azul; y como era un animal familiar, no podíamos darle uno de los extravagantes nombres que aplicábamos a los gatitos a los que no se ahogaba al nacer: debía llamarse *Bluey*. *Scrapers* y *Bluey*. *Scrapers* y *Bluey* paciendo en los campos fértiles de mi mundo poético.

24. «Fausto» y el piano

En ocasiones, aunque escasas, ganaba dinero. Durante mis estudios primarios, obtuve un premio por una composición sobre «Mi visita al molino harinero», e, influida por viejos textos escolares y cuentos que ensalzaban el amor materno, compré a mamá una taza, un platillo y un plato, Royal Doulton, según me aconsejó el señor Burton del establecimiento de ferretería y porcelanas. También conseguí pequeños premios de caligrafía en el Agricultura! and Pastoral Show anual; pero ninguno, con gran desengaño, por mis arreglos en la clase de composición floral, en la que, año sobre año, concurría a la sección de Gent's Buttonhole y una vez, con osadía, en la de Miniature Garden. Había escrito recientemente un poema para la *Railway Magazine* por el que recibí una guinea. El poema, que se incluyó más tarde en la antología de Tom Mili de versos de niños de Nueva Zelanda, consistió en mi corriente interpretación de los hechos de la naturaleza:

En mañanas invernales como las de ahora,
en que cristales ornan los árboles,
las nieblas se ciernen bajas en la colina
y la escarcha se extiende en el alféizar...

Habiendo abordado la música «nueva» de los cantos de Schubert, Haendel y Mozart, y anhelando poder interpretarla, decidí invertir la

guinea en un cursillo de lecciones de piano con Jessie C., que vivía más arriba, en Edén Street, con su madre y una cacatúa blanca, en una casa espaciosa. Se había prestado a enseñarme música a precio reducido y a dejarme ejercitar en su piano, pues nosotros no lo teníamos. Tía Mima, esposa de tío Alex, el taxista, que habitaba en South Hill y disponía de tal instrumento, se ofreció a dejármelo los fines de semana.

Reconozco que parte de mi alegría ante la perspectiva de aprender música se debió a saber que, durante el curso, cuando la profesora hiciera su acostumbrada lista de alumnas que habían «estudiado» cosas tales como danza, música y declamación, lograría al fin que incluyese mi nombre, él siempre había sido uno de los dos o tres que, para vergüenza suya, no habían «estudiado» nada,

Jessie C. era una personilla rubia y vaporosa, quizá de más de treinta años, en tranquilo contraste con su madre, a la que se conocía como la refitolera de la población, pues tanto ella como su cacatúa se enteraban de hechos y rumores que nadie conocía. Oíamos gritar al pajarraco durante el día y nos decíamos: «Mamá trata de las últimas noticias con su loro.» Nadie había visto ni oído hablar de un señor C., y resultaba imposible imaginar su existencia.

En mi primera visita, Jessie me enseñó el piano. Estaba en una habitación alfombrada y llena de muebles tapizados, chucherías y papeles de pared con rosas, una estancia mimada como si una madre hubiese proyectado su amor en ella como si fuera un hijo: bien alimentada, limpia, brillante, vestida con la madera negra del reluciente piano y las teclas proyectando flechillas luminosas.

Jessie se acomodó a mi lado en el asiento almohadillado de «dueto».

—Enséñame las manos —me pidió.

Le mostré mis manos de ordeñadora, de uñas mordidas.

—Te comes las uñas, Jean.

—Sólo las mordisqueo.

—No podrás tocar el piano si no tienes uñas sanas.

Levantó para que las inspeccionase sus manos delicadas, de uñas hermosas con blancos en media luna. Yo carecía de aquellos blancos. Mis defectos se habían catalogado bien en las sesiones de comparación doméstica: dedos unidos, apenas articulados y sin medias lunas blancas.

—Conoces el do, ¿verdad? Helo aquí.

Yo no conocía el do. Al acabar la primera lección, en la que aprendí a sentarme, colocar las manos y la denominación de las notas, Jessie me entregó un librillo manuscrito y de instrucciones que estudiaría en casa. Padre declaró sin subterfugios que no habría dinero para exámenes.

En las semanas que siguieron aprendí a tocar «Robin Adair» («¿Qué me importa este mundo, Robin Adair?»), y cierto número de piezas breves de género saltarín, entrecortado y tintineante. De pronto, al cabo de un tiempo, Jessie explicó que sería importante para mí que estudiase una de más fuste.

—El pianista se acuerda siempre de la primera que tocó —dijo con aire nostálgico, y añadió que deseaba que yo tuviera aquella ' clase de recuerdo.

Ya había escogido la obra —«Puck»—, que yo tendría que comprar en Begg, la tienda de música.

Fui a casa.

—He de comprar una partitura —anuncié.

Mamá tuvo un gesto de aprensión.

—No sé si tu padre...

Ordeñé la vaca y aguardé la llegada de papá. Sabía por anticipado la conversación que sostendríamos.

—¿Me puedes dar dinero para comprar una partitura?

—¿Para qué la quieres? Te avisé que estudiar el piano costaría más de lo que imaginabas.

—Es muy poco. Nueve peniques.

—Claro, como soy de oro. Cualquiera pensaría que acierto en las carreras todas las semanas.

Entonces intervendría madre, alabando mis progresos pianísticos, a lo que padre, deslumbrado por el gran porvenir de su hija, probablemente cedería. Sucedió más o menos conforme a lo expuesto.

A la tarde siguiente, regresando de Begg con la partitura (que ya había desplegado), encontré a Jessie C., que bajaba al centro de la población. No tuve tiempo de cerrar el cuadernillo, que olía a nuevo, de «Puck». Me avergoncé. Temí que hubiese percibido mi emoción. Creció mi embarazo en la clase posterior al encuentro, porque dijo con aire pícaro:

—Te vi el otro día con tu primera partitura.

Aprendí prontamente a tocar «Puck», un *staccato* en fa mayor, que pretendía describir, conjeturé, los retozos de Puck:

Sobre matojo, sobre brezo,
sobre inundación, sobre fuego,
vago por doquier
más veloz que la esfera limar.

De nuevo hubo que comprar más música, entonces una colección que, me aseguró Jessie, duraría años y años: *Obras maestras de la música mundial*. Y, de nuevo, padre encontró el dinero necesario para adquirir un grueso volumen que reventaba de «piezas» de todos los

grandes compositores, de los que yo conocía poquísimos, a no ser los presentados en el School Music Festival: «La serenata» de Schubert, la «Canción de cuna» de Brahms y «El pequeño vals» de Chopin. Aprendí a tocar «London; derry Air», que conocía como «Oh, Danny, muchacho, las flautas, las flautas suenan», y «Una historia curiosa», de Stephen Heller. Jessie me preguntó entonces si conocía *Fausto*. No. Me explicó el argumento e introdujo el *waltz* de la ópera y lo aprendí. A continuación, el Preludio en re de Chopin, hecho lo cual Jessie, que creía en hitos o piedras angulares, dijo:

—Mis discípulos acostumbran ofrecer un recital a sus padres cuando llegan a este grado.

Sólo había visto a otro discípulo, que recibía clases en las mismas tardes que yo: Rex, muchacho de la escuela superior, peludo y de ojos negros, cuyo padre, que trabajaba en la tienda de telas, era peludo y de ojos negros, con manos pálidas propensas a dar cachetitos a los rollos de tejido cuando medía la longitud pedida. Rex se marchaba cuando yo llegaba. Siempre nos ojeábamos, yo con una nueva y misteriosa sensación de excitación y aventura. Sus cejas se engrosaban como orugas velludas sobre su cara morena.

Por fin, una tarde, mamá se puso el vestido de gala, el sombrero de paja y los guantes azules, y compareció en el domicilio de Jessie para oírme tocar el piano. Interpreté «Londonderry Air», el vals de la ópera *Fausto* y el Preludio de Chopin, y, en cuanto acabé, la profesora dijo a madre:

—Jean es brillante.

Juicio que me agradó, confundió y asustó como una intrusión de parecer y promesa que se opondría a que el mundo de la música fuese lugar de refugio privado. La interpretación musical era tan actual y pública... Mi único asilo estaba en el interior de mí misma, en «mi sitio», dentro de una imaginación que no estaba convencida de poseer, pero en la que esperaba evitar el escrutinio ajeno, ora halagüeño, ora condenatorio. Por lo tanto, aunque me alegró que me considerasen «brillante», quise ocultarme. Al notarlo, Jessie dijo a mamá, usando la tercera persona sin nombre, tan anuladora de la identidad personal.

—Es tímida.

Durante el resto del curso aprendí otras piezas de la colección, ejercitándome dos veces a la semana y temerosa de que Jessie o su madre o la cacatúa escuchara detrás de la puerta. Jamás me sentí cómoda en mis ejercicios en aquella cómoda estancia. No había descubierto cuánto me agradaba el entarimado desnudo de mi hogar, en el que salían por rendijas tijeretas y ciempiés, y por el que las cucarachas escapaban a la oscuridad. Los sábados iba con June a hacer ejercicios en el piano de tía Mima, viejo, desafinado y con teclas

reacias a moverse de su lecho. Sabiendo que no me escuchaban, me dedicaba a «chapucear» y experimentar, tras haber tocado mis piezas, para impresionar a June con mi destreza.

La intromisión de un juicio aminoró mi interés. Cometí más errores, aprendí las partituras sin reflexión y acabé por sentirme desplazada en el orbe musical. Tuve conciencia de mí misma, con Jessie sentada a mi lado para observar cómo mis dedos, de uñas comidas y sin limas blancas, buscaban las teclas. Al final del curso acabé mis clases musicales con dos últimas piezas, el «Zagal» («Como visión de tiempo lejano, el zagal solitario») y «Al lucero de la tarde» («Oh, estrella vespertina»). Sentí en ocasiones la nostalgia solitaria del hermoso piano negro y brillante, de la cálida y silenciosa habitación, y de la música, y ocasionalmente veía a Rex, elemento de la nostalgia, con la carpeta de las partituras rebotando en sus largas piernas vellosas, Edén Street arriba, para recibir las lecciones. Cambiábamos una mirada, contiguos como la piel y lejanos como horizontes.

25. Haciendo tiempo

Mi vida se centró en la escuela, los paseos por la colina, la lectura y el intento de escribir poesías. Noté con percepción creciente que siempre que respondía una pregunta en la clase, la reacción de mis condiscípulas y de la profesora era de sorpresa, y a menudo de diversión.

—Jean es tan original —exclamó la profesora cierto día, lo que me hizo sentir de nuevo atrapada en la opinión del prójimo.

No me tenía por original; decía lo que pensaba. Sin embargo, el reconocimiento de una «diferencia» aparente en mi modo de pensar parecía casar con la «diferencia», tal como yo la veía, de mi existencia doméstica, en la que menudeaban los episodios aterradores y dramáticos de los ataques de mi hermano, con la incomprensión de que era víctima el pobre, la callada renuncia paterna a «controlar» a sus hijas, nuestras fervientes promesas de «no llegar tarde, ni ir con chicos, ni beber, ni fumar». Se presuponía que existencia tan inocente arreglaría todo. Y la idea de «diferencia», que me infundían los demás, cuando no me conocía a mí misma y andaba a tientas para lograrlo, porque no era introspectiva, se reforzó con el comentario de la señorita Gibson a Isabel de que «Las Frame os creéis distintas de todos». Hube de aceptar aquella disparidad, aunque en el universo de la escuela ser diferente equivalía a ser peculiar, algo «loca».

Creí siempre, no obstante, en los criterios vigentes, y entonces, si se me interrogaba acerca de mis lecturas y mencionaba (exhibiendo con orgullo el manto de la diferencia) una novela poco conocida, no me extrañaba que la profesora repitiese: «Jean es tan original.»

Por lo tanto, en el extravío adolescente del yo, en una época en que no sabía bien cuál era mi meta, me refugié con avidez en el nido de la diferencia que los otros me habían buscado y que amueblé con ajuar propio; porque, en resumen, en los dos años pasados había ensayado muchos aspectos de «ser»: escolar divertida que hacía reír con recitados cómicos, imitaciones, acertijos, trucos matemáticos, como «Piensa un número, dóblalo», e intentos de ventriloquismo, y entonces me hallaba a mis anchas, con algún prestigio y confortablemente instalada.

Y mientras así me debatía, paladeando mis ambiciones y supuesta «diferencia», fuera, en el «mundo», lejos de Nueva Zelanda, el partido nazi tenía el poder en Alemania y las emisoras radiaban los discursos de Adolf Hitler. Remedamos su delirante forma de hablar, el saludo nacionalsocialista y el paso militar de la oca. Tenía yo escasa percepción histórica y política. Sabía sólo que Micky Savage y John A. Lee eran «buenos», y Forbes y Coates, «malos». De tarde en tarde, la profesora de historia nos hablaba del concepto de «pureza racial», que, afirmó, era deseable. Los matrimonios interraciales, según ella, producían un «tipo» inferior, como probaban los enlaces de maóríes y chinos. Se refirió con orgullo a la «pureza» de la raza blanca. Entonces, gracias a sutiles transmisiones comunitarias, se identificó como judíos a personas que lo eran y hubo frecuentes menciones desdeñosas de ellas. La palabra *negro* se aceptó como descriptiva de las etnias africanas, y de los gatos, la cera de zapatos y las prendas de vestir de tal color. Y de la gente que era «mestiza» se hablaba como de algo impuro.

Esta creciente atención a la «pureza racial» llegó, sin duda, a nuestra ciudad desde la Alemania nazi y el imperio británico. Se discutía mucho en la escuela sobre *eugenesia* y la posibilidad de crear una raza perfecta. Se pusieron de moda los tests de inteligencia, y unos ciudadanos clamorearon que estaban perfectamente calificados para pertenecer a la «raza perfecta» y se acusó a otros de no estarlo.

En casa, sin embargo, mamá, como hembra maternal defensora del mundo, salía siempre en defensa de todas las razas, todos los credos (más precisamente, condenaba a los católicos) y todos los colores como si fuesen sus *youngkers* (nombre que dábamos a los polluelos de las aves); papá no tenía prejuicios, descontados los que sentía por los «potentados» y la realeza.

Y aunque se nos recordase con frecuencia en la escuela la distancia que separaba a Nueva Zelanda del resto del mundo, la infección del nazismo apareció en Oamaru y escuchamos obedientemente a nuestra profesora que describía unas razas como perversas y otras como envidiables. Un capítulo del texto de historia, «El peligro amarillo», hablaba de los pueblos orientales y sus malas

intenciones contra Occidente. De chiquillos habíamos coreado frases injuriosas contra todos los extranjeros. Me acordé de un viejo chino que pasó junto a nosotras y, al acosarle con nuestros estribillos, nos miró con expresión consternada. Me acometió la desazón, como si hubiera hecho algo que no podía enmendar. También, en los folletones de la radio y en las novelas de Sexton Blake, se describía a los villanos invariablemente como «de piel amarilla, ojos oblicuos y perversos».

Posteriormente, en el mismo año, papá tuvo que ser hospitalizado con apendicitis. Su vecino de cama era un joven chino, que, con sus parientes, se hizo amigo nuestro y aprendimos algo de su pueblo. Nos visitaron, los visitamos, y, en fin, el joven nos trajo una hermosa planta, un narciso, que crecía, echaba pimpollos y florecía en el .agua. La pusimos sobre la máquina de coser, cerca de la ventana del comedor, expuesta a la luz, y siempre que la miraba advertía una belleza nueva, delicada, que procure captar y conservar, ya que, de algún modo, su percepción me ayudaba a limitar la creciente noción que tenía de mi cuerpo, de la chaqueta tan estrecha y a menudo sucia de bosta y barro del establo, las medias remendadas, ásperas y gruesas, y el rizado laberinto de mi cabello rojizo, cuya forma de crecer hacia arriba, en lugar de caer lacio, alarmaba a todos y les inducía a preguntar «¿Por qué no te lo alisas? ¿Por qué no te lo peinas plano y le *obligas* a *mantenerse* plano? Ponte aceite o fijapelo. *Nadie* lo tiene como tú». Y nadie lo tenía, salvo los naturales de Fiji y los africanos, en tierras lontanas. En la escuela me apodaban entonces *Fuzzy* (crespa).

Cumplí catorce años. Ya podía frecuentar todos los departamentos de la biblioteca municipal y escribir para la Dot's Senior Page. El tópico de conservación del Grupo era la indumentaria: sostenes, corsés y corpiños, que se definían con precisión, lo mismo que las reglas para vestirlos. La charla fue tan apremiante, que acabé por suplicar a madre:

—Mamá, ¿puedo tener sostenes y corsé?

—No admitiré que pongas restricciones a tu cuerpo —repuso madre, que jamás había tenido aquellas prendas.

¡Oh ceguera maternal! No había notado la tensión de mi chaqueta sobre mis pechos en desarrollo.

Llegó papá y volví a la carga.

—Los llevan todas las chicas de la escuela —argumenté.

Padre me dio la respuesta de rigor:

—Si todas fuesen a la clase a la pata coja, supongo que tú también lo harías.

—Eso es diferente —repuse malhumorada.

Padre tenía razón, claro está. El Grupo, tan poderoso, me había

hecho codiciar cosas sólo porque él las consideraba de urgente necesidad. O eso, o la muerte. Tomaban clases de baile en espera de la época en que «saldrían». Hablaban de sus parejas en los bailes de la escuela superior masculina, de las reuniones de la clase de Biblia, de excursiones en bicicleta a The Willowz con los estudiantes de Sagradas Escrituras, y de lo que llevarían en la confirmación y la primera comunión. Yo no sabía una palabra de tales ceremonias, pues no pertenecíamos a una Iglesia establecida, y cuando oí que una muchacha preguntaba a otra «¿Te confirman?», y ésta contestó «Sí, me confirman», casi me mareó la envidia de aquel misterio y de su necesidad. Estudié de cerca al Grupo y lo escuché. No tenía que leer a Rafael Sabatini o a Georgette Heyer para hallarme en otro mundo aparatoso; estaba allí mismo, en un banco de piedra, junto a los muros cubiertos de hiedra de Girls' Senior High de Waitaki.

Aquel curso se estableció el certamen de oratoria. La idea me satisfizo, porque en mis antiguas lecturas de relatos escolares siempre lo había habido, y sentí la constricción del vocabulario en Waitaki, donde también había internas y donde había esperado utilizar palabras aprendidas en mis lecturas: fiestas de medianoche en el *dormí, ser expulsada*, ser miembro de la *quinta promoción*, tener *vacas* a *orilla del mar* (he aquí un problema, porque Oamaru estaba en la costa). El tema de la prueba de lenguaje fue «Un inventor o explorador». Mis héroes de la exploración fueron durante mucho tiempo Burke, Wills y Mungo Park; me decidí por este último, inventé muchos detalles sobre él, los aprendí de memoria, y, para delicia mía y de mis padres, gané el primer premio.

Y de repente, una vez más, fue verano. Myrtle casi había desaparecido sin dejar rastro. Siempre que trataba de recordarla, descubría que su imagen se había hecho borrosa; mis recuerdos más concretos eran la cicatriz, semejante a un ciempiés, de su rodilla y su pelo dorado, su *coiffure* imitada de Ginger Rogers; sus puñetazos, pellizcos y golpes en la espalda, y mi preocupación por lo que sería de ella. Había sido valiente, aventureraˆ rebelde y contraria a las normas, como mi hermana Isabel mostraba tendencia a ser, desafiando las órdenes de los adultos, al paso que yo, temerosa, los obedecía y me adaptaba para acomodarme a la opinión que de mí tenían. Mi único núcleo de rebeldía era íntimo, basado en una imaginación que no estaba segura de poseer, porque, hasta entonces, nadie la había mencionado.

Aquel estío, y no de modo inexplicable, descubrimos nuevamente a Marguerite, su hermana y su hermano, y pasamos el tiempo jugando a muñecas crecidas que vivían al estilo de Hollywood, con muchos amores, adulterios y divorcios. Para ello cada una manejó su rosada y diminuta pepona, de piernas unidas, vestida con un complicado traje

de noche de rayón, llevándola de una habitación a otra de las mansiones de cartón, almohadilladas con la misma tela que el vestido, y de una a otra cama, con los ademanes y el diálogo adecuados.

Cambiaban su indumentaria cada dos por tres, trajes elegantes en consonancia con los momentos del día: para el té, para el aperitivo. Danzaban apretujándose, salían a la terraza a besarse y proyectaban «escaparse jimios». Los personajes masculinos, Nigel, Neil o Raymond, exhibían siempre trajes de etiqueta, pechera blanca, faldones partidos, y un retazo de rayón negro como pantalones (también sus piernas estaban pegadas). Se portaban como «lobos», sin ceremonia, cuando los dominaban sus deseos. Mis hermanas y yo ascendimos, desechando las muñecas, para intervenir personalmente y, espantadas de nuestra audacia, mencionábamos aquel pasatiempo, generalmente en nuestro dormitorio, como «uno de esos juegos». «Dediquémonos a uno de esos juegos», decíamos.

Duraron lo que el verano. Después, por el motivo que fuere, acaso porque el tiempo había discurrido, surgió una barrera entre ellos y nosotras, y no volvimos a mencionarlos. Los sustituimos con nuestros acostumbrados largos paseos por la barranca y la colina. *Scrapers* se había «secado» y *Bluey*, que estaba preñada por primera vez, había corrido la misma suerte; pariría cuando principiara el curso.

Isabel, June y yo escribíamos prosa y versos. Isabel me pareció la «mejor», porque abarcaba un amplio ámbito de experiencias desconocidas por ella en el marco de países que tampoco conocía. Y June, a mi parecer, nos superaba en poesía, ya que utilizaba palabras «líricas», como «sueño», «brumoso», «estrellas titilantes», etc., aunque sus poemas fuesen vagos, con pocos hechos precisos. Los míos solían tener remate satisfactorio, forma estricta y las rimas esperadas, y carecían de la vaguedad extramundanal que yo admiraba en los de June y que atribuía a la esquiva «imaginación».

Mi vida había estribado durante muchos años en el poder de las palabras. Me impelía entonces una búsqueda constante y la necesidad de lo que era, en resolución, «sólo un vocablo»: imaginación.

26. Nieve primaveral temprana

Otro año en la escuela con nuestra clase, la quinta inferior, más reducida todavía que la cuarta, aun cuando compartiéramos algunas asignaturas con las chicas «del campo y del autobús», que pertenecían a la 4B. Como siempre, el Grupo se hizo con él mando; más la perspectiva de exámenes y la importancia dada al estudio concedieron trascendencia propia a nuestro puñado de eruditas. Había W. y M., prima de la señorita Gibson, la cual llegaba de una hacienda de explotación agraria del país alto, y yo, Fuzzy. El estímulo paterno no

conseguía encender mi espíritu competitivo, o, por lo menos, no era tan fogoso como el de W., que anotaba nuestras calificaciones y respuestas en una libretita. Las tres trabajábamos por lo común individualmente en matemáticas. Me volví adicta de la solución de problemas y de la gozosa experiencia de obtener resultados lógicos.

La profesora encargada de nuestra clase, la señorita Farnie, pequeña, fea sin remedio, de nariz y mentón en exceso abultados, tenía el semblante de color rojo y el cabello oscuro y áspero; pero su voz era dulce y clara, sus ojos de un gris sereno, y su manera de enseñar se describía, como inspirada. Su pasión eran la literatura inglesa y las matemáticas. Éstas, nos explicó, convirtiéndome por entero a la causa de las ciencias exactas, eran una forma de *poesía*. La creí y, por lo tanto, destaqué en ellas.

Fue también causa de que me «convirtiera» a Shakespeare, al que antes *tenía por una* matraca. Un día apareció en el aula, abrió nuestro Shakespeare «asignado», *Macbeth,* y, con voz de bruja que concordaba con su aspecto, y agitando su vestido negro de manera propia de las hechiceras, leyó o zumbó:

¿Cuándo volveremos a reunimos las tres?
¿En el trueno, el rayo o la lluvia?
Cuando se haya cumplido la confusión,
cuando la batalla se haya perdido y ganado.
Será entonces la puesta del sol.

La señorita Farnie repartió los papeles (fui la Primera Bruja), y nos rogó que leyésemos como las brujas lo harían, tras lo cual anunció que al final del curso representaríamos la escena del sonambulismo y que yo sería lady Macbeth. Apenas di crédito a mi buena suerte. Todos los años las componentes del Grupo habían encarnado a los personajes principales.

Ensayé en casa el papel de lady Macbeth. Lo leí en clase y comprendí su excelencia. Soñé con la representación prometida. Comencé a interesarme en Shakespeare, en los bravíos páramos escoceses, las batallas y los muros almenados, en la obsesión que formaba parte inseparable de la vida de los personajes, y en el vocabulario utilizado en la descripción del tiempo atmosférico, el cielo, las tinieblas, para describir la pesadilla. Leí *Macbeth* con mis hermanas, tomando la tragedia tan a pecho como la historia de las Bronté, y usándola como elemento de nuestra conversación. Así decíamos, cuando Edén Street, la colina y la barranca caían en sombras y las palomas volaban hacia Glen Street:

Ahora, en una mitad del mundo,

la naturaleza semeja muerta, y sueños perversos importunan
a quienes duermen entre cortinajes.

Perfeccioné el papel de lady Macbeth en las semanas siguientes, hasta que invadieron el horario gradualmente las exigencias de la preparación de los exámenes, se dejaron a un lado frivolidades como las de actuar y no se mencionó más la representación de la escena del sonambulismo. Me costaba creer cómo algo tan memorable para mí hubiese sido olvidado por la profesora y la clase; perdí la ocasión de ser lady Macbeth. En cambio, gané las obras shakespearianas, que había ansiado que me «gustasen» para disfrutar con su lectura, por cuanto la erudición inglesa le había concedido supremacía indiscutible, y pensé en la imposibilidad de convertirme en escritora si no me atraía Shakespeare; empero, no podía fingir que le admiraba. La interpretación de la señorita Farnie me había convertido.

Es extraño concebir mi vida como entonces era en «realidad», tan metida, tan influida por las literaturas británica y francesa, con la cotidiana aventura de descubrir un párrafo o un poema y los intentos de escribir. No era un refugio, en el sentido de apartarme de la infelicidad que me acometía al pensar en la enfermedad que había en casa, o mi sensación de desplazamiento por no poseer vestidos decentes con que probar que yo era un ser humano y que había un mundo poblado allende mi hogar y la escuela; no había la posibilidad de trasladar tanto mi persona como mi vida a otro mundo; había simplemente la aparición de éste en el mío, que la literatura recorría como un conjunto de cintas hermosas se movía a través de las ramas de un árbol tierno en busca de la madurez, pintando las hojas con reflejos inesperados, muy distintos de la luz consabida del sol y de las estaciones. Era la aparición, como la de los vecinos o parientes o cualquier persona conocida y admitida en su recinto, de los poetas y autores en prosa, y sus obras, en el número 56 de Edén Street, de Oamaru, «el reino junto al mar», al que aportaban legiones de palabras, personajes y concepciones especiales.

El elogio de la señorita Farnie de mis redacciones semanales me animó tanto, que escribirlas se transformó en el centro de mi semana; pero, como no entendía bien la razón de su alabanza, procuré conservarla reiterando «sueños, plata, brumas, viejecitas y hombrecitos grises».

«Al otro lado del mar está la isla de Shakespeare, el suelo que amó y ensalzó, la tierra que ha presenciado dicha y tristeza con antiguos ojos cansados...», recuerdo que se iniciaba así uno de mis trabajos. Tenía diáfano conocimiento de mi falta de originalidad y de imaginación, y no entendía el loor repentino de mis ensayos.

Los primeros meses en la quinta inferior fueron dichosos. Disfruté

con los estudios, alentada por la insistencia de la señorita Farnie de que no sólo las matemáticas eran poesía, sino también de que la poesía existía donde pocos la buscaban. Esta afirmación fue un reto para mí: por el deseo de ser yo misma, y desgajarme de las personalidades dominantes que me rodeaban, me había acostumbrado a reparar en sitios que los demás no se fijaban, a alejarme deliberadamente del criterio general. Reconocí en la señorita Farnie a alguien con la virtud de mirar a otro lugar o la de contemplar el criterio general desde un punto de vista poco corriente.

El recuerdo que tengo de mí me presenta mirando afuera y mirando adentro desde fuera, desarrollando el probable «criterio» de los demás, y como yo era mi cuerpo y sus funciones, y ese cuerpo, vestido casi siempre con una chaqueta de sarga gris oscura, que odiaba cada vez más porque me apretaba la pechuga, era materia tosca y áspera; las largas medias negras que me aprisionaban; las blusas, blanco puro en verano, y franela gris en invierno, que, abotonadas, me apretaban las muñecas; los cuellos puntiagudos que cerraban botones de nácar en lo alto de mi garganta; los zapatos negros que capturaban mis pies con sus cordones; los guantes reglamentarios, o el sombrero, o la boina; y, como cárcel final, la corbata encamada y negra anudada a mi cuello, y la faja verde de la Gibson House, también enlazada especialmente a mi cintura. En fin, me veía cubierta de arreos que no podía evitar. Se sumó a ello la opinión de mis hermanas sobre mi «figura», observada en libre desnudez ante el espejo de la alcoba, y comparada y contrastada con la suya y la de las estrellas cinematográficas, y aunque daba importancia a mi parecer, me sometí sin resistencia al criterio general. Concluimos que todas poseíamos «buenas» figuras, de las que, en nuestros meneos ante el espejo, hablábamos con nasal acento estadounidense: «¿Te gusta mi tipo, Jebs?» (Jebs, abreviatura de Jebalus, había sido con May Cooney amigo imaginario de nuestra infancia). Mi cara, según mis hermanas, era «vulgar», exceptuados mis hoyuelos de Shirley Temple. Examinamos el estado de nuestra epidermis y los puntos negros o barros de nuestros rostros; entonces había un influyente anuncio en que una mujer, que no podía usar sombreros sin ala por culpa de las muchas taras de su cutis, las había eliminado con un jabón o crema especial.

Había también la cuestión de la «personalidad». Era obligatorio tenerla. Yo no la había notado en mí, a pesar de que había reparado en ciertos atributos que quizá poseyera —o tal vez no—, y los había embellecido. La señorita Farnie vio mis poemas en Dot's Page y dijo un día «Compones poesías, ¿verdad, Jane?», y como me ruboricé, en mi embarazo, comentó a la clase «Jean es tan tímida...», y yo me adueñé de aquello (lo mismo que había dicho Jessie C., la profesora de

música) como de bienvenido atributo poético, e hice de la timidez un ingrediente de mi «personalidad».

Observando el mundo desde mi situación de incomodidad física, sentí las deficiencias tanto, que me mostré malhumorada en la faena de ordeñar a *Scrapers y Bluey*, que habían parido y «tenían leche». Comencé a llevar un diario, conforme a las convenciones y enterada de que los diaristas lo iniciaban con las palabras «querido diario». Tal expresión me pareció ridícula. Llegué al compromiso de escribir «Querido señor Ardenue», caballero que concebí como anciano amable, de larga barba entrecana y ojos «risueños». Mandaba en la Tierra de Ardenue, que celebré en un poema. Antes había versificado la mayoría de las veces sobre el mundo que me rodeaba. Entonces me centré en la Tierra de Ardenue, que podía poblar como me diese la gana. Los principales personajes, indeficientes, eran el señor Ardenue, que regía el reino; la Sea-Foam Youth Grown Old, que me inspiró la visión de las olas rompientes en la arena, donde enseguida su espuma se volvía parda; el Scholar Gypsy, del poema de Arnold, el cual fue quizá mi primer «amor», mi hombre ideal, y resucitó mi pretérita afición a los gitanos y mi parentesco con Old Meg Merrilees, y mi aprecio particular de todos los mendigos y matasietes que cruzaban la ciudad durante la oscura noche titilante, y los presos, también de noche, a la luz de la luna, que suspiraban por la libertad y que poseían una privativa como la del Scholar Gypsy. Conocí el poema arnoldiano aquel[1] curso, y pude tejer mis sueños del futuro a partir de su vida de erudito y de vagabundo libérrimo, tímido, apenas entrevisto, a sus anchas en el mundo natural del bosque, clima, cielo y estación.

Había en Ardenue unos cuantos personajes inverosímiles, los más imaginados para satisfacer mi fuerte afición a los ordinarios objetos cotidianos que podían acabar siendo extraordinarios: *Los platos que lavé*. Así los llamé y así los saludé en cada entrada de mi diario. Figuraron, además, *Las damiselas doradas de Nueva Zelanda*, instaladas en Ardenue a causa de la continua influencia de los intereses líricos de madre y de su debilidad y la de sus amigos poéticos (se carteaba con un par de personas que escribían versos) por tratar de *Flores de kowhai*. Un miembro del círculo materno había publicado últimamente un libro de poemas con tal título. Lo leí impresionada. El prólogo me informó de que el autor, leal a la tradición que se generalizaba, era ciego, lo que encantaba a mamá, quien lo utilizó para demostrar que podían salvarse las desventajas y conquistar la gloria. *Las damiselas doradas de Nueva Zelanda* de mi invención eran flores de kowhai que vi caídas en un jardín de Oamaru. También me apoderé de los álamos tan amados, y los viveros de pinos fueron trasplantados a Ardenue, lo mismo que la luna que yo contemplaba todos los atardeceres cuando se alzaba del mar. Con la creación de Ardenue di nombre, y, por lo

tanto, certidumbre, a «mi sitio», entonces nuevo e interior.

Tanto nos estrujaban las chaquetas escolares, que me sorprende la facilidad con que, en agosto de 1939, la primera sangre menstrual consiguió escapar de mi cuerpo. Lógicamente, debí estar preparada para ello, mas no lo estuve. Había olvidado el tiempo remoto de Myrtle y sus «meses». No supe siquiera cómo llamar la menstruación, porque «mes» era palabra del pasado, anticuada, y mis compañeras escolares decían «sentirse mal».

Casi tenía quince años la mañana en que me desperté con sangre entre las piernas. Me aterré. Corrí del dormitorio al comedor y me situé en el sitio que ocupaba mamá en los momentos críticos, el reverenciado lugar iluminado por el sol que entraba por la ventana, junto a la máquina de coser, donde nos habían aconsejado que no nos pusiéramos en caso de tormenta y peligro de rayos.

—Tengo sangre entre las piernas —balbucí.

—Es el mes —explicó madre.

Mi memoria se despertó poco a poco. Sin embargo, había olvidado por qué y la mecánica que había sabido a los ocho años de edad. Mamá cortó en trozos rectangulares una toalla vieja, y me entregó uno para que lo sujetase con imperdibles a las partes delantera y trasera de la braga, ya que en casa no se compraban paños preparados para aquel menester.

—Se verá —protesté, contemplando el bulto.

—No, no se verá —mintió con valor la autora de mis días.

Yo sabía que se notaba. Durante mi permanencia en la escuela, sufrí la presencia de las monstruosas tiras de toalla, de las que se escapaba la sangre hasta el punto de que, al final del día, al inclinar la cabeza en dirección de la tabla del pupitre, percibía el olor de sangre menstrual rancia, y, diciéndome que mis condiscípulas también lo olerían, me abrumaba vergüenza incesante. El bulto, el hedor y el lavado de los paños se convirtieron en repugnancia obsesiva. No pude, por mi mala suerte, disfrutar del ambicionado prestigio de «sentirme mal» y ser enviada a «la cama de la habitación de la prefecta», a la que L., la artista de la clase, iba tan a menudo, con su cara de lady de Shalott mortalmente pálida.

Aquel agosto hubo una tempestad de nieve, tan tardía como inesperada, del género que mata a los corderos recién nacidos en las tierras altas. Incluso Oamaru, el reino junto al mar, quedó durante unos días bajo una gruesa capa blanca. La aparición de los copos, que siguió tan de cerca al choque de encontrarme bañada en sangre, tuvo perfección literaria y forma que achaqué al desorden de la vida, y acercó el pasado de los cuentos de Grimm y la repetida incidencia de la sangre a la nieve como momento catastrófico, o milagroso, decidiendo la dirección del futuro y afectando a mi vida de entonces

como estudiante en fase de crisálida. Como sentía, pero no lograba expresar aquello, escribí dos poemas y los envié a Dot. «Nieve primaveral temprana», en mi estilo habitual, principiaba:

Una nube de copos en blandos giros se ha inclinado en la

[ladera.

Las violetas murmuran somnolientas, impregnadas de su
[fragancia.
Un viento glacial ha gemido toda la noche un cuento
[solitario y lamentable.

Habíamos estudiado el poema «A Mary», de William Cowper:

Ya ha transcurrido el vigésimo año
desde que mi cielo se nubló por vez primera;
¡ojalá sea también la última!

El otro poema, «El mirlo», decía:

Seguramente, ¡oh!, seguramente, el mensaje es primavera,
con copos de albura delicada...

Etcétera. Y acababa:

Despertóse el mundo entero y vibró con el canto,
ya no estaba fría la desolada ladera,
pues, cabeceando y susurrando en espléndido atavío,
un azafrán comenzó a despuntar.

Tuve la deliciosa satisfacción de que Dot elogiara ambas composiciones, y presentara «El mirlo» como el Poema de la Semana, distinción que normalmente se reservaba a los de los poetas «de verdad». Me molestó que cambiase mirlo «alegre» por mirlo «gozoso», epíteto muy torpe, a mi entender. A pesar de los años, me acuerdo de mi irritación por aquella enmienda, como recuerdo el empeño de Myrtle en modificar «toque» en «tinte».

Cumplí quince años. Las fiestas de cumpleaños eran lujos desconocidos en la familia y el día pasó más o menos como todos. Seguía estudiando la parte de lady Macbeth, comprendiendo mejor su significado: «Persiste el olor a sangre. Todos los perfumes de Arabia no purificarán esta pequeña mano.»

Las mías, en cambio, eran fuertes a causa del ordeño.

La Tierra de Ardenue continuó absorbiéndome. Soñé con frecuencia con el Scholar Gypsy, sobre todo porque la señorita Farnie nos había recomendado *Towers in the Mist*, de Elizabeth Goudge, narración sobre la Universidad de Oxford que cautivó a toda la clase, hasta el Grupo, con sus románticas descripciones de la población y de sus habitantes: «Vistos apenas, pensativos y callados, / con sombrero de forma antigua, y capa gris, / la misma que usaron los gitanos...» (Recordé el «sombrero maltrecho» de Old Meg.) «Me crucé contigo en el puente de madera, / embozado en tu capa y arrastrando la nieve... / Volvíme a mirar, a través de los densos copos, / la línea de luz festiva de Christchurch Hall...»

Towers in the Mist hizo más deseables Oxford y el Scholar Gypsy. Al propio tiempo, me intranquilizó, casi me desilusionó, que la señorita Farnie, que tanta literatura inglesa podía revelarnos, pensara tan bien de una obra cuyo estilo me recordaba el de L. M. Montgomery y el de los libros de Anne, falto de solidez, de concreción real, en medio de la neblinosa vaguedad. Desde luego, era lindo, con viejecitos y viejecitas, y verdes y oros, los sueños, y la mayor parte del vocabulario que aún creía yo obligatorio en la poesía.

Pero la señorita Farnie era profesora en una época determinada, madura, soltera, por lo que sabíamos, acerca de la que había los inevitables rumores de que su «novio» había muerto en la Gran Guerra, y de que había cumplido el viaje, soñado durante toda la vida, a la «madre patria», a Inglaterra, con recuerdos cuidadosamente preservados en las «placas» que enseñaba a la clase como agasajo especial: las carreteras inglesas, las casitas de campo, las ruinas, los castillos, las universidades, ¡ah, las universidades!, Oxford, Cambridge..., las torres envueltas en la niebla... Nos transmitía sus sueños, que hicimos parte de los nuestros, pues entonces nos preocupaban mucho los exámenes universitarios, las licenciaturas y las carreras, y algunas condiscípulas, que tenían hermanos y hermanas en la universidad, nos contaron sus experiencias, y yo, investigando el orbe literario, descubrí que muchos poetas habían sido universitarios.

Me he preguntado con frecuencia en qué mundo hubiese vivido mi vida «real», si el de la literatura no me hubiese sido donado por madre, por los compendios escolares y hasta por la muerte de Myrtle. Mi insistencia en atraerlo a mí, antes que perderme en él, fue lo que acrecentó mi deseo de escribir, porque, de lo contrario, ¿cómo hubiese anclado ese mundo en el cotidiano al que yo estaba convencida de que pertenecía? Oamaru, el reino junto al mar. ¿No conocía ya a gente de Oamaru que había sido «pisoteada» por las «generaciones ávidas»? Y teníamos a nuestra disposición los ingredientes literarios naturales: luna, estrellas («Pálida estrella, así fuese yo tan firme como tú»), mar,

personas, animales, corderos y pastores («Acude, zagal, que te llaman desde el monte»). Poseíamos alondras que se precipitaban y se elevaban sobre la colina («¡Salve, jocundo espíritu!»), y palomas, jilgueros y ojiblancos que clamoreaban para acallar a los ruiseñores...

A principios de septiembre de aquel año, en plena concentración de personajes novelescos y poéticos, y de habitantes de la Tierra de Ardenue, en un escenario de sangre y nieve, la tormenta y el rayo que había desafiado colocándome bajo la luz de la ventana del comedor, con el cielo detrás, descargaron no sólo contra nuestra casa, sino también contra todas las casas de Edén Street, Oamaru y Nueva Zelanda, y contra todo el globo terráqueo con el estallido de la segunda guerra mundial.

27. «No eres eso, Jasper»

Si yo hubiera sido una ciudad, el golpe de la guerra habría destruido todos los edificios, sepultando a la población, o, como después de una erupción volcánica, habría habido un derrame de entorpecimiento, a modo de lava, que hubiera mantenido todo en pétrea inmovilidad y silencio. Jamás había sentido yo algo tan contundente, tan irreal. Sabía de guerras en la historia y en lugares lejanos. Sabía que mi padre había «estado en la guerra»; que algunas de las narraciones que más me gustaban presentaban a jóvenes combatientes «camino de la guerra» o a soldados veteranos «de regreso de la guerra». Había paladeado la lectura de la señorita Lindsay de la «Oda a la muerte del duque de Wellington», y las batallas en la era del rey Arturo: «Así bramó todo el día el ruido del combate...» Y un año sí y otro también había leído en el periódico escolar:

> En el campo de Flandes las amapolas se abren
> entre las cruces que, hilera tras hilera,
> marcan nuestro paradero; y en el cielo
> las alondras, que aún cantan con fervor, vuelan,
> apenas oídas en el estampido de las armas...

En la Anzac Commemoration, en el Hall of Memories de la escuela superior masculina de Waitaki, yo había oído proclamar al señor Milner las gloriosas hazañas bélicas del imperio británico, y cantado con sentimiento, pero sin traducir el desmesurado horror de la escena:

> Oh, bravos corazones, a los que llegó la gloria en
> el polvo de la liza y en la llama de la batalla,
> tranquilos reposad, probado vuestro caballeresco coraje,

y venerado vuestro recuerdo en el país que amasteis...

Estaba enterada del pacifismo de la religión de madre, y de que dos de sus hermanos fueron objetores de conciencia durante la primera guerra mundial y encarcelados por su negativa a matar. Traté de imaginar a la gente que conocía en Oamaru —los jóvenes Walsh, Eaton, Luxon y hasta Jack Dickson— como personajes en aquella nueva historia, yendo alegremente a la lucha con mochila o macuto. Había creído que los días de guerra eran cosa del pasado.

Habiéndome recobrado algo de la impresión, y sintiendo tristeza y desilusión inconsolables, recurrí una vez más a los poetas que había descrito Shelley —y yo lo creía— como «los legisladores irreconocidos del mundo». Pensaba yo también que «la poesía salva de la decadencia a las manifestaciones de lo Divino en el Hombre». Tenía el convencimiento de que, para saber de dónde soplaban los vientos mundanales, para obtener conocimiento del comportamiento humano, del funcionamiento de la mente del hombre, bastaba estudiar la poesía y la novela. Como me habían aleccionado sobre la muerte e incluido mis experiencias en sus escritos, los poetas me enseñarían asimismo qué era la guerra.

Oamaru y Nueva Zelanda parecieron víctimas de una especie de locura repentina, como si las hostilidades fuesen don envidiable. En casa hubo un revuelo de goce anticipado cuando mi padre y mi hermano pensaron en ser soldados. Papá buscó las «bandas» que había traído de *su* guerra y que nunca había sacado de una vieja maleta. «Mis bandas», dijo con inesperado afecto, y mostró cómo se usaban enrollándolas sobre las perneras de su pantalón. «Defienden del barro de las trincheras», aseguró con aire de experto. Pocas veces había hablado de las trincheras. La palabra aparecía sólo en labios de mamá para justificar por qué su marido se entristecía o se enfadaba tan a menudo «Vuestro padre combatió en las trincheras, niños», y por nosotros para ganar prestigio en la escuela: «Mi padre luchó en las trincheras.»

La fiebre bélica reinaba en la población. Los jóvenes corrieron a enrolarse; pocos discutieron el deber de «apretar las filas en defensa de la madre patria». Ondearon banderas en los edificios. La radio tocó «Rule Britannia», y aun madre, la pacifista, crispó la mano en puño y exclamó «¡Ya verá ese Hitler!». El diario editó un gran mapa con banderitas y la situación de la Línea Maginot y la Línea Siegfried y otros puntos estratégicos, más la instrucción de *Marque el movimiento diario de las fuerzas aliadas*, como si las circunstancias fueran cosa de juego.

Papá y Bruddie fueron a incorporarse al ejército. El primero retornó como miembro de la Reserva Nacional, recién constituida, con

uniforme inclusive, y Bruddie, que era inútil para el servicio, como individuo de la Home Guard, con un sombrero hongo de procedencia misteriosa. En la escuela hubo cambios sutiles de prestigio. Se descubrió que muchachas, hasta entonces desdeñadas, eran hijas de coronel o comandante o tenían hermanos oficiales en las fuerzas de choque. Padre había sido cabo en la Gran Guerra y pertenecido al servicio de comunicaciones y luego al de camilleros, y como camillero se le reconoció oficialmente, con desdoro de su importancia.

Me atuve a la rutina diaria. Ordeñé las vacas, con la colaboración bastante asidua de Bruddie, cumplí mi «tumo» de bajar al centro en la bicicleta paterna en el desempeño de recados, y traté de salvar mi chaqueta escolar, arañada y desgarrada por la alambrada de la colina y de la dehesa; discutí, comparé y contrasté con mis hermanas, y rehuí en lo posible las tareas domésticas, aunque ocasionalmente guisaba de manera experimental mi descubrimiento de los boquerones «sucedáneos», porque la guerra fue la época de los alimentos «sucedáneos», lo que produjo en el seno familiar una consternación similar al hallazgo de la permanente.

La poesía que exploraba era, en general, fácil. Acrecía para mí su atractivo la fotografía de su autor, joven apuesto, con el uniforme militar. Incapaz de enfrentarme con la Ciudad de la Noche Espantable —«Así era cuando llegué a través del desierto...»—, que era la realidad de la guerra, me acogí al huero expediente de glorificar a los caídos, con Rupert Brooke como mi héroe y dando el tono «Si muriera, piensa sólo esto de mí». ¡Y cuán pronto aprendimos el vocabulario bélico! Los hombres pasaron de súbito a «muchachos», «nuestros muchachos», y retornaron a la adolescencia con derecho a matar. Nuestros muchachos, los valientes. En la escuela charlábamos con soltura de jerarquía militar, *quislings*, quinta columna, *blitz*, clases de aeroplanos y topónimos; y yo escribí:

Parda, parda suave, en la alta hierba dorada
descansó una alondra, y en lontananza
el canto orgulloso de hombres que pasaban
soñando en la guerra de modo infantil,
desgranó sus notas en una calle silenciosa.
¡Sí, oh sí, el día es melodioso
cuando los soldados marchan!

El poema, de varias estrofas, acababa con la de:

Cuando ellos, los valientes, se han ido, se han ido,
y las flores lloran hermoso rocío,
entonces, pajarillo, alégrate, canta,

canta y el mundo te escuchará.
Y reiremos, pero una lágrima se desliza,
y se adueña del corazón un miedo silente
cuando los soldados marchan.

Este poema y muchos otros de inspiración similar se publicaron en el diario local, y no me avergoncé de ellos como ahora me sucede. Era ingenuamente humana e inmadura; utilicé para describir un suceso calamitoso las últimas palabras «poéticas» que habían engrosado mi vocabulario —*soñando, juvenil, dulce*— al lado de otras antiguas —*encantador, pequeño, risa*...—. Tuve buenos mentores, desde luego —Rupert Brooke—: «Reí al sol y besé la hierba encantadora...» Flores, rocío, estrellas, cielos..., las palabras mandaban, desde luego; poseían las llaves del reino, y no comprendí, hasta que pasé algunos años más creciendo y observando, que el reino que ensalzaban era la misma prisión que la chaqueta de sarga gris, la corbata anudada y los zapatos negros acordonados.

El resto de aquel año es memorable únicamente por la continua pesadilla de la guerra y otras pesadillas familiares. Las aliviaron otra vez el solaz de las estaciones, el tiempo climático, la escritura y las lecturas poéticas, en las que aprendí pasajes de memoria, y la obtención de un regalo. Pronuncié mi discurso el Speech Day: «Un personaje de la literatura», en el que Silas Mame (el viejecito), se convirtió en persona romántica. Gané el premio. Al concluir el curso, me pidieron que escogiese el galardón que me daría la clase, y de nuevo la influencia de madre se probó en mi elección de *Longfellow*, bello volumen ilustrado, envuelto en papel de seda, retirado el cual reveló un hermoso Hiawatha broncíneo, más guapo que Rupert Brooke, con Minnehaha en los brazos:

Por amplios ríos caudales
en brazos llevó a la doncella.

Luego hubo el regalo, pues papá me dio cinco chelines para que me comprase un libro para Navidad, el primero que adquiriría en mi vida.

Pedí en Jeffrey y Smith la obra que me interesaba, *Lavengro*, de George Borrow, puesto que combinaba varios intereses míos. Además de Old Meg y el Scholar Gypsy, contenía el pasaje que había leído a menudo en los textos escolares y que deseaba poseer para leerlo sin descanso, especialmente entonces, en 1939, en pleno conflicto bélico, es decir, el pasaje que empezaba «No eres eso, Jasper...», y concluía «La vida es dulce, Jasper. Hay el día y la noche, Jasper, ambos bellos. Hay el sol, la luna y las estrellas, hermano, todos hermosos; hay

asimismo el viento en el brezal. ¿Quién querría morir?».

28. Ingreso en la universidad

Pienso en los restantes años en la escuela como parte de la pesadilla de la guerra, la lista cotidiana de bajas, los himnos y las lecturas bíblicas en la asamblea escolar:

> Padre eterno, fuerte en la salvación,
> cuyo brazo domeñó la ola inquieta;..
> ¡Oh! Escúchanos cuando clamamos a ti
> por los que peligran en la mar...
>
> Y
>
> Lidia en el buen combate con todo tu poder...
> Cristo es tu fuerza, Cristo es tu justicia.
>
> Y
>
> Paz perfecta, paz en este sombrío mundo pecador,
> la sangre de Jesús susurra paz íntima.

Recuerdo la seriedad y el fervor de mi canto, la languidez sexual (entonces inocente) de muchos himnos impregnados de sangre, himnos favoritos de las chicas, muchas de las cuales hacía uno o dos años que adquirieron nueva relación con la linfa sanguínea, que hacía extraña la repetida mención al derramamiento de sangre en la guerra, y la sempiterna preocupación por la sangre en un país cuya economía se basaba en matar y consumir animales criados en las granjas.

Comencé las clases en la quinta superior con la señorita Macaulay como encargada de ella y la señorita Farnie como profesora de matemáticas, y con otra beca para auxiliarme en la compra de libros. Era el año del examen de ingreso en la universidad, y también el del centenario de la nación, que se celebraría con festejos en Wellington. Una representación de la escuela asistiría a ellos con fines educativos, argumento principal de mis hermanas y mío cuando pedimos formar parte de él. De nuevo se apoderó de nosotros el deseo de mediar en las actividades escolares, a pesar de que todos los cursos habíamos tenido que renunciar al viaje a Mount Cook (que yo no conocía), a excursiones de acampada, etc. Nos cuidamos de señalar a nuestros padres que disfrutábamos de traslado gratuito en ferrocarril, y que, teniendo tantos parientes en Wellington, no sería menester que nos «alojasen». El coste apenas excedería del dinero para gastos

personales, dinero que jamás habíamos recibido. No obstante, hecha la lista, paladeamos la exquisita gloria de la inclusión, en parte porque la perspectiva de otra «Exposición» había animado a nuestros progenitores a acordarse con nostalgia de la South Seas de Dunedin:

«Cuando Myrtle y Bruddie eran pequeños y tía Grace y tío Andy vivían en Balclutha. Y Myrtle y Bruddie comieron azúcar hilado...» El azúcar hilado se citaba siempre como si fuera la muestra más notable de la sencilla felicidad sólo entonces conocida, en los días de la Exposición de Dunedin, luego que el duque y la duquesa de York y el príncipe de Gales hubieron recorrido el país (¡Qué encantador el príncipe!), luego que se hubo pagado el mobiliario del rey, y ya no se corría el riesgo de que el representante del soberano se presentase a inspeccionar la cama de hierro, el arrimadero de madera, la mesa del comedor con sus cuatro sillas, el sofá y la estera ovalada de la chimenea... Oh, días celestiales aquellos en que «Myrtle y Bruddie eran pequeños...».

—Así pues, aseguraos de que tomáis azúcar hilado —aconsejó mamá—. Tal vez no se os presente otra ocasión... Sólo se encuentra en las exposiciones y cosas por el estilo.

Sufrimos una travesía agitada en el transbordador. Todas las chicas se marearon y no se quedó detrás la señorita Lindsay, una de nuestras carabinas. Por la noche me sostuvo la cabeza durante mis reiterados vómitos y recomendó a todos: «Seguid el movimiento del barco; seguidlo», y cuando la terrible luz glauca marina de la mañana se esparció, la señorita Lindsay, con la cara lívida, sentada desmadejadamente en una escalera, nos señaló los detalles geográficos del cercano puerto de Wellington, puesto que, «muchachas, se trata en el fondo de una visita educativa».

La partida, que se alojaría en la Newtown School, cumplió sus objetivos, y nosotras tres, separadas de ella, descubrimos tías, tíos y primos «de la parte de madre»; y consumimos nuestros dos días en la Exposición y nuestro dinero de bolsillo en la feria, la Sala de los Espejos, el Tren Fantasma y, en fin, el análisis de nuestra letra por una *gitana*, quien me explicó lo que yo sabía ya, que mi «personalidad» se hallaba en apuros, puesto que era demasiado tímida y cohibida.

Al regreso de la Exposición, escribimos el consabido ensayo. Yo explayé las delicias de los salones educativos e industriales. Habíamos catado el azúcar hilado (subrepticiamente por si nos «veían», pues las chicas de Waitaki tenían vedado el comer en público), y en parte comprendiendo que nuestros padres lo utilizarían como momento de la felicidad desvanecida, aseguramos que no nos había impresionado; preferíamos comer, declaramos, algo más sustancioso. Sé que madre se desilusionó al advertir que no podría resucitar sus viejos recuerdos a costa de los recientes nuestros, que la época ideal, «cuando Myrtle y

Bruddie eran pequeños», resultaba inasequible y que hasta había sido cancelada.

Pese a todo, June, Isabel y yo tuvimos azúcar hilado de género particular: recordamos aquella visita instructiva como días de gran libertad e intensa diversión, en los cuales, de momento, me olvidé de la guerra... y del examen de ingreso en la universidad.

En Oamaru encontramos listas de bajas, rumores, himnos matutinos y referencias al examen. Regresé también a la existencia que descubría dentro de la poesía y la prosa. Al leer un poema de «grandeza» reconocida (como la «Oda a los atisbos de inmortalidad»), me complacía que me «produjese lágrimas», porque sentía que reacción como aquélla contribuía a afirmar la grandeza de la composición, y cada noche, al escribir mi diario, me dominaba leve satisfacción si podía comunicar al señor Ardenue: «Hoy lloré en la clase mientras leían...», con mención del poema o la prosa. Mi llanto no era audible ni, por lo que sabía, perceptible, aunque esperaba que la profesora mirase hacia mí, me sorprendiese enjugando una lágrima y pensase: «¡Ah! Esa Jean... Cuánto la conmueve la poesía; es tan poética, tan imaginativa..., una verdadera poetisa.» No me consta que la profesora pensara aquello..., y me esquivaba aún la tan ansiada imaginación.

La concentración en los próximos exámenes y en su verdadero nombre —*ingreso en la universidad*— hacía hablar a las muchachas de cursos futuros y la vida universitaria, y aún había algunas que llegaban (alarmándome con la familiaridad) a llamar *uni* a la institución. Torres en la niebla, el Scholar Gypsy, el soneto de Wordsworth sobre la capilla del King's College, Cambridge, Judas el Oscuro y los torreones de la Christminster, Shelley, Byron, Matthew Arnold se combinaban en un sueño que reemplazaba el de Hollywood, el de bailar, cantar y triunfar entre los actores cinematográficos, bien que estas ilusiones relampagueaban a veces con la aparición de estrellas adolescentes de la canción —Judy Garland, Deanna Durbin—, y la busca de una *Deanna Durbin neozelandesa*, mientras centenares de chicas trinaban «II Baccio» («Dulce amanece para mí; lucen los risueños rayos matinales..., regresando; sí, regresando...»), y «Flautas de Pan» («Venid seguid seguid seguid las alegres alegres flautas de Pan»). Experimenté y exploté la gloria refleja de que dos sobrinas de mi tía (tía, ¡ay!, por matrimonio) llegasen a la final de la provincia, para rendirse ante la pregonada Deanna Durbin propia de Nueva Zelanda, June Barson. De Auckland, naturalmente.

Fui adquiriendo gradualmente una imagen de mí como persona distinta de mi imagen como poetisa, y en mis lecturas me identifiqué más fácilmente con la estoica y solitaria heroína que sufría en silencio, la «sencilla Jane», contenta de amar al héroe, fuerte y callado, al que

cautivaba sin dificultad una mujer de belleza cegadora, pero el cual volvía siempre al final (demasiado tarde, oh dolor) al lado de una oscura mujer tímida en que no se había fijado. Me vi a mí misma como una persona «de fondo», que vigilaba y escuchaba. No era Becky Shar; era Emma. Pero también era Tess y Marty South, lo mismo que había sido otrora Anne de los Gabletes Verdes y Charlotte Bronté (e Isabel, Emily, y June, Anne). Fui Maggie Tulliver, Jane Eyre y Cathy. Y cuando no encontraba heroínas convenientes, adoraba sin reparo a los héroes —Judas el Oscuro, Raskolnilov, Bruto, más que a Marco Antonio, a quien *todos* querían—. También había héroes cinematográficos, como Robert Donat, Laurence Olivier y Clark Gable.

Mis dioses perdurables eran, claro, los poetas, tanto franceses como ingleses: Daudet, Victor Hugo, Keats, Shelley, Wordsworth, Rupert Brooke, Yeats (en su primera fase de «ancianos que se admiran en el agua» y «los vestidos del Cielo»), casi todos los que figuraban en *The Golden Book of Modem English Poetry*, con que se me había premiado en la cuarta, y en *Shakespeare to Hardy*, y los prosistas Dostoievski, Hardy, las Bronté, George Eliot, Washington Irving, E. B. Lucas y sir Thomas Browne.

Y Shakespeare.

Conocía pocos escritores de Nueva Zelanda, sólo a Katherine Mansfield, Eileen Duggan, William Pember Reeves y Thomas Bracken, en los cuales pensaba como «propiedad» de mi madre, y puesto que no creía pertenecer a su mundo, no deseaba compartir *sus* escritores. Su Longfellow, Twain y Whittier, de acuerdo, mas no aquellos que ella, sus padres o sus abuelos pudieran haber conocido. Para el discurso de aquel año, «Un autor», elegí a Francis Thompson, al que había «descubierto» por medios propios, y me sentí extraña cuando una condiscípula, que escogió a Katherine Mansfield, mereció el elogio de la profesora por haber preferido a un autor neozelandés, siendo así que ninguno de nuestros estudios ingleses suponía que existieran escritores neozelandeses o la misma Nueva Zelanda.

Mis últimos tiempos en la escuela se caracterizaron por la multiplicidad de actividades prácticas. Jugué en el segundo equipo de baloncesto, que llegué a capitanear. Obtuve el certificado elemental de salvavidas. Salté con entusiasmo desde el trampolín. Dominada por la sed de jugar al tenis, invertí la libra que había ganado con poemas publicados en la página infantil dé *Truth* en la compra del bastidor de una raqueta, cuyas cuerdas había prometido poner a precio bajo un conocido de papá; pero, ya completa, me avasalló la vergüenza de que las cuerdas fuesen negras en lugar de cremosas, y la declaré «rara». Me faltaba valor para exhibirme con una tan distinta de las otras. El único día que la llevé a la escuela tuve la seguridad de que «todo el mundo se había fijado en ella». Desde entonces, la abandoné encima del

ropero, en compañía de dos grandes muñecas dormilonas, una vestida de colorado y otra de azul, por obra y gracia de una amiga de tía Isy. Las regalaron a June e Isabel cuando se creían demasiado crecidas para jugar con ellas, lo que les fue de perillas, porque les avisaron que los trajes habían sido «tejidos especialmente por una anciana» y que debían tratarlos con cuidado... La raqueta no usada y las muñecas no empleadas descansaron hasta que June tuvo hijos, quienes las manejaron sin preocuparse de la diferencia y del temor de estropear los vestidos «tejidos especialmente». Además, para entonces, ya habían muerto la amiga de tía Isy y esta misma.

Nuestros gatos sufrieron en aquella época lo que debió de ser enteritis felina, y fallecieron uno tras otro. Aproveché la muerte de *Winkles* para componer una elegía, que envié al *Mail Minor* bajo mi seudónimo, Amera. Estaba preparada a recurrir a cualquier cosa en interés de la poesía, como el pájaro forra su nido, símil idóneo, porque un interés nuevo absorbía entonces al Grupo, cuya influencia en la clase seguía viva y poderosa: la preparación de su «caja», término desconocido para mí. Habían cambiado los regalos navideños y de cumpleaños por la colección de artículos domésticos, tales como ropa blanca, cubertería y cacharros de porcelana, y cada adición se discutía y describía con pormenores. Aunque me sentía muy alejada de ellas, pude decir que perseguíamos aproximadamente lo mismo: coleccionábamos materiales para el futuro que esperábamos tener, ellas bienes caseros y yo experiencias y personajes de ficción. Cuando digo que «aproveché» la desaparición de *Winkles* para escribir una elegía, podría decir también que me sentí obligada a los poetas que habían tratado de la muerte de Myrtle, para compartir con ellos la muerte de *Winkles* y sus sentimientos al respecto, y que todas las experiencias acumuladas con vistas al futuro no se destinaban sólo al uso individual, como las sábanas y los cubiertos, sino al uso común dentro de una corriente que, empezaba a entreverlo, podía ser llamada historia.

En los momentos en que no me era posible escudarme con el pretexto de que me «preparaba para los exámenes», cumplía el deber de ordeñar las vacas, deber que nos repartíamos Robert, June y yo; recorría las alturas en busca de *Bluey* y *Scrapers*, con la vista puesta en el puerto, el mar y el cabo, paisajes conocidos, pensando en el pequeño edificio sin ventanas que, como sabíamos, era el depósito de cadáveres; el parque en que acampaban anualmente el Circo Wirth y el Sixpenny Zoo, y en que, desesperadas por el deseo de asistir al circo y no conseguirlo, intentábamos mirar por debajo de la carpa; la calle donde los árboles se eslabonaban; echando de menos a *Winkles* en equilibrio sobre mi hombro y consolándome con el recuerdo de la Sea-Foam Youth Grown Old, el Scholar Gypsy, el señor Ardenue y todos

los personajes de ficción de mis lecturas; preguntándome por el futuro, y temiéndolo, pues, a despecho de mi ilusión de concurrir a la universidad, sabía que tendría que estudiar magisterio, porque los maestros, y en eso se diferenciaban de los estudiantes universitarios, cobraban.

Nuestros padres se habían alejado de nuestras vidas. Hablábamos de los asuntos escolares con ellos y les pedíamos dinero para esto o aquello, y lo recibíamos o no lo recibíamos. Nos impacientaba su ignorancia de las cosas de la escuela. Me percaté de que madre se refugiaba cada vez más en la poesía, como yo, y discutí, con una insensibilidad basada en la desdicha, la importancia de algunos de sus bienamados vates, y noté que mis críticas la sofocaban y disgustaban, mientras yo observaba con alegría bárbara su aflicción. Prefería hacer las cosas por mí misma, y madre intervenía siempre con ansias de ayudar. Me sentía culpable por ello, y la aborrecía por ser el instrumento de esa culpabilidad. Su existencia invisible en su remoto plano de religión y lirismo, su absoluta apacibilidad, me encolerizaban tanto como a mi padre, quien en ocasiones intentaba que se airase o diese muestras de egoísmo o de cualquier sentimiento impuro desaprobado por el Cristo que tanto ansiaba complacer. En aquellas ocasiones, madre se sonrojaba un poco y, adelantando los labios, cantaba en voz baja:

Cuando Él venga, cuando Él venga,
para hacer sus joyas,
todas sus joyas, joyas preciosas de s
u amor y de Él mismo.

O la canción preferida de los cristaldefianos: «Mis ojos han presenciado la gloria de la llegada del Señor»; o el «Himno de batalla de la república americana»; o su otro favorito, «El soberano de Sión reinará victorioso, / liberará a su pueblo...», que, interpretado con la melodía del himno nacional alemán, hacía que padre le recordase:

—Ahí lo tienes. Estás cantando el himno nacional *alemán*.

Nuestro hogar apenas era feliz. Las fiestas que amábamos habían perdido casi toda su alegría al hacemos mayores. Nuestro hermano, que había descubierto el alcohol y elaboraba cerveza fuerte en los cacharros de cobre del lavadero, se hallaba en un torbellino de confusión adolescente y depresión por su enfermedad; tenía, además, que soportar la inquebrantable convicción de papá de que «sus ataques acabarían si él se lo propusiera», y las súplicas de mamá: «No te rindas, Bruddie; no te rindas. Muchos grandes hombres fueron epilépticos.» Incapaz de representar el papel de supermuchacho, le traían ocasionalmente a casa tras haberle hallado tumbado en la calle,

en el exterior del establecimiento de billar. Isabel quiso que firmase un compromiso: «A no beber me comprometo, / cerveza o vino neto...» Varios de los que habían prometido darle trabajo no cumplieron la promesa. Garfield Todd, de la Iglesia de Cristo, fue uno de los que le ayudó.

Así pasaron los días, mientras abrillantábamos los botones del uniforme de la Reserva Nacional de papá, revisábamos las listas de bajas, aceptábamos el nuevo vocabulario bélico, escuchábamos las noticias de la BBC y marcábamos con banderitas el movimiento de las fuerzas aliadas. Y en la escuela el examen de ingreso en la universidad llegó y se fue. Yo lo aprobé. Mi recuerdo actual del examen consiste sobre todo en las dos guineas de la matrícula y lo que luché para obtenerlas, mientras padre se empeñaba en que dejase la escuela. Pocos años más tarde, mi primer relato, publicado en el *Listener*, «Ingreso en la universidad», consiguió aquella cantidad, confirmándome de nuevo en la idea de unión, de armonía, y no en la de separación, de la literatura (bueno, ¡un escrito sencillo!) y la vida.

29. Imaginación

Mis primeros tiempos fueron horizontales, progresivos, día tras día, año tras año, con recuerdos que eran una verdadera historia personal basada en fechas precisas y períodos específicos, o verticales, en que los sucesos se acumularon unos sobre otros —«sacos en el molino y más en espera»—; pero los de la adolescencia se convirtieron en torbellino y, por lo tanto, las remembranzas no se ordenan para que se las observe y se escriba sobre ellas. Giran impulsadas por una fuerza disimulada, y las mismas y las diferentes aparecen en la superficie en momentos distintos, negando con ello la existencia de una autobiografía «pura» y confirmando, para cada instante, una historia separada que se acumula en un millón de historias, todas diversas, amén de que hay recuerdos que jamás afloran. Sentada a mi escritorio, escruto las honduras de la danza, porque su movimiento es danza con estructura propia, ni buena ni mala, sino individual por derecho propio; una danza de polvo o rayos solares o bacterias o notas sonoras o colores o líquidos o ideas que el escritor, en el intento de trazar su autobiografía, apresa sólo durante un segundo. Me acuerdo de cuando acostumbrábamos sentarnos en la orilla del río Rakaia, viendo cómo las ramas y los troncos de árboles, los cadáveres de corderos y vacas eran apartados de pronto de la corriente principal hacia los remolinos laterales, en los que, siendo igualmente rápidos, permanecían un momento antes de ser arrastrados hacia abajo, hacia el centro de la tierra.

Forcejeo con los sucesos de aquellos últimos cursos. Estaba

azorada, aprisionada. ¿Adónde iría? ¿Y si mis padres morían inesperadamente? ¿Cómo era el mundo? ¿Por qué se guerreaba en la Tierra? Me repetí la pregunta que me obsesionaba desde la infancia: ¿por qué existía el mundo? ¿Por qué? ¿Y cuál era mi lugar en él? Se repitieron mis sueños en los que, habiendo llegado a la madurez, regresaba a la escuela y me decían: «¿Qué haces aquí? Ya eres mayor.»

Mis hermanas y yo nos hundimos en nosotras mismas con las lecturas y los estudios. Para acortar el largo verano caluroso, empezamos nuestras «novelas». La mía se titulaba *La visión del polvo*, según el poema de Chesterton «Elogio del polvo».

> Flores de rica albura y rojo de sangre; piedras,
> líquenes que se incrustan como el fuego;
> un atisbo de azul, un resplandor de oro,
> la visión del polvo.

El título de Isabel, *Ve, pastor*, procedía de «The Scholar Gypsy»; el de June, *Hay música dulce*, de «Los lotófagos». No pasamos de unos cuantos capítulos en la redacción de las novelas. Seguimos enviando poemas al *Mail Minor, Truth* y *Dot's Little Folk*, y, en fecha memorable para mí, otro poema mío, «Flores», fue el Poema de la Semana, y otro, «El azafrán», mereció el siguiente comentario de Dot: «Te agradecemos los poemas, Mariposa Ambarina. Revelan intuición e imaginación poéticas. "Flores" será el poema de la semana. Me pregunto, no obstante, si las flores, aun en poesía, sueñan con la luna. Escribe pronto y acepta mi crítica amistosa.» Se refería a un verso de «El azafrán»: «y no sueñes más con el amor de una luna dorada».

Mi contestación a Dot se inició así: «Claro que no me importan sus críticas...» ¡Vaya si me importaban! Estaba convencida de que, si había dicho en un poema que las flores sueñan con la luna, no cabía duda de que lo hacían, y de que, si se dudaba de ello, la falta recaía en la incapacidad de la composición para persuadir de ello, no en la idea. En cambio, ¡qué gratas eran las palabras «intuición e *imaginación* poéticas». Era la primera vez que alguien me había dicho francamente que tenía *imaginación*. Tal reconocimiento me llenó de placer. Como a menudo acontece, esta afirmación produjo otras, y pronto se me dijo en la escuela que poseía *imaginación*. Mi esperanza de ser poetisa, verdadera poetisa, estaba más cerca de la realización. Quedaba pendiente todavía la cuestión de la tara: Coleridge, Francis Thompson y Edgar Allan Poe habían fumado opio, Pope fue cojo, Cowper sufrió depresiones, John Clare enloqueció, las Bronte adolecieron de tuberculosis y su vida fue una calamidad... Bueno, mi hermana había fallecido, los gatos habían muerto y mi hermano era epiléptico; pero todo ello, a pesar de mi imaginación recién adquirida o reconocida,

así como yo y mi vida, me parecían excesivamente vulgares. Me preocupé de mi indumentaria, o falta de ella, y de mi «tipo», de si tenía o carecía de «curvas», «busto» y «cachas», y como había leído *Ariel*, la biografía de Shelley, tuve la intensa impresión de que Shelley probablemente me desaprobaría, porque se había quejado de que Harriet sólo pensaba en mirar *sombreros*. Decidí que *jamás* sería como la esposa de Shelley. (Había ocasiones en que mi ambición de ser poetisa se confundía con la fantasía de *casarme* con un poeta.)

Escribí en mi diario: «Querido señor Ardenue: *ellos* creen que seré maestra, pero seré *poetisa.*»

30. Un país colmado de ríos

El año en que asistí al sexto curso superior fue cruel, el más cruel que he conocido. La chaqueta me apretaba, en su desconsiderada estrechez, todas las partes del tronco; remendada constantemente, no la cambiaría por otra nueva, ya que no volvería a la escuela al cabo de aquel año. Los paños caseros se abultaban, la sangre se escapaba de ellos y, cuando me levantaba, miraba con disimulo al asiento en busca de una mancha delatora; al ponerme en pie en la asamblea matinal, sujetaba el libro de himnos con una mano y con la otra ocultaba la región anterior o posterior, más abultada de mi figura. Puesto que era su capitana, me situaba al frente de la Gibson House, incapaz de esconderme, pero pensando con agradecimiento en que estaban a punto de finalizar los largos años de aislamiento casi total en la asamblea. Nunca entendí por qué nadie «formaba dúo» conmigo entonces, o durante la educación física, cuando se nos ordenaba «Emparejaos». Me humillaba una vergüenza insoportable. Concluí que apestaba.

Al frente de la sala, procurando esconder aquel bulto, procurando mantenerme serena y despreocupada mientras cantábamos «La sangre de Jesús susurra paz», mi cara blanca y pecosa exhibía rubor permanente. No podía soportar la escuela, en la cual, lo mismo que en casa, mi impaciencia de acabar con la insufrible situación escolar, mi horror al pensar en mi incapacidad para «ocupar un lugar en el mundo» y mi apasionado deseo de ser poetisa, produjeron estallidos de llanto. La indicación de una profesora, que se basó en un solo ensayo histórico, en el que escribí con emoción sobre Mazzini (nuestro texto de historia le describía como idealista e imaginativo, cualidades suficientes para que me conquistase), que solicitase una beca de inglés e historiografía, y su desilusión cuando la redacción siguiente, sobre tema menos excitante que Mazzini, no estuvo a la altura de lo que esperaba, me impulsó a «soltar» la historia, geografía y ciencia, y a presentarme a una oposición a becas de inglés, francés y matemáticas.

La clase consistía en cuatro muchachas, las «eruditas» veteranas. Las componentes del poderoso Grupo se habían ido para ser maestras de párvulos, enfermeras, monitoras o personas corrientes y molientes, o para casarse. Las eruditas hablaban entonces con mayor seguridad de sus carreras universitarias y de su alojamiento en Dunedin. «En Santa Mags, naturalmente», decían espantándome otra vez con abreviatura tan irrespetuosa de la imponente Saint Margaret. Yo me preparaba para presentarme en un colegio práctico, pero con beca a fin de asistir a clases universitarias «a tiempo parcial». Éramos como pajarillos al filo de un acantilado; las alas se agitaban; el aire se llenaba de intentos, pruebas y parloteos. Las chicas que irían a la universidad parecían tranquilas, normales y seguras, sin duda alguna sobre su capacidad para volar y remontarse. Nuestras profesoras, entretanto, como si quisieran recobrar el tiempo pasado, charlaban con nostalgia de lo que podían esperar y de cómo había sido la universidad en «sus días». Contemplamos el calendario universitario, y mis sueños no tuvieron límites al ver la lista de graduados y los premios que merecieron. Reparé sobre todo en los de composición poética y en prosa, y ambicioné hacerme con ellos.

El último curso aumentó mi inseguridad con la distribución de las clases en «grupos». No sabía cómo me desenvolvería en el espacio, recobrada mi libertad tras haber gastado la mayor parte de mi vida en el asiento que me indicaban, en un ambiente formal. Me habían educado a la «antigua» usanza, conforme a la cual las alumnas permanecían quietas en sus asientos, mientras la profesora las aleccionaba en la cabecera del aula, o sea hablaba, escribía en la pizarra y preguntaba, y las estudiantes respondían levantando la mano. La profesora elegía una de las manos alzadas, sentenciaba si había acertado o no, y continuaba la explicación con garabatos pizarrescos. Me desconcertó saber que podíamos movemos por el aula, sentamos en círculo y formar grupos de discusión en los que cada estudiante exponía sus ideas. Me encogí. Me asustaba expresar mis opiniones. Estaba habituada a que la clase entera se asombrase de mis comentarios, o a que se divirtiese con ellos, y no me atrevía a dar la cara.

Dirigí, no obstante, el coro de la House en el Music Festival: «Anda, encantadora rosa, y dile que malgasta su tiempo y él mío» y «Había un amante y su moza». También llevé la batuta de la banda de jazz de la sexta en

La chiquilla más linda
enloquece a los muchachitos,
como ellos mismos reconocerán.
Es la chica, es la chica que

se peina con trenzas;

pero sólo porque no hubo contacto estrecho con el coro, la banda y el auditorio. Como se ve, era «tímida». ¿No lo fue también el Scholar Gypsy?:

Vistos apenas, pensativos y callados,
con sombrero de forma antigua, y capa gris,
la misma que usaron los gitanos...

Hacia fines de año, la señorita Crowe, encargada de nuestro curso, dio una fiesta a las que se marchaban. Bebí en ella la primera taza de café de mi vida. Me senté aparte, a mi estilo «poético» (me conocían como la poetisa de la clase, y solía obtener buenas notas con mis redacciones), pensando visiblemente en «otras cosas». Durante la reunión, la señorita Crowe, «mezclándose» con las alumnas, me preguntó:

—¿Qué instrumento musical prefieres?

Yo desconocía la música «auténtica», pese a nuestra lección semanal y al cursillo de piano. Aquella lección se dedicaba al canto y en ella lanzábamos gorgoritos pueriles en canciones como

Éste es el color que me gusta.
¿Qué te parece el día de hoy,
Da Ma Nay Porto la Bay...,

y las tan amadas contenidas en el Dominion Song Book, «La trucha», «A la música», las de Shakespeare; «Sé de un ribazo / en el que liba la abeja...». Indefectiblemente, me transportaban a un lugar que, descubrí, había descrito para mí J. C. Squire en su poema «Ríos» (otro de los existentes en el *Golden Book of Modem English Poetry*):

Hay algo todavía en el fondo de mi espíritu,
existente a distancia remota;
hay algo que vi y ahora no veo,
un país colmado de ríos
que bulle en mi corazón y me habla...

Pues bien, al preguntarme la señorita Crowe cuál era mi instrumento musical favorito, me resistí a revelar mi escaso conocimiento en el tema (¡Esta Jean Frame, soñadora, poética e imaginativa!).

—Prefiero el violín —contesté, recordando de súbito el violinista ciego del pasado.

—Ya. Es más emocional, ¿eh? —dijo la señorita Crowe.

El comentario me incomodó. ¿Quién hablaba de emociones? Permanecí en el rincón, bebiendo café. En mi semblante ardían todos los miedos y sentimientos de la tierra.

Me presenté a las oposiciones a becas. En la prueba de inglés escribí mi «evaluación» del poema «Diviértete alondra»:

lanzando tus lisos guijarros redondos de sonido al aire
[calmo del lago,
cuyas proras cada vez más amplias llena el mediodía,

mientras nada
hay tan pequeño junto al sol...

Contesté preguntas de «comprensión» sobre el poema de Stephen Spender «Pilónos», sin saber qué significaba esta palabra. Las recuerdo únicamente a causa de la intensidad de la ocasión. Me había manchado los dedos de tinta, el reloj de la sala emitía su tictac, mi corazón batía las costillas y tenía la cabeza tan clara como la cumbre de un monte: me gustaba examinarme.

Luego me entrevisté con el señor Patridge, director del Training College de Dunedin. Procuré ser lista y profesoral, y me las compuse para enterarle de que era capitana de una House y del segundo equipo de baloncesto, directora del coro y de la banda de jazz del sexto curso, buena estudiante... Me parece que le impresioné. Probablemente vio en mí una alumna vigorosa, deportiva y sencilla, es decir, lo que no era (yo, la cohibida, poética, tímida y obediente).

—¿Alguien de su familia ha estudiado en una escuela práctica? —me preguntó.

Pude hablarle de la omnipresente prima Peg. Pude explicarle que, descontados los hijos mayores de tío Alex y los primos australianos, yo era la primera que había asistido a una escuela superior, que abuela Frame firmó el certificado matrimonial con una cruz... Recordé a las ilustres sobrinas de la tía, quienes habían sobresalido en el certamen de Deanna Durbin. ¿No había estudiado lona declamación?

—La sobrina de mi tía, Iona Livingstone, ha estado en una —repuse.

—Una de nuestras mejores estudiantes —alabó el señor Partridge, impresionado—. Una maestra innata.

Me bañé en la gloria de lona. Semanas después me comunicaron que había sido aceptada por el claustro de la escuela práctica.

Llegó el Speech Day. Renové mi triunfo. Mi tema fue Aurore Dupin, o George Sand, utilizando su novela *Consuelo*, que Bruddie

encontró en el vertedero, otro de los libros *cancelados* del Athenaeum and Mechanics Institute de Oamaru. *Consuelo*, de pastas rojas, letras pequeñas y un millar de páginas, nos fascinó. Nos enamoramos del conde Albert. Mi imaginación, recién descubierta, mi ignorancia de la vida de George Sand y la influencia del carácter de Albert se combinaron para presentar, en mi discurso, el invento de una apasionada George Sand, constantemente enamorada de compositores y poetas morenos y guapos. Y, por la misma ignorancia, no sospeché de la reserva que la profesora empleó para mencionar a la escritora francesa. Yo —nosotras— lo atribuimos a la inminencia de su matrimonio, matrimonio que también nos ocupaba en la escuela. Compuse una parodia de John Brown y la cantamos:

Las profesoras de Waitaki nos enseñan en la escuela.
Tienen los corazones llenos de álgebra, y sus mentes son frías. Algunas ahora descubren que el matrimonio es la regla,
y por eso se casan, yendo del inglés, francés y matemáticas
a
las ollas, escobas y electroluxes...

Se celebró el final del curso con la archisabida asamblea final y el discurso de la invitada, una Veterana, quien nos recordó que los días escolares serían los más dichosos de nuestra vida. No se podía esperar otra cosa de la Veterana elegida de una escuela creada sobre el modelo de una británica de muchachos, en la que incluso cantábamos con identificación y fervor: «A la pelota a la pelota a la pelota, / a través del *scrummage* los tres cuartos y todos...», «Cuarenta años, muy lejos y separados, / sin lazos están...», y, en conclusión, «Y los campos resuenan de nuevo y de nuevo / con el grito de los veintidós jugadores...».

Lanzamos al aire nuestro cántico escolar «Verdes son las tierras que rodean los majestuosos muros de Waitaki», seguido de «Dios estará en mi cabeza», y el himno del final de curso «Despídenos, Señor, con tu bendición». Por último, como el mundo se hallaba en guerra y nos ejercitábamos en oscurecimientos nocturnos y precauciones contra los ataques aéreos, continuaban zarpando barcos militares y convoyes de suministro, los hijos de los vecinos se habían perdido en el desierto o estaban heridos o muertos, y día a día los periódicos publicaban listas de bajas, cantamos «Paz perfecta paz en este sombrío mundo pecador / la sangre de Jesús susurra paz...».

Hubo muchos otros actos en los que no participé: bailes, reuniones sociales, tés y excursiones en bicicleta. No conocía otros muchachos que los de la puerta de al lado (demasiado mayores y uno caído en la guerra) y los de la calle (demasiado jóvenes o demasiado

viejos). Mis únicos recreos sociales eran las «películas» de cuando en cuando, y los paseos por la colina y la barranca. Aunque las hermanas nos quejábamos a menudo de que nuestra vida era trágica y distinta de la aparente de las personas de nuestra edad, hacia el final de mis estudios escolares fui del choque del trastorno de hallarme en Oamaru, a la que tanto se había acusado de lo que nos había acontecido, a la comprensión de que muchas otras muchachas no habían asistido a la escuela superior, porque sus padres no se lo pudieron permitir o porque no se sacrificaron con tal propósito como los nuestros. Pensé en los siete miembros de una familia de la parte alta de Edén Street que caminaban descalzos, y no siempre por capricho, y en cuántas veces los había visto correr a la escuela con los pies amoratados, en una mañana glacial; y en la familia de Chelmer Street que se alimentaba con sopa hecha con huesos de cerdo de la fábrica de tocino. Y, en lo que más me atañía, mientras parecía despertarme de un atormentador sueño, vi de pronto a otras estudiantes con uniformes «raros», sin los pliegues reglamentarios. Me asombró descubrir que K., en el primer año de la sexta, admitida en la escuela práctica, no se avergonzase de su peculiar indumentaria, ni de la de su hermana, del curso inferior. Nos hicimos amigas. Su familia era inteligente, con talento para escribir y dibujar, y editaba una revista en la que nos pidió que colaboráramos. Lo hicimos en un par de ocasiones, maravilladas de su iniciativa, ingenio y aparente despreocupación de sus chaquetas «raras». Estuve en su casa. Me impresionaron los lazos que los unían, el hecho de que vivieran como una isla autónoma. Eran «pobres». Su padre, carpintero de oficio, daba clases de carpintería en la Tech. Semejaba muy viejo, con greña cana y era aficionado a embromar a los jóvenes y niños. Mirando por el agujero de asidero de nuestra cancela, pintada de encamado, le veíamos pasar en bicicleta (había un punto en Edén Street en que todo el mirado desmontaba y seguía a pie por la empinada cuesta). De niños temíamos sus singulares bromas. No obstante, su voz era agradable. La madre, mujer simpática, se peinaba con trenzas morenas que le rodeaban la cabeza. Recuerdo con afecto la gran mesa de su comedor, a la que todos se sentaban para dibujar, resolver problemas y leer en calma armonía dé castaño y oro. No estaban expuestos a las desastrosas grietas del ser, a los ataques epilépticos, alarmas, confusiones, gritos y miedo. O así nos pareció. El hermanito menor, Nat, construía radios y las desmontaba, pero nunca funcionaban. No entendía la causa de su fracaso.

Bruddie se había separado de nosotras en el reinado de su confusión. Trataba sólo con madre, que atendía a sus necesidades como era debido y procuraba resolver sus dificultades, aunque fuera únicamente retirar las espinas del pescado hervido para que no se

atragantara. Las chicas crecimos unidas. Antaño, Myrtle, Bruddie y yo, al nacer June, habíamos «cerrado filas» contra la señorita Low, contándonos cosas de aquella arpía; lo tornamos a hacer más tarde contra la amenaza del inspector sanitario que osó criticar nuestra casa, padres y amados gatos y perros. Desde entonces, se produjeron varios «cierres de filas», y aunque la muerte de Myrtle se soportó casi siempre a solas, June y yo nos ayudamos mutuamente leyendo «Una vez Paumanok, cuando las lilas perfumaban el aire y crecía la hierba del quinto mes».

Sabíamos que yo estaba a punto de enfrentarme con «el mundo», y que mis hermanas lo harían un par de años después. Nuestra estrategia tuvo dos aspectos. En el primero, escribimos al señor Nordmeyer, miembro del Parlamento (y antiguo ministro de la iglesia, que vivía cerca de nosotros), pidiéndole un préstamo de veinticinco libras para comprar prendas de vestir y otros pertrechos con que encaramos con «el futuro». Nuestra petición no tuvo respuesta. En el segundo aspecto, aceleramos la producción de obras en prosa y verso, que, como los rumores sobre la señorita Low, nos unieron contra el temor y la esperanza del «futuro», el cual, como la señorita Low, el inspector de sanidad y la muerte que nos había visitado, tenía ya dominio sobre nosotras.

31. Partida de la Tierra del Es, salutación a la Tierra del Es

Resulta significativo que el último capítulo de este libro verse sobre vestidos, porque mi existencia se centró de pronto alrededor de ellos, como en otro tiempo, cuando llevé terciopelo de animalucho, y durante mis años escolares, cuando viví apresada en una estrecha chaqueta de sarga gris. La apariencia fue siempre importante, y la apariencia de los demás, su indumentaria personal, había acarreado una sensación de comodidad o de pérdida. Que mi padre cambiara el color de su traje y que cambiara de marca de tabaco (pues *llevaba* el tabaco de igual manera que sus vestidos), llegaba a producir el espanto de sus hijos. Durante la depresión, vistió de gris y recuerdo haber pasado horas enteras Thames Street arriba y abajo, hasta encontrar una tienda que vendiera un carrete de algodón gris del mismo tono que el traje de mi padre. Tras la depresión, cuando eligió el azul marino, nuestro asombro e impresión de extrañeza fueron similares a los del momento en que madre se cortó el pelo o se puso dentadura postiza. En una existencia en que la gente poseía escasas prendas de vestir, y el hombre sólo un traje y un abrigo, la indumentaria formaba parte de la piel, como el pelaje de un animal.

Deseché mi chaqueta, al cabo de seis años de uso casi continuo, y me sentí tan desnuda como un conejo despellejado. La carta del

director de la escuela práctica, detallando el ropero de sus estudiantes, fue lo que, aterrándonos, inspiró nuestra carta al señor Nordmeyer.

Jamás había barruntado que la gente tuviera tantas prendas de vestir en la «vida real». El examen de la lista me avasalló con una invencible sensación de irrealidad. Salvo en las películas, ¿cuántas personas poseían aquel número de trajes, chaquetas, zapatos y gabanes? ¡Y un peinador! Había en casa una antigua reliquia, una vestidura de franela a cuadros, llamada «el batín del abuelo», tan ajeno a nuestra vida, que lo considerábamos pieza histórica, y tan singular como dormir entre sábanas en lugar de arroparnos con las mantas grises de costumbre.

En la espléndida riqueza de detalle de la alarmante lista, señalé los «tesoros» más inalcanzables, y la reduje a la vestimenta esencial y aprobada de «jersey y falda». Me quedaban aún la americana de color azul marino y una blusa. Tendrían que contentarse con aquello mientras yo ahorraba lo preciso de mi paga (mensual) de nueve libras, tres chelines y nueve peniques, y como viviría en Dunedin con tía Isy y tío George, en el número 4 de Garden Terrace Carroll Street, pagándoles sólo diez chelines semanales en concepto de alojamiento y manutención, esperaba conseguir aquel objetivo.

Y el futuro, del que habíamos hablado largo y tendido, con el que habíamos soñado y hacia el cual nuestras profesoras habían orientado sus urgentes y amenazadores consejos, se había convertido una vez más en presente, en la Tierra del Es, de la que no había escape. Me apercibía a hacerle frente, yo, joven tímida, que había vivido casi siempre en casa y experta en «criaturas» tales como vacas, corderos, perros, gatos e insectos, en suma, cualquier ser vivo que no fuese humano; en el mundo natural de mar, tierra, cielo, plantas, árboles y flores; y en lenguaje escrito e impreso, con sus temas, pensamiento y alfabeto de *a, o, u y d*, de panza lo bastante amplia para esconderse en ella.

Quemé aquel verano todos mis diarios de la Tierra de Ardenue y los libros de notas con los poemas, aunque muchos se habían publicado en páginas infantiles. Sólo en *Truth* había figurado mi nombre auténtico, Janet Frame, por el que ya se me conocía; se descartaron los de Nini, Fuzzy y Jean de otro tiempo. La mayoría de las muchachas de mi curso también se habían transformado en preparación de su «futuro»; algunas revelaron su nombre «auténtico» o cambiaron las letras del antiguo; otras modificaron su escritura a mano, a menudo con tinta de color diferente (de azul a negra o verde), su rúbrica (cuidadosamente ejercitada en las páginas de sus cuadernos de deberes). Otras eligieron un peinado nuevo o una nueva palabra para utilizarla más a menudo que antes. Y, no obstante, otras mostraron que eran como siempre o que se habían adaptado.

Nuestra familia redescubrió que Isabel había nacido con membrana en la cabeza, lo que le concedía el poder mágico de jamás perecer ahogada.

Yo practiqué también mi firma, hábito que tenía padre con el fin de rubricar su hoja de horarios de modo impresionante. Se enorgullecía mucho de su letra. Sentado a la mesa de la cocina, trazaba en hojas de horario descartadas G. S. Frame, George Samuel Frame, acompañándolo de dos versos que, al parecer, le obsesionaban, no en vano los escribía en cualquier cosa, en las hojas dichas, sobres y facturas pagadas:

Como una canción en el crepúsculo,
cuando las luces son tenues.

Janet Paterson Frame, escribo, trazando rasgos cuidadosamente.

A principio de febrero, como miembro de una familia ferroviaria, con privilegio o pasaje gratuito, viajé en el tren tranvía dominical hacia Dunedin y mi Futuro.

UN ÁNGEL EN MI MESA

Reste tranquille, si soudain
L'Ange a ta table se décide;
Efface doucement les quelques rides
Que fait la nappe sous ton pain.

RILKE, Vergers

Este segundo libro está dedicado
a la familia Scrivener, Frank Sargeson
Karl y Kay Stead y E. P. Dawson

AGRADECIMIENTOS

MI AGRADECIMIENTO al New Zealand Literary Fund, Yaddo Corporation, y a mis amigos. Gracias también a los entes que se citan a continuación, por la autorización para reproducir pasajes seleccionados: extracto de «The Stares Nest by my Window» de W. B. Yeats; Michael B. Yeats, London Ltd. y Macmillan Publishing Company, Nueva York, de *The Poems* de W. B. Yeats, revisados por Richard J. Finneran, copyright 1928 de Macmillan Publishing Company, Inc. renovado en 1956 por George Yeats. Extractos de «Great Sea, Kona Coast, Hawaii» y «A View from Rangitoto» de Charles Brasch; Mr. Alan Roddick y el patrimonio de Charles Brasch. Extracto de «Time» de Alan Curnow, el autor. Extractos de «Lamentation» de *Poems* de Lynette Roberts: Faber and Faber Ltd., Londres. Extracto de «Five Minutes More» de Jule Styne y Sammy Cahn: Morley Music Inc. La autora y el editor han procurado por todos los medios localizar a los tenedores de copyright de otro material.

PRIMERA PARTE

LAS TRETAS DE LA DESESPERACIÓN
PRÓSPERO: ¡Espíritu valiente!

¿Quién tan firme y tan constante,
que este torbellino no infectara su razón?

ARIEL: Ni un alma,

salvo que sintiera la fiebre de la locura; y practicara tretas de desesperación.

SHAKESPEARE,
La tempestad, acto I, escena II

1. La piedra

El futuro se acumula sobre el pasado como un peso. El peso que gravita sobre los años primeros es más fácil de levantar, para hacer que aquel tiempo se enderece como la hierba que estaba aplastada. Los años que siguen a la niñez se sueldan a su futuro, petrificándose, y con frecuencia el tiempo que está debajo no puede volver a erguirse como la hierba, sino que yace, desangrado de su verdor, con otra forma, enredado con esos brotes frágiles y exangües de un tiempo diferente y extraño, debajo de la piedra.

2. Número cuatro de Garden Terrace, Dunedin

El lento tren del domingo, un mixto compuesto por vagones de mercancías y un coche de pasajeros en la cola, tardó siete horas en recorrer los ciento veinticinco kilómetros que separan Oamaru de Dunedin, parando en todas las estaciones, esperando por lo menos media hora junto a los eucaliptos de Waianakarua a que pasara rápido hacia el Norte el «Limited» de mediodía, y arrastrándose por delante de los barracones rodeados de guisantes de olor —las «estaciones de bandera» que yo, ignorante, aún creía que debían su nombre a los lirios «bandera», azul oscuro con el cuello blancoazulado moteado de amarillo que crecen en los muchos pantanos del trayecto. Paramos en

Hampden, adónde íbamos año tras año en el Picnic del Ferrocarril y nos apeábamos del tren justo antes de la parada para el ganado, junto a la laguna con su oscura masa de cisnes negros, andando en desorden, cargados con bolsas y esterillas hasta la explanada del picnic al lado de la playa, con su *dunny* (retrete) de playa, con el asiento de madera con manchas oscuras rajado por el centro, el suelo de cemento encharcado de barro y con olor a sal, con rociadas de guano de gaviota aquí y allá, cómo si las gaviotas usaran también de *dunny* la caseta de los vestuarios. Ahora yo, creando recuerdos del pasado como una abeja forrajera crea su propia dulce arquitectura, miraba a Hampden y a los cisnes negros y a la laguna, recordando el mar y la playa de conchas y el suelo mojado del *dunny*, y el refresco de frambuesa del ferrocarril, gratis.

Seguía el curioso arco que describía el tren en torno a Palmerston, y el monumento de piedra de la colina aparecía, desaparecía y volvía a aparecer, y los pocos pasajeros del coche empezaban a rebullir, a abrir ventanillas y a mirar en derredor con interés, porque en Palmerston había «parada y fonda» y el «Limited» ya había pasado por allí, y sus pasajeros, como langostas, se habrían comido todos los bocadillos de jamón, los bollos y las empanadillas calientes, dejando sólo «la paja» para los del mixto que ahora, como todo el que llegaba a Palmerston, sentía hambre y sed.

Los montes que rodeaban Palmerston estaban calcinados por el sol y por el fuego, y no conservaban sino algún que otro árbol muerto en una torrentera o a media ladera y, aquí y allá, un grupo de árboles, unos, muertos hacía tiempo y otros, semidesnudos, con apenas un velo de hojas relucientes. Aparecían más árboles a medida que el tren se acercaba a Seacliff y nuevamente hubo movimiento en el coche, cuando los pasajeros se dieron cuenta de que llegábamos a *Seacliff*, la estación y *Seacliff*, el hospital, el manicomio, castillo de piedra oscura entrevisto entre colinas.

El tren entró en la estación. Sí, allí estaban los locos; todo el mundo miraba a los locos, de los que en Oamaru se decía que eran enviados «línea abajo» y, en Dunedin, «línea arriba». A veces, te era difícil saber quiénes eran los locos. Aquí bajaron varios pasajeros —familiares, que iban a visitarlos—. Nosotros no teníamos locos en la familia, aunque sabíamos de personas que habían sido enviadas «línea abajo», pero ignorábamos qué aspecto tenían, sólo que había una mirada extraña en sus ojos y que podían atacarte con el cuchillo del pan o con un hacha.

Yo, temerosa como estaba ante la perspectiva de vivir en una gran ciudad como Dunedin, no dediqué mucha atención a la estación de Seacliff. El tren seguía ahora una vía que serpenteaba por los acantilados desde los que se dominaban los centros de vacaciones de

Waitati y Karitano, en los que el «grupo» del colegio tenía sus «casetas» junto al mar, y las mamás, los papás, los hermanos mayores y los hermanitos de todo el mundo se divertían con su playa y sus barcas, su sol y sus juegos.

El tren crujía, gruñía y se arrastraba bamboleándose, y el mar quedaba muy abajo, sereno y gris, un poco rizado y con un brillo como de piel de foca. Entonces, el túnel, Mihiwaka, y los pasajeros que tosían, cerraban y abrían y volvían a cerrar— las ventanillas y el coche que se llenaba de humo; la salida del túnel, la inescapable sensación de llegar: Port Chalmers, Ravensboume, Sawyers Bay; Dunedin Harbour y estación de Dunedin, enorme, llena de ruido y de vapor, aunque, a esta última hora de la tarde, a la llegada del mixto, no estaba tan concurrida como cuando llegaba el expreso de Invercargill o el de Lyttelton, pero aun así inspiraba temor y respeto: por primera vez, yo estaba sola en una ciudad. Me bullían en la cabeza los mitos de las grandes ciudades del mundo y veía a Dunedin como una de ellas. Pensaba en las «oscuras fábricas satánicas», en la gente que vivía «enjaulada como ardillas»; en incendios y epidemias, y en la pandilla de la prensa; y aunque yo estaba dispuesta a seguir el ejemplo de los escritores y acabar por «amar» la nueva ciudad, como Charles Dickens, Hazlitt o Lamb amaban su Londres, al principio sólo podía pensar en desolación, en la pobreza que estaba segura iba a encontrar y en cómo vivir en la ciudad podría destruirme:

> Nosotros, los poetas, en la juventud empezamos con alegría;
> pero de ello al final viene desánimo y locura.

Yo, que apenas había salido de la infancia y que me sabía de memoria las «Intimaciones de inmortalidad» de Wordsworth, estaba bien impuesta de la amenaza de que

> ¡Pronto tu alma tendrá su carga terrenal, y
> sobre ti gravitará la costumbre
> pesada como escarcha, y casi tan profunda como la vida!

y tenía la certeza de que la amenaza se cumpliría en una gran ciudad: Dunedin. Aquel día terrible de mi llegada sólo me consolaba la perspectiva de que iba a vivir a casa de la tía Isy y el tío George: el número cuatro de Garden Terrace, un lugar luminoso, con un jardín formando terrazas con vistas a las bahías de la península, y mi habitación, que compartía la vista, muy alegre, con cortinas de cretona y colcha a juego, y unas sábanas dignas de una princesa. E iría a la Escuela de Magisterio y, en mi tiempo libre, a la universidad, e impresionaría a todos con mi imaginación; todos verían en mí a una

auténtica poeta. Todavía no había resuelto los detalles prácticos de la vida de poeta, ya que ni siquiera mi imaginación podía hacer la transición de la fantasía a la realidad: todos los poetas que yo había estudiado habían muerto, y hacía mucho tiempo, y en países muy lejanos; sin embargo, pese a que yo podía no haber determinado mi propia forma de vida, fueron los poetas quienes me acompañaron en mi primer viaje, después de dejar casa y familia.

Mi conocimiento de la tía Isy y el tío George era limitado. Yo los consideraba, como a la mayoría de parientes y personas mayores, «importantes», habitantes de un mundo completamente diferente al que yo no podía ni imaginar que llegara a pertenecer: el mundo en el que constantemente se enumeraban las idas y venidas de infinidad de parientes y amigos, se pronunciaban nombres de lugares con la seguridad que da la posesión, el conocimiento de que cada persona estaba en el lugar que le correspondía o, si no, se hacían preguntas y comentarios tan numerosos como las anteriores afirmaciones. Yo conocía a la tía Isy de verla vestida de bailarina en las viejas fotos de las dos hermosas hermanas, Isabella y Polly, con sus *kilts* y su pelo negro hasta la cintura como hebras de seda; la tía que tenía en brazos a Myrtle, la mayor de papá, en todas las fotos en que no salía mamá, lo que nos hacía preguntar: «Mamá, ¿Myrtle era hija de la tía Isy? ¿Por qué no estás tú en la foto con Myrtle?»; la amable tía que todos los años enviaba un paquete en Navidad, provocando la ansiedad la semana antes: «¡Todavía no ha llegado *el paqueteé;* y últimamente yo pensaba en la tía Isy con su olor particular a tía, olor a bolas de naftalina y a ropa, y la imaginaba vestida de oscuro y trabajando donde había trabajado toda la vida, ahora, de encargada, la fábrica Roslyn; y diciendo todavía con su voz penetrante: «Lottie, Lottie, Middlemarch, Middlemarch.» Y pensaba en su marido, el tío George, un hombre pálido con abrigo gris; creo que era viajante.

Dunedin estaba semiescondido en una lluvia brumosa. El taxi hizo una carrera corta desde la estación hasta la mitad de una calle empinada, Carroll Street, y allí estaba Garden Terrace, y el número cuatro, la cuarta de seis casas de ladrillo adosadas, a cuyas puertas delantera y trasera se llegaba por dos estrechos callejones desde Carroll Street. Por todas partes había edificios de ladrillo y cemento, altas chimeneas que se recortaban en el cielo en hileras, calles grises, un panorama que correspondía a la imagen de la ciudad que yo había contemplado con el pensamiento. Hacia el Este quedaba el mar que, siempre fiel, me había acompañado desde el reino de Oamaru.

La tía Isy (con su olor a tía) me abrazó en la puerta. Olía a armarios llenos de vestidos hechos de tejidos tales como gasa, tricot de seda, gabardina y crespón.

—Oh, Jean, qué contentos estamos de tenerte con nosotros. Para

nosotros es un orgullo que vayas a ser maestra. Siempre buscamos tu nombre en el periódico el día de la entrega de premios; y también el de las otras chicas. ¡Qué familia tan inteligente!

Yo tenía mi sonrisa tímida, apretando los labios más que de costumbre, para ocultar la avanzada caries de mis dientes, porque el Servicio Médico de la Seguridad Social no cubría los gastos de odontología después de la escuela primaria y mi familia no tenía dinero para dentistas.

Molly y Elsie, las cuñadas de la tía Isy que vivían en la casa de al lado, el número cinco, y a las que yo llamaba tía Molly (la de la radio) y tía Elsie, entraron a saludarme.

—¿Conque tú eres Jean y vas a ser maestra?

—Sí.

Era como una casa de muñecas grande, con un *office* minúsculo, con el fregadero mismamente junto a la puerta de atrás, un comedor-estar, llamado la «salita», al lado, al que se entraba por un pasillo estrecho, y otra habitación, un poco mayor, llamada la «sala», a la que se entraba directamente por la puerta principal. Arriba había dos dormitorios, pequeños los dos. El baño estaba abajo, en el lavadero contiguo al *office*.

—Tu habitación está arriba —dijo la tía Isy—, al final de la escalera.

Cuando subíamos, se volvió hacia la derecha, donde estaba la habitación en la que dormían ella y el tío George.

—Tío George está en la cama —explicó—. ¿Quieres saludarle?

Yo sabía que el tío George tenía cáncer. Me quedé a los pies de la cama.

—George, Jean viene a decirte hola.

—Hola, tío George.

—¿Conque tú eres la que va a ser maestra?

Observé la palidez gris de su cara de piel blanda, como piel muerta, y me pregunté qué horror se escondía bajo las sábanas. Se respiraba un olor untuoso a lanolina y encima del tocador había una hilera de tubos de lanolina azules y blancos, vacíos, aplastados y, algunos, enrollados. Yo, sexualmente curiosa, además de ignorante, me pregunté si la lanolina tendría algo que ver con «eso» y si la tía Isy y el tío George aún «lo hacían».

¿O quizá no podías, si tenías cáncer?

—Ahora está casi siempre en la cama —dijo la tía Isy cuando bajábamos a tomar una taza de té.

Después, me senté en la cama de mi pequeña habitación que daba a paredes de ladrillo y kilómetros de edificios con chimeneas altas. Si me asomaba a la ventana, podía ver la puerta del callejón y el pequeño jardín con sus geranios floridos que hasta entonces no me

habían parecido flores de jardín; su terciopelo rojo fuego estaba espolvoreado de hollín. Me sentía expectante y agitada al pensar que estaba sola en mi primera ciudad gris; luego, poco a poco, la agitación se convirtió en ansiedad. De manera que esto era encarar el futuro: estar sola, sin nadie con quien hablar, con miedo a la ciudad y a la Escuela de Magisterio y a la enseñanza, y tener que simular que no estaba sola, que tenía mucha gente con quien hablar, que en Dunedin me sentía como en casa, y que enseñar era lo que yo había deseado hacer durante toda mi vida.

3. La estudiante

Mi primera semana en la Escuela de Magisterio de Dunedin fue menos penosa de lo que esperaba, pues los nuevos éramos muchos, todos preocupados, todos deseosos de adquirir rápidamente el aplomo del estudiante, mientras que los profesores, no tan distantes como las personas mayores que había conocido hasta entonces, me sorprendían por su clarividencia cuando explicaban nuestros sentimientos, tratando de hacernos encajar cómodamente en nuestra condición de estudiantes. Nos llamaban Mr. y Miss, con alguna que otra Mrs., pero, dado que la guerra no había terminado todavía, había pocos hombres y pronto fueron copados por las guapas y rubias, mientras las demás tuvimos que conformamos con soñar despiertas con lo que podía ocurrir y concentrar la admiración en los profesores mejor parecidos.

Yo recibí mi primera impresión, por lo que al aplomo se refiere, al oír el nuevo lenguaje que pronto hablaría pero que ahora abordaba con respeto, temiendo caer en el exceso de familiaridad. Mientras los otros estudiantes nuevos decían con toda naturalidad: *Escuela de Magis, Uni, Party* (refiriéndose a Mr. Partridge, el director) o *lección de Peda*, yo no me atrevía a proferir las palabras mágicas. La progresiva adquisición del lenguaje, actitudes y formas de comportamiento y de vestir me producía una euforia de integración que era intensificada y desmentida por mi verdadera sensación de aislamiento. En la asamblea del jueves por la mañana, mientras esperábamos la aparición del personal y de *Party*, los estudiantes de segundo empezaron a cantar «su» canción, que pronto sería «nuestra». El corazón me brincaba ante la trascendencia del momento mientras los estudiantes de segundo cantaban:

Oh el diácono bajó
Oh el diácono bajó
a la bodega a rezar
y allí se entrompó
y todo el día se quedó (todo el día se quedó)

Oh el diácono bajó
a la bodega a rezar y todo el día se quedó.
Oh no voy a seguir llorando a mi Señor...
Oh el diablo tiene (Oh el diablo tiene)
maneras hipócritas...
Si quieres ir al infierno y arder en el fuego
no cumplas los deseos del Señor-

Aquel alegre canto me pareció tan conmovedor como el fragmento de *El Mesías*, que cantan todas las sociedades corales todas las Navidades y que tan familiar resulta a los no versados en esta clase de música. La idea de que también yo cantaría pronto «Oh, el diácono bajó» (incluso algunos de primero ya habían hecho coro) me parecía una promesa de paraíso. ¡Todo el mundo reía y hablaba y estaba entusiasmado y el nuevo lenguaje se hablaba en todas partes con tanta seguridad y tanta fuerza!

Entonces, cuando aparecieron *Party* y su personal, el canto se interrumpió y todo el mundo, incluso el personal, tenía una expresión de autocomplacencia, como si compartieran un tremendo secreto, como si la vida estudiantil fuera de lo más feliz.

Después vi a dos ex waitakianas, Katherine Bradley y Roña Pinder.

—Es divertida la escuela —dijeron.

—¿Verdad que sí? —convine.

Durante aquella primera semana, puesto que pensaba estudiar inglés y francés en la universidad, con una beca del Departamento de Educación, fui llamada al despacho de Mr. Partridge que también enseñaba pedagogía. Lo recuerdo como un hombre moreno, pequeño y pulcro vestido de oscuro. Su aureola de poder se la prestaba su condición de director en virtud de la cual, según me habían dicho, clavaba notas en el tablero de anuncios para llamar a alguien a su despacho y nadie sabía, aunque algunos lo sospechaban, si una «nota de *Party*» auguraba elogio o condena.

Mr. Partridge me preguntó por mi alojamiento.

—¿Se hospeda en residencia?

—Estoy en casa de mis tíos.

Él frunció el entrecejo.

—No siempre es bueno estar en casa de parientes.

—Oh, yo me llevo muy bien con mis tíos. Y sólo pago diez chelines por la pensión.

—¿Y dónde vive?

—En el cuatro de Garden Terrace, Carroll Street.

Volvió a fruncir el entrecejo.

—¿Carroll Street? No es una zona muy buena.

Yo sabía que Carroll Street estaba a dos travesías de McLaggan Street, una calle de mala nota en la que, según se decía, vivían prostitutas y chinos que fumaban opio en sus «antros», pero Carroll Street me parecía inofensiva: había descubierto que la llamaban «el Barrio Sirio».

—Una zona poco recomendable —repitió Mr. Partridge en tono de reprobación, sin explicar su opinión.

—¿De modo que quiere estudiar inglés y francés?

Consultó unos papeles de encima de su mesa y volvió a fruncir el entrecejo.

—Supongo que usted ya debe de saber que ir bien en el colegio no significa necesariamente ir bien en la universidad. Aquí hay estudiantes de todo el país, ¿comprende?, y el curso de la Escuela de Magisterio es de jornada completa.

—Sí —asentí apocada.

Él insistió.

—En realidad, varios estudiantes que en la escuela obtenían buenas notas fracasaron en sus estudios universitarios.

A regañadientes, me autorizó a estudiar primero de inglés y francés y yo, con la armonía de mi perfecto nuevo mundo dolorosamente perturbada por su desaprobación, salí de su despacho y me fui a casa, por Union Street abajo, atravesando los terrenos del museo para salir a Frederick Street, luego George Street, por delante del Octagon, Princess Street y Carroll Street, mi dirección recién calificada de indeseable. De todos modos, yo no podía comprender todavía por qué Carroll Street no había de ser «buena». Desde luego, la gente era más pobre, eran pocos los que iban a escuelas de estudios superiores o a la universidad, y a veces, quizá, había borrachos a la puerta del *pub* cuando cerraban, a las seis...

Por más que me esforzaba, yo no conseguía cumplir el requisito inicial de sentirme integrada en la Escuela de Magisterio: el edificio era nuevo y, por nuevo y desnudo, me aterrorizaba. Yo nunca había ocupado un lugar tan limpio. A diferencia del instituto, en el que cada curso tenía su propia clase que era considerada su «casa», las clases de la Escuela de Magisterio se distinguían por asignaturas —la clase de pedagogía, la clase de arte— y la única «casa» de los estudiantes era el armario, que albergaba posesiones y no personas. La casa de los estudiantes era la sala común cuya seguridad, para mí, estaba disminuida por sus grandes proporciones y por su cualidad de nuevo, aunque me encantaba poder decir, por fin, mientras en mi mente bullían todavía los viejos sueños de las grandes universidades, Oxford, Cambridge, «The Scholar Gypsy», *Judas el Oscuro*: la sala común, estaré en la sala común, están en la sala común. En realidad, yo casi nunca usaba la sala común.

También me imponían los aseos. Había un incinerador al lado del lavabo con el letrero: *Compresas higiénicas, aquí*. Y una, con la compresa sucia en la mano, a la vista de todo el mundo, tenía que ir desde el water, taconeando en el suelo de baldosas, hasta el incinerador que estaba en el otro extremo. Durante los dos años que pasé en la Escuela de Magisterio, llevaba las compresas sucias al número cuatro de Garden Terrace y las tiraba al cubo de la basura del lavadero cuando la tía Isy no estaba, o entre las tumbas del cementerio del Sur, en lo alto de la calle que se había convertido en mi lugar para «estar», pensar y componer poesías, el equivalente en Dunedin de la «colina» de Oamaru. Durante el fin de semana, cuando la tía Isy encendía la chimenea del comedor y me preguntaba discretamente si tenía «algo para quemar», yo contestaba: «No, gracias.»

—Sí, haz el favor.

—No, gracias.

Mis pocas prendas de vestir compartían el cajón del tocador con las compresas usadas que esperaban ser arrojadas en el cementerio, y los envoltorios de las tabletas de chocolate que comía en mi cuarto. Llevada del afán de que se me considerara la huésped ideal, al principio de mi estancia expliqué a la tía Isy que yo comía muy poco, que era vegetariana (había estudiado budismo) y que tomaría mis frugales comidas en el *office,* y cuando la tía Isy me dijo que podía comer en el comedor, yo, por timidez, di la excusa de que me gustaba estudiar mientras comía. Ahora, ya menos intimidada por la ciudad, empezando incluso a aprender a ir en tranvía, no podía rectificar la impresión de chica de poco apetito, y pasaba bastante hambre. Del montón de platos sucios, cogía los suculentos restos de carne de vaca acecinada y hervida que la tía Isy dejaba por encontrarlos «correosos». Y compraba tabletas de chocolate marca Caramello, a chelín cada una, que comía en mi cuarto.

Yo participaba muy poco en la vida social de la escuela. Estaba deseando poder comprarme una gabardina fruncida (el uniforme de los estudiantes). En completa ignorancia de los usos del amor y del sexo, observaba con envidia y admiración la vida de las mujeres que, al encontrar a su «hombre», no sólo cumplían sus propias expectativas sino las de sus familiares y amigos y de este modo ponían un sello de certeza en su existencia. Mi único idilio era con la poesía y la literatura, en las clases de la Escuela de Magisterio, y en las recién empezadas de la universidad, donde pasaba mis horas de ensueño. En la universidad no se me exigía que me portara como una maestra. Podía permanecer escuchando, soñando, sin que críticas ni comentarios turbaran mi ensoñación respecto al tema de la clase y, a veces, del profesor. Mi concentración era intensa. Estaba maravillada

por todos aquellos nuevos conocimientos, por el entusiasmo y el talento de los profesores, tanto de la Escuela de Magisterio como de la universidad, por los nuevos lenguajes, el de los estudiantes de la Escuela de Magisterio, distinto del de los estudiantes de la universidad y, en las clases de inglés del profesor Ramsay y Gregor Cameron, por el lenguaje de Shakespeare y de Chaucer presentado de un modo nuevo, en el que el profesor Ramsay analizaba cada palabra transmitiéndonos su propia admiración por el lenguaje de Shakespeare y su significado. Lo mismo que el mar de Oamaru, Shakespeare y su lenguaje me habían acompañado a Dunedin y me eran queridos por compartir mi nueva vida y la vida de «la niña que se había ido». Estudiábamos *Medida por medida*, que yo no había leído y que se convirtió en una de mis favoritas de entre las comedias de Shakespeare, cada uno de sus versos despertaba en mí una legión de ideas que poblaban avenidas de ensueños, poemas y exámenes trimestrales, pero no, desgraciadamente, los ensayos literarios que yo ansiaba escribir. Entonces los profesores de universidad no solían pedir a los estudiantes de primero y segundo comentarios escritos ni orales. De vez en cuando, en las pruebas de lengua de la Escuela de Magisterio, yo podía satisfacer mi deseo de escribir prosa.

Muchos de mis días y experiencias de estudiante están ahora aislados de mí por esa sustancia que se destila con la vida de cada momento o por la captura que cada momento hace de nuestra vida. Yo recuerdo y puedo revivir mis sentimientos, pero en lo que tan inevitable pareciera veo ahora el ansia de hallar una razón. Yo no me daba cuenta de la magnitud de mi soledad. Yo me aferraba a las obras literarias como un niño se aferra a su madre. Yo recuerdo cómo *Medida por medida*, esa comedia profundamente razonada, rebosante de violaciones de inocencia, de lucha y comentario sexual, de largas discusiones sobre la vida, la muerte y la inmortalidad, conquistó mi corazón y pervivió en mi memoria, *acompañándome* en mi vida cotidiana:

¿Qué hay en esto que lleve el nombre de vida? Si en esta vida se ocultan más de mil muertes; y nosotros tememos la muerte.

Es una comedia cruda, de lenguaje honrado, que busca consuelo y remedio, que analiza la venganza y la retribución, poniendo la vida y la muerte en los platillos de la balanza. Ahora, mientras escribo, me impaciento conmigo misma en mis tiempos de estudiante, tan poco formada, tan inmadura, tan cruelmente inocente. Aunque yo no podía saberlo, otras estudiantes vivían en la misma inocencia. Luego he sabido que muchas, por timidez, cortedad e ignorancia, vivían una vida tan extraña como la mía. He descubierto que las había que daban

rodeos por el Cinturón de la Ciudad para tirar las compresas sucias; y que una mujer permaneció a oscuras durante toda la primera semana de su estancia en una residencia para estudiantes, porque era muy tímida para pedir que le cambiaran la bombilla y no tenía dinero para comprar otra. Nuestras vidas estaban debilitadas por las angustias del cohibimiento y el pesar y de la comunicación fallida, y fortalecidas por la viva admiración del torrente de ideas desatado por los libros, la música, la pintura, otras personas; era tiempo de buscar refugio en abstracciones dotadas de potente mayúscula como el Amor, la Vida, el Tiempo, la Edad, la Juventud, la Imaginación.

El cementerio del Sur, en el que tiraba mis embarazosos desperdicios, era mi lugar favorito. Yo era muy tímida como para sentarme con la tía Isy en el pequeño comedor, junto al fuego, y cuando la vista de paredes de ladrillo y desiertos patios traseros con sus cubos rebosantes de basura se me hacía excesivamente deprimente, subía la cuesta y, sentada en la hierba o en el mure— te de una tumba, contemplaba mi nueva ciudad: Caversham y el edificio de piedra gris, especie de hospicio que en un principio pensé que podía ser la Escuela Industrial pero después supe que era Parkside; un hogar para ancianos; el extremo «del ferrocarril del campo de fútbol de Carisbrook; el Oval con sus charcos de agua de lluvia y sus gaviotas; St. Kilda, superpoblado, pobre y expuesto a inundaciones, donde pasé las seis primeras semanas de mi vida. También dominaba la península, y las aguas del puerto y, más allá, mar abierto, el Pacífico, *mi* Pacífico.

Mi Pacífico, *mi* ciudad; a mi manera, yo iba haciendo amigos. Sentada entre los muertos viejos de Dunedin (los muertos nuevos tenían un sitio especial, un promontorio sobre el mar en Anderson's Bay), yo me ganaba o robaba un poco de su paz, entre la hierba alta que se mecía al viento, las «flores de la cebolla», los guisantes de olor y la acedera de raíz profunda, que solían formar parte de los cementerios, atributos tanto del ferrocarril como de los muertos. Yo componía un poema que escribiría después, cuando volviera a Garden Terrace. Y, al pasar por el lado de la cabina del teléfono que había en lo alto de la calle, de pronto, me parecía que no era bastante la compañía de los muertos, y una tarde llamé a Miss Macaulay, que se había retirado del Instituto Waitaki y vivía con su madre anciana en St. Clair. Cuando me contestó, descubrí que no tenía nada que decir, y no obstante, seguí aferrada al teléfono, echando penique tras penique, cada tres minutos. La llamé varias veces durante los primeros meses de mi estancia en Dunedin. La costumbre se cortó bruscamente una tarde en que Miss Macaulay dijo: «¡Llevas gastado un chelín, Jean!»

Yo no me había dado cuenta de que ella podía oír caer las monedas en la hucha. Sentí viva vergüenza. Yo no me atrevía a

reconocer mi sensación de soledad. Había dicho una y otra vez lo maravilloso que era todo, la Escuela de Magisterio y la universidad. ¿Y las clases de francés? ¿Miss Macaulay enseñaba inglés y francés.) ¡Oh, lo que yo disfrutaba con ellas! Esto era verdad, las clases de inglés y de francés me sostenían en mi nueva vida de estudiante para maestra. No volví a llamar por teléfono a St. Clair.

Varias semanas después de esto, Katherine Bradley, Roña Pinder y yo, tres de las «antiguas alumnas» de Miss Macaulay, aceptamos su invitación a tomar el té en su casa. Bebimos té y comimos pastel de chocolate en una casa llena de almohadones y muebles oscuros: una casa corriente. Hablamos de nuestros estudios e intercambiamos saludos con la anciana Mrs. Macaulay, todo, bajo la «sombra» que caía entre «el ideal y la realidad». Yo pensaba que nuestra maestra, al retirarse, proseguiría sus estudios de literatura francesa e inglesa, que quizá escribiría ensayos. Nuestra conversación fue anodina. Me daba la impresión de que el acto de enseñamos en la escuela había sido una simulación, de que la gran literatura había sido *soportada* más que *saboreada con placer* y después abandonada por motivos mundanos. ¿Podía ser así? Me sentía traicionada. Sin embargo, yo sabía que mis profesores de la universidad continuarían con sus estudios hasta la muerte. Imposible imaginar al profesor Ramsay ni a Gregor Cameron lejos de Shakespeare y Chaucer.

¿Hubieran podido separarse de la literatura, de haber tenido una madre anciana a quien cuidar, de ser mujeres? Me entristecía advertir que Miss Macaulay había sido apartada de su puesto por la misma domesticidad que le negara a mi madre la visión del suyo.

—Vengan a visitarme otra vez —dijo Mrs. Macaulay.

Yo no volví.

Mis visitas a casa se espaciaban. Sacaba billete especial para el tren del viernes por la noche que llegaba a Oamaru entre una y dos de la madrugada y regresaba a Dunedin en el lento del domingo. A la ida, imaginaba que en el 56 de Edén Street todo sería plácido, diferente, pero nada más llegar, ya empezaba a desear no haber ido. Isabel y June estaban absortas en su propia vida, el antagonismo entre mi padre y mi hermano había aumentado, mientras que mamá, modesta, se mantenía en su papel de dispensadora de alimentos, pacificadora y poeta, ahora, con un nuevo sueño que agregar a los de «publicación» y el Segundo Advenimiento de Cristo, un sueño que la situaba entre los personajes de los cuentos de hadas: el de que cada una de sus hijas, ya mayores, recibiera una piel de zorro blanco el día en que cumpliera los veintiún años. Su sueño para Bruddie, de salud y fama a pesar de la enfermedad, permanecía invariable.

Mi insatisfacción con mi casa y familia era intensa. La ignorancia de mis padres me sublevaba. No sabían nada de Sigmund Freud, ni de

The Golden Bough, de T. S. Eliot (olvidando, interesadamente, que al principio del año mis conocimientos de Freud, de *The Golden Bough* y de T. S. Eliot eran limitados). Abrumada por la inundación de nuevos conocimientos, yo reventaba de información acerca de la Mente, el Alma, el Niño, tanto el Niño Normal como el Delincuente Juvenil, a pesar de que acababa de enterarme de que existía esa criatura llamada *Niño*. Todo era descrito, medido, etiquetado y expuesto detalladamente a mis desconcertados padres. No menos orgullosa me sentía de mis nuevos conocimientos sobre ciencia agrícola y geomorfología. Hablaba de la composición de las formaciones rocosas. Exponía teorías como si fueran mías. Yo había aceptado las opiniones sobre la clasificación de la gente, en parte porque me sentía deslumbrada por el nuevo lenguaje y su potente vocabulario. Ahora podía decir a los miembros de mi familia: «Esto es racionalización, esto es sublimación, en realidad, tenéis frustración sexual, vuestro superyó así os lo dice, pero vuestro instinto lo niega.»

Mamá se ponía colorada cuando yo decía «sexual». Papá fruncía el entrecejo y no decía nada, salvo: «Así que eso es lo que aprendes en la universidad y la Escuela de Magisterio.»

Yo explicaba a mis hermanas el significado de sus sueños, les decía que «todo era fálico». También les hablaba con exagerada erudición de T. S. Eliot y *The Golden Bough* y *The Waste Land*. «Me encanta enseñar», les decía y les explicaba que teníamos un mes de Escuela y un mes de colegios, «lecciones críticas», días de control en los que, por un día, teníamos la clase para nosotros solos, y que a final de cada mes nos daban un informe.

—La tía Isy dice que eres un encanto —me comunicó mi madre con orgullo—. Que no das ni la menor molestia, que casi ni se entera de que estés en casa.

—Oh, bueno —dije yo, contenta de que ella y papá estuvieran satisfechos.

—Y que es una ayuda tenerte en casa, estando enfermo el tío George.

El tío George. Bueno, aquello era un misterio. A veces se levantaba de la cama y se iba a dar un paseo, yo no sabía adónde, con su abrigo gris, por la noche gris y cuando volvía traía la cara también gris, y la tía Isy le ayudaba a quitarse el abrigo, le desenrollaba el pañuelo del cuello y lo acompañaba arriba, a acostarse, tal vez gritando desde la escalera: «Jean, ¿harías el favor de acercarte a la tienda de Joe *el Sirio* a por un tubo de lanolina?»

Y, una vez más, yo traía el tubo de lanolina azul y blanco.

—¿Y cómo está tío George? —preguntó mi madre. (Yo había empezado a llamar «madre» a mamá, en señal de que ahora ya era mayor.)

—Pues en realidad no lo sé —respondí—. A veces sale a dar un paseo. Nadie habla de su enfermedad.

Yo sabía que ellos simulaban que el tío no estaba enfermo. Yo aborrecía la simulación. Aborrecía estar en casa, porque estaba convencida de que me había ido de casa para siempre y que no volvería más que de vez en cuando, de visita. Yo veía a mi familia hundida en la perdición con tanta claridad que me asustaba. Yo intuía que mi madre vivía en un mundo que en modo alguno se correspondía con el mundo real, y me parecía que cada palabra que ella decía era una ocultación, una mentira, una desesperada negativa a reconocer la «realidad». Yo ni siquiera veía que yo, a mi vez, me había pasado al mundo de la simulación que tanto condenaba en los demás.

Veía en mi padre a un ser desvalido que batallaba contra los vientos huracanados de un mundo cruel. Lo imaginaba montado en su bicicleta, subiendo la pendiente de Edén Street con el cuerpo inclinado hacia adelante, decidido a no rendirse ante la cuesta, de cara al viento que venía directamente de la nieve, de los altos, «de por Hakataramea», en dirección a los Alpes del sur; y veía a mi hermano, con buen color en la cara y su pelo castaño enhiesto como el de tío Bob y la boca trémula de todas las lágrimas que había vertido en su impotencia ante su atacante; y a mis hermanas —Isabel, cada vez más parecida a Myrtle por su carácter, retadora, audaz, una rebelde y la preferida de todos; y a June con su faja azul de Wilson House que armonizaba con su aire tranquilo, llena de vaga poesía y música, ella era la que más probablemente compartiría mis preferencias en materia de lectura y comprendería mis meditaciones acerca de las Grandes Abstracciones—; toda mi familia formaba parte de aquel «nosotros» común que yo sabía perdido. Yo trataba de decir «nosotros» al hablar de mi vida de estudiante, pero sabía que era en vano, que describía lo que hacían «ellos», los estudiantes, adónde iban, qué sentían, qué decían, y para sobrevivir tenía que esconder mi «yo», lo que yo realmente sentía, pensaba y soñaba. Yo había pasado de la primera persona del plural a un «yo» oscuro, casi nada, como una tierra de nadie.

Se me llamaba «estudiante», «una de ellos», era motivo de las quejas de la ciudadanía de Dunedin, era aludida afectuosa o severamente por los profesores con la expresión: «¡Oh, vosotros, los estudiantes!», o con orgullo por mi familia: «Es estudiante, ¿sabe usted?» Porque intuía el entusiasmo de mis compañeros por todas las actividades: teatro, deportes, debates, bailes, «salidas» con personas del sexo opuesto, me sentía casi delirante de agitación al contemplar la vida estudiantil. Debo de haber gastado un enorme caudal de admiración y asombro sólo por saberme *allí*, y pocas experiencias podían compararse a la alegría que me producía el estar en una

universidad, algo que yo percibía casi únicamente a través de la literatura inglesa: sin duda Gregor Cameron tenía que ser el gramático de «Funeral de un gramático», ¿no?

¡Éste, éste es su lugar, donde vuelan meteoros, se forman nubes, se desprenden rayos,
estrellas vienen y van! ¡Que la alegría descargue con la tormenta y el rocío envíe paz!
Altos designios deben culminar en parejos efectos;
dejándolo yacente en las alturas,
más alto aún de lo que el mundo intuye,
viviendo y muriendo.

Poco imaginaba Gregor Cameron que, mientras comentaba «Boewulf» o «Piers Plowman» en el estrado de Lower Oliver, durante la clase de inglés, él encarnaba al «Gramático» de Browning, «nuestro maestro famoso, calmo y muerto».

Todo era furiosamente rápido, inexorable; en los mismos venerables muros de piedra de la universidad bullía una vida secreta, pero allí donde se vivía abiertamente la vida humana, como en la sala común o la cantina, yo siempre temía aventurarme. El semanario estudiantil *Critic* estaba en la misma puerta de la Unión de Estudiantes Universitarios, con la invitación de «Toma uno». Sólo tres o cuatro veces en mi vida de estudiante me atreví a coger un ejemplar de *Critic*. Con tanta libertad, ¿cómo podía vivir tan retraída? Me hubiera gustado ser lo bastante valiente como para enviar un poema a *Critic*. Cada vez que ávidamente cogía las páginas de colaboraciones abandonadas en alguna mesa o silla del corredor, examinaba los artículos, cuentos y poesías y soñaba con ver mis propias poesías impresas, yo misma, *expresándome* valientemente, brillantemente, desmintiendo mi timidez, mi aislamiento y mi miedo al Mundo. Yo sabía que en el edificio de la Unión de Estudiantes había un buzón de colaboraciones: yo no era lo bastante valiente como para entrar en el edificio de la Unión de Estudiantes. Aunque soñaba con escribir poesías que sorprendieran y encantaran por su brillantez, sabía que no tenía el talento, la seguridad, la maravillosa madurez que con tanta claridad sonaban en las páginas de poesía del *Critic*. Todo el mundo escribía verso libre, prescindiendo de mayúsculas y signos de puntuación, y muchas veces se zambullían en el poema únicamente con el complemento: «Soñado... alto cielo, amenazador...», etcétera.

Y también había palabras favoritas utilizadas con seguridad: cornucopia, muslos, fálico, queridas, inmortal, inefable, ahogado, el ojo, el corazón, la mente, el vientre; poemas recios, llenos de experiencia, un momento lacónicos y al siguiente efusivos. Los

hombres, marcadamente influidos por John Donne, escribían poesías sobre mujeres, intrincados y metafóricos intercambios de corazones, camas, almas y cuerpos, mientras que las mujeres escribían sobre flores, bosques y mar. Yo, bajo la influencia del «ritmo muelle» de Hopkins y el vocabulario de Dylan Thomas, escribía misteriosos poemas llenos de imágenes derivadas de mi pasado y de pasados tributarios, y de mi presente, todo enfocado a través de mi recién adquirida lente freudiana con un leve tinte de los geranios de T. S. Eliot que crecían en *The Waste Land* y en el número cuatro de Garden Terrace, y muertos, sacudidos por un loco.

Siempre, como hacía mi madre, yo me aliaba con los poetas. Adoptaba extravagantes creencias. Después de aprenderme a Shelley,

> El amor de verdad difiere del oro y la arcilla
> en que puede dividirse sin quitar.
> El amor es como el entendimiento que se ilumina
> contemplando muchas verdades, ¡es como tu luz,
> *Imaginación',* que de la tierra y el cielo,
> y de las profundidades de la humana fantasía...

me anuncié a mí misma y a quien pudiera interesar que yo «creía» en el «amor libre» y la «poligamia»: ¡Yo, pretendiendo disponer de un banquete cuando no tenía nada que llevarme a la boca!

Para mí la más mágica de las palabras seguía siendo *Imaginación*, palabra resplandeciente y noble que nunca dejaba de crear su propia luz interior. Yo estaba aprendiendo mucho acerca de su composición gracias a los estudios que hacíamos en la universidad del «libro obligatorio» la *Biographia Literaria* de Coleridge. Me aprendí de memoria este pasaje:

> Yo considero, pues, la Imaginación o bien primaria o bien secundaria. Para mí, la Imaginación primaria es la Fuerza viva y Agente fundamental de toda Percepción humana, y repetición, en la mente finita, del eterno acto de la creación en el infinito Yo Soy. Considero la Imaginación secundaria eco de la anterior, coexistente con la voluntad consciente, y sin embargo, idéntica a la primaria en la *calidad* de su acción, difiriendo sólo en el *grado* y el *modo* de su operación. Disuelve, diluye, disipa a fin de recrear; o, cuando este proceso se hace imposible, a pesar de todo, pugna por idealizar y unificar. Es esencialmente *vital*, del mismo modo que todos los objetos (*como* tales objetos) son esencialmente fijos e inanimados... La fantasía, por el contrario, no tiene más fichas con las que jugar que lo *fijo* y definido. En realidad, la Fantasía no es sino una forma de Memoria emancipada del orden de tiempo y espacio y que se conjuga

y es modificada por ese empírico fenómeno de la voluntad que nosotros llamamos Elección. Pero, al igual que la memoria corriente, la Fantasía debe recibir todos sus materiales ya preparados, de la ley de asociación. El buen sentido es el cuerpo del genio poético, la Fantasía, su envoltura, el Movimiento, su vida, y la Imaginación, el alma que está en todo y en todos; y forma con ello un todo armonioso e inteligente.

Yo estaba fascinada por ese implícito vacío, esa oscuridad, esa Tierra Yerma entre Fantasía e Imaginación y por el solitario viaje que debías realizar cuando, rebasado el punto de la Fantasía, sólo quedaba ante ti la Imaginación. Ésta se convirtió en mi meta, una especie de religión. Nadie había prohibido ni reprobado la asociación con la Imaginación, y aunque pocas ilusiones me hacía yo acerca de mi parte, yo la mantenía en mi vida poética secreta, fluía entre mí y la poesía y la prosa que leía, y ni las probables burlas de los demás ni mis propias y más probables burlas por «frustración» y «sublimación» podían dañarla ni destruirla porque era, como decían Coleridge y todos los poetas, «suprema», y en aquella época de mi vida en la que yo estaba aprendiendo que la vida es una presentación de muchos festines a los que con frecuencia uno teme no ser admitido, yo siempre encontraba el banquete de la imaginación preparado casi amorosamente, con gran delicadeza y abundancia.

La guerra seguía. Yo me preocupaba por mis caries, mi ropa, el dinero, la enseñanza. El día de paga, después de cobrar mi cheque de nueve libras, tres chelines y nueve peniques en Arthur Barnetts, iba con otras estudiantes al Silver Grille a tomar un «asado variado, por favor». Algunas estudiantes hasta tomaban *café*. Ellas, nosotras, las más sosegadas, hablábamos de las barbaridades de según qué estudiantes, comentando con envidia quién «salía» con un estudiante de medicina, porque se aseguraba que los estudiantes de medicina lo sabían «todo» acerca del sexo. «Deja que te enseñe dónde tienes la costilla de más», decían.

Y la guerra seguía, poniendo un viso de irrealidad sobre el viso de irrealidad habitual, formando una atmósfera de tristeza, compasión y desvalimiento. La eterna pregunta era Por Qué.

En el número cuatro de Garden Terrace, la palidez de tío George viró al gris de la muerte próxima. Ya no salía de paseo ni bajaba a la sala a hacer compañía a la tía Isy y hablar con ella y con *Billy* el periquito que sabía decir: Billy guapo, Billy guapo, sube, sube, a la cama, a la cama. Se vaciaban y tiraban tubos y tubos de lanolina. Antes de entrar en mi habitación, yo saludaba a tío George desde los pies de la cama, explorando la forma de su cuerpo oculto por las mantas, en busca de señales de aquel cáncer que él y tía Isy tan

abrigado guardaban y tan generosamente alimentaban con lanolina Sharlands.

Un domingo, cuando volvía de pasear por el cementerio, tía Isy me dijo en la puerta:

—Tío George ha muerto, Jean.

Yo no le había conocido. A tío George, viajante, que en tiempos viviera en Middlemarch. Middlemarch. Middlemarch. Por la forma en que la tía Isy lo decía, yo pensaba que ella era la dueña de Middlemarch y del mundo, pero dueña era del tío George. Y, aunque ni siquiera le quería, al enterarme de su muerte sentí un dolor furioso, me eché a llorar y subí corriendo a mi habitación. Al día siguiente no fui a la escuela, y cuando Mr. Partridge me pidió explicaciones por mi falta de asistencia, yo le dije, adoptando una voz triste, adecuada para la pena: «Este fin de semana murió mi tío y me quedé en casa para ayudar a mi tía.»

Las hermanas de tío George se lo llevaron a la casa de al lado, la número cinco, y me pareció que, al fin, con el traslado, se zanjaba una larga disputa por la posesión de tío George.

En la cama de matrimonio de la habitación contigua a la mía había colcha nueva, con los brillantes colores de la primavera, y *el* cubo al que, a escondidas, yo tiraba los envoltorios del chocolate y las compresas higiénicas, estaba lleno hasta el borde de los familiares tubos azules y blancos, vacíos.

La tía Isy seguía guardando silencio acerca de la enfermedad y la muerte. Dejó de ir a trabajar muy poco tiempo, uno o dos días, para ordenar la casa y lavar o quemar ropa de cama. A veces, tenía en la cara y en los ojos una expresión sombría, como de pena cuando no hay lágrimas que verter. Pero todavía hablaba de *Middlemarch*, dando a la palabra una entonación que indicaba que ahora ya no tenía otro sitio adónde ir.

4. Otra vez «Un país colmado de ríos»

Yo mantenía la guerra dentro de los límites de la literatura moderna, y cuando aparecía un estudiante nuevo, un poco mayor, *cojo o* manco, yo lo contemplaba desde el seguro baluarte del mito y veía en él al «viejo soldado que vuelve de las guerras». Yo emergía, parpadeando, del mundo crepuscular de Dostoievski, de la grandeza *de* los firmamentos azules o estrellados de Thomas Hardy con la mano aislante, opresiva e indiferente de la fatalidad sobre cada personaje, es decir, del mundo de los escritores muertos, y descubría que había otros escritores que acababan *de morir o que en* plena guerra aún vivían y escribían. Leía a James Joyce, a Virginia Woolf, la poesía de Auden, Barker, MacNeice, Laura Riding (anotando que había sido

esposa de Robert Graves) y... Dylan Thomas, el héroe, entonces, estoy segura, de todo estudiante que leyera o escribiera poesía. Compré los *Poems* de Sydney Keyes y estuve mucho tiempo contemplando su fotografía y lamentando su prematura muerte. Guardaba como un tesoro un pequeño tomo de T. S. Eliot, una gran antología, *Poetry London*, con dibujos de Henry Moore y escritos de Henry Miller, y mi *Poetry in Wartime*, a través de la cual, aislada de nuestras propias listas de bajas y de la muerte de muchachos de Oamaru conocidos, hermanos o hijos de vecinos, yo vivía los bombardeos de Londres, la rutina de los vigilantes contra incendios y de los guardias antiaéreos: muchas de las poesías habían sido escritas durante la vigilancia. Me sabía de memoria el «l.° de septiembre de 1939» de Auden, poesías de «Las cuatro estaciones de la guerra», el «Lamento» de Lynette Roberts:

> Cinco montes temblaron y cuatro casas cayeron
> el día del bombardeo que tan bien recuerdo.
> Los ojos brillaban como tazas rotas y rígidas,
> los vivos sangraban, los muertos yacían en su dolor.
> Muertos como el hueso de hielo que rompe el seto,
> muertos como tierra falta de buen corazón.
> Muertos como árboles que tiritan de susto
> por la muerte caliente que cae del aeroplano.

Había una actividad nacional conocida con el nombre de *Esfuerzo para la guerra* que afectó mi vida, ya que se solicitaba la colaboración de todos. Durante aquel verano, otras estudiantes y yo fuimos «destinadas» a recolectar frambuesas en la granja Whittaker, en Millers Flat, Otago Central. Yo estaba entusiasmada por la idea «subir al Otago Central», un sitio que me había obsesionado desde niña, cuando creía que era una altísima escalera de estrechos peldaños y que las tías y los tíos subían por un lado hasta las nubes, se quedaban el fin de semana o más y luego bajaban, diciendo muy satisfechos: «He subido al Central.»

La realidad era un viaje en un viejo autocar, por polvorientas carreteras que atravesaban un paisaje limar de montes pelados y calcinados que se alzaban de los valles casi en perpendicular, hasta un llano fértil situado a orillas de un turbulento río verde con espumas blancas que allí se conoce con el nombre de Molyneux y, un trecho aguas abajo, con el de Clutha. Desde el momento en que vi el río, sentí que iba a formar parte de mi vida (con qué codicia reclamaba yo los accidentes del terreno para que fueran «parte de mi vida»), desde su nacimiento en la nieve de las tierras altas (estábamos casi en tierras altas) a lo largo de todas sus etapas de furia y, según se decía, de vez en cuando, sosiego, hasta su salida al mar, con su carga natural de

agua y movimiento y su despliegue de color, verde nieve, azul, marrón lodo y robando arco iris a la luz; y con su carga añadida, debida a su ímpetu, de muerte: vegetación seca o arrancada, cadáveres y huesos de ganado, corderos y caza; y, de vez en cuando, de personas ahogadas.

Después de pasar un año metida en la ciudad, estudiando, escribiendo, siempre consciente de barreras de comportamiento y de sentimiento, en mi nuevo papel de persona adulta, ahora me encontraba cara a cara con el Clutha, un ser que prevalecía a despecho de todas las presiones de la roca, la piedra, la tierra y el sol, que vivía como un elemento de libertad, pero no aislado, unido al cielo y a la luz por el esbelto arco iris que relucía sobre sus aguas. Sentí que el río era un aliado, que él hablaría por mí.

Me enamoré del Otago Central y del río, de las colinas desnudas cubiertas únicamente en sus pliegues por su propia sombra, me enamoré de sus oros cambiantes y del cielo que nacía cada mañana sin rastro de nube y cada noche se retiraba a sus profundidades púrpura. De día y de noche, tratábamos de soportar el calor del sol que quemaba el aire exterior y se almacenaba en las planchas de acero ondulado de las paredes y el techo del barracón en el que vivíamos y dormíamos... Todos los días, todo el día, recolectábamos las frambuesas tal como nos habían enseñado, agachadas, tirando del tallo con suavidad, dejando caer las blandas y velludas bolitas en el cubo que llevábamos colgado del cuello con una cuerda. Teníamos las manos manchadas de zumo de frambuesa y arañadas por los espinos que, si bien uno a uno eran suaves al tacto, agrupados contra el tronco pinchaban como alfileres. Yo tenía la cara, los brazos y las piernas encendidos del sol. Era una recolectora lenta y apenas gané lo suficiente para pagarme el billete hasta Oamaru.

Las recolectoras, que venían de lugares extraños como Whakatane, Matamata, Tuatapere, me parecían diosas, fascinantes por todo lo que decían y hacían. Los hijos del granjero eran como dioses jóvenes: yo observaba sus caras, sus ojos, examinaba sus manos, sus brazos, sus piernas, mirando brevemente pero a menudo al bulto, la bola de nieve sobre un lecho de fina hierba que tenían entre las piernas. El mundo era una fiesta en la que nada se te negaba, a no ser por la divisoria de las barreras invisibles: nosotros no éramos ríos. Las otras estudiantes, una o dos que yo conocía, estaban abrumadas por el entorno, por el conocimiento de la guerra, por sus propias incertidumbres. Habíamos llegado a la mitad de nuestra formación de maestras: ¿triunfaríamos? ¿Qué pasaría en el segundo año? Estaba el trabajo de Estudios Sociales que, según se rumoreaba, te llevaba todo un año escribir y (decían algunas) debía tener la extensión de un libro. ¿Y cómo nos iría el curso del Certificado «C»? ¿Y nuestra vida

amorosa? Hablábamos de anhelos y de amor, nos contábamos nuestros sueños sin esperanza que giraban en torno a los inalcanzables y escasos estudiantes varones —de minas y medicina—, del afán con que nos aferrábamos a unas casuales palabras amables que, al caer en oídos más que receptivos, nos inspiraban el derecho a repetir los dulces versos de:

> Mi verdadero amor tiene mi corazón y yo tengo al suyo
> dados el uno por el otro en justo intercambio.

Al atardecer, paseaba por la colina entre el «matagouri», una zarza del desierto de poca talla y hojas pequeñas y grises, como copos de nieve sucia. Yo me enamoré del matagouri porque, aunque crecía también en las colinas de Oamaru, su nombre era nuevo para mí, y fue pronunciado por uno de los dioses o diosas en respuesta a mi pregunta de «¿Qué es esta maravillosa planta?» El matagouri (tumutakuru) fue un prodigio que creció de la noche a la mañana en un mundo al que yo que acababa de despertar. Encontré también en el monte una hierba que no había vuelto a ver desde mi primera infancia, «snowgrass», la hierba de la nieve, una seda dorada como la de esos finos «tussocks» o manojos que forman montecillos y que yo pensaba que se llamaban así porque se parecían a la seda «tusor», un material de ensueño surgido de mi pasado en el que las blusas del colegio eran de rayón o de algodón y sólo unas pocas privilegiadas llevaban «tusor» color crema, con hilos gruesos de tacto eléctrico y rumorosa suavidad. Recordaba que Myrtle se empeñaba en que ella tenía «un vestido de tusor de seda» colgado en el armario y repetía, para hacemos rabiar: «Tengo un vestido de tusor de seda.»

Aquel verano fue de dominio del sol, de amor que repartir a manos llenas con una emoción que no podía igualar la palabra escrita en el pasado: la angustia, el éxtasis, el anhelo aún inocente, el placer doloroso y el dolor placentero (habíamos «estudiado» el «principio placer-dolor»); para mí, el recuerdo se queda prendido en la belleza del río y el paisaje, el matagouri y la hierba de la nieve, el azul impecable del cielo, junto a la pesadilla del candente hierro ondulado que nos encerraba con su fuego;

Volví a casa, y mi amor de verano fue enfriándose poco a poco. Ahora comprendía que los parientes se hicieran lenguas al hablar del «Central» y que, de niña, «el Central» se me apareciera como una escalera que subía al cielo.

El cincuenta y seis de Edén Street tenía semillas de «pata de gallo» y hierba descolorida «tinker-tailor» esparcida por el reseco césped delantero. También, cornezuelo, que habría que recoger dentro del programa del esfuerzo para la guerra; y, en el prado del toro, rosales

trepadores cargados de escaramujo a punto de abrirse.

Isabel y yo nos tumbábamos en el prado y yo, la hermana mayor, le explicaba lo que hacíamos en la Escuela de Magisterio, e Isabel escuchaba con su habitual escepticismo. Ella se preparaba para el primer curso. En adelante, las dos nos alojaríamos en casa de tía Isy, en el número cuatro de Garden Terrace. La idea de tener que «habérmelas» con Isabel me daba pánico.

5. Isabel y el crecimiento de las ciudades

Isabel y yo, aunque buenas amigas, éramos casi polos opuestos en conducta, actitud, experiencia y ambiciones. Era Isabel la que nos daba a June y a mí lecciones sobre «las cosas del mundo», es decir, cómo conseguir a un chico, qué hacer cuando lo tenías y cómo librarte de él cuando dejaba de ser útil; cómo cuidar el cutis y la figura para tener éxito con los chicos y cómo triunfar sobre la autoridad y su estrechez de miras. Isabel solía predicar con el ejemplo: sus experiencias sociales eran múltiples; siempre tenía a un chico con el que salir, y ella describía con detalle lo que hacían y aunque todavía no había «llegado hasta el fin», explicaba vívidamente lo que ocurría, con una mezcla de ficción y realidad acompañándose con la canción del momento, cantada por Fats Waller con voz gutural:

Please don't put your lips so close to my cheek,
Don't smile or I'll be lost beyond recall
... all or nothing at all...

Isabel era imaginativa, lista, la primera de la clase de inglés y francés y ganadora del premio de declamación y de un trofeo de cultura física; también había conseguido un puesto en la final de un campeonato de salto de longitud. Ni en nuestro competitivo mundo nosotros sobrevalorábamos estas distinciones; de todos modos, daban prestigio, y muchas venían acompañadas de un buen libro, una medalla o un cheque.

Yo envidiaba a Isabel sus dotes para la descripción escrita, la riqueza de detalles sacados enteramente de su imaginación, lo que hacía que me pareciera que había recorrido el mundo y vivido en muchos tiempos y lugares; ella, sencillamente, *sabía*. Cuando su ambición de ser médico fue desviada por su impaciencia para el estudio y el coste de la carrera, decidió probar magisterio, pero sin pasar por sexto grado.

Yo, tímida, cohibida, obediente, responsable y mayor, me alarmé al conocer la decisión de Isabel de entrar en la Escuela de Magisterio «*directamente desde quinto grado*-», sin soportar sexto durante uno o dos

años, a modo de «disciplina para el futuro». Mi mundo se venía abajo, los esquemas de conducta que con tanto esmero me había trazado, se rompían ante la acometida de las imprevisibles ventoleras de Isabel. Era duro compaginar la Escuela de Magisterio con la universidad, y además estaba el trabajo de Estudios Sociales (ya nos habían dado el tema: «El crecimiento de las ciudades») que debía tener la extensión de un libro, y yo no veía cómo hacer «encajar» en todo ello a Isabel y mis propias inquietudes acerca de su supervivencia. Mi hábito de comportarme como se esperaba de mí —«obediente, no causa ningún problema»— y mi concentración en el mundo de la literatura me permitían hacer vida monástica y disfrutar con ella, porque, por mucho que yo deseara encontrar distracciones en mi camino, mi objetivo era la poesía. Mis miras eran estrechas y, cuando observaba a los demás que vivían a su manera, mis miras seguían siendo estrechas. Yo quería que Isabel fuera como las muñecas (pinzas de la ropa envueltas en trapo) que metíamos en cajitas, seguras y abrigadas, y que sólo podían moverse con nuestra ayuda. Yo quería que fuera una buena estudiante, que «se comportara», que obedeciera, que estudiara y fuera bien vista por estudiantes y profesores, y quizá, aunque esto no lo reconocía, que lograra que el director dijera: «No nos equivocamos al admitir a las hermanas Frame en la Escuela de Magisterio, son dos de nuestras mejores estudiantes y maestras.» La tía Isy, que esperaba a otra Frame sumisa que tratara por todos los medios de hacerse invisible y aceptara sin protesta las condiciones que yo misma había establecido, recibió con agrado a Isabel, y cuando llegamos al número cuatro de Garden Terrace e Isabel y yo nos quedamos solas en la pequeña habitación que tendríamos que compartir, Isabel se mostró incrédula y furiosa ante la idea de tener que dormir las dos en la cama metálica de ochenta centímetros. Fue culpa mía. Cuando la tía Isy me preguntó si estaríamos bien, yo contesté tímidamente: «Oh, muy bien.»

—Pero es que no hubiera tenido ni que ocurrírsele —dijo Isabel, indignada.

—Oh, no digas nada —dije, apaciguadora. Las dos sabíamos que, por diez chelines a la semana, no encontraríamos otra cosa.

Dormíamos mal, siempre irritadas, discutiendo, disputándonos la ropa como en casa. Isabel, horrorizada por la mansedumbre con que yo aceptaba nuestra minúscula ración que comía en el *office*, amenazó con «decir a mamá» que la tía Isy nos mataba de hambre, que nos hacía comer en la cocina y dormir en un cuartito que no era lo bastante grande ni para un gato, que nos helábamos de día y de noche con el viento que soplaba directamente del puerto o del valle del Nordeste, de Flagstaff y las montañas, mientras la tía Isy comía en su comedor y se tostaba los dedos de los pies delante de un buen fuego.

Convencí a Isabel de que no dijera nada.

—Ahora no, espera a que acabe el trimestre.

Durante sus primeras semanas en la Escuela de Magisterio, Isabel hizo amistades, encontró a un chico y lo mantuvo «fijo» mientras estuvo en la escuela aunque no por ello dejaba de salir con otros, de vez en cuando, y se comportaba como yo temía; se «desmandó», aunque su desenfreno sólo era alarmante para una persona con un sentido del comedimiento tan exagerado como el mío. Descubrió el patinaje sobre ruedas y se convirtió en una experta patinadora. Se pasaba las tardes en la pista mientras yo veía desvanecerse las ilusiones que me había hecho sobre su futuro y malograrse su «carrera»: ¿por qué no estudiaba, por qué no aprovechaba la oportunidad de aprender? Yo le hablaba poco de esto, porque comprendía que las ilusiones eran mías, y recordaba haber sentido lo mismo por Myrtle.

Pero por la noche, cuando tirábamos de la ropa de la cama, cada cual para sí, el ensañamiento con que yo daba el último tirón revelaba algo de la desilusión que Isabel me había causado.

Desde que Isabel llegó al cuatro de Garden Terrace, la vida empezó a tener «episodios». Hubo «la época de los bombones». Un día en que me asomé a la salita de delante que siempre tenía las persianas echadas, vi, apoyadas en el listón que estaba pegado a la pared para colgar cuadros, una hilera de cajas de bombones, grandes, con cintas de raso y vistas de Inglaterra y Escocia y fotos de graciosos animalitos. Cuando conté a Isabel lo de las cajas de bombones ella dijo, un día en que la tía Isy había salido: «Vamos a explorar la salita.»

Al lado de la puerta había una cómoda con los cajones llenos de ropa y fotos. En el de abajo encontramos muchas prendas de bebé, hechas de media, envueltas en papel de seda; también había mantitas y pañales. Nosotras sabíamos que Polly e Isy, las hermanas de papá, habían tenido abortos e hijos que habían muerto a los pocos días o semanas de nacer, y un hermanito nuestro había nacido muerto, y ya de niñas habíamos notado una especie de ansia en los sentimientos hacia nosotras de la tía Polly y la tía Isy, sobre todo, la predilección de tía Isy por Myrtle y el deseo expresado por tía Polly de «adoptar» a Chicks o a June. Rápidamente, cerramos el cajón y desviamos la atención hacia las cajas de bombones. Observamos que el celofán parecía intacto.

—Es imposible que las haya guardado sin abrir durante tantos años —dijimos. Sabíamos que tía Isy había ganado los bombones con sus danzas escocesas.

—Vamos a ver qué hay dentro —propuso Isabel.

—Oh, no podemos hacer eso.

—Abramos una para probar.

Yo, tan ansiosa como Isabel por explorar las cajas de bombones pero consciente de mis responsabilidades de hermana mayor, estuve encantada de utilizar el lenguaje para ocultar el problema moral.

—Vamos a probar. —Al fin y al cabo, probar era diferente. Si las cajas, efectivamente, contenían bombones, *probar* no sería *comer*.

Bajamos una caja del listón, quitamos la cinta con cuidado, corrimos la funda de celofán, levantamos la tapa y miramos las hileras de bombones en sus cestillos de papel plisado marrón.

Nos sentamos en el sofá y empezamos a probar.

—Están buenos, nada rancios.

Seguimos comiendo y, cuando terminamos la caja, esparcimos los cestillos por el interior, la tapamos, le colocamos la funda de celofán, y atamos la cinta con un lazo en el centro. Nos subimos a una silla y pusimos otra vez la caja en el listón.

Durante nuestra estancia en Garden Terrace, fuimos comiendo todos los bombones de todas las cajas que estaban apoyadas en el listón, volviendo a ponerlas en su sitio cuando terminábamos, y cada vez que entrábamos a escondidas en la oscura salita, nos acordábamos de la ropita del niño sin estrenar, pero no volvimos a sacarla y, mientras nos hinchábamos de bombones, hacíamos cábalas acerca de la tía Isy y de lo que habría sido su vida, y yo conté a Isabel lo del tío George en la cama y la lanolina, y cuando esparcíamos los cestillos de papel vacíos en la caja vacía las dos sentíamos repugnancia por lo que hacíamos, comer los queridos recuerdos de la tía Isy: comer, comer. La ondulación del borde de los cestillos de papel me recordaba las ondas quebradizas de las pequeñas conchas de la playa en las que, al abrirlas, encuentras una cosa pequeña y muerta con un ojo negro muerto.

Fue al final del segundo trimestre cuando se produjo la explosión. Al fin Isabel escribió a casa quejándose de que la tía Isy me había hecho pasar hambre durante todo un año y que ahora pasábamos hambre las dos y que aquel invierno estábamos helándonos, las dos en una cama, en un cuarto minúsculo. La carta de Isabel provocó una rápida respuesta de mi madre a la tía Isy, que entonces escribió a papá, su hermano, para expresar la opinión de que «Lottie fue siempre una mala administradora». La indignada respuesta de mamá fue correspondida por la declaración de tía Isy de que se había equivocado al pensar que Isabel y yo éramos «encantadoras». ¡Nos habíamos comido todos los bombones de sus recuerdos! Al parecer, en una insólita visita a la salita, encontró un cestillo de papel en la alfombra.

En el intercambio de cartas, las hermanas de tío George tuvieron cosas desagradable que decir acerca de «los horribles Frame», que si sus hijos siempre estuvieron descontrolados, corriendo como salvajes por los montes de Oamaru, que si la casa de los Frame era una

pocilga, que si mamá no sabía llevar una casa. La acerba correspondencia corría a cargo de papá y tía Isy (mi madre no quiso «rebajarse» volviendo a escribir después de sus dos primeras cartas) y era papá quien usaba ahora el nombre formal de mamá, Lottie.

El resultado fue que Isabel y yo nos fuimos del número cuatro de Garden Terrace. Yo, con vergüenza y bochorno y la sensación de haber perdido algo al no ser ya considerada «un encanto, ni la menor molestia», e Isabel, triunfante, porque habíamos hecho prevalecer nuestros «derechos»; Isabel, siempre tan alegre y sociable, se fue con unas amigas, a una pensión cuya dueña era muy apreciada por cuantas estudiantes pasaban por su casa; yo, al otro único lugar disponible, Stuart House, una residencia en la que alquilé un «cubículo» para el resto del curso: un pequeño espacio en una gran sala, en el que cada cama estaba separada por una mampara de chapa de madera de un metro ochenta de alto; y donde poca soledad o intimidad tenía para estudiar, leer y escribir... y dormir.

Durante las primeras semanas de la estancia de Isabel en Dunedin, comprendí que la había perdido, y me entristecía perderla: al fin y al cabo, ella había sido Emily;

> No es mía el alma cobarde,
> la que tiembla en la esfera del mundo agitada por tormentas.

Yo pienso que la separación se realizó aquellas tardes en que ella patinaba, girando y girando por la pista, casi como si desenrollara de su cuerpo el hilo que la sujetaba. Pasaba horas nadando y volvía a Garden Terrace con un tinte verdoso en su pelo rubio, del cloro del agua, y cada vez que abría la puerta de nuestra habitación, yo veía siempre, detrás de la cara de la estudiante que venía de nadar, la cara de la niña que volvía de los baños a casa el día en que Myrtle se ahogó.

La marcha de Garden Terrace acabó de separamos. Si nos veíamos en la Escuela de Magisterio, nos saludábamos cohibidas. Y cuando llegó la carta de casa, nos reunimos brevemente para comentar la terrible noticia: la casa número cincuenta y seis de Edén Street que teníamos arrendada y en la que habíamos crecido, había sido vendida y el nuevo propietario, que iba a casarse, nos había avisado que teníamos que mudarnos antes de fin de año.

Poco después de esto, la secretaria de la Escuela me mandó llamar, y cuando yo me presenté, preguntándome cuál podía ser el objeto de la entrevista, empezó:

—Deseo hablar con usted acerca de su hermana Isabel.

Isabel, dijo, se ponía en evidencia tanto por su comportamiento como por la ropa que llevaba, en especial, una falda con una jirafa.

—¡Una jirafa en la falda! —exclamó.

Yo murmuré unas frases de disculpa para Isabel. A nosotros su ropa nunca nos había escandalizado; era interesante, original. Pensando en el tiempo que nosotras, las hermanas Frame, dedicábamos a tratar de hacemos la ropa, probando falsillas, redondeando dobladillos y montando mangas, encarándolas con el cuerpo, para aseguramos de que cada manga estaba en el lado que le correspondía, yo consideraba que la jirafa aplicada de Isabel era un alarde modisteril. Lo cierto es que nadie más tenía una falda con jirafa, es decir, que Isabel era condenada por ser diferente. El «nadie más» era una razón con cuya fuerza estábamos familiarizadas.

—Usted es la mayor y, por lo tanto, responsable de ella —dijo la secretaria—. Trate de inducirla a ser menos... menos... extravagante.

Yo, muy discreta con mi sobrio vestido estampado y mi car— digan, respondí, como una persona adulta que habla con otra persona adulta:

—Es muy joven. —Y agregué, como si conociera la causa de la conducta de Isabel (¿por qué tenía que haberle sido evitado el sufrimiento del sexto grado)—: Llegó a la Escuela de Magisterio demasiado pronto.

Luego, alarmada, indignada y compungida, murmuré algo acerca de «la situación en casa». Había enfermos, dije echándome a llorar.

—Y nos obligan a mudamos y tenemos que encontrar vivienda antes de Navidad.

—Está bien —dijo la secretaria—. Haga usted lo que pueda para influir en su hermana menor.

No dije nada a Isabel de mi conversación con la secretaria. Me sublevaba que se armara tanto revuelo por una simple jirafa y ahora, al cabo de tantos años, el episodio parece increíble y hasta grotesco, pero muestra el grado de conformidad que se esperaba de nosotras. También me avergonzaba haber llorado, aunque después pensé que quizá el episodio acentuara mi aire poético: «Enfermos en la familia —¿quizá alcohólicos?—, echada de su casa..., un pasado adecuado para una poetisa..., qué trágica vida...»

Semanas después, la secretaria volvió a «mandarme llamar»} esta vez para felicitarme por el cuento para niños que había escrito y preguntarme si había pensado «dedicarme» a la literatura infantil. Mi trabajo prometía y demostraba imaginación, dijo, mientras yo escuchaba con calma, desdeñando interiormente todo lo que no fuera escribir poesía, acariciando la idea de verme convertida en poeta. Al final de la conversación, la secretaria dijo: «Parece que nuestra pequeña charla ha tenido efecto en su hermana; está mucho más seria y ya no lleva la falda de la jirafa.» Yo no le expliqué que la jirafa se había descosido y que Isabel se proponía arreglarla cuando tuviera

«tiempo». Sabía que todo su tiempo era para Steve, su novio, alto, guapo y rubio, que tenía un amigo, Morrie, alto, guapo, moreno y muy tímido y, en uno de nuestros encuentros para hablar de la «búsqueda de casa», Isabel sugirió que «me dejara de tanto estudio» y fuera al baile con ellos, llevando a Morrie de pareja. Yo accedí irreflexivamente y pasé una velada extraña pero vagamente emocionante acompañada por Morrie, que repartía el tiempo entre el baile (hablando poco) y la contemplación del baile, a mi lado, desde el borde de la pista, moviendo los pies en una especie de giga particular, cantando entre dientes:

Missed the Saturday dance
got as far as the door,
couldn't bear it without you,
don't get around much any more...

(Me perdí el baile del sábado / llegué hasta la puerta, / no pude soportarlo sin ti, / ya no salgo mucho...)

y repitiendo, a modo de coro: «Don't get around, don't get around, don't get around much any more», arrastrando las sílabas con su acento del sur. Me gustaba la novedad de sentir su presencia a mi lado, pero los dos éramos excesivamente tímidos y cada vez que nos mirábamos su cara estaba como la grana y la mía, me consta, tenía su sofoco de timidez.

Las palabras de la secretaria acerca de mi trabajo me animaron a pensar en presentarme al concurso de poesía de la escuela convocado para el final de curso, para demostrar, a ella y a otros, que yo era *realmente* poeta. Mientras tanto, yo tenía tanto que hacer, que pensar y que cavilar que mis únicos lugares de calma eran las clases de inglés de la universidad, en las que yo vivía dentro de Shakespeare y del inglés antiguo, y la sala de consulta de la Biblioteca Pública de Dunedin, donde leía poesía moderna, a James Frazer, a Jung y a Freud. Ni siquiera había empezado todavía mi trabajo sobre «El crecimiento de las ciudades», un tema que me atraía por sus posibilidades y me repelía por la perspectiva de tener que anotar aburridos detalles geográficos e históricos. A fuerza de cultivar lo que yo consideraba mi «espíritu poético» había perdido la paciencia para todo aquello que yo consideraba «detalles aburridos», ya fuera porque, en mi mundo poético ideal, le atribuía poco valor o porque me recordaba que no era tan inteligente como me hubiera gustado ser y empezaba a advertir, y a negarme a admitir, las limitaciones de mi intelecto. Yo no era capaz de escribir ni la clase de poesía que se publicaba en *Critic*. ¿Qué me hacía pensar que yo podía ser poeta?

Al enfrentarme con «El crecimiento de las ciudades», me sentí una triste fracasada. Mi única esperanza consistía en escribir (e ilustrar) aquel largo trabajo a mi manera, es decir, en poner mi propia jirafa al ropaje convencional de la prosa. El texto acabó siendo una versión geográfica, histórica y social de *Las olas*, con extrañas ilustraciones recortadas de revistas, dado que yo no tenía «mano» para el dibujo. Después me enteré de que el veredicto sobre «El crecimiento de las ciudades» era similar al que mereciera la indumentaria de Isabel, aunque también supe que alguien había apuntado que en mí podía haber «más de lo que ellos suponían».

Aquel último año de la escuela me deparó dos grandes goces: el descubrimiento de las artes plásticas gracias a las inspiradas lecciones de Gordon Tovey y la actuación del coro de la escuela, en el que cantamos todos, incluso los que no tenían voz musical. Cantamos «La dama de Shalott» y «En flores de las Azores» (balada de Richard Grenville) y el «Himno a la alegría» de la Novena Sinfonía de Beethoven, bajo la dirección de George Wilkinson, llamado Wilkie. Recuerdo haber ensayado y ensayado y, finalmente, cantado con lágrimas en los ojos por la solemnidad del momento, rodeada de voces que cantaban, con la sensación de hallarme en un escalón superior de la mente y el corazón, descubriendo un goce que no quería que terminara nunca, y aun ahora, cada vez que recuerdo aquella tarde en el Ayuntamiento de Dunedin, la masa del coro y la masa del público, y a la gente que una no hubiera ni soñado que cantaría, y yo cantando con ellos

resuenan en el éter con suavidad y dulzura
los sones y armonías de la alegría.

Recuerdo aquella felicidad y reconozco en ella una de las recompensas de la alianza con cualquier gran obra de arte, como si, de pronto, a la gente corriente se le permitiera contemplar las cosas desde el punto de vista de los ángeles.

El curso terminaba. Yo mandé mis poesías a la revista de la escuela y obtuve el primer premio de diez chelines por «Él gato»:

Sordo a la ventana que martillea
y al maullido del muchacho idiota
dejo que los ratones desgarrados desfilen
por sus ojos vacíos
y me quedo sentado, apoyado en espléndido pensamiento.
Pero la voluntad del muchacho que golpea

me profana el oído, se desliza
como gato enroscado en mi cerebro, ronronea y duerme
y me expulsa de la casa
a las nubes rasgadas y la luna lacerada;
y los vientos como ratones desgarrados
pasan por mis ojos vacíos.

La otra poesía, que también fue publicada, era «Playa del túnel»:

Perenne arbusto de la gaviota, arraigado en el mar,
hincado en dolor verde,
atrae lamentos suficientes para alimentar
de llanto los oídos muertos de la roca
y llenar los ojos del mundo de lágrimas interminables.

Aquí en el túnel, apartado del dolor con una cuchillada,
[el arbusto de la gaviota
asfixia nuestra garganta balbuciente con blanca eclosión de flor no reconoce raíces
en la guillotina verde ni en el llanto ahogado de la mujer del mar.

Sólo donde la luz escapa, donde gente de piedra,
cortando la llamada de la playa, pide mazmorra para casa de su corazón
cual carne barata, secretos muchachos espartanos,
allí las mentes de piedra, las mentes locas se rompen
dando raíz al mar y al pájaro blanco
en un arbusto infinito y solo.

Cito las poesías porque, por ser fruto de la época, hablan de las influencias de George Barker y Dylan Thomas y de mi lucha por aceptar y ser responsable de mí misma por entero, sin tener que esconder mis sueños íntimos para preservarlos, ni tener que engañar representando papeles de maestra risueña y feliz, «un encanto, ni la menor molestia».

Algunos recuerdos se han diluido, la mayoría, por las tormentas que siguieron o a las que fueron sometidos; el color de aquellos recuerdos se ha borrado, la forma ha desaparecido. Yo sabía que mi familia estaba buscando desesperadamente un lugar donde vivir. Papá, que administraba todo el dinero, compró acciones *de una* empresa constructora recién fundada, con la esperanza de conseguir uno de los préstamos que se sorteaban mensualmente, mientras mi madre, que nunca tuvo dinero propio, aportaba su fe, «Dios sabe lo que necesitas

antes de que lo pidas».

Milagrosamente, el sorteo siguiente nos deparó un préstamo de trescientas libras, lo suficiente para comprar una vieja casita destartalada e infestada de ratas con tres acres y medio de terreno en las afueras de Oamaru, al otro lado de los Gardens y el Motor Camp. La mudanza y la búsqueda debieron de preocuparme tanto que los he olvidado. Cuando terminó el curso, me fui con los Bradley y con Roña Pinder a Stewart Island y nos alojamos en una caseta de la playa. Mis recuerdos de aquel tiempo están cifrados únicamente en unas cuantas fotos, de nosotras haciendo cabriolas por la arena con nuestros vestiditos playeros hechos en casa, de la comida que se asaba en un fuego alimentado por dos jóvenes, del interior de la cabaña, conmigo en la cama con la sábana hasta el cuello mientras uno de los jóvenes friega los cacharros de la noche antes, en que habíamos celebrado nuestra «fiesta de la cerveza», que entonces era el símbolo de que habías llegado a la edad adulta.

Cuando volví a Oamaru me encontré con que nos habíamos mudado del cincuenta y seis de Edén Street a la vieja casita situada en el terreno conocido por Willowglen.

6. Willowglen

Willowglen había pertenecido, sucesivamente, a familias menesterosas de las que rara vez se hablaba individualmente, sino diciendo sólo los «horribles D» o «esos X», cuyos hijos iban a la escuela descalzos y rotos, y enfermaban más que nadie y, de mayores, eran los que cometían los errores sociales, los parias. Durante la Depresión, eran los pobres de verdad, que vivían de huesos de vaca y de cerdo y de fruta pasada y se vestían con la ropa que se repartía en el «*dépót* de auxilio» metida en sacos de azúcar. Si tenías que ir al *dépót*, era señal de que no podías caer más bajo; la gente decía que eras estúpido, y que ayudarte era perder el tiempo, y que nunca aprenderías, y que echabas a perder a los demás. A mí me fascinaba la palabra *dépót* con su minúsculo sombrero, como un gorrito de papel, encima de la «o» que, según supe después, era un acento circunflejo que sustituía a una «s» perdida; imaginaba los barrancos del paisaje de las palabras en los que caían las letras perdidas.

La casa estaba vacía desde que los M se fueron de la ciudad. A principios de siglo, un arquitecto de jardines había plantado en los tres acres del terreno varios árboles ingleses —cinco robles y diferentes especies de pino, incluido un enorme pino del norte de ramas colgantes que nosotros llamábamos el «árbol fantasma»; también tejos y cipreses; un huerto de manzanos, cerezos, membrillos y ciruelos; un gran peral que se apoyaba en el tejado, en la parte de

atrás; masas de flores de primavera—, narcisos, *matchheads* y lirios en las márgenes del arroyo que cruzaba la propiedad. Junto al camino, propiedad municipal, con derecho de paso había una plantación de pinos jóvenes. Willowglen estaba rodeado de prados de matagouri y pantanos por tres de sus lados y, por el cuarto, por la línea férrea que partía de Oamaru hacia el Sur.

Recuerdo la sensación de abandono y desolación que tuve al cruzar bajo el colgadizo apoyado contra el pie de la colina, en la parte de atrás de la casa, inundado por la marea de hojas de peral del año anterior, y ver la cocina, con una parte del suelo de tierra, porque varias tablas se habían hundido. Había una cocina de carbón y en el fregadero, que era mayor, un fogón eléctrico. Por la pared del fregadero salía un grifo procedente del oxidado depósito de agua del exterior. Sorprendentemente, al lado del fregadero había un pequeño cuarto de baño, con bañera y lavabo pero sin agua caliente y, mientras no pudiera repararse el depósito o traer agua de la ciudad, tampoco habría agua fría. La casa tenía cuatro dormitorios, la cocina, fregadero y cuarto de baño, y en dos de las habitaciones había chimeneas adosadas, en desuso desde hacía mucho tiempo y llenas de cascotes caídos del tubo; y cada habitación tenía su montoncito de dorado polvo de carcoma que se incrementaba a cada pisada humana en los suelos podridos que hacía vibrar el minado techo.

Fuera, junto a la enorme acacia llena de urracas había un viejo lavadero, con un caldero de cobre en un rincón para hervir la ropa que se lavaba en las artesas de madera. Por el camino que venía del colgadizo se llegaba al *dunny* situado al lado del ciprés y cubierto de pequeñas y fragantes rosas blancas, que nosotros llamábamos rosas *dunny* y, que no tenía puerta. El asiento era largo y ancho como de un *dunny* de playa y estaba colocado sobre un profundo hoyo a medio llenar de vieja «kiki» (así llamábamos nosotros a las heces) en distintos tonos de marrón, cubierta de trozos de periódico descolorido, el *Oamaru Mail* y el *Otago Daily Times*.

La familia me contó cómo Isabel y June habían fregado la casa y cómo habían ayudado a subir los muebles por la empinada cuesta, aunque la mayoría del mobiliario se había tenido que quedar «abajo, en el llano», en uno de los dos viejos establos y graneros. Bruddie y papá, olvidando momentáneamente sus diferencias, trabajaban juntos proyectando una línea de alimentación de agua, una fosa séptica y la reparación del tejado. Mamá, entusiasmada al disponer de cocina eléctrica por primera vez en su vida, hacía tartas, pastelitos, galletas y croquetas o, utilizando, también por primera vez, una plancha eléctrica, planchaba las camisas de trabajo y los pañuelos de papá suspirando: «¡Si hubiéramos tenido estas cosas cuando los niños eran pequeños!» Nosotras, las chicas, también disfrutábamos con la plancha

eléctrica, después de tantos años de calentar las viejas planchas de hierro en el fogón y, a veces, olvidar de limpiar el hollín de la suela y dejar en los uniformes del colegio y las blusas unas marcas negras que, por más que frotaras, no se quitaban; ¡y con qué rapidez planchábamos ahora los dobladillos y los pliegues!

A pesar de la decrepitud del lugar, estábamos en casa, o *estaban*, porque yo me perdí el proceso de la mudanza, y mi llegada fue como unirse a la familia cuando ya ha pasado la muerte, el trauma de la muerte y el entierro. Papá ya había empezado su rutina de descargar carbón «sobrante» de la locomotora cuando llevaba el tren despacio por la curva de Gardens subiendo la rampa hacia Maheno, y los otros habían aprendido a correr con un saco por la cerca de alambre junto a la acacia, entre los macizos de guisantes de olor, a recoger los preciados terrones de carbón del ferrocarril, unas veces carbón «brillante», Kaitangata y otras, carbón «mate» o lignito del sur. Y el gallinero, reparado a toda prisa, había sido poblado con una docena de «Leghorn» blancas, en parte para hacer trabajar la oxidada trituradora encontrada en el viejo cobertizo moliendo conchas para hacer arena para las gallinas. El vetusto establo, sin tejado y con un poste roto esperaba al pie de la colina, junto al cobertizo de las manzanas.

Al ver el suelo de tierra y el interior de la casa en la que no había «ningún sitio» para estar, me sentí deprimida y sola y comprendí que la casa de Willowglen nunca sería mi casa; era muy pequeña, todo el mundo estaba muy cerca de los demás; en la habitación de delante, oías la radio de la cocina como si estuvieras en la cocina. Podías oír las discusiones, las voces, y el suave murmullo suplicante, que sabías que decía «No os habléis a gritos», de mamá. Mis hermanas, mi hermano y yo estábamos en una edad en la que nuestras vidas tenían un «espacio interior» que no era revelado a los demás, aunque siguiéramos hablando alegremente de nuestros sueños y riendo, entre muchas risas, el «lado divertido» de todo. Y aquel verano, del nuevo dueño del cincuenta y seis de Edén Street hicimos un «villano» y nos contábamos historias acerca de él y de su destino, agregándolo a nuestra lista de villanos: Miss Low, el inspector de Sanidad y él miembro del Parlamento que no contestó a nuestra solicitud de dinero para comprar ropa, todos los cuales habían sido cuidadosamente encerrados e incapacitados por nuestra red de palabras.

Dimos a la tierra de Willowglen la clase de amor que no habíamos dado al cincuenta y seis de Edén Street, a pesar de que cada hoja, planta e insecto, y la misma tierra, y la disposición de las casas y los árboles nos habían servido noblemente. Willowglen era la primera casa de la que éramos dueños. Desde luego, había que devolver el préstamo a la constructora, y la cartilla de Starr-Bowkett con los

recibos sellados ocupaba un lugar de honor en nuestra nueva repisa, al lado de la lata de las monedas de seis peniques de papá —una lata de cacao con una hendidura en la tapa, por la que él metía todas las monedas de seis peniques que iban a parar a sus manos, hasta que la lata se llenaba, y entonces él cortaba tiras de las hojas del horario, hacía un largo cilindro con las monedas y lo envolvía cuidadosamente antes de llevarlas a la ciudad para que se las cambiaran por dinero «de verdad».

¡Lo que soñamos aquel verano! Quizá, si nos hubiéramos mudado a Willowglen durante el invierno, no habríamos podido soñar nuestros sueños, pero era verano, justo después de Navidad, y teníamos nuestro propio acebo y, por primera vez en la vida, ramas de abeto propio en lugar de acacia. ¿Qué importaba si no teníamos una chimenea utilizable? La masa de flores que soportaban los árboles del huerto, los narcisos que asomaban sus puntas marchitas entre la hierba alta, la exuberancia de los árboles y la hierba, las «gallinas del pantano», los patos, las anguilas y los lirios del arroyo, tanto cielo de verano y, «abajo en el llano», una plantación de pinos jóvenes a los que escuchar cuando soplaba el viento, todo nos producía tanto placer que nos enamoramos del «exterior» de Willowglen. Durante aquellos maravillosos días de verano verde y oro descubrí un lugar junto al arroyo, un viejo tronco, como el viejo tronco de abedul de antaño. Allí permanecía sentada durante horas, mirando el agua, los patos, las «gallinas del pantano» y, a través de la destrozada cerca de alambre, los corderos que mordisqueaban la hierba del prado medio pantano medio matagouri, *mi matagouri*. Mis hermanas y yo explorábamos las carreteras que conducían a la ciudad y más allá, y la carretera del Molino Viejo, que formaba parte del folclore de nuestra niñez y adolescencia, cuando «vivir más allá del Molino Viejo» significaba vivir tan lejos como, por el otro lado de la ciudad, «más allá del instituto de los chicos» e «*ir* a dar una vuelta por el Molino Viejo» con un chico quería decir lo que tú podías suponer.

Y cuando los primeros rocíos de otoño aparecieron en la hierba, a últimos de enero, cogíamos setas bajo nuestros propios pinos y en la colina de enfrente, desde donde, por entre los eucaliptos, veía la granja de los Robertson. Se encargaban del abastecimiento *de leche de* la ciudad. Tenían un hijo, Norman, que estudiaba en la universidad con una beca. Habíamos hablado una o dos veces. Recuerdo haber pensado con romanticismo que acaso nos enamorásemos y nos casásemos.

Cuando papá estaba en casa, él también tenía su sitio. Su extremo de la mesa era el más próximo a la cocina de carbón, desde donde, a través del ventanuco, podía ver si venían visitas por el sendero y tenía luz para leer. El sofá que estaba junto a la pared, nada más entrar en

la cocina, era el sitio de Bruddie; su rifle para matar conejos estaba colgado de la pared, encima del sofá, y en los momentos de tensión familiar Bruddie descolgaba el rifle y se ponía a limpiarlo despacio, minuciosamente, mientras mi madre lo miraba con ansiedad y papá, apretando los labios con irritación, alisaba las hojas de horarios que tenía encima de la mesa o alargaba la mano hacia la lata de cacao y se ponía a contar las monedas de seis peniques. O decía: «¿Dónde está el yeso, mamá?»

Hacía años que papá tenía dolor de estómago y, temiendo que pudiera ser cáncer, se negaba a ir al médico; en lugar de eso, tomaba una medicina que le había recomendado la tía Polly o la tía Isy y que llamábamos «yeso».

Y mamá sacaba el yeso, preparaba un dosis y se la daba.

Y se cerraba el episodio, hasta la próxima vez.

Al igual que cada uno de nosotros, mamá tenía sus sueños en Willowglen. Desde la prisión de su trabajo, que ella se imponía (porque nosotras nos sentíamos mayores y dispuestas a ayudar, en parte para borrar los recuerdos, que ahora nos mortificaban, de nuestra madre como la eterna criada), mamá contemplaba el lugar de sus sueños, cercano en realidad pero aparentemente inalcanzable desde su prisión. Ella soñaba con el día en que pudiera «bajar al llano», «con el fresco de la tarde» a sentarse, quizá a merendar, bajo los pinos y escuchar el rumor del viento. Descubrimos que Willowglen tenía el sol racionado. A diferencia del cincuenta y seis de Edén Street, donde el terreno estaba a pleno sol, a cielo descubierto, la casa de Willowglen, pegada a una colina por el oeste, frente a una colina por el este y con la barrera del seto de espino, mayos y sauces al norte, sólo recibía un poco de sol por la mañana, lo que hacía que la casa estuviera fresca incluso en el verano, pero desde el mundo fresco o, con frecuencia, frío de la casa podías ver, en el llano, junto al arroyo y, más allá, un mundo en el que el sol se quedaba hasta tarde, en verano, hasta el anochecer; y si mirabas, como miraba mamá, cuando el día y las energías tocaban a su fin, podía parecerte que «el llano de allá bajo» era un inalcanzable mundo de sol.

Cuando yo suplicaba a mi madre que bajara al llano a tomar el sol, ella respondía, en el tono con el que hablaba de publicar, del Segundo Advenimiento y, ahora, del zorro blanco que deseaba regalamos en nuestro veintiún cumpleaños: «Un día de éstos.»

Y agregaba, insertando el lenguaje bíblico que hacía que el «llano» pareciera más distante y de ensueño: «Un día de éstos, al fresco de la tarde, bajaré a sentarme al sol al pie de los pinos.» En enero se me comunicó que debía enseñar segundo grado en la escuela de Arthur Street de Dunedin. Yo había solicitado una clase de esta edad, que estuviera en lo que habíamos aprendido era el «período

latente», en el que se suponía que los niños eran maleables y responsables y no tenían problemas o, si había «problemas», estaban larvados, no manifiestos. ¡Oh, qué bien creíamos conocer a aquel mítico «niño»!

Y, en respuesta a mi anuncio en el *Otago Daily Times*, «Estudiante tranquila busca alojamiento cerca de la escuela de Arthur Street», recibí el ofrecimiento de «pensión completa» de una Mrs. T. de Drivers Road, Maori Hill. Y, nuevamente, Isabel y yo nos dirigimos hacia el sur en el tren lento de Dunedin, Isabel, a su segundo año de Escuela de Magisterio y a casa de Mrs. R. de Union Street donde había estado desde que salimos de casa de la tía Isy y yo, a casa de Mrs. T. de Maori Hill y a mi año de prácticas en la escuela de Arthur Street.

7. 1945: Uno

Cuando, de niños, tanteábamos nuestra identidad y situación en el espacio proyectándonos fuera de nosotros mismos para abarcar los planetas, en nuestras sucesivas inscripciones —nombre, calle, ciudad, Oamaru, Otago del Norte, Otago, Isla del Sur, Nueva Zelanda, Hemisferio Austral, Planeta Tierra, el Universo, los Astros— no hacíamos sino un simple viaje con palabras y, quizá, una profecía del ser; éramos poetas líricos obligados a advertir la posibilidad de la epopeya y, con toda naturalidad, incluíamos estas posibilidades épicas en nuestro pensamiento ordinario. Digo esto porque 1945, un año que empezó para mí, en lo lírico y personal, marcado por el accidente de la circunstancia, de acontecimientos nacionales y mundiales, acabó como una epopeya que abarcaba el universo, los planetas y las estrellas, expresada esta vez en hechos, no en palabras.

Llegué a Dunedin con mi persona en período de desarrollo. Era el año en que, a últimos de agosto, debía cumplir veintiún años. Los «veintiuno» formaban parte de un progresivo rito de crecimiento, uno alcanzaba «la mayoría de edad» y se convertía en un ciudadano con derecho a votar y a hacer testamento y, como decía la canción,

I'm twenty-one today.
I've got the key of the door,
I've never been twenty-one before.
I'm twenty-one today.

(Hoy cumplo veintiuno. / Tengo la llave de la puerta, / nunca los tuve antes. / Hoy cumplo veintiuno.)

Además, cuando terminara el año de prueba en el colegio de Arthur Street, esperaba conseguir el título de maestra. También

esperaba agregar otra etapa a mis estudios universitarios y, como me parecía que Inglés III resultaría excesivamente absorbente, opté por Psicología I, un primer curso de Psicología.

Mi secreto afán de ser poeta, alentado por la publicación de mis dos poesías en la revista de la escuela, influía en muchos de mis planes. Yo seguía tan ansiosa de impresionar por mi imaginación como lo estuviera durante mis años de colegio, sólo que aquí había mucha más gente y cada cual tenía mucha más imaginación, había prosistas y poetas por todas partes, porque ahora había aprendido a hacerme con ejemplares del *Critic*, remoloneando con aparente indiferencia en la puerta de la universidad, cerca del «puesto» del *Critic* con su invitación: «Toma uno.» La aportación de colaboraciones todavía exigía una visita a la oficina, donde debía entregarse la poesía o el trabajo. No sé por qué no envié por correo una colaboración. Supongo que por inocencia e ignorancia de la mayoría de las actividades humanas, incluida la de servirse del correo. Todavía no tenía idea del número de operaciones rutinarias que realizaba la gente corriente. Por mi experiencia familiar, yo suponía que las cartas se escribían sólo a otras ciudades y servían para comunicar noticias tales como nacimientos, muertes, matrimonios y viajes pasados o futuros, mientras que los telegramas solían ser una forma rápida de avisar de la muerte o la hora de llegada de un tren que iba «de paso» o traía a un pariente, y los paquetes postales eran sinónimo de Navidad. Yo apenas había empezado a estudiar las primeras letras de la vida adulta. Yo sabía de la alegría y del amor descubiertos en el momento de perderlos y había aceptado la muerte. Me parecía poder ver los sentimientos de la gente debajo de su cara, en sus ojos, en su expresión impuesta o fugazmente espontánea y en las palabras que decían. La guerra seguía obsesionándome y desconcertándome —«la compasión de la guerra, la compasión que la guerra destilaba»— y seguían siendo los poetas los que iluminaban para mí los lugares que nadie más parecía querer mencionar o visitar. Yo pensaba muchas veces; con anhelo, en la profecía: «No levantará espada nación contra nación, ni volverán a aprender de guerra.»

Yo me hospedaba en casa de Mrs. T.» una viuda con una hija casada, Kathleen, que vivía en la nueva urbanización de viviendas del Gobierno de Wakari, en la que Mrs. T. pasaba la mayoría de los días y en dirección a la cual tomaba el autobús después del desayuno —«Me voy a casa de Kathleen»—, regresando a la hora en que yo volvía de la escuela. El único tema de conversación de Mrs. T. era: «Kathleen, Bob y los niños», lo que hacían, lo que decían, lo que sentían, y lo que ella pensaba regalarles: «He visto una cosa en la tienda de Arthur Barnett y me he dicho: Eso le irá bien al pequeño de Kathleen, es lo que Kathleen estaba buscando.» Bob trabajaba en la Compañía de

Electricidad, en la sección de demostraciones de Pricess Street, y podía conseguir estufas con descuento.

Para cubrir las apariencias, a veces, yo comía con Mrs. T. en lugar de subirme la comida a mi habitación «porque tengo que estudiar y corregir ejercicios y preparar lecciones...», y luego me sentaba frente a ella a escuchar, fascinada, su descripción del día pasado «en casa de Kathleen» —que habían hecho la colada y limpiado la casa entre las dos, que Kathleen y Bob pensaban poner alfombra «borde a borde» en todas las habitaciones—. «Ya tienen varias habitaciones alfombradas borde a borde.» Yo, la «maestra tranquila y tímida, ni la menor molestia», pasaba la mayor parte de mi tiempo libre en mi habitación, corrigiendo, preparando lecciones y recortando estrellas de colores para recompensar a los niños por su aplicación; y estudiando mi tratado de psicología; y leyendo y escribiendo poesías.

La casa de Mrs. T. era como la casa de Jessie C. en Oamaru —un lugar en el que vivía «otra gente»; con alfombras y papel de paredes con rosas, muchos muebles y adornos, y sofás sin un desgarrón en la tapicería; y, en toda la casa, ni asomo de relleno de muebles, ni suelos de madera, ni de la rejilla de base del papel de la pared—. Había confort y un aire de ocultación. Yo, criada en una casa en la que siempre sabíamos y, en muchos casos, podíamos ver lo que ocurría detrás de las paredes y debajo del suelo, nunca me sentí a gusto en las casas de la «otra gente». Incluso en Willowglen, la desolación de tener un suelo de tierra producía una sensación de realidad (tan fuerte que rayaba en lo irreal) más vital que los mullidos interiores como el de Mrs. T.

Me encantaban los niños del colegio y la enseñanza. Estaba llena de ideas para estimular el desarrollo individual. Me entusiasmaba el arte de los niños y su poesía, porque escribían poesía y cuentos casi todos los días y yo colgaba sus trabajos en las paredes para que todos pudieran disfrutar de ellos. También me esforzaba en enseñar otras asignaturas. Donde yo fracasaba era en mi calidad de miembro del personal, porque mi timidez frente a la gente, especialmente frente a quienes podían ser llamados a juzgar y comentar mi trabajo de maestra, me impulsaba a pasar el tiempo libre sola. Yo era muy tímida para acudir a los tés de la mañana y de la tarde a una sala llena de maestros y me excusaba diciendo que «tenía trabajo en clase», consciente de que contravenía las normas acerca de la necesidad de «frecuentar a personas adultas, tomar parte en actos sociales y discusiones con otros maestros y padres», y el «té matinal en la sala de profesores» era un ritual casi sagrado. Mi temor a ser «inspeccionada» por el director o el inspector me hizo idear un medio para demorar el día decisivo, que consistía en inventar un cuento seriado que yo podía continuar en cuanto oía los pasos de la autoridad acercarse por el

pasillo, de manera que el director, al encontrar la clase escuchando con absoluta atención (la trama del cuento aseguraba la atención) quedara convencido de mi capacidad de maestra, lo cual, a final de año, me valdría obtener mi certificado.

Mi evasión de la enseñanza eran la clase de psicología y el laboratorio de psicología, en el que realizábamos una serie de interesantes pruebas y experimentos supervisados por dos profesores nuevos, Peter Prince y John Forrest, a los que llamábamos Mr. Prince y Mr. Forrest, pero yo les puse los motes de S.A.R. y Ash (por «Ashley», el romántico personaje de *Lo que el viento se llevó* encarnado por Leslie Howard). Dado que estos dos jóvenes —recién salidos de la universidad, en un mundo en el que los jóvenes escaseaban— eran, en cierto modo, para consumo público y de las estudiantes en general, pronto se convirtieron en objeto de rumores, especulaciones y fantasías. Yo prefería a S.A.R. porque, a diferencia de Ash, parecía ser un introvertido y, según la mágica clasificación de las personas, los «introvertidos» eran los artistas y los poetas. Cuando veía a S.A.R., con la cara vuelta hacia el cielo y la pipa en la boca, bajar por Frederick Street camino de la universidad, con el paso elástico de sus largas piernas, yo pensaba: «Está en otro mundo.» También se ponía colorado fácilmente, y al igual que mi admirado G. M. Cameron, tenía una simpática torpeza para la palabra y el gesto. Ash, menos alto, era guapo, rubio, con un mechón de pelo caído sobre la frente y, a diferencia de S.A.R. que llevaba trajes oscuros, usaba una americana *sport* color mostaza y calcetines rojo tomate a los que un día se refirió en el laboratorio diciendo: «¿Les gustan mis calcetines color tomate?» Y dijo «tomeito» con acento *americano*.

Algunas mujeres suspiraban por Ash.

Fue Ash —Mr. Forrest— quien organizó los periódicos conciertos de discos en la sala del gramófono del Departamento de Música.

—Tantos discos y tan poca gente que los escuche —dijo con su llaneza habitual. (Empezaba a ser conocido por su franqueza y por su poco convencional forma de vestir.)

Un día en que me decidí a ir al concierto, cuando estaba en la puerta de la sala del gramófono, tratando de reunir valor para entrar, oí un piano. Abrí la puerta, atisbé y vi a Mr. Forrest tocar el piano. Enseguida lo dejó y se puso a preparar los discos para el recital. Pero yo le había oído tocar, recorrer el teclado adornándose como un concertista, haciendo formar las notas como una fuerza que marchaba con un destino, no simplemente pulsándolas en una «melodía», desgranándolas sin dejarlas hablar de la música. Aparte de mis adoradas canciones de Schubert, de las «piezas» de *Fantasía* de Walt Disney y de las nuevas canciones que habíamos aprendido en la Escuela de Magisterio, incluidos antiguos villancicos.

I think this child will come to be
Some sort of workman such as we
So he shall have my goods and chattels,
My planks of wood, my plane, my drill,
My hammer that so merry rattles...

(Pienso que este niño llegará a ser / un obrero como nosotros / por eso le doy mis bienes y enseres, / mis tablas, mi cepillo, mi broca, / mi martillo que tan alegremente repica...)

y

Little Jesus sweetly sleep do not stir
We will lend a coat of fur...

(Jesusito duerme dulcemente no te muevas / te prestaremos un abrigo de piel...)

Yo todavía tenía escasos conocimientos de música clásica y nunca había escuchado una pieza larga, sinfonía o concierto. Aquel día, Mr. Forrest puso un disco de la *Sinfonía Patética* de Tchaikovski y, entre aquel puñado de estudiantes, yo escuchaba aquellos sonidos nuevos que arrastraban, arrastraban su tremenda carga de tristeza, más y más allá, y cuando la música llegó a la «tonada» que yo conocía por:

This is the story of a starry night
The faded glory of a starry night...

(Ésta es la historia de una noche estrellada / la pálida gloria de una noche estrellada...)

experimenté la alegría del reconocimiento. Escuché hasta el final, enamorada de la música y de su vibrante tristeza, y desde aquel día Tchaikovski fue (después de Schubert) mi compositor favorito.

—Supongo que todos conocen a César Franck —dijo Mr. Forrest.

El auditorio puso cara de conocer a César Franck.

—La próxima vez pondremos algo de César Franck —dijo Mr. Forrest pronunciando el nombre con seguridad y familiaridad.

La sala de música fue, a partir de entonces, otro de los lugares en los que yo me sentía a gusto, y allí aprendí a escuchar piezas musicales que duraban más de tres o cinco minutos. ¿Por qué hasta entonces no había descubierto que escuchar una sinfonía era como leer un libro, con su argumento, su forma especial, sus momentos de silencio y de ruido? Aprendí a decir con naturalidad: adagio: «¿Te

gusta el *adagio*? Ese pasaje del *andante*...» Empecé a ir a los conciertos de mediodía en el Ayuntamiento y aunque al principio aplaudía a destiempo, imaginando que ya había terminado, pronto aprendí el esquema. También empecé a hablar como los asiduos de los recitales y conciertos sinfónicos: «¡Oh, cuánto abrigo de piel con olor a naftalina! Esa gente no escucha música más que una vez al año. ¡Imagina, una vez al año! ¡Y esas toses durante el *pianissimo*, no saben ni toser en momentos en que se puede disimular una tos o un carraspeo!»

Y un día John Forrest me hizo descubrir con sorpresa otra faceta de su personalidad al decir de pronto en la sala de música: «¡Es que Schubert es mi compositor favorito!»

¡Schubert! *A la música. Tú, arte sagrado de muchas horas de tristeza.*

A pesar de mis preocupaciones por la enseñanza y el futuro, aquel año me resultó, en su mayor parte, agradable. En el colegio y en la universidad, yo pensaba poco en mi casa y mi familia; y, en los raros fines de semana que pasaba en casa, trataba de distanciarme del lugar y de las personas. Mi familia se me antojaban fantasmas cansados que trataban de volver a la vida con ocasión de mi visita; tanto mi madre como papá seguían esclavizados por *las fatigas* y ahora, además, estaba la cuesta que tenían que subir, papá, con la bolsa de piel hecha en casa llena de carbón del ferrocarril, y mi madre, durante el día, cuando estaba sola en casa, con los comestibles que los repartidores del autoservicio o de los almacenes Star dejaban en el cobertizo. Siempre que llegaba a casa para el fin de semana, me encontraba con que mi madre había comprado un frasco de café, aquel líquido dulce y oscuro con sabor a brea llamado Gregg's Coffee and Chicory» especie de jarabe que dejaba pringosa la botella. Tomar café era cosa de personas mayores; por lo tanto, yo tomaba café. Por otra parte, uno de los profesores de la universidad me había llamado *Janet*, cuando todos me habían llamado siempre *Jean*; oficialmente, a partir de entonces fui *Janet*. Durante el fin de semana, papá me traía de la biblioteca un montón de libros de Sexton Blake, y yo devoraba las peripecias de Sexton Blake y Tinker, para poder comentarlas con él. Las atenciones de mis padres me entristecían, me halagaban y me irritaban, dejándome una sensación de desvalimiento: ¿qué podía yo hacer por ellos? Yo podía ver cómo, poco a poco, iba emergiendo la pauta de su vida pasada, como un guión escrito con tinta simpática que ahora se me hacía visible, al calor del fuego encendido, sencillamente, por mi crecimiento. Yo podía ver también, a la luz producida por aquel mismo fuego, emerger las sombras de las formas conocidas de un lenguaje lleno de significado para mí: el lenguaje del amor y la privación, de la alegría y la tortura de tener un lugar firme dentro de una familia cuando todos los anhelos que yo sentía despertar en mí tendían hacia un pronto desarraigo, sin dejar un haz de terminales

nerviosos, filamentos rotos que pudieran volver a anudarse.

Ya había pasado medio año. Mi lírica personal iniciaba su callada y aterradora deriva hacia los planetas y las estrellas. De pronto, en los primeros días del mes en el que iba a celebrar mi veintiún cumpleaños, mi mayoría de edad, la guerra terminó, después de haberme perseguido durante los años de mi adolescencia oficial, formando parte del desarrollo de mi cuerpo y mi mente, casi como un ingrediente de mi sangre, dejando su huella en todas partes, incluso en el pelo y en las uñas (hurgadas o mordidas). Aquel año hubo la nevada primaveral de rigor que mató a los corderos recién nacidos pero perdonó a los primeros lirios. Todo el mundo celebraba que hubiera terminado la guerra, y una se conformaba con alegrarse y no reparar ni pensar en que había nacido la bomba atómica, que se le había dado vida y responsabilidad propias. Mi mayoría de edad fue iluminada por el fuego en forma de hongo que convirtió en sombras a todos los que bañó con su luz, espectacular iluminación de las ceremonias de la muerte, «ceniza a la ceniza, polvo al polvo».

El 28 de agosto llegué a mi mayoría de edad, sin fiesta, pero con algunos regalos especiales de mi familia, «cosas» que demostraban que, a pesar de todo, yo formaba parte del mundo: un reloj de pulsera y un par de zapatillas a cuadros, con borla y forro de piel de cordero.

Aquel mes, como una especie de espumado superficial de toda la sensibilidad que tenía puesta a hervir hasta la vejez, escribí y publiqué mi primer relato, «Ingreso en la universidad», por el que el *Listener* me pagó dos guineas.

Y ahora el año pasaba deprisa, y pronto habría que afrontar la crucial visita final del inspector del colegio.

Inevitablemente, una rutilante mañana de narcisos y groselleros en flor y fulgor en las hojas de los arbustos de Queen's Drive, por donde yo pasaba todos los días camino de la escuela, una mañana en la que se insinuaba un oro cálido en el brillante sol color limón, al llegar a la escuela me enteré de que aquél era el día de la inspección y, a media mañana, el inspector y el director entraron en mi clase. Yo les saludé amablemente con mi ensayar— do aire de maestra, y me situé a un lado, cerca de la exposición de dibujos, mientras el inspector pronunciaba unas palabras antes de sentarse a examinar mi actuación docente. Yo esperé. Luego, dije al inspector:

—¿Me perdona un momento, por favor?

—Por supuesto, Miss Frame.

Salí de la clase y de la escuela, sabiendo que no volvería.

8. 1945: Dos

Al principio, ebria de una viva sensación de libertad, desaparecidas

todas las preocupaciones, no hice más que disfrutar de la hermosura de la mañana. Luego se impuso la realidad y enderecé mis pasos hacia London Street, la calle de los médicos, y elegí un consultorio situado cerca del pie de la colina y entré a consultar a un tal doctor William Brown, el nombre más inofensivo y anónimo que encontré. Expliqué al doctor Brown que estaba muy cansada y creía necesitar unas semanas de descanso. «Es mi primer año de maestra», dije echándome a llorar.

El doctor Brown, muy amablemente, me dio un certificado para el director, con el que pude justificar mi ausencia temporal.

Después de echar el certificado al buzón de la esquina, empecé tres semanas de pura libertad. Iba a las clases de la universidad y a conciertos. Leía y escribía.

—Tengo tres semanas de permiso —dije a mi patrona que, absorta en su familia, inmediatamente empezó a hablar de las vacaciones anuales de Bob. Kathleen y los niños querían ir a Queenstown—. Tengo tanto trabajo que probablemente no me verá usted mucho, me refiero a las comidas y demás. De todos modos, cuando no cene en casa la avisaré con tiempo.

—Es muy considerada —dijo Mrs. T.—. Soy muy afortunada de tener a una estudiante tan callada. ¡Sí parece que no hay nadie en casa!

(Un encanto, ni la menor molestia.)

Al terminar la tercera semana, cuando ante mí volvía a abrir* se la perspectiva de la escuela, no me quedó más remedio que comprender que mi única salida era el suicidio. Había tejido con tanto esmero y con una textura tan prieta mi capa visible de «ninguna molestia, una estudiante callada, siempre con la sonrisa pronta (escondiendo los dientes cariados), siempre contenta», que ni yo misma podía rasgar la tela del engaño. Me sentía completamente aislada. No tenía en quien confiar, a quién pedir consejo; ni tenía adónde ir. ¿Qué podía haber *en todo el mundo* que yo pudiera hacer para ganarme la vida y seguir siendo yo misma, la que yo sabía que era. Yo sabía que las máscaras de quita y pon tenían su lugar, todos las llevaban, hacían furor entre los humanos; pero aquellas máscaras colocadas con cemento acababan impidiéndote respirar, asfixiándote.

El sábado por la noche, arreglé mi habitación, ordené mis cosas y, después de tragarme todo un tubo de aspirinas, me tendí en la cama para morir, segura de que moriría. Mi desesperación era extrema.

Al día siguiente, cerca de mediodía, me desperté con zumbido en los oídos y hemorragia nasal. Mi primer pensamiento ni siquiera fue pensamiento sino una sensación de extrañeza, júbilo y agradecimiento por estar viva. Me levanté tambaleándome y me miré al espejo; tenía la cara de un rojo escarlata. Empecé a vomitar y vomitar. Por fin dejó de sangrarme la nariz, pero el zumbido de los oídos continuaba. Me

volví a la cama y dormí hasta la diez de la noche. La cabeza me latía y me silbaban los oídos. Corrí al cuarto de baño, abrí el grifo y volví a vomitar. Mrs. T., que había pasado el fin de semana en casa de Kathleen y había vuelto hacía un par de horas, salió a la puerta de su dormitorio.

—¿Todo va bien? —preguntó.

—Oh, sí, muy bien —grité—. Todo, estupendamente. He tenido un día muy atareado. (Ninguna molestia, absolutamente ninguna.)

—Kathleen y Bob están con todo el jaleo —dijo Mrs. T. sin dar más explicaciones, pero evidentemente complacida—. Con todo el jaleo. —Nos dimos la buenas noches y yo me fui a mi habitación y me dormí.

A la mañana siguiente, el temido limes, desperté sólo con un ligero dolor de cabeza.

—Me han prorrogado el permiso —dije a Mrs. T.—. Estoy haciendo un trabajo de documentación. —Estaba tan contenta de vivir después de haber deseado morir, que la escuela me parecía un problema secundario. Expliqué al director, primero por teléfono y después por escrito, que me habían aconsejado dejar la enseñanza. No le dije que era yo quien me lo aconsejaba.

Encontré trabajo de lavaplatos en la cantina de estudiantes. Trataba de mirar al futuro con esperanza. Estaba segura de que nunca más trataría de matarme.

Se daba el caso de que una parte del curso de psicología consistía en escribir una autobiografía condensada. Cuando acababa de escribirla, me pregunté si debería mencionar mi tentativa de suicidio. Ya estaba restablecida; en cierto modo, hasta me sentía orgullosa, porque no podía comprender cómo había tenido valor. Al final de mi autobiografía escribí: «Quizá deba mencionar una reciente tentativa de suicidio...», y expuse lo que había hecho, pero, para que resultara más impresionante, utilicé el nombre de la sustancia química de la aspirina, *ácido acetilsalicílico.*

Aquella semana, al final de la clase, John Forrest me dijo:

—Me gustó su autobiografía. Todas las demás eran tan envaradas y formales; la suya, por el contrario, era muy natural. Tiene talento para escribir.

Yo sonreí interiormente con superioridad. Talento para escribir, realmente. ¡Si escribir iba ser mi profesión!

—Oh, y escribo —dije—. Me publicaron un cuento en el *Listener*...

Se mostró impresionado. Todos decían, impresionados: «Es muy difícil entrar en el *Listener.*»

John Forrest me miró fijamente.

—Debió de costarle mucho tragar tantas aspirinas, ¿no?

—Oh, las tomé con agua —dije serenamente.

Aquella noche, cuando me preparaba para acostarme, llamaron a la puerta y Mrs. T. fue a abrir y me gritó:

—Preguntan por usted tres señores. De la universidad.

Salí a la puerta, y allí estaban Mr. Forrest, Mr. Prince y el jefe del departamento que fue el primero en hablar.

—Mr. Forrest me ha dicho que últimamente no se ha encontrado muy bien. Pensamos que quizá desee descansar un poco.

—Estoy bien, gracias. Ninguna molestia, ninguna.

—¿No quiere que la acompañemos al hospital —el hospital de Dunedin— para que descanse unos días?

De pronto, me sentí libre de preocupaciones, atendida. No podía imaginar nada más deseable que estar en una cama abrigada y caliente, sin tener que enseñar ni tratar de ganar dinero, incluso lejos de Mrs. T. y de su confortable casa; y lejos de mi familia y de mis preocupaciones por ellos; y de mi creciente aislamiento en un mundo arrojado y brillante lleno de gente arrojada y brillante; lejos de la guerra y de mi mayoría de edad y de la necesidad de ser responsable; pero no lejos de mis dientes cariados.

—John irá a visitarla —dijo el jefe del departamento.

¡John! El uso del nombre de pila, común entre los jóvenes profesores y sus estudiantes, aún era para mí una novedad que me produjo placer y alarma.

—Es muy amable, Mr. Forrest —dije con afectación.

Y fui ingresada en el hospital de Dunedin, pabellón Colquhoun que, según averigüé pronto con horror, era un *pabellón psiquiátrico*.

Los médicos, doctores Marples y Woodehouse, dos jóvenes internos, eran inquisitivos y amables. Maitland Brown, la enfermera, miembro de la Unión Evangélica, que se preparaba para ser misionera eclesiástica, me hablaba de sus esperanzas y sus ilusiones. Yo no recuerdo más paciente que la de la cama de al lado, una mujer extraña que había sido operada y no hacía más que negarlo. Yo, criada en un mundo influido por los artistas de cine, en el que se juzgaba a las personas instantáneamente por su aspecto, la encontraba repulsiva y fea, con su cutis áspero y colorado, sus ojos pequeños de pestañas rojas y su pelo rojo y escaso. La aversión que inspiraba era general. Ahora me da que pensar el tratamiento de esos enfermos, psiquiátricos o no, que desprenden, como si de un agente químico se tratara, una invitación a la antipatía y, por lo tanto, tienen que reclamar compasión y equidad (con lo que hacen que aumente la repulsión y el antagonismo). Un día aparecieron dos enfermeros de ambulancia que venían a llevarse a la fea a «otro hospital». Luego me enteré de que el «otro hospital» era *Seacliff*. Seacliff, que estaba en la línea principal del ferrocarril, el hospital de piedra gris, en forma de castillo. Seacliff, adónde iban los locos. «Usted no irá allí, desde luego —dijo Maitland

—. Usted está bien.»

Y, efectivamente, al cabo de las tres semanas de observación en el hospital, éste fue el veredicto. Pidieron a mamá que fuera a Dunedin para llevarme a casa y, después de unas vacaciones en casa, estaría como nueva, dijeron.

Enfrentada súbitamente a la perspectiva de ir a casa, sentí que todas las preocupaciones del mundo volvían a mí, toda la tristeza de mi casa y las fatigas interminables de mis padres y los plazos semanales de las mantas y el edredón nuevo de Calder Mackays, y los pagos a la constructora Starr-Bowkett para que no volvieran a echamos de casa; y las discusiones familiares, y la eterna intervención de mamá para poner paz; y la caries de mis dientes; y mi incapacidad para encontrar mi sitio en el Is-Land, el mundo real que, para existir, tenía que absorber, más y más deprisa, cada día. ¡Si por lo menos pudiera disponer del mundo de la poesía, abiertamente, sin tener que avergonzarme y esconderlo dentro de mí!

En aquel estado de alarma frente al futuro, cuando vi a mi madre en la puerta del pabellón, con su lastimosa ropa «de vestir», el traje de chaqueta azul marino y el sombrero' de paja a juego, con flores en el ala, con un poco de miedo en la mirada (al fin y al cabo, yo había estado en un pabellón para enfermos «mentales») y aquella cara que hacía evidentes esfuerzos por adoptar una expresión de *No pasa nada*, comprendí que mi casa era el último lugar del mundo al que yo deseaba ir. Le grité a mi madre que se fuera. Ella se marchó, murmurando con perplejidad: «Pero si es una persona tan feliz, si ha sido siempre una persona tan feliz.»

Yo suponía que me tendrían en el hospital unos días más y después me darían de alta, y entonces podría buscar trabajo en Dunedin y continuar mis estudios universitarios, renunciando para siempre a la enseñanza. Yo no sabía que la alternativa a ir a mi casa era el internamiento en Seacliff. A nadie se le ocurrió preguntarme por qué había gritado a mi madre, nadie me preguntó qué planes tenía para el futuro. Inmediatamente, me convertí en una tercera persona, más aún, me despersonalicé, tanto como la nota oficial que se escribió acerca de la visita de mi madre (y que me fue comunicada muchos años después): «Se negó a abandonar el hospital.»

Fui llevada (las terceras personas también son instaladas en el modo pasivo) a Seacliff en un coche con dos muchachas de Borstal y Miss Churchill, la celadora. ¡Miss Churchill! ¡De qué curiosa manera los hechos, la gente, los sitios y los nombres oscilaban entre la ficción y la realidad!

9. 1945: Tres

Escribir una autobiografía, que generalmente se considera mirar atrás, también puede ser mirar *a través de*, porque el paso del tiempo da al ojo propiedades de rayos X. Ocurre también que el tiempo pasado no es tiempo ido, sino tiempo acumulado, y el sujeto se parece a ese personaje del cuento al que por el camino van uniéndose otros personajes, ninguno de los cuales puede ser separado de los demás ni del sujeto, y algunos llegan a adherirse con tanta fuerza que su presencia causa un dolor físico. Agréguense a los personajes todos los hechos, pensamientos y emociones y se obtiene una masa de tiempo que unas veces es un amasijo viscoso y otras, una piedra preciosa más grande que los planetas y las estrellas.

Si miro a través de 1945, veo el esqueleto del año y, sombreándolo, con sombra de vida y de muerte, veo la bomba atómica, los modestos lirios que resistieron la nevada de primavera, aniversarios de nacimientos y de muertes y dos o tres hechos más que pusieron aquellos soñados planetas y estrellas en mi mundo personal y en el de otros muchos habitantes de Nueva Zelanda. Los hechos fueron la publicación de *Beyond the Palisade*, poemas de James K. Baxter, un joven universitario, *A Book of New Zealand Verse*, recopilado por Allen Curnow y *Speaking for Ourselves*, relatos cortos seleccionados por Frank Sargeson. De niña, yo había considerado la literatura de Nueva Zelanda competencia de mi madre, y cuando quería que mi entorno —la colina, los pinares, el cincuenta y seis de Edén Street, Oamaru, la costa y el mar— despertara a la vida de la imaginación, lo único que sabía hacer era poblarlo de personajes y de sueños del mundo poético de otro hemisferio y de mis propias fabulaciones. La literatura neozelandesa existía; yo había optado por volverle la espalda, es más, casi ignoraba su existencia. Muy poca gente hablaba de ella, como si se tratara de una enfermedad vergonzosa. Sólo en la Modem Bookshop de Moray Place había estanterías de delgados libros de Nueva Zelanda, de pequeñas editoriales, y yo hasta había comprado alguno y tratado, sin conseguirlo, de escribir poemas como los de aquellos libros. Los poemas de James Baxter, con su universalidad, me intimidaban. Ahora bien, las antologías eran diferentes: su fuerza y su variedad me infundían esperanza en mi propio trabajo al tiempo que me hacían percibir a Nueva Zelanda como lugar de escritores que sabían lo que yo sentía cuando importé a J. C. Squire para describir mis adorados ríos de la Isla del Sur y, por más que leía y releía el poema, tenía que contentarme con el Congo, el Nilo, el Colorado, el Niger, el Indo, el Zambeze: nombres bellos, pero de otro mundo.

Pero aquí, en la antología del verso neozelandés (aún no se atrevían a llamarlo *poesía*), los poemas de Allen Cumow me hablaban de Canterbury y de los llanos, del «polvo y la distancia», de que nuestra tierra poseía su porción de tiempo y no tenía que tomar

prestado de los caudales shakespearianos del norte. También me hablaban del pasado, y de ausencias, y de objetos que sólo nosotros podíamos conocer, y de sustancias que por su singular influencia sobre nuestra vida se hacían obsesivas: el poema «Wild Iron» (Hierro salvaje) se me antoja parte de una historia de Nueva Zelanda y su gente.

Y estaba Denis Glover, que usaba los nombres de nuestros propios ríos y lugares, y que hasta escribía acerca de las urracas, plasmando perfectamente su grito en una brumosa mañana de otoño. Cada poeta hablaba a su manera y de su propio lugar, y ahí estaba Charles Brasch confiando en el mar como había confiado yo, sin palabras, en el Clutha, «Speak for us, great sea» (Habla por nosotros, gran mar).

También las narraciones me abrumaban por su imbricación en el lugar. Era una sensación como la del huérfano que descubre que sus padres viven y habitan en el más apetecible de los hogares: las páginas de la prosa y la poesía.

El tiempo otorga privilegios para ordenar y desordenar, insospechados hasta que se convierte en tiempo pasado. Ahora he estado escribiendo acerca de mis recuerdos de la publicación de narraciones y poemas. En el recuerdo real, estoy en un coche, hablando con dos muchachas de Borstal, camino del hospital Seacliff donde van a internarme.

10. 1945: Cuatro

Las seis semanas que pasé en el hospital de Seacliff, en un mundo que yo nunca había conocido, entre personas cuya existencia nunca hubiera creído posible, se convirtieron para mí en un curso intensivo de los horrores de la locura y la morada de los considerados locos, que me separó para siempre de mi anterior y aceptable concepto de las realidades y seguridades de la vida diaria. Desde el primer momento que pasé allí comprendí que no podría volver a mi vida habitual ni olvidar lo que había visto en Seacliff. Me sentía como si mi vida hubiera sido convulsionada por esta súbita división de las personas entre la gente «normal» de la calle y esta gente «secreta» a la que pocos habían visto o con la que pocos habían conversado pero de la que muchos hablaban con burla, risa, miedo. Vi a gente con los ojos inmóviles como los ojos de los huracanes, rodeados aquí por una turbulencia no vista ni oída que contrastaba extrañamente con aquella quietud.

Llegué a conocer y apreciar a mis compañeros de hospital. Me sentí impresionada y entristecida por su capacidad —nuestra capacidad— para aprender, observar y, muchas veces, saborear las reglas, explícitas e implícitas, de la vida hospitalaria, por el orgullo en

la observancia de la rutina diaria mostrado por pacientes que llevaban muchos años en el hospital. Existía un exclusivismo personal, geográfico y hasta lingüístico en esta comunidad de dementes que, no obstante, no tenían identidad externa, jurídica ni personal —ni ropa propia, ni maleta, ni bolso, ni efectos personales, sólo una cama provisional y un armario, y una habitación en la que sentarse a mirar el vacío llamada *sala dé día*. Muchos de los pacientes recluidos en otros pabellones de Seacliff no tenían nombre, sólo mote, ni pasado, ni futuro, sólo un ahora prisionero, un *Is-Land* eterno, sin los horizontes que lo acompañaban, sin asidero ni lugar para asentar el pie, sin siquiera su cielo cambiante.

En mi libro *Rostros en el agua*, describo con detalle el entorno y los sucesos acaecidos en los varios centros psiquiátricos que conocí durante los ocho años siguientes. También he escrito con datos objetivos acerca de mi tratamiento y mis pensamientos acerca de él. La ficción del libro reside en el retrato del personaje central, basado en mi vida pero al que di pensamientos y sentimientos eminentemente ficticios, para pintar el cuadro de la enfermedad que veía a mi alrededor. Cuando un día otra paciente, al ver fuera a unos obreros que abrían una zanja me dijo: «Mira, nos están cavando la tumba», comprendí que ella realmente lo creía así. Sus palabras son ejemplo de las palabras y la conducta que yo usé para retratar a Istina Mavet. Aun con una estancia de seis semanas, yo aprendí, como si hubiera entrado en un país extranjero, muchas de las palabras y las costumbres de los habitantes del país. También otras aprendían deprisa: las muchachas de Borstal eran maestras en el arte de amenizarse el día con una «representación» inspirada en el ejemplo.

Mi comunidad anterior fue mi familia. En *La Tierra del Es*, utilizo continuamente la primera persona del plural: nosotros. Mi época de estudiante fue tiempo conjugado en «yo». Ahora, como paciente de Seacliff, volvía a formar parte de un grupo, pero, al mismo tiempo, estaba más profundamente sola, ya no era ni siquiera un «yo» fracturado. Me convertí en «ella» o una de «ellos».

Cuando, en diciembre de 1945, salí de Seacliff para un período de prueba de seis meses y regresé al verano de Willowglen, la época más resplandeciente de Willowglen, me parecía haber experimentado un cambio trascendental, producido por la experiencia de haber vivido en un hospital psiquiátrico. Yo miraba a mi familia y me decía que ellos no sabían lo que yo había visto, que en lugares diseminados por todo el país había hombres, mujeres y niños encerrados, escondidos, que no tenían nada más que un mote, y en cuya condición se creía entrever la mano del diablo. Noté que la conducta de mi familia había variado de un modo sutil, por la circunstancia de que yo hubiera sido paciente de Seacliff, donde vivían los locos. ¿Por qué uso nuevamente la metáfora

de la araña? Parecía como si, por haber estado en el hospital, yo, como una araña, hubiera tejido en torno a mí una tela invisible que alcanzaba a todos los que «sabían» y los ataba paralizándolos en posturas, expresiones y sentimientos que hacían que me sintiera triste y sola pero también me permitían reconocer el poder que me daba haber tejido la tela y el desvalimiento de los prendidos en ella.

Cuando llevaba una o dos semanas en casa, mi familia empezó a sentirse menos recelosa en mi presencia: el cambio se notaba en que había menos miedo en su mirada; a saber lo que podía hacer yo; al fin y al cabo, estaba loca, ¿no? Mamá, como era característico en ella, empezó a negarlo todo. Yo era una persona feliz, decía. Tenía que haber alguna equivocación. Descubrí que a todos complacía que yo lo tomara a broma y contara incidentes divertidos de la «casa de campo», comparándola con un hotel. Les describí los alrededores: «Es como un pueblo —dije—. Tienen su granja, su ganado, sus cerdos, y todos los desperdicios van a la porquera. Tienen su huerto, y también sus flores. Y muchos árboles; hay un magnolio cerca de donde vive el superintendente.»

Era más fácil hablar como la niña que describe lo que ha visto y las aventuras que ha vivido durante las vacaciones.

Pero no les dije que había mirado a través de la valla de un edificio llamado *Simia*, situado lejos, en la colina, en el que había unos hombres extraños con camisa y pantalón a rayas y, algunos, sin pantalón, que daban vueltas y vueltas en un prado de hierba rala; ni que había visto un prado donde había mujeres, con sus vestidos a rayas azul oscuro; ni que había un carro, una especie de *ricksha*, que todos los días pasaba por el pabellón, lleno de carbón ni que dos hombres transportaban el carbón, uncidos al carro y conducidos por un enfermero; ni que, curiosa como siempre, me había asomado a una habitación que apestaba a orina, llena de cunas con niños extraños, algunos de meses, que hacían ruidos raros, con la cara cubierta de lágrimas y mocos; ni les dije que había una sección especial para los pacientes tuberculosos, ni que sus platos se hervían en una caldera de queroseno en la chimenea del comedor; ni que las enfermeras pasaban un rato en el ropero pequeño, doblando cartón, para hacer la diaria partida de cajas, como cajas de fresas, para que escupieran en ellas los tuberculosos.

Después de Navidad, se dijo que quizá unas vacaciones me hicieran «bien», por lo que June y yo nos fuimos a pasar dos semanas en Picton, la ciudad de mamá, donde sufrimos las consabidas picaduras veraniegas de los jijenes mientras paseábamos en lancha costeando; visitábamos a los parientes, escuchábamos nuevos detalles de la historia familiar y yo, todavía bajo el influjo de toda la música que había escuchado durante el año anterior, componía mentalmente

la que llamé mi «Sinfonía de Picton en Verde y Azul». Mis recuerdos de aquel viaje están dispersos —como semillas, imagino, un puñado, comidos por los pájaros que nos visitan en verano, aves que emigran de recuerdos invernales, o por pájaros autóctonos que se alimentan permanentemente de recuerdos—, otros no sobrevivieron y otros se convirtieron en plantas que no pueden reconocerse ni nombrarse. Yo sé que me llevé a casa el recuerdo de aquellas colinas verdes, escarpadas y opresivas, de laderas frondosas, que se alzaban ineludiblemente cercanas, como vecinos.

Cuando se nos pidió que describiéramos el viaje, June y yo contamos a la familia lo que sabíamos que querían oír, tratando de contentar a todos. Y es que habíamos aprendido en buena escuela, con nuestra madre de maestra. Y nuevamente empecé a prepararme para pasar otro año en Dunedin.

Yo pensaba buscar un trabajo con alojamiento y cursar segundo de filosofía, lógica y ética, pero sin examinarme. Me habían asegurado que, aunque no me hubiera presentado al examen de fin de curso de psicología, el trabajo del año me aseguraba el aprobado. Quizá olvidé llenar los formularios precisos, pero lo cierto es que averigüé que estaba *suspendida*. ¡Suspendida!

Entretanto, en casa, teníamos el problema de recuperar mis ahorros de veinte libras, de la Oficina Pública de Depósitos que se había hecho cargo de mis asuntos por hallarme oficialmente perturbada. Nuevamente, mis hermanas, mi hermano y yo aunamos esfuerzos para exigir que se respetaran nuestros derechos. Isabel fue la encargada de redactar una severa carta al director de la Oficina Pública de Depósitos, quien respondió que la confiscación de mi «propiedad» se había hecho en mi propio interés, dado que yo estaba oficialmente incapacitada y no tendría derechos legales hasta que hubiera concluido mi período de prueba de seis meses y el médico certificara mi curación.

Entonces, ¿no podrían concederme un subsidio por enfermedad hasta que volviera a trabajar?

Mi visita al médico de Seacliff en el hospital de Oamaru produjo una nueva sorpresa, ya que en el certificado médico se leía: «Naturaleza de la enfermedad: *esquizofrenia.*»

Al llegar a casa, anuncié con orgullo y temor: «Tengo esquizofrenia.»

Busqué en mi libro de psicología, el capítulo de patologías en el que no encontré referencia a la esquizofrenia y sí únicamente a una enfermedad mental que, al parecer, sólo afectaba a personas jóvenes como yo: *dementia praecox*, la cual era descrita como el deterioro gradual de la mente, incurable. En las notas al final del capítulo se explicaba que, actualmente, la *dementia praecox* también se conocía

por el nombre de esquizofrenia. *Esquizofrenia*. Progresivo deterioro de la mente. De la mente y del comportamiento. ¿Qué me sucedería? Incurable. Deterioro progresivo. Yo padecía esquizofrenia. Esto parecía mi sentencia, como si yo hubiera emergido de una crisálida, el estado humano natural, y me hubiera metamorfoseado en una criatura de otra especie y, aunque todavía había partes de mí que resultaban familiares a los seres humanos, mi progresivo deterioro me separaría más y más de ellos y al final ni mi propia familia me reconocería.

Al término del esplendoroso verano de Willowglen, esta sensación de estar condenada me asaltaba sólo fugazmente, como las nubes viajeras tapan el sol. Yo sabía que era tímida, más bien miedosa, sobre todo, después de mis seis semanas de hospital y de haber visto lo que había visto a mi alrededor y que me entregaba al mundo de la imaginación, pero también sabía que estaba plenamente presente en el mundo «real» y que cualquier sombra que pudiera proyectarse sobre mí estaba tan sólo en las palabras del certificado médico.

Cuando empezaba el curso universitario, puse un anuncio solicitando empleo con alojamiento en Dunedin, en el que me describía como «estudiante documentalista», y recibí una respuesta de Mrs. B. de Playfair Street, Caversham, que tenía una pensión y cuidaba ancianas. Yo sería criada-enfermera, con un salario de tres libras a la semana, «todo incluido» y las tardes libres. Las tardes libres. Tiempo para escribir mis cuentos y poemas.

11. La pensión y el Nuevo Mundo

Una vez más, viajé hacia el sur en el tren lento de Dunedin del domingo, parando en todas las estaciones, asomándome a mirar desde el anticuado coche enganchado para los escasos pasajeros a los vagones cubiertos de hule. Como de costumbre, hubo descargas, cargas, desenganche de vagones con las correspondientes sacudidas, largos períodos en los que el coche parecía haberse quedado solo en medio de bosquecillos de eucaliptos, matas de «manuka», «matagouri», pantanos, corderos y casas abandonadas, como si hiciera una excursión a ninguna parte que era también un ayer lleno de paz y de tristeza. Yo miraba por la anticuada ventanilla que se abría tirando hacia arriba (a diferencia de las más modernas de los expresos que se subían con manivela) y sentía una fuerza que sólo podía ser la fuerza del amor que tiraba de mí hacia aquella tierra en la que parecía no haber nadie. Yo sentía una nueva responsabilidad para con todo y con todos, porque en cada momento tenía presente el recuerdo de la gente vista en Seacliff, y este conocimiento hacía cambiar hasta el paisaje y mis sentimientos hacia él.

Cuando el tren paró en la estación de Seacliff, vi a los pocos

pacientes *en libertad vigilada* que estaban en el andén para ver pasar el tren. Yo *sabía*, ¿comprenden? Interiormente, me describía a mí misma con las palabras que sabía que amigos y parientes utilizaban al hablar de mí. «Ha estado en Seacliff. Tuvieron que llevarla a Seacliff.» Y pensaba en el horror que percibí en la voz de mi madre años atrás, cuando respondió al médico que sugería enviar allí a Bruddie: «Nunca. Nunca. Un hijo mío nunca irá a ese lugar.» Y yo era hija suya, ¿no? ¿No? Y ella había firmado unos papeles para enviarme allí. Me sentía inquieta, tratando de repartir en porciones el amor familiar para averiguar cuánto me correspondía.

Miré a la «gente corriente» del coche. ¿Sabían dónde había estado yo? Si lo supieran, me mirarían y luego desviarían la mirada rápidamente para ocultar el temor y la fascinada curiosidad, como si degustaran una experiencia que —gracias a Dios, pensarían ellos— nunca conocerían pero que les intrigaba estremecida y vivamente? Si supieran lo mío, ¿buscarían alguna señal, como antaño la buscaba yo cuando, a mi vez, miraba fijamente a los locos en la estación de Seacliff?

Bien, pensaba yo, las señales solían ser secretas, pero ahora ya las conocía, era una observadora experimentada, había visitado la tierra extraña.

Y también recordaba con espanto: dicen que tengo *esquizofrenia*. Una enfermedad sin esperanza.

Pero las ruedas del tren, que durante toda mi vida ferroviaria habían dicho *Kaitangata, Kaitangata, Kaitangata*, permanecían ajenas a mi extraña enfermedad: su hierro contra hierro decía obstinadamente *Kaitangata, Kaitangata, Kaitangata.*

El tren llegó a la estación de Dunedin. Me sentía muy sola, marginada. Todos aquellos días maravillosos en que me sentía integrada en la Escuela de Magisterio, cuando cantábamos «El diácono *bajó*» y hablábamos con aquel desparpajo de *Party*, de las lecciones de *Peda* y los días de control, las clases de inglés y francés, mi año de enseñar a aquellos niños a los que había *llegado a* querer, se habían desvanecido como si nunca hubieran existido, impresión acentuada por la circunstancia de que, desde mi desaparición e internamiento en Seacliff, no había recibido de la escuela, ni de la universidad, ni del colegio más que una carta de mi amiga Sheila y unas líneas de John Forrest invitándome a mantener «pequeñas charlas» con él durante el año próximo. Yo me aferraba a la idea de tener a alguien con quien hablar y me felicitaba de que ese alguien fuera un joven interesante.

Yo tomaba en serio mi nueva condición. Si el mundo de los locos era el mundo al que yo pertenecía ahora oficialmente (enfermedad incurable, sin esperanza), me serviría de él para sobrevivir, para sobresalir. Yo intuía que ello no me impediría ser poeta. Por lo tanto,

fue con una sensación de soledad, pero con una nueva serenidad muy distinta de aquel temor de mi primera llegada a la gran ciudad de Dunedin, como tomé un taxi para ir a Playfeir Street, Caversham, en el corazón de la zona de la Escuela Industrial.

Dunedin Sur —Kensington, Caversham, St. Kilda— era una comunidad pobre, en la que la vida se pasaba en perpetua «fatiga» y cuyo paisaje bajo reflejaba la vida de sus habitantes, como si aquí el esfuerzo y la esperanza fueran arrastrados por las periódicas inundaciones, mientras los habitantes de los barrios altos prosperaban. Yo había enseñado en el colegio de Caversham y en Kensington, en el colegio «debajo del puente del ferrocarril» y había visto la pobreza, las hileras de casas destartaladas que el tiempo, las lluvias y las inundaciones habían dejado de color galleta; y a los niños pálidos, de pelo lacio y aspecto húmedo, como si todos los días los trajera la marea.

Mi recuerdo de los huéspedes y del matrimonio dueño de la pensión y de su hijo es esquemático, como una escena esbozada a grandes rasgos en blanco y negro y cada persona está representada sólo en silueta con el pelo saliéndole del cráneo como hierba. Pero, aun así, sostienen un invisible cuenco rebosante de sentimiento, y es su sentimiento, el callado y el expresado, lo que más vívidamente recuerdo. Eran personas infelices y angustiadas que trataban desesperadamente de simular que eran felices y no perdían ocasión de contarse unos a otros, a las horas de comer, cosas alegres, para contribuir a hacer posible la felicidad. Los hombres, la mayoría, trabajaban en los talleres del ferrocarril y las mujeres, en las fábricas —chocolate o mermelada— o en una sucursal de la fábrica de lanas. Un joven se quedaba sin trabajo a cada pocas semanas, encontraba otro, lo perdía, y por la noche, a la hora de la cena, los otros hablaban de su éxito o su fracaso, explicando, excusando, condenando. Se criticaban unos a otros, se gastaban bromas, rápidamente se echaban encima del inconformista. Del marido de la dueña no recuerdo sino que era un hombre alto, pálido y encorvado que llevaba leña del cobertizo a la sala en la que todo el mundo se reunía por la noche, las mujeres, con la media, los hombres, a jugar a las cartas o a leer el periódico deportivo y, a veces, una de las huéspedes que se reconocía que había «fracasado» en la vida (a diferencia de otros que todavía tenían excusas y razones válidas), una mujer delgada de treinta y tantos años, sin marido ni amante (razón por la que se la consideraba fracasada) pulsaba las amarillentas teclas del piano, mientras el solterón, un viajante rechoncho y popular («ese hombre, siempre lo mismo; con él sabes a qué atenerte») cantaba la canción favorita del momento:

Beyond the sunset
to blissful morning...

(Más allá del ocaso / hacia la mañana jubilosa...)

Nada más llegar, expliqué que, fuera de las horas de trabajo, estaría muy ocupada, por lo que a veces preferiría comer en mi habitación. Yo era estudiante y me dedicaba a un trabajo particular de documentación, dije —con mi sonrisa fácil (procurando esconder mis avanzadas caries), mi voz agradable, sin taras físicas visibles y mi enhiesta mata de pelo rojo y rizado—. Mis obligaciones consistían en preparar y servir el desayuno, limpiar la casa y atender a las cuatro ancianas imposibilitadas que ocupaban sendas camas en los ángulos de la habitación grande. Yo las lavaba, ayudaba a darles la vuelta y a colocar el aro de goma debajo de sus cuerpos enflaquecidos, con pliegues en la piel, y gránulos, como los de las gallinas al perder las plumas. Yo les aplicaba alcohol de metilo en las llagas y les empolvaba el cuerpo. Les daba de comer, usando a veces el tazón especial de porcelana blanca. Les ayudaba a usar el sillico de madera o les colocaba la cuña bajo las fláccidas nalgas.

Descubrí con sorpresa que una de las cuatro ancianas era Mrs. K., la hermana de la tía Han, la mujer del tío Bob que se había retirado de la panadería de Mosgiel y ahora tenía un «quiosco» de tabaco del tamaño de una cabina telefónica, en el que vendía cigarrillos, tabaco, boletos de apuestas y prensa deportiva. La anciana Mrs. K., que era madre de la estudiante cuyo nombre yo había «dejado caer» como «sobrina de mi tía» cuando fui aceptada en la Escuela de Magisterio, era una mujer alta, huesuda, de cara imperiosa y aguileña. Su familia procedía del Otago Central, y Mrs. K. parecía haber adoptado en su cuerpo la orografía de la región. Al igual que la tía Han, su hermana, Mrs.

K. tenía una boca y unos labios predispuestos para expresar instantánea desaprobación. Decía papá que la boca de la tía Han era como *el* trasero de una gallina a punto de poner.

Allí, en casa de Mrs. B., me hice amiga de la hermana de la tía Han. Descubrí en mí dulzura y una paciencia inagotable para con los enfermos y ancianos. Me gustaba servir y atender a la gente, hacer lo que me mandaban y darles la comida que me pedían. Nunca tuve que reprimir la impaciencia, la irritación o el enojo: parecía una criada «nata». El descubrimiento me asustó: yo estaba haciendo lo que había hecho mi madre desde que la conocía, y me gustaba mi nuevo papel: podía anularme por completo y vivir sólo a través de los sentimientos de los demás.

Mi habitación, que antes había sido cuarto ropero, era pequeña,

con estantes a lo largo de una pared y una cama arrimada a la otra. La vista desde su única y pequeña ventana era «puro Caversham»: sombríos edificios de piedra gris y una lejana silueta de las altas chimeneas de Parkside, el hogar de ancianos, que se ajustaba a mi idea de un asilo inglés del siglo XIX. Cuando terminaba las tareas de la mañana, me iba a mi habitación, me sentaba en la cama y me ponía a escribir mis historias y poemas, porque, al igual que cuando era niña, había un momento para escribir en el que yo sabía que también otros niños estaban escribiendo poemas, ahora era consciente de que en mi propio país había escritores. La inspiración para mis relatos la debía, en parte, a la lectura de William Saroyan y a la jubilosa impresión, no traducida en pensamiento, de que «eso también puedo hacerlo yo». Y, además de la emoción de estar en un país que despertaba a su propia literatura, que *hablaba por sí mismo*, ahora, que muchos escritores volvían de la guerra, con la urgencia de comunicar sus experiencias, yo, a mi vez, sentía también la inspiración de mi propio tesoro recién adquirido —mis seis semanas en un hospital para enfermos mentales, lo que había sentido y visto, y en lo que me había convertido, mi condición oficial de esquizofrénica. Y, mientras yo daba de comer a los huéspedes de la pensión, ellos me alimentaban a mí del cuenco invisible de sus sentimientos.

Mi vida fuera de la pensión consistía en clases nocturnas de lógica y ética y «charlas» semanales con John Forrest, en un pequeño despacho del último piso del edificio de la universidad llamado la Casa de los Profesores. También pasaba horas en la Biblioteca Pública de Dunedin, leyendo historiales de pacientes que padecían esquizofrenia, y mi alarma y mi sensación de estar sentenciada aumentaban mientras trataba de imaginar lo que me ocurriría. El que la idea de que sufría de esquizofrenia me pareciera tan irreal no hizo sino aumentar mi confusión cuando me enteré de que uno de los síntomas era que «las cosas parecían irreales». No tenía escapatoria.

Mi consuelo eran las «charlas» con John Forrest, porque él era mi enlace con el mundo que yo había conocido, y, como yo quería que las «charlas» continuaran, me fabriqué un formidable repertorio esquizofrénico: yo me tendía en el sofá mientras el joven y apuesto John Forrest, recién barnizado de Freud, anotaba todo lo que yo decía, y entonces, de pronto, yo extraviaba la mirada, como si soñara despierta y empezaba a relatar una fantasía como si la viviera. La describía con todo detalle y John Forrest me escuchaba, impresionado, serio. Generalmente, yo agregaba a mi fantasía detalles de mis lecturas sobre la esquizofrenia.

—Padece soledad del alma interior —dijo John un día. A pesar de su juventud, de su afición a practicar la psicología y de su aparente credulidad, su percepción de la «soledad interior» era indicio de que

poseía una especial perspicacia. Entonces hizo una observación que influiría en mi comportamiento y mi razón durante muchos años—: Usted me recuerda a Van Gogh, a Hugo Wolf...

Yo era una ignorante que apenas sabía nada de Van Gogh y de Hugo Wolf, por lo que recurrí nuevamente a los libros en busca de información y descubrí que Hugo Wolf «murió demente» y que Van Gogh «se disparó un tiro, desesperado por su condición». Leí que también Schumann «sufrió un grave deterioro de su salud mental». Los tres eran calificados de *esquizofrénicos*, siendo sus dotes artísticas, aparentemente, fruto de su esquizofrenia. Grandes artistas, visionarios...

De manera que me habían puesto cubierto en el terrible banquete. Yo no me hacía ilusiones de «grandeza» pero, por lo menos, podría poner en mi trabajo y, si era necesario, en mi vida, la marca de mi esquizofrenia.

Cuando John Forrest se enteró de que escribía poemas y cuentos se mostró encantado. Me propuso que, a medida que fuera escribiéndolos, se los diera a guardar. Por lo tanto, empecé a llevarle mis historias y poemas. Yo reservaba la «esquizofrenia pura» para las poesías, que era donde mejor encajaba, y esperaba, ilusionada, los elogios de John Forrest a mi trabajo; y cuando hube ahorrado lo suficiente para comprar una máquina de escribir Barlock 20 de segunda mano y pude mecanografiar mi trabajo, al principio con uno o dos dedos, me pareció que tenía cuanto podía desear: un lugar en el que escribir, tiempo para escribir, dinero suficiente para vivir, alguien con quien hablar o, por lo menos, a quien tratar de impresionar, ya que casi todos mis pensamientos los guardaba para mí, y una enfermedad lo bastante interesante como para ser mi aliada en mi quehacer artístico y asegurarme, siempre que yo pudiera mantener los síntomas pertinentes, la atención de John Forrest. Yo jugaba a un juego, medio en serio, para impresionar a un joven atractivo que se interesaba por la psicología y el arte; no obstante, a pesar de que mis alucinaciones y visiones eran simuladas, me sentía cada vez más intranquila por la similitud que advertía entre algunos de mis verdaderos sentimientos y los atribuidos a las personas aquejadas de esquizofrenia. Yo era tímida, retraída. Prefería escribir, explorar el mundo de la imaginación a relacionarme con la gente. De todos modos, nunca perdía contacto con el mundo real, aunque era capaz de «utilizar» este síntoma de modo convincente cuando la ocasión lo requería.

Yo no sabía lo que eran los impulsos sexuales; debía de tenerlos, sin duda, pero, en mi inocencia, no los reconocía. Un día, leyendo un caso de esquizofrenia, me enteré de que una mujer temía ir al dentista (lo mismo que yo, aunque también me lo impedía la falta de dinero) y,

al ser analizada al modo de Freud, se descubrió que el *miedo al dentista* era frecuente entre los esquizofrénicos, ya que *el miedo al dentista* era interpretado como *remordimiento por la masturbación* que, según se decía, ¡era una de las causas y síntoma permanente de la esquizofrenia!

Yo medité sobre esto: desde luego, temía ir al dentista, porque sabía que mis dientes no tenían arreglo (en aquel entonces, en Nueva Zelanda, la opinión generalizada era que, en cualquier caso, la dentadura natural era preferible arrancarla, reflejo de la dilapidadora mentalidad colonial, patente también en la deforestación innecesaria). En cuanto a la masturbación, ésta era una palabra que yo ignoraba y un acto del que era inocente. Pero este nuevo dato despertó mi curiosidad, y me propuse investigar tanto el significado como el acto, ya que, si se consideraba una de las causas de la enfermedad, ¡yo tenía que conocerlo! Se daba el caso de que mis hermanas y yo, considerando necesario ampliar nuestra educación sexual y sin nadie que pudiera explicarnos la teoría, pedimos por correo un libro muy anunciado que nos llegó envuelto en papel sin marcas: *Meeting and Mating (Encuentro y elección de pareja)*. Toda persona *instruida*, que tuviera una actitud sana hacia la sexualidad y el matrimonio, leía y recomendaba *Meeting and Mating*. En él encontramos detalles que habíamos buscado en vano en el *Ladies' Handbook of Home Treatment (Manual femenino de la vida familiar)*, capítulo «El gran mundo exterior de Dios», cuya lectura se recomendaba a las jóvenes en vísperas de contraer matrimonio. El nuevo libro se refería a la masturbación, describiéndola detalladamente y explicando que era aceptable tanto para hombres como para mujeres, y que no debía causar remordimiento.

Desde luego, probé. Y, de pronto, la niñez se me quedó atrás, muy atrás, porque ahora yo *sabía* y no podía volver al estado de ignorancia, y la curiosidad que me quedaba era: ¿Qué ocurriría si uno nunca llegara a saber? Al cabo de unas semanas, dije a John Forrest:

—Es horrible, no puedo decírselo, hace años que lo hago. Es... Es... —Él estaba expectante—. Es la masturbación, me preocupa la masturbación...

—Es frecuente —dijo él, y empezó a explicar, como explicaba el libro, que era algo «perfectamente normal, que todo el mundo lo hacía».

El esquema de aquella «pequeña charla» fue tan perfecto que (ahora) me parece recordar que por la cara de John Forrest, espejo de freudiano interés, cruzó una fugaz expresión de triunfo: aquí tenía a una esquizofrénica «de libro».

Yo seguía temiendo quedarme otra vez sin alguien con quien hablar, es decir, en un estado «normal» próximo a la depresión, ya que

me encontraba en el consabido camino de ansiedad de la adolescencia, sin saber cómo «habérmelas» con la vida diaria; no obstante, por extraño que pueda parecer, para mitigar mi angustia, me sentía impulsada a elegir un camino más claramente señalizado en el que mi avance atrajera más atención y, según descubrí, más ayuda práctica. No creo que llegara a ocurrírseme que la gente pudiera querer ayudarme si yo mantenía mi apariencia habitual, tímida y risueña. Hasta entonces, la vida me había enseñado a dar un rendimiento, a obtener aprobados contestando a las preguntas de los exámenes, resolviendo problemas, exhibiendo destellos de «listeza» y «peculiaridad». Generalmente, me avergonzaba de mi forma de vestir. Me confundía mi pelo crespo y la atención que atraía, y el encarecimiento con que la gente me aconsejaba que me lo «estirara», como si planteara una amenaza. Yo no tenía facilidad para la conversación, no era ingeniosa, ni brillante. Era un ave vulgar de plumaje gris que se pasaba la vida exhibiendo al mundo sus dos o tres plumas carmesí que adaptaba a cada momento de la vida. De niña, presumía calculando mentalmente, recitando de memoria largos pasajes de verso y de prosa y dando soluciones matemáticas; ahora, para amoldarme a las nuevas circunstancias, llevaba mis galas de esquizofrénica.

En 1946, cuando terminó mi período «de prueba», fui declarada mentalmente sana; tuve la sensación de haber perdido algo, pero pasajera, porque había escrito una serie de relatos cortos y poesías que John Forrest había enseñado a Denis Glover de Caxton Press, quien estaba interesado en publicar los relatos en un libro, y quizá también las poesías. Me parecía que había empezado mi carrera de escritora.

Y entonces, hacia el final del año, John Forrest anunció que había solicitado trabajo de psicólogo en los Estados Unidos donde esperaba doctorarse. Saldría de Nueva Zelanda a principios de 1947. Me dijo que, si necesitaba a alguien con quien hablar, podía recomendarme a Mrs. R., una amiga suya que vivía en Christchurch a la que había hablado de mí, y agregó que era una mujer que poseía sensibilidad artística y estaba interesada en mi «caso».

—Buscaré trabajo en Christchurch y quizá me matricule en la Universidad de Canterbury —dije, muy tranquila, mientras veía cómo mi seguro mundo esquizofrénico de «pequeñas charlas» empezaba a desmoronarse, dejándome sola en una ciudad extraña. Me preguntaba cómo había podido creerme integrada en Dunedin, ni si podría integrarme en Christchurch. Caxton Press estaban en Christchurch, y el libro que pensaban publicar algún día... ¿quizá, si lo publicaban, el libro fuera como un pariente que viviera cerca, y ya no me sentiría aislada?

Me preguntaba adónde iría. Sabía que en mi casa no podía estar

más de un par de meses sin que me invadiera la tristeza por la lucha interminable de cada cual —por dinero, amor, dominio, o un océano de paz—. Siempre habría un hotel o una pensión que me diera trabajo, pero ¿por qué tenía que terminar 1946?

Yo, de pie en el acantilado, trataba de sujetar las alas de 1946 que se agitaban sobre la tierra y la hierba salpicada de sal, preparándose para alzar el vuelo hacia el ayer. En la realidad, me despedí de todos los habitantes de Playfair Street, Caversham —de las cuatro ancianas y de los huéspedes con sus secretos fracasos y vergüenzas y sus pequeñas alegrías compartidas, de los dueños de la pensión y de su hijo de cuatro años que todavía no hablaba, aunque todo el mundo hacía como si no se hubiera dado cuenta—; y me marché con mis flamantes referencias, por si necesitaba trabajar en Christchurch: «Cortés con los huéspedes en todo momento, trabajadora, agradable...», y un gatito negro que luego resultó gatita, al que llamé *Sigmund*, y, después, *Sigmunde*, cariñosamente, *Siggy*; y, otra vez pasajera del ferrocarril, entre las acederas, los guisantes de olor y «la herrumbre de las vías», viajé rumbo al norte en el «Express» y, cuando el tren se acercaba a Oamaru, antes de llegar a los Gardens, por la izquierda, divisé fugazmente Willowglen que se engalanaba de verano.

12. Verano en Willowglen

Yo no había conocido un invierno completo en Willowglen: sólo June y Bruddie, mamá y papá habían sufrido las calamidades del invierno, cuando el arroyo se salía de cauce y las vacas (¿cómo íbamos a tener un establo y tres acres de tierra sin vacas con las que compartirlo?) removían con las pezuñas el barro del camino dejándolo impracticable; yo sólo había pasado fines de semana, acurrucada bajo las mantas, abrazada a una botella de barro de agua caliente, en el helado dormitorio grande o, vestida como un mozo de granja, con botas de goma y el impermeable de pesca de papá, recorriendo el monte para entrar en calor.

Papá y Bruddie habían trabajado de firme para reparar la casa. La cocina ya no tenía el suelo de tierra. El tejado era impermeable. Se habían instalado cañerías (que en invierno se helaban) que nos traían el agua de la ciudad, y en el fregadero había un depósito de agua caliente. Ahora teníamos teléfono en el pasillo, línea compartida, con un auricular muy largo en forma de trombón. Cuando sonaba el teléfono era mamá quien solía cogerlo. Papá se negaba, con evidente temor, mientras mamá, no menos temerosa, se preparaba para la impresión del mensaje, porque un teléfono, al igual que un telegrama, se usaba en casos de urgencia, y podía significar vida o muerte. La guía permanecía en el «macetero» que siempre había formado parte de

la familia, al igual que otros muebles lo bastante pequeños como para encajar en la casa, con nombres que hablaban de otra época: el macetero, que nunca tuvo maceta; la mesa de ajedrez del abuelo con sus oscuros grabados chamuscados de un rey y una reina muertos hacía tiempo; el *chiffonnier*...

Fue un verano paradisíaco. Yo tenía mi sitio, en el tronco del abedul junto al arroyo, donde podía observar el «pukeko», los patos y las anguilas y contemplar, a través de la protección de los sauces, el prado al que todas las semanas conducían el ganado de la granja que había que llevar a vender a los establos de Waiareka, desde donde era transportado en camión a los Frigoríficos de Pukeuri que yo sabía que eran el *abattoir*, aunque durante muchos años mantuve la palabra en el umbral del conocimiento, allí donde las palabras remolonean, van y vienen sin que se investigue su significado ni se las invite a entrar en el ámbito expuesto al relámpago de la comprensión. A veces, fútilmente, yo rescataba del pantano a un cordero y por este servicio el granjero, un hombre alto, de cara cuadrada, gafas de concha y un aspecto que yo hubiera podido asociar con el de un violoncelista o un pianista, me daba una gratificación de cinco libras.

Desde detrás de los sauces yo podía ver, sin ser vista, la carretera y al cartero que en su bicicleta se acercaba a nuestro buzón, el último de la calle antes de las granjas y los prados y la carretera del Molino Viejo. Yo me preguntaba si el cartero me traería una carta. ¿De dónde? ¿De quién? Papá había construido un buzón en forma de casa, con chimenea, ventanas y puertas pintadas, paredes rojas y un tejado verde con aleros, y cuando el cartero se alejaba yo iba a abrir la casa-buzón. En Navidad, John Forrest me mandó una postal. Yo la recibí como un tesoro, tratando de adivinar el grado de afecto que expresaba el «suyo afectísimo». ¿Era más o menos que «afectuosamente»? Con mi destructivo realismo, comprendí que aquel «suyo afectísimo» no encerraba mucha esperanza, ni siquiera analizándolo letra por letra ni repitiéndolo suavemente con voz romántica. Yo no estaba enamorada de John Forrest, pero necesitaba su interés y su atención, y era muy halagador advertir el interés que había en los ojos de mamá cuando me preguntaba: «¿Has tenido noticias de Mr. Forrest?» Yo extinguía cualquier esperanza que pudiera tener respondiendo: «No es eso, mamá. Es algo pasajero. Es un fenómeno muy conocido. No lo entenderías.»

Fue también un verano de presentimientos y cambios. Isabel sufrió un desvanecimiento mientras nadaba en los baños y a punto estuvo de no poder salir del agua. El médico que acudió a atenderla dijo: «El corazón.» Era tan espantoso pensar que pudiera repetirse la tragedia que cerramos los ojos al incidente; no estoy segura de sí lo dijimos a nuestros padres. Isabel había terminado un enérgico primer

año de enseñanza y ella y su enamorado estaban pensando en prometerse y casarse.

Isabel, June y yo, reunidas con la camaradería del verano, después de la inevitable separación impuesta por nuestra condición de personas mayores, al descubrir en nosotras un nuevo sentimiento hacia nuestros padres y sus muchos sacrificios, decidimos que era el momento de reunir todo el dinero que teníamos para que mamá pudiera tener sus vacaciones soñadas, una visita a Picton, su ciudad natal. Papá no mostró interés en ir, porque generalmente él pasaba sus vacaciones anuales en casa de la tía Polly, durante la temporada de fútbol, para los partidos de prueba. Ahora mamá tendría *sus* vacaciones.

—Oh, no —dijo ella—. Gastaros el dinero en vosotros, niños.

Nosotros insistimos. Mamá, naturalmente, tenía reparo, después de una ausencia de casi treinta años.

Nosotros la convencimos de que se fuera, llevándose a Isabel, y todos, papá, Bruddie, June, Isabel y yo, contribuimos al fondo y, a primeros de febrero, con su billete de primera gratis en su bolso nuevo, su mejor —su único— traje de chaqueta y un sombrero de paja nuevo, mamá se fue con Isabel a hacer sus vacaciones soñadas.

Las acompañamos al expreso. Con nuestra recién descubierta sensibilidad hacia lo que con tristeza y pesar llamábamos «la clase de vida que habrá llevado mamá», tratamos de calmar su evidente aprensión por la idea de dejar su casa. Dimos instrucciones de que mamá o Isabel nos llamaran por teléfono en los próximos días.

—Sólo para saber de vosotras.

—Y tú estás *contenta* de marcharte, ¿verdad, mamá?

Sabíamos que estaba contenta. Podíamos verle asomar a la cara la alegría de antes: Oh, Waikawa Road, Oh, Old Caps, Oh, los estrechos, y Port Underwood, Diffenbach y Pebble Path, os acordáis de Pebble Path, niños, los temporales y los barcos naufragados. Oh, Pioneers...

Estuvimos agitando la mano hasta que pudo decirse honradamente que el tren se había perdido de vista, es decir que desapareció más allá del depósito de locomotoras en la pura distancia del llano, donde las dos vías se unen, como nos habían enseñado a dibujarlas en las lecciones de perspectiva, y pronto el tren y la gente que llevaba dentro fueron una raya estrecha, una «I» con una nubecita de humo en forma de «S» encima, más allá del Instituto de los Chicos y Pukeuri, cruzando los llanos de Canterbury, camino de Christchurch y Picton.

13. Otra muerte por agua

La ausencia de mamá era como una muerte. Papá, en su extremo de la

mesa, al lado de la cocina de carbón, leía taciturno el último *Humour*, sin nadie que le endulzara y removiera el té y compartiera su interés en ver cuántas burbujas subían a la superficie, presagio de *paquetes* («¡Mira, dos paquetes...!», nadie que le rascara la espalda y se acostara con él, y nadie a quien quejarse: «Tienes unos pies que son dos carámbanos.»

•June y yo debíamos hacer la comida y ayudar a Bruddie con las vacas, pero después del primer día, cuando la casa marchaba sin tropiezo y nosotras habíamos acatado los deseos de papá de no «hacer guisos raros», la ausencia de mamá era como una helada negra en la casa sin sol. También echábamos de menos a Isabel, de otro modo; nos faltaba su interminable ajetreo, siempre arreglando vestidos, subiendo o bajando dobladillos, tratando de remendar zapatos, dando su sincera opinión sobre todas las cosas y personas; e imaginando cómo sería su «futuro». Había decidido que un año de enseñanza era suficiente. Se casaría, pero, además, tal vez fuera periodista de un gran periódico o... algo, desde luego, *algo*. Cuando el mundo se abrió ante ella en Dunedin solía ir a patinar; aquí, en Oamaru, iba a nadar a los Baños.

La segunda tarde del viaje a Picton, sonó el teléfono. Contestó June, que, entre los parásitos de la línea, oyó que era «conferencia de Picton». Papá estaba en el trabajo y Bruddie había salido. Llamaba la tía Grace. Luego, en la cocina, hubo una conmoción invisible, como si del teléfono hubieran salido los parásitos: Isabel se había desmayado mientras nadaba en el puerto de Picton, y se había ahogado. Habría una investigación judicial y, después, mamá traería a Isabel en el tren.

De nada hubiera servido suponer siquiera que era un error: Isabel, ahogada. Hacía casi diez años de la muerte de Myrtle y este nuevo golpe, el segundo rayo, nos carbonizó el pensamiento y el sentimiento. ¿Qué se podía pensar o sentir?

Volvió a sonar el teléfono. Era papá: se había enterado de la noticia y venía para casa. Bruddie también venía. La noticia estaba en todas partes: tragedia familiar repetida al cabo de diez años. Joven de Oamaru ahogada.

Unos la llamaban «joven» y otros, «mujer». Isabel May Frame, de veintiún años.

June y yo estábamos todavía solas en casa, consolándonos mutuamente, cuando llamaron a la puerta del porche de atrás. ¡Era JB! Miss Wilson, la directora de Waitaki, a la que Isabel, June y yo llamábamos «el magnífico *Titanic*, el moderno y potente trasantlántico, quince mil toneladas de acero...». Creo que el asombro que nos produjo recibir la visita de la directora de Waitaki, después de tantos años de absoluta separación entre la vida familiar y la vida escolar, mientras íbamos a la escuela, casi anuló el dolor. Miss Wilson se sentaba realmente en *nuestro sofá*, nuestro sofá, con los muelles y el

relleno al aire, y la mancha oscura cerca del brazo donde hacía años se había meado el gato de Bruddie y nosotras tratamos de quitar la mancha y el olor con la botella de esencia de clavel que nos habían regalado en Navidad.

Y, de pronto, Miss Wilson nos abrazaba y todas llorábamos y nosotras pensamos: ¡Si Isabel pudiera vemos ahora, con JB!

Mi primera impresión acerca de la muerte de Isabel, como la muerte de Myrtle, de que quizá se hubiera resuelto un problema pero con un coste excesivo, fue seguida de aquella sensación de que se trataba de un episodio de sueño que tuvo también la primera muerte por agua, y el que me diera por asociar a ambas con una cita de T. S. Eliot, me recordaba que yo seguía habitando un mundo literario. Había vivido a través de *The Waste Land*, había conocido a Flebas el fenicio que,

dos semanas muerto,
olvidó el grito de las gaviotas.

Yo había conocido y experimentado el ritmo y la emoción de *Las olas* de Virginia Woolf, las tragedias de Tess y de Jude y los golpes y más golpes recibidos por la familia Bronté. Esta nueva muerte ponía el epílogo a las viejas historias y el prólogo a las nuevas, las de nuestra propia tierra, en la que el «gran mar» y los ríos hablarían por nosotros y nosotros «hablaríamos por nosotros mismos», donde, ahora mismo, el Tiempo había fijado al fin su residencia, en los llanos de Canterbury, no muy lejos de Picton, como

... el viento del Noroeste que husmea entre los pinos
... la carrera del agua y la herrumbre de los rieles

esos mismos rieles que se juntaban en la distancia en aguda perspectiva, oscura flecha de la ausencia.

Una vez más, nuestro dolor y nuestras lágrimas se inscribían en el entorno familiar y los objetos más corrientes se convertían en los más lacerantes: la costura sin terminar, los dobladillos de los vestidos de verano sin coser, la torera nueva de Isabel, los zapatos blancos de verano, en medio de la habitación donde habían quedado el día en que se fue de viaje. Y estaba la tragedia añadida de las vacaciones de mamá y la perfección novelesca de los hechos, justos o injustos. La carga que debía soportar mamá era inimaginable: el accidente, la investigación judicial (la segunda) y el largo viaje en tren con lo que ahora era, oficialmente, «el cadáver».

Estábamos en el andén de la estación de Oamaru esperando el

tren de Picton. Todo el mundo lo sabía y nos miraba a papá, a Bruddie, a June y a mí con conmiseración. A un extremo del andén, junto a la puerta de mercancías y los aseos de hombres, esperaba el director de la funeraria con el furgón de espaldas al andén. El quiosco de libros y las cantinas estaban abiertos, esperando al expreso, y las camareras, puestas en fila detrás del mostrador, aguardaban la avalancha de pasajeros que entrarían en busca de empanadillas calientes, bocadillos, pasteles y refrescos. Quizá no todos lo supieran; a medida que llegaban nuevos pasajeros, desconocidos, a esperar el tren, se formaban en el andén mareas que subían y bajaban de los que sabían y los que no sabían; y, más allá del andén, al otro lado de las hileras de los viejos coches y vagones rojos, el tranquilo mar del verano, color de piedra verdegrís agitaba pequeñas orlas onduladas entre las rocas de la orilla. Yo no podía ver el agua, pero la conocía y con la imaginación hasta podía tocar las burbujas de espuma y sentir el agua como una piedra verdegrís súbitamente transparente y fluida.

Oímos sonar el teléfono en el despacho del jefe de estación y yo pensé: llaman de Pukeuri, ya viene el tren. Yo no sabía si acertaba, yo sólo sabía que, antes de la llegada de cada tren, sonaba el teléfono en el despacho del jefe de estación: formaba parte de los ritos del ferrocarril.

Hubo una repentina erupción de humo y vapor y un chirrido de frenos, y todos los que estaban en el andén retrocedieron, para no ser «aspirados bajo las ruedas» —otra reacción que estaba dentro de la tradición ferroviaria—. Y el director de la funeraria acercó el furgón al tren todo lo que pudo, y del vagón de mercancías estaban sacando un ataúd color plata oscura, sólo que era plomo.

«Es por el olor», susurró alguien, no puedo recordar quién porque este comentario, desconsiderado en aquel momento, sólo hubiera podido hacerlo la propia Isabel.

Y allí estaba mamá bajando del coche; abrazos y lágrimas y pocas palabras; papá: «Ya se han hecho todos los trámites», y nosotras: «Miss Wilson de Waitaki vino a vemos», con satisfacción, como si la muerte nos indujera a echar cuentas: pérdidas y ganancias, primera bonificación.

Mamá estaba aturdida, tenía ojos de susto y el pelo, debajo de su recargado sombrero de ala ancha, había pasado de castaño gris a blanco.

Willowglen, a diferencia del cincuenta y seis de Edén Street, Oamaru, con su salón grande y sombrío que olía a manzanas, no tenía sitio en el que acomodar a los muertos; además, no se podía subir un ataúd por aquel camino tan largo y empinado, por lo que Isabel se quedó en la capilla de la funeraria, y de allí salió el entierro al que sólo fueron Bruddie, papá y mamá. Quizá algunos de mis recuerdos de

aquel tiempo también estaban allí, y fueron enterrados con Isabel.

Las cartas y telegramas de pésame llegaron y fueron contestados. La factura del enterrador, detallada por partidas, llegó y fue pagada. Se recibió también la cuenta de un médico dirigida a Isabel, «por asistencia en los baños» el día en que se desmayó. Y, entre las cartas de pésame, estaba la de John Forrest que empezaba así: «Profundamente apenado por la terrible desgracia que aflige a usted y familia...», y terminaba: «Suyo afectísimo, John Forrest.» Recuerdo la carta completa por la impresión que me produjo su lenguaje y por mi incapacidad para aceptar aquellas convencionales expresiones de condolencia y admitir que John Forrest estuviera tan falto de comprensión y de imaginación como para escribir una carta semejante. Me sentía traicionada por el mundo de la palabra que yo misma había adoptado. Lo que me llegaba era no un mensaje de condolencia sino un lenguaje que yo, con una actitud de dura crítica y sin querer reconocer la dificultad que supone escribir tales cartas, condenaba como ejemplo de la peor prosa. ¿Dónde estaban las palabras humanas y amigables del joven que decía que yo sufría de una «soledad del alma interior»?

¡Yo no me daba cuenta de que John Forrest se servía del lenguaje para tratar de zafarse de las varias estudiantes que se le habían vinculado sentimentalmente!

La muerte es la rotunda consumación de la ausencia; el lenguaje puede ser casi tan terminante. Yo sentía que tanto Isabel como John Forrest habían desaparecido.

Cada uno de nosotros soportaba solo su dolor, porque con cada uno Isabel había compartido distintas etapas de su vida. Durante muchos años, fueron «Dots y Chicks» —Isabel y June —las inseparables, como antes lo fueran «Myrtle y Bruddie»—, mientras que yo, la mediana, pasaba de un grupo al otro, según mi edad y preferencias, y cuando Bruddie enfermó y Myrtle murió, me quedé sola hasta que Isabel y yo compusimos nuestro grupo, y después June, al crecer, volvió a emparejarse con Isabel y yo, a quedarme sola. Bruddie, salvo en los primeros años de su vida, siempre estuvo solo. No obstante, Isabel estaba tan llena de vida que era difícil sustraerse a su presencia y sus opiniones, y cuando empezamos a ocuparnos de sus «cosas», sabíamos que estaría furiosa al ver a otras con sus zapatos nuevos, su torera y su jersey de «Shazaam». Una vez nos dijo: «Si yo me muero y os ponéis mis cosas, bajaré a perseguiros.» ¿Bajaré? ¿Creía en el cielo?

Cuando Myrtle, mi hermana mayor, murió a los dieciséis años, no dejó partes de sí misma, su presencia, en el cincuenta y seis de Edén Street, quizá porque la casa no era nuestra y siempre existía el peligro de que «nos echaran a la calle», mientras que Isabel, que quería a

Willowglen, no lo dejó en realidad, y, a pesar de lo pequeña que era la casa, aún había sitio para la memoria de Isabel, tanto dentro como fuera, entre los frutales y los pinos, los álamos plateados y los cinco robles; en el arroyo y el mayo, y el seto de saúco y espino blanco; debajo de la enorme acacia donde vivían las urracas, y los «moreporks» y el búho al que durante la guerra llamábamos el «búho alemán» porque se decía que atacaba a los pájaros más pequeños; y en la plácida hierba dorada por el sol, «abajo, en el llano».

Terminado el ya familiar ritual de muerte y entierro, yo insistí en mi idea de vivir y trabajar en Christchurch.

Necesitaba marcharme de Willowglen. Flotaba en el aire un «Ojalá esto no afecte demasiado a Janet. Como estuvo en Seacliff». Desde mis seis semanas en Seacliff, había una desgana a hablar conmigo de cosas «serias», un afán de protección que me irritaba. Además, era tímida con la gente, y cuando venían visitas, y con motivo de la muerte de Isabel venían muchas, yo corría a mi habitación, perseguida por mi madre que se quedaba en la puerta, mirándome con extrañeza y reproche. «¿Por qué no sales?»

Otras veces, cuando se esperaban visitas, mamá o papá decían: «Esta tarde viene Mrs. W. ¿Estará Janet?»

Yo estaba escondida. Yo estaba desconsolada. No quería que nadie me «viera», porque desde que había estado en el hospital, me daba cuenta de que la gente no sólo «veía» sino que *registraba* minuciosamente.

Repasaba las ofertas de empleo del *Press* de Christchurch. Los únicos trabajos con alojamiento eran en Hogares infantiles o en la Escuela de Sordomudos de Sumner, además de los consabidos hoteles y pensiones. Cuando miraba el plano de Christchurch y alrededores, me alarmaba la longitud de las calles, de nombre desconocido y, sin embargo, familiar —Linwood, Burwood (¿no había allí un hogar para muchachas descarriadas, como la Escuela Industrial de Caversham?), Bumham con sus kilómetros de barracas del campamento militar; Rolleston, Templeton, Hornby (*Hornby*, despertaba eco en la memoria porque todos los años, en Navidad, Bruddie pedía un *tren de Hornby*) —. Yo pensaba en la estación de Christchurch, con el bullicio de la gente, el ruido de los trenes y el siseo del vapor; trenes de todas partes, en vías diferentes, pasajeros que dormían apoyados en almohadas blancas detrás del cristal de las ventanillas por el que resbalaban infinidad de gotitas de agua, gente que limpiaba el vaho del cristal con la manga, para mirar, con ojos de sueño, las luces amarillas de la cantina y el mostrador con los desperdicios de otros trenes —las tazas y platos vacíos con el aro azul del ferrocarril y su poso de té de estación y migas de bocadillo de jamón mojadas y colillas de cigarrillos De Reszke o Ardath...

Encontré en el plano la calle en la que Caxton Press tema mis relatos que iban a publicar. Uno aparecería en la nueva revista *Landfall* con el seudónimo de *Jan Godfrey*, elegido en honor a mis padres —Jan, porque así me llamaba papá, y Godfrey porque era el apellido de soltera de mi madre—. También encontré el barrio de las afueras en el que vivía Mrs. R., la amiga de John Forrest. Y la universidad —¿me atrevería a acercarme?—. Me parecía imposible equiparar mis sueños con lo que parecía una realidad imponente e inflexible.

Después de recibir un formulario de la Escuela de Sordomudos en el que, a mi modo de ver, se pretendía saber «demasiado» acerca de mí, escribí a un anuncio que solicitaba doncella-camarera para un pequeño hotel de la ciudad, citando mis referencias, «Educada, cortés con los clientes en todo momento. Honrada, trabajadora...» y fui contratada por el dueño del Occidental, «el hotel de la hípica».

Ahora me viene a la mente mi temprana identificación con las palabras y su significado. Yo *decidí*. Yo tenía un *destino*.

Una vez más, emprendí un viaje en tren, hacia el norte, por los llanos de Canterbury, a Christchurch.

14. Estimada señorita

Pérdida, muerte, yo lo miraba todo con filosofía: todavía tenía la literatura, ¿no?, y si era necesario podía usar mi esquizofrenia para sobrevivir. Me gustaba trabajar en el hotel, aprender el lenguaje de las carreras de caballos, de los cuidadores, criadores, compradores y propietarios que constituían la mayor parte de la clientela, y me resultaba grata la rutina —servir las comidas a la hora y el «lunch» en el bar a las cinco de la tarde—. No desperdiciaba ocasión de hablar en francés con los tratantes franceses y sentirme un poco superior cuando me preguntaban cómo yo, con «mi educación», trabajaba de camarera, a lo que yo daba la respuesta de rigor, porque todavía no podía o no estaba preparada para llamarme «escritora»: «Estoy haciendo un trabajo de documentación por cuenta propia.»

Cuando terminaba mis obligaciones y, sola en mi habitación, me acercaba al espejo de la cómoda para contemplar el horror de mis dientes cariados, todos aquellos pequeños triunfos que alimentaban mi propia estimación se desintegraban. Imposible escapar de mis dientes; me dolían; me latía toda la cara. Yo me enroscaba en la cama, con una botella de agua caliente arrimada a la boca. Comprendía que pronto tendría que hacer algo. Yo sabía que en el hospital empastaban o extraían muelas y dientes gratis, pero ¿cómo imaginar siquiera que yo pudiera tener valor para pedir hora? Y, durante todo aquel tiempo, yo tenía una terrible sensación de insignificancia que, en cierto modo, era

acentuada por la ciudad en sí —aquellas calles llanas, rectas e interminables, aquel cielo sin un horizonte de montañas, aquel horizonte lejano y sin mar—. Me parecía que la ciudad y yo estábamos en el fondo de un enorme pozo con paredes de cielo, y ¿quién podía trepar por el cielo? Cuando la gente salía a la puerta a mirar al exterior, ¿qué veían? Me sentía muy sola, sin siquiera la presencia cercana de montañas que me acompañaran como cuerpos humanos.

Llevaba varias semanas en Christchurch cuando concerté una cita con Mrs. R., la amiga de John Forrest, con intención de pedirle que me ayudara a conseguir que me extrajeran los dientes y me acompañara al Departamento de Odontología del hospital, pero cuando me presenté en su casa, en un barrio elegante, y ella, una mujer alta y angulosa, vestida en tonos gamuza y marrón, abrió la puerta, yo, al comprender que no podía explicarle mi triste situación —yo, allí de pie (con la boca cerrada), una muchacha lozana de veintidós años sin tara aparente—, volví a dar rienda suelta a mi «esquizofrenia»: ella se había convertido en mi único medio para despertar el interés de las personas cuya ayuda creía necesitar. No obstante, tardé varias semanas en decidirme a decir que mi problema más urgente eran mis dientes. Mrs. R., muy amablemente, hizo todos los trámites para que me los extrajeran en el hospital; ella me acompañaría, me dijo, ¿y no sería buena idea ingresar voluntariamente en el Hospital Psiquiátrico Sunnyside, donde aplicaban un nuevo tratamiento eléctrico que, en su opinión, me iría muy bien? Yo, por consiguiente, firmé los papeles necesarios.

Desperté sin dientes y fui ingresada en el hospital Sunnyside, donde me aplicaron el nuevo tratamiento eléctrico, y, de pronto, mi vida quedó desenfocada. No me acordaba de nada. Estaba aterrada. Me comportaba como se comportaban los que estaban a mi alrededor. Yo, que había aprendido el lenguaje, ahora lo hablaba y actuaba conforme a él. Me sentía completamente sola. No tenía con quien hablar. Al igual que en otros hospitales psiquiátricos, te encerraban y tenías que hacer lo que te mandaban porque, si no, era mucho peor, y punto. Mi vergüenza por mi boca desdentada, mi candente sensación de pérdida y de dolor, mi soledad, acentuada ahora que iba a perder a June, mi otra hermana, por su matrimonio, todo me hacía sentir que en el mundo no había lugar para mí. Yo quería salir de Sunnyside, pero ¿para ir adónde? Lloraba todo lo que había perdido —mi carrera de maestra, mi pasado, mi hogar en el que sabía que no podía quedarme más que unas cuantas semanas, mis hermanas, mis amigos, mis dientes, es decir, yo misma como persona. Lo único que me quedaba era mi deseo de ser escritora, de explorar pensamientos e imágenes que la gente miraba con desconfianza por creerlos extraños, y mi ambición, considerada sospechosa, tal vez una ilusión. Lo único

que escribía eran las cartas a mis hermanos y a mis padres, y todas eran censuradas y, algunas, ni siquiera enviadas: recuerdo una que escribí a mi hermana June en la que citaba a Virginia Woolf al decir de la aulaga que tenía un «olor a manteca de cacao». Esta descripción fue cuestionada por el médico que leía las cartas, pues vio en ella una muestra de mi «esquizofrenia». Porque ahora yo padecía oficialmente esquizofrenia, aunque no había tenido ninguna conversación con los médicos, ni sido sometida a pruebas. Yo me había metido en una trampa, aunque una trampa es también un refugio.

Al cabo de varios meses, terminado el período voluntario, se me internó definitivamente y entonces empezaron los años de hospital que yo he descrito ya, aunque exponiendo sólo, como ya he dicho, los hechos en sí, las personas y los lugares, sin referir de mí misma más que la sensación de pánico por el simple hecho de estar encerrada, por quienes constantemente me recordaban que yo estaba allí «para toda la vida», y, a medida que pasaban los años y el diagnóstico permanecía invariable sin que, al parecer, nadie lo pusiera en duda, ni tratara siquiera de confirmarlo con una simple entrevista o unas pruebas, me sentí desesperada por mi triste situación. Yo habitaba un territorio de soledad que se parecía a ese lugar en el que permanecen los moribundos, mientras llega la muerte y del que, si alguno regresa vivo al mundo, trae consigo inevitablemente un punto de vista único que es una pesadilla, un tesoro y una posesión para toda la vida; a veces, me parece que ésta debe de ser la mejor vista del mundo, que llega incluso más lejos que la que se divisa desde las montañas del amor, igualándola en el éxtasis y en su sobrecoge— dora altura, próxima a la de los antiguos dioses y diosas. El mero hecho de volver al mundo, no obstante, hace que esa vista quede relegada al almacén de la mente que Thomas Beecham describe como «el espacio que está cinco centímetros detrás de los ojos». Una recuerda el tesoro y el efecto Midas que ejerce sobre cada momento y, a veces, entre el desperdicio de cada día, se puede distinguir el brillo.

Los años que siguieron hasta 1954, cuando por fin fui dada de alta, estuvieron llenos de miedo y de tristeza, causados, sobre todo, por el internamiento en el hospital y por el tratamiento. Al principio de mi estancia hubo dos o tres períodos de varias semanas en los que se me permitió salir, pero cada vez había de volver, ya que no tenía otro sitio donde vivir; iba con miedo, desde luego, como el condenado que vuelve junto a su verdugo.

Durante mi primer regreso a Oamaru, puse un anuncio en el *Oamaru Mail* en el que me describía como «Señorita con estudios superiores», y de las tres respuestas que recibí, encabezadas: «Estimada señorita», elegí la de Mr. O. cuya esposa se encontraba imposibilitada, aquejada de parálisis progresiva. Durante un mes, les

limpié la casa, lavé y planché la ropa y cuidé a Mrs. 0. que vivía inmersa en las miserias de la enfermedad, y cuyo marido, a pesar de estar sano y pasar el día fuera de casa, en el trabajo, también mostraba señales de la condición de su esposa: él sudaba sus blancas camisas, pulcramente planchadas, y siempre tenía sudor en la frente. Ni el marido ni la mujer me hablaban mucho, salvo para comentar su condición física.

—Mi marido suda mucho —decía Mrs. O.

—El médico dice que su enfermedad es progresiva —decía Mr. O.

Después de despertar con deleite en el entorno de Willowglen y caminar por la hierba mojada y el aire cristalino, como en un baño de sol, de verde y de azul, por el atajo de Oamaru Gardens, junto al estanque, resplandeciente y con algarabía de patos, y subir hacia el pie de South Hill cruzando la vía del tren, y pararme un momento a contemplar la ciudad y el mar, inundados de una luz diáfana, y de recorrer el sendero del jardín de los 0., junto al macizo de «grannys' bonnets», hasta la puerta principal, al entrar en aquella casa de gente gris bañada en sudor y lágrimas, me parecía que el dulce caudal del sol y el aire de la mañana se me escapaba. En aquella casa ni siquiera había vistas desde la habitación de Mrs. O. Un gran armario oscuro tapaba media ventana, proyectando una sombra puntiaguda, en forma de guerrero con el brazo levantado para destruir.

Me marché de casa de los O. Mi sueldo me permitió pagarme los dientes superiores. Decidí aceptar la invitación de mi hermana y su marido a pasar una temporada en su casa de Auckland.

En Auckland me hallaba en un estado de hipersensibilidad a todo lo que me rodeaba —el clima extraño, el calor, el interminable canto de cigarras y grillos, las picaduras de los mosquitos, mi primera experiencia de una luz subtropical que alternaba entre un brillo crudo y una paradisíaca suavidad de nubes, de tormenta que se fragua con opresiva perpetuidad—. Era casi verano y el mundo estaba lleno de flores azules que atraían el azul del cielo, casi sorbiéndolo hasta que, al anochecer, a fuerza de azul, se oscurecían. Yo experimentaba una sensación de vacío, como si nunca hubiera existido o, si alguna vez había existido, se me hubiera borrado del mundo. Me parecía haber caído en una grieta del tiempo; y muchas de aquellas sensaciones se debían a que no estaba «en sintonía» con nadie, que no tenía con quien hablar desde el interior. Yo era la de siempre, sonriendo, enseñando mis grandes dientes nuevos, y hablando de esto y lo otro y las cosas de cada día. Escribía mis poemas que no enseñaba a nadie. Un miembro de mi familia que encontró y leyó un cuento escrito por mí, manifestó la rotunda opinión de que yo nunca sería escritora. A veces, cuando empezaba a decir lo que *realmente* sentía y utilizaba un símil, una metáfora o una imagen, veía el desconcierto en los ojos de

mi interlocutor: ya salía la loca.

Durante las primeras semanas de mi estancia en Sunnyside me escribí con John Forrest, pero sus cartas, copias carbón, encabezadas con un cordial *Queridos todos* y destinadas a parientes y amigos en general, me dejaban fría, y cuando, durante mi estancia en Oamaru, me enteré de que se había casado, naturalmente, me sentí excluida de su confianza y ya no pude seguir escribiendo aquellas cartas llenas de confidencias en las que me revelaba «afín» a Van Gogh y Hugo Wolf, relataba mis fantasías y describía mi conducta.

Mi estancia con mi hermana y su marido no fue un éxito». Ellos dos y su hijito formaban un mundo aparte, y yo me mantenía en segundo término, incómoda y, si alguien iba a verlos y me miraba, mi timidez y cohibimiento, provocados por mi sensación de no encajar en ningún sitio, no hacían sino aumentar cuando los amigos de mi hermana preguntaban: «¿Cómo está su hermana?» «¿Le gusta Auckland?» Yo me había convertido en una tercera persona, tanto en mi casa de Willowglen como aquí, en Auckland. A veces, como si yo fuera mi propia esquela, la gente preguntaba: «¿Qué era ella?» Como si estuvieran delante de un resto arqueológico y, con los ojos, el corazón y el pensamiento, me sometieran a una prueba «al carbono», a fin de averiguar mi nombre, antigüedad y procedencia. ¡Si, por lo menos, tuviera un lugar de procedencia! Parecía que hacía años, y los hacía, que Caxton Press había aceptado publicar mis cuentos. Yo los había olvidado.

No pude seguir soportando el vacío. Me retiré a un espacio interior, es decir, me puse la máscara al tiempo que permanecía alerta a todo. Yo, que me sentía anulada y marginada, anulaba y marginaba todo y a todos los que me rodeaban. Naturalmente, esto me llevó al Hospital para Enfermos Mentales de Auckland, en Avondale; por lo menos, allí había un «lugar» para mí, aquello era considerado mi «hogar». Rápidamente me aclimaté a mi patria de adopción y empecé a hablar su lenguaje con fluidez. La suciedad y la inhumanidad eran casi indescriptibles. Recuerdo muchas escenas de la abarrotada sala de día y del patio al que salíamos a hacer ejercicio, y, si tuviera que volver a escribir *Rostros en el agua*, pondría muchas cosas que entonces omití porque no quería que el relato de una ex paciente pareciera truculento. Recuerdo el pabellón de ingreso, Pabellón Siete (?), como un oasis, con su jardín, su sauce y su cariñosa enfermera, y nadie hubiera podido ni soñar que detrás estaban los edificios llamados Park House en los cuales los seres humanos rápidamente se adaptaban, o eran adaptados, a vivir como animales.

Los años pasados allí estuvieron cargados de tragedia y también de humor, aunque la sensación dominante era la condenación eterna, abandonada toda esperanza.

Durante mi estancia en Avondale, fue publicado mi libro de relatos *La laguna*. Me habían trasladado al pabellón de ingreso. Estaba delgada, llagada y me supuraba un oído; en Park House, todo el mundo tenía llagas o heridas infectadas y, a pesar de la semanal aplicación de queroseno, algunas tenían también piojos. Yo estaba en la cama del pabellón de ingreso cuando mi hermana y su marido me llevaron mis seis ejemplares gratis de *La laguna*. Los extendí sobre la blanca colcha del Gobierno con el escudo de Nueva Zelanda bordado: Ake, Ake, Adelante, Adelante. El libro me pareció bonito, con su dibujo azul pálido como de briznas de hierba enlazadas. Lo hojeé, palpando los pequeños gránulos del papel.

—¿Y qué hago con ellos? —pregunté.

De estas cosas sabían ellos más que yo; me explicaron que el autor tenía que firmar debajo de su nombre impreso.

—¿En serio? —Estaba impresionada.

Puse mi firma en cada ejemplar que di a las personas que, según ellos, «debían tener un ejemplar», y guardé uno para mí. Mi libro *La laguna y otros relatos*. Fue Caxton Press, no yo, quien así lo tituló.

Entonces se acordó que, ya que mi hermana y su marido debían ir en breve a la Isla del Sur, yo fuera con ellos a Oamaru. Mi hermana iría en avión conmigo y con sus dos hijos, y su marido haría el viaje en coche y llegaría a Oamaru unos diez días después.

Para ir a Oamaru había que hacer transbordo en Christchurch y, mientras esperábamos, yo, con la impresión causada por la publicación de mi libro todavía reciente, busqué la página literaria del *Press* de Christchurch, para ver qué decían «ellos» de mi libro. En la parte inferior de la página, comprimida en cinco o seis líneas, la reseña despachaba *La laguna y otros relatos* con frases tales como «Esta clase de cosas ya se habían hecho antes, con harta frecuencia... sin originalidad..., publicar libros como éste, una pérdida de tiempo». Los críticos literarios del momento, persuadidos de que nuestra literatura había alcanzado la «mayoría de edad», se sentían impacientes con tantos escritores que hablaban de la niñez, porque suponían: ¿cómo puede ser adulta una nación que escribe de su niñez? El ansia de «madurez» era desesperada, en parte porque, al igual que otros términos que corresponden a las etapas del crecimiento, madurez era una palabra que estaba de moda.

Después de leer la crítica del *Press* me sentí dolorida, humillada y despreciada, lo que acrecentó mi tormento de no saber dónde *estar* — si no podía habitar en el mundo de los que escriben libros, ¿dónde podría sobrevivir?

La visita de mi hermana y sus dos hijos a Willowglen fue un desastre revelador. Mi padre, presa, al parecer, de un nostálgico afán de dominio sobre la infancia, se abalanzó sobre los dos niños,

vigilando cada uno de sus movimientos, más aún: no les dejaba hacer un movimiento sin gritarles ásperamente: «Cuidado, cuidado», y volvía a utilizar viejas frases tales como «Vas a probar mi mano», o «Como vuelvas a hacer eso, te arranco la piel a tiras». Los niños tenían tres años y un año y medio y se lo disputaban todo con ahínco, desde los juguetes hasta la atención. Ellos se convirtieron en foco de fuertes sentimientos en los mayores. Eran contemplados como si estuvieran en una exposición; se hablaba de ellos, se les criticaba, se les reñía, se les describía, se planeaba su futuro. Mi padre los vigilaba como antes solía vigilar a los gatos las raras veces en que los dejaba entrar en la cocina a jugar y nosotros hacíamos corro, para compartir la alegría de sus juegos hasta que, de pronto, papá, el jefe, gritaba, como un rey a sus bufones: «¡Basta! ¡Fuera!»

Y los gatos eran lanzados, entre maullidos, al frío de la noche, y nuestra diversión se convertía en desilusión— y tristeza.

Yo, la inadaptada de la familia, sentía humillación al ver a mi madre hablar íntimamente con mi hermana de la vida de casada y de los partos, ella, que nunca se atrevió a tocar estos temas conmigo, y aun años después, cada vez que mi hermana decía, descubriendo una faceta de mi madre que yo no había llegado a conocer: «Cuando nació Myrtle..., antes de que llegara Bruddie...», yo me sentía como una niña descuidada por su madre. En nuestra familia hubo siempre una pugna por el poder, y la intimidad con las personas y la facultad de demostrar esa intimidad se convertía en símbolo de poder, como si cada miembro de la familia tuviera que avanzar, con grandes penalidades, por un desierto de privaciones, plantando lentamente florecitas y sintiendo la necesidad de señalarlas, describirlas, gozar con ellas, ante los otros miembros de la familia que pudieran no haber avanzado tanto en su travesía del desierto. Y al fin se produce la revelación cuando cada uno comprende por qué los otros a veces tienen que actuar o hablar con aparente júbilo ante la desgracia ajena o marcar cuidadosamente las distancias cubiertas, dando nombres de ganadores y perdedores.

Aquel verano no hubo cartas para mí. ¿Quién iba a escribirme? Mi hermana, su marido y los dos niños que gimoteaban regresaron en avión a su casa del norte. Yo era otra vez la chica Frame loca que deambulaba por las colinas del Molino Viejo con mi gata *Siggy*, amiga de los largos paseos.

Yo dormía en la habitación de delante, con vistas al llano. —No quiero que vuelvas a marcharte de casa —dijo papá. Construyó estanterías para mis libros: *Speaking For Ourselves, A Book of New Zealand Verse, Poetry London, Poetry in Wartime, Deaths and Entrances, The Waste Land*, los *Sonnets to Orpheus* de Rilke (comprado en Christchurch), Shakespeare (regalo de June y Wilson en Christchurch)

y otros, incluido mi ejemplar de *La laguna*. Papá me dio dinero para que comprara cretona en Hodges e hiciera unas cortinas para alegrar mi habitación, y mi madre compró a Calder Mackays («Somos clientes apreciados») un edredón color de rosa para mi cama.

Todos, montando la escena familiar.

Si yo hablaba del hospital, era para describir sólo incidentes divertidos y estereotipos de pacientes: el Jesucristo, la Reina, el Emperador.

Papá hizo acopio de libros de Sexton Blake en la biblioteca. («A Janet le gustan las novelas de detectives».)

Mi madre y yo inventábamos recetas que enviábamos a *Truth* y ganamos el primer premio con una *mousse de salmón.*

Y papá, aunque mimaba sus flores, los ásteres, las dalias y los claveles que crecían en el pequeño jardín al pie de mi ventana, cada vez que *Siggy* escarbaba entre las dalias y saltaba desde el alféizar tronchando los frágiles tallos de los claveles, contenía el furor. Por la noche, la gata entraba por la ventana y se enroscaba a los pies de la cama, ronroneando, y yo me inclinaba a acariciar su pelo negro susurrando: «Oh, *Siggy, Siggy*, ¿qué voy a hacer?»

15. Enhebrando agujas

La respuesta vino de fuera. Encontré trabajo de auxiliar de lavandería en el hospital de Oamaru, y allí pasaba el día, encerrada en el cuarto del escurridor, tirando de las sábanas mojadas y calientes que salían entre los rodillos, doblándolas y pasándolas a otro auxiliar. Teníamos la cara colorada y sudorosa del vapor, y la conversación, a grito pelado, entre el ruido de las máquinas, generalmente se reducía a una simple pregunta y respuesta («¿Vas al Escocés el sábado?» «¿Vienes a la fiesta de compromiso de Mary?»), que era ampliada durante las pausas para el té en las que se debatían las excelencias del Escocés (un salón en el ' que se celebraban bailes semanales) y se hacían preparativos para la fiesta de compromiso de Mary, o de Vivian, o de Noeline. Yo no tenía respuesta para las preguntas más simples: ¿Dónde había trabajado antes de entrar en la lavandería? ¿«Salía» con alguien? ¿Por qué no me hacía alisar el pelo? Podía comentar el serial de la radio, *El amor de mi marido*, que escuchábamos todas las mañanas a las diez. Conocía uno o dos caballos de carreras, como *Plunder Bar*. Sabía canciones... «Give Me Five Minutes More»,

Only five minutes more,
Let me stay
Let me stay in your arms,
All the week I've dreamed about our Saturday date...

que ya estaba anticuada incluso entonces, pero la conocía. Y también conocía los nombres de las estrellas del rugby de Otago y Southland —los Trevathans—, y del comentarista, *Whang* McKenzie. No obstante, me sentía extraña (*Siggy, Siggy*, ¿qué voy a hacer?).

Y una noche, mi madre sufrió un ataque al corazón. El revuelo me despertó y entonces recordé la noche en que Bruddie se puso enfermo por primera vez, y todos nos despertamos y estábamos muy blancos y tiritando.

Ahora Bruddie se acercó a mi puerta, a la que yo me había asomado, alarmada. Me habló en aquel tono nuevo que ahora usaban papá y Bruddie para hablar conmigo, «sabiéndome llevar», no fuera a hundirme o a tener una reacción que ellos no supieran cómo atajar.

—No es nada, no hay que preocuparse. Mamá ha tenido un ataque al corazón. El médico le ha dado morfina y ahora la llevan al hospital.

Salí y vi a mi madre, que parecía dormir, con la cara tan blanca como la porcelana y su largo pelo gris-blanco esparcido de cualquier modo sobre la almohada blanca de la camilla. Abrió los ojos y empezó a pedir disculpas por haberse puesto enferma; luego volvió a cerrarlos. Papá y Bruddie fueron con ella al hospital y yo me volví a la cama. Había un hueco al pie de la cama, donde había estado *Siggy*, antes de saltar por la ventana, asustada. Miré por la ventana a la oscuridad llena de árboles. Oí la llamada del «morepork» de las tres. La noche ya empezaba a palidecer por los bordes. Yo sabía que era una de esas noches que traen un cambio violento que siempre llegan y que había aparecido como una piedra miliar en el paisaje de nuestra familia.

Por la mañana, lo mismo que, años atrás, la primera mañana de la enfermedad de Bruddie, me desperté recordando el complejo y terrible cambio que se había producido en nuestras vidas. Yo ansiaba que todo siguiera como estaba antes, con mi madre callada, borrosa, abnegada; pero no podía ser; mi madre había hablado al fin, con dolor. ¿Y si moría? No, habían dicho, con un buen descanso, se restablecería, aunque *en adelante* tendría que descansar más, cuidarse más, dejarse cuidar.

Y, mientras ella descansaba, abrigada y segura, en el hospital, yo veía la desolación en la cara de mi padre —papá, que siempre que entraba en la cocina y no la encontraba allí, preguntaba, asustado, «¿Dónde está mamá?», aunque ella sólo hubiera ido a otra habitación o al tendedero; y ahora se había ido de casa; y la cara de mi padre mostraba su consternación y perplejidad.

Yo hacía el desayuno. Yo preparaba la infinidad de tazas de té para papá que permanecía acurrucado en su silla, al extremo de la mesa; pero no extendía mis atenciones a los refinamientos que él

deseaba y exigía de mamá: el té, azucarado y removido, los zapatos, limpios, la espalda, rascada. Yo enchufaba la plancha eléctrica y le planchaba los pañuelos y la camisa, Pero era él quien ponía en remojo su pantalón y chaqueta azul en el lavadero, removiéndolos con la vara de cobre. También él encendía el fuego y traía las paladas de carbón del ferrocarril del montón que había debajo del tejadillo, junto a la puerta trasera.

Mi madre había hablado al fin; con dolor. La magia de la lumbre en la cocina de carbón, las comidas calientes, las galletas cocidas en la reluciente placa negra, los constantes servicios de la criada a la familia habían terminado.

¡Cómo se atrevía a ponerse enferma! Nosotros deseábamos desesperadamente que nos la devolvieran, sana y sin dolor.

Fui a ver a mi madre al hospital. Por primera vez, a consecuencia de su completa y brusca separación de la familia, la vi como a una persona, y me sentí asustada y resentida. ¡Pero si era una persona como las que ves en la calle! Podía reír, y hablar, y expresar opiniones sin ser ridiculizada; y allí estaba ahora escribiendo poemas en una libretita y leyéndolos a otras pacientes que parecían impresionadas por su talento.

—Su madre escribe unas poesías preciosas.

¿Qué le habíamos hecho nosotros, cada uno de nosotros, día tras día, año tras año, le habíamos arrebatado la evidencia de su identidad, le habíamos sacado sus propios muebles de su propia habitación y se la habíamos llenado con nuestras personas y nuestras vidas; o quizá no era una habitación, sino un jardín, que nosotros habíamos arrasado para plantamos en él profundamente, y ahora que habíamos sido apartados, todas sus flores se habían abierto..., eso era? ¿Y los golpes que había recibido, la búsqueda de curas, las dos muertes en accidente, la hija declarada loca, el marido débil al que sólo hacían fuerte las pociones de crueldad que se administraba a sí mismo a intervalos?

Enfrentada a la angustia familiar, yo recurrí a mi evasión habitual, la ruta ya estaba trazada y, nuevamente, acabé en el hospital de Seacliff. Nada más llegar, comprendí que los días de practicar aquella forma de evasión habían terminado. Me marcharía a algún sitio, viviría sola, ganaría dinero suficiente para vivir, escribiría mis libros: no pudo ser: ahora yo tenía lo que se llama un «historial», y las formas de tratar a los que tienen «historial» son estereotipadas, carentes de imaginación. Pronto, llena de pánico, fui trasladada al pabellón del fondo, la Casa de Ladrillo, donde me convertí en uno de los olvidados. Cuando mi madre recobró la salud, ella, Bruddie y papá me visitaban en Navidad, en mi cumpleaños y una o dos veces más al año. Ahora se habían hecho a la idea de que yo estaba en el hospital

«para toda la vida». Lo que describo para «Istina Mavet» es la sensación de desesperanza que crecía en mí a medida que iban pasando los meses, mi temor a tener que soportar aquel estado constante de captura física que me ponía a merced de quienes hacían dictámenes y tomaban decisiones sin ni siquiera hablar detenidamente conmigo ni tratar de conocerme, ni someterme a las pruebas más corrientes que están al alcance de los psiquiatras. Aquel estado puede definirse como de sumisión forzosa a una custodia implacable.

En el pabellón del fondo, me convertí en parte de una familia memorable que he descrito individualmente en *Rostros en el agua*. Fue su tristeza y su valor y mi deseo de «hablar» por ellos lo que me hizo sobrevivir, ayudada por la comprensión de auxiliares y enfermeras excelentes como Cassidy, Doherty (maoríes las dos), Taffy, la enfermera galesa que ahora vive en Cardiff, Noreen Ramsay (que me daba comida extra cuando tenía hambre) y otras. La actitud de quienes mandaban, que, por desgracia, eran también quienes hacían los informes e influían en el tratamiento, era de reprimenda y castigo, amenazando con ciertas formas de tratamiento médico a las que no colaboraban, y «no colaborar» podía significar negarse a obedecer la orden de, por ejemplo, ir a los aseos sin puerta con otras seis a orinar en público, sufriendo las invectivas de la enfermera por resistirse. «Muy remilgada, ¿verdad? Bien, señorita, aquí aprenderá un par de cosas.»

Estimada señorita. Señorita. Lamentablemente, el que yo hubiera ido al instituto, a la Escuela de Magisterio y a la universidad, incitaba a algunos miembros del personal a una especie de revanchismo.

Al fin fue mi escritura lo que vino a rescatarme. No es de extrañar que yo valore la escritura como forma de vida cuando fue lo que me la salvó. Mi madre fue instada a firmar una autorización para que se me hiciera una lobotomía. Yo sé que ella nunca hubiera firmado, de no haber esgrimido los especialistas argumentos adulterados: esos especialistas que, en el transcurso de los años, mientras mi «historial» se acumulaba, no habían hablado conmigo durante más de diez o quince minutos seguidos y, en total, al cabo de ocho años, no más de ochenta; que no me habían hecho pruebas, ni siquiera las pruebas físicas del EEG ni rayos X (aparte el reconocimiento torácico cada vez que había un nuevo caso de tuberculosis, enfermedad que por aquel entonces era muy frecuente en los hospitales psiquiátricos); los especialistas, cuya opinión se basaba en los informes diarios de unas enfermeras superatareadas e irritables. Yo, tratando de dominar la abrumadora oleada de horror, escuchaba al doctor Burt, un médico joven, afable y agobiado de trabajo, que apenas había hablado conmigo más que para decir «Buenos, días, cómo se encuentra» sin esperar respuesta, mientras cruzaba el pabellón a marchas forzadas, y

que ahora *encontró tiempo* para explicarme que iban a practicarme una operación de lobotomía, que sería buena para mí y que, después, «enseguida saldría del hospital». Yo escuchaba con la sensación de que ahora iba a completarse el proceso de borrarme del mundo, cuando la enfermera encargada del pabellón, súbitamente interesada en mi caso ahora que me iban a «hacer» algo, me pintó su cuadro de lo que yo sería cuando «todo hubiera terminado».

—Tuvimos aquí a una paciente años y años, hasta que le hicieron la lobotomía. Y ahora trabaja en una tienda de sombreros. El otro día la vi, vendiendo sombreros, tan normal como cualquiera. ¿No te gustaría ser normal?

Todo el mundo entendía que para mí sería mejor ser «normal» y dejar de tener extrañas ambiciones literarias, mejor estar fuera del hospital, trabajar en una ocupación corriente, mezclarme con la gente...

La escena se preparaba con esmero. A una joven de mi edad con la que nos habíamos hecho amigas pero que había permanecido en el pabellón de ingreso, el «bueno», también iban a hacerle una lobotomía.

—A Ñola se la hacen —me dijeron.

Ñola se alisa el pelo, Ñola tendrá un vestido de fiesta, Ñola va a tener una fiesta, ¿por qué tú no?

Ñola sufría de asma, con la complicación de pertenecer a una familia de gente guapa y brillante. Yo no puedo juzgar su «caso», pero sí puedo decir que, antes del uso de fármacos, la lobotomía estaba convirtiéndose en un tratamiento «de conveniencia».

Repito que mi escritura me salvó. Yo había visto en la oficina del pabellón la lista de los «anotados para lobotomía» y en la lista estaba mi nombre, con otros nombres, que iban siendo tachados, a medida que se operaba. Mi «tumo» debía de estar muy próximo cuando, una tarde, el doctor Blake Palmer, superintendente del hospital, hizo una insólita visita al pabellón. Y, para asombro de todos, habló conmigo.

Dado que aquélla era la primera oportunidad que yo tenía de hablar de mi operación con alguien aparte de los que me habían convencido, le dije con apremio:

—Doctor Blake Palmer, ¿usted qué opina?

Él estaba muy serio.

—He decidido que continúe usted tal como está. No quiero que cambie. —Abrió el periódico—. ¿Ha visto la Última Hora del *Star* de esta tarde?

Una pregunta ridícula que hacer a una persona del pabellón del fondo donde no había lecturas, ¿o él no lo sabía?

—Ha ganado usted el premio Hubert Church al mejor trabajo en prosa. Por su libro *La laguna.*

Yo no sabía nada del premio Hubert Church. Evidentemente, haberlo ganado tenía que ser motivo de satisfacción.

Sonreí.

—¿De verdad?

—Sí. Y vamos a sacarla de este pabellón. Y nada de lobotomía.

La obtención del premio, la atención de un médico nuevo, de Escocia, que me aceptaba tal como me veía y no por lo que leía en mi «historial» y en los informes, y la decisión del doctor Blake Palmer de que pasara menos tiempo en el pabellón, a cuyo fin me encargó servir el té en el despacho y me prescribió la terapia ocupacional, con la que aprendí a fabricar cestos, a llenar tubos de dentífrico y, de un manual escrito en francés, a hacer *frivolité* y a tejer en telares grandes y pequeños, todo ello, me permitió prepararme para ser dada de alta. En lugar de ser sometida a una lobotomía fui tratada como una persona de cierta valía, un ser humano, a pesar de los recelos y la resistencia de algunos miembros del personal que, al igual que esos parientes que, cuando se presta atención a un niño, advierten a la madre que lo está «malcriando», hablaban con pesimismo y quizá con envidia de la «importancia» que se me daba. «Eso la perderá. Cuando el doctor Blake Palmer la "deje", tendrá que volver a la Casa de Ladrillo.»

Mi amiga Ñola, quien, desgraciadamente, no había ganado un premio ni aparecía en el periódico, fue sometida a una lobotomía y volvió al hospital donde, con el grupo al que llamaban «las lobotomías», se trataba de proseguir, con atención personalizada, el proceso de «normalización o, por lo menos, de cambio». A «las lobotomías» se les hablaba, se las llevaba de paseo, se las maquillaba y se les ponían pañuelos de flores en su cabeza rapada. Ellas eran calladas, dóciles; tenían los ojos grandes y oscuros y la cara pálida, con la piel húmeda. Eran «reentrenadas» para «adaptarse» al mundo de cada día, descrito siempre como «exterior»: «el mundo exterior». Por exceso de trabajo y falta de personal y también por la lentitud del proceso de reaprendizaje, las lobotomías, una a una, fueron víctimas de una progresiva falta de atención e interés; después de la falsa primavera, volvió el invierno.

Cuando, por fin, fui dada de alta, Ñola permaneció en el hospital y aunque, efectivamente, pasaba temporadas fuera, debía ser reingresada con frecuencia; yo me mantuve en contacto con ella, y era como vivir uno de esos cuentos de hadas en los que la conciencia, y lo que pudo ser, y lo que era, no sólo hablan sino que cobran vida y se convierten en tu compañero y recordatorio.

Ñola murió mientras dormía hace varios años. El recuerdo de su cambio deshumanizador permanece sin duda en el ánimo de todos los que la conocieron; yo siempre lo tengo presente.

Fui dada de alta «provisionalmente». Después de recibir más de

doscientas aplicaciones de electroshock, cada una equivalente, en cuanto a miedo, a una ejecución, proceso que me había hecho trizas la memoria y, en algunas zonas, me la debilitó y destruyó permanentemente, y después de estar sometida a propuestas de dejar que se me convirtiera, por medio de una operación física, en una persona más aceptable, tratable y normal, llegué a Willowglen, mi casa, aparentemente sonriente y tranquila pero interiormente sin confianza en mí misma, convencida de que, al fin, oficialmente, ya no era nadie. Había visto de la esquizofrenia lo suficiente como para saber que nunca la había padecido, y hacía ya mucho tiempo que había descartado la perspectiva de la enajenación mental inevitable. Pero contra esta opinión tenía a los «especialistas» y al «mundo», y yo no me hallaba en condiciones de hacer prevalecer mi criterio. Estaba, además, el temor de lo que podría ocurrirme si volvía al hospital. Y estaba todavía la circunstancia, el problema que, de haber sido resuelto ocho o nueve años atrás, yo hubiera podido tener libertad para llevar la clase de vida que yo quería hacer. ¡Un problema de tan fácil solución! Un lugar en el que vivir y escribir, con dinero suficiente para mantenerme.

También estaba la terrible convicción de que el deseo de escribir, el que se disfrute con la escritura no quiere decir que se tenga talento. ¿No estaría yo engañándome como otras pacientes que había visto en el hospital, una en particular, una joven inofensiva que se pasaba el día sentada en el pabellón de ingreso escribiendo su «libro» porque quería ser escritora, y resultó que su libro no contenía más que páginas y más páginas de 0-0-0-0-0-0-0-0-0-0 escritos en lápiz. ¿O era ésta la nueva forma de comunicación?

A pesar de todo, me sentí contenta de volver a Willowglen donde, por fin, podía salir a caminar bajo el cielo y realizar las más simples funciones humanas sin que me lo ordenaran ni me observaran mientras las realizaba. Podía *decidir* por mí misma lo que deseaba hacer, dónde quería estar, cómo debía sentir, qué decidir acerca de mi *futuro*. Las palabras *decidir* y *futuro* que tanta importancia tenían en mi infancia, habían adquirido un significado más intenso todavía.

Después de ser y sentirme nada, nadie, y de verme reducida a un estado de continua sumisión física y moral, me parecía que el mundo iba a barrerme y arrollarme, y, por el hábito del miedo adquirido en el hospital me plegaba dócilmente a las sugerencias y las órdenes de los demás.

Ah, pero era una delicia volver a vagar por las colmas, con mi *Siggy*, ahora madre ya de muchos garitos, sentarme cerca del «mategouri» entre los corderos y tratar de olvidarlo todo, salvo el cielo rasgado por las flechas de los cirros que yo con tanto empeño trataba de dibujar con mi lápiz de la doble B. Pedí prestada una pequeña

tienda de campaña a Bruddie, que, mientras yo estaba en el hospital, había corrido sus propias aventuras por Nueva Zelanda y Australia. Planté la tienda entre los pinos, impulsada por la necesidad de estar entre los árboles y bajo el cielo, y allí dormía por la noche y durante el día escribía en la libreta del ferrocarril que me había dado mi padre, con su triste prisa por hacer que todo volviera a ser como antaño, nosotros, otra vez pequeños y él, el rey del mundo. Se había retirado del ferrocarril, ahora era maquinista en la fábrica de cal y todos los días volvía a casa cubierto de polvo blanco, como si hubiera estado expuesto a una ventisca.

Lo de dormir en la tienda se me acabó. ¿No era un poco... extraño... eso de empeñarme en dormir en una tienda...? La gente hablaba... Yo abandoné la tienda y volví a mi habitación de la casa.

—Qué bien que Janet haya vuelto a casa —decía la gente delante de mí—. ¿Cómo se encuentra? ¿Le gustaría un poco de torta?

Me inscribí en la nueva biblioteca de la ciudad y descubrí a William Faulkner y a Franz Kafka, y redescubrí los pocos libros que quedaban en mi estantería. Empecé a escribir cuentos y poemas y a pensar en un futuro sin que me dominara el miedo a que me cogieran y me «trataran» y no pudiera escapar. Aun así, las pesadillas del tiempo que pasé en el hospital aún continúan y muchas veces me despierto asustada, después de soñar que vienen las enfermeras para «llevarme al tratamiento».

La salud de mi madre había mejorado con los cuidados del profesor Smirk de Dunedin. Periódicamente, ella visitaba su clínica y era ingresada por unos días en el hospital, donde nuevamente, en compañía de quienes no eran miembros de su familia, se convertía en una «persona». Aunque apenas había cumplido los sesenta años y todavía soñaba con regalar a sus hijas una piel de zorro blanco, estaba consumida por haber vivido (así lo creía yo) sólo para su marido y sus hijos, privada de vida propia, como la estaca que es cortada de un árbol grande, despojada de sus propios brotes e hincada en la tierra junto a plantas floridas, atada a ellas, soportando la fuerza del viento dominante, moviéndose con el viento, mientras las plantas que ella protege tiemblan apenas ligeramente, percibiendo sólo un lejano rumor de la tormenta. Mi visión de mi madre no cuadraba con su físico, su pelo blanco y escaso, su boca desdentada, porque no habían logrado ajustarle bien la dentadura, su nariz aguileña que señalaba a su barbilla puntiaguda, «de arzobispo de Canterbury» como decíamos nosotros, su cuerpo gastado, con su traje de los almacenes Glassons (estaba muy ufana de que también Mabel Howard se comprara la ropa en Glassons) y sus anchos zapatos, la cara siempre serena y los ojos a punto de chispear de humor por algún hecho político o personal. Había dejado de asistir a las reuniones de la secta de los

cristadelfianos, desilusionada por las peleas de los pacifistas, pero aún seguía siendo cristadelfiana, esto es, amante de Cristo. Durante sus años de casada, Cristo había sido su único amigo íntimo. No obstante, aún enumeraba a sus amigas de la infancia: «Hetty Peake, Rüby Blake, Kate Rodley, Lucy Martella, Dorcas Dryden.» También recordaba a los chicos. Y cuando Johnny Walker, el amigo de juventud de papá, se retiró y fue a vivir con su esposa cerca de nuestra casa de Oamaru, la timidez impedía a mamá llamar *Bessie* a Mrs. Walker. Me perseguía la extraña sensación de que mi madre nunca había vivido en su «lugar» real, de que su verdadero mundo era interior.

Ahora perdía la visión. Cuando cosía botones a las camisas y pijamas o remendaba los puños raídos de «los hombres», tenía que pedirme que le enhebrara la aguja. Yo también cosía, y el hilo pasaba por mi propia aguja rápido y certero como una pequeña lanza. «Janet, ¿me enhebras la aguja?». Con un íntimo furor por este signo de incapacidad, yo le cogía la aguja, sin suavidad, y se la enhebraba con la fulminante precisión de mis veintinueve años. Ella nunca aspiró a emular las glorias de sus cuñadas haciéndose modista, ni tuvo tiempo, durante todos aquellos años, para sentarse a coser, mientras nosotras, las chicas, bien o mal, llevábamos mucho tiempo haciéndonos la ropa; y ver a mi madre desvalida en una función a la que casi nunca dedicó su otrora aguda visión, reservada para cosas del corazón y el espíritu, para la poesía, para encender el fuego y preparar la comida, para cuidar de su amada «Naturaleza», me hacia descubrir la terrible merma sufrida por su vida, la reducción final que yo no soportaba. Yo sabía también que nunca estaría próxima a ella porque mi vida pasada y mi vida futura eran barreras para la intimidad que normalmente se desarrolla entre madre e hija.

Yo ya no podía seguir aplazando mi futuro. Contesté a un anuncio que pedía una criada para el Grand Hotel de Dunedin, acompañando, para referencias, una vieja carta del alcalde de Oamaru y la carta de Playfair Street, Caversham, «amable con los clientes en todo momento..., honrada..., trabajadora...» y, una vez más, viajé hacia el sur en el lento tren de Dunedin, camino de mi futuro.

SEGUNDA PARTE

BUSCANDO LA SEDA

Separada del tiempo como el gusano de la seda.

16. Grand Hotel

Yo iba a vivir en Dunedin por tercera vez desde que terminara el colegio y, en cada ocasión, al principio, con los meses y, ahora, los años de intervalo y experiencia, se había introducido una diferencia en mis relaciones con la ciudad que ya era una de mis más antiguas amistades, quizá mi única amistad. Se había producido un curioso proceso de limado —la eliminación de la superficial admiración de la vida estudiantil; después, con la segunda visita, los días de angustia, el descubrimiento de la esquizofrenia y de la música y de los jóvenes apuestos, y mis cuentos y la simulación de una locura poética, y el aferrarme a las ruinas de mi carrera de maestra, y los paseos por el Leith, exagerando a mis ojos la tragedia de *mi persona* —también estas cosas habían desaparecido, llevándose el espíritu de Jude y Christminster, del Gitano Erudito y de Oxford, ¿No me crucé contigo en el puente de madera, envuelto en tu capa y batallando con la nieve, la cara, vuelta hacia el Hinksey y su risco invernal?

Y tú has subido la colina,

y ganado la blanca cerviz de los montes Cumner; te volviste una vez a mirar, entre los densos copos la línea de luz festiva de la nave de Christchurch

y de todos los que hubieran soñado junto a ríos de universidades y caserones de piedra gris.

Ahora, en mi tercera permanencia en Dunedin, la universidad y la Escuela de Magisterio ya no serían mi mundo: yo no tenía mundo. Unión Street, Frederick Street, Dundas Street, mis parajes de antaño eran como calles de juguete con casas de juguete en las que la gente de juguete había sido sustituida por otra gente de juguete que seguía hablando y riendo de los viejos tópicos.

Tomé un taxi para ir de la estación al Grand Hotel que se levantaba, majestuoso, en una esquina, con sus maderas barnizadas y sus relucientes metales, como un hermoso barco. La directora, muy digna pero ligeramente bebida, me recibió en el fumador y explicó que había habido un error, que lo que necesitaban era una *camarera*, no una criada.

—Por lo tanto, quizá desee ir a otro sitio, Miss Frame —dijo, mientras yo, que ya empezaba a extender mis adormecidas y

castigadas raíces, dije rápidamente, luchando contra el espanto:

—Oh, tengo experiencia de camarera. Puedo trabajar de camarera.

—El salario son seis libras a la semana, netas, todo comprendido.

Todo comprendido.

Mi habitación era una buhardilla por cuya estrecha ventana, entre las almenas simuladas de la fachada, se veía Princes Street y, enfrente, consultorios de dentistas y oficinas de compañías de seguros. Todo el personal del hotel tenía habitación en el último piso.

Yo llevaba una bata blanca almidonada, zapatos blancos y cofia almidonada. Se me asignó una «zona» o grupo de mesas y rápidamente aprendí el lenguaje y la conducta que se esperaba de mí. También aprendí la rutina, desde la actitud a adoptar con la camarera jefe y el gerente y su esposa (cuyo parecido con los que había conocido en Christchurch me asombró hasta que comprendí que esta clase de empleos eran ocupados por personas de aspecto y talante similares) hasta la rutina de la cocina y la forma de poner la mesa y doblar las servilletas en forma de rosetón. También aprendí a detectar la agitación de mis compañeras cuando se iban clientes y había esperanza de que dejaran una propina debajo del platillo. Se conocía a los clientes habituales, los que daban buenas propinas, y existían rivalidades para colocarlos en la propia zona, pero Dorreen, la camarera-jefe, una mujer pequeña, rubia, con vestido negro y cuello y puños de encaje, era la que colocaba a los clientes importantes y muchas veces se reservaba la mejor zona y al final recogía los trofeos del servicio. Se cruzaban miradas significativas entre las camareras y se vivían momentos de ansiedad cuando los clientes apartaban el plato, y se adoptaba una estudiada naturalidad al acercarse a la mesa, levantar discretamente el plato y guardar la propina. Yo me avergonzaba de la agitación que sentía el día en que se iba un cliente, y de la disimulada y viva codicia con que recogía la propina y la guardaba en la mano hasta que podía echármela al bolsillo sin ser vista.

El Grand Hotel era un lugar agradable para trabajar. Me gustaba andar por el comedor con mi uniforme y la servilleta al brazo. Me preciaba de recordar los encargos y apilar los platos que había que llevar. El personal podía combinar los días de trabajo y de fiesta con entera libertad, y a veces, turnándome con otra camarera, conseguía dos o tres días libres y me iba a Willowglen, o me quedaba en el hotel, saboreando la seguridad de tener un lugar donde dormir, buena comida y seis libras a la semana, netas. Compré una máquina de escribir de segunda mano y empecé a escribir cuentos y poemas. Escribí «Las camareras» y «El ascensorista», poemas que fueron publicados en el *Listener*. También escribí un artículo sobre Kafka, otro

sobre un concierto del Trío Alma y un poema, «Pago del primer plazo», a raíz de mi audaz entrada en el mundo de las compras a plazos con la adquisición de un tocadiscos y un disco, la Séptima Sinfonía de Beethoven que había escuchado en el programa de conciertos de la radio y que a partir de entonces podía escuchar quedamente en mi refugio de la buhardilla. La danza. Para mí, era realmente una danza, llena de una alegría y una libertad especiales, y aquellos compases del último movimiento sonaban como el repique de un martillo de cristal, adecuado para la construcción de un palacio de cristal, sin paredes, con el aire y la luz entrando en él desde todos los rincones de la tierra y del cielo.

Fuera de mi refugio, lo de servir mesas, poco a poco, empezó a perder para mí aquel encanto de lima de miel. Para protegerme de las preguntas acerca de mi «pasado», hice saber que yo era «en realidad una estudiante» y «aspirante a escritora». Yo advertía con tristeza que, por creer que no tenía un «lugar» en el mundo y ser reacia a aceptar que existía en algún lugar, tendía a adoptar, cuando se me interrogaba, aires de princesa de incógnito entre fregonas; pero no públicamente; sólo cuando alguna compañera entraba en mi habitación a hablar de problemas de chicos, y de sí una podía con un hombre casado, pero y qué iba hacer si no, toda una vida de trabajo para acabar como T. o M.

Entonces me preguntaban: «¿Y tú? ¿Qué haces aquí?»

Yo respondía que había escrito un libro, pero, puesto que no tenía ningún ejemplar de *La laguna*, ya que muchos de mis libros habían desaparecido cuando se me creía en el hospital para siempre, o sea, muerta, mis compañeras se mostraban escépticas. Yo les enseñé el poema «Las camareras» publicado en el *Listener* con mis iniciales.

Pero lo que ellas querían era hacer de mí una de ellas, que participara de sus actividades.

—Ese pelo, esa ropa, son horribles. Y ese rojo de labios no te va. Debes tener mucho cuidado con los colores, siendo pelirroja. Nunca lleves rojo, se da de patadas. Verdes y tostados. O azul, como los ojos. ¿Por qué no vas con nosotras el sábado al baile del Ayuntamiento? ¿Y por qué no te estiras el pelo? Liso estaría mucho mejor.

Después de estar durante años a las órdenes de los demás, con la amenaza del castigo del encierro en solitario o el «tratamiento» si desobedecía o, para utilizar la fórmula oficial, «me negaba a colaborar», yo estaba dispuesta a aceptar cualquier sugerencia. El verde y el marrón se convirtieron en *mis* colores. Audazmente, me acerqué al mostrador de cosmética de los almacenes DIC, donde la dependienta, después de probar varias barras de labios en el dorso de mi mano, seleccionó «mi» tono de Tangee. Compré agua de rosas para el cutis y el perfume Tarde de París, con su frasco azul intenso. Y, al

ver mis esfuerzos por «sacar partido de mi persona» como decían ellas, las otras camareras se alegraban. «Ahora ya eres una de nosotras», decían.

Después del trabajo, nos reuníamos para hablar de ropa, de peinados, del jefe y su mujer, de nosotras y de que Mabel era tontita y Laura, un poco «rara» —¿quién iba a creerse el cuento de que estaba prometida a un taxista, si a él no se le veía el pelo? Eso, ¿quién?, pensaba yo, porque Mabel y Laura no eran sino dos de las inadaptadas que deambulan, sin despertar mucha simpatía ni deseos de ayuda, de hotel en residencia y de residencia en casa de huéspedes, en las que encuentran un hogar temporal, y trabajo, a cambio de «tanto a la semana, todo comprendido». Yo me sentía una de ellas: ¿dónde iban a vivir, si no?

Mi encanto de luna de miel con el servicio terminó definitivamente en la cocina del hotel. Las raciones eran diferentes, según fueran para hombre o mujer, mayores, las de los hombres y, si era pollo, *muslo* o *ala*, mientras que a las mujeres se les servían raciones más pequeñas y, del pollo, siempre *pechuga*, y cuando entraba por las puertas basculantes para cantar el pedido, tenía que gritar rápidamente: Pollo caballero, o pollo señora. Buey caballero, buey señora. Yo tenía la voz fina, no me gustaba gritar, y lo de «caballero» me parecía una cursilería. Por lo tanto, yo pedía: Pollo hombre, buey hombre, rompiendo con ello la tradición de la cocina del Grand Hotel. ¡Pollo hombre, pues vaya!

La segunda cocinera, una mujer de mal genio, montó una campaña de airadas burlas contra mi lenguaje y se negó a servir mis pedidos, a no ser que los hiciera del modo tradicional, y, al advertir mi repugnancia, me los hacía repetir una y otra vez. El cantar los pedidos se convirtió para mí en un suplicio. Un día escapé de la cocina y subí a mi habitación llorando, y cuando Pat, la otra camarera, vino a preguntar, le dije que no me encontraba bien.

Me preguntaba qué podía hacer yo, adónde podía ir. No había dónde. Traté de serenarme. Era libre, ¿no? Ya no estaba encerrada. ¿Era libre?

Por la noche volví al comedor.

—No hagas caso a Molly, ella es así —me susurró Pat mientras estábamos al lado del aparador, esperando la llegada de los clientes—. Esta noche se retrasan. Saldremos a las tantas. Pero no hagas caso a Molly.

Pat era alta y tenía el pelo oscuro y rizado. Su ambición era ir al norte, a regentar una pastelería o, quizá, comprarla.

—¿Irás al baile del Ayuntamiento mañana? —me preguntó—. Vamos todas.

Yo había comprado en DIC una tela llamada *everglaze* que era lo

último y un patrón, y estaba haciéndome un vestido, cosido a mano, para el baile. Aquella noche, Pat inspeccionó el vestido y me ayudó con el dobladillo.

—Las faldas capa son difíciles de redondear.

—¿De verdad vas a ser escritora? —preguntó Pat.

—Eso espero.

—No le hagas caso a Molly. Todas las segundas cocineras son iguales. La primera cocinera manda, la segunda chincha y la tercera es la que trabaja. Yo lo pasé fatal cuando entré a trabajar. Y es que había tenido una depresión, ¿sabes?

—Y yo he estado en un psiquiátrico —dije echándome a llorar.

A la noche siguiente, Pat, yo y otras dos nos pusimos de punta en blanco, yo, con mi vestido de *everglaze* de falda capa y mangas de pernil, y nos fuimos al Ayuntamiento-que estaba a dos manzanas.

—Es fantástico eso de trabajar en un hotel. Puedes ir andando a todas partes.

El baile del Ayuntamiento ya había empezado, la orquesta tocaba, y se oía el roce de las suelas de los zapatos en el suelo empolvado, pero todavía había pocas parejas en la pista. Junto a una pared, había una fila de hombres y, en la pared de enfrente, una fila de mujeres que esperaban tímidamente a que ellos las sacaran a bailar, y los hombres las miraban dando saltitos, haciendo movimientos sincopados y casi escarbando el suelo con los pies, como los toros en una exposición de ganado.

Yo estaba sentada con las otras chicas del hotel. Una a una, ellas fueron saliendo a bailar. Yo me quedé sentada, todavía llena de ilusión, llevando el compás de la música con la cabeza y golpeando el suelo con los pies, para dar a entender a quien pudiera mirarme que me apetecía bailar; pero no excesivamente, no hasta olvidar que tenía mi orgullo, aunque, ¿cuánto orgullo puedes tener cuando tienes que esperar a que vengan a sacarte a bailar?

Yo tenía un secreto: aquél era mi primer baile, sin contar los del hospital, en los que aprendí muchos pasos y tenía dos parejas fieles: el calvo que podía ser mi padre y el triste ex soldado, moreno y guapo, que creía que aún estaba en Italia, en la segunda guerra mundial. De niña, me ilusionaba la *primera vez* de las cosas y siempre estaba deseando intercambiar impresiones. Ahora, había perdido tantas experiencias de una vida normal que mis «primeras veces» ya no concordaban con las de los demás y me producían más vergüenza que ilusión. También había leído ávidamente la literatura de los primero» bailes, incluido el libro de Katherine Mansfield; pero hasta el título, *Su primer baile*, tenía para mí y mis hermanas una connotación soez, ya que lo» jóvenes granjeros que llevaban a Isabel a los bailes de los esquiladores del campo, solían hacer bromas que Isabel captaba

rápidamente sobre los bailes[2] de los granjeros y los bailes de los esquiladores, por lo que la palabra «baile» ya no sugería las noches de Viena soñadas por mamá.

Pero no dejaba de ser una ocasión especial: mí *primer* baile; el olor a sudor, las voces, la música; las narices relucientes que se retocaban con la borla Yo me había cosido discos de goma en las sisas del vestido, para no sudarlo, y ahora notaba la goma pegada a la piel. Seguía esperando pacientemente, mirando a las parejas y tratando de aparentar que éste era el motivo de que hubiera ido al Ayuntamiento: a ver bailar a los demás. Ahora un bolero, y ahora un foxtrot, y ahora un vals. Lo sabía todo. Sácame, sácame. Una mujer mayor se sentó a mi lado y se puso a hablar.

—Podríamos subir a mirar desde arriba. Se ve mucho mejor.

Me cambié de silla. ¿Qué se había creído? ¿Que yo era como ella, un vejestorio que no bailaba? Hasta Laura, la tontita, bailaba. Y había una hilera de hombres que todavía no habían sacado a nadie. Mi ilusión empezó a desvanecerse, dejando al descubierto la mortificación y la decepción. Manoseaba el bolsito de noche, que era negro con destellos —lentejuelas—, ¡oh, quién tuviera un vestido, quién tuviera un bolso de lentejuelas! Abrí el bolsito y miré mí compacto Max Factor y mí perfume Tarde de París. Luego, cerré el bolso, tratando de aparentar tranquilidad, salí del Ayuntamiento, crucé el Octagon, bajé por Princess Street y volví al Grand. Así terminaba mi tentativa de vivir en el mundo, pensé mientras escuchaba mi disco de la Séptima Sinfonía. La danza. Oí llegar a las otras, tarde, tomar café o té, reír. Se habían divertido. Y cuando, a la mañana siguiente, me preguntaron: «¿Qué tal el baile?» Yo respondí: «Estupendo, ¿verdad?»

Ellas asintieron: «Un baile estupendo.»

17. Mr. Brasch y «Landfall»

A veces, entraba en Modem Books (la antigua Co-operative Book Society), con la esperanza de ver a alguna de las figuras literarias de Dunedin o del norte que hubiera venido de visita.

Ya me sabía de memoria la mayoría de relatos de *Speaking For Ourselves*, además de los datos biográficos de los autores y del prólogo que, con el del *Book of New Zealand Verse* fueron mí cartilla de la literatura neozelandesa, Yo aceptaba todos los juicios sin discusión: si de un poema o relato se decía que era el «mejor», yo así lo creía y, si buscaba la prueba, siempre la encontraba. Estos dos libros eran uno de mis pocos eslabones con 1945.

Compré un ejemplar de *Landfall* y lo leí con respeto: allí estaba el Maurice Duggan de *avant-garde* con frases sin verbos, frases, incluso, de un solo nombre; y cursiva; y escenas de una Nueva Zelanda que yo

desconocía, del norte, la mayoría con el calor subtropical crepitando en las páginas, y los viejos embarcaderos que se pudrían y los mangos hundidos en Jodo gris; parecía gozar escribiendo acerca de los mangos; y de mujeres de pelo largo en dormitorios; y de todo lo que relucía —las hojas, la piel y el agua: esto era el norte.

Los poemas de *Landfall* eran oscuros, sabios pulidos, con estrofas formales y una rima y una cadencia intrincadas: de vez en cuando, encontrabas un verso libre canalla de media docena de líneas. Yo intuí que, sí no aparecías en *Landfall*, no podías llamarte escritor.

Y un día vi a Charles Brasch detrás del mostrador, vendiendo libros. ¡Charles Brasch, el poeta!, pensé.

Habla por nosotros, gran mar
Habla en la noche, obligando
al corazón helado a escuchar,
al que recuerda, a olvidar.
Oh, habla, hasta que tu voz
posea la noche, y bendiga
al solitario y temeroso.

Compré un libro de poemas de Allen Curnow. Observé que Mr. Brasch parecía aprobar mi elección mientras lo envolvía. Luego, dijo como sorprendido:

—Oh, ¿no es usted Janet Frame? ¿Ahora vive en Dunedin?

—Desde hace varios meses. Vivo y trabajo en el Grand Hotel.

Parecía incómodo, y repitió:

—Oh.

Entonces me preguntó si quema ir una tarde a su casa, a tomar el té. Yo compuse un gesto tímido.

—Sí.

—¿Qué le parece el jueves? ¿A las tres y media?

—Sí, muy bien.

Me dio su dirección de Royal Terrace. Tenía ojos de poeta, voz dulce y pelo negro y espeso. Yo recordaba sus poemas del *Book of New Zealand Verse*, poemas misteriosos, preguntas dirigidas a las montañas, al mar y a los muertos, con la triste certeza de que no habría respuesta.

—Entonces, hasta el jueves. Y recuerde, si tiene alguna colaboración para *Landfall*, puede dejarla en la tienda.

—Sí —respondí sonriendo con timidez.

Aquella tarde dije a Pat y a Doreen que el jueves por la tarde iba a tomar el té a casa de un poeta.

—Es uno de nuestros mejores poetas —dije.

—¿Qué te pondrás? —me preguntaron.

Yo estaba ahorrando para comprar un abrigo verde que había visto en el escaparate de Mademoiselle Modes, pero todavía no tenía las diez libras.

—No tengo abrigo —dije.

—Ponte el jersey y la falda. Y algo que te llene un poco el cuello. ¿Un collar? Lo mejor sería unas perlas. Necesitas unas perlas.

—¿Y de dónde saco las perlas?

—¿Es rico el poeta?

—He oído decir que sí.

—Pues no te preocupes. Pero ponte sujetador.

Al día siguiente, fui a una tienda de modas de Moray Place donde una mujer corpulenta con una cinta de terciopelo negro al cuello y unos pendientes de perlas como los de tía Isy me acompañó al probador.

—¿Quiere escote en V o copas pétalo?

La atención y el interés de las otras por el té me cohibía. Pronto todo el mundo supo adónde iba. Hasta el ascensorista me habló de ello. También él era uno de los tristes inadaptados para los que trabajar y vivir en un hotel suponía encontrar refugio, que, en el entorno del hotel, parecían fuertes y confiados, pero, vistos en la calle, desplegaban como una bandera su fragilidad y su diferencia.

Llegó el jueves, con promesa de lluvia.

—Quizá te regale un abrigo —dijo alguien—. Si sabe que no tienes...

Subí la colina hacia Royal Terrace. Era temprano. Estuve paseando, contemplando el puerto y la península, buscando con la mirada la universidad, el museo, semiescondido entre árboles, la Escuela Normal y, apenas visible, al pie de Union Street, la Escuela Profesional. Miré el Oval, con sus charcos y sus gaviotas, y me acordé del número cuatro de Garden Terrace y de la tía Isy, que ya no vivía allí. Separada al fin de los trofeos de chocolate de sus danzas, había buscado la fuente de sus éxitos, su antiguo profesor de baile y, después de un breve noviazgo, se casó con él y yo los había visto, muy sonrientes y felices, cuando «pasaron» en el «Limited» camino de Mangakino, a vivir en una casa con un jardín sin árboles.

Miré hacia Caversham. Pensé en la casa de Playfair Street, tapada por la severa mole del Hogar Parkside para Ancianos. Y me acordé del campo de fútbol de Carisbrook y de *Whang* McKenzie presentando a los equipos, el del «lado del Ferrocarril» y el del «lado de Cargill Road», y *¡Whang*, ha sido gol!

Por fin conseguí armarme de valor y llamar a la puerta de Royal Terrace. Mr. Brasch me saludó y me hizo pasar a una habitación grande, llena de libros en la que sirvió té y torta de semillas aromáticas, bajo la mirada de un gato blanco llamado *Whizz-Bang*.

Expliqué a Mr. Brasch que mi madre había trabajado para la anciana Mrs. Beauchamp, la abuela de Katherine Mansfield, y para «el viejo Mr. Fels», el abuelo de él.

—Se acuerda de usted y de su hermana —dije.

Mr. Brasch estaba serio. Comprendí que no le gustaban las reminiscencias ni las alusiones personales, pero ¿de qué podía hablar yo? Sabía tan poco. Él empezó a hablar de la literatura de Nueva Zelanda. Yo callaba. Pensaba: debe de saber dónde he estado durante los ocho años últimos. De repente, sentí ganas de llorar. Era torpe y tenía migas de pastel en todo el plato y la alfombra blanca. Entonces, recordando el prólogo de *Speaking For Ourselves*, murmuré una o dos opiniones acerca de los relatos, citando el texto directamente.

—Estoy de acuerdo con usted —dijo Mr. Brasch.

La conversación languideció. Mr. Brasch sirvió más té de una tetera muy bonita, con asa de mimbre que se combaba por encima.

—Me gusta esta tetera —dijo él al observar que yo la miraba.

—Tengo que marcharme —dije.

—No olvide que, si tiene algún relato o poema, puede dejarlo en la tienda.

—Sí —dije con un tímido susurro.

Al abrir la puerta, Mr. Brasch dijo con sorpresa:

—Oh, está lloviendo y usted no traía abrigo. ¿Quiere uno?

—No, muchas gracias; no voy lejos.

Cuando volví al Grand Hotel y mis compañeras me preguntaron por la visita, les dije con picardía:

—Me ofreció un abrigo.

Esto las impresionó.

—Pero hubieras tenido que llevar collar de perlas —dijeron.

Aquella semana escribí un cuento y dos poemas para *Landfall*. El cuento, titulado «La aulaga no es gente» trataba de una visita que hicimos a Dunedin otra paciente y yo, acompañadas de una enfermera. Después de tantos años de hospital, yo casi no tenía ropa, quizá porque la idea que mi familia tenía del hospital era de gente en la cama, en camisón; de todos modos, mi familia no podía comprarme ropa; y yo no quería pedir. Por eso, las autoridades del hospital me enviaron a Dunedin con una enfermera que debía comprarme ropa interior y encargarse de los asuntos de la otra paciente, una mujer que celebraba su veintiún cumpleaños, su «mayoría» como decía ella. Se llamaba Linda y era una persona pequeña y esmirriada que estaba en el hospital desde niña y que decía que era enana por ser «ilegítima» y porque su madre no había querido que creciera. Sólo el personal sabía por qué estaba en el hospital. Las pacientes veíamos en ella a una persona pequeña, astuta y mandona que podía controlar a muchas de las pacientes de la sala de día, tanto de la «limpia» como de la que

llamábamos «sucia». Linda también controlaba la radio, ya que era quien elegía el programa. Hacía meses que hablaba de sus «veintiuno» como si hubieran de ser la realización de todos sus sueños, segura de que a los veintiuno encontraría novio, se casaría y podría «salir de este agujero». En previsión del compromiso, había comprado un bonito anillo azul en la tienda del hospital a la que hacíamos un visita semanal para gastar los cinco chelines de asignación del Gobierno. Linda estaba convencida de que la visita a Dunedin tenía que ver con su noviazgo y su libertad.

Su ilusión era contagiosa. Sería un día maravilloso. Pasteles, helado, quizá el cine donde podríamos sentarnos entre un «público de verdad». Y Linda, que tampoco tenía quien le comprara ropa, fue equipada con una falda y ropa interior.

Mi relato trataba de transmitir la realidad de la visita. La enfermera me había dicho que Linda no sabía por qué iba a Dunedin: debía ver a un magistrado que, ahora que ella ya tenía los veintiún años y era mayor, formalizaría su reclusión permanente.

Incluso después de regresar de la ciudad, Linda hablaba del «hombre simpático» que había hablado «especialmente» con ella y que podía perfectamente haber sido su «futuro esposo, de no ser tan viejo. Pero estaba enterado de que yo ya había cumplido los veintiuno. Le enseñé mi anillo de prometida, *zafiros*».

Los dos poemas que mandé a *Landfall* vale más olvidarlos, por su crudeza. «El matadero» empezaba así:

La mente que entra en el matadero ha de estar
serena, nunca tan serena,
bien lavada, recibir el chorro del agua donde la piel
[encallecida
se aferra a fragmentos de pensamiento bacteriano, debe
[esperar

el martillo estupefaciente
en silencio, sin saber nada de futuras cargas.

El tratamiento por electroshock quizá pueda expulsar de casa muchos tristes recuerdos; pero es indudable que trae como inquilinos permanentes a los tristes recuerdos de sí mismo, de lo que es experimentar el tratamiento de shock.

Dejé el relato y los poemas en la Modem Bookshop, en un sobre dirigido a Charles Brasch, y volví al Grand Hotel, a esperar respuesta. Sentada en mi habitación, inventaba todos los juicios posibles, imaginaba a Charles Brasch en aquella habitación llena de libros,

abriendo el sobre, sacando las hojas, desdoblándolas, leyéndolas y pensando: «¡Por fin! Aquí tenemos a otra narradora. Efectivamente, estamos *Speaking For Ourselves*. ¡Qué sensibilidad! Qué insinuaciones, nada de afirmaciones categóricas. La alusión a la aulaga es buena..., la observación casual de la enfermera cuando el coche arranca de *Kilmog*... ¡Qué experiencias habrá tenido esta mujer (¡qué trágicas experiencias!) para escribir de este modo! Una escritora nata.»

Pero ¿y si el trabajo no le parecía bueno? Quizá, como de un ejercicio escolar, dijera: «Puede mejorarse. Insuficiente.»

No había hecho copia de mi relato para releerlo. ¿Qué había hecho yo?

Antes de que acabara la semana, recibí en el Grand Hotel un sobre largo y abultado que contenía mi relato y mis dos poemas. Mr. Brasch decía que el trabajo era interesante, pero que los poemas no eran del todo apropiados y el cuento «La aulaga no es gente» era «demasiado doloroso para ser publicado».

Cuando hube leído la carta, escrita en el papel oficial de *Landfall*, empecé a darme cuenta de toda la ilusión que había cifrado en que *Landfall* aceptara mis colaboraciones. Me parecía haber metido en el sobre toda mi vida y mi futuro. Sentí que me hundía en la pura y simple desesperación. ¿Qué iba a ser de mí si no sabía escribir? La escritura iba a ser mi salvación. Me sentía como si se me hubieran arrancado las manos del bote salvavidas al que se aferraban. Mi desolación, no obstante, era mitigada por la idea de que, por lo menos, el *Listener* había publicado mis poemas y mis trabajos. Destruí el relato y los dos poemas. Me consolaba recordar que, durante mis años de hospital, cuando me abrazaba a mi Shakespeare, o lo escondía debajo de los jergones de paja, y cuando me lo quitaban, y cuando hacía planes para recuperarlo, muchas veces sin leerlo, sólo volviendo sus páginas, finas como papel de fumar, que, de algún modo, me transmitían las palabras, yo había absorbido el espíritu de *La tempestad*. También Próspero, en su celda llena de libros, había sufrido el naufragio de su barco y de sí mismo; su isla no podía alcanzarse más que a través de la tormenta.

Aquel año se me declaró oficialmente «curada» y, en un arranque libertario subsiguiente a mi recién adquirida cordura, acepte la invitación de mi hermana y su marido para ir a su casa de Northcote, Auckland. Dejé el Grand Hotel («amable con los *clientes en* todo momento») y regresé a Willowglen, para preparar mí viaje a Auckland.

18. El retrato y la manta eléctrica

Hasta aquel momento, mi vida de mayor parecía ser una serie de

viajes, una danza de norte a sur, arriba y abajo del país. ¿Por qué me iba ahora de Dunedin?

Las etiquetas oficiales tienen su importancia: ahora yo era oficialmente, legalmente, una ciudadana, con derecho a votar y hacer testamento. Además, había decidido que el trabajo de camarera no era para mí. Arriba, en el norte (mágica expresión la de «arriba, en el norte»), sin duda podría trabajar de simple criada y pasar el tiempo a solas con mis pensamientos, mientras iba de habitación en habitación, haciendo camas, limpiando el polvo, sacando brillo, sin el diario conflicto con las cocineras. Además, a pesar de mis tenaces ilusiones, me parecía que el no y haber podido publicar en *Landfall* exigía que midiera claramente mis posibilidades, no fuera que mis ambiciones obedecieran a simples «delirios de grandeza». Hasta que el doctor Blake Palmer se interesó por mi trabajo, todo el mundo coincidía en que escribir era «lo último» que yo debía hacer, que lo que me convenía era «salir y mezclarme con la gente y olvidarme de escribir». Las dudas afloraban fácilmente, y, puesto que no quería pensar en ellas, me dediqué a preparar mi viaje a Auckland.

Llevaba a Willowglen dinero suficiente para comprar una manta eléctrica para mis padres que les ayudara a pasar el terrible invierno, pagarme el viaje y unas semanas de estancia en Auckland y retratarme en el estudio de Clark, de Thames Street. El retrato era urgente, una especie de reafirmación de mí misma como persona, la prueba de que, efectivamente, yo existía. En mi ignorancia de todo lo referente a la publicación de libros, yo suponía que todos los libros llevaban el retrato del autor, y recordaba haber pensado, cuando me llevaron al hospital mis ejemplares de *La laguna*, que no podría demostrar que yo había escrito el libro, que ni siquiera había en él una foto mía que apoyara mi reivindicación.

Ello, combinado con la anulación de mi personalidad provocada por la vida de hospital, parecía situarme con excesiva facilidad entre los muertos a los que ya no se retrata; y es que no había constancia de los años transcurridos desde mis veinte hasta casi los treinta, como si no hubiera existido.

Yo recordaba que, de niña, solía pararme delante del estudio de Clark a mirar las fotografías expuestas detrás de su columna de cristal: testimonios de acontecimientos de la vida de los habitantes de Oamaru que podían pagar fotos de estudio, —allí había recién nacidos, niños que daban los primeros. pasos, confirmaciones en la iglesia, hileras de «debutantes» con traje largo, reuniones de club, reuniones familiares, retratos de veintiún años, retratos de compromiso y retratos de boda: el ciclo completo, menos los muertos. Tampoco allí había fotos de resurrecciones.

Durante la primera semana de mi regreso a Willowglen, me hice

«lavar y marcar» el pelo, y la peluquera me aseguró que mi pelo nunca me quedaría bien hasta que me lo entrara una profesional. Busqué en el cajón de arriba de la cómoda, donde se guardaban los «tesoros» de la familia, el collar de ámbar que me regaló la abuela, pero había desaparecido, como si yo hubiera muerto. Allí estaba la medalla de la guerra de papá, su chapa de identidad, y su cartilla militar, y el *caul* de Isabel que nosotros suponíamos que tendría la virtud de impedir que se ahogara.

Yo llevaba mí traje de chaqueta y una blusa, sin collar. El retrato mostraba a una mujer joven y sana con unos dientes a todas luces postizos, sonrisa afectada y barbilla prominente. Era un retrato fresco, sustancioso. Bien, volvía a estar viva.

Yo sabía que, con la manta eléctrica, pretendía dar a mis padres algo más que calor corporal. Sabía que ellos querían que me quedara en casa y me remordía la conciencia por marcharme, puesto que era tradición que la hija soltera se quedara con sus padres ancianos. También dudaban de mí capacidad para «abrirme camino» en el mundo y, dado que respetaban la experta opinión de los médicos, temían que «forzara el cerebro» con la escritura. La manta eléctrica era también la tentativa de llevar el mundo exterior del sol «de abajo en el llano» a una casa rodeada por la escarcha durante la mayor parte del año. Me obsesionaba el anhelo con que mamá miraba al «llano» y su habilidad para tejer con aquel sol, en aquella hierba, entre aquellos árboles, un sueño casi bíblico con promesa de realización: un día, un día. El conocimiento de que estaba enferma, de que su muerte podía no estar lejana, daba una penetrante intensidad a las palabras y los gestos de los que estábamos alrededor de ella —mi padre, mi hermano y yo— y comprendíamos que era un bien que había que conservar para siempre y no podíamos imaginar su muerte. A veces, nuestra excesiva solicitud se trocaba en exasperación al verla abstraída en «el más allá». Yo sentía hostilidad hacia ella porque *se* preparaba para dejarnos, estaba visiblemente cansada, y su profunda fe en el Segundo Advenimiento de Jesucristo y la Resurrección de la Carne le infundía una íntima expectación que hacía de su «bajada al llano, al fresco de la tarde» un ejercicio casi superfluo. Ella era feliz sólo con soñarlo; yo quería que lo realizara, quería verla descansar bajo los pinos al último sol de la tarde. También veía claramente el miedo en la cara de mi padre cuando miraba a mi madre: no podía soportar que le dejara.

Saqué billete para Auckland, con reserva de asiento. Mi familia no podía comprender por qué quería marcharme de Willowglen, ni yo traté de explicárselo. Con la esperanza de conseguir un subsidio de enfermedad mientras escribía, envié una carta al doctor Blake Palmer, cuya respuesta hizo que se derrumbaran todas mis esperanzas insinuando que, si se me concedía un subsidio, podía «perder el hábito

del trabajo». Lo superficial del criterio oficial me deprimió. Y más me deprimía recordar que se me habían impuesto unos tratamientos terribles y se habían tomado decisiones acerca de mí sin que nadie se preocupara de conocerme personalmente; y allí llegaba otra de tales decisiones. Mi respuesta fue enviarle dos poemas, «La cometa» y «Dentro de la montaña de cristal» en los que deliberadamente utilizaba imágenes que se consideraban «esquizofrénicas» —cristal, espejos, reflejos, la sensación de estar separada del mundo por paneles de cristal— con la esperanza de que captara el mensaje. Yo consideraba que el hospital hubiera debido tratar de ayudar a los pacientes a rehacer su vida.

Salí para Auckland. Bruddie me acompañó a la estación en su camión. Nos dijimos adiós. Volvería pronto a visitarles, dije. «Y vigila que mamá tome las píldoras.»

En el equipaje llevaba dos copias de mi flamante retrato de estudio, montadas en cartulina sepia jaspeada.

19. Al norte

Otro viaje. Los llanos y los ríos de Canterbury, Waitaki, a lo lejos, los eucaliptos de Rakaia, el Rangitata; después, Lyttelton y el *ferry*, una noche serena; en Petone, la tía Polly y el tío Vere.

El coche verde rana de la tía Polly; recorrido por el distrito, cerca de la General Motors, donde trabajaba tío Vere, el río Hutt; indicación, con orgullo, de la casa en que vivía Bob Scott, el Todo Negro.

—No vive lejos de nosotros. Es del vecindario.

La tía Polly era una versión de papá, femenina y reducida —ojos vivaces, rápida de pensamiento y de palabra, con vista para el detalle y pasión por la perfección—. La tía Polly era conocida por ser «exigente» —con la ropa, los modales y las ideas propias y de los demás—. En la familia se decía que tenía «etiqueta», y en sus raras visitas a nuestra casa de Oamaru, su frase más repetida era: «Hay que tener *etiqueta.*» A continuación, enumeraba a los parientes, amigos y conocidos *que* no tenían etiqueta, reservando los mayores elogios para Gypsy, la hermana gemela de su marido. Cuando tía Polly se marchaba, nosotros, los niños, pasábamos el resto de la semana imitándola en nuestros juegos: «¿Usted tiene *etiqueta*, señora? Oh, es que hay que tener *etiqueta*. ¡Yo tengo *etiqueta'*.»

Mi madre, con generosidad y un leve humorismo, decía de tía Polly: «Desde luego. Poli tiene etiqueta.»

Aquella tarde, tomé el tren para Auckland y a la mañana siguiente, con todos los huesos doloridos, sentí que el tren entraba en la estación de Auckland, y de pronto ya estaba otra vez «arriba, en el

norte» con el aire y la luz azules y paradisíacos.

Y allí estaban June, Wilson y sus tres hijos, esperándome para llevarme a su casa nueva de Northcote.

A los pocos días de llegar a Auckland, encontré trabajo con alojamiento en el hotel TransTasman que, a diferencia del Grand Hotel Dunedin, de ambiente familiar, tenía muchas habitaciones, muchos pisos, mucho personal y mucha urgencia en todo. El comedor del personal siempre estaba lleno. La gente hablaba deprisa, bruscamente, sin sonreír. Me asignaron todo un piso, para hacer camas y limpiar habitaciones, corredores y cuartos de baño, y un cuartito para mi uso personal arriba, en lo que se llamaba «los dioses»; no tenía por qué haber problemas. Pronto descubrí que muchos de los clientes de mi piso eran pilotos y pasajeros (de los vuelos de madrugada de la Pan American) que se quedaban en la cama hasta primera hora de la tarde. Una tarde en la que me encontraba todavía batallando con camas revueltas y habitaciones sin limpiar cuando hacía rato que hubiera debido terminar, la gobernanta me descubrió y me amenazó con el despido, si no podía trabajar más deprisa. Yo me eché a llorar y me marché del TransTasman aquella misma tarde. Había resistido sólo una semana. Auckland era una auténtica ciudad, una ciudad dura como las de las novelas. Escapé en el *ferry* a la dulce y verde Northcote, situada al otro lado de la bahía, a vivir otra vez con los Gordon.

Pasé la semana siguiente dedicada a la tarea de conocer a mi hermana, a su marido y a los tres niños. June me dijo que Frank Sargeson, el escritor, fue a verla cuando se enteró de que yo era hermana suya. Dijo que, si alguna vez yo iba a Auckland, le gustaría conocerme.

—¿No quieres verle?

—Oh, no. Si no le conozco.

—Nosotros podríamos acompañarte. Vive en Takapuna, en una casa pequeña.

¿Por qué había yo de visitar a Frank Sargeson? Yo conocía *Speaking For Ourselves* y había leído algunos relatos suyos en *New Writing*, una revista dedicada a los nuevos escritores ingleses y neozelandeses. No acababa de decidirme a ir a verle.

Y una tarde en que me habían llevado a conocer la Costa Norte, Wilson dijo de pronto: «Frank Sargeson vive por aquí. Vamos a hacerle una visita.»

La visita fue corta. ¿Qué podía yo decir? Estaba cohibida. Yo era la hermana «rara» a la que había sacado de paseo. Mr. Sargeson, un hombre mayor y barbudo, que llevaba una raída camisa gris y pantalón también gris atado con una cuerda, me sonrió amablemente y me preguntó cómo estaba, y yo no dije nada. Tenía una barraca

militar en el jardín, dijo. Si yo quería, podría vivir y trabajar allí. Yo no dije ni sí ni no, estaba imbuida de mi condición «mental» e impresionada de conocer personalmente al famoso escritor cuya antología de la literatura neozelandesa, *Speaking For Ourselves*, era un libro muy querido; el famoso escritor en cuyo quincuagésimo cumpleaños yo firmé una carta de felicitación, sin conocerle, ni a él ni a los otros signatarios. Frank Sargeson. Mr. Sargeson.

Me propuso que fuera a verle otro día, sola.

—¿Qué le parece el viernes?

—Sí —dije con timidez.

Y el viernes me encaminé de Northcote a Takapuna, a la casa de Mr. Sargeson, por el camino que discurría entre campos de aulaga y toi-toi, manglares —¡manglares!— y extensiones de matorral. Era a finales de la primavera de 1954 y yo había cumplido treinta años, motivo para una foto y, siguiendo la tradición poética, un poema. Recordé a Dylan Thomas: «Era el año treinta de mi camino al cielo», y pensé en su muerte, y traté de imaginar la década de mis veinte años como si hubiera vivido en el mundo. La gente hablaba de los ribereños, de la huelga de estibadores, de asesinos fugados, del maccartismo; poco sabía yo de estas cosas. Yo sabía sólo de Próspero, Caliban, el Rey Lear y de Rilke, traducido; éstos eran para mí los hitos de la década anterior.

Rodeé la zona de matorral y salí a la carretera que conducía a la casa de Mr. Sargeson, cruzando calles con nombres de poetas ingleses —Tennyson Street—, ¿aquélla era Milton Avenue?

Llegué al número catorce de Esmonde Road, entré por un hueco del alto seto y di la vuelta buscando la puerta trasera, pasando junto a la ropa tendida entre el limonero y la casa. Llamé a la puerta.

Mr. Sargeson estaba en casa. Abrió la puerta y dijo, sonriendo nerviosamente y hablándome como a una niña:

—Adelante, adelante.

Entré en la habitación principal de la casa y Mr. Sargeson se situó detrás del mostrador de madera, apoyado en él.

—¿Ha andado mucho?

—Unos cinco kilómetros.

—¿Quiere echarse en la cama?

Yo me acerqué a la puerta con aprensión y dije con acento remilgado, preparada para escapar:

—No, muchas gracias.

—Robin Hyde siempre se echaba. Entraba cojeando y se tumbaba en la cama.

—¿Oh?

—¿Ha leído sus libros?

—He oído hablar de ellos —dije—. Conozco algunos de sus

poemas.

No dije que había leído un artículo en el que se describía su última novela como «fantasía sin lastre», frase que se me quedó grabada porque me pareció un ejemplo de lo que puedes esperar de los críticos cuando has escrito una novela. ¿Qué quería decir? ¿Necesitaba lastre la fantasía? Yo me sentía interesada en el tema porque, si bien no tenía experiencia personal de habitar en la fantasía pura, había conocido a personas para las que la fantasía era su propio lastre. Eran libres, pero no estaban en ningún sitio.

Mr. Sargeson empezó a hablar entonces de *La laguna y otros relatos* y yo le escuché con cierto embarazo. No aprobaba su elección de «El día de los corderos» para la antología de Oxford.

—¿Tiene un ejemplar de la antología de Oxford? —me preguntó.

No lo tenía. Rápidamente, sacó su ejemplar, lo firmó y me lo entregó. Entonces me preguntó por mi futuro trabajo.

—No sé —dije con cautela.

—¿Ha pensado en lo que le dije de venir a vivir y trabajar en la barraca? Allí tendría libertad para escribir. No le conviene vivir en un barrio residencial entre burgueses.

Yo no había oído pronunciar la palabra «burgueses» desde las clases de historia que trataban de la Revolución Francesa, y no estaba segura de conocer el significado actual de la palabra.

—Tendré que buscar trabajo —dije.

—¿Por qué? Usted es escritora.

Yo sonreí, dudando.

—¿Lo soy? Me han negado el subsidio de enfermedad.

Mr. Sargeson parecía enfadado.

—¿Después de todos esos años en el hospital? Mire, yo tengo un buen amigo médico que es una persona comprensiva y que probablemente le conseguirá un subsidio mientras escribe.

—¿Habla en serio?

Yo me sentía abrumada, tímida y protegida. Acepté su ofrecimiento de vivir y trabajar en la barraca, si me permitía pagarle algo por mi manutención. Al principio se negó, pero luego se avino a cobrar una libra a la semana. Sus ingresos eran bajos. La primera oleada de interés que había despertado su trabajo había pasado y ahora que sus libros estaban agotados necesitaba dinero.

Los dos estábamos nerviosos aquella tarde. Yo me marché, después de quedar en que June y Wilson me acompañarían durante el fin de semana con mis «cosas» —dos maletas de ropa y libros y la Remington que compré cuando trabajaba en el Grand Hotel—. Me parecía que la oferta de Mr. Sargeson podía salvarme la vida. El futuro ya empezaba a aparecérseme sombrío: vivía dentro de una familia y, sin embargo, me sentía ajena a ella, un añadido, y mi hermana, su

marido y los niños se me antojaban extraños. Mi sensibilidad acerca de cuál podía ser mi «sitio» y de las opiniones oficiales que se hacían respecto a mí era extrema, y mi seguridad era socavada día tras día por las preguntas curiosas de los niños. ¿Quién era yo? ¿Por qué no vivía en mi propia casa? ¿Dónde estaban mis hijos? ¿Y por qué no me sentaba a la mesa con ellos? Las experiencias del hospital, donde un día me llevaron a la mesa arrastrándome del pelo, a pesar de que me daba miedo comer en aquella sala enorme y abarrotada, bajo la vigilancia de la enfermera-jefe y su personal, esperando órdenes para hacer cualquier movimiento y sintiendo la tensión cuando se recogían los cuchillos y empezaba la cuenta, estas experiencias me habían hecho reacia a comer en compañía. Generalmente, comía sola, con lo que conseguía exactamente lo contrario de lo que yo deseaba: parecer una excéntrica. Además, mi hermana y su marido tenían muchos amigos que a veces venían a casa. Yo me quedaba como un poste, mientras ellos preguntaban cortés— mente: «¿Ya está mejor su hermana? ¿Cómo se encuentra?»

Llegué a casa de Mr. Sargeson con mis «cosas», entre otras, mi falda color mostaza, mi conjunto de blusa y cárdigan verde aceituna y el abrigo verde aceituna que al fin había comprado en Mademoiselle Modes de Dunedin. Yo me sentía obligada, por la clasificación de los colores, por las normas para su combinación aprendidas en la clase de pintura de la escuela y por el color de mi pelo, a elegir verdes, castaños y amarillos apagados. Los colores primarios, atrevidos y brillantes, eran «malos», me habían enseñado, mientras que los que yo elegía eran, supuestamente, «buenos». Desde hacía mucho tiempo abundaban los juicios morales sobre las prendas de vestir, colores y formas, por los que se asociaba lo «bueno» con el «gusto» y las ideas de superioridad.

Yo estaba segura de que mi ropa era de «buen gusto». En mi estado de extrema obediencia y docilidad, hasta me había comprado —al fin— una faja, porque las mujeres del Grand Hotel y mi hermana de Auckland me decían que se me marcaba el trasero, y en aquel entonces no se te podía marcar el trasero. Mi única libertad estaba dentro, en mis pensamientos y en mi lenguaje, que casi siempre yo escondía cuidadosamente, salvo cuando escribía. Para la conversación, reservaba una charla inofensiva que —seguramente— nadie habría calificado de «peculiar» ni de «loca».

Pero, una vez llegué a casa de Mr. Sargeson, con la perspectiva de vivir como una escritora, con un lugar en el que trabajar y estar sola, sin problemas de dinero y compartiendo comidas y ratos libres con alguien que realmente *creía* que yo era escritora, la preocupación por los colores, «buenos» o «malos», y los constantes consejos de lo que debía hacer con mi pelo rizado y mi trasero que se marcaba a través

de la falda, se hicieron insignificantes y lejanos. Yo tenía a mi disposición una barraca militar que contenía una cama, una mesa de obra con mi lámpara de petróleo, una estera de palma, un pequeño guardarropa con una vieja cortina delante y una pequeña ventana a la cabecera de la cama. Mr. Sargeson (aún no me atrevía a llamarle Frank) me había conseguido un certificado médico y un subsidio de tres libras a la semana, que era también el importe de sus ingresos. Por lo tanto, yo tenía cuanto podía desear y precisar, además del pesar de no saber por qué había tardado tantos años en encontrarlo.

20. Mr. Sargeson y la barraca militar

Mr. Sargeson vivía y trabajaba siguiendo una rutina estricta que yo adopté, aunque no pude cambiar mi hábito de madrugar y vestirme inmediatamente. En la Casa de Ladrillo de Seacliff no había calefacción y por la mañana temprano nos arrojaban el fardo de la ropa, que durante la noche estaba en la parte de fuera de la puerta, y el aire y el suelo y la tela metálica oxidada de la ventana alta, pequeña y enrejada respiraban escarcha y hielo, y la bombilla enjaulada del techo se empañaba.

Él no se levantaba hasta las siete y media, para desayunar a las ocho, y me parecía que transcurrían horas hasta que yo conseguía armarme de valor y subir a la casa con mi orinal y mis útiles de aseo, después de esperar a que él estuviera levantado y vestido. Generalmente, me preparaba el desayuno a base de levadura fermentada durante la noche, cuajada con miel por encima, pan con miel y té. Si Mr. Sargeson se desayunaba conmigo, yo, sentada a su lado del mostrador, solía charlar. Durante la primera semana él me lo hizo notar. «Parloteas a la hora del desayuno», me dijo.

Yo tomé buena nota y en lo sucesivo me abstuve de «parlotear», pero no fue sino cuando llevaba algún tiempo escribiendo todos los días con regularidad cuando comprendí la importancia que tiene para cada uno de nosotros el formar, conservar y cultivar el mundo interior y cómo ese mundo se renueva cada día al despertar, cómo permanece con nosotros incluso durante el sueño, como un animal se queda en la puerta, esperando entrar; y cómo es el silencio del entorno lo que mejor protege su forma y su fuerza. Mi ofensa al oírme llamar «parlanchina» se desvaneció cuando fui aprendiendo más cosas de la vida de un escritor.

—¿En qué trabajas ahora? —me preguntó un día durante el almuerzo.

Yo sentí asombro y agradecimiento porque me considerara una escritora que hace su tarea diaria, y más puesto que aún no había empezado a escribir la novela que tenía en proyecto y había mañanas

en las que, para aparentar que trabajaba, me ponía a teclear: «El zorro castaño espabilado salta sobre el perro perezoso» y «Ahora es el momento en el que los hombres de bien deben acudir en ayuda del partido»; y mi favorita para los momentos improductivos: «Éste es el bosque primitivo, el doliente rumor de los pinos y la cicuta contesta al lamento del bosque.»

—Oh —dije con aire misterioso—. Tengo intención de escribir una novela, pero en este momento trabajo en otras cosas.

Las «otras cosas» eran poesías y cuentos, algunos de los cuales mandaba al *Listener*, aunque, desde que me devolvieron uno, un recuerdo de Rakaia, me sentía reacia a seguir mandando. Cuando me enteré de que el Departamento de Enseñanza «pagaba bien» los trabajos para los libros escolares, escribí y publiqué dos relatos cortos. Había escrito una historia, «Carbón», que trataba de los pacientes que, colocados uno al lado del otro, como caballos de tiro, entre las varas del carro del carbón, lo arrastraban de pabellón en pabellón, y que, cuando se decidió «modernizar» el transporte y se utilizó un camión para repartir el carbón, los hombres que, cuando tiraban del carro, formaban una de las más tristes estampas a lo Dickens, de las que tanto abundan en los hospitales, permanecían sentados abúlicamente en la sala de día, encerrados sin nada que hacer.

También escribí un cuento titulado «Una manta eléctrica», en el que exploraba las formas de dar calor.

—¿Tienes algo que yo pueda leer?

Me quedé sorprendida. No acostumbraba a enseñar mi trabajo a nadie, a no ser algún editor que pudiera publicármelo. Yo estaba secretamente orgullosa de mi último cuento, «Una manta eléctrica», y audazmente se lo di a leer a Mr. Sargeson.

Aquella tarde, en lugar de quedarme a descansar y leer en la barraca, imitando la costumbre de Mr. Sargeson, salí a andar por las calles de Takapuna. Me senté en la playa, mirando a Rangitoto, la isla que en Auckland todo el mundo reclama como propia y te habla de la perfección de su forma desde cualquier punto que se mire, como si hubiera ayudado a dibujarla y formarla. «Mira, Rangitoto», decían. Yo pensé: conque ésta es la isla del poema de Charles Brasch:

> Ásperas zarzas oscurecen el borde de la peña amarilla
> y árboles de flor escarlata se asoman a lanzar
> su sombra a la bahía...

Yo no tenía experiencia de la gente; yo los conocía sólo en mi corazón; me parecía simpático aquel afán de los aucklandeses por hacer suya Rangitoto.

Me preguntaba si Mr. Sargeson estaría leyendo mi cuento.

Pensaría: «Ah, qué bueno, tiene un buen final.» Pero era cauta en la esperanza. Cuando yo lo leí me pasó como una seda y el final me pareció decisivo, como cuando se pulsa la nota justa. Comprendía, sin embargo, que la textura estaba floja; incluso podía decirse que hacía bolsas en el centro. ¡Ay, si pudiera tensarla con pernos de fuego y levantarla hasta el cielo!

Regresé a la casa. Él había estado de compras y ahora preparaba la cena, un plato español, popular entonces porque muchos de sus amigos habían estado en España recientemente y a él le gustaban los guisos mediterráneos. Mi cuento estaba en el mostrador, al lado del manojo de pimientos colorados del año anterior. Yo procuré no mirarlo. ¿Lo habría leído? A pesar de mi cautela, estaba segura de que, al verme entrar, me diría: «He leído el cuento. Es bueno. Felicidades.»

Mr. Sargeson sirvió dos copas de vino de Lemora, su favorito, y me senté a beberlo frente a él, en el taburete alto de madera.

—Leí tu cuento —dijo. Cogió las hojas, empezó a pasarlas y leyó en voz alta—: «Ella ascendía por la escalera...» —Me miró severamente—. «¿Ascendía?» ¿Al cielo, supongo? ¿Por qué no decir, sencillamente, que subía? Nunca uses ascender.

Yo escuchaba contrita, consciente de que «ascender» era imperdonable.

—La historia es bastante buena, dentro del género —dijo Mr. Sargeson.

Sentí una oleada de decepción. Decidí no enseñarle más trabajos míos, y mantuve mi decisión, ya que, más adelante, sólo le di a leer el comienzo de mi novela.

—Si trabajas en una novela —dijo Mr. Sargeson—, has de tener un plan.

Entonces dijo que él siempre hacía una lista de los personajes. Recordaba que, siendo niño, decidió escribir un libro y se puso a copiar las páginas de *Ivanhoe*, creyendo inocentemente que estaba escribiendo un libro, hasta que su madre le sorprendió y le hizo un severo sermón acerca del pecado de copiar el trabajo ajeno. Él pensaba que los libros pertenecían a todo el mundo, que entraban y salían de la cabeza de cada cual y que cualquiera podía escribir cualquier libro y ser escritor.

Aquellos primeros meses de mi estancia en la barraca militar me depararon la experiencia inolvidable de compartir con Frank Sargeson (aprendí a llamarle Frank) detalles de nuestras vidas, ideas y sentimientos, la lectura de libros, las veladas de ajedrez (que él me enseñó) o escuchar la conversación de Frank con sus muchos amigos que venían a cenar. Pero compartíamos, sobre todo, una vida de trabajo y yo, a instancias suyas, aprendí a organizarme el día. Todavía

me perseguían el miedo al hospital y las pesadillas de las experiencias vividas allí. Yo era desesperadamente tímida, apenas salida de un estado de intimidación. Frank era protector y amable. Hasta mucho después, cuando hube escrito muchos libros, no comprendí cuán grande y también cuán generoso había sido el sacrificio de una parte de su vida de escritor que tuvo que hacer para ayudarme. Advertí también que la protección de otras personas, una a una, un amigo viejo, enfermo o incapacitado, mientras otros dos o tres esperaban turno en segundo término, era una necesidad para Frank, lo mismo que su escritura.

Era un interrogador hábil e inexorable, y cuando yo le di detalles de mis estudios oficiales, dijo, ligeramente decepcionado: «¡Así que, después de todo, no eres una primitiva!»

Hablaba apasionadamente de sus primeros años, de su muy querido tío y de la granja del Waikato. Me habló de su viaje por Europa, me enseño su colección de postales, y en su suspiro de «Nunca volveré a ver esos lugares. Aquello acabó» asomó a sus ojos y a su cara una expresión tan vivida de nostalgia, casi de dolor, de lo que se había ido para siempre, que sentí ganas de llorar.

En su conversación había siempre una vena de desconfianza, a veces, de odio hacia las mujeres a las que consideraba especie aparte, distinta de los hombres, y cuando le daba por explorar esa vena, yo escuchaba violenta y desolada, porque era mujer y él estaba hablando de mi sexo. Yo sexualmente era ingenua, ignorante, estaba despierta sólo a medias y desconocía aspectos tales como la homosexualidad, pero me sentía constantemente dolida por su implícita negación del cuerpo femenino. Mi vida con Frank Sargeson fue para mí una vida célibe, una vida sacerdotal dedicada a escribir, en la que yo florecía, pero puesto que mi composición no es del todo sacerdotal, sentía la tristeza de haber pasado del hospital donde se había creído necesario alterar Ja composición de mi mente, a otro asilo en el que se deseaba que mi cuerpo fuera de otro género. El precio que pagué por mi estancia en la barraca militar fue el descubrimiento de la insignificancia de mi cuerpo. Frank hablaba bien de los hombres y de las lesbianas, y yo no era hombre ni lesbiana. Prefería verme con pantalón en lugar de vestidos. Yo, que ahora veía en Frank Sargeson a mi salvador, no tuve más remedio que reconocer, en medio de una sensación de anhelante tristeza, de fatalista conclusión, que los Dioses habían hablado, que no había nada que hacer.

A cambio de perder mi propia estimación de mujer, conseguí ganarme la vida como siempre había deseado. También tuve la dicha de conocer a un gran escritor y un gran hombre y también a sus amigos. Siempre había algún amigo «de paso» procedente de Wellington, de la Isla del Sur, del extranjero o de la propia Auckland,

al otro lado del puerto: jóvenes con su fajo de poesías mecanografiadas, su primera cosecha; viejas amistades; amigos queridos, hombres y mujeres, jóvenes y viejos. Los amigos iban y venían, eran tema de conversación y de cotilleo, su pasado, presente y futuro, insertados sabiamente como piedras preciosas en el dibujo de la conversación. Era un mundo en el que no importaban las apariencias, en el que por fin yo estaba libre de las incesantes opiniones acerca de mi pelo y mi ropa, y el trasero que se marcaba a través de la falda.

Llegó el momento. Compré una libreta, papel (verde, dijo Frank, era el que menos cansaba la vista), cinta para la máquina y empecé a escribir mi novela.

21. Hablando del tesoro

Me perseguían imágenes de grandes tesoros en medio de la desolación y el desierto, y yo empecé a pensar en escribir sobre una infancia, vida familiar y vida de hospital, construyendo a los personajes principales sobre la base de personas conocidas e inventando a los secundarios. Para «Daphne» elegí a una persona sensible, poética y frágil que (esperaba yo) diera profundidad a los mundos interiores y, acaso, una percepción más clara, o por lo menos, una percepción individual, de los exteriores. Los otros personajes, similarmente ficticios, eran utilizados para expresar aspectos de mi «mensaje» —la actitud materialista por demás de «Chicks», la confusión de «Toby», la mentalidad práctica de «Francie», y los atareados padres, trasunto de mis propios padres. El escenario era W., una pequeña ciudad a la que el editor llamaría *Waimaru*. (Después, cuando se publicó el libro, descubrí con alarma que se creía autobiográfico, que se veía en sus personajes a los miembros de mi familia y, a mí, en el de «Daphne», a quien se somete a una operación de cerebro. Hablando con un médico que había leído el libro, hube de demostrarle que no tenía cicatrices de lobotomía. No todo aspirante a escritor puede recurrir a medio tan crudo y convincente para aportar «pruebas» de que ha escrito ficción. «Daphne» se parecía a mí en muchas cosas salvo en su fragilidad y su absorción en la fantasía con exclusión de la «realidad». Yo siempre he sido fuerte y práctica, incluso prosaica, en mi vida diaria.)

La anterior invasión del «futuro» es inevitable cuando se escribe autobiografía, especialmente cuando se habla de la infancia, época en la que el Yo llena el tiempo y el espacio y las vidas de los demás, ahora ya separadas de una y claramente visibles. El proceso de escribir puede compararse al tendido de una línea férrea principal entre el Entonces y el Ahora, con ramales que parten hacia las selvas del interior, pero la forma real, la primera forma, es siempre un círculo

que se cierra para romperse y volver a cerrarse una y otra vez.

Todos los días, después del desayuno, yo me iba a la barraca a trabajar en mi novela. No había hecho una lista de personajes, como me sugirió Frank, sino que había escrito en la libreta unas cuentas ideas y temas y los nombres de las partes del libro que yo veía ya como un todo antes de empezar a teclear. En la libreta dibujé un cuadro con casillas para la fecha, el número de páginas que esperaba escribir, el número de páginas escritas y las *Excusas*. Todos los días anotaba en lápiz rojo el número de páginas escritas.

Yo constantemente era consciente de la presencia de Frank y de la etapa de su rutina diaria en la que se hallaba. Él se encargaba de la casa y tenía varias cosas que hacer antes de ponerse a trabajar, por lo que empezaba más tarde que yo, que a veces le oía en el huerto, cuidando los tomates o los pimientos, entre un murmullo de hojas. Pero, antes de empezar sus tareas domésticas, tomaba el sol desnudo junto a la pared este de la casa durante media hora. Había tenido tuberculosis, y muchas veces hablaba de la cicatriz y de que necesitaba aceite y sol que, lo mismo que el color verde, eran buenos para la salud del cuerpo.

Cuando sus pasos hacían crujir el suelo peligrosamente cerca de mi santuario, mientras retocaba o recortaba una rama del grosellero que se hubiera torcido o, humorísticamente, echaba polen de la flor macho en la flor hembra, por si las abejas o el viento no habían hecho su trabajo, yo, que estaba soñando con el trabajo del día, me echaba sobre la máquina y me ponía a escribir: «El espabilado zorro rojo salta sobre el perro perezoso», mientras las ideas se me congelaban, como me ocurre siempre en presencia de otra persona. Hasta que Frank entraba en casa para empezar su propio trabajo no podía yo ponerme a la tarea, y, a partir de entonces, no paraba de teclear hasta que oía la puerta de la casa, pisadas en la hierba alta, un golpecito en la puerta y la suave voz de Frank que decía: «¿Dispuesta para una taza de té, Janet?» Él dejaba el té en la mesa de obra, desviando la mirada de la desnudez de mis páginas mecanografiadas y se retiraba a la casa, pisando la hierba alta. Yo le oía cerrar la puerta. Entonces me lanzaba sobre la taza de té de las once y la fina rebanada de pan de centeno con miel como si estuviera desfallecida. Luego seguía trabajando hasta que volvía a oír ruido en la casa: Frank que abría la puerta, recogía el correo y el sonido de cacharros de cocina que indicaba que se preparaba el almuerzo. Y, a la una en punto, otra vez el roce de sus pasos en la hierba y la voz suave: «El almuerzo, Janet.»

Sin hacérmelo repetir, nuevamente como si me empujara el hambre, corría a la casa a almorzar. Generalmente, Frank tenía un libro en la mano o encima del mostrador ante el que nos sentábamos cara a cara, con el huevo revuelto, o poché, o el pan de centeno con

queso, y él leía pasajes en voz alta y los comentaba mientras yo escuchaba, aceptando, creyendo todo lo que decía, admirada por su sabiduría. Yo le adoraba y reverenciaba y, con el temor que había adquirido ante la autoridad de los que «mandaban» sentía necesidad de su aprobación. Él tenía veinte años más que yo y yo lo consideraba un viejo. Me parecía que mi mentalidad y mis gustos eran banales frente a su rígida y deliberada sofisticación. En un tono que indicaba que la clase trabajadora era «buena», me comunicó que yo era «clase trabajadora». Y nuevamente dijo de mi hermana y su marido, con los que yo pasaba casi todos los fines de semana, que eran *bourgeois* y nuevamente yo me maravillé de su empleo de términos que parecían arcaicos. Frank era dado a situar a cada cual dentro de una «clase».

Después del almuerzo, se echaba en la cama, al lado de la ventana, a dormir la siesta, y yo, deseosa de observar la rutina, también descansaba, o leía, o daba un paseo por Takapuna. A las tres, Frank se despertaba y tomábamos otra taza de té con pan de centeno y miel. Luego, colgándose del hombro su bolsa de lona, se iba a comprar la cena que con frecuencia compartíamos con amigos. Nuestros visitantes más frecuentes eran entonces Karl y Kay Stead, recién casados; Karl, estudiante en la Universidad de Auckland y Kay, bibliotecaria. Los dos despedían el dorado resplandor de la juventud y el amor, y Karl escribía poesía y cuentos, y los dos quedaron prendidos, con Frank, en la tela de araña de mi adoración. Su inteligencia, su hermosura, su amor daban alegría a Frank, que con frecuencia se deprimía por el olvido en que se tenía a los escritores y porque sus propias obras no se reeditaban. Se decía que Fairburn estaba enfermo, R. A. K. Mason permanecía mudo y, ¿qué se había hecho de A. P. Gaskell? Algo fallaba cuando los escritores escribían un libro que era muy aclamado y no volvían a tomar la palabra. ¡Si esto era hablar por nosotros mismos! El mensaje del silencio no podía ser más deprimente. Además, Frank estaba un poco abatido por mi aparente facilidad para escribir: nunca supo cuántas veces tuve que hacer saltar al espabilado zorro rojo sobre el perro perezoso, llamar al partido a todos los hombres de bien y sentarme a cavilar en el «bosque primitivo» mientras «los pinos rumorosos y la cicuta respondían al lamento del bosque con desolado acento».

La amistad de Karl y Kay llenaba mi vida, dándome por fin una proyección de mi propia edad, porque me parecía haber perdido tantos años que no podía determinar mi «verdadera» edad. Al lado de la juventud de Karl y Kay, me sentía vieja. Todavía no había cumplido los treinta y uno.

Además de escribir, leía: tenía muchos libros para leer.

—¿Has leído a Proust? —me preguntó Frank.

—No.

Cuando estaba agitado o nervioso, movía bruscamente brazos y piernas, como si bailara. Ahora «bailaba» de la excitación de introducir a Proust en mi vida. Yo era una ignorante total, y hasta pronunciaba mal el nombre, aunque recordaba haber oído comentar a alguien en Dunedin: «Parece una escena de Proust.» Un poco por obligación, pero alentada por el entusiasmo de Frank, empecé a leer a Proust por la noche, en la barraca, a la luz de la llama de la lámpara que oscilaba en la página. Quedé subyugada por la simplicidad de la primera frase: «Durante mucho tiempo, yo solía acostarme temprano», y el mundo de Proust me atrapó enseguida, y todos los días Frank y yo comentábamos lo más destacado de lo que yo había leído.

—*Guerra y paz* sí la habrás leído.

Pues no.

—Ya es hora de que yo relea *Guerra y paz* —dijo Frank, y nuevamente me impresionó la forma en que organizaba su vida *de* escritor (teniendo en cuenta que él era quizá el primer escritor profesional que vivía en Nueva Zelanda, aprendiz de quimera en un mundo remoto). Un contable diría que yo debía estudiar viejas columnas de cifras. Un escritor relee a los clásicos, barriendo a un lado la trivialidad actual, para renovar la inspiración y admirar la verdad y la belleza imperecederas; quizá todos los escritores, no; pero así era Frank.

Puesto que recientemente había recibido un ejemplar de *Guerra y paz* de Roy Parsons que le surtía los libros que él no podía permitirse comprar, a menudo, a cambio de críticas para *Parsons Packet*, me lo prestó mientras él leía su ejemplar primitivo, impreso con un tipo de letra mayor. Frank nunca olvidaba que sus ojos eran preciosos y, si para la cicatriz buscaba aceite y sol, para la vista procuraba proveerse también de elementos «beneficiosos»; zanahorias, por supuesto. Papel verde para la máquina y pantallas verdes para las lámparas. Usaba visera de tenista. Por sugerencia suya, yo me compré también una visera.

Juntos vivimos las vicisitudes de *Guerra y paz*, y Frank demostraba excitación y complacencia por los descubrimientos que yo iba haciendo, página a página, y que los dos comentábamos, analizando los personajes, sus actos y sus sentimientos, y todos los días, a la hora del almuerzo, me preguntaba con vivo interés: «¿Por dónde vas?»

Cuando terminamos *Guerra y paz*, leimos *Ana Karenina, Resurrección* y los cuentos. Tolstoi habitaba el número catorce de Esmonde Road, Takapuna, Auckland, tanto la casa como la deteriorada barraca militar. Allí vivían sus personajes, en la habitación de la cama en el rincón con el colchón cóncavo y las mantas raídas; los altos anaqueles, los descoloridos manuscritos,

enrollados, atados y guardados en el último estante; la chimenea con los leños de manuka preparados para el fuego nocturno; la colección de postales, cartas y figuritas en la repisa; los cuadros de la pared, *La barcaza del azúcar en Chelsea*; la mesa de obra empotrada entre las estanterías, que antaño sirviera de escritorio y ahora estaba llena de ejemplares amarillentos del *Times Literary Suplement*, el *New Statesman* y otros periódicos, la lámpara del techo cubierta con el paño cuadrado de puntas blanqueadas; la habitación del gastado mostrador sin pintar en el que comíamos, con las alacenas y el fregadero y el armario del agua caliente en el que se hacía la cuajada para el desayuno del día siguiente; el fogón Atlas en el rincón; los utensilios de cocina de latón, tipo militar, las dos o tres tazas blancas, dos sin asa; la enorme radio de madera, construida, decía Frank, por «Bob Gilbert», que Frank solía poner discretamente cuando usaba el pequeño cuarto de baño adyacente (era un hombre púdico y reservado; pero sus chistes tenían una obscenidad brillante).

Todos los personajes de Tolstoi vivían, y algunos morían, en aquella habitación de ventanas abiertas al seto de madreselvas, que al anochecer se cubrían con una hilera de lienzos apoyados contra los cristales; pero el cielo nocturno siempre se asomaba al interior, y durante meses las cigarras cantaban todo el día y los grillos, toda la noche.

También cantaban los mosquitos que, a nubes, venían del manglar que había al final de la carretera.

Reservamos *La muerte de Ivan Ilich* para el final del ciclo de lectura. Frank se quedó pasmado al enterarse de que no lo había leído.

—El gran clásico —dijo.

Me llevé el librito azul oscuro con su cinta de seda a la barraca y a la tarde siguiente hablamos de Ivan Ilich y de la muerte.

Existe una cierta felicidad que nace del reconocimiento de la grandeza literaria; es como si uno regalara algo que deseaba guardar para sí y, al darlo, despejara un espacio para un nuevo cultivo, esperando la llegada de una nueva estación bajo un sol secreto. Admirar toda obra de arte es como enamorarse; caminas por los aires; la decadencia, destrucción o muerte están dentro de ti, no el ser amado; es enamorarse de la inmortalidad, es libertad, es un vuelo por el paraíso.

No puedo menos que recordar con amor mis días en Esmonde Road. Me veo sentada en el taburete del mostrador, frente a Frank, hablando de *Guerra y paz* y, hablando hablando, ya no estamos en Esmonde Road, estamos con Pierre, hemos ido a ver la guerra, miramos a la cara a Napoleón; o estamos al lado del roble recalcitrante que rebrota despacio, el último en obedecer a las estaciones, el último también en desprenderse de sus hojas; o junto al

lecho de muerte del Príncipe, tan terco como el roble, siempre en desacuerdo con la estación.

También leimos *Historia de una granja africana* de Olive Schreiner, identificándonos con sus personajes hasta convertirnos en Waldo y Bonaparte Elenkins. Si Frank no podía hacer de mí un compañero del sexo masculino, podía, por lo menos, darme nombre de chico: Waldo.

Entre mis posesiones figuraban el tocadiscos y el disco de la Séptima Sinfonía de Beethoven. Inmediatamente, intuí que Frank no aprobaba este artículo «de lujo». «Si quieres música, llévala dentro de la cabeza o escúchala de primera mano.» La radio era un objeto «autorizado». Yo adopté la creencia de Frank de que los tocadiscos, las cámaras y los magnetófonos eran innecesarios, incluso *bourgeois* y, avergonzada, escondí el tocadiscos en el armario, debajo de una falda vieja. No obstante, una noche en que Karl y Kay trajeron dos discos, *Música nocturna* y el *Concierto para Violín* de Beethoven interpretado por David Oistrch, Frank dijo: «Podemos escucharlos en el tocadiscos de Janet.» Es decir, lo aceptaba. Todavía me parece ver la habitación, con el tabique desnudo y el suelo de madera que Frank fregaba con aceite de linaza todos los sábados por la mañana («para aplastar el polvo» y los sillones de lona («los más cómodos») con brazos de madera, la habitación que contenía ya a todos los personajes de *Guerra y paz, Ana Karenina*, los relatos de Tolstoi y de Chejov, de Proust, Flaubert, Olive Schreiner y Doris Lessing, recibe ahora la música de Mozart y Beethoven que estamos escuchando. Volvemos a poner el disco. Karl y Frank empiezan a hablar de Yeats. Karl lee «Rumbo a Bizancio», «La deserción de los animales del circo». Mientras que yo, nutrida del «viejo» Yeats, es decir, Yeats «el Joven» de «Si yo tuviera los paños bordados de los cielos» y «La isla del lago de Innisfree», escucho, sumergida en las palabras y la música. Me parece que entonces recito una poesía de Dylan Thomas que me sé de memoria, «Después del funeral», y hablamos del significado de «el helecho ufano deposita semillas en el negro alféizar».

Aquella noche, en la cama, a la luz de la lámpara de petróleo, leo el ejemplar de Frank de los *Poemas* de Yeats:

> Habíamos alimentado de fantasías el corazón que,
> del yantar, se nos turnó brutal:
> más sustancia en nuestras enemistades
> que en nuestro amor. Oh, abejas de la miel,
> venid a construir en la casa de la mirada vacía.

Terminé *Hablando del tesoro* dos semanas antes de cumplir los treinta y un años, y con el mecanuscrito encuadernado con cinta tal como me había enseñado Frank y un ejemplar de *Una fábula* de

William Faulkner, obra de la que había prometido escribir una reseña para *Parsons Packet*, viajé a Oamaru y Willowglen, para pasar dos semanas en casa.

22. Los pinos al fresco de la tarde

La Isla del Sur era más remisa a despertar a la primavera; había escarcha en la hierba; en las tierras altas se hablaba de nieve y se temía por los corderos recién nacidos; los diarios necesitaban más espacio para consignar el consabido tributo invernal de amados abuelos. En Willowglen, los viejos frutales cubiertos de liquen del huerto tenían gruesos botones a punto dé florecer, el mayo ya estaba blanco y el espino exhibía sus oros al lado del deshabitado gallinero.

Siggie, ya muchas veces madre, salió a recibirme con una cría de conejo entre los dientes que, dando saltos, desapareció, indemne en el prado vecino. Encontré a *Matilda*, una hija de

Siggie, en la que, cuando era pequeña, Isabel y yo habíamos practicado nuestra recién descubierta psicología, y diagnosticado «complejo de inferioridad», muerta y congelada debajo del grosellero poblado de abejas; porque, siempre, lo primero que hacía al llegar a Willowglen era explorar el «exterior», trepando por el terraplén de detrás de la casa, entre las hojas y la fruta de los perales depositadas durante años que se me pegaban a las suelas y me hacían resbalar por el terreno húmedo. Exploraba el arroyo y el pantano y los narcisos en flor al pie de los frutales y pasaba bajo los pinos «del llano» palpando y oliendo las perlas de resina pegadas a los troncos. El haber venido aquí cuando nos «echaron» del cincuenta y seis de Edén Street, la que yo siempre consideré nuestra casa, y la angustia sufrida mientras buscábamos «sitio», hacían de Willowglen el equivalente del paraíso que, por no ser humano, podía recibir todo el amor depositado en él, y sobrevivir, y florecer.

Yo sabía que sólo era visitante de verano y no soportaba que se me recordara que la estación de la familia era el invierno, por muchos frutales y arbustos que florecieran en el exterior. Mi madre había adelgazado y se consumía a ojos vistas, pero negándolo. Estaba tan llena de esperanza como siempre, y su alegría más reciente era haber podido persuadir a un manojo de cebolletas para que crecieran en el pequeño huerto que había plantado delante del colgadizo, en el terreno abonado por los perales. Aunque su vida interior estaba llena de alegrías y sorpresas que la sostenían, expresaba tan pocos deseos personales y éstos eran concedidos tan raramente, que el manojo de cebolletas fue un acontecimiento en su vida, y entonces ella pasó plácidamente a la siguiente etapa de gozo, «un *sandwich* de cebolleta y pan tierno, con mucha mantequilla». Papá, ante la idea de la muerte

de mi madre y, ahora, la de aquel acto insólito por el que ella se concedía a sí misma un deseo personal, acudió a su habitual refugio de la burla, con el miedo en los ojos: «¡Mamá y sus cebolletas, habráse visto!» Yo siempre supe que el papá «exterior» no era el papá «interior», y me apenaba su incapacidad para unir sus sentimientos a las palabras adecuadas en lugar de palabras y gestos cazados con pánico en un espacio externo a lo humano. Había tanta dilapidación en su burla constante.

Mi padre había enseñado bien a sus hijos. Yo también me rebelaba contra lo inevitable de la muerte de mamá. Me sentía desvalida y desesperada, y le hablaba con severidad, suplicándole que tomara las pastillas, que descansara, que dejara de estar continuamente alimentando fuegos, guisando y preocupándose y que «bajara al llano, al fresco, al último sol de la tarde» cómo ella soñara. Aunque yo era una cocinera competente, ya que había recordado las lecciones de cocina de mi primera etapa de instituto y no perdía ocasión de practicar, mi madre perdía la confianza en sí misma en cuanto otra persona preparaba la comida o hacía un pastel. (Todavía le dolía que la hubieran tachado de «mala administradora».) Si yo hacía pan, o galletas, o preparaba una de mis «especialidades», mamá inmediatamente hacía «su» pan, «sus» galletas y «su» especialidad, intentando dar una réplica culinaria de significado tan transparente que yo, entre conmovida y deprimida, me retiraba de la competición.

Durante mi estancia, leí a mi madre pasajes escogidos de *Hablando del tesoro*, evitando, naturalmente, toda referencia a la muerte de Amy Withers, la madre. Leía sólo los párrafos «inofensivos y alegres» y mamá decía sinceramente: «Eso es muy bonito.» Ella y papá estaban interesados en «ese Mr. Sargeson», pero parecieron quedar satisfechos cuando les expliqué: «Es viejo, un escritor famoso.» Mis padres habían renunciado a toda esperanza de que su hija, que había pasado años en un hospital para enfermos mentales, «encontrara su destino», pero las visitas solían decirme con picardía: «¿Has encontrado ya tu destino?» La expresión me parecía anticuada, casi victoriana.

También pasaba ratos con papá, en el muelle, pescando, y me sentía tan admirada y agradecida como cuando era niña y compartíamos los crucigramas y las novelas de detectives, o él se ponía a contar cosas de su niñez y de las gentes marineras de Oamaru. Hacía frío en el muelle, con el aire del mar. Las olas verdes y turbias batían los postes de madera del lado interior del puerto, donde papá esperaba que picara el bacalo, mientras yo me sentaba de cara al norte, al mar abierto, donde el agua de un gris piedra claro lamía las rocas. Pescábamos lijas y abadejo que usábamos de cebo para el bacalao azul. En realidad, a mí no me interesaba la pesca, pero las

ocasiones de estar con mi padre eran escasas. Él pescaba en silencio; hablábamos sólo cuando teníamos que sacar alguna captura.

—No comas nunca bacalao rojo —me dijo un día cuando le enseñé el bacalao rojo que colgaba de mi sedal—. Está lleno de gusanos. El bacalao azul es el que hay que llevarse.

Yo le escuchaba, sumisa, admirada, como si estuviera recibiendo una lección de un gran maestro, al tiempo que, siempre consciente de mi vida de escritora, almacenaba la información por si tenía que utilizarla en el futuro.

Mientras estaba en Willowglen, entre otras actividades, leí *Una fábula* y otras novelas de William Faulkner que tomé en préstamos de la biblioteca. Hila que te hila, gira que gira, ¿dónde estoy? Esto podría describir lo que sentía al leer la primera página de William Faulkner. Yo leía y leía, leí el libro de principio a fin y, cuando lo terminé, todavía me sentía en una vorágine de palabras y emociones que me afectaban como una música potente cuyo significado apenas es cuestionado. Yo preparaba una crítica..., ¿cómo iba a escribir una crítica de un novelista que me nublaba la vista de la emoción? Volví al libro, releyéndolo una y otra vez, y poco a poco emergía la clara fuente de luz a la que los personajes, las escenas y el significado aparecían nítidamente definidos, sólidos, reales, buenos. Éste era el mundo de William Faulkner, y yo lo había descubierto y ya no lo perdería.

Pocos días antes de que yo tomara el tren de regreso al norte, convencí a mi madre para que merendara conmigo «en el llano», y una tarde hicimos unos bocadillos de cebolleta y llenamos un termo de té; y con una esterilla y almohadones nos encaminamos hacia «el llano», andando despacio por el camino, por debajo del viejo pino «fantasma», por delante del viejo cobertizo de las manzanas, por cuya puerta de goznes rotos entraban y salían las palomas de cola de abanico con su pasito de baile, de la podrida porquera, donde *Siggie* iba periódicamente a tener sus gatitos, de los viejos establos donde se almacenaban los muebles, cuadros, cajas de fotografías y la mayoría de las reliquias del cincuenta y seis de Edén Street, amontonadas allí desordenadamente el día frenético de la mudanza; salimos por la puerta dejando atrás la sombra fresca de la colina y al fin llegamos donde estaban los pinos jóvenes, al sol cálido que brillaba como otro sol, no *nuestro* sol, en otro lugar. Extendimos la esterilla sobre las agujas de pino y nos apoyamos en los árboles, y la resina se nos pegó a la ropa. Yo, al sentir el calor del sol, me tumbé a tomarlo como un lagarto. Comimos los bocadillos de pan con mantequilla y cebolletas y bebimos el té con las mosquitas negras que subían del arroyo. Los pukekos nos miraban por entre la valla del prado vecino.

Pero mamá estaba intranquila. ¿Y si sonaba el teléfono? ¿Lo

oiríamos desde el llano? ¿Y si volvía «tu padre» y no encontraba la cena preparada? Además, había que llamar al autoservicio para dar la lista semanal, y tal vez ya fuera tarde para que el repartidor nos trajera el pedido. Nos habíamos pasado de los almacenes Star al autoservicio cuando nombraron encargado al hijo de unos antiguos vecinos nuestros de Edén Street. Mi familia, después de haber vivido tantos años en Oamaru, contaba ahora con una servicial red de tenderos, carteros y taxistas favoritos, muchos de los cuales eran los «chicos» que, con Myrtle y conmigo, soñaban con triunfar en Hollywood. Otros de los que habían soñado con nosotras eran ahora huesos en el Desierto Occidental, en Creta o en Italia.

El picnic acabó pronto. Mamá se puso en pie pesadamente, jadeando del esfuerzo y juntas subimos la cuesta hacia la casa; el sol ya se había puesto en el llano, el camino empezaba a estar sombrío, allí oscurecía antes por la presencia de los pinos, y ya estábamos otra vez en la zona en que la fría colina se inclinaba sobre la casa atenazándola con una garra de invierno permanente.

Dos días después, cuando subí al tren expreso para regresar al Norte, comprendí que no volvería a ver a mi madre y, en un arranque de mal humor, dije: «No volveré a Willowglen.»

Mis palabras hirieron, como yo suponía. Dije adiós y el tren arrancó por su vía familiar, y desde el momento en que empezó su *Kaitangata, Kaitangata, Kaitangata, Winton, Winton, Winton, Kakanui, Kakanui, Kakanui*, comprendí que no era posible escapar, ni de la familia ni del frío ni de la tierra, y que, de todos modos, la huida era imposible porque, como hija de un obrero del ferrocarril, yo tenía que aceptar el poseer y ser poseída por cada palmo de vía férrea del país: un lazo de hierro de mutua propiedad. El tren iba diciendo una palabra nueva: *Willowglen, Willowglen, Willowglen* mientras cruzábamos los llanos de Canterbury.

23. Una muerte

Willowglen podía ser el paraíso de hojas, tierra, agua oscura, pantanos poblados de hierbas verde brillante, señal de peligro, pero Auckland aún era el paraíso de luz, de nubes arremolinadas como el humo, que daban la impresión de que en el cielo se escondía un volcán que hacía erupción en un mundo invisible. En el jardín de Frank estallaba la cosecha de primavera. Altas columnas de maíz dulce, frente a la ventana de la barraca y, en el lado este de la casa, pimenteros de relucientes hojas verdes. Ahora plantaba tomates de la variedad Russian Red y me enseñó el grabado en la bolsa vacía de las semillas.

—Beefsteak y Russian Red es lo que planto este año.

También había un pequeño papayo cerca de la barraca, que él

cuidaba amorosamente. Esperaba poder cultivar un chirimoyo. Me dijo que Barbara y Maurice Duggan tenían uno. «Quizá sea el único de todo el país.»

Su admiración era inagotable; le relucían los ojos cuando hablaba del chirimoyo (iba a decir que «le *brillaban*», pero no era una luz fija, planetaria, la que había en ellos sino un fulgor tenue, velado por una bruma, humedad o, sencillamente, lágrimas).

—¿Y tu manuscrito? —me preguntó—. ¿Lo enviaste a Pegasus?

Cuando Denis Glover dejó Caxton Press, por lo visto, dio una serie de cuentos y poemas míos a Albion Wright de Pegasus que me los envió a mí. Yo me apresuré a quemarlos. Entre los papeles había una carta de John Forrest a Denis Glover en la que le decía que no había esperanza de que yo curase («Usted me recuerda a Van Gogh, a Hugo Wolf...»). Frank me explicó que Pegasus se había hecho cargo de gran parte del trabajo de Caxton Press.

Yo comprendía que, después de la tibieza que Frank demostrara hacia «An Electric Blanket» (Una manta eléctrica), no podía enseñarle el libro. Le leí, no obstante, unas líneas de muestra del comienzo que le gustaron tanto que me instó a enviarlas como poema a John Lehmann del *London Magazine*. Para hacerlo más interesante (habíamos estado hablando del fraude australiano de Angry' *Penguins and Em Malley*) Frank sugirió que reuniera unos cuantos poemas míos y que él los enviaría a John Lehmann. Me eligió nombre —*Santa Cruz*[3] — y lo tradujo solemnemente, como si yo no lo supiera. En su carta a John Lehmann explicaba que yo era una mujer de las Islas del Pacífico que acababa de llegar a Auckland; mi trabajo le había impresionado. La respuesta fue amable. Las poesías, decía John Lehmann, eran frescas, nuevas; le gustaría ver más cosas mías, cuando supiera un poco más de inglés.

Entretanto, Frank me ayudó a empaquetar el manuscrito, y era tal su preocupación por el que se empeñó en acompañarme a la oficina de Correos y estuvo vigilando mientras el empleado pegaba los sellos correspondientes y arrojaba el sobre por el tobogán.

Dos semanas después, recibí la noticia de que Pegasus Press aceptaba el libro. Acompañaban un contrato para que lo firmara. Yo estaba atónita, encantada y asustada, mientras que Frank, que ya había aprendido la rutina de escribir y publicar y conocía la *etiquette*, dijo: «Hay que celebrarlo.» Gastando más de lo que podía, compró una botella de whisky que nos bebimos aquella noche.

El verano llegó demasiado pronto. El calor persistía día y noche. Yo dormía con la puerta de la barraca abierta, cubierta de gasa, lo mismo que la ventana, para que no entraran los mosquitos del manglar y del lago Papuke. Ahora que había terminado el libro y estaba otra vez inmersa en el mundo real, me sentía inquieta, incapaz

de trabajar con aquel calor. Escribía poesías y algún que otro relato. Por la noche jugaba al ajedrez o escuchaba las anécdotas y la charla de Frank y sus amigos, o él y yo comentábamos los libros que estuviéramos leyendo, pero los dos advertíamos que se había producido un leve cambio en nuestra relación, ya no sintonizábamos como antes, la luna de miel había terminado. Yo sabía que pronto tendría que irme y no quería irme. Principio, medio y fin: ¡cuántas veces habíamos hablado de las etapas de la obra de ficción y de cómo cada una podía expresarse insensiblemente!

Y entonces, un día de primeros de diciembre, mi hermana y su marido vinieron a verme inesperadamente. Era por la mañana, hora de trabajo. Oí que Frank los enviaba a la barraca.

June apareció en la puerta.

—He venido a avisarte —me dijo—. Mamá murió esta mañana. Tuvo un ataque a eso de las seis y murió a las diez y media. Bruddie nos lo ha dicho por teléfono a Wilson y a mí.

Yo traté de expresar la menor emoción posible. Dije:

—Estaba agotada, de todos modos, y preparada para morir.

A la muerte de Myrtle y de Isabel, June y yo nos habíamos abrazado y llorado, pero de aquello hacía mucho tiempo y yo llevaba ya muchos años apartada, sola con mis sentimientos.

—Su vida ha sido horrorosa —dije.

June se mostró de acuerdo. Dijo que ellos no iban al entierro. Me preguntó si iría a su casa aquel fin de semana, como de costumbre.

—Me parece que no —dije.

—¿Nos veremos otro día?

—Sí.

—No han querido decírtelo directamente por la impresión. Nos pidieron que te diéramos la noticia nosotros.

La mezcla de tristeza y alivio por la muerte de mi madre fue reforzada y agudizada por aquel familiar sentimiento de cólera y depresión que me producía ser tratada como el miembro de la familia «frágil y loco» al que había que proteger de las noticias desagradables. La bienintencionada consideración de mi familia servía para acentuar mi separación de ellos. Me molestaba que mi hermana hubiera sido la primera en enterarse de la muerte, como si la noticia fuera un don precioso que le habían dado a ella para que me lo pasara ya usado, de segunda mano. Era como si despertara la antigua rivalidad de la niñez por ser la primera en saber, la primera en ver, la primera en recibir el preciado secreto. En realidad, la rivalidad no había despertado porque nunca había dormido.

Comuniqué la noticia a Frank.

—¿Y qué? —dijo revelando su rencor hacia su propia familia—. Como mejor están los padres es muertos.

Valerosamente, me mostré de acuerdo con él.

Aquella noche, en la soledad de la barraca, lloré y, a la mañana siguiente, a los despectivos reproches de Frank acerca de «todas esas lágrimas», respondí que lloraba por la vida de mi madre, no por su muerte. Me dolía que la vida de los padres hubiera debido consagrarse casi por entero a alimentarnos, vestirnos y protegernos y que apenas nos hubiera dado tiempo de conocerlos y ser amigos. Yo había pasado la vida observando y escuchando a mis padres, tratando de descifrar su código, siempre buscando claves. Ellos eran los dos árboles que estaban entre nosotros y el viento, el mar, la nieve; pero esto era durante la niñez. Yo comprendía que su muerte podía exponernos a las inclemencias, pero también dejaría llegar la luz desde todas las direcciones, y nosotros conoceríamos la realidad en lugar del rumor del viento, el mar y la nieve y podríamos percibir todos los momentos de la existencia.

Me quedé en la barraca todo el fin de semana, por lo que el domingo compartí la comida que Frank preparaba siempre para su amigo Harry, mientras Harry, que al principio estaba tan comunicativo como una tabla de madera, pronto abandonó su recelo y empezó a hablarme, mientras Frank, más nervioso que de costumbre y demostrándolo por su profusión de ademanes, removía, probaba, medía, agregaba y servía un guiso perfecto, como siempre. Después de la cena, volví a la barraca dejando a Frank y a Harry que hablaran de los viejos y los nuevos tiempos. Hacía tanto tiempo que se conocían que podían conversar con medias frases y palabras sueltas, y cuando conocí mejor a Harry, pude darme cuenta de lo mucho que Frank lo apreciaba, por ser no sólo un compañero leal sino también fuente de información acerca del «otro» mundo de las carreras y los sórdidos hoteles de la ciudad y los tristes vagabundos que rondaban por los tinglados del *ferry* y la parte baja de Queen Street. Frank se había organizado la vida a la perfección: él era el escritor y, mientras se dedicaba a escribir, procuraba rodearse de personajes que le trajeran noticias del mundo que él ya no podía explorar en la realidad, porque el acto físico de escribir lo ataba a una silla delante de un escritorio o una mesa, toda la mañana o todo el día, y exigía silencio, soledad y descanso.

Nadie esperaba de mí que fuera al entierro de mi madre; yo cumplí las expectativas de mi familia sintiéndome incapaz de ir. Lo que hice fue pedir a papá que me enviara las cartas y los telegramas de pésame, que contesté. Luego rendí culto y lloré a mi madre con varias poesías. La cadencia no es buena, pero dan detalles de lo que yo pensaba.

Quemad la ropa sucia que llevaba al morir,

las medias agrias, el vestido manchado,
el jersey agujereado
que vestía cuando saludó
la triste sorpresa la triste sorpresa matinal de la muerte.

Colgad su traje de una percha
en el tendedero, para que el viento
se lleve los jirones del desastre enfermo
hacia los árboles o la ciudad vecina.
Tended las sábanas de la muerte en el prado
para que el rocío y el sol las blanqueen y las limpien.

Yo digo que sólo el fuego y el aire
son caritativos, así pues,
confiadles vuestra pena
rechazando la tierra y el agua que sepultaron su
cuerpo, que la ahogaron con exceso de lágrimas.

Otra poesía:

Cuya muerte nunca matará su momento, expulsando con humo
de su corazón el pequeño hurón triste del tiempo
no volverá a caminar, su cuerpo pesado con ropa s
obrada, sombrero de girasol; zapatos de siete leguas
por el barrizal, el lodo del establo, la hierba de la nieve tras
[el huido
conejo de Dios que crió en su conejera honda
al abrigo del halcón debajo del prado
de piedras y cardos, lirios y helechos.
Aunque mi cincel de sal no pueda tallar ni remodelar
su piedra, ni mis lágrimas impulsar la huida de las barbas
[del cardo
ni medir el tiempo de su viaje, aunque la noche desuelle sus
[lirios
su aurora azul del barrizal, sus dioses palpitantes
crían en la oscuridad, y no obstante dejan a los enloquecidos refugiados de los halcones
posarse en su lecho de helechos, dormir seguros.

¿Qué podía yo escribir si no, con los ejemplos de «El más cercano el más querido el más amado y el más lejano» de George Barker y «Después del entierro, alabanzas de mulas, rebuznos...» de Dylan Thomas?

En aquel momento, me preocupaba la condensación de imágenes

y el empleo de términos generales —amor, muerte, caridad, corazón— que son como pequeñas granadas colocadas dentro de un poema —el sentimiento, al tocarlas, estalla en fragmentos importantes, por lo que al final del poema el sentimiento ha sido destruido o dispersado y no queda nada—. La condensación de imágenes también tiene el efecto del viaje en reactor (no ves nada del paisaje que pasa por debajo) y, por lo tanto, no te afecta y cuando llegas a tu punto de destino —o al final del poema— estás tan fresco —aparte del tedio del viaje— como cuando saliste y el poema lo mismo podía no ser nada, una sombra.

Cuando trataba de escribir poesía, hacía cuanto podía, aunque sabía que mis poemas no eran «buenos». Yo gastaba mucho sentimiento (que hubiera podido aprovechar mejor usándolo para robustecer los poemas) deseando que fueran buenos mientras sabía que no lo eran —la muelle indulgencia de un sueño—. Escribí otro poema sobre la muerte de mi madre, «Sus ojos, que suplican a la luz, por la luz son burlados», que leí a Karl Stead, y aunque él era varios años más joven que yo y había escrito menos poesía, su criterio y su sensibilidad eran más agudos que los míos. Él me escuchó y dijo poco, pero cuando repitió las palabras, frunciendo el entrecejo: «El sol es el abogado de la muerte», supe que el poema no estaba logrado, porque sentí el deseo de decir, como el que es pillado en falta: «Oh, puedo explicarlo todo.»

Y podía. La metáfora estaba elaborada, pero no resultaba.

Sus ojos que suplican a la luz por la luz son burlados
si no se escribe más allá, o dentro, de ellos
la perdición o litigante con su aro de llamas
pagada por la podredumbre para que someta a juicio a sus vidas; porque ahora con magnitud de duelo, los parientes
peinando la arena, palpan el cuerpo de mi madre,
pasean prismáticos de miedo y dolor
por encima de la costa buscando su jeroglífico,
donde el más ardiente abogado de la muerte, el sol
de diciembre, en éste su año sesenta y tres
despertó temprano para el más oscuro trabajo, escribiendo
firmas de cliente en toda su piel
como tributarios secos sin cifra
en lecho de huesos, huesos resecos y podridos
extraviados, sin lengua, hasta el borde trémulo
de su sangre parada —¿quién iba a decirlo?

Me afectó profundamente la circunstancia de que mamá muriera por la mañana, en horas de trabajo. Se había levantado temprano, ido a la cocina y encendido el fuego, y, cuando papá la encontró, ella,

medio inconsciente, le susurró: «Quería hacer una taza de té...» Fueron sus últimas palabras; no recobró el conocimiento. Como compendio de su vida podrían considerarse, sin cinismo, su mejor trabajo literario.

Me sentía traicionada por qué Frank no hubiera mostrado pesar por la muerte de mi madre, pero el sentimiento se desvaneció cuando le oí decir a Kathleen, nuestra vecina: «La muerte de una madre es lo más duro de aceptar. Es una hora triste para Janet.» ¡También Frank escondía sentimientos!

24. Los gusanos de seda

Cuando pase el verano, pensaba yo, y refresque (un sueño: al fresco de la tarde), escribiré otra novela. Al emerger de mi mundo de ficción, podía ver con claridad que mi estancia en la barraca exigía de Frank más tiempo, energía y atenciones de los que él esperaba, ya que yo no era su única *carga* (en toda la extensión de la palabra) y cada uno de sus protegidos (Harry, el viejo Jim de la casa de al lado y las dos ancianas tías de Frank, una de ellas ciega, que vivían cerca de la playa en una vieja casa de tejado a dos aguas llena de muebles altos y oscuros) debía ser visitado, escuchado y consolado, y, los más menesterosos, recibían verduras del jardín o un billete de diez chelines o de una libra. La visita a las tías era la que más energía consumía, porque ellas tenían una lengua acerada y crítica que no descansaba y que Frank escuchaba paciente y sumiso. Cuando él volvía de verlas, siempre decía en tono de asombro: «*Mis tías gordas, mis tías enormes.*» Y eran unas tías enormes, con una especie de solidez que parecía indestructible; creo que eran hermanas de la madre de Frank, y pienso que, en su perdurabilidad, eran como el pasado, su pasado; no eran mujeres de nieve; no tenían estación ni tiempo; y cuando la ciega tuvo que guardar cama, el día en que yo fui a verlas con Frank, no me pareció disminuida por su ceguera ni por su enfermedad sino sólo por la alta librería de roble que tenía al lado de la cama.

El calor del verano persistía. Frank empezó a hablar de los «tiempos dorados» de su niñez en que criaba gusanos de seda. Fue un verano recordado, como «aquel verano» de su novela corta y perfecta. Y ocurrió que un día en que yo pasaba por Karangahape Road («posesión» de Auckland, lo mismo que Rangitoto) vi gusanos de seda en el escaparate de una tienda de animales. Compré media docena y aquella tarde, nerviosamente, los desenvolví y los puse en el mostrador de la cocina. Entre Frank y yo era ahora tan extrema la sensibilidad que había que medir cada movimiento para no herir al otro o manifestar una intención que no pudiera ser asumida por el otro. Yo había visto a Frank a punto de echarse a llorar cuando me enseñó las postales de su viaje por Europa; me parecía que la época

dorada de la casa de su tío y los gusanos de seda eran de su exclusiva propiedad y no quería que pensara que yo, después de oírle rememorar tantas veces su felicidad de niño, tenía el atrevimiento de proporcionarle una réplica del pasado. En el tema de los gusanos de seda, procuré actuar con naturalidad. Él se mostró encantado, con un placer inmediato, no evocador. Consideró, a su vez, que los gusanos de seda podrían ser una distracción para mí mientras él y yo planeábamos mi siguiente «movimiento» que, según Frank, debía ser «un viaje al extranjero» para «ampliar mi experiencia», una forma conveniente, así lo veíamos los dos, de decir que estaría mejor «fuera de Nueva Zelanda, antes de que alguien decidiera que yo debía estar en un psiquiátrico». Los dos sabíamos que, en una sociedad conformista, existe un número sorprendente de «decididores» sobre la vida y el destino de los demás. Frank incluso llegó a sugerir que contrajéramos un matrimonio de conveniencia, a fin de que lo tuviera a él como pariente más próximo, proposición que, en aquel momento, me pareció insultante y que él, después de consultarla con la almohada, retiró.

Nos concentramos en los gusanos de seda. Yo recorrí el vecindario de Takapuna hasta que, en un anticuado jardín situado sobre la playa, encontré una morera y a una amable propietaria dispuesta a abastecerme de hojas con las que alimentar a nuestros «protegidos». Frank trajo a casa una caja de zapatos de la zapatería de Hanna, puso dentro las hojas de morera y, suavemente, depositó los gusanos en las hojas. Inmediatamente, ellos empezaron a comer. Durante el día teníamos la caja encima del mostrador, en un extremo cerca de la librería, y por la noche me la llevaba a la barraca y la dejaba encima de mi escritorio. Sabíamos que los gusanos de seda comían para subsistir. En el silencio de la noche, desde la cama, oía un ruido como de minúsculas hojas vueltas en una minúscula biblioteca, y, desde entonces, sólo he vuelto a oírlo, ligeramente ampliado, en la biblioteca del Museo Británico, mientras los lectores consumen página tras página del libro de su elección. El consumo de los gusanos de seda era literal, durante toda la noche y todo el día, y aunque por el día no se les oía, la masticación regular continuaba, sin pausa, y continuaría hasta que terminara este período de su vida: una comida permanente. Frank explicó lo que ocurriría a continuación y los dos observamos cómo los gusanos de seda iniciaban su otra vida, cómo empezaban a agitar la cabeza con un movimiento circular mientras de su boca salía una hebra dorada, fina como una tela de araña. Frank había puesto a cada gusano en una tira de cartón que ellos usaban de soporte, envolviéndose a sí mismos y al cartón en un capullo dorado, y, cuando dentro todo quedó quieto, Frank cortó cuidadosamente la seda, sacó los gusanos desnudos y los envolvió en nidos de algodón —la

consabida intrusión humana basada en la creencia de que nosotros somos dueños del mundo, de sus criaturas y sus productos—. El hilo dorado de seda trenzada colgaba de la pared, junto a la ventana, en aquella habitación en que habían muerto Ivan Ilych y el Príncipe y Pierre había visto a Napoleón y el roble brotaba y perdía las hojas, y se interpretaba a Mozart y a Beethoven; una habitación fastuosa.

Con el tiempo, los gusanos, confortables dentro del algodón, se convirtieron en mariposas que, desde el primer momento, se buscaron unas a otras, macho y hembra, y los machos cubrieron a las hembras en una cópula que, al igual que el comer y el hilar, duró todo el día y toda la noche, hasta que los machos, uno a uno, fueron cayendo y muriendo, mientras las hembras, a las que, nuevamente, se proporcionó el mobiliario, ponían pulcramente en la hoja de cartón, hileras de huevecillos blancos, como puntos o líneas de Braille; y entonces también ellas murieron, y Frank, que en todas las etapas de la vida de los gusanos de seda había ido repitiendo sus actos de años atrás, explicando cada etapa y describiendo lo que iba a pasar, colocó la hoja de cartón con los gusanos de seda encerrados en su propio pasado, presente y futuro, en la caja de zapatos y enterró el improvisado ataúd.

—Es el ciclo —dijo y sus palabras y su mirada abarcaban otras referencias, otras especies—. Estarán ahí durante el invierno y, cuando llegue el calor, los sacaré, nacerán y el ciclo se repetirá.

No se nos escapaba lo completo, perfecto y casi indestructible de aquel ciclo.

Aquella noche, como dioses, celebramos con Vat 69 las vidas dedicadas a comer, hilar y copular.

Al día siguiente, planeamos una carta para solicitar al Fondo Literario una bolsa que me permitiera «viajar al extranjero y ampliar mi experiencia». Ahora, mientras esperábamos el resultado de mi solicitud, yo podía aceptar la invitación de una amiga de Frank, Paula Lincoln, llamada P. T. Lincoln o Paul, para pasar unos días en su casa de Mount Maunganui.

25. Miss Lincoln, Beatrix Potter y el doctor Donne

Yo había conocido a Paula Lincoln cuando visitó a Frank, y me pareció una mujer pequeña de pelo gris que, con voz de lágrimas, decía que su cuerpo había «cambiado» y que ella había sido privada de la paz. Aquella tarde estaba afligida. Yo podía ver cómo Frank, enemigo de toda exhibición de sentimientos, se retraía, tratando de escapar de la fuente de inexplicable desdicha de la que ella parecía ser la figura central, la estatua que la recibía toda.

Me gustaría que lo dejara, pensé.

Comprendí que, en su sentir, su propio pasado estaba ligado al de Frank. Nunca llegué a resolver el misterio de aquella tarde.

Cuando ella se fue, Frank murmuró tristemente, sin dar mayores explicaciones: «Pobre mujer. Hay que ver cómo se pone. Cada vez que viene se pone así. Por cierto, te invita a ir al Mount cuando te apetezcan unas vacaciones. Pobrecilla. Yo la aprecio mucho.»

Me enseñó una foto de un Frank joven con tres amigas, una de ellas, bonita, de pelo negro. «Es ella, Paul.»

Me contó su vida, que se había educado en una célebre escuela para señoritas, que a los treinta años rompió con su familia «de la clase alta» y vino a Nueva Zelanda, que había trabajado de psicoterapeuta y que, durante la guerra, estuvo con el Consejo Pacifista; que enseguida se interesaba por las causas, cómo se habían conocido y que ella había recibido una pequeña herencia que le proporcionó unos ingresos y libertad para escribir pero que sólo había escrito unos cuantos relatos. Ella ayudó a Frank con dinero, para la construcción de su casa y la publicación de su primer libro.

Yo dije que recordaba el relato de ella incluido en *Speaking For Ourselves.*

—Es una persona maravillosa —dijo Frank—. Por cierto, es lesbiana.

A pesar de que mis conocimientos de la diversidad de las preferencias sexuales habían aumentado, yo ignoraba el significado e implicación del lesbianismo y, cuando Frank me lo explicó, descubrí que, al igual que la reina Victoria, ¡no podía creerlo!

Salí para Mount Maunganui. El viaje en tren duró casi todo el día por una de las rutas ferroviarias que se integraban de tal modo en el entorno natural, un mundo reluciente y húmedo de selva, cascadas, helechos y arcilla mojada, que el corazón del paisaje entraba en el coche, y experimentabas la soledad y la aventura de una exploración personal. De los pocos pasajeros, unos dormían tendidos en los asientos y otros, lo mismo que yo, solos en un asiento doble, estaban absortos en el mundo salvaje que había al otro lado de las ventanillas. En una ocasión en que el tren tuvo que detenerse por un corrimiento de tierra que cubría la vía, el maquinista y el fogonero bajaron y, manejando las palas, ayudaron a una cuadrilla de vigilantes a despejar la vía, mientras los pasajeros permanecíamos en silencio, inmersos en el sueño verde, y cuando, por fin, el tren empezó a moverse, crujiendo lentamente en las cerradas curvas, en un mundo en que el agua de la lluvia era exudada por todos los poros de la tierra, troncos, hojas y helechos, te sentías privilegiada al saber, como el que posee un secreto, que ésta no era la «vía principal», de uso general, con parada y fonda y ciudades, sino un «ramal secundario», con el misterio, el abandono y la vaga atmósfera de exilio propios de todos los ramales

secundarios, en todas partes, hasta en los sueños, el pensamiento y la historia.

Por fin, el tren paró en Tauranga y, aunque continuaba por el istmo hasta Mount Maunganui, Paula Lincoln me esperaba en Tauranga, y nosotras cruzaríamos el puerto en la lancha nocturna. Ya estaba oscuro y había una luna llena de invierno. Paula esperaba en el andén, y vestía, como el día en que fue a ver a Frank, pantalón de franela gris, blusa blanca como de colegio, cardigan gris y gabardina. Llevaba zapatos negros con cordones— calzado «sensato» de invierno. Estaba animada y nerviosa y hablaba con aquel acento que nosotros llamábamos «de Oxford» y que tenían los profesores, los médicos y la realeza, lo cual lo asociaba a la autoridad, con una ligera nota de exhortación. La voz de P. T. L. tenía un tono defensivo, como de un permanente: *Esto es así por esto y esto, y la cosa no tiene remedio.*

Fuimos andando de la estación al embarcadero, y ahora Miss Lincoln tenía los ojos brillantes y no estaba bañada en una fuente de desdicha sino en claro de luna, porque las nubes se habían disipado de pronto y el resplandor llenaba el puerto. Porque los gusanos de seda también habían consumido tiempo con sus hojas de morera, y el aire de la noche era invernal, de mayo, frío.

Embarcamos en la lancha, salimos al amplio puerto y Miss Lincoln, rozando el agua con los dedos, murmuró: «Líquidos bloques de luz.»

—Así lo describió Greville —dijo—. ¿Frank le ha hablado de Greville Texidor? ¿Ha leído sus relatos?

Yo dije que había leído *These Dark Glasses*, los relatos de Greville. Me impresionaron y deprimieron secretamente por su fuerza y sofisticación. También Frank había hablado de Greville y de su vida, dándome la biografía condensada que acompañaba la mención de cada uno de sus amigos y conocidos, poniendo de relieve la peculiaridad maravillosa del carácter, talento o experiencia de cada cual: la de Greville era el haber estado casada con un contorsionista y haber recorrido el mundo con él. «*Siendo muy joven.*» Frank también admiraba su trabajo, pero era su «experiencia de la vida» lo que le cautivaba: los sitios en los que había estado, lo que había sido, lo que había visto y lo que había hecho... ¡con un marido contorsionista!

La lancha iba acercándose al Mount y Miss Lincoln seguía hablando de Greville y de Frank y de sus años de juventud con sus amigos. Luego, nos quedamos calladas, gozando del claro de luna, y cuando la lancha acostaba el embarcadero, Miss Lincoln dijo:

—Me gusta estar con alguien y no tener que hablar continuamente.

—Oh, a mí también —dije yo con el entusiasmo de las nuevas amistades. Frank me había dicho que Paul no «congeniaba» fácilmente

con las personas.

—Le caerás bien —dijo—. Os haréis bien mutuamente.

A veces, Frank recomendaba personas como si fueran una medicina y él, el médico. También recetaba para sí. Hacer la cena el domingo para Harry y oírle hablar de su mundo de carreras de caballos, y escuchar las tribulaciones y los sueños de Jack y cuidar de Jim, su vecino, eran cosas que Frank consideraba, además de gratas, «beneficiosas». Yo me preguntaba qué ocurriría si Miss Lincoln, la amiga de Frank, no «congeniaba» conmigo o, usando el gráfico lenguaje de ella, no «conectábamos».

—Todo el mundo me llama Paul —me dijo mientras íbamos hacia el camino de la playa—. He sido Paul desde que iba al colegio. —Yo había murmurado «Miss Lincoln» a intervalos.

—Bien... —dije.

Mount Maunganui era una colonia marinera con arena por todas partes y el mar por todo horizonte, y cuando dejamos atrás las tiendas alineadas frente a la playa en las que Miss Lincoln se paró a comprar pan y fruta, salimos directamente a Ocean Beach Road.

> Al doblar el cabo, de pronto, vino el mar
> y la luna miraba por encima del borde de la montaña,

citamos juntas.

—Yo siempre pienso en él, cada vez —dijo Miss Lincoln, excitada, con su acento de Oxford agudo como una lanza.

—A mí me encanta «El funeral de un gramático» —dije yo buscando nuevos puntos de «conexión».

—Ahora mismo no lo localizo —dijo Miss Lincoln.

La playa era bravía y solitaria: una larga franja de rompientes incansables, a la luz de la luna que se había quedado en Tauranga, al otro lado del puerto y, no obstante, nos seguía, mirándonos con el leve sombreado de sus montañas y extendiendo en el mar un ancho camino hacia Ocean Beach Road. Miss Lincoln señaló una masa oscura que ahora compartía horizonte con el mar.

—La isla de Matakana, poblada de pinos; y al lado está la isla Rabbit.

Señaló hacia atrás, a la izquierda.

—Ahí está la montaña.

Yo ya me había habituado a la costumbre de la gente de la Isla Norte, de llamar montañas a las colinas.

—Y, al final de Ocean Beach Road, al doblar la esquina, se ve la Isla White que arde de erupción volcánica.

Yo miré inteligentemente hacia el lugar en que debía de verse la

Isla White.

Llegamos a una casa de playa, pequeña y encalada, que inmediatamente me recordó la Rectoría de Haworth. Sólo el camino de grava y las dunas separaban la casa del océano invernal. La parte delantera era una extensión de arena en la que unas cuantas plantas, de hojas grises y raquíticas, se inclinaban hacia la casa como huyendo del viento.

Una vez dentro, Miss Lincoln me llevó a una habitación qué tenía las paredes cubiertas de libros, en el centro una cama con el somier hundido y el suelo de madera, sembrado de arena. Era fría, austera. El oxidado cierre de la ventana no funcionaba. Los cristales parecían helados por la masa negra del exterior, porque la luna, después de seguirnos hasta la casa, se había retirado, dejando una absoluta oscuridad, en la que sólo brillaba algún que otro destello de las rompientes.

—He cogido «pipis» —dijo Miss Lincoln—. Para celebrar su llegada.

Estaban todos los ingredientes, fielmente descritos por Frank Sargeson en su *Up on to the Roof and Down Again* (Subida al tejado y vuelta a bajar) de cuando él y la mujer a la que llamaba K. (Miss Lincoln) habían comido aquí en Mount Maunganui. Y, mientras preparaba la cena, Miss Lincoln recitaba la descripción de Frank, palabra por palabra, «Oh, Dios, espero que no se me vaya la mano», decía cuándo añadía líquido al arroz. Aquella página de Frank le pertenecía sin discusión, y se recreaba evocando la escena en que ella y Frank habían compartido el escenario.

Abrió una botella de vino.

—El favorito de Keats —dijo—. Visitará su casa en Londres, ¿verdad?, si le dan la bolsa.

Yo tenía la sensación de ser impulsada por los deseos de los demás, pero ello no era insólito en mi vida. El impulso me asustaba: yo no sentía deseos de viajar a ningún sitio, pero... ¿dónde podía vivir? Comprendía que había llegado el momento de marcharme de Esmonde Road, y no había esperanza de tener una casita propia, con dinero suficiente para vivir, porque, si hubiera solicitado al Fondo Literario dinero para gastarlo de este modo, me lo habrían negado. El mágico señuelo era «ampliar experiencias en el extranjero».

—¿Tendrá muchos planes para cuando esté en el extranjero?

—Pues... —me avergonzaba de mis simples deseos... perseguida por el soneto de Wordsworth:

¡No impongas al real Santo vanos
dispendios designios impropios al Arquitecto que trazó
(aunque sólo para un escaso grupo

de sabios de blanco ropaje) esta inmensa
y gloriosa obra de fina inteligencia!

Yo soñaba con ver la capilla de King's College en Cambridge. Quería deambular por los parajes del «Scholar Gypsy» y de las novelas de Hardy; ver, en la tierra de Shakespeare «la orilla en la que crece el tomillo» y hasta pasear por los jardines de Kew, ¡entre las lilas! —todos, sueños anticuados en la nueva época de *Speaking For Ourselves* —. También ansiaba recorrer las Euganean Hills.

Muchas islas verdes ha de haber
en el mar profundo y anchuroso de la Pena,
o el marinero, cansado y desfallecido
no podría viajar así
de día y de noche, de noche y de día...

y ver

El Mediterráneo azul, donde él yace,
mecido por el rizo de sus corrientes cristalinas...

Estas románticas imágenes de reclusión bucólica y académica tenían su contrapunto en las «sombrías fábricas satánicas» y la sordidez de ciudades como Londres, París y Glasgow, y cuando yo trataba de imaginarme a mí misma, digamos, en Londres, ponía en mis imágenes lobreguez y pobreza y personajes medievales de mirada extraviada sobre un fondo de altos edificios y piedra gris.

—En realidad, aún no he pensado adónde iré —dije.

Aquella noche, de postre, comimos guavas, granulosas con sabor a fresa, del arbusto que crecía junto a la puerta de atrás, al lado del *dunny*, y como era la primera vez que yo las comía, Miss Lincoln me miraba ansiosamente mientras yo probaba —saboreaba— la fruta nueva, y cuando di mi aprobación, pareció satisfecha, como si la hubiera juzgado a ella. También era muy susceptible acerca de su casa y sus pertenencias. Yo le dije que me encantaba su casa junto al mar; te daba la sensación de que estaba en el medio del mar, y la habitación de los libros era ideal.

—Voy a leer, leer, y leer.

De todos modos, Miss Lincoln —Paul— me intimidaba un poco, porque, nada más conocerme, declaró que ella siempre «decía francamente lo que pensaba». Aunque yo valoro la sinceridad, a veces me da miedo la crudeza, la agresión que se insinúa en su expresión.

—Yo digo lo que pienso —repetía Miss Lincoln. Su voz inglesa tenía un tono tajante. Decidí procurar no convertirme en blanco de

desaprobación ni censura, porque, generalmente, es en semejante clima de conversación cuando la gente proclama que sólo pretenden ser «rigurosamente sinceros».

—¿Ha leído *The Well of Loneliness* (El pozo de la soledad) de Radcliffe Hall? —me preguntó cuándo me iba a mi habitación.

No lo había leído ni había oído hablar de él. Ella dijo que, si deseaba leerlo, lo encontraría en la librería, que era uno de los primeros libros que se habían escrito sobre lesbianismo y que su publicación había provocado un escándalo.

—Usted ya sabe que yo soy lesbiana.

—Sí. Creo que Frank dijo algo de eso —respondí con ligereza, insegura.

Leí el libro aquella noche, en medio de un extraño torbellino de desagrado y perplejidad, mientras trataba de imaginar el amor físico entre mujeres, ¡yo, que no había hecho el acto del amor con nadie! Al día siguiente, cuando Miss Lincoln me explicó que toda la vida había sentido pasión por una niña de su colegio, la creí y compadecí. Hablaba de Lily como si la tuviera delante y su pasión aún estuviera viva. Se le saltaban las lágrimas.

—Lily era muy bonita.

Lily había sido su único y perdurable amor. Aunque había tenido amigas con las que «conectó», no tuvo con ellas amor como el que existe entre hombres y mujeres.

Decidí que Paul me gustaba, que era otro de los seres incomprendidos e inadaptados del mundo. Me repelía la idea de la homosexualidad, tanto masculina como femenina, pero iba aprendiendo, poco a poco, a aceptar las sagradas diferencias de las personas aunque en aquel entonces ignoraba hechos biológicos y hormonales. Entonces yo sólo sabía que estas diferencias sexuales hacían que los que amaban al otro sexo se sintieran amenazados y heridos.

Comprendí el dolor que sentía Paul al referir experiencias pasadas, su nostalgia de lo que había sido y lo que no había sido, y sabía que, al igual que todos los descastados, tendría que luchar doblemente para sobrevivir a los diarios ataques a su sensibilidad. Caí en la cuenta de que ella tenía casi la misma edad que mi madre —dos o tres años menos—, y aquí estábamos las dos, hablando como dos personas. Era esto, más que las confesiones sexuales, lo que ocupaba mi pensamiento durante mi estancia, y cada vez que encontrábamos un nuevo tema de conversación —Frank y su vida y amigos de antaño, el Mount, Nueva Zelanda vista por una inglesa—, yo me decía: ¿De qué habría hablado mi madre, si ella y yo hubiéramos sido, sencillamente, dos personas que hablan? Mi madre, con el pensamiento siempre pegado a su familia, cuando hubiera tratado de

hablar como una persona, habría encontrado entre sus ideas fibras fragmentadas de «tu padre», «los niños», «las vacas», «la lista de la tienda», «la factura de las mantas de Calder Mackays...». No creo que Miss Lincoln y mi madre hubieran compartido recuerdos históricos ni opiniones sobre ellos. ¿Cuándo tuvo mi madre tiempo para leer un libro?

Yo podía hacer lo que quisiera, dijo Paul, durante mi estancia. Había una bicicleta en la que podía montar, y el terreno, llano y arenoso, era excelente para ir en bicicleta. También se preguntaba si me gustaría conocer a algunos amigos suyos. Estaba Michael Hodgkins (el sobrino de Frances Hodgkins), que vivía en una casita situada al otro lado del puerto, pero venía a la playa a pasear y buscar conchas. Estaban los Gilbert. Mr. Gilbert era un prestigioso conchólogo y Sara, su esposa, una degustadora de personas interesantes. Eran una familia inteligente, «una de las antiguas familias», y su hija estaba en Londres y conocía a varios poetas.

Yo estaba impresionada.

—Lo que ocurre —dijo Paul con una ligera nota quejumbrosa— es que cuando yo traigo al Mount a mis amigos interesantes, Sara Gilbert tiene tendencia a robármelos, y terminan siendo amigos *suyos* más que míos.

En aquella fase de mi vida, yo no podía acabar de imaginar la importancia de algunas de las urgencias y restricciones territoriales de la amistad humana. ¿Cómo podía yo haber olvidado tan pronto todas las estratagemas de desesperación que emplea la gente para asegurarse y reasegurarse su lugar, su territorio? La desesperación de la gente en su entorno «normal» no era menos intensa, aunque fuera menos visible, que la de las personas clasificadas de anormales; y en uno y otro caso la desesperación podía ser aumentada por el entorno.

Esto era el lúgubre y arenoso Mount Mounganui, donde muy poca gente venía en invierno, donde hasta las plantas tenían que estar envueltas en sacos para sobrevivir; los caminos solitarios eran invadidos por la arena y los habitantes, en su puñado de casas, esperaban, como se espera en las islas y penínsulas de todo el mundo, las noticias del continente, las visitas interesantes que les recuerden que ellos y su mundo triangular, hipotecado a los antojos del mar, siguen existiendo. Entonces pude comprender que la atracción de los amigos de una casa a la otra podía ser algo temible y, si el amigo se perdía, la pérdida era dolorosa.

Afortunadamente, el excéntrico oficial del Mount, apreciado por sí mismo y por ser sobrino de la célebre pintora, era compartido por todos. Vino un día a la casa y se quedó fuera, esperando a que saliéramos a pasear por la playa. Tendría unos cuarenta y cinco años; alto, moreno, delgado, mal lavado, con unos ojos azules y penetrantes

que siempre miraban hacia otro lado. Paseamos por la playa, recogimos conchas y volvimos a la casa a tomar una taza de té, y aunque entró en la sala, se le veía incómodo entre cuatro paredes, y no tardó en salir adónde pudiera ver el mar, y, nuevamente a sus anchas en la playa, se relajó, en parte con nosotras y en parte con el cielo y el mar. Casi parecía una reliquia que hubiera dejado su tía, Ja célebre pintora, como una de esas figuras misteriosas que algunos pintores ponen en sus telas, o una nota de color y luz incongruente que intriga al espectador.

También conocí a Jos Gilbert, amigos de Miss Lincoln, Mr, Gilbert se sentó en un rincón de la habitación, junto al fuego, a tejer un jersey con lana que él había recogido, hilado y cardado, Sara, su mujer, sirvió té de tarde con tortas y pasteles artísticamente colocados en hileras en una bandeja con asa, y mientras Mr. Gilbert callaba y, de vez en cuando, intercambiaba una mirada divertida con Miss Lincoln («Nos entendemos perfectamente», dijo después Miss Lincoln), Mrs. Gilbert, enterada de mi solicitud de una bolsa para viajar al extranjero y «ampliar mi experiencia», hablaba de su hija que estaba en Londres y conocía a varios poetas de fama, y era muy amiga de uno de ellos. Mencionó un nombre. ¿Conocía yo su obra? Sí; yo había leído un poema suyo en una antología Penguin.

Yo la escuchaba con respeto, sensación de fracaso y una punzada de envidia mientras ella explicaba que su hija formaba parte de la vida literaria de Londres.

(¡Y yo, secretamente, estaba tratando de ahogar el pánico que me producía pensar en los edificios, la ciudad en sí!)

Hablando todavía de su hija y del poeta, Mrs. Gilbert dijo con convicción y agrado:

—Son íntimos.

Sara Gilbert era una mujer enérgica. Yo comprendía que hubiera «atraído» (como el cazador) a algunos amigos de Miss Lincoln. La misma Miss Lincoln había respondido al reclamo.

—Ella pertenece a una de las *más antiguas* familias —me recordó —. Lo mismo que su marido: son *los* Gilbert.

Mi estancia con Miss Lincoln (realmente, no podía llamarla «Paul» en su propia cara) es más memorable todavía por los libros que leí. *Alicia en el País de las Maravillas, Alicia a través del espejo*, los cuentos de Borrower, los libros de Beatrix Potter —ninguno de los cuales había leído—; y los Sermones del doctor John Donne. Por la noche, leía en la cama, mientras las olas rompían casi delante de la casa y el viento lanzaba la arena sobre las dunas que se alzaban entre nosotras y la playa, dejando una capa de arena en los jardines de Ocean Beach Road, en el canalón del tejado, en las grietas de las paredes y en la chimenea. Siempre había un poco de arena detrás de la puerta como

promesa y recordatorio de invasión.

Y, todos los días, con su sencilla blusa blanca y su pantalón de franela gris, como una refugiada de una anticuada escuela de señoritas, Miss Lincoln se arrodillaba junto a sus maltratados setos y ataba las plantas con tiras de tela de saco a las estacas de manuka: el traje más apropiado, pensaba yo, para aquellas plantas que vivían al lado del mar; porque Miss Lincoln, al igual que Frank Sargeson, aborrecía vivamente los «perifollos y martingalas» y hasta las plantas vestían a su gusto. Yo, incapaz de renunciar a mi inveterada fascinación por unos vestidos que ansiaba pero que nunca había tenido, pero que quizá pudiera adquirir un día aunque fuera por la magia suprema de sacar capas y capas de seda de una pequeña nuez marrón, generalmente, me sentía un poco avergonzada cuando Frank o Miss Lincoln arremetían contra lo que ellos llamaban «arreos femeninos». Me recordaban a mi padre, con su «¿Para qué queréis vestidos? Ya tenéis un uniforme de colegio espléndido».

Pero, además de su tosco vestido, las plantas del seto de Mount Maunganui, es decir, de la Rectoría de Haworth, lucían muy ufanas unas relucientes diademas de sal y arco iris puestas por el océano.

Pocos días antes del fijado para mi regreso a Auckland, llegó el telegrama de Frank.

«Informado privadamente. Concedidas trescientas libras. Felicidades.»

Entonces mi marcha de Nueva Zelanda iba a ser realidad. Yo tenía tan poca noción del valor del dinero que no podía juzgar si las trescientas libras que a mí me parecían una fortuna, eran mucho o poco, ni si alcanzarían para mantenerme, ni por cuánto tiempo.

Miss Lincoln estaba tan excitada como yo por la noticia. La víspera de mi marcha, la celebramos y tomamos, como la primera noche, «pipis» y arroz («¡Oh, Dios, espero que no se me vaya la mano!»), y el vino tinto de Keats. Y, cuando yo hacía mi pequeña maleta, Miss Lincoln me trajo un pantalón de franela cuidadosamente doblado.

—Le irá bien —dijo—. Lléveselo, para el viaje.

Me lo probé. Me estaba a la medida. No le dije que no me gustaba llevar pantalón, que aquél me parecía feo, con bolsas en las rodillas, ni que la franela gris me recordaba nuestro uniforme del instituto.

Al día siguiente volví a viajar por la vía rodeada de espesura, de regreso a Auckland y su mundo húmedo e invernal y su luz de claraboya, y, como ahora yo tenía ya un «futuro» casi visible, mi vida adquirió una nueva excitación mientras Frank y yo esperábamos la comunicación oficial de la concesión de la bolsa y el cheque de las trescientas libras.

26. Consejos a la viajera

Recibí notificación oficial de la concesión de la bolsa, pero, antes de enviarme el cheque, el Comité Consultivo estipuló que debía ser entrevistada por Miss Louden, uno de sus miembros, ex maestra de escuela que residía en Auckland. Aquélla sería la primera de una serie de investigaciones de mi cordura hechas por una serie de personas que, enteradas de mi larga estancia en el hospital, querían comprobar por sí mismas si, según daba a entender el diagnóstico médico, yo era una enferma incurable o si (como se demostraría después durante mi permanencia en Londres), ya al ingresarme en el hospital por primera vez, se cometió una terrible equivocación, en la que se insistió después reiteradamente al interpretar mi condición. La opinión general del mundo literario de entonces queda reflejada en la referencia que se hace en *The New Zealand Encyclopedia* a mi «trágica y desordenada fuerza» y «personalidad inestable», opinión que ha sido repetida muchas veces por personas que me son desconocidas.

Frank, como de costumbre, trató de animarme cuando supo lo de la entrevista.

—No será nada —dijo—. Tú haz el número de la colegiala buena y educada con la maestra.

Me aseguró que Miss Louden era una persona agradable, sensata e inteligente que, pensara lo que pensara de mi «historial», comprendería que lo que más me convenía era marcharme de Nueva Zelanda.

Pocos días después, fui en autobús hasta Remuera para entrevistarme con Miss Louden y allí, entre tazas de té y tortas y pasteles de otra artística bandeja, traté de convencerla de mi «normalidad» presentándome como una mujer feliz y sana. Miss Louden, como la mayoría de las maestras retiradas que yo conocía, vivía en una casa repleta de muebles y libros, en habitaciones alfombradas de rosa y granate, como cines; mientras que ella misma tenía aire de rebosar «cultura». Yo le hablé con un aire que esperaba le resultara sereno, de mi viaje a ultramar y entonces ella empezó a hablarme de mis días de colegio y, en respuesta a sus preguntas acerca de temas cerrados hacía siglos —deportes, maestros, el sexto grado— enumeré mis remotas actividades —capitana del equipo B de baloncesto, medalla en educación física, jefa de la residencia, segunda en la elección a delegada de clase..., etcétera—, jugando como ella quería al juego del ayer.

Fue una tarde agradable, aunque un poco sudorosa; y yo comprendí que había salido con bien cuando Frank, a través de la eterna emisora clandestina literaria que nunca callaba y de la que él parecía ser el delegado para Auckland, se enteró de que Miss Louden

me consideraba una «*muchacha* normal, feliz y sana».

Llegó el cheque. Yo lo miraba con incredulidad. Se lo enseñé a Frank.

—¿Qué hago con él? —le pregunté.

Yo nunca había tenido cuenta bancaria, porque era una de esas cosas propias de «otra gente». En nuestra familia, sólo Myrtle había tenido una cuenta, una cartilla de ahorros de la Caja Postal, en la que una semana ingresaba tres chelines y seis peniques y, a la semana siguiente, retiraba dos y seis peniques, dejando el mágico chelín que, decían, mantenía la cuenta «abierta». Cuando Myrtle murió, el chelín y unos cuantos peniques fueron devueltos y, en la página de la libreta, estamparon un sello de *Anulada. Retirado.*

Aquella tarde, en vez de hacer su siesta acostumbrada, Frank nos llevó a mí y al cheque al Banco de Nueva Gales del Sur, donde me presentó al director. Yo era una cliente muy recomendable, dijo, elogiando mi labor de escritora.

Mi siguiente paso fue pagar setenta y ocho libras por una litera en un camarote de seis, en el *Ruahine*, que zarpaba de Wellington rumbo a Southampton a últimos de julio. A continuación, solicité un pasaporte e hice los trámites para recibir la vacuna contra la viruela. ¡Ya estaba camino de ultramar!

Recibí una cascada de consejos, los primeros y más valiosos, de Jess Whitworth que había hecho dos viajes a Europa con los ahorros de su pensión y conocía un sitio en Londres en el que tal vez pudiera hospedarme. Fui a verlos, a ella y a Ernest, su marido, a Northcote, y pasé la tarde escuchando el entretenido relato de los viajes de Jess. Hizo el primero a los setenta años, siempre sola, porque Ernest, que no era amante del viaje físico, se quedaba en casa, con el tocadiscos estéreo que él mismo había construido, escuchando a Schubert y Mozart. Todo el que haya conocido a Jess dirá que era una mujer notable. Tenía una familia brillante de su primer matrimonio con Oliver Duff. Había escrito un vivido relato de su niñez de hija de un tabernero de Otago Central y de su adolescencia en Dunedin, en su libro *Otago Interval* que ya entonces estaba agotado y, por lo tanto, era desconocido para muchos. Había sido profesora de música y compartía su amor a la música con su segundo marido. Era activa, sabia, culta, emprendedora y compasiva y Ernest, varios años más joven, estaba rendidamente enamorado de ella.

Era una curiosa casualidad que, seis meses después de la muerte de mi madre, yo hubiera hecho amistad con dos mujeres de su generación que, quizá, de adolescentes se parecían a ella en su afición a las artes y en su extraordinario caudal de imaginación; no obstante, era notable la diferencia que hubo en sus vidas y lo que en cada una de aquellas mujeres quedaba de la larga lucha por la supervivencia.

También Jess había tenido su época de muchos hijos y muchos pañales en una casa en la que no sobraba el dinero. Paula o Paul Lincoln había roto con su familia; el matrimonio de mamá la había apartado de su familia que no lo aprobaba. Mientras escuchaba a Jess y sus historias de viajes, no podía menos que pensar en toda la vida de palabras que mi madre no llegó a pronunciar: las veía marchar en fila india o de dos en dos (como suelen ir las palabras) hasta la punta de su lengua donde eran obligadas a dar media vuelta, porque no era el momento oportuno o porque no había quien las escuchara, y ni siquiera sus poemas, escritos precipitadamente, sus cartas a los periódicos y sus oraciones a Dios habrían podido soltar a todas las furiosas prisioneras que se agolpaban en las antesalas de su pensamiento. ¡Si ella hubiera podido *hablar por sí misma*\

Jess tenía muchos consejos para mí: debía comprar uno o dos platos de metal en los que pudiera guisar, y un puchero pequeño para usar con el infiernillo de alcohol, a fin de que, si tenía que alojarme en un hotel, pudiera ahorrar dinero haciéndome yo misma el té, cociendo unos huevos, etcétera. Había una mujer que tenía una pensión en Clapham Common, con una hilera de habitaciones que daban al jardín en la parte de atrás, explicó Jess, y siempre había vacantes, por diecisiete chelines a la semana. Me recomendaba que las dos o tres primeras noches en Londres me hospedara en el albergue de la Society of Friends, de Euston Square y que les escribiera inmediatamente para reservar habitación. Como ella viajaba sólo durante el verano europeo, con sus cacharros de cocina, dos vestidos y una enagua que también usaba de camisón y dos o tres pares de pantalones, es decir, con lo mínimo indispensable, no podía aconsejarme sobre ropa de invierno. Me sugirió que llevara un cinturón para el dinero.

—¿Un cinturón para el dinero?

—Sí; se pone el dinero dentro y se ata a la cintura. 0, si no, en una bolsita, colgada del cuello.

—Oh.

Jess siempre visitaba Salzburgo y se hospedaba en una pensión situada «a la vuelta de la esquina de la casa en que nació Mozart». Aquella tarde, antes de que me fuera, se sentó a su viejo piano de nogal y oro y tocó dos piezas de los primeros años de Mozart.

Se echó a reír.

—¡Primeros años! ¡Tenía seis años cuando las compuso!

Después, los amigos de Frank, que acababan de regresar de España, también aconsejaron.

—Si quiere que el dinero le dure, vaya a Ibiza —me dijeron.

—¿Ibiza?

—En la isla de Ibiza se puede vivir por tres o cuatro libras al mes.

Frank me recordó que Greville estaba viviendo en Tossa, y que

tenía piso en Barcelona. Dijo que le escribiría para que fuera a esperarme a Barcelona y me acompañara al barco de Ibiza.

—Supongo que tendré que vivir en Ibiza, ya que no tengo mucho dinero.

—Mira, aquí, en el mapa, debajo de Mallorca y Menorca. En Mallorca vive Robert Graves.

—¡Robert Graves!

Nosotros habíamos leído su prosa y su poesía. Los amigos de Frank dijeron que unos amigos suyos habían ido a Mallorca y hecho una visita a Robert Graves. También conocieron a Freya Stark.

—¿Freya Stark?

—Escribe libros de viajes.

—Oh.

¡Todo el mundo tenía historias de viajes! Todo el mundo hablaba de lo que tenía que hacer, adónde ir y qué esperar, y yo escuchaba orgullosa, satisfecha y asustada. Una tarde vino Una Platts y empezó a contar historias hilarantes de que había cruzado el canal de Suez para ir a Londres. El canal de Suez. ¡La trata de blancas! Una llevaba una falda plisada que dijo que era de «terylene».

—Es un tejido nuevo —dijo—. No hay que plancharlo. El plisado es permanente.

(¡Oh, quién tuviera una falda con plisado permanente!)

El tema de la ropa para el viaje había empezado a ocuparme. Mis imágenes de todos los factores del hemisferio norte, incluido el de la meteorología (descripciones entresacadas del «Viajero» y el «Navegante» anglosajón) eran extremas, crudas y terribles, y yo veía en la ropa, por lo menos, la primera protección contra los peligros del norte.

—Lo único que necesitas —dijo Frank (empezando su consejo con las mismas palabras que hubiera usado mi padre)— son los pantalones de Paul y una blusa. Y el cardigan que te hiciste tú.

Durante las últimas semanas de espera, como la que espera un hijo, me dediqué a tejer, y confeccioné un enorme jersey gris para Frank y un cardigan color arena con capucha para mí, color arena porque no era lo bastante valiente como para elegir un color *de verdad*. Últimamente, había examinado los folletos de la compañía naviera, con impresionantes fotos de mujeres con relucientes trajes de noche y atractivos modelos para tomar el sol, deteniéndome sobre todo en la foto de una mujer con un traje de noche ajustado sin espalda que se arreglaba para ir a cenar y un hombre guapo, con esmoquin, le subía la cremallera; los dos se reían y ella le miraba románticamente por encima del hombro. La vida de a bordo era retratada como una vorágine de éxtasis sexual, con miradas sugestivas, manos enlazadas y la promesa de abrazos corporales, con

todos los pasajeros guapos y vestidos a la última moda, y en constante actividad durante todo el día, jugando, paseando, cenando en mesas cargadas de pavo asado, langostas, entremeses y champán y bailando a la luz de la luna, y te preguntabas si les quedaría energía para las restantes actividades nocturnas. Yo apenas podía creer que fuera a estar entre aquellos pasajeros y que quizá llevara un traje de noche sin espalda y que alguien, riendo, me subiera la cremallera.

Mis fantasías perecieron nada más nacer. Yo haría una vida espartana. La ropa no importaba.

Y, al ver mermar rápidamente mis trescientas libras, llené una maleta con mi ropa casi nueva y, después de hacer la travesía en el *ferry* entre las señoras que iban a sus compras matinales, con guantes blancos y sombrero, porque entonces todo el mundo «se vestía» para ir a la ciudad, vendí mi ropa en las tiendas de segunda mano donde pronto descubrí que mis protestas de «si están nuevos» producían invariablemente la misma respuesta: «Eso no vale casi nada.» Sentía crecer la desolación y el pánico al verme cara a cara con el mundo «real» de gente hosca y mercenaria, gente de ciudad que te mira con indiferencia; y no podía consolarme pensando «No importa», porque importaba, yo necesitaba más dinero. Quería regalar mi tocadiscos y mis discos a Frank, pero él se empeñó en que lo vendiera; otro comerciante de cara agria me dio diez libras. Los discos se los regalé a mi hermana. Y entonces, milagrosamente, un «donante anónimo» que yo supuse era Charles Brasch, y no me equivocaba, envió a Frank cincuenta libras «para que Janet se compre ropa para el viaje». Sorprendentemente, la espartana era yo ahora, e insistí en que cincuenta libras era un regalo muy precioso como para invertirlo «simplemente en ropa». Volví a tomar el *ferry* para Auckland, decidida a vender el abrigo verde aceituna de Mademoiselle Modes. Sin duda, pensaba, recordando lo que me había costado ahorrar las diez libras y la satisfacción de comprarlo, sin duda algo debe de valer.

—Dos chelines, nada más —dijo la dependienta.

Decidí conservarlo antes que verlo en un montón de ropa desechada, reluciente y deformada, en aquella tienda sórdida que olía a sudor y a bolas de naftalina.

Luego, deseosa de hacer mis propios planes para el viaje, compré una vieja *Guía de Europa* de Fodor que me llevé directamente a la barraca sin enseñársela a Frank por miedo a parecer— le derrochadora. A medida que iba leyendo, me sentía más aturdida, perpleja, excitada y alarmada. ¿Esto era viajar? La guía estaba repleta de información, presentada toda como muy importante y, una buena parte, en forma de listas de cosas que comprar y dónde comprarlas, las gangas en artículos de piel, seda, lana, pieles, porcelana, joyas, con el nombre de la tienda, la ciudad y el país en que se fabricaba el artículo,

como si cada viajero fuera un comerciante en busca de oportunidades. La guía contenía también listas de visitas: museos, galerías de arte, catedrales; excursiones, ropa que llevar en cada excursión y, por último, «Palabras y frases de uso más corriente en diferentes idiomas» (capítulo que despaché rápidamente arrancando las páginas y pegándolas a una carpeta de cartulina para consultarlas durante el viaje).

Leí atentamente los consejos relacionados con la indumentaria. El que fuera a Europa en invierno debía llevar un abrigo grueso con forro de quita y pon que podría usar también de bata.

Sin pensarlo dos veces, compré cuatro metros de muletón barato, a rayas azules y grises, y traté en vano de hacer un forro para el abrigo: el resultado hacía arrugas, no tenía «caída» y asomaba por abajo. Compré también en la tienda de excedentes del ejército una mochila de lona verde, una sartén con el mango plegable y tres bolsitas de lona verde, como bolsas de canicas, para meter el dinero. Frank dijo que era mejor una mochila que una maleta. Sus amigos me recordaron que, viajando por mar, hay que llevar baúl. Yo me preguntaba si sería muy pobre por no tener baúl.

Mis visitas a Northcote, a casa de mi hermana, también me deparaban-consejos. Cuando la amiga inglesa de mi hermana se enteró de que yo pensaba alojarme en Clapham Common, me miró horrorizada.

—¿Clapham? ¡No lo dirá en serio! Yo no se lo recomendaría. Es tan *urbano*, tan *urbano*. —Y ponía todo su énfasis en la palabra *urbano*. Yo me pregunté si no habría confundido el significado de urbano, si ahora querría decir algo más que «perteneciente a la ciudad».

—¿Qué quiere decir con lo de urbano?

—Pues eso, *urbano*. Fábricas y demás.

A partir de aquel momento, ya tuve el cuadro de donde iba a estar en Londres. Vi una calle sin gente, con una sucesión de fábricas, edificios enormes, como hangares, cada uno con una puerta pequeña que daba a la calle. Mi habitación del jardín estaría situada entre dos fábricas, al fondo de un callejón en el que habría otra puertecita que conduciría a un bloque de cemento, sin asomo de jardín de verdad, porque el nombre se lo habían puesto en un arranque de anhelante ensoñación. Yo estaba completamente sola en la calle de fábricas, en las que las máquinas trabajaban ruidosamente de día y de noche, sin nadie que las atendiera. Pensaba en la descripción que me hizo Jess Whitworth de cuando ella «abordó» la gran ciudad, cómo ante todo buscó alojamiento y, después de dejar el equipaje, salió a «orientarse», tomando nota de los nombres y de las calles y de las tiendas en las que compraría sus provisiones y, después de su exploración preliminar, volvió al alojamiento a «embarcar combustible» (muchas de sus

metáforas eran náuticas) antes de aventurarse más allá. Yo trataba de imaginarme a mí misma andando millas y millas sin encontrar rastro de gente ni de tiendas y luego regresando por el estrecho callejón a mi «Habitación del Jardín». Durante las semanas anteriores a mi viaje, mi cabeza era un hervidero de imágenes del hemisferio norte y ahora, al recordarlo, me pregunto si tenía la mente tan despejada como yo creía y como ahora explico, dado que, nuevamente, estaba rodeada de personas que planeaban mi futuro.

Yo vivía otra vez aquel papel sumiso y pasivo que me había sido impuesto en el hospital y al que mi tímida naturaleza se había acomodado con facilidad: en el mejor de los casos, es el papel de la abeja reina rodeada de sus servidoras; en el peor, el de la víctima sin poder ni posesión; y en ninguno eres dueña de ti misma, porque todos tienen apuestas en el futuro que han planeado para ti.

Llegó mi pasaporte. Ya tenía el pasaje (con el viaje de vuelta asegurado por el anónimo donante de las cincuenta libras para ropa) y había reservado litera en el expreso nocturno a Wellington.

Entonces me puse enferma, muy enferma, de la reacción de la vacuna de la viruela. Me sentía morir. Estaba medio inconsciente en la cama de la barraca y Frank me daba cucharadas de Farex con leche, el alimento que se da a los bebés y a los gatitos a los que se separa pronto de la madre. Y, cuando me restablecía de los efectos de la vacuna, pillé la gripe, la llamada «1918» que aquel año se extendió por Auckland. La recuperación fue lenta, porque ahora me asustaba la idea de salir de viaje, a cualquier parte. Frank, siempre amable y paciente, trataba de animarme como a una niña enferma, y me traía cosas que me distrajeran y me animaran —una bola de cristal que tenía dentro una nevada, una flor de papel japonesa que se abría al ponerla en agua—. En la puerta, colgó unas campanillas chinas que tintineaban a la brisa que entraba por la ventana y salía al jardín cerca del papaya

Ni Frank ni yo podíamos disimular nuestro sentimiento de melancolía, como si fuera a terminar un siglo o a extinguirse una raza que hubiera resistido millones de años; había en el tiempo una hipersensibilidad, como si, al igual que una criatura privada de su concha, tremolara al tacto o incluso a la mirada; era como el gusano separado de su masa de seda.

Nuestros amigos Karl y Kay se habían marchado de Auckland. Los echábamos mucho de menos y esperábamos con impaciencia sus cartas de Armidale. Maurice Duggan estaba desanimado y no trabajaba. Un día Frank me llevó a ver a Maurice y Bárbara y el chirimoyo, y nos sentamos en una habitación espaciosa y ventilada escuchando a Victoria de los Ángeles; y en una mesita había ejemplares de *The París Review. The París Review*. Yo miraba a Maurice

(del que Frank decía que era «el romántico doliente») y a Bárbara y me parecían inteligentes y literarios, y pensaba que sus colores sutiles hubieran hecho las delicias del profesor de dibujo de la escuela. Yo todavía estaba superdotada de capacidad de admirarme y maravillarme de todo y de todos, y del mundo.

Aún quedaban cosas pendientes: A Albion Wright de Pegasus Press no le gustaba el título de *Hablando del tesoro* y me sugirió que buscara otro. Se me ocurrió *Donde se escucha el mar*, pero dijo que no, hacía poco se había publicado *Donde se escucha la campana* (de un maestro). ¿Y *Cuándo lloran los búhos*? No, *Los búhos lloran*, dijo.

Ahora, al caer la tarde, yo me sentaba a escuchar el último tópico de conversación. «Janet se va a vivir a Ibiza hasta que se le acabe el dinero...» «Janet piensa ir primero a Londres y tomar un tren hacia el sur..., probablemente se quedará en París una noche... y luego, a Barcelona... y embarcará para las Baleares... Janet está... Janet irá.. Janet ha...»

Bajo mi melancolía crecía la sensación de aventura. Yo sabía que la melancolía de Frank ocultaba una sensación de alivio porque ahora tendría más libertad y tranquilidad para escribir. Yo ni recordaba cómo se había decidido que yo debía dejar el país; sólo sabía que no había posibilidad de volver atrás, que si realmente mi camino conducía hacia atrás, no habría una segunda oportunidad de sobrevivir, que lo mejor que yo podía hacer era escapar de un país en el que, desde mis días de estudiante, una diferencia que únicamente me afectaba a mí, que era sólo mi ambición de escribir, se había considerado prueba de anormalidad.

Pero... ¡oh, cómo me imponía la distancia y el desconocimiento del camino que llevaba hacia adelante, la travesía del inmenso Pacífico, el canal de la Mancha, la noche en París, el viaje a través de Francia y España y el Mediterráneo! ¿Por qué? Entonces, como siempre, me sostuvo la perspectiva de ver a través de «los ojos de Shelley» el paisaje y

> el Mediterráneo azul, donde él yace,
> mecido por el rizo de sus corrientes cristalinas.

27. La viajera

Al igual que un personaje mítico que va a emprender un largo viaje, antes de marchar, yo tuve que someterme a una prueba, un proceso de refino supervisado por mi familia que se prolongaría durante cuatro días, hasta que mi barco zarpara. Yo debía alojarme en casa de la tía Polly y el tío Vere en Petone, y mi padre, que en esta época del año solía viajar al norte para ver los partidos de rugby, estaría también en

Wellington, en casa de la tía Polly. Las dos hermanas de mamá, Elsie y Joy, también deseaban verme en Wellington. Después de un largo viaje en tren desde Auckland, con mareo, yo temía el proceso de pulido que es resultado de la fricción natural que existe dentro de las familias.

En Petone, la tía Polly me acompañó hasta mi cama, una otomana de lona arrimada a la puerta de la sala, lo bastante baja como para recibir el soplo helado que se colaba por debajo de la puerta de atrás.

—Naturalmente, tu padre dormirá en el cuarto de los invitados.

—Naturalmente.

La tía me miró severamente.

—No comprendo por qué dejas a tu padre para irte tan lejos. Tu madre acaba de morir y tu sitio está en tu casa, cuidando de tu padre.

Yo no tenía respuesta para esto. Al día siguiente, debíamos ir a esperar a papá al muelle del *ferry*.

A continuación, tía Polly concentró la atención en mi ropa. (Tía Polly, la excelente modista que aún ahora tenía su pequeño taller lleno de prendas «difíciles»: abrigos, pantalones y trajes de hombre y vestidos de mujer con cuerpo y mangas de fantasía.)

—¿Se puede saber por qué llevas ese horrible cardigan? Te está enorme y es de un color horroroso, ni siquiera es color. Con él puesto pareces un trozo de tierra. ¡Y debajo de esa falda se te marca todo!

—El cardigan me lo hice yo —dije con orgullo—. Y el color combina con todo.

—Es soso.

Una vez hecha su crítica, tía Polly adoptó un aire más amable.

—Así que tuviste la gripe. Pues cuidado no te enfríes.

Aquella noche, cuando tío Vere, alto, dulce, con ojos castaños y vacunos, volvió de la fábrica, tía Polly también lo inspeccionó. «Pero ¿cómo te has puesto el pañuelo? Si no va así. ¿Qué le has hecho al abrigo para que te cuelgue de ese modo?»

¡La modista del mundo entero! Lo mismo que el pintor que continuamente enmarca el paisaje, aislando y congelando objetos a fin de transformarlos con la imaginación.

Cuando tío Vere estuvo transformado al gusto de tía Polly, la conversación volvió a hacerse normal, y hasta amable y risueña.

Me acosté temprano y me envolví en la única manta mientras el frío viento de Wellington que entraba por debajo de la puerta se metía entre la lona y el armazón de mi destensada cama de campaña.

A la mañana siguiente, tía Polly me llevó en su coche verde rana a esperar el *ferry* en que venía papá, y cuando le vi bajar por la pasarela con su pelo más gris que nunca a la luz invernal del cielo y el mar, y un aire de abandono que brotaba del desaliño interior de la pena (aunque exteriormente estaba bien acicalado, con sus zapatos

relucientes y su traje bueno, impecable), me eché a llorar y fui a su encuentro. No le había visto desde la muerte de mamá. Sus labios se fruncieron como los de un niño, temblando, y nos abrazamos llorando. Papá, a diferencia de tía Polly, estaba orgulloso de mi bolsa y de mi viaje, y su orgullo, una vez despierto, siempre podía ahogar otros sentimientos más dolorosos.

—Así que te vas a casa —dijo.

Esto me sorprendió. Nunca le había oído llamar *casa* al hemisferio norte, y solía reírse de la gente que aún decía *casa* al referirse al Reino Unido; más de una vez, le había oído comentar desdeñosamente: «*A casa*, y un cuerno. Nuestra *casa* está aquí. O, si me equivoco, estoy dispuesto a ir a la pata coja y de lado hasta Pukketeraki.»

Durante aquellos días, le oí decir varias veces: «Janet va a casa, ¿sabes?» Pronto adquirí un prestigio que casi eclipsó mi identidad de «sobrina loca». Ahora era la «sobrina que se iba a ultramar, a cosa».

No tardé en comprender que mi padre usaba la palabra *casa* por deferencia a tía Polly y tío Vere y a las otras amistades, porque era el lenguaje de ellos que él, con intuitiva cortesía o por temor a aparecer diferente, había adoptado. También usaba el cuchillo y el tenedor de modo distinto, al modo de tía Polly. Y no se tiró ni un pedo. Y es que se consideraba que tía Polly y tío Vere vivían «en sociedad», una zona nebulosa y fluctuante poblada por unos cuantos alcaldes y consejeros y otras personas de reconocida «importancia». «Ese hombre es alguien, ¿comprende?», decía tía Polly. Nunca le *oí decir de* una persona: «No es nadie», pero daba a entender, desde luego, que no todo el mundo era alguien.

Las hermanas de mamá, Elsie y Joy, me llevaron una mañana a tomar el té a Kirkcaldies. También a ellas les pareció mal mi ropa y que «no hubiera encontrado mi destino», es decir, que no me hubiera casado, pero su crítica no era áspera ni destemplada. Eran dos mujeres bellas que rememoraban entre risas lo que era Kirkcaldies en su juventud. Eran dulces, amables, atentas, aunque tía Joy tenían destellos de aprensión y sobresalto en sus ojos castaños que a veces recordaban los de un animal salvaje, y yo, que no la conocía bien, no podía adivinar la causa de aquella mirada.

Las dos, empeñadas en que necesitaría más abrigo para el invierno del norte, me compraron «a medias» un grueso abrigo marrón.

—Así estás más elegante —me dijeron.

Y hasta a tía Polly le pareció bien mi abrigo nuevo.

—Por lo menos, te tapa esa horrible chaqueta.

Yo la perdoné; es una responsabilidad ser modista del mundo entero.

El *Ruahine* entró en el puerto. Era la tarde de mi marcha. La tía

Polly, el tío Vere y papá me acompañaron al barco, me ayudaron a encontrar el camarote de seis literas que estaba varios puentes por debajo de la cubierta principal y entonces, casi como si temieran ser capturados, como si el barco fuera una cárcel, bajaron al muelle.

—No esperaremos hasta que zarpe.

Papá hablaba del barco con orgullo, como solía hablar de la locomotora, a la que llamaba «ella». Así llamaba también a los ríos. «Hoy baja sucia...», decía mirando el agua con ojo de experto en el tiempo y gesto de advertencia.

Subí a cubierta y me quedé entre una multitud de pasajeros que lanzaban serpentinas que eran atrapadas por los que se quedaban en el muelle, porque entonces viajar en barco era algo trascendental. Había una banda de instrumentos de viento que tocaba viejas canciones, aires maoríes y alguna que otra marcha militar. Me quedé en cubierta para mirar por última vez a tía Polly, elegante y frágil con su abrigo azul, a tío Vere, muy alto a su lado, y a papá que se protegía del viento, arrimándose al precario abrigo del tinglado del muelle y, con un último saludo con la mano en la que apretaba el billete de cinco libras que tía Polly me había dado susurrando: «De parte del tío Vere y mía», me dirigí hacia las escaleras mientras la banda tocaba *Now is the Hour*, y la música se me metía en el cuerpo como una cuchara muy larga que removía y removía.

Entré en mi camarote de seis literas. Yo tenía la de ahajo, junto a la puerta. Por consejo de los que sabían más qué yo, llevaba un frasquito ovalado de sales de lavanda, una latita de galletas de barco y un tubo de pastillas Kwells contra el mareo. Lo puse todo en un cajón del armario, con cierto desdén, porque sabía que no iba a necesitarlo. Percibí el latido de las máquinas y el lento movimiento del barco que salía del puerto de Wellington.

«Va bien —pensé, mientras se desvanecían mis temores de mareo —. Mi primera travesía transoceánica empieza con suavidad.»

Subí a cubierta. Aún era temprano para que aparecieran los pasajeros con traje de noche y bailando, pero se oía música, y sonido de conversaciones y risas.

Las luces de Wellington brillaban ahora lejos. Me apoyé en la borda y sentí deseos de llorar de miedo y de alegría. Entonces, de pronto, el movimiento del barco cambió y empezó a balancearse arriba y abajo y a cabecear: estábamos en mar abierto. Había empezado mi viaje.

EL MENSAJERO DE LA CIUDAD ESPEJO

ESTE tercer libro está dedicado a mis amigos y a mi familia, a quienes he mencionado, y sobre todo al profesor Robert Hugh Cawley y a sus colegas.

AGRADECIMIENTOS

Mi agradecido reconocimiento a John Money (John Forrest) de Baltimore, Maryland; a John y Rose Marie Beston de Pittsford, Nueva York, y a Bill Brown y Paul Wonner de San Francisco por su hospitalidad, que me permitió completar el manuscrito.

Fragmento de «In Memory of W. B. Yeats», de W. H. Auden, *Collected Poems*, editado por Edward Mendelson, reimpreso con autorización de Random House Inc., Nueva York, y Faber and Faber, Londres.

Fragmentos de *Diarios* de Albert Camus, traducido del francés por Philip Thody, reimpreso con autorización de Hamish Hamilton Ltd., Londres, y Alfred A. Knopf, Inc., Nueva York. Derechos de autor de la edición francesa, Éditions Gallimard, 1962.

Fragmento de «On No Work of Words», de *Collected Poems 1934-1952* de Dylan Thomas, reimpreso con autorización de J. M. Dent and Sons Ltd., Londres, y los albaceas literarios del legado de Dylan Thomas.

PRIMERA PARTE

TRIPLE TESTIMONIO

1. Sin tierra, la travesía

Lejos de la costa de Nueva Zelanda, el *Ruahine* cabeceaba y se balanceaba sobre el glacial océano de julio.

El camarote de seis literas no tenía la amplitud con que se representaba en los folletos turísticos: apenas había espacio para moverse y sólo el rostro privilegiado de las mujeres que ocupaban las literas superiores recibía el aire (caliente, viciado) que soplaba desde un ventilador de color crema colocado en ángulo en el techo. Aislada del cielo, de la tierra y la luz la mayor parte del tiempo, permanecí tendida en la litera inferior junto a la puerta del camarote, atenta a las voces entusiasmadas de mis compañeros de viaje: dos empleadas de oficina de Hamilton que hacían su primera salida al extranjero; una mujer menuda y de pelo oscuro, de Australia, que había «recorrido el mundo» varias veces y estaba ansiosa por mostrar las fotos que había tomado en sus viajes; un maestro que regresaba a Midlands después de una visita de un año a Nueva Zelanda mediante el sistema de intercambio, y una callada mujer de mediana edad, hija de un famoso escritor noruego y también ella escritora, que regresaba a Noruega. En el camarote repugnantemente caliente y palpitante en el que incluso las paredes parecían encresparse y balancearse, en la atmósfera claustrofóbica que crean los cuerpos amontonados como si estuvieran colocados en estantes, los olores y las sombras de la ropa interior y las medias recién lavadas o secas, piernas fláccidas e incorpóreas colgadas de todas las barandillas, en el hervidero de palabras que rodeaban una frenética excitación de anticipación y ansiedad, mi cabeza daba vueltas mientras mi estómago se revolvía con cada cabezada y cada balanceo del *Ruahine*. El malestar no se aliviaba ni con las tabletas Kwell recomendadas por Jess Whitworth —viajera experimentada y amiga de Frank Sargeson—, ni con las sales aromáticas con olor a lavanda del frasco de cristal tallado en forma de corazón y adornado con un lazo color lavanda. Incapaz de asimilar las comidas, me alimentaba con las galletas de agua que Jess me había dado asegurándome que llegaría a considerarlas mis «mejores amigas».

Después de tres días de náuseas constantes y de la recaída de una gripe reciente, fui trasladada al hospital del barco donde, en un estado de suma debilidad conocida para aquellos que siempre han sufrido mareos, permanecí casi impotente durante cerca de dos semanas,

hasta que, cuando el barco empezó a disminuir la velocidad preparándose para entrar en el Canal de Panamá, pude sentarme en una silla y observar el escenario de la selva panameña con sus cocodrilos tendidos al sol, los llamativos papagayos que revoloteaban entre los árboles inclinados por el peso de las enredaderas en flor hasta tocar el agua, y el acompañamiento del guía norteamericano que anunciaba el valor en dólares de todo lo que aparecía ante nuestros ojos. Cuando el barco llegó a Curasao y los motores y el movimiento se interrumpieron mientras anclábamos para pasar el día en Willemstad, el malestar se me había pasado, y como el barco sólo se balanceaba suavemente logré tomar el bufet y desembarcar en Willemstad, mi primera recalada en el extranjero. ¡Cómo comprendo la costumbre de los viajeros que al final de una larga travesía se inclinan a besar la tierra! Sin embargo, en Willemstad lo primero que pisé fue cemento y no olía a hierba fresca sino a petróleo de la refinería, aunque la luz era nueva, alejada del mundo de los apagados tonos rojos, pardos y crema de los edificios, y el follaje resplandecía como una caja de pinturas verdes con un brillo ponzoñoso. Paseé sola por las calles de Willemstad. Me senté en los jardines del museo a mirar lagartos desconocidos que tomaban el sol sobre piedras desconocidas, y pájaros que jamás había visto ni oído cantar y que se apiñaban en los árboles. Luego caminé junto al río y al ver las botellas y las latas vacías me di cuenta de la diferencia del «otro país»: ¿no eran nuestros ríos puros y veloces, en lugar de lentos y contaminados? ¡Y qué pobre y enfermiza parecía la gente que caminaba junto al río, a diferencia de los neozelandeses, tan robustos! Un pequeño zoo ambulante había montado su espectáculo dominical sobre un terreno baldío: jaulas estrechas que albergaban un oso de aspecto lamentable, con la piel manchada, y un león pardo amarillento y apestoso; ambos confirmaban mi opinión adquirida en Nueva Zelanda de que la gente «de ultramar» tenía poca compasión por los animales, y también que eran pobres, no civilizados como en Nueva Zelanda. En mi primer país extranjero aún llevaba los viejos ropajes del prejuicio. También había visto por primera vez a un grupo de personas cuya piel no era morena o amarilla sino completamente negra. En la escuela me habían enseñado que los maoríes y los pakehas gozaban de igualdad de oportunidades, y yo creía lo que me habían enseñado. También aprendí que los chinos se destacaban en la jardinería y en el cultivo de las frutas, que los griegos eran excelentes pescadores, mientras los maoríes eran los mejores conductores de vehículos pesados.

«Los maoríes tienen aptitudes para la mecánica», nos había dicho un profesor de magisterio en una clase sobre los pakehas. Ahora, enfrentada a los afroamericanos y a los indios, aparté de mi mente la comparación con grupos de esclavos. Dije «hola» cordialmente, para

demostrar que carecía de prejuicios, pero me asusté cuando mi saludo fue seguido por un intento de entablar conversación, porque no tenía nada que decir. Y aquí estaba, viajando por el extranjero para «ampliar mi experiencia», y ya experimentaba el cambio al que se ve obligado todo nuevo viajero y que se lleva a cabo analizando no el lugar de llegada sino el lugar de partida. Los años de las películas de vaqueros, de los «buenos» de pelo rubio y montados en caballos blancos y los «malos» de piel oscura y montados en caballos oscuros, de los bandidos y cuatreros mexicanos contra los rancheros norteamericanos honestos y trabajadores, de los indios norteamericanos dedicados a la destrucción y a las matanzas mientras los vaqueros y la caballería buscaban «paz y un trato justo para todos», esas películas que veíamos de niños, los dramas de buenos y malos e incluso los de detectives, al tiempo que dejaban funcionar la razón habían almacenado sentimientos que permanecían intactos, tal vez desconocidos e insospechados, pero preparados para vencer a la razón guardiana y así intentar dirigir al viajero incauto en las nuevas tierras.

Antes de regresar al puente de pontones donde se encontraba el *Ruahine*, ejecuté un ritual que también se originaba en lo que había oído y leído o pensado en Nueva Zelanda donde, al parecer, todos habían cantado:

Bebiendo ron y Cola-Cola
esperando el dólar yanqui...

El guía norteamericano con el que habíamos recorrido el Canal de Panamá había mencionado la palabra «dólar» en casi todas sus frases; aquí, en Willemstad, había anuncios de Coca-Cola por todas partes. Yo completé mi primera visita a un país extranjero bebiendo mi primera botella de Coca-Cola con tanta veneración como si estuviera bebiendo vino en la iglesia. Una necesita que le recuerden que a finales de los años cincuenta la Coca-Cola tenía una aureola de magia, de promesa, para muchos que vivían fuera de Estados Unidos era un símbolo de todo lo esencialmente norteamericano, generoso, bueno, con olor a dólar, a mundo nuevo, bañado por el brillo de una mañana campestre que aún no está empañada por la escrutadora luz del día.

Durante la última semana de la travesía, aún incapaz de visitar el comedor cuando el barco empezó otra vez a navegar, coloqué la ropa de mi cama sobre la cubierta y dormí al aire fresco, al raso, regresando sólo cuando los que fregaban la cubierta a primera hora de la mañana empezaban a tirar cubos de agua. Durante mi estancia en el hospital habían ocurrido muchas cosas a bordo; la mezcla de pasajeros había dado lugar a nuevas combinaciones: los cómicos, los líderes, los

blancos de los chismes, los maravillosos y los hermosos, como si de virus se tratara, habían sido aislados, identificados y estudiados. El emprendedor Pacífico y ahora el Atlántico no estaban tan ocupados con los objetos arrastrados por la corriente hasta las costas lejanas como para no poder lanzar a las cubiertas del *Ruahine* estos pasajeros especiales que salen a la superficie en cada travesía larga. La persona que más daba que hablar, la más admirada en nuestro camarote era la hermosa rubia ganadora de una beca, que viajaba con rumbo a Oxford; era envidiada también porque tenía gran cantidad de acompañantes, porque cenaba en la mesa del capitán, porque bailaba con el médico del barco mientras las otras, como las «otras» en tierra y en alta mar, debían conformarse con acompañantes menos gloriosos. También estaba la joven pianista que, rodeada de admiradores, practicaba en el salón. ¡Cómo deseaba yo ser admirada por algún talento! ¡Cómo deseaba que todos supieran que viajaba al extranjero con una subvención literaria! ¿Por qué todos parecían tan seguros de sí mismos? Y estaban las dos empleadas de oficina con su provisión de compras realizadas en Panamá y en Willemstad (menos la escritora noruega y yo, todas habían comprado kimonos de seda, pijamas, pañuelos, bolsos brillantes), que hablaban y se comportaban como si fueran dueñas del mundo y en cuanto pisaran Gran Bretaña les fueran a entregar los títulos de propiedad en una ceremonia especial. Tal vez la australiana con sus fotografías y sus relatos de viaje no estaba tan segura como parecía porque cuanto más hablaba, más la comparaba yo con un personaje que ha sido puesto en marcha y es incapaz de detenerse, porque se movía de un lado a otro, de un lado a otro, de norte a sur y de este a oeste, y a veces el pánico se asomaba a sus ojos cuando alguien le preguntaba dónde pensaba vivir «finalmente», porque era evidente que no podía pasarse la vida viajando... ¿o sí? A veces daba la impresión de que no le quedaba otra alternativa, de que era demasiado tarde para regresar, que ya no tenía a dónde regresar. Por un instante me pregunté qué ocurriría si me sucedía lo mismo que a ella, si me convertía en una condenada viajera sin sentimientos de pertenencia.

En tanto observaba y escuchaba, me consolé intentando sentirme superior mientras decía para mis adentros: «No saben que lo grabo todo en mi mente, que veo lo que hay debajo de sus máscaras, en el fondo de su corazón, porque si voy a ser escritora debo estar atenta a las señales de todo lo que dicen y hacen, y a las del silencio y la inactividad, leyendo su rostro y los rostros y los ojos que están marcados con sus isóbaras e isotermas personales por encima de las tierras fértiles, el secreto de las ciénagas con los pájaros de las marismas, las montañas remotas afiladas por las formaciones rocosas, suavizadas por la nieve. Debo observar y escuchar siempre.»

Ese viaje no se grabó en mi mente con todos Sus detalles. Sólo recuerdo la pesadilla y los deseos envidiosos. Recuerdo el día que pasamos en Willemstad, la agrupación de los pasajeros, su entusiasmo y su anticipación. Recuerdo al médico serio que me aconsejó que nunca más viajara por mar. Recuerdo al capitán de rostro coloradote con la trenza dorada que lo rodeaba o le daba aspecto de tonel acordonado... Estos detalles permanecen como pequeñas barcas arrojadas sobre mis propias olas de mareo donde, como sabrán quienes lo han sufrido, el sueño recurrente es que el barco deje de moverse, que el pasajero enfermo sea desembarcado en alguna isla, en cualquier isla, cualquier tierra que pase por casualidad como si la tierra siempre pasara por casualidad en busca de un náufrago solitario. En el pasado había practicado la resistencia. Durante el viaje no había estado preparada, fui incapaz de organizar mi defensa contra la horrible disminución de mi poder humano en un lugar donde cada movimiento era un esfuerzo nauseabundo y los segundos, los minutos, las horas, los días se convertían en una montaña de tiempo opresivo. La recompensa de sobrevivir a la travesía del Pacífico se convirtió en la visión de la disolución gradual de la terrible montaña hasta que el último puñado de roca y tierra quedó enterrado por el destino que se perfilaba.

Después de treinta y dos días en el mar, un día después de mi trigésimo segundo cumpleaños, el *Ruahine* atracó en Southampton, donde los viajeros subieron al tren que les llevaría a Waterloo Station, Londres.

2. El caballero

Waterloo Station. Me quedo de pie con las dos maletas, la mochila verde donde guardo la máquina de escribir, y sujeto con fuerza mi bolsa de viaje mientras empujo el equipaje hacia la calle, en dirección a la fila de taxis. Mientras me repito en tono casi deferente «entonces esto es Londres», observo a los otros pasajeros que desaparecen entre grupos de amigos y parientes que han ido a recibirlos. Es un día lluvioso y gris, y los taxis negros parecen coches fúnebres. Con una sensación de dulce satisfacción al saber que pronto estaré a salvo en una habitación del Hostal Friends y en condiciones de pedir por fin una cama en tierra firme, llamo un taxi (como he visto hacer en las películas) y digo en tono audaz:

—Al Hostal Friends, en Euston Road, por favor.

El taxi se bambolea por las calles empapadas hasta marearme, en dirección a Euston Road y al Hostal de la Society of Friends. Y aquí estoy, con el equipaje en la acera, a mi lado, ante la entrada del edificio que será mi hogar al menos durante una semana. Dominada

por la alegría de haber llegado por fin, recojo mi equipaje, subo los escalones de la entrada y pulso el timbre. Oigo pasos. La puerta se abre.

—Soy Janet Frame, de Nueva Zelanda —le digo a la mujer de pelo canoso—. Le envié una carta para reservar una habitación por una semana.

La mujer frunce el ceño.

—¿Cómo ha dicho que se llama?

—Janet Frame, de Nueva Zelanda —pongo el acento en *Nueva Zelanda*.

—Aguarde un momento, por favor.

La mujer mira un libro que guarda en el escritorio de la recepción y regresa con el ceño aún más fruncido.

—Ha habido un error. No hemos recibido ninguna carta de Janet Frame de Nueva Zelanda. El albergue está completo. Estamos a finales de agosto, ya sabe.

«Oh, sí —pienso—. Claro que lo sé, todos esos libros que describen los días festivos. "Agosto para el pueblo y sus 'islas preferidas."»

La mujer repite:

—Lo siento. No hay habitaciones libres. Su carta no nos llegó.

Sin poder creerlo, luchando contra el pánico, juego la que considero mi carta ganadora.

—En Nueva Zelanda tengo una amiga que siempre se aloja con ustedes. Jess Whitworth; seguro que recuerda a Jess Whitworth.

—Lo lamento, Miss Frame. No la recuerdo. Y estamos completos. Tal vez la semana que viene...

Me echo a llorar.

—La semana que viene es demasiado tarde. *Vengo desde Nueva Zelanda*. Acabo de bajar del barco.

La mujer sonríe con expresión paciente.

—Tenemos huéspedes que vienen de todas partes del mundo. Todos los días.

—Pero yo les escribí. Y acabo de desembarcar. Jamás había estado en Londres —añado en tono triste—. Jamás había estado en Londres, y no sé dónde alojarme.

Aún me veo rodeada por mis restos de Nueva Zelanda: las dos maletas viejas, la mochila de lona verde que Frank Sargeson insistió en que necesitaría porque treinta años antes él había llevado una mochila en su recorrido a pie por Europa, la bolsa de viaje de cuero, que costaba la enormidad de diez libras, regalo de la familia Gordon. Mientras permanecía vacilante en la puerta del hostal, recordé que Frank y yo habíamos estudiado detenidamente sus ejemplares viejos y amarillentos del *New Statesman*, leyendo los anuncios de la última

página: Alquiler de habitaciones: St. John's Wood, Swiss Cottage, Hampstead Heath, Earls Court..., nombres entonces desconocidos, románticamente seductores, pero que ahora parecían las caras rígidas de un acantilado al cual era imposible cogerse y que me arrojaban con gesto inhospitalario a las tinieblas de lo desconocido.

—¿No tiene amigos en Londres? —me preguntó la mujer.

—No —respondí con voz trémula.

—Cerca de aquí está el hostal de la YWCA.[4] Telefonearé para preguntar si tienen habitación.

Unos minutos más tarde regresó con la grata noticia de que había una habitación «a compartir» libre por dos noches.

La mujer se ofreció a llamar un taxi.

—Por favor. Y gracias.

De pie con mi equipaje en los mugrientos escalones de Londres, noté fugazmente en lo más recóndito dé mi mente el eterno drama de la llegada y su lugar en el mito y en la ficción, y volví a experimentar la estremecedora sensación de estar yo misma excavada como la realidad, de ser el mineral de la ficción refinada. El viaje, la llegada, las sorpresas y los problemas de la llegada. Y en mi primera experiencia en Londres incluso había existido el recordatorio de la *carta* en la ficción: la carta perdida, la carta descubierta, la carta del presagio de que las vidas están perdidas y los destinos cambiados, como en la frase de Macbeth: «Saliéronme al encuentro el día de la victoria, y he sabido por el más seguro testimonio que tienen una ciencia sobrehumana», y el papel del portador de la carta, del mensajero que alcanza el éxito o que fracasa. Por un instante, la pérdida de la carta que yo había escrito parecía no tener importancia comparada con el don novelesco de la pérdida, como si en cada acontecimiento reposara una reflexión alcanzada sólo mediante la imaginación y sus diversos lenguajes sirvientes, como si —al igual que las sombras de la caverna de Platón— nuestras vidas y el mundo contuvieran ciudades de espejos que nos son reveladas por nuestra imaginación, el Mensajero.

A pesar de los entusiasmos y las posibilidades novelescas, aquel primer día en Londres fue triste e incómodo. A finales de agosto, Londres ya empezaba a bajar las persianas de un invierno sombrío. La YWCA, donde encontré una habitación para pasar dos noches, me recordaba a un hospital psiquiátrico sin el ruido, sin el constante tintineo de las llaves y el intento por controlar a los huéspedes, aunque había intentos de ese tipo en las normas que contenían las hojas clavadas en la cara interior de las puertas de dormitorios, cuartos de baño y retretes dispuestos en filas, institucionales en su aspecto y en su olor. Los cuartos de baño eran cavernosos, con su suelo de espeluznantes baldosas negras y blancas.

Por favor, deje el lavabo como le gustaría que lo encontraran los demás. Una adecuada traducción que el hotel hacía de la Regla de Oro, sensiblemente moral y que recurría al altruismo y a la práctica de los principios cristianos. En la oficina de la planta baja había una jaula en la que se podía dejar el equipaje. Una mujer de rostro sombrío supervisaba la entrada y la salida de los huéspedes y distribuía la correspondencia como si las cartas fueran tablillas sagradas y, consciente del poder de las cartas, sé que podrían haberlo sido.

Aunque la YWCA me pareció intimidante debido a la constante presencia de la autoridad, noté que sus huéspedes eran felices y amables; reinaba un clima de entusiasmo en las conversaciones sobre las llegadas, las salidas y las excursiones. La comida de la cafetería era barata y abundante, y enseguida me convertí en una más del grupo de entusiasmados «desconocedores de Londres». Compartía mi habitación con una mujer de Singapur que, tan ingenua como yo, en su sueño por visitar Piccadilly Circus había ido hasta allí en metro y no sólo descubrió la verdad de Piccadilly Circus (que no era, como pensábamos, un circo de verdad) sino que se pasó todo el día atrapada en el metro.

Me maravillaba mi libertad, sobre todo debido a que la atmósfera victoriana y el aspecto de muchos edificios londinenses habían liberado una fuente (de temor) de mi pasado reciente. Mi mojadura fue pasajera: una vez más la contemplación del paralelo, del sueño del espejo, me sostuvo y me volvió resistente a la pesadilla del pasado.

La primera noche telefoneé a una dirección de Clapham Common en la que Jess Whitworth había ocupado un Garden Room. A pesar de la desilusión que me había causado la realidad de los nombres románticos, seguía abrigando la esperanza de tener una agradable estancia en un *Garden Room*, que sería tal como yo lo había soñado; y cuando Patrick Reilly, uno de los ocupantes de la casa principal, me explicó que él era el encargado mientras los propietarios se encontraban en Escocia y que había un Garden Room disponible por diecisiete libras y seis peniques a la semana y que podía mudarme en cualquier momento, olvidé los numerosos infortunios de mi llegada a Londres y empecé a ansiar una medida del paraíso.

Patrick Reilly me sugirió que me mudara al día siguiente. Él tendría el día libre en su trabajo y podría recibirme y ayudarme a que me instalara. Qué amable, pensé.

Dijo que mi acento neozelandés le había demostrado que no era una simple curiosa.

Mi partida de la YWCA pasó por el ritual de la censura porque yo me había comprometido a quedarme dos noches.

—En esta época del año es difícil encontrar habitación. No tenemos costumbre de devolver el dinero —me informó el director.

Acepté los comentarios necesarios sobre mi conducta imperfecta y mi falta de previsión. Me disculpé. Comprendía que a las instituciones les encanta la exactitud de los edictos morales y los juicios que deben ser tan claros como él debe y el haber de quienes usan las instituciones.

A la tarde siguiente llegué en taxi a Cedars Road, en Clapham Common North Side y encontré a Patrick Reilly esperándome para acompañarme a mi Garden Room.

Y aquí estaba Mr. Reilly, acarreando mi equipaje a través de la puerta lateral, hacia el Garden Room número tres. Había cuatro habitaciones dispuestas en fila contra una alta pared medianera de ladrillos, de cara al jardín posterior de la casa principal. Más que habitaciones parecían chozas, y el suelo era la propia tierra, sin ningún tipo de aislante.

—Supongo que no pasará el invierno en esta habitación —dijo Patrick Reilly—. El invierno pasado aquí murió una mujer de neumonía.

Señaló la habitación del extremo.

—Allí ahora vive un bailarín del ballet ruso. Y el año pasado tuvimos a un príncipe europeo.

Patrick Reilly era locuaz y tenía un agradable acento irlandés. No era alto, y tenía una contextura robusta, pelo canoso, cara grande de piel tersa y pálida y ojos como manantiales, de color pardo. Sus labios a veces apretados me dieron la pauta de ciertas restricciones en los horizontes internos; marcaban los límites, por así decirlo. Su paso era ágil y seguro. Metió la llave en la cerradura del número tres y después de empujar la puerta, ésta se abrió a una pequeña habitación con olor a humedad en la que había una cama estrecha con algo de ropa, un armario con cortina, una silla, y en el suelo, cubierto por una esterilla, una placa eléctrica conectada a un contador eléctrico que funcionaba con monedas, instalado del lado de adentro de la puerta. También junto a la puerta había una ventana pequeña y cuadrada, y del techo colgaba una lámpara. Dentro de una caja, junto al hornillo eléctrico, había un surtido de platos y cacerolas.

—Necesito algo para poner mi máquina de escribir —señalé.

—Traeré una mesa del sótano. Está lleno de cosas viejas y muebles. Y le enseñaré el cuarto de baño y el calentador de agua que están en el edificio principal. ¿Le apetece una taza de té?

Así que fui a mirar el estrecho cuarto de baño e intenté asimilar las instrucciones de Patrick Reilly sobre el funcionamiento del calentador que calentaba el agua de la bañera. Me advirtió que tuviera cuidado, o el calentador podía explotar. Comentó que uno o dos años antes alguien había muerto. La casa estaba casi en ruinas.

—Hubo heridos, de todos modos —se corrigió—. Ocurrió antes de

que yo llegara aquí.

Patrick Reilly empezaba a adquirir los atributos míticos del que da la bienvenida, que es también el que advierte: ya en nuestro primer encuentro se dedicó a enumerar los peligros ocultos de Cedars Road y Clapham Common North Side. Supuse que más adelante se ocuparía de Londres y del mundo.

Me llevó a su habitación junto al cuarto de baño del edificio principal y lo observé en silencio mientras él llenaba el hervidor con agua del grifo del rellano y encendía un hornillo de gas que había encima de la mesa. Supe que estaba viendo por primera vez el ritual de un modo de vida nuevo para mí, en el que la gente vivía sola en una habitación de una casa enorme que contaba con varias estancias, cada una independiente de la otra salvo por el cuarto de baño compartido, lo mismo que el retrete y el grifo que se encontraba encima del lavabo del rellano, y en el que Patrick había llenado el hervidor para preparar el té. Yo ya había visto a dos hombres que recogían con un cubo el agua necesaria para lavar o beber.

—Las mujeres no les caen bien a las caseras —me explicó Patrick —. Dejan pelos en el cuarto de baño y siempre lavan ropa.

Colocó dos tazas y dos platillos en un extremo de la enorme mesa cubierta con un hule, cogió una botella de leche de una palangana llena de agua y sujetando la botella por ambos extremos la sacudió suavemente; luego la colocó acostada encima de la mesa, junto a las tazas y los platillos.

—La del tapón azul. Es leche de Jersey Island. Yo compro la mejor —señaló—. Así se esparce la nata.

Preparó el té.

—Para la infusión espero cinco minutos, ni más ni menos. Pronunció la palabra «infusión» en tono de admiración, como un cirujano que ha hecho el diagnóstico y realizará la operación correctamente.

Luego abrió la envoltura de un paquete de galletas, lo sostuvo para que yo lo viera y colocó tres o cuatro en un plato.

—Digestivas. De chocolate. Las de tipo oscuro.

El té ya había reposado. Di un mordisco a mi galleta digestiva de chocolate y empecé a beber el té.

—Es Tetley's Tips —anunció Patrick Reilly—. Y las galletas son Peek Frean.

Peek Frean.

Patrick hablaba en tono satisfecho, como si hubiera dado otro paso en el camino a la perfección.

Repetí el nombre. «Peek Frean.» Me fascinó. Escuché maravillada el acento de Patrick Reilly y los giros irlandeses que utilizaba de vez en cuando y que yo conocía a través de los estereotipos y los autores

de teatro irlandeses, pero que nunca había oído pronunciar.

—Después iré a hacer la compra —dijo.

Él parecía igualmente fascinado por mi acento neozelandés. Había un lazo entre nosotros, comentó. Ninguno de los dos era inglés. Hablaba de los ingleses con antipatía. Dijo que dado que pertenecía a una colonia, yo comprendería lo que los ingleses le habían hecho a Irlanda.

—Ellos se comen nuestro cerdo y nuestra mantequilla y hacen correr nuestros caballos, y nosotros venimos aquí a buscar trabajo.

La República de Irlanda, dijo, era la Tierra de Dios, y estaba llena de pobreza. Pensé, sorprendida: «Pero ¿no era Nueva Zelanda la Tierra de Dios?» No se me había ocurrido pensar que ésa era una reivindicación que hacían otros países, quizá todos. En Nueva Zelanda, sobre todo entre la gente más lúcida, circulaban chistes a propósito de nuestra pretensión de ser la Tierra de Dios, y aunque yo también me burlaba de semejante afirmación la creía desde mi infancia, cuando recitaba fervientemente la poesía de William Pember Reeves:

Dios la rodeó con las olas
y vientos de la profundidad sin dueño,
cuyo tumulto se agita y apremia
a las rápidas oleadas a brillar y saltar...
Su agitación jamás cubierta de niebla,
ni la sequía del desierto puede marchitar...

Así que Irlanda es la Tierra de Dios, me dije mientras comprendía este nuevo dato de mi experiencia en el extranjero.

Terminamos el té.

—Si puedo ayudarla en algo, dígamelo —sugirió Patrick Reilly—. Puede llamarme Patrick.

—Patrick. Yo soy Janet.

Quedó impresionado cuando le dije que estaba en Inglaterra con una «beca literaria».

—Pero en realidad seguiré viaje hacia las Islas Baleares... en cuanto haga aquí los arreglos necesarios.

—No pensará ir sola.

—Oh, sí.

Frunció el ceño.

—Correrá peligro —me advirtió—. Todos los sitios desconocidos son peligrosos. Aún más que Londres.

Él era miembro de un comité católico, dijo, que intentaba rescatar de la prostitución a jóvenes irlandesas. En su trabajo de conductor de autobús veía a muchas de esas chicas.

—Se meten en problemas —afirmó en tono brusco—. Yo las envío

a los hoteles irlandeses.

Hizo una pausa.

—Y la cuidaré a usted, Janet, mientras esté en Londres. Pero no debe ir a Europa sola. A propósito, ¿no tiene compromiso?

«Qué expresión tan anticuada», pensé. Una expresión propia de los tiempos en que mi madre era joven, y no de Patrick Reilly, que había dicho que tenía cuarenta y cuatro años.

—Oh, no, no tengo compromiso.

—Bien. Y piense bien en eso de irse al extranjero.

—Debo ir —le dije.

—Escribir no es una ocupación muy buena —opinó Patrick.

—Estudié magisterio.

—¡Magisterio! Ése es el tipo de trabajo que tendría que hacer. Entusiasmado, dijo que su hermana era maestra en Irlanda y que su primo era arzobispo de una ciudad del norte. La mujer que había sido su novia también era maestra.

—M. me la robó —prosiguió Patrick. M. era un corresponsal irlandés que aparecía en los noticieros a finales de los años cincuenta.

La creencia de algunas personas de que podían «robarles» a alguien —con sus implicaciones de posesión y propiedad— me interesaba como me había interesado en Nueva Zelanda, cuando Paula Lincoln acusó a una vecina de «robarle» sus amigos. Sin embargo, tales datos de propiedad se mencionan en la descripción legal de la «seducción», según la cual la «seducción» es un delito menor contra la propiedad, y en este caso la propiedad es una persona que «pertenece» a otra. Patrick no dio detalles del robo que lo había dejado sin novia.

Mientras me marchaba de su apartamento, volvió a advertirme.

—En Londres tenga cuidado con los negros. Están en todas partes. Acaparan todos los trabajos. Clapham está lleno de negros.

Separó los labios de las encías y dejó la dentadura a la vista, en un gesto evidentemente inconsciente. Me pareció repugnante. Yo quería amar al mundo y a todos los que lo habitaban («en toda su amplitud, el mundo y los que viven en él...»).

Me sentí ofendida en nombre de aquellos a los que se llamaba «negros», y dije con cautela:

—¿Se refiere a la gente que viene de las Antillas y de África?

—Sí, los negros.

—No creo que se deba mencionar a la gente por el color de su piel —añadí ansiosamente.

—Son inferiores a nosotros. Son negros —insistió en tono casi furioso.

Pasé por alto el desagradable comentario. Era un ignorante, pensé. No sabía y no comprendía. Además, estaba asustado. Nada podría hacerle cambiar de opinión mientras estuviera asustado.

—Nos vemos mañana —me dijo mientras yo bajaba por la escalera.

—Sí —respondí, repitiendo sus palabras al tiempo que comprendía que venía de un mundo en el que nadie decía «nos vemos mañana».

Me sentía agradecida hacia Patrick Reilly. Era un colaborador por naturaleza. También era formal, satisfecho de sí mismo, fanático, solitario, religioso, y tenía un encantador acento irlandés. A pesar de su prejuicio sumamente descalificador, era lo que mi madre habría llamado «un caballero». Fue el primer amigo que tuve en Londres.

3. Keats y las cuentistas de Battersea

Tal vez el lector se eche a reír por lo que yo, en mi ingenuidad, imaginaba encontrar cuando subí al autobús 137 que me llevaría a Crystal Palace. Durante aquellas primeras semanas de intensa anticipación hice largos viajes en autobús a sitios de nombre inolvidable: Ponders End, High Wycombe, Mortlake, Shepherd's Bush, Swiss Cottage, y en cada ocasión me encontraba con un grupo de edificios de aspecto triste, levantados sobre un desierto de hormigón y ladrillos y llenos de gente de rostro pálido y preocupado y de contextura más pequeña que la mayoría de los neozelandeses.

«Los pictos y los escotos», decía para mis adentros, rastreando temas e imágenes incorporados en las primeras lecciones de historia. Los anglos. Los sajones. Los pictos y los escotos. Los romanos.

Y las palabras de Londres me fascinaban, los montones de periódicos y revistas, las hojas de propaganda en los escaparates de los estancos y tiendas de periódicos, los nombres de los autobuses, los letreros de las calles, los letreros luminosos de propaganda, los menús escritos con tiza sobre una pizarra en la puerta de las humildes cafeterías del servicio de transporte —bistec gigante y dos verduras, pastel de carne y patatas—, los carteles de las estaciones de metro y las inscripciones de los lavabos públicos y de los túneles de las carreteras; la infinidad de librerías y bibliotecas. Jamás había tenido tantas oportunidades de leer en público.

En cuanto a mi casa, disfrutaba del Garden Room y de la amable compañía de Patrick. Todas las mañanas me colocaba en cuclillas en el suelo de mi habitación, esperando que la placa eléctrica se enrojeciera; entonces hervía agua para lavarme y para preparar café, reservaba una pequeña cantidad para lavar los platos y luego, siguiendo el ejemplo de otra inquilina, arrojaba el agua sucia al grosellero espinoso que separaba las habitaciones del jardín trasero, donde los ocupantes del edificio principal colgaban la colada y en las tardes excepcionales de buen tiempo tomaban el sol en compañía de la

tortuga de la casera, que también intentaba atraer el calor filtrado por la niebla del sol ahora lejano.

Las noches eran frías. El catre, que casi tocaba el suelo, recibía el aire de la noche que se filtraba junto con algo de la niebla londinense entre las rendijas y por debajo de la puerta desencajada. Me quitaba de la boca el consecuente sabor a ferrocarril y me acurrucaba bajo las delgadas mantas con mi abrigo caliente extendido por encima. El frío no me preocupaba demasiado... al fin y al cabo estaba en Londres, ¿no? Había estado en Crystal Palace, en Ponders End, en Piccadilly Circus, en High Wycombe. Había recorrido el Common y levantado la vista para ver el segundo y el tercer nivel de árboles de la ciudad y el sol de septiembre bañado en sangre. Parecía que para llegar a Ibiza, mi lugar de destino, faltaban años y no semanas. Tenía mucho que hacer; también necesitaba encontrar un trabajo de unas pocas semanas para reunir algo más de dinero. Y así, mientras escuchaba el rugido distante del tránsito que sinceramente confundí con el sonido de las olas del océano rompiendo contra una costa invisible, planifiqué el tiempo que me restaba en Londres.

Y como uno de los sueños que había acariciado era visitar Hampstead Heath y el barrio en que había vivido Keats, un día cogí un autobús que me llevó hasta allí, y caminé hasta el estanque. El cielo era gris y sobre la ciudad, más abajo, colgaba un manto de niebla; las bandadas de pájaros surcaban el cielo a gran velocidad, en estrecha formación, en dirección a la luz; y las hojas temblaban y se agitaban en los árboles dorados; y al ver los altos juncos pardos que crecían en el borde del estanque empecé a repetir para mis adentros, con toda naturalidad:

> Oh, ¿qué puede afligirte, caballero armado,
> solo y pálidamente ocioso?
> La juncia se ha marchitado en el lago,
> y ningún pájaro canta.

Sabía que debía de ser una más de los miles de visitantes que llegaban a Londres y se detenían junto a la juncia marchita recordando a Keats, experimentando el entusiasmado reconocimiento de habitar repentinamente un poema vivo, tal vez recitándolo de memoria y luego, como si rechazara un regalo gastado, casi con una sensación de vergüenza, desterrando el sentimiento, más tarde saliendo en su busca, volviendo a vivirlo sin juzgarlo aunque consciente de que, con demasiada frecuencia, todos debemos pisar la milésima, la millonésima y rara vez la primera capa del mundo de la imaginación. Sin embargo, sólo el primer día y la primera noche en la Tierra podrían alguna vez considerarse la primera capa sobre la que

los siguientes artífices secundarios tejieron la alfombra compartida que en la peculiar aritmética del hacer no concede límite de espacio para las obras conocidas y desconocidas del pasado y del presente, ni para aquéllas aún no forjadas del futuro. Al bajar la mirada para contemplar Londres pude sentir la acumulación de tejidos artísticos, y comprender que podía existir un tiempo en el que la alfombra se convirtiera en una telaraña o en un velo, y otras veces en una cálida manta o en un chal: la perspectiva de ser enterrado por caer en una trampa o a causa del calor era cercana. Qué distinto parecía vivir en Nueva Zelanda, donde los nombres de los lugares y el paisaje, los árboles, el mar y el cielo aún resonaban con su primera voz mientras las obras de arte primitivas pronunciaban su respuesta en un diálogo esencial con los dioses.

En Hampstead Heath no supe si agradecer o maldecir a John Keats y a otros por haber plantado la juncia, la albahaca, las madreselvas y las violetas de cabeza gacha y haber dispuesto que los eternos ruiseñores cantaran en mi mente. La inquietud (in-quietud) no podía empañar por completo mi primera experiencia literaria de Londres. Esa noche, en mi Garden Room, leí y recité a Keats y a otros (había seguido el consejo de Jess Whitworth y visitado la Biblioteca Clapham y aceptado la regla con gula: «Tantos libros como desee»).

En una persecución práctica de mi meta literaria ya había comprado ejemplares del *New Statesman*, del *Times Literary Supplement*, del *John O'London's Weekly*, de la *London Magazine*, de la *Poetry Review*. (Un día lluvioso visité los locales de la Sociedad de Poesía, y estuve un rato mirando pero no entré.) Leí la poesía y la prosa excitantes de escritores de las Antillas, algunas escritas en un inglés literario, otras en una versión antillana del inglés, pero todas cargadas de una visión matinal de Londres y del Reino Unido. Estaba muy influida por los escritores antillanos e, incómoda con mi neozelandismo (¿acaso no venía de una tierra que entonces describían como «más inglesa que Inglaterra?), escribí una serie de poemas desde el punto de vista de una antillana recién llegada y, repitiendo el experimento que Frank Sargeson y yo habíamos hecho con la *London Magazine* cuando fingí ser natural de las Islas del Pacífico, los envié a la *London Magazine* con una carta en la que explicaba que acababa de llegar de las Antillas. Los poemas me fueron devueltos con el comentario de que eran «frescos, originales», y que el editor quería ver algún otro trabajo mío. Los poemas presentados no estaban exactamente a la altura del nivel requerido de inglés. Me di cuenta de que tales simulaciones literarias eran una forma de evitar que los demás descubrieran que mi «verdadera» poesía no tenía ningún valor. También eran el reflejo de la búsqueda de identidad de una neozelandesa fuera de su propio país, en el que ser considerado «más

inglés que los ingleses» se tomaba como un insulto más que como un elogio. En cierto sentido, mi mentira literaria era una forma de escapar de una mentira nacional que dejaba a una neozelandesa colonial en el extranjero sin identidad real.

Sin embargo, otras cuestiones prácticas interrumpieron mis sueños poéticos. Había hecho la reserva en el transbordador con rumbo a Dieppe, luego cogería el tren hasta París, pasaría una noche en un hotel de París, tomaría el tren hasta Barcelona y el transbordador que atravesaba el Mediterráneo con rumbo a Ibiza... El recorrido era sencillo y fácil si lo enunciaba a toda velocidad.

Después encontré un trabajo de dos semanas como criada y camarera en el Albergue de la Escuela Técnica de Battersea, donde mi tarea —desde las seis de la mañana hasta el mediodía— consistía en retirar las cenizas de las enormes chimeneas como altares de ladrillo, limpiar y encerar el suelo salpicado de cenizas que ya a las ocho o las nueve de la mañana los estudiantes pisaban al ir o volver de desayunar y de las clases, dejando huellas de ceniza como si recorrieran sin darse cuenta las laderas del Vesubio mientras yo, convertida en una montaña, me arrodillaba para fregar y encerar el mundo. Cuando los alumnos y el personal se marchaban, limpiaba los dormitorios, que solían estar impregnados de incienso porque el albergue recibía africanos de diversos países, hindúes, egipcios, árabes, cada uno con su religión, lo mismo que estudiantes de las Islas Británicas. El personal doméstico era en su mayor parte de origen inglés o antillano. En el albergue me descubrí viviendo como en los tiempos de la segunda guerra mundial.

A las once de la mañana, cuando se servía la comida llamada «almuerzo» (un sustancioso té matinal), el personal doméstico se sentaba a comer pan duro y bocadillos de queso, bebía té y conversaba, primero de los programas de televisión de la noche anterior y luego de sus experiencias en Londres durante el ataque aéreo. La conversación sobre los programas de televisión era evidentemente considerada una introducción al tema principal, y tal vez una forma de asegurarse de que los acontecimientos relatados tan vividamente ya pertenecían a las sombras del pasado. Sin embargo, día tras día las mujeres hablaban de la guerra reviviendo los horrores que jamás habían mencionado y que sólo ahora podían describir mientras yo, con un estremecedor y horripilante sentido de la alteración del tiempo que una suele convencerse de que puede deslizarse tan hábilmente del pasado al presente y al futuro, escuchaba en silencio, sintiendo un respeto cada vez mayor por el carácter implacable de la experiencia que, como un galán decidido, asediante y constantemente abarcador, conseguirá por fin a su pareja con palabras, aun cuando el proceso, como en este caso, exija un

trabajo de quince años para refinar, lavar, secar las lágrimas, cambiar el contenido y el enfoque, preservar, descartar, experimentar la muerte y el renacimiento. Quizá, si la guerra no hubiera sido una experiencia compartida, los recuerdos podrían no haber tenido la fuerza combinada que los capacitaba temporalmente para abolir el presente, el mil novecientos cincuenta y seis, la larga mesa de madera, los estudiantes, la Escuela Técnica, y reemplazar al grupo de trabajadoras domésticas, en su mayoría mujeres entre los cuarenta y cinco y los cincuenta, con sus anteriores seres de treinta y dos años, mis contemporáneas.

Durante aquellos días reviví la guerra tal como los londinenses la habían conocido. Los vestigios eran evidentes: sitios bombardeados que aún no habían sido reconstruidos, cubiertos de hierbas y maleza y llenos de escombros; la antigua estación del metro y los cientos de londinenses allí sepultados tras ser sorprendidos por un ataque aéreo; plazas y calles donde la muerte y la destrucción ya tenían un lugar y un nombre. Mi interés en las cuentistas de Battersea hacía que me resultara más tolerable levantarme a primera hora de la mañana en el frío y húmedo Garden Room, caminar entre la niebla húmeda hasta el albergue, cumplir la ingrata tarea de retirar las cenizas, y por la noche servir la mesa del claustro dispuesta para el té durante la semana y para la merienda cena los domingos. Qué anticuados son los ingleses, pensaba mientras permanecía de pie junto a las mesas «bajas», esperando una llamada para ocuparme de la mesa del claustro, instalada sobre su plataforma, por encima del nivel de las demás. La jerarquía se respetaba: nadie se atrevía a cometer un error al identificar el rango o elegir el tratamiento. Sabía que en el pasado había sido testigo de conductas similares en los hospitales psiquiátricos, donde los médicos, la enfermera jefe y el personal superior eran considerados dioses; y yo había considerado de la misma forma a los profesores de la universidad. En el albergue, el hecho de que el entorno estuviera dispuesto para adaptarse a la superioridad de algunos y a la inferioridad de los demás le daba al sistema una permanencia, encerrando a cada uno en su sitio en una temporada de calma sin la menor posibilidad de que una tormenta lo desalojara y le asignara un nuevo lugar, mientras el argumento contra la nueva disposición reposa siempre en la segura recompensa de estar ya en su sitio.

Los días en que iba a recoger la correspondencia del banco de New South Wales en Berkeley Square cambiaba impresiones con otros neozelandeses y australianos.

«¿Qué opinas de todo esto?», preguntábamos.

Y la respuesta era: «¿Del sistema de clases? Viven en la Edad Media.»

Sin embargo, sentía que las cuentistas de Battersea estaban preparando silenciosamente su propia revolución, sin pensar siquiera en las sublevaciones del pasado... los pictos y los escotos... los anglos... los sajones... los romanos de Londinium...

4. Tres

Una tarde, mientras viajaba en el ya familiar 137 desde Central London hasta Clapham Common (destino final Crystal Palace), noté que un pasajero me miraba y que seguía mirándome hasta llegar a Common, y cuando bajé del autobús me siguió y se puso a caminar a mi lado.

—Me llamo Nigel N. —me dijo—. Soy estudiante de derecho. Vivo en Cedars Road.

—Yo también vivo en Cedars Road —dije en tono formal, pero menos formal que si él hubiera tenido aspecto de inglés. Me pareció que era mayor para ser estudiante, debía de tener unos treinta y cinco años, hasta que recordé que muchos de los alumnos de la Escuela Técnica eran hombres de cuarenta y tantos. Nigel iba vestido a la manera de «alguien del centro financiero de la ciudad»: traje oscuro a rayas, camisa blanca, pañuelo blanco, bombín, paraguas perfectamente plegado, utilizado y esgrimido como un bastón. Su aspecto revelaba un ridículo afán que despertó mi compasión y me hizo sentir vergüenza por él.

—Soy de África Occidental —anunció—. De Nigeria.

—Yo de Nueva Zelanda.

—Oh, Nueva Zelanda —exclamó, y empezó a enumerar datos de nuestro paisaje, nuestras bahías, ríos y saltos de agua, de la importación y la exportación, de las ciudades y sus características notables. Fue una de las pocas personas que conocí en Londres que tenía conocimientos sobre Nueva Zelanda.

Escuché admirada su recital y, cuando concluyó, mi silencio le reveló mi humillante ignorancia de África y sus gentes. Las películas de Tarzán. Guerreros pintados danzando alrededor de una futura ofrenda humana, entonando cánticos que parecían decir: «La selva lejana, la selva lejana...» Mi vida adulta contaba con referencias mínimas a la vida en África, de modo que me vi obligada a remontarme a la infancia en busca de mitos y a una curiosidad que había quedado cerrada, como una puerta adornada de piedras preciosas, a la educación posterior y a la experiencia cotidiana y se había vuelto a abrir sólo ligeramente gracias a las obras de Olive Schreiner, Doris Lessing, Dan Jacobson, Alan Paton, Nadine Gordimer que, a pesar de su imaginación y empatia no escribían desde el singular punto de vista de los nativos de África.

Así que cuando Nigel me invitó al cine ese fin de semana acepté, un poco nerviosa porque había empezado a proveerme de una variedad de periódicos londinenses incluido *New of the World* y el *South London Press*, ambos sensacionalistas en sus detalles de la vida doméstica y callejera del lugar. Nigel podía ser un rufián que con engaños intentaba llevarme a Leicester Square, pensé. Ya me había topado con los que acostumbraban a pasar lentamente junto al bordillo y me hacían señales desde el interior de su limusina, siguiéndome con insistencia hasta que me escabullía en una calle más concurrida o en una tienda bien iluminada. Tenía la inquietante sensación de haberme dejado «ligar» y me alegré de haber elegido la sesión de la tarde para nuestra cita. Recordé el modo en que Nigel me había mirado, completamente concentrado durante todo el viaje en autobús: tal vez en su cultura ésa era una forma natural de abordar a la gente. Sabía que era una ignorante, de origen y educación colonial, aunque apasionadamente decidida a aprender cosas sobre el resto del mundo, sobre «ellos», las gentes que hasta ese momento no habían sido más que estadísticas, estereotipos impregnados de iguales concentraciones de curiosidad, temor, prejuicio, mezclados con la infusión esencial del «ama a tu prójimo», «debemos amarnos los unos a los otros o morir»..., entonces ¿por qué no esperaba con ansia mi cita del sábado a la tarde con Nigel?

Acordamos encontrarnos en la parada del autobús de Clapham Common, donde cogimos el 137 (que venía de Crystal Palace) hasta las cercanías de Leicester Square. Nigel iba elegantemente vestido, también esta vez como un londinense que trabaja «en el centro de la ciudad», y lo único que le faltaba para identificarlo con un inglés del centro financiero era el maletín de cuero con las iniciales doradas y la piel pálida del hombre de la ciudad. Yo también llevaba el uniforme del grupo al que pertenecía, el de la mujer viajera que ha escuchado los consejos y leído los folletos: jersey, falda y chaqueta, y mi bolsa de viaje con sus numerosos compartimientos para los documentos, y, sin duda, al igual que Nigel, llegado el momento, una vez que me sintiera a salvo en mi nuevo mundo, dejaría de lado mi falso uniforme; mi bolsa ya se había convertido en una carga con sus pesados forros, sus hebillas y cierres de latón y la correa adicional para colgarla del hombro... incluso tenía cerradura y llave.

No recuerdo el nombre de la película, salvo que era una de tema épico, en pantalla gigante, muy popular en ese momento. Ocupamos las mejores butacas del piso principal. En el cielo raso del cine, que representaba el firmamento, brillaban las estrellas plateadas mientras del órgano eléctrico colocado en una plataforma debajo del escenario surgían melodías de Rodgers y Kammerstein. Durante el intervalo (que yo, acostumbrada al rugby, conocía como «media parte»), en lugar de

salir al vestíbulo a fumar, Nigel compró helados, los mejores, los que tenían un rizo de chocolate encima, y yo me quedé sentada comiendo el mío y mirando a mi alrededor, y me di cuenta de que los demás hacían lo mismo, y sentí una enorme timidez, seguida por una sensación de mi propia «valía», una especie de presunción, porque al «salir» con un africano me había demostrado a mí misma que no tenía prejuicios raciales. Durante las pocas semanas que llevaba en Londres, los periódicos y la radio habían hablado repetidas veces del «prejuicio racial» y por primera vez me sentí obligada a considerar mis propios sentimientos, y al comprender la naturaleza de mi presunción tuve que reconocerlo: yo no era mejor que Patrick con su evidente fanatismo. ¿Por qué tenía que ser así?

La película terminó. Nigel y yo tomamos bocadillos y café en un Lyons, cerca del cine, donde volví a sentir cierta timidez, porque había leído comentarios sobre los escándalos ocurridos en Londres entre mujeres negras y hombres blancos, y mujeres blancas y hombres negros, en los que se decía que las mujeres eran prostitutas, los hombres negros rufianes, y los hombres blancos las desafortunadas víctimas: los periódicos lo explicaban todo claramente.

Intenté disipar y pasar por alto mis desagradables sentimientos y disfruté de la compañía de Nigel. Teníamos muchas cosas en común. Los dos éramos «colonizados» y teníamos una educación similar, con altas dosis de imperio británico, de historia inglesa y sus productos, ríos, ciudades, reyes, y su literatura. A él también le habían enseñado la lista de los buenos, los fuertes, los valientes, en la que los amigos y los enemigos estaban clara y definitivamente identificados. Él también había leído cosas acerca de otros lugares, otros mundos que arrojaban un manto de invisibilidad sobre su propio mundo. De todos modos, yo era más favorecida debido a que mis antepasados se encontraban entre los buenos, los fuertes, los valientes, los amigos, y desempeñaban el papel de protectores, de benditos dadores. Esperamos el autobús en Lower Regent Street.

—Subamos al primer piso —propuso Nigel.

Consciente de mi tendencia a marearme en el tambaleante piso superior de los autobuses londinenses, respondí con recato:

—No. Prefiero quedarme abajo.

Nos sentamos abajo, uno junto a otro, en el largo asiento de al lado de la puerta, él rígido con el cuello de la camisa almidonado, yo haciendo de vez en cuando algún comentario intrascendente, en un esfuerzo por reparar los sentimientos desagradables que había experimentado anteriormente. Lancé una mirada furtiva a Nigel, sólo para mirarlo en secreto. Tenía las manos un poco apretadas, los bordes renegridos cerrados sobre la palma sombreada y rosada como si tuviera un ramo de capullos en cada mano. Cualquier sentimiento de

«obligación», de amor necesario, de contemplación sentimental de la «humanidad» abstracta se desvaneció cuando vi este aspecto de la belleza. Viendo el atuendo inglés de Nigel, un cínico podía preguntar qué otra cosa lo acercaría más a su evidente deseo de ser inglés —negando su origen— que un ramo de capullos de rosa, la flor inglesa. Yo no era cínica: también estaba adoptando las vestimentas inglesas, las palabras-ropaje de Keats: «La belleza es verdad, la verdad belleza.»

Regresamos a casa bordeando el Common, en dirección a Cedars Road.

—Ven a casa a bailar —sugirió—. Recogemos la alfombra y bailamos y bailamos.

Me sentí amenazada y al punto respondí:

—No, gracias. —Al ver su expresión me di cuenta de que me veía llena de prejuicios raciales, como los demás—. No es eso —agregué de inmediato—. Tengo muchas cosas que hacer. Y gracias por esta tarde encantadora.

Sonrió amablemente.

—Necesitas bailar —dijo—. Todos necesitáis bailar y disfrutar más. Los ingleses no sabéis divertiros.

No le di la respuesta obvia: «Yo no soy inglesa, soy de Nueva Zelanda», porque su observación era correcta. Me sentí avergonzada de mi timidez. Sabía que podía haber cenado y bailado sin parar, pero también sentía que las distracciones de la «vida» podían poner en peligro mi deseo y mi tiempo para escribir. Y no estaba dispuesta a correr ese riesgo.

Nigel y yo nos separamos fríamente. Recibí una nota suya en la que me decía que lamentaba que no hubiera querido bailar. No volví a verlo. Recordé unas líneas de los poemas que me había devuelto la *London Magazine*:

Ahora enciendes fuegos.
La corista lleva abalorios ambarinos
y con un chasquido la tijera corta en seco
la orilla del verano...

y también:

Él venía de un país lejano
en el que se sientan bajo los limoneros y hacen
acertijos del gigante ganado bermejo de cara blanca...

La semana siguiente acepté otra invitación, también para ir al cine, esta vez de Jack, un físico inglés que vivía en una habitación del sótano de la casa principal y daba clases en el Instituto Politécnico.

Fuimos al atardecer a un cine de Clapham Junction, donde ocupamos las butacas de atrás. Tampoco recuerdo el nombre de esa película. Cuando llegó el intermedio, Jack abrió apenas la boca dejando ver sus pequeños dientes blancos y dijo en voz baja, entre dientes:

—¿Prefieres helado con chocolate, o normal?

Esta sencilla pregunta «¿Prefieres helado con chocolate o normal?», pronunciada con acento londinense, me pareció tan reveladora como la enumeración que Nigel había hecho de los reyes y reinas ingleses y las montañas y los ríos de Nueva Zelanda.

—¿Te gustaría un cucurucho?

¡Un cucurucho!

Cucurucho, merienda-cena, interiores, pavimento, carril derecho, carril izquierdo, setas gigantes y dos verduras. ¿Viajas en metro? Crystal Palace, High Wycombe, Tooting Bee, Wandsworth...

—Al parecer parece bueno, ¿no?

Quedé sorprendida al descubrir que Jack cometía errores gramaticales cuyo uso, según me habían inculcado firmemente, equivalía a un acto criminal. No me había dado cuenta de lo profundamente convencida que había estado de que infringir las reglas del lenguaje era un crimen que debía castigarse. Me parecía inverosímil que los londinenses de todas las razas y culturas pudieran temer a un infinitivo separado, a un participio colgado, a una oración mal relacionada, todo lo cual podía dar como resultado una *sentencia.*

Jack y yo comimos nuestros helados con chocolate, bloques de forma rectangular cubiertos con una frágil capa de chocolate y envueltos en papel plateado, y bebimos nuestro zumo de naranja; cuando terminó la película, regresamos a Cedars Road y, después de beber café en la habitación de Jack, me retiré a mi Garden Room. Al día siguiente, sábado, cuando salió el sol me senté junto a los groselleros y él se presentó en el jardín. Iba muy bien vestido, como muchos londinenses incluso en los días de descanso, y parecía fuera de lugar acostado con sus ropas de ciudad sobre la alfombrilla que yo había extendido sobre el césped. Intentó convencer a la tortuga de la casera de que saliera de su caparazón, y al observar el modo infantil en que molestaba y acosaba a la tortuga, me pregunté si este hombre alto y pálido que tomaba helado con chocolate, cometía errores gramaticales y ahora fastidiaba a la tortuga realmente podía ser profesor de física. Yo tenía alguna noción de lo diferentes que pueden ser las profesiones, y aún sabía tan poco sobre las personas del resto del mundo, que creía que expertos como los físicos, los médicos y los abogados habían superado las conductas infantiles, y por eso el proceder de Jack, el físico, me pareció casi increíble. Recordé el relato de un admirador de Tennyson, que quedó impresionado cuando éste comenzó una conversación quejándose del precio del carbón.

La conducta de Jack me deprimió por su vulgaridad. También estaba impresionada por el modo en que todos los que vivían en Cedars Road parecían aceptar su triste existencia en una habitación con olor a gas, su cubo de agua sucia y su cubo de agua «buena», la inconfesada soledad que quedaba revelada en la persistencia con que se aferraban a las conversaciones intrascendentes, como si las palabras que se arrastraban en las escaleras y a través de las puertas debieran ser capturadas como una última esperanza. Aunque yo era una más entre ellos, sentía que tenía recursos, un objetivo.

Y también contaba con el *Mensajero*.

Me pregunté si los habitantes de la casa de Cedars Road tendrían un Mensajero. Observé a Jack, el físico, que daba golpecitos a la tortuga.

—Vas a lastimarla —le advertí.

Él sonrió y sus labios se separaron ligeramente, como una puerta que se abre pero se mantiene alerta a la intromisión del aire hostil, de los cobradores, de los desconocidos.

—Ella no lo nota.

Luego el sol se desvaneció detrás de las nubes arracimadas. Cada vez oscurecía más temprano. No tenía sentido fingir que el verano no había terminado. Las frágiles hojas de los árboles se agitaban ásperamente. Las grosellas habían sido recogidas hacía tiempo y los arbustos estaban desnudos. Regresé a mi Garden Room para estudiar los mapas de mi próximo viaje a Europa. Los días que se oscurecían cada vez más, el frío húmedo de las primeras horas de la mañana y de la noche, la reconfortante presencia de la infinidad de edificios de Londres, incluso la concentrada monotonía del Hospital Oncológico vecino, con la alta pared que daba a la parte de atrás del Garden Room, parecían paralizar mi deseo de internarme en el invierno europeo. Tal vez, pensé, España, el sur, sería diferente. Fui engañada una vez más por la literatura:

Quién tuviera una copa llena del cálido sur...
y

Golondrina, golondrina que vuelas al sur...

Mi tercer encuentro fue con los artistas de Parliament Hill Fields.

En sus cartas, Frank Sargeson seguía recordándome que visitara la dirección que nos había proporcionado la joven pareja que vivía en Ibiza, así que una tarde telefoneé a Parliament Hill Fields y me invitaron a cenar esa noche. Hablé con Ben, un poeta, que me dio instrucciones de cómo llegar hasta allí, y otra vez impaciente por la expectación que despertaban en mí nombres como Parliament Hill

Fields y Crouch Ends, cogí el autobús hasta una calle de casas de ladrillo donde Ben —un joven delgado y misterioso, de hombros caídos y brazos largos que se balanceaban de un lado a otro como péndulos— me guió desde la parada del autobús hasta la casa.

Sus ojos eran de un color pardo intenso, su rostro pálido y húmedo.

—¿Así que eres de Nueva Zelanda? —me preguntó, mirándome como si intentara descifrar las señales. Tenía acento escocés.

—¿Y tú eres escocés?

—No.

—Tienes acento escocés.

—Sí.

Entonces se echó a reír y me explicó que acababa de regresar de su primera visita a Escocia, donde había conocido a *Hugh McDiarmid.*

—Hugh McDiarmid.

—Ah.

Sabía que debía mostrar entusiasmo, sorpresa quizá, admiración, sin duda; pero lamentablemente no conocía a Hugh McDiarmid. Tenía la sensación de que era un poeta. Entonces recordé un obsesionante poema de mi *Golden Book of Modem English Poetry*, y una referencia a «Stony Limits». ¿No había sido escrito por McDiarmid?

—McDiarmid y James Joyce son mis poetas preferidos —dijo Ben en su suave acento escocés, y añadió—: Sí, sí...

»Soy polaco —prosiguió, mientras caminaba hacia la puerta principal de la casa de Crouch End.

Había varios inquilinos, hombres y mujeres, que se encontraban en Londres para continuar su carrera artística. Me dieron la bienvenida y después que hice el habitual anuncio de que venía «desde Nueva Zelanda», me preguntaron por qué había viajado a Londres.

—Soy escritora —dije, con mayor seguridad de la que sentía—. Tengo una beca de la Fundación Literaria para ampliar mi experiencia.

—¿Has escrito algún libro?

—Dos —respondí, intentando utilizar un tono despreocupado.

—¿Pero tienes algo publicado?

Me di cuenta de que mis nuevos amigos no estaban acostumbrados a relacionar la escritura con la publicación.

—¿Entonces has publicado un *libro*?

—Un libro de cuentos. Y pronto me publicarán una novela.

«Pero sólo en Nueva Zelanda —agregué enseguida, para disminuir la impresión que les había causado y devolver a su rostro la simple curiosidad—. Espero que mi novela se publique algún día aquí.

Estábamos a punto de sentarnos a cenar. Una mujer joven, con

aspecto de madre de familia, colocó un enorme bol con fruta en el centro de la mesa. Luego llevó otro con ensalada y una fuente con arroz. Ella también me miró fijamente cuando alguien dijo: «¡Ha publicado un libro!»

La mujer llamó a los demás a la cocina como si se tratara de una emergencia.

—Venid pronto. ¡Ella ha publicado un libro!

Los demás comensales se acercaron a toda prisa. Todos me miraron fijamente. Uno de ellos comentó:

—No conocía a nadie que hubiera publicado un libro. Alguien como nosotros, quiero decir.

Empezamos a comer.

—Es paella —dijo alguien—. El plato español.

—Oh, sí, lo conozco —respondí ansiosamente. Estaba otra vez en el país de Sargeson.

Mis nuevos amigos me impresionaron; eran talentosos, inteligentes, cultos, más de lo que yo podía esperar, y ansiosa por describirme a mí misma de forma clara por si hubiera habido algún malentendido, repetí que mi libro había sido publicado «sólo en Nueva Zelanda», y que la novela se conseguía «sólo en Nueva Zelanda».

Me preguntaron el nombre de la editorial.

—El primero lo publicó Caxton —contesté—, y la novela, Pegasus.

Su entusiasmo por conocer a un autor con obra publicada disminuyó a medida que explicaban que ellos ya habían elegido la única editorial que les interesaba: Faber and Faber. Nada menos que Faber and Faber.

Confesé que yo también soñaba con publicar algo en Faber and Faber.

—Está Deutsch, por supuesto... Y Michael Joseph... y Calder... — Alzamos solemnemente nuestras copas de vino tinto y brindamos por Faber and Faber, los más grandes editores de poesía.

Hablaron hasta altas horas de la noche mientras yo escuchaba maravillada sus esperanzas y sus sueños de realizar exposiciones, representaciones y publicaciones, porque no todos eran poetas; y cuando fue demasiado tarde para que yo cogiera el autobús de regreso a Cedars Road, me sugirieron que me quedara a pasar la noche y que durmiera en la habitación de Mary. Ben me contó que Mary había sido su novia hasta que una noche la encontró en los brazos de Dora. Ahora, desde que había regresado de Escocia y conocido a Hugh McDiarmid, dormía solo. Se produjo un verdadero alboroto cuando todos centraron su atención en Hugh McDiarmid. ¡Un poeta fantástico! El más grande, junto con Joyce, Yeats, T. S. Eliot...

—¿Y Auden?

—¡Oh, Auden! Claro.

—¡Y T. S. Eliot es el *jefe* de Faber and Faber!

El entusiasmo de la velada hizo que me quedara despierta después que todos se fueron a dormir, la mayoría con compañía. Mary durmió en la planta alta con Dora, su compañera. Me quedé tendida en la cama, despierta, maravillada ante los sueños poéticos y la evidente confianza de aquellos que parecían convertirse en poetas y pintores simplemente gracias al encanto del enunciado: «Soy poeta, soy pintor.» Me impresionaba la vida comunitaria, la libertad, la ausencia de autoridad. Quedé sorprendida al enterarme de que algunos ocupantes de la casa eran londinenses cuyas familias vivían en Londres. Dos de las chicas estudiaban con una beca en la Slade School of Art, mientras los que realizaban un trabajo formal al tiempo que cursaban su carrera ganaban dinero (como Ben) haciendo de modelo en las clases de arte y conseguían gran parte de la comida visitando las zonas de muestras gratuitas de las tiendas de Oxford Street y Knightsbridge, donde probaban galletas y caviar y distintas clases de paté y queso sin que nadie se atreviera a rechazarlos porque podían ser millonarios excéntricos de incógnito.

Me desperté con el desinteresado desdén de la luz del día y me sentí como una extraña en una casa que ya se preparaba para la rutina diaria. ¿Realmente había brindado por Faber and Faber con esta gente inteligente y dueña de sí misma a la que en Nueva Zelanda no me habría atrevido a acercarme a menos que me encontrara en un rincón en casa de Frank Sargeson mientras él se hacía cargo de la conversación?

Les di los buenos días tímidamente. No, no me quedaría a desayunar. Me despedí con la promesa de regresar, corrí a la parada del autobús, y en el camino perdí el monedero. Avergonzada y muerta de miedo regresé a la casa.

—Mi monedero. Se me cayó. ¡Mi dinero, mis llaves!

Sentí que este percance podía de algún modo reducir mis posibilidades de publicar alguna vez con Faber and Faber, o de ver mi novela publicada en el Reino Unido, como si hubiera desparramado palabras con la misma negligencia con que había perdido el monedero, las llaves y el dinero.

Los artistas de Crouch End habían empezado el día con ese aprisionante proceso de la mañana, ya avanzada, mientras yo, expuesta, me sentía desarmada y extraña y seguía gritando como una intrusa que interrumpe una obra:

—¡Mi monedero! ¡Mis llaves! ¡Mi dinero!

Ben se desocupó para acompañarme a la parada del autobús y me dio dinero para el billete.

Una vez en Cedars Road, como no podía abrir el portal cerrado

con llave, toqué el timbre de la casa principal y Patrick Reilly acudió en mi ayuda; después encontró una llave de recambio y, más tarde, un juego nuevo.

—La casera no tiene por qué enterarse —comentó—. Aunque yo no volvería a hacerlo. —Patrick era un hombre de juicio que calificaba cualquier acto, incluso los suyos, según un conjunto de normas inalterables, una primera generación de reglas con algo de la segunda generación, que permitía algún que otro cambio o compromiso. Noté que estaba satisfecho de que hubiera pasado la noche fuera del Garden Room de una forma inocente, aunque frunció el ceño mostrando su desaprobación cuando le dije que mis nuevos amigos eran artistas y poetas.

—No te conviene ese tipo de gente —señaló—. Pierden el tiempo y no trabajan. Y su moral no es lo que debería ser.

—Oh, no —protesté—. Claro que trabajan. —Y, estimulada por la confianza que esos artistas tenían en ellos mismos, le recordé que yo era escritora.

—Tú eres diferente. Cuando regreses de España para vivir en Londres, conseguirás un trabajo *de verdad.*

—Oh.

—Sí. En Peek Frean siempre buscan empleados. O podrías trabajar como taquimecanógrafa.

—¿En Peek Frean?

—En Peek Frean.

Sentí que Patrick Reilly había brotado de un puñado de tierra de Nueva Zelanda que había logrado introducirse en mi mochila y caído en el jardín de Cedars Road. Me había ayudado. Y ahora intentaba hacerse cargo de mí. Había aceptado contra su voluntad que me fuera a Ibiza, pero insistía en su plan de que regresara «libre y sin compromiso» a Londres, donde encontraría un trabajo decente.

—Entonces podremos considerar nuestro futuro —concluyó.

No dije nada. En realidad Patrick Reilly no me gustaba. Me recordaba la gente con que salía en mis lejanos tiempos de estudiante porque no había nadie más disponible. Aunque mostraba seguridad en sí mismo y tenía opiniones firmes sobre casi todos los temas, me parecía que era otro desecho de un mundo exigente, aunque tal vez él jamás se habría considerado a sí mismo de esa forma. Él se consideraba un próspero conductor de autobús que se había negado a ascender a inspector porque no le interesaba estar en las paradas de autobús muriéndose de frío, frotándose los brazos para entrar en calor mientras los conductores pasaban en los autobuses, confortablemente protegidos del tiempo. Prefería permanecer activo, conduciendo el autobús, recibiendo mensajes del revisor del piso de arriba (un golpe con el pie para arrancar, dos golpes para detenerse). Sin embargo,

sabía que tenía «pasta de jefe». Eso fue lo que dijo.

—No cabe duda de que tengo pasta de jefe.

Era inteligente, sabía hablar, era capaz de llamar la atención, de dar órdenes. En su habitación, con su mejor marca de leche, sus galletas digestivas Peek Frean de chocolate, su mejor bacon irlandés y su mejor mantequilla irlandesa, conservaba su seguridad.

Excepto el ocasional parpadeo de incomodidad que mostraban sus oscuros ojos pardos cuando se preguntaba si todo era lo que parecía ser. ¿O tal vez se trataba de algo que había perdido?

5. Un juego de ajedrez

Durante mi última semana en Londres abandoné mi trabajo en la Escuela Técnica de Battersea y me despedí de las cuentistas de Battersea. Y el último día que pasé en Londres, Ben, el poeta, me hizo una visita y después de tomar el té con galletas digestivas Peek Frean de chocolate empezamos a hablar de ajedrez y descubrimos que a los dos nos encantaba jugar, aunque ambos llevábamos varias semanas sin hacerlo. Acepté enseguida cuando Ben dijo impulsivamente:

—Vayamos a comprar uno y juguemos una partida.

Salimos en busca de un juego de ajedrez. Las tiendas de Clapham estaban cerradas, en Clapham Junction estaba todo cerrado. Caminamos por Battersea, en Chelsea, en dirección a Sloane Square, y tampoco pudimos encontrar un ajedrez. De regreso, probamos en Balham, Tooting, y cuanto más caminábamos y menos probabilidades teníamos de encontrarlo, más desesperada se hacía nuestra búsqueda. Los dos sabíamos, aunque no lo dijimos, que la necesidad de jugar una partida de ajedrez había perdido hacía tiempo su impulso original para convertirse en un símbolo del indefinible anhelo de un hombre y una mujer jóvenes, ambos aspirantes a poeta, en una tarde de otoño en Londres. Una partida de ajedrez habría anclado nuestros anhelos, postergado nuestras preguntas e interrumpido, de momento, nuestra búsqueda. Recuerdo esa rara tarde con toda claridad. Con sus largos brazos propulsados en una especie de movimiento de remo, Ben caminaba a toda prisa y yo debía apresurarme para mantener su ritmo, de modo que nuestra caminata era casi una carrera. Cualquiera que nos viera podría haberse preguntado: ¿por qué este hombre y esta mujer corren por Londres en una tarde de otoño? ¿Perdieron lo que esperaban encontrar, o quién o qué los persigue?

Finalmente renunciamos. Sin dejar de correr, llegamos al apartamento en el que vivía la madre de Ben, un pequeño piso en una planta alta, en Hampstead. Me pareció increíble que la menuda mujer vestida de negro, la polaca emigrada que no hablaba inglés, fuera la madre de Ben. Los hombres y las mujeres jóvenes mantienen a sus

padres muy bien ocultos, como si los llevaran cosidos en una bolsa, dentro de su corazón.

Nos instalamos en la habitación de Ben y hablamos de libros. Él se tendió en la enorme cama doble.

—Mi cama de matrimonio —explicó—. Cuando encuentre una chica judía con la cual casarme.

Me leyó poemas de Hugh McDiarmid y fragmentos de *Ulises*. Y cuando dije que había llegado el momento de marcharme, experimentamos una sensación de pesar, de resignación, de pérdida, como cuando no logramos encontrar el juego de ajedrez. Me acompañó a cruzar el Heath hasta la parada del autobús, y cuando pasamos junto al estanque señalé la juncia marchita, uno de los primeros recuerdos de mi llegada a Londres, como si hubiera vivido allí muchos años. «Así fue», dije, consciente de la distorsión del tiempo que producen las partidas.

Llegó el autobús. Nos despedimos y prometimos mantenernos en contacto. Habíamos pasado un día de intensa intimidad. Éramos conocidos que se habían convertido en amigos. Captamos el arrebato poético que ambos experimentamos íntimamente, como dos casas contiguas cuyas luces se encienden en diferentes habitaciones y los ocupantes de cada casa, que siguen caminos separados hacia diferentes destinos, se detienen a observar la iluminación de la casa vecina.

Regresé al Garden Room para pasar la última noche. Patrick Reilly, a quien no veía hacía varios días, me estaba esperando.

—Ya que es tu última noche, vayamos a cenar al Common —propuso.

—Bueno-

Cruzamos el Common y pasamos junto a la tienda de Modelos de Tallas Especiales, en la que Jess Whitworth —de contextura menuda— solía comprar cuando iba de visita desde Nueva Zelanda; al Garden Room seguían llegando regularmente catálogos dirigidos a su nombre. Últimas noticias de Tallas Especiales.

Pasamos junto a ABC, la enorme tienda de libros usados, junto a la papelería que tenía las polvorientas plumas estilográficas en un escaparate dominado por maletines, juguetes de plástico y rompecabezas cubiertos de polvo. Finalmente llegamos al restaurante que, a diferencia de la cafetería de la empresa de transportes en la que Patrick decía que solía comer, tenía manteles y menú impreso, no escrito en una pizarra en la puerta.

Dejé que Patrick escogiera. Bistec poco hecho, con verduras, seguido de pastel de manzana con crema.

El bistec estaba lleno de gruesas fibras que desagradaron a Patrick.

—Supongo que es carne de caballo —se quejó.

Torcí la boca y puse mala cara.

—¡Seguro que no!

—Oh, sí, sirven carne de caballa cada vez que pueden. Yo esperaba un buen bistec irlandés.

Sonreí. Educada en la veneración de la mantequilla neozelandesa, cada vez que iba a comprar mantequilla, preguntaba: «¿Es neozelandesa? Yo *vengo de Nueva Zelanda*», mientras Patrick, a su vez, pedía mantequilla, bacon y bistec irlandeses.

Nuestra conversación resultó aburrida. Patrick era un hombre sencillo y corriente, con pocos rasgos románticos o apasionantes aunque a veces, al atardecer, cuando paseábamos por el Common donde se reunían los dueños de los botes de juguete para hacer navegar sus embarcaciones teledirigidas apretando botones e interruptores mientras esperaban enfundados en su gabardina y en su gorra de marinero a pesar de que las noches eran siempre agradables, Patrick hablaba en tono soñador de Irlanda y sus gnomos. Aseguró que él los había visto con sus propios ojos. Yo le creía, sobre todo al anochecer, cuando el color rojo sangre del sol se desvanecía mientras su borde se balanceaba sobre la tierra y las hojas de los plataneros se desparramaban, como manos marchitas que volvían a nacer, sobre los senderos y bajo los árboles. Cuando me aburría de Patrick o me sentía oprimida por su fanatismo, recordaba los gnomos y pensaba en él con amabilidad.

Al día siguiente se tomó un rato libre en su trabajo para ir a despedirme a la estación.

—Mantente en contacto —dijo—. Y sigue sin comprometerte.

Sus ojos pardos mostraban un brillo más oscuro de lo habitual y yo, enternecida y abrumada por tantas despedidas, sentí tristeza y deseos de llorar al verlo como un alma perdida más, aparentemente inconsciente del encarcelamiento o la libertad.

El transbordador en que había reservado una litera zarpó en dirección al Canal, y a medio camino se detuvo porque la niebla era demasiado densa para navegar. El mar estaba en calma. Escuché el mesurado chapoteo de las olas y las sirenas de niebla entornando su reclamo como aves marinas angustiadas.

Al día siguiente, a mediodía, mientras la niebla se disipaba lentamente, anclamos en Dieppe, donde cogí el tren con destino a París.

6. Plaza Roma

Recuerdo el primer día que pasé en París por las lágrimas que derramé intentando hacerme entender, y porque cuando finalmente logré comprar el pan, los huevos y la mantequilla para cocinarlos en el pequeño hornillo de la diminuta habitación del hotel que daba al

escenario de la antigua Bastilla, me di cuenta de que el pan es, en realidad, *pain*[5] Había sido tan bien entrenada en el mecanismo del viaje por Frank Sargeson —que me recordaba su viaje a pie por Europa— y Jess Whitworth —que me había comentado sus experiencias más recientes en el extranjero—, que seguí sus instrucciones al pie de la letra. El objetivo, al margen del lugar al que viajara, era ahorrar dinero comiendo lo que yo misma cocinaba y, si era posible, alojándome en *campings* o albergues juveniles; así que había llegado a París con mis enseres de cocina, mi juego de cubiertos, abrelatas y navaja, el hornillo que funcionaba con palitos de alcohol desnaturalizado y el saco de dormir y la sábana. Durante mi estancia en Londres también había acumulado muchos libros, usados y nuevos, y un ejemplar de *Aprenda castellano por su cuenta, Primera parte*, y otro de *Repertorio de expresiones castellanas*. Todo esto, junto con el enorme jersey con capucha, los cuadernos, una manta de viaje («Todos los viajeros llevan manta») y una muda de ropa que guardaba en mis ya abultadas maletas, además de la máquina de escribir que llevaba en la mochila, convertía mi equipaje en una pesada carga. Había elegido ese hotel porque daba a la Bastilla y porque no quería perder los dos días que iba a pasar en París organizando mis viajes y preocupándome por el equipaje. Me consolé susurrando fragmentos queridos de la prosa y la poesía francesas y mirando el cielo invernal por la minúscula ventana y recordándome que estaba en París. ¿Quién iba a pensar que alguna vez yo estaría en París? Canté para mis adentros un fragmento de la canción popular «Duncan Gray».

Puedes ir a Francia por mí,
ja, ja, qué galanteo...

Y a la mañana siguiente, fresca y decidida a purificar de antemano mi recuerdo de París, salí antes del amanecer para explorar las calles, y un rato después me encontré perdida en el mercado de verduras de Les Halles, rodeada de coles, tropezando con ellas, resbalando sobre hojas de col, incapaz de escapar, porque no me sirvió de nada recitar fragmentos de Daudet, *Contes et Légendes*, Pierre Loti, Victor Hugo...

Finalmente encontré el camino de regreso al hotel, donde me preparé para coger el tren nocturno' con destino a Barcelona.

Una vez en la estación, me puse en la cola del mostrador de la *Consigne*, donde pretendía *consignar* mi equipaje a Barcelona, pero al entregar todo salvo una pequeña bolsa de la compra y mi bolsa de viaje me sorprendió que me dieran un pequeño resguardo numerado sin revisar mi billete de tren. ¿No era extraño?

—*Vous ne voulez pas regarder mon billet de travail*? —recité en tono

claro y triunfante.

—*Non.*

Dispuesta a aceptar que ésta debía de ser la forma en que hacían las cosas los franceses, me fui al andén, localicé mi asiento en el tren y esperé, asomándome de vez en cuando, como hacen los viajeros ansiosos, para tratar de identificar mi equipaje en las carretillas que eran trasladadas hasta el vagón de mercancías.

En el largo asiento que estaba frente al mío había un hombre mayor y un niño muy débil, tapado con una manta y con la cabeza apoyada en el regazo del hombre. Éste dijo que el niño había ido a París para someterse a una operación del corazón. Durante el viaje, el hombre de vez en cuando cogía uvas de una bolsa y se las daba una por una al chico, que abría la boca para recibirlas como si fuera un pichón.

—Son buenas —comentó el anciano—. Le harán bien.

Las otras pasajeras del compartimiento, dos españolas de edad mediana que viajaban a Perpignan, hablaron entre ellas en castellano durante varias horas y después se quedaron dormidas; yo dormitaba de vez en cuando. El anciano permaneció despierto, vigilante, erguido, acomodando continuamente la manta que cubría al chico, así que cada vez que yo abría los ojos veía su rostro pálido y alerta y sus ojos oscuros y atentos. Las mujeres los miraban a ambos y hacían compasivos comentarios en voz baja sobre el niño.

Al llegar la mañana y acercamos a la frontera española, me alegré de abandonar mis propias impresiones del viaje y recordar la aguda observación del *Diary of a Journey*, de Maurice Duggan. Para mí, éste era el país de Duggan. Recordé la descripción que él hacía del tren, de los guardias, el mar, el cielo y la tierra. El paisaje era suyo, y éstos eran sus guardias de frontera (con alguna que otra contribución de Lorca y Lawrence Durrell), que se movían con sus armas destellantes, sus hebillas y sus botas lustradas, haciendo entrar a los pasajeros en la sala dé la aduana, donde la experiencia volvió a ser exclusivamente mía.

Miré y volví a mirar las maletas que no habían sido reclamadas. Ni la conocida mochila verde, ni las dos viejas maletas con las correas de cuero de Nueva Zelanda.

—*Mes bagages* —dije, desesperada, sin dirigirme a nadie en particular—. *Je les ai consignés de Paris.*

Me acerqué a un funcionario.

—*Mes bagages*? —pregunté.

El funcionario se encogió de hombros.

—*Consignés* —repetí.

Después de un vacilante intercambio de frases, me di cuenta de que había depositado mi equipaje en la consigna de la estación de

París, y que el resguardo que tenía era un resguardo de depósito.

Me amenazó una asfixiante nube de lágrimas, pero logré contenerlas. Tragué saliva. Luego, a pesar de mi creciente aprensión y de una sensación de soledad, me sentí poseída por la alegría de haberme librado del equipaje. Observé a los demás pasajeros que luchaban por subir el alto escalón del tren español y la sensación de libertad creció en mi interior. Me sentí tan aliviada que podría haber volado con mis propias alas hasta Barcelona e Ibiza.

Frank Sargeson le había escrito a Greville Texidor —una escritora amiga suya que vivía en España— hablándole de mi visita. En Barcelona me recibió la hija de Greville, Christina, y ella y su esposo, el pintor Paterson, me llevaron a almorzar a «la Plaza Roma», que recuerdo como una vieja plaza bordeada de eucaliptos —¿o eran olivos?—, con los edificios de alrededor erguidos como antiguas figuras de tierra, del color de la tierra, con las raíces hundidas en el suelo rojo. Todo parecía cubierto por el polvo del sol, la plaza cercada por el silencio, como un sendero privado que conducía a otros tiempos. Liberada del equipaje ridículamente asediante, sentí que mi ser se desataba y mis sentidos se agudizaban después de pasar la noche en vela. No noté el ruido y el tráfico de Barcelona sino este fondo de silencio rebosante que me envolvía provocándome la sensación de estar en casa, por fin en mi sitio, como un mueble humano que ha sido trasladado de un lado a otro y colocado en todos los rincones del mundo sin encontrar jamás el lugar adecuado. No sé si ésta es una sensación común a todos los viajeros, en respuesta a la extranjería, a la diferencia, a la abrupta eliminación de todas las ataduras y vínculos con la tierra natal.

Más tarde conocí a Greville y a su esposo, y a la hija de doce años de ambos, en el apartamento que tenían en la ciudad, donde me mostré sonriente, despreocupada y tímida. También conocí a Colin, a quien me presentaron como un poeta inglés que regresaría a Ibiza en el mismo barco que yo y que me ofreció amablemente ocuparse de encontrar un lugar para instalarme.

—Una habitación por un par de noches —dijo—. «Una habitación».

—«Una habitación» —repetí, nerviosa, consciente de que no sabía ni una palabra de castellano.

Esa noche vi a Colin al pasar, mientras subía al transbordador. Éste parecía frágil, como un cáscara de nuez; la noche española era oscura, misteriosa, el mar era oscuro y sereno y las pequeñas olas se balanceaban y despedían reflejos blancos como un macizo de flores, de ásteres o lirios. Corrí a mi litera, donde dormí durante casi toda la noche, hasta la mañana siguiente.

7. Calle Ignacio Riquer

Cuando me desperté, el transbordador ya había entrado en el puerto de Ibiza y se preparaba para echar el ancla. Colin esperaba que colocaran la plancha. Algunos pasajeros ya habían saltado a tierra sin esperar.

Y veinte minutos más tarde, Colin ponía en marcha su escúter y me decía:

—Sube detrás. Te llevaré a un hotel pequeño que conozco.

Decidida, subí al sillín trasero, me aferré a la cintura de Colin y con cierta alarma, ya que nunca había subido a un escúter, me balanceé hacia atrás y hacia adelante mientras subíamos y bajábamos a toda velocidad por las estrechas calles de adoquines hasta detenemos delante de una pequeña pensión.

—Aquí —dijo Colín—. Puedes pasar aquí algunas noches/ seguro que hay una habitación libre.

Me guió hasta el escritorio de la recepción, donde habló en castellano con gran soltura, recibió una respuesta y se volvió hacia mí.

—¿Dos noches?

—Fantástico —respondí.

Una vez cumplida su misión, regresó al escúter, volvió a poner el motor en marcha y subió a toda prisa por la calle mientras yo, con mi orgullo herido, lo observaba alejarse. Al menos podría haberme dicho que volvería a verme, o que se alegraba de haberme conocido, o que me deseaba buena suerte con la escritura. Bueno, él sabía castellano y habían dicho, con gran respeto, que era *poeta*, ¿Y yo quién era? Nada más que la amiga de un amigo de una amiga.

Me quedé en mi habitación, oliendo el penetrante perfume ibicenco que aún no podía identificar; me sentía agotada, ansiosa por encontrar un lugar en el que instalarme de forma «permanente», e inferior, porque no era poeta; pero todos estos sentimientos quedaban modificados por el anhelo de empezar mi nueva vida en una tierra desconocida.

En primer lugar, necesitaba un libro de expresiones que no estuviera enteramente dirigido al viajero rico que se dedica a comprar, a esquiar, o fotografiar y a acumular y que probablemente se convertirá en un paracaidista arruinado al que le toman las medidas para un traje nuevo, que es alcanzado por un rayo mientras se fractura el cráneo en la estación de ferrocarril.

Y así, dichosa porque no tenía que ocuparme del equipaje, salí en busca de una librería, en la que compré una edición en papel de seda del *Daily Telegraph*, varios periódicos españoles, periódicos de París, y un libro de expresiones, *Aprende castellano conmigo*, que luego utilicé para comprar pan, mantequilla, queso, una manzana y un plátano.

También compré un trozo de tarta de chocolate que me costó más que todos los otros alimentos. Había algunos bichitos en su interior, que agitaban su diminuta cabeza desde su nidito.

Por la noche descubrí que la pequeña luz del techo de mi habitación era tan débil que apenas podía ver los contornos de los muebles, y cuando me asomé a la calle vi que las tiendas estaban iluminadas con velas y que todas las luces eran débiles. Así que me fui a dormir y me levanté llena de expectación por mi primera mañana «pura» en Ibiza. Decidí caminar en busca de un lugar en el cual instalarme.

Caminé en dirección a la ciudad vieja que se encontraba en la colina, por estrechas calles de adoquines, hasta los restos de la muralla romana con la figura de un guerrero romano tallada en piedra a la entrada del túnel que conducía a la parte alta de la ciudad. Caminando con cuidado para evitar los montones de porquerías caninas y humanas de los rincones, salí a la luz del día y desde la colina contemplé el puerto y los edificios que se alzaban al otro lado, perfectamente reflejados en el mar claro e inmóvil. Desde lo alto de la colina pude ver el otro lado de la isla, más allá de los campos y los olivares que daban al transparente Mediterráneo. Me senté y me apoyé contra una roca gris que parecía formada por una acumulación de capas de antiguas hojas de olivo. Compartí la soledad con un pequeño rebaño de cabras salvajes, y el silencio con el sonido distante de las barcas de pescadores. Los olivos de hojas grises, con sus ramas y sus troncos retorcidos para defenderse del viento del mar, y las piedras de color blanco grisáceo como nieve que ha caído mucho tiempo atrás y se ha negado a derretirse, sobre la tierra roja debajo de los árboles, me produjo un sentimiento de ternura, como si esta tierra fuera mía y la hubiera conocido mucho tiempo antes. Era, por supuesto, el mundo de Shelley, y yo lo había conocido en la poesía, y fueron las frases de Shelley las que acudieron a mi mente permitiéndome la parasitaria indulgencia de reunirme con la «Oda al viento del oeste»,

> Tú que despertaste de sus sueños de verano
> el azul Mediterráneo donde él reposa,
> adormecido por el rizo de sus corrientes cristalinas,
> junto a una isla de pómez en la bahía de Baiae,
> y viste en sueños palacios y torres borrosos
> temblando dentro del día más intenso del océano...

antes de despejar el espacio en el que quería que estuvieran mis «propios» pensamientos. Sin embargo, me resultaba tentador quedarme sentada recordando mi primera revelación de la poesía, como la primera primavera de todos los tiempos, y de momento era

feliz de *estar* donde siempre me había sentido más a gusto: afuera, al aire libre, en la cima de una colina que daba al mar; y podría haberme quedado varias horas sentada, como solía hacer, de no haber sido porque recordaba el propósito de mi caminata: encontrar un lugar en el que instalarme.

Seguí el estrecho sendero que se extendía por la cresta de la colina donde las tormentas golpeaban con más fuerza y la vegetación inclinada revelaba su desesperado esfuerzo por crecer a pesar del viento y de no tener dónde echar sus raíces, salvo las grietas de la roca grisácea.

Mientras caminaba vi dos figuras vestidas con chal, zapatos y medias negros, que se inclinaban para recoger ramas y leña menuda que guardaban en sus enormes cestos, y las reconocí porque ya las había visto antes en pinturas que representaban el agotador trabajo de los campesinos, o como espectadores casuales en medio de un milagro, o en las descripciones de Victor Hugo, de Pierre Loti o de Daudet. Las dos mujeres formaban parte del mobiliario del paisaje, como si éste fuera un interior creado mucho tiempo atrás, decorado y ocupado sin posibilidades de cambio.

Consulté mi libro de expresiones y murmuré:

—«Buenos días».

—«Buenas tardes» —repuso una de ellas, señalando el sol.

Añadí, en tono vacilante:

—«Yo soy de Nueva Zelanda. Janet. Quiero habitación». —Junté las palmas de las manos y las apoyé contra mi mejilla.

Las dos mujeres empezaron a hablar atropelladamente. Se volvieron hacia mí.

—«El patrón» —dijeron—. «El patrón».

Poco a poco comprendí que ellas eran Catalina y Francesca, y yo Janetta, y que ellas me llevarían a ver a su «patrón», que me alquilaría su casa. Disipé cualquier sospecha que pudieran albergar cuando les expliqué que no era una turista.

—«No soy turista» —dije en tono firme—. «Soy escritora».

Catalina me cogió suavemente del brazo y me guió colina abajo por las estrechas callejas de adoquines hasta la calle Ignacio Riquer donde, dijeron, estaba la casa, contigua a la de ellas. «El patrón» era el encargado del museo, y su hermano Fermín se ocupaba de la casa en la que yo podría instalarme. En el número seis de Ignacio Riquer empujaron una pesada puerta que estaba cerrada sin llave. Un gato con aspecto hambriento que estaba sentado en la mesa de madera de la cocina nos tiró un zarpazo y desapareció en la oscuridad.

—«Los gatos» —dijo Francesca, furiosa, y me explicó que los gatos salvajes podían atacarme si dejaba la puerta abierta. Catalina me indicó que esperara mientras iban a buscar al «patrón».

Al cabo de cinco minutos regresaron con el hermano del «patrón», Fermín, un cuarentón delgado que pareció estar de acuerdo con que me quedara en la casa y que fijó un alquiler comparable al mencionado por los amigos de Frank que habían estado en Ibiza; después de que Fermín me enseñara la habitación en la que podía dormir, el lavabo que se encontraba en un extremo de la terraza y la cocina (no había cuarto de baño), dije que regresaría a mi hotel para recoger mi bolsa. Entendí que había alquilado toda la casa. Más tarde, cuando llegué con la bolsa de la compra y mi bolso de viaje, encontré a Fermín sentado en la sala que daba a la terraza, tocando el violín. Cuando entré, dejó de tocar. Se sorprendió al ver que no llevaba equipaje. Giré rápidamente las páginas de mi libro.

—«No hay equipajes» —dije—. «A París».

Finalmente logré explicarle que mi equipaje había sido depositado en la estación de tren de París, y que enviaría a buscarlo, y que si todo salía bien llegaría dos semanas después. Le expliqué que era «escritora» y que mi máquina de escribir estaba con mi equipaje. Yo venía de Nueva Zelanda, «Nueva Zelanda», dije, la tierra de las ovejas, la lana, la mantequilla... Intenté dar la impresión de que los neozelandeses nos diferenciábamos del resto del mundo en que éramos personas limpias, puras, sin prejuicios, bien dispuestas hacia todos los miembros de la raza humana. Y Nueva Zelanda era un país hermoso. La Tierra de Dios.

Fermín comprendió. Frunció el ceño. Ibiza, dijo, también era la Tierra de Dios.

Supe que al hablar así de Nueva Zelanda estaba revelando falta de sensibilidad, pero tales afirmaciones eran algo habitual en alguien a quien le han inculcado que debe equiparar la supervivencia con las ovejas, la lana y la mantequilla, o mejor dicho, la muerte con la imposibilidad de exportar ovejas, lana y mantequilla: «Exportar o morir.»

Fermín se mostró comprensivo con respecto a mi equipaje. Se encargó de ir todas las mañanas a los muelles para saber si había alguna novedad sobre su llegada. Dijo que todos los días iba a la casa a ensayar con el violín porque tocaba todas las noches en un club nocturno. También había otros miembros de la familia que venían a la casa y las criadas, Catalina y Francesca, que vivían en la casa de al lado, usarían la cocina para cocinar, como de costumbre.

Al menos, pensé, a pesar de todas las idas y venidas, soy la única ocupante de la casa.

Mi habitación era enorme, bien aireada gracias a la gran ventana que daba al puerto y a la orilla distante, donde los edificios se alzaban como si pertenecieran a otra ciudad, una ciudad marítima o de espejos que se reflejaba en las límpidas aguas. Preparé una mesa y una silla

para escribir y pensé con entusiasmo en el nuevo libro que había comenzado en Auckland, *Tío Ptlades*, y en el que había planeado escribir después de éste. Mi primera tarea, sin embargo, era escribir a American Express en París adjuntando el resguardo del depósito y dándoles instrucciones para que recogieran y enviaran mi equipaje. Después tenía que conseguir una muda de ropa.

Escribí y despaché mi carta a París, fui a comprar ropa interior, medias, una falda, un jersey, un camisón y material para escribir, y cuando llegué a casa, cargada de paquetes pero desconcertada porque las tiendas ya no querían aceptar mi dinero, Fermín examinó el debilitado montón de pesetas y me explicó que alguien me había dado dinero «viejo», anterior a 1935, que ya no tenía curso legal.

—No vale nada —señaló—. Te han engañado.

Volví a sentarme ante mi escritorio. Escribí poemas y algunas cartas, el tipo de carta inspirada que los viajeros envían desde un país nuevo en el que todo es maravilloso. Para mí, la maravilla era la luz, el cielo, el color de los olivos y de los edificios usados y gastados como viejas páginas de piedra, que carecían del desasosiego de los edificios de Nueva Zelanda, del temor a una repentina extinción a causa de un terremoto o de la erupción de un volcán. Éstos se alzaban como libros abiertos sobre un atril de tierra y cambiaban quizá una vez cada cien años, y su certeza radicaba en su vejez y su franqueza. Y la coronación de la maravilla era la receptividad del mar sin mareas, que admitía en sus profundidades la totalidad del mundo que se erguía sobre sus costas, creando una ciudad espejo que yo contemplaba todos los días.

Sin mi máquina de escribir me sentía tullida y me alegré al saber que mi equipaje ya estaba camino de Ibiza. Aquel día pasaba casualmente por una cafetería cuando vi a Colin, el poeta inglés, sentado con unos amigos en una de las mesas de la acera, y hasta que lo vi no me di cuenta de lo sola y desdichada que me había sentido sin mi máquina de escribir, sin mi equipaje y con los varios cientos de pesetas sin valor. Con cierta timidez pero intentando ocultarla, pasé junto a su mesa y lo miré.

—Oh —dije en tono sorprendido—. Hola. —Y en un arranque de entusiasmo añadí en voz más alta de lo que quería—: [Mi equipaje llegará muy pronto! ¡Y he encontrado un sitio para vivir!

Sus amigos dejaron de comer y de beber para mirarme. Al principio, Colin no pareció reconocerme. Luego, en tono frío y desdeñoso, dijo:

—Ah, hola.

Se limitó a mirarme, y no dio la menor muestra de alegría al oír mis noticias.

Tal vez he exagerado su frialdad pero, desde luego, la recuerdo. Sentí que una corriente helada formaba un remolino a mi alrededor, y

deseé no haber dicho nada. Él y sus amigos estaban en su ambiente, bebiendo en la mesa de la acera tal como Maurice Duggan, sofisticado e inteligente, había descrito, y como Frank Sargeson me había recordado al decirme: «Es el estilo continental.»

Me alejé a toda prisa de Colin, el poeta inglés, y de sus amigos, y después de este desaire no hice ningún otro intento de mezclarme ni de conocer a la colonia de habla inglesa. A partir de entonces sólo hablé en castellano y en francés, que practicaba con Catalina —que era originaria de Argelia y también hablaba francés— y con Francesca, Fermín y José, el hijo del «patrón», un joven de veinte años, estudiante de derecho, que venía todas las semanas a la casa para bañarse en el barreño de estaño de la cocina y después de bañarse venía a mi habitación para intentar enseñarme castellano.

Todas las mañanas, cuando terminaba de ensayar con su violín, Fermín también me enseñaba algunas palabras y frases en castellano, y a veces recordaba cosas del pasado. Un día abrió con una llave un enorme armario y abrió la puerta doble dejando al descubierto el interior iluminado, con tallas de Cristo crucificado en los estantes y, clavado en el lado interior de la puerta, un cartel en el que se veía al joven y apuesto general Franco, «el Caudillo».

—Él nos salvó de los comunistas —me informó Fermín—. En aquel entonces era más joven. Y yo era joven.

Se encogió de hombros y pareció avergonzado.

—Ahora las cosas han cambiado. Eso fue hace mucho tiempo. «Mira».

Me llevó hasta la ventana que, como la de mi dormitorio, daba a la ciudad y al mar y, más cerca, al túnel romano que conducía a la iglesia situada en la colina. Señaló el muro de piedra que bordeaba el camino.

—Las estaciones del vía crucis —dijo—. «El Caudillo» puso en fila allí a todos los comunistas y los fusiló. Yo lo vi. Pero era joven. Ahora es diferente. Y «el Caudillo»...

Fermín se encogió de hombros y se acercó al armario. Creí que estaba a punto de escupir el cartel. En lugar de eso, lo arrancó y lo tiró, arrugado, en el último estante del armario. Después cerró la puerta y le echó llave.

—Estas tallas son mías —comentó—. Yo también soy artista. Pero ahora todo es diferente.

Pasaba los días ocupada escribiendo cartas, poemas y cuentos, diciéndome que cuando llegara mi equipaje y mi máquina de escribir empezaría a trabajar en mi libro, y Fermín siempre me traía noticias de mi equipaje porque todas las mañanas iba a preguntar por él en el embarcadero. Mi equipaje y el armario secreto en el que guardaba bajo llave los sueños de su juventud se convirtieron en un lazo que nos

unía. Un día vino a verme con una pequeña caja llena de estampas religiosas.

—Éste es otro tesoro —anunció—. ¿Qué santo prefieres, Janetta?

Vacilé.

—Oh, san Francisco.

Encontró la estampa de san Francisco y me la entregó.

—Éstas también las tengo hace mucho tiempo —dijo.

¿Entonces qué he visto en el recuerdo? El recuerdo no es historia. El paso del tiempo no ondea como una cinta sostenida en la mano mientras el bailarín se queda momentáneamente quieto. El recuerdo se convierte en una escena sólo hasta que el pasado aún no es ayer, es una serie de momentos recordados, liberados al azar. Estoy recordando el rostro de Fermín cuando hablaba de su otrora apasionado odio hacia los comunistas, el modo en que al mostrarme las estaciones del vía crucis donde habían tenido lugar las ejecuciones no hablaba de enemigos distantes con una ideología vagamente espantosa, sino de amigos y vecinos, incluso parientes, y cómo había aprobado el asesinato porque las órdenes venían de su amado «caudillo». Ahora se sentía conmocionado, triste, no estaba seguro de que el asesinato hubiera sido necesario.

Ni siquiera podía comunicar sus dudas interpretando el violín. Tal vez sabía que su familia se reía de que tocara el violín, o sonreía con expresión tolerante cuando lo escuchaba. Yo sonreía con amabilidad y murmuraba una frase que podría haber sido «Bueno, bueno».

Aún veo el rostro preocupado de Fermín mirando por la ventana las estaciones del vía crucis.

8. Gente nueva-jabón

El tiempo que pasé esperando mi equipaje y mi máquina de escribir se convirtió en un aprendizaje de la vida en Ibiza y de la familia del «patrón».

En un gesto de avidez poética, compré un libro titulado *Las mil mejores poesías de la lengua castellana (1154-1954)*, que le enseñé a José mientras le preguntaba:

—¿Dónde están los poetas de Ibiza? ¿Ibiza tiene poetas?

La isla de Formentera, cubierta de pinos, que se extendía al sur de Ibiza, tenía un poeta, me informó José. Miguel Costa Llobera. Entonces encontré un poema de Llobera titulado «El pino de Formentera», que José me leyó en voz alta y después aprendí de memoria. Se convirtió en mi «poema modelo», mi enfoque, más aún que los poemas de Lorca incluidos en la antología, de una Ibiza que había descubierto tan antigua, influida por los moros y los romanos, y tan joven como los días de cielo azul de la infancia.

Hay en mi tierra un árbol que el corazón venera;
de cedro es su ramaje, de césped su verdor, anida entre sus hojas perenne primavera...

y

No asoma por sus ramas la flor enamorada,
no va la fuentecilla sus plantas a besar;
más báñase en aromas su frente consagrada
y tiene por terreno la costa acantilada,
por fuente el hondo mar.

Busqué trabajosamente los significados en mi nuevo diccionario y después hice la traducción de «El pino». Llobera era un poeta «confiable», un patriota, no un rebelde. Fermín y José aprobaron mi elección de un poeta que escribía sobre los pinos, y me pregunté si, en cierto modo, yo no había regresado a mi propia infancia cuando recordaba otros tiempos que jamás había conocido al escribir, veinte años antes:

Un recuerdo, un día olvidado
tan lleno de soles primaverales.
Contado por los árboles que se agitan suavemente
y susurrado por los pinos.

El que viaja por tierras nuevas tiene una rara oportunidad de visitar o de volver a visitar otros tiempos porque

la gente nueva-jabón viene y va
lavando el tiempo rancio que corre
en una montaña a la-eternidad...

La madre y la hermana de José rara vez se acercaban a la casa: llevaban una vida recogida. Aunque yo era una mujer soltera y sola, sin embargo era extranjera, y todos sabían que la manera de actuar de las extranjeras no era la misma que la de las españolas. Me aprobaban, sin embargo, porque no era turista, ni norteamericana, sino una «escritora» trabajadora, que no tenía amigos extranjeros, al tiempo que el hecho de haber extraviado el equipaje y la máquina de escribir me daba un aire de desamparo: mi desgracia se había convertido en mi ventaja. Así que Catalina y Francesca se ocupaban de cuidarme, y todas las mañanas, cuando llegaban las barcas de los pescadores con su captura, Catalina y Francesca me enseñaban a escoger el mejor

pescado, lo que debía pedir y cuánto debía pagar. Por una peseta podía comprar cinco pescados pequeños y plateados, como las sardinas. También me enseñaron a cocinar los platos ibicencos, y pensaba en mis primeras compras de mantequilla y chocolate con asombro y con cierta vergüenza. Uno de los primeros días de mi estancia, al llegar a casa con mantequilla, encontré a Francesca preparando el té, y me sentí desalentada y triste al ver el modo en que ella miraba la mantequilla que llevaba en el cesto.

—¡«Mantequilla»! —dijo en tono respetuoso.

Sólo los ricos compraban «mantequilla».

También había comprado un trozo de carne.

—«Carne». ¡Oh, Janetta!

Repartí la mantequilla y la carne y cuando Catalina llegó para tomar el té las oí hablar entusiasmadas de «Janetta», que había comprado «mantequilla» y «carne».

Cuando aprendí a alimentarme con la dieta ibicenca no hubo más motivos de sorpresa y curiosidad con respecto a mi comida. También imitaba a Francesca y a Catalina en la compra de combustible para preparar el fuego. Si bien en Nueva Zelanda sabía que el carbón y la madera llegaban en sacos cargados en camiones, aquí cogía mi cesto de asas largas y hacía la cola con las mujeres vestidas de negro para comprar una pequeña cantidad de coque y tal vez dos o tres trozos pequeños de madera. Sin embargo, a Francesca seguían brillándole los ojos cuando me veía llegar a casa con la cesta llena, como si se me hubiera concedido una abundancia permanente y natural. Aunque mis provisiones eran escasas, su mirada me avergonzaba, me recordaba la mirada hambrienta de los gatos callejeros que se quedaban en la puerta esperando la posibilidad de entrar y todas las mañanas seguían al basurero que, con el burro y los cestos rebosantes, subía por la calle estrecha hasta la colina y luego hasta el otro lado de la isla.

Éste fue mi primer contacto con los sentimientos de los pobres de verdad, y con mi propia conciencia de que yo tenía regar— sos para viajar, de que podía mantenerme durante varios meses, de que podía regresar a Nueva Zelanda, a un mundo de electricidad abundante en el que la gente vivía en casas rodeadas de árboles frutales, verduras y flores; y de que aunque siempre repetía el mismo estribillo, *No hay mucho dinero*, pertenecía a una nación rica. Tal vez no era una *turista* rica que gastaba dinero en hoteles, en vinos, en cenas y en ropa, pero en mi país abundaban las oportunidades, las leyes compasivas que tenían en cuenta que todos necesitamos alimentos, abrigo y riqueza, en lugar de mala salud. Antes de mi partida de Nueva Zelanda, Frank Sargeson me había dicho: «Encontrarás pobres, y mendigos. Si piensas en ellos te volverás loca. Tienes que intentar olvidarlos. Tú no puedes hacer nada.»

¿Qué podría haber hecho para mejorar la suerte de Francesca y de Catalina? ¿Comprar mantequilla y carne todos los días? No podía soportar el modo en que estudiaban mi ropa con la mirada, como si llevara joyas ocultas. Los ojos oscuros de Francesca, sobre todo, mostraban una expresión alerta que yo jamás había visto en otro ser humano; era la que más ansiaba los objetos y los alimentos que no podía comprar. Y rara vez daban muestras de insatisfacción, salvo la que revelaron un día en que, mientras paseaba con la bicicleta que había alquilado por los polvorientos caminos vecinales que bordeaban los olivares, encontré a Catalina y a Francesca —que debían de haber caminado varios kilómetros— recogiendo las aceitunas que habían caído de las ramas que colgaban por encima del camino. Había también otras personas, familias que venían de la ciudad con sus cestos para recoger las olivas. Catalina y Francesca me explicaron que ésa era la oportunidad que tenían de proveerse de aceitunas, y cuando Catalina dijo en tono melancólico que «el patrón» tenía una granja en el campo y le pregunté si la familia le daba verduras, huevos y fruta, me respondió: «Oh, no, vamos a comprarlos al mercado. La granja es para "el patrón" y su familia; pero siempre nos permite recoger las aceitunas que caen en el camino.» Eché un vistazo al interior de la cesta y al ver los frutos pequeños, duros y llenos de hoyitos, inventé un proverbio que, como todos los proverbios, intentaba solucionarlo todo: las aceitunas que caen en los caminos de polvo son las más sabrosas, las más apreciadas. Una vez más, las palabras acudían en nuestra ayuda.

Como imaginaba que las Islas Baleares habían sido bendecidas con el sol y el verano eterno, había dado poca importancia a la ropa de invierno, y a medida que los días —aún azules y soleados— se hacían más fríos, me alegré de tener mi enorme chaqueta de color gamuza, con sus bolsillos grandes y su capucha; y después de explicar a Catalina y a Francesca que llevar pantalones no me convertía en una diabla (llamaban *diablas* a las extranjeras que usaban pantalones negros), empecé a ponerme los pantalones grises que me habían regalado en Nueva Zelanda, y la abrigada chaqueta de color pardo que me habían comprado tía Joy y tía Elsie.

Faltaban pocos días para Navidad cuando llegó mi equipaje en barco. Cuando Fermín me trajo la noticia hubo un gran albo-roto y cuando los hombres del camión me entregaron las dos maletas y la mochila verde y Fermín las llevó hasta la sala de estar, Catalina y Francesca, y José —que acababa de bañarse—vinieron a mirar, ansiosos de que las abriera. Al encontrarme con objetos que, salvo mi máquina de escribir, estaba convencida de que ya no eran necesarios, me sentí incómoda, como si me hubiera encontrado con amigos a los que ya no deseaba ver porque habíamos perdido la amistad. Sentí que

debía compensar a la familia por su evidente decepción: habían pasado tres meses esperando y preguntando, y ahora se encontraban con estas maletas viejas y estropeadas, con las esquinas rotas y una tapa torcida, como si, al igual que algunos objetos de los cuentos de hadas, se las hubieran arreglado para recorrer kilómetros y kilómetros y para cruzar el mar hasta llegar a Ibiza.

Más tarde, cuando abrí las maletas en la intimidad de mi habitación, miré con desagrado todo lo que había guardado. Pero al ver otra vez mis libros, mi pequeño hornillo, mi juego de cubiertos, mis cacerolas, me sentí más a gusto con mi rechazado equipaje. Allí estaba el vestido azul de «tubo» que me había cosido con un largo de jersey de seda, la tela que llevaba «todo el mundo» en Nueva Zelanda. Ahora el color me parecía demasiado brillante y fuera de lugar en un país en el que la ropa era negra.

Y como no podía negar a Catalina y a Francesca la posibilidad de ver mis «bienes», las invité. Les enseñé mi máquina de escribir. Y allí estaba el vestido de terciopelo verde que mi hermana me había hecho con una cortina.

Catalina y Francesca se echaron a reír.

—La «cortina» de Janetta, la «cortina» de Janetta.

Recuperé la manta y la bolsa de agua caliente; a ambas les sacaría gran provecho porque, aparte de la cocina económica, en la casa no había más calefacción y el suelo de mármol estaba permanentemente helado, y las noches eran muy frías. Y ahora que tenía mi máquina de escribir, sentía que podía empezar a trabajar «de verdad», en lugar de escribir poemas, cartas y cuentos. Sin embargo, sabía que había invertido en recuperar mi equipaje más de lo que éste podía proporcionarme, que había estado practicando la más antigua forma de la ilusión, apaciguar el presente aferrándose a un acontecimiento del futuro: estaba rodeada de seres humanos buenos.

9. Los pinos

Pasé los días siguientes envuelta en mi manta, abrazada a la bolsa de agua caliente, mientras mecanografiaba mi novela, *Tío Pílades*. Por la ventana veía a los chicos que jugaban al tejo bajo los eucaliptos y marcaban los puntos del juego con un palo en el polvo blanco. Y escuchaba el sonsonete,

Tengo tengo tengo
tú no tienes nada
tengo mantequilla...

y observaba a las hermanas mayores sentadas en los portales, con

el cojín apoyado en las rodillas, elaborando el encaje de bolillos, pasando rápidamente un bolillo por encima del otro, y pensaba en la época que había pasado en el hospital haciendo encaje francés con la sensación de que aunque me eran negados los libros, la escritura y la conversación humana común, una nueva vida llegaba a mí canalizada por las instrucciones del *Manual de confección del encaje: Plantez un épingle au point Deux... jetez trois fois...* El lenguaje que había sido traicionado, cambiado, influido, aún podía ayudar al aislado, podía resultar útil cuando los seres humanos habían retirado su ayuda.

La tormenta retumbaba encima de la casa, los relámpagos se reflejaban vividamente en la habitación y el viento aullaba, gemía y gritaba con un sonido que jamás había oído, recordándome dioses antiguos, criaturas nacidas de los truenos, los relámpagos, las tormentas, agitando los cristales de las ventanas como si intentara entrar, arañando los cristales, rodeándolos con la boca como si fueran un instrumento musical. A menudo, en plena tormenta, salía a caminar, subía por la calle hasta el otro extremo de la isla y me sentaba en la roca gris, entre las plantas y los árboles vapuleados, de color gris plateado, y pensaba que jamás me había sentido tan a gusto. Me alegraba de estar sola en una isla del Mediterráneo, sin hablar inglés, de que mi castellano hubiera tenido una acogida tan calurosa como jamás la había tenido mi inglés, porque mi esfuerzo por expresar mis pensamientos estaba acompañado por la amabilidad de aquellos que se enorgullecían de que yo intentara hablar su idioma y se mostraban ansiosos de explicarme, sugerirme, ayudarme y enseñarme, mientras que al hablar la propia lengua nativa a los que también la hablan una se encuentra sola y debe luchar por satisfacer las expectativas del que escucha.

Todos los días, cuando me sentaba a escribir a máquina, miraba la ciudad reflejada en el mar, y un día recorrí el camino del puerto hasta la orilla opuesta, donde se alzaba la ciudad «real» que yo sólo conocía como la ciudad que se encontraba en el mar, pero sentí lo mismo que si intentara caminar detrás de un espejo, y supe que fuera cual fuese el fenómeno externo de la luz, de la ciudad y del mar, la verdadera ciudad espejo se encontraba dentro como la ciudad de la imaginación.

Pensé mucho en islas y mares. Y escribí un poema:

Digno es de compasión el desterrado continente alejado del
[mar
donde la gente anhela capturar en el espejo
que hay detrás de sus ojos una montaña una llanura o un
[valle
que se mueve con la corriente que llega

en siluetas nevadas y masas de nubes, sin
separarse totalmente de la pesada y sombría
tierra inclinándose, él mismo envuelto en sombras, para
[beber la luz del día.

Pequeñas son las islas, de imagen siempre cambiante
mejor conocida sólo una vez, por encima del hombro
como los pájaros que vuelan o los conejos agachados,
[golpeando el mar;
todos los días una forma desconocida dentro del espejo, resplandeciendo y empañándose más perfectamente
que las sombras rotas hace siglos, que las alas inmóviles
de un pájaro gigantesco o la única hoja entera caída
de un árbol cuya forma total, cuya búsqueda
del cielo invisible se detienen temblando
más allá de la comunión con el agua
incluso en un día sereno de un plácido mar interior.

Pequeñas son las islas, una tiranía de perfección,
un temor a encontrar demasiados seres en los espejos.

¡Me tomaba muy en serio el sueño de convertirme en poeta! Ahora estoy sola, me decía. Estoy haciendo la vida de una escritora. Me sentía mentalmente en paz, como si estuviera en una costa sobrenatural, contemplando la creación de escenas de las grandes pinturas del mundo, mientras la gente de Ibiza se movía como si estuviera dirigida por los pintores, junto con las casas, las plantas, el cielo diurno y el cielo nocturno, cada uno con los colores que los pintores habían elegido. Cuando salía por las tardes a caminar o a pasear en bicicleta, me maravillaba por la forma en que el perímetro definido de la isla se extendía ante mis ojos. Le escribía extasiadas cartas a Frank Sargeson. Ibiza, le decía, era todo lo que ellos afirmaban y todo lo que yo había soñado. La sentía contenida en mi interior, y al explorar las playas y las montañas de sal había pasado en bicicleta junto a los campos de arcilla en los que la superficie arcillosa abría su filón rojo a los trabajos de alfarería; y luego de dejar mi bicicleta caminaba por el interior boscoso de la isla hasta llegar a un denso bosque de pinos de color verde claro en el que, según me habían advertido Catalina y Francesca, merodeaban bandidos y hombres salvajes, y aunque no les creí, más tarde descubrí que decían la verdad: Ibiza, igual que Sicilia, tenía sus bandidos.

A veces, en mis caminatas por la ciudad, veía y oía a los extranjeros que reían, hablaban, y deseaba gritarles: «Miradme, yo también hablo inglés. Soy de Nueva Zelanda, vengo desde Nueva

Zelanda.» En lugar de eso, pasaba junto a ellos con aire altanero, como si lo supiera todo.

No podía creer en la bondad de Ibiza. Por las noches, cuando se reducía el suministro de electricidad y las tiendas quedaban iluminadas con velas, caminaba sin temor por las oscuras calles de la ciudad. Había pedido una llave de la puerta de entrada y Fermín, Catalina y Francesca me habían mirado sorprendidos y me habían dicho que sólo los extranjeros cerraban sus puertas con llave, los reservados y posesivos extranjeros que vigilaban sus riquezas, su cuantiosa provisión de «dinero». Por eso nunca eché llave a mi puerta.

La Navidad llegó con una carta y un paquete de alimentos que enviaba Patrick Reilly desde Londres. Me envió carne en conserva y estofado irlandés y expresaba su deseo de que siguiera libre y sin compromiso.

Con la llegada de la Navidad también cesó el sonido que se había prolongado durante tantos días, un grito semejante a una aguda sucesión de vítores, un coro que repetía «Bravo, bravo, bravo», que me había desconcertado y que confundí con los aullidos de los perros de la isla que como sombras de color carne casi transparentes corrían por las calles. Supe que los gritos eran lanzados por los pavos que había en el pequeño patio posterior de la casa, ahora sumido en el silencio. Escribí:

La Navidad y la Muerte son momentos hambrientos
en los que sólo los tontos y los moribundos
con su limitada visión del Aquí
aprenden alabanzas completas, diciendo
Bravo bravo a lo Invisible.

¿Quién sabe a qué lanzan su violenta alabanza
los pavos del pequeño patio?
¿O el hombre enfermo extendido
en una lámina blanca en su mundo reducido?

Y con el frío glacial llegó un nuevo sonido, el casi incesante tañido de las campanas de la iglesia, y me asomaba para ver adónde eran trasladados los pequeños ataúdes blancos seguidos por los cortejos fúnebres. Todos los días, cuando empezaban a sonar las campanas, Catalina y Francesca suspiraban y murmuraban: «Ah, un crío, un crío.»

Aquel invierno murieron muchos «críos»: parecía algo habitual. El cementerio rodeado de cipreses, que se encontraba sobre el camino que llevaba al interior, estaba lleno de tumbas nuevas.

Así que escribía, y caminaba por las noches hasta la cima de la

colina, donde observaba las pequeñas siluetas oscuras de los murciélagos que se balanceaban de un lado a otro como hebras contra el cielo.

Y una vez, mientras paseaba en bicicleta, me detuve para descansar junto a una pequeña playa bordeada de pinos, me tendí bajo los árboles y escuché su silencio, y la luz caía como nieve azul y verde a mi alrededor, y encima de mí, y el mar resplandecía entre las ramas de los pinos. No era una escena insólita pero, al igual que durante mi visita a los pinares del interior, tocó la antena de la infancia, porque la infancia contiene sus propias antenas que se originan en la concepción y la vida de los muertos y los que acaban de empezar; y experimentando la sensación en las terminaciones nerviosas y su origen en el pasado entre los pinos y el cielo y el agua y la luz, convertí esta escena en un sustituto, un resumen con la entrenada economía de la memoria, de modo que a partir de entonces y en el futuro el recuerdo de esta escena contiene el sentimiento colectivo de lo pasado y ahora, cuando escucho los pinos que se alzan junto al agua, iluminados y azules, siento el vínculo, la plenitud de ser y amar y perder y preguntar, el mareante «¿Por qué empezó el mundo?» que me acosaba durante la infancia, las astillas del ayer, pero recuerdo los pinos de Ibiza.

Cuando pasó la Navidad que tiende a impedirnos mirar hacia adelante, empecé a pensar con punzante ansiedad en mi «futuro». Suponía que cuando se hubiera terminado mi subvención, el movimiento normal sería regresar a Nueva Zelanda, aunque lejos de allí me sentía tan cómoda que no sentía deseos de regresar. Además, Frank Sargeson y yo habíamos hablado de la conveniencia de consultar a un psiquiatra de Londres para averiguar si los médicos de Nueva Zelanda estaban acertados en su diagnóstico de esquizofrenia. Yo sabía que no padecía de esquizofrenia. Sin embargo, casi nadie creía en mi afirmación, naturalmente. Desde la publicación de mi libro de cuentos, *La laguna*, John Forrest, mi amigo de la época de estudiante, me había escrito desde Estados Unidos, donde vivía. Dado que hacía once años que no me veía, y no estaba enterado de mi verdadera historia, de mi decisión de vivir de acuerdo con sus expectativas de que yo estuviera «emparentada con Hugo Wolf y Van Gogh», era muy probable que él tuviera pocas dudas acerca de la validez del diagnóstico. Al responder a las cartas que él me enviaba de vez en cuando, me expresaba en un tono despreocupado, como yo misma en mi anterior papel de persona supuestamente «ingeniosa», «diferente», una soñadora de sueños, una fabricante de fantasías. Cuando llegaban las cartas de John Forrest con su inevitable «Queridas todas», yo sonreía ante mi nueva madurez. Con una nota de esnobismo, a veces lo mencionaba a él como «Mi amigo, el médico de

Estados Unidos». Ahora hablo de él porque últimamente me había escrito para decirme que, si yo quería, podía arreglar una cita con un médico del Maudsley, el famoso hospital de Londres.

10. El americano

Me habían dicho que la primavera llegaba temprano a las Baleares. Aun así, cuando a principios de enero las flores empezaron a abrirse, la isla quedó rodeada de un nuevo lazo de dulzura tan excesiva que los sombríos pliegues de dolor se vieron obligados a perderse dentro del placer.

A pesar de las flores negras y blancas que llenaban hectáreas de terreno, de los huertos rosados y blancos que jamás se reproducían en las pinturas y que quedaban encerrados en algunas flores, a pesar del aire primaveral caliente, impregnado con el perfume de las flores silvestres, las flores de los almendros y los aguacates, me preparé para soportar los poemas que sabía que intentaría escribir mientras escribía mi novela. Solía recordar con una sensación de extrañeza que llevaba tres meses sin hablar inglés, aunque era consciente de que mis palabras se ocultaban en la comisura de mis labios con la llave puesta en la cerradura, pero no me di cuenta de lo oxidadas que estaban la llave, la cerradura y las palabras hasta una tarde en que, al regresar de mi paseo, encontré a Francesca, que repetía en tono exaltado «el americano, el americano» mientras yo la escuchaba desconcertada; entonces vi a un joven alto, de pelo castaño, que bajaba la escalera hasta la sala de estar.

Él quedó igualmente desconcertado al verme.

—Hola —dijo—. Soy Edwin Mather. He alquilado el estudio de la planta alta. Soy pintor.

Tuve que hacer un esfuerzo por encontrar las palabras adecuadas en inglés. (*Mis* palabras, sin duda.)

—Yo vivo en la habitación de delante —anuncié—. Soy escritora.

—Supongo que compartiremos la cocina y el retrete.

«El americano». Tal como Francesca me había advertido. ¿Acaso no me había dicho que se había marchado de Argelia porque «los americanos» se llevaban todo el petróleo y el perfume?

Me sentía absolutamente decepcionada y en parte traicionada porque creía que había alquilado toda la casa y no entendía por qué «el patrón» alquilaba ahora otras habitaciones. Tal vez yo estaba en un error. Había considerado el número seis de Ignacio Riquer como mi casa, compartida por supuesto con «el patrón» y su familia, y con Catalina y Francesca, pero no con un *extranjero*, un pintor norteamericano que hablaba inglés. Me sentí mal dispuesta e indefensa mientras las ideas y las palabras inglesas se apiñaban en mi

cabeza como en la sala de un teatro, cada una preparada para desempeñar su papel. No tenía a quién recurrir. El número seis de Ignacio Riquer había sido mi casa.

Me recuperé. Al menos Edwin Mather viviría en la planta alta. Pero compartiríamos la casa, la cocina, el fuego, la puerta de entrada, el pasillo, la sala que daba al patio, el lavabo del patio, y yo siempre sería consciente de la presencia de otra persona en la casa, y una parte de mí estaría adaptada a esa presencia y se apartaría de la escritura. Sentía que el lazo que existía entre el mundo de la vida y el de la escritura se asemejaba a una cuerda floja, y que para caminar descalza por ella (sobre cuchillos o plumones) era necesaria una concentración intensa y relajada. En una vida así, la presencia de otros supone una intromisión y se convierte en una alegre distracción sólo cuando la atención debe apartarse de las palabras, aunque sólo sea fugazmente, durante los viajes y la enfermedad.

En este primer encuentro Edwin y yo, como candidatos a un puesto que ambos teníamos que aceptar (porque él también podría haber pensado que había alquilado toda la casa), explicamos nuestra presencia en Ibiza: el dinero de él provenía de una beca que cobraba a través de Andorra, donde el mercado de valores era «libre». Dado que ignoraba las vías de circulación internacional del dinero, escuché atentamente su consejo de que cambiara mi dinero extranjero en Andorra. Él podría arreglarlo, me aseguró.

—Vaya —dije en tono vacilante.

Me enseñó el estudio que tenía en la planta alta, una habitación grande y aireada con paredes de piedra blanca, un tragaluz y una puerta que daba al tejado desde el que se veía la ciudad, los campos, el mar y la Ciudad Espejo. Me sentí repentinamente decepcionada por mi limitado espíritu aventurero: ¿por qué nunca había explorado la planta alta de la casa? Cuando pasaba por la sala para ir a mi dormitorio siempre miraba la escalera de piedra como si fuera un lugar prohibido, sin darme cuenta de que era yo quien había colocado la señal de advertencia, sin saber que me estaba negando una vista más espléndida de la Ciudad Espejo. Esta revelación del panorama que se veía desde el tejado cuando había pasado días enteros acurrucada en una manta en la silla de mi habitación ante la máquina de escribir, con la vista apartada de ésta sólo para mirar la Ciudad Espejo al otro lado del puerto, tuvo el efecto de un terremoto que alteró mi equilibrio, abrió un abismo a mis pies distorsionando aunque ampliando mi visión, tan limitada como la mirada del caballo con anteojeras que había visto enganchado para rodear hora tras hora el pozo del que se extraía el agua. Sin duda el agua era pura y dulce y guardaba poca relación con la rutina del prisionero que trabajaba en el pozo, pero no estaba tan segura de que lo que salía de mi máquina

de escribir fuera tan fresco y brillante.

De pronto me vi obligada a crear una nueva rutina que tuviera en cuenta a Edwin. Me levantaba temprano, encendía el fuego y apartaba el agua que Edwin usaba para afeitarse y lavarse y cuando él se levantaba yo ya había desayunado y empezado a trabajar. Él solía cenar con sus amigos en una cafetería, o se quedaba en casa y preparaba su especialidad, la sopa de cebolla, o compartíamos lo que ya era mi especialidad, la paella con azafrán, que menciono sólo porque me encantaba pensar que «comía azafrán». Edwin pasaba la mayor parte del día pintando, y yo escribiendo, y de vez en cuando, de forma espontánea o concertada, nos encontrábamos en la cocina, donde él o yo preguntábamos: «¿Quiere el fuego?»

Muy pronto las estanterías de la cocina se llenaron de alimentos de lujo que hacían estremecer de entusiasmo a Catalina y a Francesca. El primer encuentro con ellas sugirió a Edwin el siguiente comentario: «¿Quiénes son esas dos viejas que se entrometen en todo?»

Se lo expliqué. Se mostró poco comprensivo con ellas y yo, que sentía que las «comprendía», salté en su defensa recordándole que eran pobres y no podían permitirse el lujo de comprar el tipo de alimentos que él consumía, y por eso era normal que no pudieran permanecer indiferentes a su abundante despensa.

—Pero están todo el día paseándose de un lado a otro.

Le dije que vivían en la casa de al lado, y que el fuego que nosotros utilizábamos era el único medio que tenían de cocinar. Tenían una habitación, le informé, y en el balcón guardaban algunas gallinas.

—Podría ser que te regalaran huevos frescos de vez en cuando —comenté.

También se quejó, no sin razón, de las bombillas. Aunque su estudio tenía luz natural gracias a la claraboya, quería contar con la posibilidad de pintar cada vez que lo deseara, y de leer por las noches. (Yo me las arreglaba encendiendo tres o cuatro velas en mi mesa.) Edwin recorrió la ciudad buscando bombillas nuevas que fundieron los plomos de la casa y provocaron las protestas de Fermín, a quien Edwin se refería como «ese peque— ñajo que molesta con el violín. ¿Has oído los ruidos espantosos que hace con ese instrumento? ¡No sabía que él iba a usar la casa para practicar!».

Señalé el armario cerrado con llave que estaba en la sala.

—Ahí guarda esculturas. El armario se enciende al abrir la puerta. Es un hombre de una gran sensibilidad.

Me deprimía la opinión que Edwin tenía de Francesca, de Catalina y de Fermín, porque para mí ellos eran mi nueva familia, me habían cuidado, habían esperado conmigo la llegada de mi equipaje, me habían enseñado a comprar y a cocinar, y cuando caducó mi

visado por tres meses Catalina me había llevado a la comisaría y me había presentado como su amiga, la escritora de Nueva Zelanda que necesitaba renovar el visado. Sentí que «el patrón» y su familia debían ser protegidos del «americano». Él y su idioma inglés o norteamericano eran los intrusos.

Durante un tiempo no logré adaptarme a lo que consideraba la destrucción de mi mundo perfecto y me resultaba difícil escribir con una «presencia» en la casa, pero poco a poco Edwin y yo empezamos a hablar de nuestro trabajo. Todos los días, cuando terminaba de pintar, me invitaba a su estudio y allí me explicaba el esfuerzo que había hecho por la mañana y me hablaba de sus ideas y del arte en general, de sus artistas favoritos y de su vida, y a cambio, como no me gustaba hablar del trabajo que estaba haciendo en ese momento, le presté un ejemplar de mi novela *Los búhos lloran*, que ya había sido publicada y la había recibido recientemente por correo con el resto de la correspondencia. A Edwin le gustó *Los búhos lloran*. «Deberían publicarla en Estados Unidos», opinó. En Nueva York conocía a alguien que trabajaba con un editor, y tal vez podría enviarle un ejemplar.

Le dije que lo «estudiaría».

Aparte de las charlas sobre cuestiones profesionales y de la frase que pronunciábamos a menudo durante el día, «¿Quiere el fuego»?», cada uno hacía su vida. Y una tarde, al regresar de mi paseo, encontré a Catalina y a Francesca absolutamente agitadas: Edwin había recibido la visita de una mujer que se había quedado toda la noche... en la misma habitación... en la misma cama. Y esa tarde conocí a Dora, una flautista del Medio Oeste qué estudiaba música en París. Era una joven menuda y encantadora, de pelo negro. Llevaba la ropa que «correspondía»: *pantalones* y jersey negros. Deseé ardientemente poseer tantos secretos cómo parecía poseer ella, y que un hombre se sintiera impulsado a descubrirlos, pero había obstruido hacía tanto tiempo todas las entradas y salidas, que sabía, o sentía, que era tan poco atractiva como un trozo de madera. Había desaparecido bajo una máscara protectora.

Esa noche Edwin y Dora cenaron fuera y yo, con una molesta sensación de soledad y poco dispuesta a retomar mi trabajo, me preparé la comida, leí un rato en la semipenumbra, contemplé soñadoramente la Ciudad Espejo y finalmente me acosté. Oí a Edwin y a Dora entrar en la casa, riendo y hablando mientras subían al estudio de él, y sentí un repentino escalofrío hostil por ser yo misma y no otra persona, porque no era encantadora y tenía unas piernas que, según mi hermana, parecían las de un futbolista, y unas muñecas que me recordaban las traviesas del ferrocarril.

11. Figueretes

A la mañana siguiente, cuando me levanté, Dora ya se había marchado. Debía coger un barco o un avión hasta el continente, o rumbo al norte. Edwin y yo desayunamos tarde, y él habló de la joven sin darle importancia, como si se tratara de una persona cualquiera. Catalina y Francesca no dejaban de hablar de «la diabla», que había pasado la noche con «el americano», y ahora tendrían que lavar las sábanas, y qué vergüenza. ¡Una diabla! Y volviéndose hacia mí comentaron:

—Tú no eres como ella, no eres una diabla. «¡Los americanos!» Sabía que había interpretado ese papel con anterioridad, cuando era niña, en la escuela, y luego en la universidad: la que respetaba las reglas, la persona «buena» y libre de todo mal, que jamás caía en la tentación. Aunque en aquel entonces el elogio había provocado en mí un engreimiento almibarado, ahora no me producía satisfacción porque en la aritmética de mis treinta y dos años suponía una resta más que una suma para mi amor propio.

Durante un tiempo volví en cierto modo a la rutina habitual. Hasta que una noche, cuando estaba en mi habitación escribiendo a máquina, oí voces en la cocina, voces masculinas interrumpidas por las carcajadas, y con la excusa de buscar agua caliente fui a satisfacer mi curiosidad; encontré a Edwin y a un amigo suyo al que me presentó como «Bernard» y me explicó que estaba celebrando su trigésimo cuarto cumpleaños. Dije hola (no lograba acostumbrarme a utilizar el ridículo «Qué hay»), compartí una tostada y una copa de vino rosado (el mejor de la isla, según Bernard) y después de explicar que tenía que seguir trabajando, regresé a mi habitación; al salir oí que Edwin comentaba:

—Janet ha publicado un libro.

Más tarde, en la cama, volví a oír sus risas, que habían adquirido un tono ligeramente embriagado. Pensé que la risa de Bernard era la más alegre que jamás había oído. Me parecía que su sonido poseía el ensamblaje adecuado para encajar en la forma dentada que albergaba mi corazón. No encontré otra explicación al regocijo que me producía oírlo reír.

A la mañana siguiente, una primaveral mañana azul, blanca y verde, no trabajé, y en un arranque de domesticidad me preparé para cocinar la mermelada con la receta que Edwin había recortado del *Observer*, la fruta de color rojo sangre burbujeaba en la enorme cazuela que Catalina me había prestado; yo estaba inclinada removiendo el almibarado líquido dorado con vetas rojas, cuando se abrió la puerta y entró Bernard.

—Hola —me saludó—. Hoy no podría trabajar. Se me ocurrió dar

un paseo. ¿Quieres venir?

Me puse nerviosa.

—¿En qué trabajas? —le pregunté, y en ese momento recordé que Edwin había dicho algo acerca de que Bernard ayudaba a introducir a Freud en España trabajando en el oleoducto del norte del país.

—En mi país soy profesor de historia. Trabajaba en el oleoducto hasta que me caí de un caballo y me rompí el brazo...; ahora se está curando. En realidad soy poeta. He escrito varios poemas desde que estoy en la isla.

Era un joven de contextura mediana, pelo rubio y ojos grises y una voz potente que a mis oídos fascinados sonaba como las cuerdas de un instrumento musical. Me pareció que sus ojos, de mirada intensa, tenían un aspecto ligeramente vidrioso y extraviado: era tan ingenua que en ningún momento se me ocurrió pensar que tal vez había estado consumiendo drogas. Me observó mientras yo colocaba la mermelada en los seis tarros y de vez en cuando, al inclinarme hacia adelante, veía que me miraba los pechos. No dejaba de mirarlos. Luego me miró a la cara con sus ojos brillantes y delirantes.

la playa, después supuse que debía de ser una bahía, luego un trozo de cielo, porque en las semanas siguientes Bernard y otras personas que conocí solían decir: «Hoy, Figueretes está maravilloso», o «Está al otro lado de Figueretes», o «La primera vez que fui a Figueretes». En una ocasión, Bernard señaló una cafetería, un grupo de edificios, la iglesia y el cielo y en tono satisfecho dijo: «Mira. Ahí está Figueretes.»

Por extraño que parezca, decidí seguir en la ignorancia y no hice preguntas.

Cerré herméticamente el último tarro de mermelada y coloqué los seis en fila sobre la mesa. Edwin estará encantado, pensé, intentando en vano oírlo trabajar en su estudio, y sentí deseos de vivir en los tiempos en que se escribía con pluma, cuando los escritores también eran trabajadores silenciosos y nadie sabía, aunque prestara atención, qué palabras podían estar mezclando, combinando y volcando sobre el pergamino o el papel.

—Edwin está ocupado —murmuré.

Caminamos por las calles estrechas, cuesta arriba, a través de un bosquecillo de altos cactus cuyas callosas palmas llenas de pinchos miraban hacia arriba. Bernard señaló la entrada de las cuevas en las que vivían algunos ibicencos. Tomé conciencia de que estaba haciendo otro viaje, el primero, como había hecho cuando Ben y yo recorrimos Londres en busca de un juego de ajedrez que, a pesar de los sueños y los deseos que salían de vez en cuando a la superficie, seguía siendo un juego de ajedrez literal en el cual jugar una partida real de ajedrez. Ambos reconocimos que este paseo por la playa era una intención

semejante al movimiento preliminar que realizan los pájaros cuando deciden su vuelo final. Bernard y yo también reímos y charlamos y citamos a nuestros poetas preferidos (quedé un poco decepcionada cuando él citó *Gunga Din*, de Kipling), pero volvió a fascinarme cuando supe que hablaba con soltura el francés y el castellano, y enseguida mencioné mis citas preferidas, como confites recién cocinados, a punto para ser probados. Imaginad, entonces, a una mujer de treinta y dos años, de tez fresca, ojos azules, vestida con un vestido saco de jersey azul, que, según Edwin (que como pintor debía de saberlo), era un «color hermoso», y sandalias estilo romano. (Frank Sargeson siempre llevaba sandalias estilo romano en verano. Sólo tenía que decirme «Las sandalias son lo mejor y lo más barato para el verano. Tendrías que tener unas», para que yo convirtiera las sandalias romanas en parte de mi existencia durante la primavera y el verano, estuviera donde estuviese.) Imaginadme junto al «azul Mediterráneo», empezando a citar una fábula aprendida años atrás, citándola para compartir el placer que me producían los versos y para mostrar lo inteligente que era por recordarla, Maítre Corbeau, sur un *arbre perché, Tenait en son bec un fromage.*

Maitre Renard, par l'odeur alléché.
Lui tint á peu prés ce langage:
Hé! bonjour monsieur du Corbeau.
Que vous étes joli! que vous me semblez beau...

y luego de acabar con La Fontaine y de concentrarme en Alphonse Daudet, sacudí el polvo de «Si vous avez jamais passé la nuit á la belle étoile, vous savez qu'á l'heure oü nous dormons un monde mystérieux s'éveille dans la solitude et le silence. Alors le source chante bien plus clair et il y a dans l'air les frólements, les bruits imperceptibles si l'on entendit l'herbe pousser, la branche grandir...», seguido por una ración de Victor Hugo: «C'est pour renaitre ailleurs qu'ici bas on succombe...»

Así había insinuado mi supuesta inteligencia, y ahora le tocaba a Bernard impresionarme a mí.

—¿Qué me dices de Auden? —preguntó.

Quedé embelesada.

—¡Oh! ¡Auden!

Empecé a recitar:

—Él desapareció en pleno invierno / Los arroyos estaban helados...

Sigue, poeta, sigue directamente
al fondo de la noche.

Con tu voz sincera
nos convences de que nos alegremos...

Bernard me respondió con una cita de Edna St. Vincent Millay que yo escuché con atención, consciente de que *mis* poetas eran mejores que los suyos, y deseando que no citara largos fragmentos de Yeats mientras yo intentaba que la imagen que me había forjado de su perfección quedara protegida de mi impulso realista de destruir lo que había creado a partir del día, la circunstancia y la persona que hablaba con ansia del misterioso Figueretes. Seguimos caminando mientras nuestro espíritu se elevaba a medida que mirábamos a nuestro alrededor, el mar, el cielo, y olíamos las flores de los almendros y las innumerables flores sin nombre que crecían aquí y allá en una primavera eterna.

Pasamos junto a una vaca delgada que pastaba atada a una cuerda, en un trozo de tierra desprovista de hierba, y en un gesto de magnanimidad hacia el mundo, Bernard desenterró la estaca y llevó a la vaca a otros pastos, pero después de hundir la estaca en la tierra cogió un palo y dio dos golpes bruscos a la vaca en un arranque de ira gratuita que me recordó el gesto del pálido físico que había agredido a la tortuga en el jardín de Clapham Common. Volví a hacer un esfuerzo por tapar y no desarmar la perfección del día.

Seguimos caminando. La suave brisa arrastró un manojo de hierba por la arena, hasta el agua.

—Mira —gritó Bernard encantado—. ¡Un matojo errante! ¿Habías visto alguno?

Avergonzada, respondí que creía que un matojo errante era un vaquero vagabundo. Gracias a las películas del Oeste que había visto de niña, recordé fácilmente Texas, Nuevo México, Arizona, y su flora y su fauna, y las canciones de vaqueros que solía cantar, entre ellas

Vagando junto a los matojos errantes...

Quedé extasiada. ¡O sea que un matojo errante era esto! Miré el manojo de hierba seca y sus raíces enmarañadas, rodando y rodando hacia el mar, donde se detuvo y, movida en parte por su propio impulso y en parte por el viento, zigzagueó a lo largo de la orilla, sin detenerse para descansar ni para echar raíces. Aunque no quería caer en el antropomorfismo ni en la falacia patética, concedí al manojo de hierba la capacidad de la indiferencia, del aislamiento protector: lo miré con compasión. Habíamos recorrido toda la playa, pasando junto al chalet de piedra blanca que Bernard había alquilado, a pocos metros de la orilla. Hablábamos de nosotros mismos, de nuestra vida, y cuando Bernard me preguntó si estaba casada le dije que no, pero,

poco dispuesta a revelarme como una virgen —en el aspecto sexual aunque no técnico—, le di a entender que había tenido algunas aventuras.

Bernard se había casado siendo muy joven y ahora estaba separado.

Yo no tenía ninguna amistad especial, le dije. Tenía algunos amigos, pero estaba tan ocupada escribiendo que no me quedaba tiempo ni ganas para las cuestiones amorosas.

Mi intento de mantener el misterio divirtió a Bernard. Rió de buena gana y sentí que su risa retumbaba en mi interior, como si yo fuera un gigantesco palacio vacío que espera que lleguen los invitados y que empiece el festín.

Subimos por la colina en el extremo opuesto de la playa, desde donde se veía un mar triangular y el terreno en forma de terrazas, cultivado hasta el último centímetro. Colocamos la merienda sobre la hierba y comimos y bebimos y hablamos, y mientras contemplábamos los campos y el mar dejé que él me rodeara la cintura. Hacía varias horas que habíamos salido. Empezaba a oscurecer.

—Vayamos a mi casa —propuso Bernard— y encendamos la chimenea.

Cogidos de la mano, retrocedimos por la playa hasta la casa de piedra blanca. ¡Una casa en la playa! ¡La romántica imagen de una vida semejante a la de un crustáceo, cerca del mar, a la vista del manojo de hierba que ahora ocupaba su lugar como una planta especial!

Después de comer, Bernard y yo nos quedamos sentados, a media luz, junto a los leños que ardían, representando una escena típica extraída de los números de la revista *True. Romanee* que había leído en mi juventud, y sentí la satisfacción de tener otra primera experiencia: la de estar sentada, simplemente, hablando de temas interesantes e intercambiando sentimientos, subrayando y firmando un contrato invisible sin hablar de él, en una atmósfera de mutua excitación. A diferencia de Bernard, yo acababa de llegar al mundo de la seducción.

El viento nocturno del Mediterráneo enfrió la habitación y me estiré para cerrar la ventana. Bernard se inclinó hacia adelante y me rodeó la cintura con un brazo, apretándome contra su cuerpo. Intenté zafarme.

—Oh, no —dije en tono remilgado—. Acabo de conocerte. No sé cómo eres. No creo en... Quiero decir que acabo de conocerte.

Luego, adoptando una actitud serena, objetiva y sensata, no sólo logré extinguir la llama sino también empaparla, convirtiéndome en mi propio mar, con toda clase de disculpas; y no quedó ni una astilla encendida.

Hablamos durante un rato, comentando con entusiasmo detalles

de nuestra vida, nuestras creencias y opiniones e intercalando románticas citas de poemas.

A la madrugada recorrimos las calles de adoquines en dirección a Ignacio Riquer, y cuando estábamos en la puerta de «mi» casa, él volvió a estrecharme con fuerza mientras sus manos expertas buscaban los lugares «adecuados», y me besó hasta que respondí, y permanecimos en la oscuridad, jadeantes. Luego me solté, le di las buenas noches en tono formal y entré en mi habitación, sintiendo que él seguía rodeando mi cuerpo en un abrazo que se prolongó durante toda la noche, como un fantasma, y cuando empezó a desvanecerse como un sueño que se apaga lentamente, deseé que regresara.

Pasé unos días de desasosiego.

—No oigo tu máquina de escribir —comentó Edwin en tono quejoso, como si el sonido de la máquina de escribir fuera un acompañamiento necesario para su trabajo; y tal vez lo era, porque un estado de inquietud puede ser contagioso y cualquier alejamiento de la rutina puede suponer para un artista el desencadenamiento de la anarquía en la que las ideas no encuentran un sitio en el que asentarse.

—¿No estás trabajando?

«Reí débilmente» (como decían algunas novelas cuando la risa es más profunda y melancólica) porque al igual que el sitio de la tierra en que el gigante se había tendido, el recuerdo de Bernard dejaba una huella profunda; y una mañana, al despertarme con la obsesionante idea de que yo (una joven tímida, de treinta y tres años, que viajaba por el extranjero para «ampliar mi experiencia») tal vez nunca viviría otra experiencia semejante, me vestí, preparé el agua para que Edwin se afeitara y salí en dirección a la colina y al mar y a la casa de Bernard. Me detuve en la «pastelería» para comprar pastas para el desayuno. Atravesé el bosquecillo de cactus y pasé junto a las casas blancas sin ventanas y junto a las cuevas. Llegué a la playa, el «azul Mediterráneo donde él permanecía arrullado por la espiral de las corrientes cristalinas».

Busqué los manojos de hierba, pero no vi ninguno.

Llamé a la puerta de la casa de Bernard.

No se sorprendió al verme. Llevaba puesta una bata y tenía un trozo de papel en la mano.

—Estaba escribiendo un poema —comentó—. Sobre la primavera en Ohio.

Empezó a leer:

—Sólo la primavera en Ohio...

Pensé que era un poema insignificante, casi inexistente, y cuando terminó de leerlo, murmuré:

—Oh, la primavera de Ohio. Debe de ser maravillosa.

—Lo es. No hay otra igual. Una mañana te levantas, y allí está. La primavera de Ibiza me la recuerda porque es igualmente repentina.

—La primavera de Ohio —murmuré en tono fatuo, y adopté una expresión tímida cuando Bernard dejó de lado el poema y se concentró en mí.

—Aún no he desayunado —dijo—. Escribo mejor con el estómago vacío.

Eso me recordó un viejo chiste de la radio y tuve ganas de reír, pero coloqué la bolsa de pastas de desayuno en la mesa y dije:

—Te he traído el desayuno.

Nos sentamos uno frente al otro y comimos las pastas de desayuno y continuamos la conversación donde la habíamos interrumpido varias noches antes, mechando nuestra prosa con citas de nuestros poemas favoritos, cada uno juzgando en silencio los gustos poéticos del otro, y cuando terminamos de desayunar nos sentamos en el sofá, frente a la amplia ventana que daba a la playa. El Mediterráneo, pensé, consciente de que había introducido un tópico permanente.

Y entonces Bernard empezó a desvestirme lentamente, y yo le desabrochaba los botones y ambos supimos que ésta era la razón de mi visita. Fuimos desnudos hasta el dormitorio, a la enorme cama doble, mientras el mar lavaba la costa en silencio y el sol de la mañana resplandecía en la habitación. Bernard 'estaba a punto de echar las cortinas cuando recordé una frase del libro *Meeting and Mating* que mis hermanas y yo habíamos estudiado hacía varios años, y pensando que parecería una mujer con experiencia dije en tono casual:

—Es una buena idea hacer el amor con luz del día —como si fuera una entendida en la materia.

Me tendí en la cama. Contemplé el enorme pene erecto de Bernard. No me atreví a decir que era la primera vez que estaba delante de un hombre desnudo. Seguí miranda el palomar de techo rojo lleno de palomas blancas dispuestas a volar por el cielo y no regresar jamás; y el cielo era yo; y qué extraño resultaba que a pesar de toda la conversación durante nuestro paseo acerca de «los hombres de mi vida», estaba viviendo una primera experiencia y sólo yo lo sabía. Y allí estaba Bernard, repentinamente convertido en dos seres, él mismo y el maniquí que parecía un palomar. Sentí la tristeza y la irrevocabilidad de estar en medio de un *idilio real* («entonces él... entonces ya...»), en una casa de piedra blanca junto al Mediterráneo.

Entonces Bernard se fue al lavabo y regresó con el palomar ataviado con un condón mientras me invadía una leve desdicha, y me pregunté: «¿Por qué está tan preparado, y los usa como si fueran pastillas para la digestión?» Dominé un escalofrío pasajero: no quería

renunciar a mi nueva experiencia. Vaya, pensé, ¿debo retocar mis sentimientos para hacer que parezcan *amor*, como debería ser, sin dudas ni suspicacias? ¿Y aplicar cosméticos a lo que tal vez ya era un cadáver?

Pasamos la mañana haciendo el amor. A pesar de mis lecturas sobre el tema, y de que mis conocimientos se limitaban a la postura «del misionero», sufrí o disfruté de impresiones y sorpresas que fueron aliviadas por sensaciones que producían adicción. Además, sentía que no podía reparar las mentiras acerca de que era una mujer con «experiencia». Yo, que suponía que siempre estaba buscando la «verdad», ¿la estaba buscando ahora dentro de una mentira? Sabía que las mentiras respondían a la vanidad y a la cobardía, a la negativa de ver mi vida tal como había sido y no como suponía o esperaba que podía ser.

Por la tarde, nuevamente entrelazados en un intenso vínculo rápidamente sellado, abrazados y cogidos fuertemente de la mano, caminamos por las calles de la ciudad. Pasamos cerca de Figueretes.

—Allí está Figueretes —anunció Bernard mientras yo miraba a mi alrededor, el misterioso mundo de cielo, piedra, arena, mar.

—Figueretes —repetí, como si se tratara de un juego, un concurso en el que hubiera participado toda mi vida sin llegar a conocer jamás las respuestas.

Fuimos a la oficina de correos, donde me esperaba un paquete que venía desde Inglaterra. ¿Quién podría haberlo enviado?

Más tarde, cuando regresamos al chalet, abrimos el paquete y encontramos cuatro latas de carne en conserva que enviaba Patrick Reilly.

Y una carta que concluía con la frase: «Espero que sigas libré y sin compromiso.»

Saboreé la sensación de estar cometiendo una transgresión mientras Bernard y yo hacíamos el amor y más tarde comíamos la carne en conserva y una barra de pan.

A partir de aquel día pasé todas las noches y la mayor parte de los días en casa de Bernard. Entraba en casa a hurtadillas a la hora del desayuno, intentando mantener la apariencia de la inocente «escritora» de Nueva Zelanda; pero supe que había fracasado al ver la decepción reflejada en los ojos de Catalina y de Francesca una mañana en que las encontré mientras abría la puerta.

—«¿El americano?» —preguntó Francesca con una sonrisa maliciosa—. «¿Mucho dinero?»

Recurrí a una mezcla de francés y castellano.

—«No sé» —dije con frialdad—. *Peut-étre.*

En aquel entonces, la opinión generalizada era que todos los norteamericanos eran ricos, sobre todo porque, al parecer, compraban

los alimentos y los artículos más caros. Incluso Edwin, que dependía de su beca, vivía rodeado de lujo y compraba cosas que Catalina y Francesca, y yo misma, no podíamos permitimos, I Y estaba Bernard, que vivía en un chalet «sobre el Mediterráneo»! Capté el sutil cambio que sufrieron los sentimientos de Catalina y Francesca hacia mí; yo ya no era la desconcertada y sola Janetta que esperaba su equipaje y su máquina de escribir; me había convertido, no sin una sensación de triunfo y al mismo tiempo de pérdida, en una diabla, y como tal había sacrificado el raro placer de ser invitada al diminuto apartamento de Catalina y Francesca para compartir una especie de fiesta en la que nos sentábamos alrededor de la mesa, y charlábamos y reíamos mientras el brasero ardía a nuestros pies.

Ahora me había unido a «los americanos». Era la «mujer» de Bernard.

Bernard y yo visitábamos a otros norteamericanos, muchos de ellos exiliados del régimen de McCarthy: el director de cine convertido en pintor que se había construido un chalet en Ibiza y que nos había hecho recorrer su galería personal de la guerra de secesión norteamericana en la que los retratos de los generales eran retratos de él mismo. Asistimos a recitales de poesía y música en el Instituto Francés. Bebíamos y comíamos con los amigos de Edwin y los de Bernard, casi todos norteamericanos, con los hombres y las mujeres que vivían con sus parejas en esa especie de lujo sensual del que disfrutan los bohemios. De vez en cuando me encontraba en situaciones alarmantes, como la ocasión en que asistía a una cena y descubrí que yo era la única invitada y que mi anfitrión, un desconocido, sentado al otro extremo de la mesa, de pronto se desplomaba víctima de la malaria, y mientras lo conducía a su habitación y lo desvestía me pregunté si su enfermedad era una nueva versión de los «aguafuertes» de los que solíamos reírnos cuando éramos niñas. Estaba realmente enfermo. Consciente de que «ampliando mi experiencia» sin duda servía al propósito de mi beca literaria, pasé toda la noche sentada junto a su cama, dándole los medicamentos.

En las visitas que hacíamos a los norteamericanos, aprendí muchas cosas de lo que se decía y de lo que no se decía. Me enteré de cuáles eran los mecanismos del contrabando de droga. No estaba informada de que la gente que yo conocía traficara o consumiera droga, pero mi ingenuidad era tan grande que ahora me pregunto si interpreté mal las señales, o si no las capté. Me limitaba a escuchar, fascinada por las historias como si fuera una niña a la que le han permitido quedarse levantada hasta tarde para escuchar las proezas de los adultos.

No pude pasar por alto algunas insinuaciones reales acerca del

futuro de los otros, y al mismo tiempo reflexionar sobre los riesgos que yo misma corría, cuando supe que Barbara, una pintora que vivía feliz con Greg, también pintor, se había quedado repentinamente sola y estaba en un apuro. Greg se había marchado a París y no pensaba regresar, y todos le preguntaban a Barbara cómo se las arreglaría cuando naciera el bebé. ¿Se quedaría en la isla? ¿Cómo se mantendría? ¿Regresaría a Estados Unidos para tener el bebé, o decidiría no tenerlo? Aún estaba a tiempo..., alguien conocía a alguien que conocía a alguien... Todos sentían pena por Barbara. También les había ocurrido a otras, decían.

Durante uno de mis raros encuentros con Edwin en Ignacio Riquer, cuando murmuré por costumbre nuestra frase clásica —que ya pertenecía al pasado— «¿Quiere el fuego?», él me respondió:

—Supongo que sabes lo que estás haciendo.

—Claro que sí —afirmé.

—¿Y qué me dices de la escritura? Hace días que no oigo tu máquina de escribir. ¿Qué ha ocurrido?

—Bueno...

Bernard ocupaba mi mente y mi cuerpo. Explorábamos la isla, alquilábamos bicicletas y pasábamos el día en playas apartadas. Hablábamos, citábamos versos, cantábamos y hacíamos el amor. En una ocasión visitamos el yate que unos amigos suyos tenían en el puerto (¡la Ciudad Espejo!). Su provisión de armas me asustó.

Una noche, mientras estábamos en la cama, Bernard dijo en tono preocupado:

—Me he quedado sin provisiones. Tendría que conseguir algo.

Su preocupación me disgustó. En un momento como ése, uno no se preocupa por esas cuestiones.

—¿Qué importancia tiene? —dije con gran temeridad.

Luego, en tono soñador, le pregunté:

—¿Y si tuviera un bebé?

La respuesta de Bernard me impresionó.

—Sería terrible —afirmó.

Lo decía en serio. Sería terrible. Sus palabras me enfrentaron a la realidad que hasta ese momento no me había afectado. Un bebé, una réplica amorosa de Bernard y de mí misma; un regalo de Bernard, por quien yo había sentido una clase determinada de amor cuyos escollos me había ocupado de suavizar para que siguiera siendo perfecto..., ¿un bebé no era la concreción de nuestro amor?

Su frase «sería terrible» destruía realmente ese amor perfecto. De repente, el lugar de la tierra marcado —en mi opinión, de forma indeleble— por el gigante recuperaba su forma anterior y su vegetación. Sentía que mi vida, al igual que la hierba, recuperaba su lugar y reaccionaba ante el sol, la luz y el viento: mi deseo, mi amor y

mi pasión por Bernard habían desaparecido. ¿Cómo era posible que hubiera pensado y pronunciado unas palabras tan frías? «Sería terrible. Un bebé sería terrible.» Un bebé sería terrible.

Ésa fue la última noche que pasé en el chalet. Volví a vivir y a escribir en mi habitación de la «calle» Ignacio Riquer. Conseguí una llave con la que cerré la puerta de entrada y me negué a responder a las llamadas de Bernard. Edwin y yo retomamos la rutina de pintar y escribir, y todas las noches iba a su estudio para ver el trabajo que había hecho por la mañana. Edwin había titulado uno de sus cuadros «La calle donde los chicos ya no juegan».

—¿Recuerdas? —me preguntó.

Lo recordaba. Habíamos estado caminando muy tarde por una calle en la que alguien tocaba la flauta, y las notas desafinadas caían como adoquines rotos, brillando a la luz de la luna, y los chicos que habían estado jugando allí durante todo el día ya habían desaparecido.

—Es igual que una calle en la que los chicos ya no juegan —comenté.

Un día Edwin me comunicó que Bernard se marchaba de la isla. Yo lo echaba de menos. Habíamos anidado el uno en el otro, y no hay nido más acogedor que la piel.

El día en que Bernard partió, le di a Edwin un ramillete de flores silvestres para que se lo llevara al barco.

Catalina y Francesca se alegraron al enterarse de que «el americano» se había marchado.

—«Los americanos» —dijeron— lo fastidian todo. Incluso la luz.

Y era verdad, porque Edwin había creado problemas una vez más fundiendo los plomos con sus bombillas demasiado potentes.

—Estropean la luz —señaló Francesca—. Y lo dejan todo a oscuras.

Me quedé seis semanas más en Ibiza. El hecho de no estar con Bernard me hacía más daño del que había imaginado porque él se había apoderado de mi vida y de mi ser y en su ausencia, al recorrer los lugares vacíos, sólo encontraba una oscuridad hueca y desierta en la que vislumbraba fugazmente a Bernard. Mi amor se había despertado en parte gracias a la forma deliberada en que maniobraba mis propios sentimientos y en parte gracias al deleite que me producía la risa de Bernard. Yo había alimentado el amor, e incluso en el breve período en que lo había sentido, su complejidad y su luz habían impregnado todo lo que conocía o sentía, lo que había sido o lo que sería.

¡Un *idilio real*, sin duda! ¡Demasiada poesía, demasiada música! Empezaba a sospechar que estaba embarazada. Fui presa de un pánico que no encajaba con mi imagen del amor perfecto. Además, el dinero

no me duraría eternamente. Edwin, a quien no le hablé de mi posible apuro pero que sabía que mis fondos eran escasos, me sugirió que intentara instalarme en Andorra, el mercado de valores «libre» del que me había hablado. Él se daba cuenta de que Ibiza se había convertido en un lugar insoportable para mí; Ibiza, mi isla, ahora un cálido bálsamo de flores, su interior y las suaves colinas brillantes, con sus bosques de pinos verde claro y las ramas tocadas por el verde más claro y lustroso de los nuevos brotes. Ibiza había cambiado repentinamente, había quedado empapada de mis propios sentimientos, destruida por mi mirada. Aunque anteriormente mi entorno (eso suponía) había existido por derecho propio, y el cielo y el mar y el clima y la Ciudad Espejo, y yo también había existido por derecho propio, con la isla y sus figuras convertidas en mis compañeras, ahora todo quedaba alterado, no con el toque de Midas sino con el de las cenizas: casi podía ver los árboles que se pudrían, las flores de los olivos que se marchitaban; y me sentía invadida, porque conocía a otras personas de la isla, y ya no estaba sola, ni era la creadora ni la conservadora de mi mundo, en armonía con otros mundos porque podía interpretarlos a mi antojo: estaba experimentando la acritud y la amargura de la ausencia y del placer perdido, atada a un imán de realidad.

(Cuando el otoño llega a su fin y las hojas han caído de los árboles y sólo los de hoja perenne conservan su follaje que es al mismo tiempo un abrigo y un obstáculo para que pase la luz, nos damos cuenta de que nunca hemos estado solos en el bosque. Emergen las siluetas de las casas, la gente vive su vida cotidiana; hay una nueva perspectiva de distancia, un descubrimiento de horizontes que no podíamos ver durante la primavera y el verano y que sólo podíamos adivinar en el transcurso del otoño. ¡Mira esas altas chimeneas que se elevan desde fuegos que jamás supimos encendidos y que sin embargo ardían, alimentados en secreto! ¡Mira los caminos recién revelados! Ahora que observo más claramente este mundo y aquél y sus estaciones, también yo soy observada con mayor claridad. Mi propio entorno pierde su camuflaje; yo misma pierdo mi camuflaje. ¡Incluso es posible que existan nidos, nuevos o abandonados, en mi propio árbol!)

12. Andorra

Abandoné Ibiza un día gris en que el Mediterráneo era azotado por un fuerte vendaval que levantaba olas de un metro de altura, y a los demás pasajeros y a mí tuvieron que ayudarnos a subir al transbordador, que se agitaba violentamente, Había algo temerario, como un abrazo de la muerte, en la forma en que pasé por alto lo que

anteriormente me habría aterrorizado. Me despedí de Edwin, el fiel Edwin que aún confiaba en que *Los búhos lloran* se publicaría en Nueva York. Enseguida me fui a mi camarote, y pasé toda la noche mareada; por la mañana, cuando el barco, que apenas se movía sobre las aguas serenas, atracó en Barcelona, recogí mis maletas y mi mochila verde y sujetándolas junto a mi abultada bolsa de viaje me senté en el muelle, sobre una de las maletas, en una clásica pose de desesperación, mientras me recuperaba del mareo y me preguntaba adónde iría y qué haría. Sólo sabía que mi *destino* era Andorra.

Más tarde encontré una habitación en un pequeño hotel y mientras avanzaba por el pasillo percibí un penetrante olor a aceitunas y a aceite de oliva y sentí un arrebato de nostalgia por Ibiza, por Catalina, Francesca, Fermín y José, mi familia ibicenca, y por mí misma como la inocente «escritora», con sus tareas cotidianas tranquilas y sencillas, el montón de papel de máquina y la comunión con la Ciudad Espejo.

Y ahora era la presencia de Bernard la que surgía como un espectro. Estaba a mi lado, a mi alrededor, dentro de mí. Oía su risa en la calle y al girarme veía a un desconocido, que reía y hablaba con desconocidos.

A la mañana siguiente me comunicaron que en esa época del año no había ningún autobús para viajar a Andorra. En la península aún era invierno, y el viento frío de Barcelona hacía que los meses de la primavera ibicenca parecieran un espejismo, un sueño recordado. Las carreteras que conducían a Andorra eran intransitables, salvo la que utilizaban los coches particulares. Alguien me sugirió que alquilara un taxi.

El taxi era barato. Me resultaba difícil creer que yo, una neozelandesa que jamás iba a ningún sitio en taxi, estuviera viajando esa misma mañana de Barcelona a Andorra con otros dos pasajeros, atravesando los pueblos del norte de España, pasando junto a campos y antiguos monasterios, recorriendo kilómetros de tierra roja. Los otros pasajeros bajaron enseguida del minibús, porque eso era, dejándome sola en mi fascinación ante los pequeños pueblos que surgían de la tierra, como frutos y flores de color rojo oscuro, o como viejas heridas aún abiertas y cubiertas de sangre coagulada que bajo el brillante cielo azul no quedaba mitigada por el habitual bálsamo del verdor. Intenté conservar el recuerdo de esos pueblos, porque sabía que tal vez éste sería mi único viaje por el norte de España. También sabía que, recordara lo que recordase, vería las heridas de esta tierra abriéndose como en la guerra civil, y pensaría en mis amigos de Ibiza, y en Fermín señalando el lugar de los fusilamientos junto a las estaciones del vía crucis.

El minibús pronto emprendió el ascenso entre las estribaciones de

los Pirineos, donde la luz quedaba repentinamente apagada por los bosques de pinos verde oscuro, casi negros. El contraste entre los árboles verde claro de Ibiza, su suave follaje nublado y a veces teñido de amarillo por la luz del sol y el negro total de los árboles del norte contra la nieve parecía parte del natural retroceso de la primavera del sur al invierno del norte, en armonía con el talante del ineludible presente que tarde o temprano acosa a una mujer de treinta y dos años que está sola, y tal vez embarazada. (Sin duda, durante ese viaje realicé un ejercicio de contaminación emocional trasladando la escena exterior al interior, hacia atrás y hacia adelante, hasta creer que me convertía en el oscuro pino abrazado por el invierno.)

A última hora de la tarde llegamos al pueblo de Andorra la Vella, donde descargué mi equipaje cada vez más pesado, le pagué al conductor y volví a sentarme encima de una de las maletas mientras analizaba mi siguiente movimiento. Había imaginado que Andorra sería una ciudad grande del principado, pero to que veía era una plaza de pueblo bordeada de edificios y, más allá, las montañas. Así que empecé a caminar por la calle y acababa de girar en una esquina de la carretera que salía del pueblo, cuando tropecé con un hombre joven.

—«Por favor» —le dije—. «Quiero una habitación.»

Sin pronunciar una palabra, me hizo señas de que lo siguiera y nos acercamos a un vehículo en el que varios trabajadores salían de Andorra para volver a su hogar, en otros pueblos. El joven, Carlos, me explicó que me llevaría a su casa, en Les Escaldes, donde sin duda él y su esposa podrían facilitarme una habitación.

—Venga conmigo —me indicó.

Tras un corto trayecto llegamos a Les Escaldes, y Carlos y yo bajamos del coche y cruzamos la calle principal en dirección al río, un rugiente torrente de montaña que mojaba los muros de los cimientos de las viviendas que se alzaban a su orilla. Subimos las estrechas escaleras de uno de esos edificios hasta el tercer piso y entramos en un apartamento que daba a la calle y en el que vivían Carlos, su esposa Donna y sus dos hijos: Antoine, de seis años, y Xavier, de cuatro. Mientras Carlos le explicaba a Donna que yo esperaba que me alquilaran «una habitación», los niños se aferraban tímidamente a la falda de su madre y me miraban con sus enormes ojos. La mirada adoptó una expresión de furia y desconcierto cuando se enteraron de que su habitación ya no era su habitación sino también la de mamá y papá, porque yo ocuparía la habitación de sus padres y dormiría en la enorme cama doble, con el colchón de plumas. Al principio no me di cuenta de la alteración que provocaba en la distribución de la familia en los dormitorios, pero enseguida comprendí que vivían en la pobreza y necesitaban dinero extra. El dormitorio pequeño que quedaba lo alquilaban a otro huésped, El Vici Mario, a quien conocí

esa noche.

Las otras habitaciones de la casa eran una minúscula cocina y un aseo con un lavabo y dos grifos, para agua fría y caliente, pero sólo funcionaba el del agua fría, porque el agua caliente de la ciudad, que salía de las fuentes de aguas termales de las montañas, podía utilizarse gratuitamente en los grifos y las fuentes de la plaza y en las casa de baños municipales.

Mi dormitorio daba a la calle, dominada por los Pirineos cubiertos de nieve, y el aire de la noche que entraba en la habitación sabía a nieve y era tan frío que producía una sensación de dolor, no interminable pero sí mezclado con la placentera anticipación de la luz del día y, tal vez, del calor del sol. Me acurruqué en mi lecho de plumas como un pájaro en su nido, con el colchón abultado a mi alrededor, e intenté planificar un futuro que incluyera una criatura, porque era casi seguro que estaba embarazada. Recordé que Poppy, mi amiga de ocho años, había dicho que cuando las estrellas de Hollywood no querían dar a luz bebían ginebra, o tomaban quinina, o subían y bajaban montañas..., bueno, yo estaba en los Pirineos, ¿no? ¿De dónde habría sacado Poppy todo ese folclore? ¿Y por qué pensaba tan rápidamente en esa clase de soluciones? Sabía que en el hospital había aprendido una lección seria e imborrable acerca de lo que puede ocurrir cuando alguien que forma parte de un grupo o comunidad tiene poder para decidir sobre la vida y la muerte de los demás, y atribuirme semejante derecho me parecía abominable. Sin embargo, al intentar entrar en la realidad más cercana, quedé atrapada en ella. Subí y bajé a toda prisa las laderas de los Pirineos. También ingerí tabletas de quinina. Al mismo tiempo, me preparaba para recibir al bebé, para vestirlo y abrigarlo. Compré lana, agujas de tejer, un libro de instrucciones en francés (que explicaba *ma soeur..., son bebé...*) y empecé a tejer para *le premier age*, mirando la sección *de la naissance a trois mois... pour tous les soins du bébé... Ensemble d'exécution simple et rapide*. Tejí una chaquetita y unas botitas y las guardé cuidadosamente en el fondo de la maleta.

Pasó otro mes. Había empezado a adaptarme a la rutina de la familia, todas las mañanas cogía el cubo de estaño, echaba a andar calle arriba y cruzaba el viejo puente de piedra hasta la lechería, donde compraba la leche del día, y regresaba a tiempo para compartir el desayuno con los chicos, que ya estaban levantados y vestidos, y con Vici Mario, Donna y Carlos. Nos sentábamos alrededor de la mesa, con el enorme tazón de pan y leche en el centro, y cada uno cogía su ración y le pasaba el tazón a la persona que estaba a su lado. Luego Xavier y Antoine se iban a la escuela española (Andorra tenía escuela española y francesa). A los cuatro años, Xavier ya leía la primera frase de su primer libro, de una violencia prematura: «Caín mató a su

hermano Abel...»

Durante el día, cuando Carlos, El Vici y los niños se habían marchado, Donna y yo hablábamos de diversos temas; de los niños, de Carlos, de El Vici, de lo difícil que resultaba ganarse la vida en el invierno, cuando había tan poco trabajo para un carpintero, y de cómo Carlos ganaba dinero en esa época trabajando como camarero los domingos por la noche en un restaurante, y que llevaba a casa un sueldo que no podía contar porque no sabía leer ni escribir, ni contar, y que ella, que había ido a la escuela, lo contaba, e intentaba enseñarle a él inventando fichas de colores con las monedas, sobre la mesa del comedor. Por eso era tan importante, decía ella, que los chicos fueran a la escuela todos los días, hiciera el tiempo que hiciese; y tal vez algún día la familia podría emigrar a Canadá para empezar una nueva vida. Sus vecinos del apartamento de enfrente, que daba al río, estaban emigrando a Canadá. Ya hacía diez meses que el esposo se había marchado, prometiendo que en cuanto hubiera ganado suficiente dinero y hubiera encontrado un lugar en el que vivir de forma permanente, enviaría el dinero para el billete de su esposa y de sus hijos. Al principio había escrito, e incluso había enviado dinero para los gastos de la casa, pero llevaban varios meses sin recibir noticias suyas, y a veces Lola lloraba preguntándose qué sería de ella y de los tres *críos*.

Por la tarde y por la noche yo les contaba cuentos a los niños y empezaba con la expresión francesa y la castellana —*Il y avait une fois* y «Hubo en tiempos muy remotos»—, frases que siempre me transportaban al mundo de espejos como la Ciudad Espejo, donde las civilizaciones vivían su vida a la luz de la imaginación, no a la luz del sol. Atraída siempre por ese mundo y por la fascinación de intentar describirlo aunque tal vez no existan las palabras adecuadas, o todo vocabulario resulte limitado, me doy cuenta cada vez con mayor claridad del alcance de su tesoro, descubierto durante las visitas a la Ciudad Espejo donde los grandes artistas habían vivido, y habían regresado para describir lo que habían visto, sentido y conocido. Sabía que algunos la habían visitado y nunca habían regresado. Y aquí estaba yo, con una llave más de la ciudad —«Hubo en tiempos muy remotos»—, una entrada a través del pasado hacia el presente y el futuro con historias cogidas como flores del borde del camino mientras el viajero va y viene de la ciudad.

Al igual que en Ibiza, en Les Escaldes me convertí en una más de la familia. Los domingos me ponía mi mantilla negra e iba a la iglesia con los demás. Los domingos por la noche íbamos al cine del pueblo, donde veíamos una película norteamericana, por lo general una del Oeste, con subtítulos en castellano. Y aunque por las mañanas intentaba mecanografiar mi libro, cada vez me sentía más preocupada

por el embarazo y por la perspectiva de convertirme en madre; a veces me alegraba pensando que tendría una réplica de Bernard, e imaginaba un niño con el porte, el rostro y la risa de Bernard, o una niña con sus mismos ojos; pero cuando me imaginaba a mí misma reproducida sólo lograba ver otra Shirley Temple pelirroja, con rizos y hoyuelos, como había sido yo misma, y no podía imaginar en ella la contribución de Bernard. Pensaba que tal vez surgirían los rasgos de nuestros abuelos, cancelando eficazmente o anulando nuestras características, o que la herencia podía remontarse aún más en el pasado para recuperar algún rasgo abandonado que espera como un vagón en una vía muerta a que lo devuelvan a la vía principal.

Esos sueños románticos pronto quedaron descartados, mientras yo deambulaba imprudentemente por la montaña, trepando cuestas empinadas y preguntándome apenas el significado de las señales que anunciaban *Perill, Danger, Avalanches*. Trepaba hasta el lago cálido situado en la cima y me sentaba a contemplar los pinos oscuros por debajo del límite de las nieves perennes, y pensaba otra vez en los pinos de Ibiza «que el corazón venera» comparándolos con las copas cabizbajas y oscuras de los pinos de Andorra. Pasaba junto a pueblos de piedra que parecían brotar de la roca, enormes establos repletos de ganado, el olor del estiércol que persistía en la entrada pero quedaba reducido a la nada por el aliento nevado de la montaña. Me dijeron que muy pronto trasladarían las ovejas por los puertos de montaña, desde Francia, donde pasaban todos los inviernos. Aprendí muchas cosas de estos pueblos gracias a El Vici, que conocía esas rutas de memoria, y que en invierno se ganaba la vida como guía y como contrabandista. Mi ingenuidad era tal que el contrabando le daba a El Vici un aura romántica; nunca hice preguntas acerca de la naturaleza de las mercancías contrabandeadas: simplemente me imaginaba un grupo de hombres de aspecto salvaje, entre los que se encontraba El Vici, que empujaban caballos cargados de cajas de contrabando por los escarpados puertos de montaña.

Después de mi caminata diaria, me tragaba una pastilla de quinina, mientras abrigaba la esperanza y la negaba, y estaba cada vez más asustada y contenta con mi estado. Fue la necesidad de luz lo que proporcionó una solución al problema. Aunque Andorra, a diferencia de Ibiza, tenía mucha electricidad gracias a los ríos de montaña, los habitantes como Carlos y Donna eran demasiado pobres para utilizarla y por eso, al igual que en Ibiza, las bombillas eléctricas eran demasiado tenues para leer y escribir. Tal como había hecho Edwin en Ibiza («el americano» que «fastidiaba» la luz, como lo describía Francesca), compré una bombilla más potente; y cuando me subí a una silla para cambiarla, sentí un mareo y me caí y empecé a perder sangre de una manera que me recordó la primera vez que había

sangrado, en los narcisos, la nieve, la guerra mundial y el cumpleaños en Oamaru. La sangre estaba coagulada. La recogí con una toalla y la arrojé al retrete, tirando varias veces la cadena hasta que se disolvió (lo vi tras echar un rápido y horrorizado vistazo) y se desvaneció.

Débil y mareada, me tendí en el colchón de plumas y contemplé la nieve de las montañas.

—Estás muy pálida —me dijo Donna esa noche.

—Estoy en uno de esos días —respondí.

Ella sonrió, reconociendo que éramos dos mujeres en una casa de hombres. Hasta que el bebé desapareció, no me di cuenta de que lo había aceptado y que me estaba preparando para recibirlo. Experimenté un sentimiento más fuerte que el pesar pero no tan intenso como el luto, un sentimiento de una tierra de nadie donde brotaba una maravillosa sensación de libertad junto al odio por mí misma, nostalgia por Bernard y por lo que él me había dado y nunca supo, tristeza por un sendero perdido, desapariciones, con la sensación de libertad y la perspectiva de vivir una nueva vida en la Ciudad Espejo, triunfando como las hierbas más fértiles, más fuertes, más acres que sin embargo dan flores exquisitas que superan a las flores aceptadas de la tierra de nadie.

La pérdida física al igual que la viudez de Bernard, y la pérdida de ese diminuto crecimiento, su «contribución», me llevó a aceptar naturalmente la compañía que me ofrecía El Vici, apremiada por Donna y Carlos que, encantados, ya habían hecho planes para que nos casáramos en la nueva iglesia. Mi enfermedad pasajera llamó menos la atención porque los chicos enfermaron de varicela y en lugar de ir a la escuela se quedaron en casa, en su habitación oscura, bebiendo *tisane*.

Y en mi recién aclarado y fundido y tal vez con-fundido estado, acepté la invitación de El Vici para ir de excursión a la montaña y una mañana, consciente de la aprobación de Carlos y Donna y de las miradas de los amigos de El Vici que habían salido a la calle, echamos a andar con nuestra merienda por los senderos de montaña, en dirección al límite de las nieves perennes. Me había enterado de que El Vici había colaborado con la resistencia durante la guerra, que luego había estado prisionero en un campo de concentración francés, y que después de la guerra se había ido a vivir a Andorra debido a que conocía profunda y detalladamente los senderos de la montaña; en el otoño trabajaba en la vendimia en el sur de Francia, o en una tienda de pieles del sur. Al igual que muchos italianos, era un experto corredor de carreras de bicicleta y se había llevado su hermosa bicicleta azul y blanca a Andorra y la guardaba en su dormitorio; y aunque nunca la usaba, la lustraba y la aceitaba, y la ponía hacia abajo en el rellano para hacer girar las ruedas y ajustar las marchas. Me había transmitido toda esta información en francés, idioma que

hablaba con soltura, lo mismo que el italiano y el castellano.

Y yo, que siempre admiraba a aquellos que tenían un don para los idiomas, estaba preparada para que me gustara este hombre alto y apuesto. Admiré su puño alzado contra los fascistas conducidos por II Duce, Mussolini, y lo compadecí por los sufrimientos y las torturas que había soportado en el campo de concentración; sin embargo, el hecho de que no pudiera aceptar que usara zapatos blancos y negros, y menos aún que los llevara en la foto que me regaló, es más bien un comentario sobre mí misma y sobre la influencia de mi juventud que sobre el carácter de El Vici. En mi mundo anterior y perdido, cualquier hombre que llevara zapatos de dos colores era un gandul y un haragán, y tal vez un gángster.

Mientras caminábamos hacia la nieve, El Vici señalaba los mojones, y hablábamos en francés, y de vez en cuando también en castellano. Nos detuvimos a pocos metros de la nieve, que siempre me cautivaba, y anuncié su presencia con citas de la poesía francesa en lo que me pareció una alarmante e incluso patética repetición de mi primer paseo por Ibiza con Bernard. Sentí que estaba pasando un disco viejo, tal vez el único que tenía, y pensé si las cosas siempre ocurrirían así, en las mismas circunstancias, a lo largo de los mismos senderos trillados del cerebro.

Mientras colocaba la merienda en un trozo pelado de roca, El Vici me contó que había nacido y se había criado en Milán, que su padre era un hombre callado y su madre una mujer voluminosa (extendió los brazos para describir la anchura de su madre). Explicó que no había tenido *la bonne chance* con las mujeres.

Cuando nos disponíamos a comer el salami y el pan y a beber él vino, de repente se echó hacia adelante y me cogió los pechos. Volví a adoptar la actitud de joven remilgada y luché para soltarme.

—Oh, no —le dije, adoptando el estilo de una consejera de asuntos del corazón—. Hablemos de esto. —Yo no besaba ni abrazaba a nadie que no conociera muy bien, le expliqué.

—Pero has venido a la montaña conmigo —protestó El Vici—. Ninguna mujer va a pasear por la montaña con un hombre, a menos que quieran ser amantes.

Las mujeres no salían solas como hacía yo, no paseaban junto al río, ni por la calle, ni por la montaña. En el futuro, dijo, alguien debía acompañarme. Él saldría a caminar conmigo, y cuando él estuviera trabajando, Donna y Carlos y los niños me acompañarían. Ahora era andorrana, añadió. Andorra era mi tierra.

Los sentimientos de El Vici eran más serios de lo que yo había imaginado. Después del día de la excursión, se aseguró de que yo no saliera sola a caminar, y como en Andorra ya comenzaba la primavera, a pesar de que la carretera a Francia seguía cerrada, las

montañas empezaban a cubrirse de flores y Donna y los niños y yo salíamos a buscar violetas blancas, prímulas, fresias y azucenas, que aún guardaban su aroma congelado por el gélido aire. Sin embargo, me las arreglé para dar algunos paseos en solitario, a veces siguiendo el sendero que conducía al río. a veces caminando hasta Andorra la Vella para recoger los paquetes que me enviaba Patrick Reilly desde Inglaterra: latas de carne en conserva, estofado irlandés y arroz con leche, como si me estuviera muriendo de hambre. También recibía cartas nostálgicas de Edwin. Ibiza ya no era la misma. La gente de siempre se había marchado, la casa se había quedado sola, Fermín seguía tocando su música chillona en el violín y las dos viejas seguían dando vueltas y metiendo las narices en todo y quejándose del horrible crimen que él cometía utilizando bombillas más potentes. Me contó que había solicitado otra beca, ésta con residencia en París. No había tenido noticias de Bernard.

Y una noche, mientras El Vici y yo conversábamos en su dormitorio, él se arrodilló repentinamente delante de mí y al tiempo que intentaba ponerme un anillo, murmuró:

—*Voulez-vous me marier, moi?* —*y* añadió que el anillo había pertenecido a su abuela de Milán.

Me sentí desconcertada, asustada y melancólica, porque Bernard aún ocupaba mis pensamientos y mis sueños. También comprendí que como los veinte años me habían sido arrebatados, ahora en cierto modo me comportaba como una veinteañera que acaba de dejar la escuela y el hogar y explora por primera vez el mundo de los hombres, de las mujeres, del sexo y el amor. Aunque no acepté el anillo de El Vici, tampoco lo rechacé a él. ¿Me movía impulsada tal vez por la codicia, por obtener amor a cualquier precio? Él y el resto de la familia llegaron pues a la conclusión de que estábamos «comprometidos» y que nos casaríamos en la iglesia de Andorra. Mi reacción había sido la de esperar y ver qué ocurría. Luego, con una sensación de pánico, expliqué que primero debía regresar a Londres, donde tenía «cosas de las que ocuparme» (como si estuviera ordenando mi vida y preparándome para la muerte), y que luego regresaría a Andorra.

Así, una vez más, durante el resto de mi estancia en Andorra volví a asumir el papel de siempre, el de una persona pasiva a la que le planifican la vida y que por temor, castigo o provocación no se atreve a negarse. Después de pasar tantos años en un hospital, empezaba a aprender que en los años siguientes este papel siempre me esperaba, y que pasaría gran parte de mi vida intentando huir de una prisión en la que había entrado porque estaba «acostumbrada a ella, y la costumbre es todo».

Así que en el momento adecuado empecé a salir con El Vici para

«dejamos ver». íbamos a la iglesia, preparándonos para la celebración de Semana Santa. Donna me hablaba de lo que me pondría el día de la boda. Me presentaron a los amigos de El Vici, que me estrecharon la mano y me dedicaron palabras amables. Y por la noche, acurrucada en mi nido de plumas, mientras contemplaba las montañas nevadas que se alzaban detrás de los edificios de Les Escaldes, pensaba en lo que había hablado durante el día con El Vici, en los planes que él estaba haciendo, en las respuestas que daba a mis preguntas, y me sentía invadida por un escalofrío de pánico ante la perspectiva de mi vida futura, primero en Andorra, luego en el sur de Francia trabajando en la vendimia, o ayudando en la tienda de pieles, tal vez viviendo en la pobreza, intentando ocuparme de «los críos». Me sorprendí pensando como una «inglesa» que va a vivir a las «colonias»: ¿qué ocurriría con la escuela y la educación de los niños? ¿Y con los libros, las lecturas y mi escritura? ¿Y con la música y el arte? No quería convertirme en uno de esos personajes que había considerado tan románticamente como figuras vivientes de los cuadros de los grandes artistas. Tampoco quería repetir lo que ya había hecho varias veces: utilizar la poesía para ponerme en peligro e intentar forzar una corriente de amor hacia mí. Estaba aprendiendo que los usos de la poesía son infinitos, pero no siempre inofensivos.

El Vici me acompañó a comprar el pasaje de ida y vuelta a Londres. Mientras me esperaba en la puerta de la agencia de viajes, pregunté en tono apremiante: «Si no utilizo el billete de regreso, ¿me devolverán el dinero?» El empleado me aseguró que sí.

La celebración de Semana Santa fue solemnemente alegre, con la tradicional tarta de chocolate con forma de casa, la enorme rueda dorada de queso que el sacerdote distribuía gracias al paquete de alimentos enviado por el gobierno norteamericano, la pasta de azúcar, las galletas y los «canelones» que le ayudé a preparar a Donna. La mesa estaba puesta con un mantel blanco y velas, como un altar, e incluso Antoine y Xavier, que habían sido castigados por tirar la palma del Domingo de Ramos por la ventana, se sentaron en silencio y en actitud obediente, vestidos con sus cuellos de encaje blanco y sus mejores ropas. Todos nos mirábamos con cariño y nos dedicaban miradas especiales a El Vici y a mí, y volví a sentirme bajo el hechizo de los rostros españoles e italianos de ojos oscuros y brillantes que aparecían en los cuadros de los maestros que «nunca se equivocaban con respecto al sufrimiento». ¿Por qué no podía estar también yo en el cuadro? Yo, a pesar de mi pelo rojo de celta, de haber nacido en las antípodas del mundo donde los árboles, como los pinos de Andorra, eran de hoja perenne, del color de la eternidad, de la soberanía, del bosque gobernando naturalmente con el mar, el cielo, la tierra, el clima. Mi ansia de pertenencia (¿y hasta qué punto se puede estar más

cerca de ella sí una está dentro de la ciudad real y de la Ciudad Espejo?) aumentaba mi disposición a permitir que los demás decidieran mi vida.

Esa noche me senté en mi habitación a escribir, con la máquina apoyada en el regazo. Oía las voces de Donna y Carlos, que trabajaban con las fichas de colores. Sabía que El Vici estaba en su habitación, tal vez lustrando su bicicleta azul y blanca. Y de repente se me ocurrió que no sabía si él sabía leer y escribir...

Era otra vez la inglesa entre los «pobres campesinos» que jamás podrían escapar, mientras yo podía escapar a Londres. Volví a pensar en los «críos», los de él y los míos, amados y deseados pero pobres, descalzos, sin posibilidades de ir a la escuela... y me pregunté hasta qué extremo deseaba llevar esta «ampliación de mi experiencia», como anuncié al Comité de Fondos para la Literatura cuando solicité la beca para viajar al extranjero.

¿Y mi escritura? En un futuro en el que nunca estuviera sola, en el que trabajara todos los días recogiendo uvas, ocupándome de los niños, cocinando para mi familia..., ¿cómo podría volver a disfrutar de soledad, entrar otra vez en ese mundo de la imaginación para explorarlo e intentar describirlo? Sin duda en su interior viviría en el mundo de los antiguos maestros pero en un mundo en el que los querubines lloraban y mojaban los pañales, donde los racimos de uvas se movían y crecían y debían ser recogidos, de a millones, no simplemente para llenar un tazón iluminado por un eterno rayo de luz dorada, donde las habitaciones tenuemente iluminadas con su maravilloso juego de luz y sombra debían ser habitadas, quedar limpias y reparadas y resistir a la intemperie.

Y no amaba a El Vici: él simplemente encajaba en un espacio vacío que pronto quedaría llenado por una vegetación frondosa natural, más adecuada al tipo de vida que yo deseaba vivir.

A mediados de mayo, la misma mañana en que se reabrió la carretera de Francia, esperé junto a Donna, Carlos, El Vici y los niños el pequeño autobús con destino a Perpignan. Hubo tristes despedidas, muchos abrazos, besos y ternura. No, le dije a El Vici mientras lo besaba, no me llevaría su anillo porque podía perderlo. Los niños de mirada sabia y solemne que tal vez lo sabían todo («Caín mató a su hermano Abel») me dijeron adiós. Yo le había regalado a Antoine una armónica que tenía las instrucciones dibujadas y él intentó tocar una melodía para mí. Le regalé a Donna mi *cortina* verde y la abrigada chaqueta marrón que me habían regalado mis dos risueñas tías, Elsie y Joy, hermanas de mi madre. Después de besar otra vez a todos, y en último término a El Vici, subí al autobús.

La nieve se amontonaba formando dos altas paredes a ambos lados de la carretera. Quedé extasiada por la luz azul, la irreal

carretera de montaña sobre la que se cernían la nieve y los pinos, y por el modo en que el autobús, el primer vehículo que recorría la carretera abierta, hacía funcionar trabajosamente el quitanieves para apartar la nieve que volvía a caer. Más tarde, al llegar a Perpignan, me sentí como si hubiera surgido de un valle de tinieblas, porque de pronto los árboles eran de color verde claro y la tierra quedaba bañada por una blanca nube de primavera verde, la verdadera primavera. Pasé dos horas y media esperando el tren, caminando por la ciudad, sentada en un banco de piedra junto a la puerta del cementerio, disfrutando de un lujo de soledad y silencio, de la paz, envuelta en la desolación de un pequeño apeadero en el que nada llega ni sale con demasiada frecuencia, donde los letreros anuncian otros lugares: ciudades, catedrales, océanos, otros soles y cielos colmados por la brillante luz amarilla del sol. Pensé en los pequeños apeaderos de la línea principal de la Isla del Sur de Nueva Zelanda: Winton, Gore, Balclutha, Milton, Clinton... y, por supuesto, caminar por el cementerio me recordó los poemas y la prosa francesa que nunca se alejaban demasiado de mis pensamientos... «Quil était triste, le cimetiére de La Semillante... Que je le vois encore avec sa petite muraille basse...», frases que, como la música, los sabores, los perfumes, los colores, definen y aíslan los recuerdos melancólicos sembrando las nubes, por así decirlo, con perlas. ¿Por qué esos recuerdos retornan constantemente a mi preocupación de siempre por el cielo, con momentos alternativos del calor del sol y del frío y la desesperación de perder el sol y esperar su regreso, de una vida supervisada, bendecida y convertida en solitaria por el cielo?

Subí al tren con destino a París y una vez allí pasé la noche en el hotel que se encontraba junto a la Bastilla. Al día siguiente llegué a Londres; Patrick Reilly había ido a esperarme con la noticia de que había encontrado una nueva vivienda en Clapham Common South, y me preguntó si no habría sido demasiado atrevido al alquilar una habitación también para mí. La casera, dijo, quería que le llamaran Ma, simplemente.

Le di las gracias. Y me pregunté qué podía enseñarle del trabajo realizado en Ibiza y Andorra. Como no podía expresarlo tan bien con mis propias palabras, cité las de Albert Camus: «Vivir es ligeramente lo contrario de expresar. Si he de creer a los grandes maestros toscanos, significa dar un triple testimonio, del silencio, el fuego y la inmutabilidad».

SEGUNDA PARTE

A GUSTO EN LA CIUDAD

13. Londres

En Londres me propuse encontrar trabajo y descubrir objetivamente si alguna vez había padecido de esquizofrenia. Esperaba aprovechar la oferta de John Forrest de concertar una cita en el Instituto de Psiquiatría. Aunque seguía siendo propensa a acariciar el desvirtuado «privilegio» de padecer de esquizofrenia porque me ababa a los grandes artistas con mayor facilidad que mis intentos por producir obras de arte, sospechaba que mi obra publicada podía destruir esa tenue alianza porque no podía poblar constantemente mis novelas con personajes que padecieran el «síndrome de Ofelia» gracias a los detalles tomados de mis observaciones en el hospital. Sabía que el síndrome de Ofelia es una ficción poética que sin embargo permite a un escritor explorar variedades de sentimientos, pensamientos y lenguaje de otro modo no expresados o inaceptables.

También hice planes para encontrar un agente que presentara *Los búhos lloran* a las editoriales inglesas y norteamericanas mientras me mantenía con un sueldo y seguía escribiendo mis poemas, mis cuentos y *Tío Pílades*, la novela que había empezado antes de marcharme de Nueva Zelanda.

Mi siguiente preocupación, consecuencia de mi aventura amorosa en Ibiza, de mi separación de Bernard, de mi efímero embarazo y de mi aceptación demasiado rápida de El Vici como futuro esposo, era la necesidad de obtener algo más que un conocimiento elemental de la anatomía femenina y masculina y de las prácticas sexuales: incluso en mi supuesta condición de «mujer sofisticada», mi ignorancia había resultado inaudita.

Así, con la leal y a veces mal encaminada ayuda de Patrick Reilly, empecé a estudiar las columnas de ofertas de trabajo del *Douth London Press* mientras Patrick, igual que antes, como una conciencia neozelandesa conformista que en cierto modo había viajado conmigo y había tomado forma humana, seguía recordándome: «Lo que te conviene es un trabajo bueno y estable. De mecanógrafa, o secretaria. No debes perder el tiempo escribiendo. Con eso no ganarás dinero. Y no es edificante.»

Obediente, fui con él a la Bolsa de Trabajo de Vauxhall Road («para el mejor tipo de trabajo, temporal o permanente»), donde los nervios me impidieron superar la prueba de mecanografía sin cometer montones de errores.

—Entonces, ¿qué te parece Peek Frean?

¡Ah, Peek Frean! Quizá para Patrick era el equivalente londinense de Figueretes. Pensé con nostalgia en los primeros días pasados en Londres, en la dominante amabilidad de Patrick y en sus constantes referencias a Peek Frean, la galleta digestiva, de chocolate, la fábrica de galletas, incluso el edificio de la fábrica, y en cómo me había sentido acosada por el nombre Peek Frean y por los otros nombres londinenses, Tooting Bdy, Hatfield North, Crystal Palace, High Barnet..., nombres que regresaban con fuerza renovada.

Sabiendo lo que Patrick respondería, murmuré:

—Peek Frean.

—Sí, Peek Frean. Podrías trabajar en la fábrica de galletas.

No seguí el consejo de Patrick; en lugar de eso, respondí a un anuncio en el que solicitaban una redactora para un catálogo de modas de una empresa de venta por correo de Brixton, y después de mantener una entrevista con Mr. Jones en la que deslicé un ejemplar de *Los búhos lloran*, diciendo en tono casual que lo había escrito yo y notando que quedaba impresionado, me fue concedido el trabajo junto con un ejemplar de un catálogo viejo para que lo estudiara y aprendiera la descripción de las prendas. Trabajaría con otras personas en una habitación enorme, escribiendo de «nueve a cinco».*

Fue la presencia de otras personas lo que me desanimó. Expliqué que había encontrado otro trabajo.

Como vivía cerca del Hospital del Sur de Londres para Mujeres, que siempre publicaba anuncios pidiendo personal doméstico, solicité trabajo como criada de sala a media jornada, pero durante la entrevista que mantuve con la enfermera jefe, ésta me aconsejó que me preparara como enfermera porque consideraba que yo tenía «pasta de enfermera». Los estudiantes mayores que habían superado la veintena o estaban a principios de la treintena, dijo, tenían más posibilidades de dedicarse al estudio y a un trabajo práctico: ella estaba segura de que yo sería una enfermera excelente. Por supuesto, necesitaría un certificado médico, pero eso no representaría ningún problema porque yo parecía una joven sana, inteligente y capaz.

La idea y los elogios me resultaron atractivos. Pedí una cita para un examen médico con una doctora cuyo nombre sonaba absurdamente ficticio y del que, por razones obvias, sólo menciono las iniciales: la doctora C. S. El examen médico nunca se realizó porque cometí el error de revelar mis «antecedentes psiquiátricos», luego de lo cual la doctora C. S., alarmada y en una muestra de horror mezclado con simpatía, exclamó que el trabajo de enfermera no era para mí. Escudriñó mi rostro buscando las «señales» de mi prolongado encierro y de lo que lo había provocado; yo sabía muy bien que no debía decir que había sido un «error».

Enseguida me acompañó hasta la puerta pero se detuvo, tal vez ligeramente avergonzada por haber mostrado tanta prisa y por su mal disimulado temor. Me dijo que tenía una amiga que necesitaba una criada para trabajos domésticos livianos, y que quizá yo podría trabajar con ella, con la correspondiente supervisión, por supuesto. De lo contrario, con mis antecedentes... En mi situación...

Se despidió de mí.

Recuerdo vividamente esa entrevista: su esencia está contenida en el nombre peculiarmente ficticio de la doctora C. S. Entre los recuerdos que conservo de Londres, ocupa un lugar junto a Peek Frean, Tooting Bdy, Tufnell Park... salvo que, a diferencia de los demás, éste encierra un pequeño glóbulo de horror.

No sólo era la desgracia de la conformidad personificada por Patrick Reilly lo que me perseguía; mi propio pasado también seguía cerniéndose sobre mí. ¿Cómo podía recuperar la confianza si jamás había sido capaz de contar «mi versión» de las cosas? Supe que había llegado el momento de descubrir «la verdad».

De modo que, por intermedio de John Forrest, concerté una entrevista con el doctor Michael Berger, del Instituto de Psiquiatría.

Entretanto, encontré un trabajo, un agente literario, y compré una enciclopedia sobre temas sexuales.

14. Preguntas

Me convertí en acomodadora del Regal Theatre, de Streatham, donde empezaba a trabajar a las diez y media, preparaba la sala para la sesión de las once en punto y hacía un descanso por la tarde; cada dos días trabajaba en la sesión de las cinco o en la de las siete, a veces en ambas, y terminaba después de las once de la noche, tras recorrer la sala en busca de clientes despistados o propiedades perdidas, y el lavabo en busca de niños recién nacidos. Intenté disfrutar del trabajo, porque sin duda alguna me permitía «ampliar mi experiencia», pero no me resultaba agradable tener que ocuparme de una sala llena de niños durante la sesión matinal de los sábados, o intentar dominar a los gamberros que iban los domingos por la tarde a ver las películas de sexo y terror o, durante los intervalos, hacer el papel de heladera, con la bandeja llena de zumos de naranja, helados con chocolate y helados normales, sujeta con una correa a la cintura y a los hombros, y tener que tantear en la semipenumbra buscando el cambio correcto para descubrir más tarde que tenía que poner dinero de mi bolsillo porque había confundido la maciza moneda de dos chelines con la media corona neozelandesa. El personal y el público me fascinaban. En mi papel de «escritora en ciernes», me dedicaba a «estudiarlos» atentamente mientras aprendía el lenguaje y las costumbres de las

acomodadoras, y me enteraba de que en el interior del país ése era un trabajo como cualquier otro, pero que ser acomodadora en un barrio londinense era un paso para llegar a serlo en cines como el de Leicester Square, donde se presentaban estrenos y las estrellas de cine, los directores y los productores aparecían en persona y una acomodadora que estuviera en el sitio adecuado en el momento adecuado y produjera una buena impresión podía lograr que repararan en ella, que le hablaran, y tal vez iniciar así su carrera hacia Hollywood, hacia el estrellato... y tener su gran oportunidad. Ése era el sueño de todas las acomodadoras jóvenes que trabajaban conmigo, y sin duda era el sueño que acariciaban las que vivían en los apartamentos de Streatham, Brixton, Clapham, y siempre surgía un ejemplo real o imaginado de la acomodadora —«claro que la recuerdas... hace sólo dos años... quién iba a decirlo»— que había triunfado.

El trabajo me resultaba agotador y deprimente; los cines empezaban a cerrar sus puertas, reemplazados por las salas de bingo, y con cada cambio de programación los administradores de los cines Regal, ABC, Odeon y Gaumont, que se sentían amenazados con la pérdida de su trabajo, intentaban imaginar una promoción más espectacular. Durante una semana los falsos leones rugían en el vestíbulo y los niños participaban en competiciones imposibles que nunca podían ganar, recordándome los juegos organizados por los cines de mi infancia, en los tiempos de la Depresión, cuando una letra que faltaba en una frase podía ser reemplazada por una serie de letras y, para nosotros, significaba casi una cuestión de vida o muerte. Durante las tres semanas que el cine ofreció *La maldición de Frankenstein*, en el vestíbulo se exhibieron vampiros, estacas, balas de plata, un modelo de Frankenstein, toda una mezcla de folclore del horror. Y durante todo ese tiempo el administrador, un hombre bajo, de edad mediana y pelo rojizo, que miraba siempre hacia arriba, se mostraba cada vez más ansioso; y las acomodadoras soñaban con llegar a Hollywood.

Uno de mis días libres, tiempo después de haber elegido en el *Artists' and Writers' Yearbook* al agente A. M. Heath, que lo había sido de E. E. Cummings y que, por lo tanto, supuse que podía estar dispuesto a ocuparse de la escritura experimental, es decir, a sacrificar el dinero por la fe en un escritor, me dirigí a Dover Street para acudir a una cita con Patience Ross, de la agencia de A. M. Heath. El despacho se encontraba casi en el último piso. Me sorprendió el ambiente general de desorden: manuscritos por todas partes, algunos amontonados en el suelo, algunos en estanterías, libros recién publicados, con la sobrecubierta aún brillante, exhibidos en atriles y en las paredes, en vitrinas, en estanterías; fotos de autores, muchos

autores, hombres y mujeres, todos desconocidos para mí.

Patience Ross, una amable mujer de pelo corto y gris, ojos grises, vestida de negro y gris, me recibió.

¡Mi primera agente literaria!

Metió la mano en una enorme bolsa repleta de libros y sacó un ejemplar de *Los búhos lloran* que había estado leyendo. La novela le había impresionado, me dijo, aunque suponía que no sería de interés popular. Si yo estaba de acuerdo en permitir que ellos fueran mis agentes, empezarían presentando el libro a las editoriales inglesas y, a través de su agente en Estados Unidos, a las editoriales norteamericanas, aunque debía tener en cuenta que las editoriales preferían ocuparse de manuscritos y no de libros que ya habían sido publicados en otro país. Me preguntó si me daba cuenta de que según el contrato que había firmado con Pegasus Press ellos tendrían derecho a quedarse con el cincuenta por ciento de todas mis ganancias en el extranjero. Dado que la posibilidad de cobrar derechos de autor parecía tan remota, me limité a sonreír, como diciendo «¿Qué importa?».

Concluida la entrevista, abandonamos juntas la oficina y entramos en el ascensor de hierro que Patience Ross comparó con «algo salido de una obra de Kafka», a lo que yo, ansiosa por aparecer «como una escritora» que podía estar a la altura de esos retratos literarios intimidantes de la pared del despacho, respondí con un murmullo sagaz:

—Sí, Kafka...

Cogí el autobús 137, de regreso a Clapham South.

Terminé mi siguiente tarea en breves instantes. Entré en una tienda de Charing Cross Road y compré un enorme volumen titulado *Encyclopaedia of Sex* que, según se anunciaba en el escaparate, contenía «cientos de diagramas y fotos en color».

Luego me preparé para acudir a la cita de la semana siguiente con el doctor Berger.

Éste era mi primer verano en Londres, con su calor opresivamente cargado de humos y sus aceras ardientes. El día de mi entrevista con el doctor Berger en el Maudsley Hospital, en Denmark Hill, caminé desde Clapham South hasta Clapham North, a lo largo de Clapham Peark Road y Acre Lane, crucé Brixton por Coldharbour Lane hasta Camberwell Green, y pasé junto a las hileras de desvencijadas casas de ladrillo; todo era lúgubre, sucio, con un aire de pobreza; las voces me resultaban extrañas, la mujer de la tienda me dijo «cariño», «Toma, cariño», cuando compré un paquete de pastillas de menta *extra fuertes*; las mujeres llevaban la cabeza cubierta con pañuelo y se les notaba el cansancio en el rostro; los hombres eran pálidos, menudos, como animales de madriguera; en la acera había mendigos sentados, con

una gorra o una lata al costado, esperando que les tiraran dinero en respuesta al letrero que habían colocado contra la pared: *Herido de guerra, Piernas amputadas, Ciego de nacimiento, Defecto congénito, Esposa y cinco hijos.*

Pasé junto a una tienda que anunciaba *Carne de caballo para consumo humano*. Leí las noticias en los puestos de periódicos y los menús escritos con tiza en la puerta del poco atractivo café del servicio de transporte. Llegué a una plaza de césped seco, bordeada por unos cuantos arbustos y unos asientos, y rodeada por el tráfico que se dirigía a Peckham, a Forest Hill, Central London y Clapham. Caminé calle arriba hasta el sector de pacientes externos del Maudsley Hospital, donde esperaba encontrar por fin las respuestas a las preguntas que seguía planteándome con respecto a mis «antecedentes». Tenía que saber si mis puntos de vista personales, por lo general considerados con amable incredulidad y en ocasiones con escéptica aceptación, contenían algo de verdad o no eran más que otro ejemplo del engaño que me hacía a mí misma.

Durante mi primera entrevista con el doctor Berger descubrí que una vez más utilizaba mi prolongada estancia en el hospital como una forma de llamar la atención. Sabía que una estancia tan prolongada, con la aplicación y planificación de tratamientos tan drásticos, por lo general daba lugar a deducir que mi estado había sido desesperado y a suponer que podía reproducirse: sabía qué efecto producía mi pasado en los desconocidos. También sabía que su respuesta podía ser utilizada para satisfacer mis deseos. El hecho de verme invariablemente obligada a llegar a esos extremos para revelar mi ser «secreto y verdadero», para descubrir las respuestas a preguntas que —de haber tenido la seguridad y la serenidad de ser yo misma «en el mundo»— podría haber planteado directamente, era para mí una prueba de un malsano autoentierro. A menudo, después de varios terremotos, existen pocas señales de lo que sobrevive bajo las ruinas, y si existen supervivientes deben llamar la atención para que las autoridades decidan investigar y explorar los restos de la ciudad, ya sea una ciudad real o una ciudad espejo que se agita cuando hay viento y está sujeta a las corrientes del océano y el cielo.

El doctor Berger, un hombre alto y moreno, de rostro pálido, con una espeluznante mirada de superioridad y voz singularmente inglesa, me dio hora para que volviera a verlo. La visita al psiquiatra había despertado en mí una sensación de disgusto y temor; y el hecho de llamar su atención y observar su rostro grave había disminuido mi seguridad. Sin embargo, sabía que si alguien podía descubrir la verdad, sería él, solo o con sus colegas.

Seguí trabajando en el Regal Theatre. Mis reservas de dinero se agotaban a toda prisa y el trabajo de acomodadora se volvió más

tedioso y deprimente; todas las tardes, durante el descanso para tomar el café, escuchaba las confidencias de las acomodadoras más jóvenes. Una de ellas había estado acostándose con un famoso cantante al que todos consideraban perfecto, y cuyo rostro amable aparecía todas las noches en la televisión; le había prometido a la chica que le conseguiría un contrato y, tal vez, el estréllalo, dijo. Otra, al enterarse de que yo aspiraba a convertirme en escritora, me entregó sus poemas para que los leyera y me horroricé mientras seguía su dorada luna hasta el mes de junio y miraba los ojos de su amante, tan azules como el cielo; sin embargo, si hubiera pensado en mis propias experiencias, tal vez no me habría horrorizado tanto.

A veces mi padre, que se encontraba en Oamaru, enviaba un puñado de vales postales de cinco chelines comprados en diferentes días y «ahorrados» durante las restricciones monetarias. Miss Lincoln, que se encontraba en Mt Maunganui, también enviaba su puñado de vales postales de cinco chelines.

Por las noches, cuando Patrick Reilly y yo no íbamos a trabajar, paseábamos por el Common, como en los tiempos en que llegué a Londres por primera vez, y aproximadamente en esa época del año, cuando el verano por fin prometía retirarse en una nube de polvo y hojas marchitas, con el sol súbitamente ensangrentado que entraba y salía de la ciudad con paso majestuoso entre las ramas peladas de los plataneros; y muy pronto el césped del Common se volvería ralo, pardo, y habría perdido toda esperanza de seguir creciendo.

Acudí a mi segunda cita con el doctor Berger. Había quedado impregnada por la ciudad de Londres y sus estaciones, y hablaba como si yo misma fuera la ciudad, revelando mi agotamiento con la proximidad del invierno. Hablé de suicidio. Ese tema surgía fácilmente en mis labios como un atajo que aseguraba la acción cuando los senderos que conducían a la comunicación real habían quedado cubiertos de hierba. Sabía que el hecho de hablar de suicidio siempre debe considerarse seriamente, que sólo los ignorantes hacen lo contrario o responden, arrepintiéndose después, con la serena aceptación del hecho y la posibilidad de su realización. Tal aceptación, una garantía de que todo está bien, es suficiente para precipitar el acto en una persona desesperada que entonces no tiene otra forma de dar a conocer su desesperación.

El doctor Berger opinaba que debía ingresar como paciente del Maudsley para que me sometieran 'a diversas pruebas y observaciones. Mi plan había funcionado. Mis preguntas obtendrían respuesta. Aunque albergaba muchos temores, suponía que este famoso instituto de psiquiatría no tendría tantos defectos como los hospitales de Nueva Zelanda, que habría muchos médicos capacitados para hacer un diagnóstico completo después de conocer los datos de cada caso; y

también que, a diferencia de lo ocurrido en Nueva Zelanda, el «caso» tendría la posibilidad de expresarse, de ser conocido directamente. Tenía grandes esperanzas.

El doctor Berger me permitió regresar a mi habitación de Clapham South, donde recogí algunos efectos personales y le expliqué la situación a Patrick, que. se ofreció a guardar mis maletas en su habitación durante las seis semanas que yo estaría en el hospital. A pesar de mi creciente aprensión, sentía que esto era necesario: por fin descubriría la «verdad».

15. La investigación y el veredicto

Hasta entonces, no había sabido qué pensar del Maudsley. Y lo que descubrí me impresionó y despertó en mí una gratitud que todavía hoy siento. En aquel momento había gran cantidad de médicos, personal doméstico y enfermeras, y muchas de éstas eran de distintos países de Europa, África, de Irlanda, de las Antillas, y una o dos de Nueva Zelanda. En la sala de admisión y observación, la proporción era de una enfermera cada cinco pacientes y las tareas domésticas se reservaban a las criadas de sala, las asistentas de cocina y las cocineras, dejando así que las enfermeras se ocuparan de sus tareas profesionales específicas. Recordé los días que había pasado en el Seacliff Hospital de Nueva Zelanda, en la «sala final», donde las enfermeras tenían prohibido hablar conmigo (me enteré de esto más tarde, por intermedio de dos enfermeras, ahora retiradas) y me sorprendí al descubrir que aquí, en el Maudsley, las enfermeras tenían la obligación de hablar con los pacientes, de llegar a conocerlos. ¿De qué otro modo podía hacerse un diagnóstico correcto? También me impresionó descubrir que los pacientes eran entrevistados por su médico varias veces por semana, al principio todos los días, y no como ocurría en Nueva Zelanda: una vez con motivo de su admisión, y otra vez para recibir el alta, con algún que otro saludo en el intervalo, al margen de los años que pudiera durar el intervalo. En el Maudsley no tendría motivos para quejarme de que las decisiones con respecto a mí se tomaran sin que nadie se molestara en hablar conmigo y en tratar de conocerme. El Maudsley también proporcionaba numerosos «tests» corrientes como ayuda para la realización del diagnóstico (otro método desconocido o al menos no practicado en los años que pasé en los hospitales de Nueva Zelanda).

Había un elemento de lujo y satisfacción en el hecho de contar con un médico y una enfermera personales. Me fue asignado el doctor Alan Miller, un joven diplomado norteamericano al que le comuniqué mi historial personal (omitiendo todo lo incontable) a lo largo de frecuentes entrevistas. El Maudsley ya había obtenido de Nueva

Zelanda los detalles de mi hospitalización allí, de los diagnósticos, los tratamientos y los pronósticos.

El doctor Miller era un hombre alto y fornido que sentía el frío del inminente invierno y por eso llevaba puestas varias prendas, lo que aumentaba su corpulencia. Su peso le preocupaba. A menudo, durante nuestras entrevistas, comía chocolate. Su pasatiempo consistía en tocar la viola y estaba orgulloso de cartearse una vez al año con Pablo Casals. Había llegado con su esposa, sus hijos y su furgón Ford para pasar un año en el Maudsley, y lamentaba que el año estuviera llegando a su fin. Aunque enterarse de esos detalles de la vida de un psiquiatra no era habitual, el doctor Miller hablaba libremente de sí mismo, de sus sentimientos y opiniones, a diferencia de los serios y sobrios ingleses, que miraban, fruncían el ceño, esbozaban una sonrisa y sólo decían: «Ajá, comprendo.» Me sentí agradecida de tener como médico a alguien que no temía reconocer y expresar la desagradable idea de que, después de todo, pertenecía a la raza humana, que no podía hacer nada al respecto y que fingir que era un dios no cambiaría nada. ¡Y qué entusiasta era el doctor Miller! «Usted nunca ha padecido esquizofrenia», me decía. «La esquizofrenia es una enfermedad terrible.» Sin embargo, el veredicto tenía que ser objetivo, resultado de las pruebas, observaciones y entrevistas realizadas con el equipo de médicos supervisados por el doctor Berger, y esos resultados serían transmitidos en una reunión presidida por sir Aubrey Lewis, entonces director del hospital. Contagiada del entusiasmo del doctor Miller, me sometí a pruebas de todo tipo, mentales y manuales. Me hicieron por primera vez un electroencefalograma (un examen que años atrás debería haberse practicado como rutina) y quedé desconcertada cuando el doctor Miller, siempre ansioso por comunicarme los resultados, me anunció que mis ondas cerebrales eran «más normales de lo normal», destruyendo así mi prolongada relación y afinidad con Van Gogh y Hugo Wolf, inspirada por las inolvidables palabras del apuesto y encantador profesor que había conocido varios años antes: «Cuando pienso en ti, pienso en Van Gogh, en Hugo Wolf... Janet, tú estás enferma de soledad espiritual...»

Finalmente fui citada a la sala de entrevistas, donde el equipo médico se encontraba sentado ante una larga mesa presidida por sir Aubrey Lewis. El equipo ya había celebrado sus reuniones y llegado a sus conclusiones, y después de mantener una breve conversación conmigo, sir Aubrey pronunció el veredicto. Yo nunca había padecido esquizofrenia, dijo. Jamás debería haber sido ingresada en un hospital psiquiátrico. Cualquier problema que pudiera experimentar en la actualidad era sobre todo el resultado directo de mi estancia en el hospital.

Sonreí.

—Gracias —dije en tono tímido y formal, como si hubiera ganado un premio.

Más tarde, el doctor Miller repitió el veredicto con expresión triunfante. Recuerdo su expresión de deleite y el modo en que se giró pesadamente en su silla porque la cantidad de ropa que llevaba parecía dificultar sus movimientos.

—En Inglaterra hace mucho frío —comentó—. Y llevo esta ropa interior de lana, tan gruesa...

La última moda, los abrigos cortos y los pantalones estrechos, aumentaba su incomodidad. Tal vez recuerdo tan vividamente la cantidad de ropa que el doctor Miller usaba en invierno porque yo misma me había despojado repentinamente de una prenda que había llevado puesta durante doce o trece años: mi esquizofrenia. Recordaba con cuánto asombro y temor había intentado pronunciar esa palabra al enterarme del diagnóstico, cómo la había buscado en los libros de psicología y en los diccionarios de medicina y cómo, al principio con cierta incredulidad y luego rindiéndome a la opinión de los expertos, la había aceptado; cómo en el sufrimiento y el terror de la aceptación había encontrado un consuelo y una protección inesperados, cómo había anhelado librarme de la opinión pero no estaba dispuesta a separarme de ella, e incluso aunque no la usaba abiertamente, siempre la tenía a mano para casos de emergencia, para ponérmela a toda prisa y protegerme de la crueldad del mundo. Y ahora había desaparecido, no destruida por mí y por mi constante búsqueda de la «verdad» relacionada con una mala disposición a perder una protección tan útil sino desterrada oficialmente por los expertos: nunca más podría recurrir a ella en busca de ayuda.

La pérdida era enorme. Al principio, la verdad parecía más espantosa que la mentira. La esquizofrenia, en tanto psicosis, había sido un logro, liberaba de toda responsabilidad a quien la padecía. Había quedado despojada. Estaba avergonzada. ¿Cómo podía pedir ayuda directamente si «no me ocurría nada malo»? ¿Cómo podía explicarme a mí misma si ya no podía pasar con astucia de la categoría de escritora a la de alguien que padece esquizofrenia, de una a otra según convenía en cada ocasión? El saqueo oficial de mi amor propio fue aliviado por la actitud del personal del hospital. Tal como había dicho el profesor Lewis, necesitaba ayuda profesional para librarme de las consecuencias provocadas por mi prolongada estancia en el hospital; entretanto me quedaría en el Maudsley, mientras continuaba las entrevistas con el doctor Miller. Cuando éste conoció todos los detalles de mi vida, nos dedicamos a hablar sobre todo de cuestiones cotidianas del presente, en una especie de terapia sin forma que permitía incluir las preocupaciones del presente y las del pasado. Dragamos serenamente el lago, por así decirlo, y observamos las

luciérnagas y la luz del sol sobre el agua, y por lo general dejábamos que los muertos antiguos descansaran y los muertos descubiertos regresaran a sus profundidades mientras las aguas, momentáneamente enturbiadas, se limpiaban y se serenaban. La única dificultad que seguía existiendo en nuestras charlas era el pánico que yo sentía, apenas comprendido y admitido, ante la pérdida de mi esquizofrenia y mi reticencia a separarme de ella, mi insistencia, por costumbre o porque necesitaba su protección, acerca de que tal vez seguía presente, y que seguiría formando parte de mi vida.

Pasé el invierno protegida por el calor del Maudsley. Me hice amiga de las enfermeras y de los pacientes, y de la asistenta de cocina, Gerda, una alemana que envolvía a todo el mundo con su amabilidad. «Oh, Janet, mein encantadora Kinder», decía sonriendo.

He oído decir que quedaron atrás los tiempos en que el hospital contaba con el personal completo; en aquel entonces, a finales de los cincuenta, el personal era altamente cualificado y muy diverso y las enfermeras y psiquiatras extranjeros daban al trabajo una nueva dimensión de su cultura. Un ejemplo específico de la fuerza y la sabiduría con que se administraba el Maudsley era la inclusión de médicos afectados por alguna incapacidad física, y en general eran estos médicos los que se comunicaban más fácilmente con los pacientes.

Empecé a prepararme para abandonar el hospital y continuar mi «propia vida». Había llegado la primavera y aún se desataba alguna tormenta de nieve de vez en cuando. Para mi alivio, el doctor Berger me explicó que como paso previo a mi intento de buscar empleo, le había pedido a Miss Baer, la bibliotecaria, que me diera trabajo en la biblioteca médica. Aunque se sabía que yo había publicado dos libros en Nueva Zelanda y que mi ambición consistía en dedicarme exclusivamente a escribir, el duro mundo editorial de Londres daba pocas muestras de que yo fuera capaz de hacer carrera con la literatura. Patience Ross, de A. M. Heath, me había informado que llegaban a cincuenta los editores de Estados Unidos y el Reino Unido que habían admirado mi novela *Los búhos lloran* pero se habían negado a publicarla, y así, con cierto abatimiento pero manteniendo mi postura «poética», entré a trabajar en la biblioteca médica y al cabo de pocos días descubrí que me declaraban «no apta». Entonces el doctor Berger me asignó la tarea de catalogar documentos médicos en el museo del cerebro. ¡El museo del cerebro! Maravillosamente sola, pasé varios días clasificando publicaciones médicas en compañía de tumores y cerebros conservados, etiquetados y colocados en vitrinas. En esas publicaciones me enteré de que la TCE (Terapia Convulsiva o de Electrochoque) se recomendaba como una forma de provocar *miedo* en el paciente, en la medida en que el miedo era, por así decirlo, una

gratificación y algo saludable... ¡sin duda para el psiquiatra, no para el paciente! Sentada entre los cerebros etiquetados y envasados, me atreví a contar con la cualidad de la fuerza y la vigilancia de los psiquiatras, su continuo examen y comprobación de su humanidad, sin la cual podían convertirse en operadores políticos infectados por el virus endémico de la psiquiatría, la política y algunas otras profesiones..., creer en el yo como en Dios.

En el museo del cerebro escribí un poema.

El tumor de Dobson, mil novecientos cincuenta y cinco.
No podías verlo a través de su cabeza calva
ni de su rostro entristecido, ni oírlo hablar
en sus gritos salvajes aunque sus palabras brotaban de sus
[colmillos
en una floreciente y sinuosa insensatez. Pasó los últimos
[años oculto
bajo un precipicio de escarabajos circulares y la violenta
[luz del sol.
Un día hubo un corrimiento de rocas ingrávidas, y Dobson
[murió.
La cremación fue en Golders Green, un servicio celebrado
en la capilla privada, sus virtudes ensalzadas solemnemente
(los restos del vicio hasta ahora ocultos por la pleamar de
[la congoja).
Su viuda alquiló un nicho para sus cenizas en el muro de la
[iglesia,
y destinó el dinero de la corona a la investigación del tumor.
Pero en la ceremonia pocos llegaron a imaginar que no
[quemaban
ni enterraban a Dobson tan completamente como parecía.
Otra diapositiva, otro chiste. Anochecer.
Las habitaciones se vacían. Las capas de frío se pegan a los
[muebles barnizados.
Una vez más la criatura etiquetada y envasada queda
[desechada
sobre el escritorio desordenado entre ficheros e historias
[clínicas.
Ya hace tres años que se contó cómo murió Dobson: con mi
[lengua doble
escupí a Dios. Mi prestigio
engorda impregnado de formalina. Sobrevivo
como el tumor de Dobson, mil novecientos cincuenta y cinco.

Después de dos o tres semanas de trabajo en el museo del cerebro,

se decidió que debía hacer una salida diaria para encontrar un lugar donde vivir, ya que yo no deseaba quedarme en la misma casa que Patrick Reilly porque, sin duda ante mi invitación inconsciente, con su conducta de padre engreído amenazaba con hacerse cargo de mi vida. Durante sus frecuentes visitas insistía en advertirme de los peligros del mundo, sobre todo de los peligros del sexo; porque había descubierto entre mis pertenencias la *Enciclopedia del sexo*. Mientras blandía el libro, me dijo que era una perdida.

—Nadie debería saber tanto sobre su cuerpo. ¡Y todos esos diagramas y fotos!

Abrió el libro en una página en la que aparecía un diagrama de los órganos sexuales femeninos.

—¿Una mujer es así, *realmente*? —preguntó y él mismo respondió —: No lo creo.

Se mostró vehemente.

—Este libro irá al cubo de la basura esta misma noche.

Aquel día, con la ayuda del doctor Miller, le dije a Patrick Reilly que sería mejor que no volviera a visitarme. Pronto me marcharía a Estados Unidos, le expliqué, donde tenía amigos.

Aunque me decepcionó que nadie me sugiriera continuar con mi carrera de escritora, esperaba encontrar tiempo para escribir, porque el asistente social había conseguido que la Asistencia Nacional me diera una subvención hasta que me hubiera estabilizado lo suficiente para «conservar un empleo», según dijo el doctor Berger. Así que una fría tarde, en un arranque de auto— compasión y con una sensación de aislamiento, salí a buscar una vivienda. Mi sensación de amargura se vio aumentada por la idea de que el doctor Miller pronto regresaría a Estados Unidos y me sería asignado otro médico para las entrevistas en el departamento de pacientes externos. En Camberwell Road subí a un autobús que iba en dirección a Chalk Farm.[6] Me dije que cerca de allí encontraría una habitación; sobre el mapa, no estaba lejos de Primrose Hill.[7] ¡Sin duda sería un lugar agradable para vivir! Tal vez Chalk Farm estaba cerca de una cantera abandonada, en una tierra de labrantío, y en primavera se llenaría de prímulas.

El autobús giró y pasó por Elephant and Castle, por Westminster, rodeó Trafalgar Square, subió por Charing Cross Road, por Tottenham Court Road, Goodge Street Station, Momington Station, Camden; el paisaje se hacía cada vez más monótono y lúgubre, hasta que llegamos a Chalk Farm Station que, por lo que pude ver, era un alto muro de ladrillo que ocultaba la vía férrea de Euston o King's Cross o Paddington, con una hilera de desvencijadas casas de ladrillo que bordeaban un costado de la carretera. En Chalk Farm bajé del autobús y retrocedí en dirección a Kentish Town y giré en Fortess Road —que leí erróneamente como *Fortress*[8] Road—, y ante mis ojos apareció un

letrero: *Se alquila habitación.*

Un lugar donde vivir.

Alquilé la habitación. El alquiler era barato. Se trataba de una habitación del sótano de una casa vieja en la que las habitaciones se alquilaban como estudios; estaba sucia, tenía los muebles rotos y el cristal de la ventana, hecho añicos, había sido reemplazado por una tela metálica a través de la cual se filtraba el gélido viento de Londres. La pequeña antesala que había junto al estudio tenía un agujero en el techo (éste se encontraba al nivel de la acera), a través del cual se introducían las provisiones de carbón y cualquier otro objeto que pudiera pasar por él. Si miraba por la ventana, podía ver las ruedas de los vehículos y los pies de la gente y las patas de los perros que pasaban. En esa habitación sólo me quedé durante una semana. El edificio era frío, no tenía calefacción, y un día en que cortaron la electricidad porque el dueño no había pagado la cuenta, empecé a explorar y descubrí que los otros inquilinos eran gente pobre que vivía hacinada y deprimida por la humedad, el frío y la oscuridad, y por las chinches. Hablé con una mujer que vivía arriba, al nivel de la calle. Su bebé estaba dormido y ella se encontraba junto a la cama, con un montón de cabezas de muñeca en cuyos rostros vacíos debía pintar los ojos. Y no tenía luz para trabajar.

Como no tenía sentido intentar escribir a máquina en un sótano oscuro, salí a buscar otra vivienda y quedé agradablemente sorprendida al ver el anuncio de una habitación exactamente enfrente; se trataba de una habitación en un piso, y según la descripción del anuncio era muy atractiva. Qué buena suerte, pensé, y de inmediato pedí que me dejaran verla. Me llevaron hasta el tercer piso del edificio y hasta una pequeña habitación que daba a un pasillo en cuyo extremo había una cocina y un cuarto de baño, y aunque la vista era triste pues daba a otro de los muros de ladrillo del norte de Londres, alquilé la habitación de inmediato, sabiendo que podría mudarme enseguida de mi sótano, al otro lado de *Fortress* Road. Tal vez igual que en Ibiza, interpreté mal la información: creí que era la única ocupante del diminuto piso, pero cuando ya me había instalado y empezaba a disfrutar de mi buena suerte, quedé sorprendida al oír una, luego una segunda y por fin una tercera persona que entraba en el piso. ¿Cómo no me había dado cuenta de que en el estrecho pasillo había otras tres habitaciones pequeñas, y que la mía era la segunda a partir de la cocina? Entré en la cocina, donde me encontré con tres mujeres, cada una preparando su comida: Jane, una bonita rubia de veintitantos años, maestra; Gloria, morena, empleada de oficina, y Millicent, bibliotecaria de una firma industrial. Fue Millicent la que se hizo cargo de la situación e hizo las presentaciones. Les dije que yo era escritora. Quizá, añadí, si les interesaba leer mi libro podría

enseñárselo. No quise dar a conocer el título porque habían ocurrido tantas cosas desde que lo había escrito y publicado que empezaba a pensar que se estaba desintegrando, disolviendo, y que pronto quedaría en la nada. Aunque sabía que las palabras y las ideas y su expresión pueden desaparecer, no me había dado cuenta de lo frágil que es un libro publicado y había imaginado que su forma, su presencia y su multiplicación podían darle fuerza, peso y permanencia. Y ahora incluso el título de mi libro se negaba a ser pronunciado.

En mi nueva habitación volví a empezar mi vida de escritora y todas las mañanas intentaba escribir a máquina mientras miraba fijamente los opresivos muros de ladrillo de Kentish Town. Todas las semanas acudía a mi cita con el doctor Miller en el Maudsley Hospital, cada vez más apenada porque me daba cuenta de que sólo faltaban unas semanas para que él se marchara. Un día me presentó al médico que lo reemplazaría, un tal doctor Portion, y se me cayó el alma a los pies al oír su tajante acento inglés, tan distinto de la alegre voz del doctor Miller, con ese acento que había conocido hacía tantos años en las películas de Hollywood. Me pregunté si me resultaría posible hablar con el doctor Portion.

Cuando me dieron el alta en el hospital, reinicié mi relación con Ben, el poeta, que me presentó a su amigo Lawrence, que acababa de regresar de Estados Unidos, donde había vivido doce años. Como ni Ben ni Lawrence ni yo teníamos un trabajo estable, y como ellos vivían al norte de Kentish Town, adoptaron la costumbre de «pasar» por el piso a primera hora de la mañana, de camino a la ciudad, es decir a los lugares que solían frecuentar en el Soho, donde se reunían con otros poetas y pintores sin trabajo y se sentaban a charlar en el café French, cuyos clientes siempre señalaban con orgullo al famoso Ironfoot Jack, conocido como miembro, en el pasado o en el presente, del hampa. A menudo, después de dar a Ben y a Lawrence una taza de café, me sentía poco dispuesta a enfrentarme a las paredes de ladrillo de Kentish Town y me iba con ellos al Soho, donde encontrábamos una variedad de gente cuya ambición era escribir, o pintar, o componer; me sentía a gusto entre ellos, pero me entristecían sus constantes sueños y sus charlas acerca de lo que tenían la esperanza de producir, aunque sabían muy bien (lo mismo que yo) que mientras hablaban y soñaban su trabajo seguía intacto en la soledad de sus apartamentos o en sus diminutos pisos con olor a gas, con el cuarto de baño compartido, la cocina compartida, todo compartido. Los muros de Kentish no eran el único enemigo temible de mi trabajo; soñar era más fácil, aunque yo nunca expresaba mis sueños. Compraba regularmente los semanarios literarios y la *London Magazine*, que había iniciado una serie titulada «Llegar a Londres», donde se

narraban las experiencias de los primeros tiempos de escritores famosos. Leía con ansiedad sus encuentros con editores, agentes y propietarios de editoriales mientras componía mentalmente mi propio artículo, que algún día escribiría y estaría plagado de referencias a poetas y novelistas que había conocido, y de vez en cuando mencionaría a «mi editor» (preferentemente Faber and Faber). «Un día, mientras almorzaba con mi editor...»

Ya lo creo que soñaba.

Cuando Lawrence empezó a considerarme su «chica» estuve de acuerdo pero me mostré poco entusiasta, pues me negaba a correr otra vez el riesgo de quedar embarazada, aunque estaba dispuesta a consolar y a ser consolada, a dar mi cuerpo desnudo a otro cuerpo desnudo. Cuando Lawrence empezó a llegar muchas mañanas a las ocho y media, Millicent expresó su desaprobación y Jane dijo que pensaba que yo no debía recibir a un hombre a esas horas de la mañana. Gloria, que ocupaba la habitación del extremo y no coincidía con las otras porque ella también había «recibido hombres», era la única que me comprendía, y ella y yo manteníamos muchas conversaciones confidenciales, como si fuéramos hermanas. Durante el día, Lawrence y yo seguíamos la ruta habitual por el Soho y luego recorríamos las galerías para contemplar los cuadros nuevos. Él decía que ésa era su obligación. Alguien debe asumir la responsabilidad de mirar las pinturas nuevas, porque de lo contrario quedan colgadas y tal vez haya alguien que las mire, pero pocos que lleguen a conocerlas, y para un pintor es una experiencia deprimente darse cuenta de que nadie se molesta en contemplar su obra. Lawrence decía que las pinturas también sufrían. Diez o quince minutos eran suficientes para devolver la vida y la esperanza a una pintura abandonada y, a través de ella, renovar la vida de un pintor que se encuentra solo delante del caballete.

Gracias a Ben y a Lawrence conocí a muchos de los que vivían «al margen» del ambiente del Soho. Después de la publicación y la popularidad alcanzada por *The Outsider*, de Colín Wilson, tenía cierto prestigio mantenerse «fuera» del ambiente, exactamente lo contrario a mi experiencia en Nueva Zelanda, donde lo que daba prestigio era estar «dentro», aunque cuando uno había adquirido el prestigio de quedar «fuera», entonces estaba «dentro» del «afuera»... Visité clubes sórdidos a los que acudía habitualmente por la noche para lograr que me admitieran. Conocí a mujeres y hombres que se dedicaban a la prostitución y escuché sus historias, bostezando groseramente mientras atesoraba mi creciente «experiencia de la vida» y en muchas ocasiones me citaba a mí misma: «Me siento en una de las tabernas de Fifty-Second Street...»

Sin embargo, me había fijado un rumbo demasiado claro como

para seguir perdiendo el tiempo. ¿No era hora de concentrarme en mi escritura? En mi mente surgieron las palabras de Dylan Thomas:

Oh no trabajar en las palabras hace tres meses en el condenado vientre del magnífico año
regaño amargamente mi pobreza y mi astucia...

¡Sólo tres meses, y estaba desesperado! Quizá no era una «verdadera» escritora. Las dudas volvieron a asaltarme. Tal vez, después de todo, el deseo de ir y volver a esa Ciudad Espejo no era más que algo anormal. Oh, ¿por qué me habían arrebatado la esquizofrenia, que había sido la respuesta a todas mis dudas con respecto a mí misma? Lo mismo que el rey Lear, había ido en busca de «la verdad», y ahora no tenía nada. «De la nada no saldrá nada.»

El doctor Miller decidió que ahora que conocía al doctor Portion debía empezar mis entrevistas con él, así que nos dijimos un rápido adiós, nos deseamos suerte mutuamente y yo sentí que todas las penas que había sufrido hasta entonces volvían a salir a la superficie. Me sentí absolutamente sola en el mundo, en un mundo gris en el que el color de los rostros de los londinenses y el de la faz de la tierra desaparecía durante meses, y en semejante estado de ánimo me parecía absurda la idea de que alguna vez fuera capaz de comunicarme con un médico que durante nuestra primera entrevista, con una bienintencionada alegría y quizá con el deseo de demostrar su amplia gama de intereses, me habló del inminente campeonato de los pesos pesados y me preguntó si pensaba que ganaría Floyd Paterson. Las otras observaciones que él hacía estaban igualmente alejadas de lo que yo consideraba importante. Como conocía el estilo de los psiquiatras, estaba dispuesta a suponer que su enfoque era algo planificado, científico..., pero lo que sentía era que todo lo que él decía estaba fuera de lugar, que me impulsaba a seleccionar entre mi repertorio los ejemplos más sorprendentes de conducta destinada a llamar la atención, con el resultado de que me sugirió que ingresara en un hospital del norte de Londres; de modo que después de nuestra primera entrevista, cuando el doctor Miller ya se había marchado del hospital, fui derivada a uno de ellos con un formulario de admisión.

Recuerdo muy bien el viaje en autobús que hice la tarde siguiente para «inspeccionar» el nuevo hospital. Cogí un autobús a High Barnet, un nombre que entonces encerraba posibilidades románticas: High Barnet, Tooting Bec, Friern Barnet... El autobús llegó a las afueras de Londres, a un punto en el que los autobuses verdes son muy numerosos y los rojos ya no van y vuelven de Central London sino de Outer East a Outer West, de Outer South a Outer North, como negando la existencia de la metrópoli londinense; aquí, cerca de High

Barnet, había poca gente por las calles, y las casas eran independientes, o estaban separadas por una pared medianera. Entonces, cerca de la esquina, vi el hospital al que había sido enviada: un edificio de piedra gris, alto y amenazador, como un antiguo asilo o una prisión. Me invadió el pánico. Debo mantener la calma, pensé, intentando dominarme. No debo entrar. Debo recordar la investigación y el veredicto, y no volver a creer lo que he creído en el pasado. Sencillamente regresaré a Kentish Town, me enfrentaré al muro de ladrillo, y seguiré escribiendo. Sin embargo, la desolación de no tener a quién «contarle mi historia» se apoderó de mí. Tal vez nunca debería haber abandonado Nueva Zelanda— No añoraba ningún lugar especial de Nueva Zelanda. Suspiraba por ver un palmito en un jardín, en el jardín de cualquiera, y por ver y tocar una ladera cubierta de espléndidas matas de hierba.

Sentada en el autobús, sentí que volvía a ser una niña, con recuerdos que nunca había identificado y que sólo podía pensar que eran parte de la visión de «la luz que nunca estuvo en el mar ni en la tierra», la clase de mundo del que se habla en el Apocalipsis, y en *Centuries of Meditation*, de Thomas Traherne, donde «la eternidad era manifiesta a la luz del día» y «la ciudad parecía alzarse en el edén, o estar construida en el paraíso». Mi sensación de aislamiento empezó a suavizarse cuando me recordé que Londres, más que ninguna otra ciudad del mundo, estaba llena de poetas, que los poemas que aparecían en los volúmenes gruesos y delgados de Faber and Faber y en los periódicos y revistas estaban escritos por hombres y mujeres que en ese momento caminaban por las calles de Londres, que entraban en las librerías, compraban libros, o simplemente dormían, hablaban, amaban, comían, que vivían la vida cotidiana de Londres. Y que escribían poemas.

Tal vez ellos no lo sabían, pero me hacían *compañía*, su mismo aliento me abrigaba y disipaba mi congoja.

16. El doctor Cawley y el lujo del tiempo

Regresé serena y asustada de mi viaje en autobús a High Barnet. A la semana siguiente fui admitida nuevamente en el Maudsley Hospital. Ahora, sin mi esquizofrenia, sólo tenía mi yo ordinario para intentar explicar mi desolación. Lo más importante era que los demás, los auténticos «expertos» sabían que yo sólo tenía mi yo ordinario o extraordinario para explicarme a mí misma, y ésta era la primera oportunidad de ese tipo que tenía desde que había llegado a la edad adulta. La perspectiva era un lujo, como lo sería la realidad. Sé que mucha gente vive y muere sin haber conocido ese lujo. No sé qué milagro de perspicacia —¿o fue un gesto de impaciencia?— impulsó al

doctor Berger, el especialista, a intentar ayudarme a desenterrar mi ser. ¿Y quién era yo para suponer que tenía un derecho especial a experimentar una clara visión de mí misma y del mundo? Cierta obstinación, cierta persistencia en mí misma perseguía este derecho hasta que por fin, con la ayuda de una combinación de circunstancias, coincidencia, providencia y buenos amigos, llegué al extremo de conocer el sufrimiento del lujo de intentar contar mi historia, de exigir y aceptar el lujo de «la verdad».

El doctor Berger me derivó a un joven psiquiatra que acababa de diplomarse, que había sido zoólogo y matemático y que por tanto tenía más edad y experiencia que un recién graduado. Sin embargo, descubrí que para el Maudsley la diferencia era parte de lo habitual, y el lema a seguir podría haber sido «A todos nos gusta la diversidad». Creo que fui capaz de aceptar al doctor Cawley porque sabía que su visión era más amplia, que abarcaba una variedad de estudios y disciplinas y experiencia personal, del mismo modo que acepté fácilmente al doctor Miller porque sabía que le interesaba la música y el arte. Los títulos de médico y psiquiatra eran una prolongación de estos hombres, no un punto de partida ni un punto de llegada. Tenía la sensación de que aunque el doctor Portion era un psiquiatra competente, tal vez superponía la vida a la psiquiatría y no la psiquiatría a la vida.

También me alegré al descubrir que el doctor Cawley, lo mismo que yo, se interesaba por el aquí y el ahora, y no por las teorías acerca del pasado, y nuestras charlas fueron sobre todo al principio un proceso de explicación, un análisis de mi presupuesto emocional, personal e incluso financiero con el objeto de encontrar un equilibrio para que yo pudiera sobrevivir a pesar de la bancarrota impuesta por mi prolongada estancia en el hospital, y mi existencia a partir de entonces sobre nociones irreales de mí misma, con las que yo me había alimentado y los demás me habían proporcionado, y ahora mi súbita y extrema pobreza de ser yo misma después de la investigación y el veredicto: el desgaste de ser otra, y no yo misma, podía llevarme a la nada que había experimentado anteriormente.

Sé que el doctor Cawley me consideraba una paciente difícil porque yo estaba «contra la psiquiatría» y desaprobaba a todos los dioses de la psiquiatría, tal vez con un poco más de tolerancia hacia Jung; pero mis entrevistas no eran una excusa para que el psiquiatra demostrara las teorías que pudiera tener. Durante nuestra primera entrevista quedé desconcertada al ver que el doctor Cawley cogía papel y lápiz y escribía, o parecía escribir, todo lo que yo decía, a veces sin levantar la vista. Al principio hablé poco. Al menos el doctor Miller, pensé en una muestra de rebeldía, me «hablaba». El doctor Cawley, no obstante, era distinto al doctor Miller, y si yo iba a

predicar la importancia de la diferencia, lo primero que debía hacer era aceptarla en los demás, así que me dije que éste era el «estilo» del doctor Cawley. Suponía que tal vez era un hombre tímido. Lo mismo que el doctor Portion y el doctor Berger, hablaba con un acento «inglés» que me producía escalofríos cada vez que lo oía en la distancia, pero en presencia de él no podía asustarme porque no era un hombre agresivo, sus modales eran excesivamente educados y su sonrisa amable, como si fueran una protección para sí mismo más que un regalo para mí. Sentía que era un hombre inteligente e inseguro cuyo único triunfo en nuestras entrevistas era la precisión con que registraba el contenido. A veces estaba resfriado; se sorbía los mocos, luego cogía un enorme pañuelo blanco como el de un prestidigitador y se sonaba la nariz. Usaba gafas de montura negra, de aumento, creo; y llevaba zapatos negros, bien lustrados. Se vestía como si trabajara en una oficina.

Me quedé varios meses en el hospital, y cada vez que al doctor Cawley le parecía que todos mis problemas habían quedado resueltos, yo le presentaba de inmediato una necesidad nueva y urgente, ya fuera por el temor a ser abandonada, o porque había algún otro problema que no me atrevía a mencionar. Con el tiempo, el maravilloso lujo del tiempo, y paciencia, el doctor Cawley me convenció de que yo era yo misma, una adulta, y no necesitaba dar explicaciones a los demás. Ya habían pasado los tiempos del «deberías», dijo. *Deberías venir, ir, ser esto, ser aquello, hacer esto, hacer aquello. Deberías saber... te convendría.*— Durante toda la vida, sobre todo a causa de mi temperamento, había sido el blanco de los *deberías*, con un prolongado intervalo de *tienes que... o de lo contrario... Y* había llegado el momento de comenzar otra vez.

Quizá yo había sentido un nuevo comienzo, o intentaba anticiparlo, porque un día del verano anterior me había cambiado el apellido, registrándolo en el documento necesario. Me habían expedido un nuevo pasaporte.

El punto de vista del doctor Cawley, respaldado sin duda por la valoración que hacía de nuestras entrevistas, que ya llevaban varios meses, era que yo realmente necesitaba escribir, que para mí representaba un estilo de vida, y que la mejor ayuda práctica que podía recibir era que la Asistencia Nacional me hiciera un pago semanal, y buscar una vivienda cerca del hospital para poder continuar nuestras charlas. También opinaba que, dado que evidentemente sufría los efectos de mi prolongada estancia en el hospital de Nueva Zelanda, debía escribir mi historia de aquella época y tener así una visión más clara de mi futuro. El doctor Cawley fue claro en su respuesta a la presión a la que siempre me sometían los demás con respecto a que debería «salir y relacionarme con la gente»:

como estilo de vida ideal, me aconsejaba que viviera sola y escribiera mientras me resistía, si así lo deseaba, a las demandas de los demás con respecto a que me «relacionara». Nunca había existido ninguna posibilidad de que yo no fuera capaz de existir en el «mundo real», a menos que esa existencia también me privara de mi «propio mundo», de los viajes a la Ciudad Espejo, ya fuera mediante el Mensajero que siempre está presente, o por mí misma.

Los progresos en la cura y la preparación para vivir mi propia persona en el mundo «real» eran tan rápidos, que un día empecé a buscar una nueva vivienda... cerca del hospital, en Camberwell. Iba a recibir un pago semanal de la Asistencia Nacional. En el hospital me dieron el alta. De todo esto se ocupó el equipo supervisado por el doctor Berger, el especialista, junto con el asistente social y el doctor Cawley, que seguía entrevistándome todas las semanas. Y yo confiaba en el doctor Cawley porque no sólo me había dado cuenta de que estaba progresando y creciendo gracias a sus cuidados, sino que también había observado el desarrollo que él mismo había experimentado como un psiquiatra seguro que, en mi opinión, siempre respetaría el espíritu humano por encima de la práctica, las modas y las demandas de la psiquiatría. También me sentía influida por la persistencia del doctor Cawley en ser «él mismo» y no la «imagen» de un psiquiatra: no adoptaba una actitud protectora ni fingía, y cuando hablaba de mis escritos confesaba en tono modesto, con el aire anticuado de un personaje de Somerset Maugham: «No soy un hombre de letras, ya sabe.»

Liberada, o al menos eso esperaba, de la dependencia de mi «esquizofrenia» para obtener consuelo, atención y ayuda, y aceptándome a mí misma, reanudé mi carrera de escritora.

17. Grove Hill Road y la vida de una escritora

Por veintisiete chelines a la semana alquilé una enorme habitación exterior en el segundo piso de la casa de Ted y Joan Morgan, en Grove Hill Road, en Camberwell. Myra, la hija de los Morgan, y Tilly, una huésped de mediana edad, dormían en el tercer piso, y mi habitación estaba junto al dormitorio principal y contaba con una pequeña cocina (que debía compartir con Tilly) y un cuarto de baño y aseo (que debía compartir con todos los demás) en el mismo piso. Mi habitación, que daba a la calle, tenía un gran armario con espejo, un tocador, una mesa larga cubierta con un hule de cuadros verdes y blancos que recuerdo con cariño porque pasaba ante ella la mayor parte del tiempo, escribiendo en un extremo y comiendo en el otro; dos sillas, un sillón grande con brazos enormes y acolchados y funda floreada, y una vieja cama plegable que se hundía en el centro bajo un colchón

relleno de trozos de miraguano duros y distribuidos de forma irregular. También había una chimenea que ya no se usaba y una estufa pequeña a queroseno.

Al principio, Mrs. Morgan pareció alarmada al descubrir que le había alquilado la habitación a una de esas inquilinas que los propietarios miraban con recelo porque se pasaban «todo el día en casa», cuando cualquiera que leyera los anuncios de los periódicos y las tiendas sabía que los inquilinos ideales eran «sólo mujeres de negocios..., sólo parejas de trabajadores... que pasen todo el día fuera», y a menudo también los fines de semana, así como las personas «sin hijos, sin animales», y todo aquel que no fuera «de color ni irlandés».

Expliqué que estaba escribiendo un libro.

—Oh, es periodista —dijo Mr. Morgan con cierta deferencia.

—Más bien escribo libros.

—Digamos que es periodista —insistió.

Era un hombre de unos cuarenta años, elegante, y usaba una chaqueta abotonada que realzaba su elegancia; era guapo y lucía un pequeño bigote, y su estilo plausible se adecuaba a su trabajo de vendedor de televisores, aunque a mí me recordaba la imagen que yo tenía de un estafador. Joan, de treinta y tantos años, era menuda, morena, de aspecto formal, y era propietaria, junto con su hermana, de una peluquería «en el Green». Myra, que todas las tardes ensayaba en el piano de la habitación que estaba debajo de la mía y todas las noches encendía el tocadiscos en la habitación que estaba encima de la mía, se encontraba en la importante etapa de la vida inglesa conocida como «el año del examen de ingreso», a punto de someterse a una evaluación, a la que seguiría su ingreso en el instituto de enseñanza media. Los padres de Myra decían que algún día la niña sería una periodista inteligente.

—Debería leer sus ensayos. Ahí es donde demuestra su talento.

Tilly, la huésped, que tenía casi sesenta años y trabajaba en el montaje de una planta eléctrica de la fábrica General Electric, se iba a trabajar temprano y regresaba a casa tarde; ella era otra londinense cuyos recuerdos de la guerra se habían convertido en un relato inofensivo. Un día también había regresado al hogar y había encontrado su calle, su casa y su familia destruidas por una bomba volante. También solía hablar de sus «créditos de posguerra», y de cómo el gobierno había demorado el pago de los mismos. «Si yo hubiera contado con mis créditos de posguerra —decía mientras estaba en la cocina preparando un huevo revuelto o removiendo las verduras—, mi vida habría sido distinta.» El gobierno le había fallado; estaba amargada y, consciente de haber sido traicionada, cuando el médico le sugirió extirpar uno de los dedos del pie para aliviarle la

artritis, consideró que la traición se extendía a su propio cuerpo.

Tilly era una modista habilidosa. Con su zumbante máquina hacía vestidos para Myra y me cosió a mí una falda de lana. «Con el frío que hace en Inglaterra la necesitarás.»

Como es natural, los Morgan sentían curiosidad con respecto a mis ingresos. Al principio no revelé que recibía tres libras, diecisiete chelines y seis peniques por semana de un talonario de cheques de la Asistencia Nacional que debían ser renovados o cancelados al cabo de seis meses, cuando un inspector pasara para hacerme una entrevista, enviando previamente un sobre por correo, con el anuncio de que *Un funcionario del departamento pasará a visitarle,* y aclarando la hora y la fecha. *Por favor, quédese en casa para recibirlo*. Como la correspondencia de la casa era entregada a primera hora e introducida en el buzón de la puerta principal, cuando esperaba una carta de la Comisión de Asistencia Nacional y con la intención de mantener el secreto, me las arreglaba para ser la primera en mirar el buzón. Una mañana se me hizo tarde. Mrs. Morgan recogió la correspondencia. Vi que miraba la ventanilla fácilmente identificable del sobre, a través de la cual se veía parte del texto de la nota.

—Es para mí —dije, echándome a llorar—. Vivo de la Asistencia Nacional.

Mi secreto había quedado revelado.

Me sorprendí al ver que Mrs. Morgan esbozaba una triste sonrisa.

—Supongo que tú ya conoces mi secreto.

—No —respondí sinceramente.

—Se trata de Ted... Mr. Morgan. Es alcohólico. La mayor parte de las noches, cuando ha estado bebiendo, se cae en la puerta de casa.

Ella también se echó a llorar y fuimos juntas a su pequeña sala de estar, donde preparó una taza de té y nos sentamos a conversar con la intimidad que produce un secreto recién compartido. Me explicó que a Ted no le duraban los trabajos, pero que últimamente le había ido bien y había trabajado dos meses vendiendo y reparando televisores en una tienda de Peckham Rye. (Peckham Rye. Goose Green. Dulwich. Camberwell Green.)

Después, Mrs. Morgan («Soy Joan. Llámame Joan.» «Llámame Jane») me enseñó el pequeño patio trasero, donde podía colgar mi colada. («No le digo a nadie más que lo use.») También me presentó a su gato gris, y cuando empezaba a subir a mi habitación, me concedió el privilegio de echar un vistazo a la sala de estar delantera y al reluciente piano.

—Myra tiene un gran futuro con el piano. Y ya te he hablado de sus ensayos periodísticos, ¿verdad?

—Sí.

No volvimos a hablar de nuestros secretos. En lugar de eso, los

sellamos con una nueva formalidad hasta que volviera a ser necesario abrirlos, inspeccionar el contenido y soltar algunas lágrimas, en un proceso semejante al de la periódica ventilación y arreglo de la ropa blanca que lleva demasiado tiempo en contacto con nuestra piel.

Y una noche, cuando oí sonar el timbre y fui a abrir la puerta y Ted Morgan se desplomó a mis pies, Joan apareció y, sin dar muestras de haberme visto, ayudó a Ted a ponerse de pie y lo condujo a la sala, de atrás, mientras yo regresaba a mi habitación.

Con mi novela *Tío Pílades* momentáneamente abandonada —aunque, después de muchos años, el tema sigue esperando—, empecé a escribir el relato de mis experiencias en los hospitales de Nueva Zelanda, registrando fielmente cada acontecimiento y los pacientes y el personal que había conocido, pero tomando prestado detalles que había observado en los pacientes, para construir un personaje central, una «loca» más verosímil, Istina Mavet, la narradora. Con el fin de hacer un relato moderado, más que algo sensacional, omití muchos detalles, aspirando más a la credibilidad que a las objeciones de aquellos que tal vez no creyeran mi relato.

Escribía a toda velocidad. Seguí la rutina que me había impuesto cuando vivía en la cabaña de Frank Sargeson, en Takapuna. También utilicé el método que había adoptado de comprar una libreta escolar y escribir mi nombre en el espacio correspondiente de la cubierta y la palabra «Novela» con letra juvenil y esmerada junto al título *materia*, y tracé varias columnas para registrar el horario y los progresos realizados; reemplacé el apartado de *Excusas* por *días perdidos*, porque no necesitaba identificar las excusas que ya conocía. Ya había hecho mentalmente un libro entero, del que escogí títulos de capítulo para recordar la idea global. Trabajaba con mayor entusiasmo de lo habitual; todas las semanas encontraba en el doctor Cawley un observador imparcial y hablaba con él, me quejaba y le comentaba mis progresos. También tuve noticias de Patience Ross, la agente literaria, que me informó que George Braziller, un norteamericano que tenía una editorial pequeña, había decidido publicar *Los búhos lloran*, y que en Inglaterra W. H. Allen se había mostrado interesado y era muy probable que la publicara. Como yo había «cedido» a Pegasus Press, de Nueva Zelanda, la mayor parte de los derechos del libro, la realización de los contratos sería tarea de Pegasus, y no mía.

Ahora que volvía a escribir, era sensible a cualquier interrupción y todos los miércoles por la mañana, cuando iba una mujer a limpiar la casa de los Morgan, muy a pesar mío cogía mi libreta y mi pluma y me iba a pie o en autobús a la Dulwich Library, donde me sentaba a escribir vigilada por el busto de Robert Browning. Trabajar toda la mañana en la biblioteca significaba que ahorraba el queroseno de la estufa, que aquí era conocido como «parafina», y que se vendía como

parafina «rosa» o parafina «azul», según la marca. Una de mis pueriles diversiones consistía en esperar cada dos semanas al «hombre de la parafina rosa» y, en las discusiones con los tenderos del Green o el Rye, mantener la fidelidad a la parafina «rosa» mientras escuchaba los argumentos a favor de la «azul».

Concluí *Rostros en el agua*. Primero se lo enseñé al doctor Cawley, cuyo comentario fue «No es brillante, pero está bien», y al ver mi decepción agregó: «Ya sabe que no soy un hombre de letras.»

Pensé que era muy modesto.

Me convenció de que le enseñara el texto mecanografiado a Patience Ross; a ella le gustó, y cuando Pegasus lo leyó, A. M. Heath me sugirió que no firmara el contrato con Pegasus, que volvía a quedarse con la mayor parte de los derechos de mi libro. El anticipo que recibí por *Los búhos lloran* fue de setenta y cinco libras que debía compartir con Pegasus después de una deducción del diez por ciento para el agente. El anticipo por *Rostros en el agua* fue de cien libras, repartidas de la misma forma. George Braziller, de Nueva York, me entregó anticipos similares en dólares.

Después de escribir *Rostros en el agua* y de superar algunas inevitables semanas de «días perdidos», empecé a escribir *El límite del alfabeto*. Mi rutina seguía siendo la misma, con visitas regulares al doctor Cawley en las que solía describir los acontecimientos de la semana y los progresos que hacía en mi trabajo. Estaba esperando la publicación de *Los búhos lloran,* y sabía que me sentía excitada. En Nueva Zelanda no se había celebrado la publicación, y no estaba segura de cuál era la rutina que se seguía en Inglaterra, aunque desde que había llegado a Londres leía ávidamente los comentarios de los periódicos sobre estrenos teatrales, visitas privadas a galerías de arte, presentaciones de libros en fiestas de autores o editoriales, que al día siguiente proclamaban que la obra había sido «Un éxito, un verdadero éxito», o tal vez sepultaban las últimas obras de arte. Los estrenos musicales también eran importantes, por la reacción ante una interpretación en Wigmore Hall, esperada ansiosamente por los músicos jóvenes de la Commonwealth. Los periódicos mostraban un mundo de entusiasmo ajeno en el que autores, pintores, escultores y dramaturgos —sobre todo si eran hijos o hijas de algún lord o tenían algún rasgo inusual, no directamente relacionado con su trabajo— eran objeto de agasajos, cenas, amoríos y cotillees. ¿Y si...? A veces soñaba, pero enseguida descartaba los sueños. No obstante, me preguntaba cómo me sentiría cuando llegara el día de la publicación y al abrir el diario me encontrara con el titular: «Joven autora de una excelente novela.»

El problema era que, en realidad, yo no consideraba que *Los búhos lloran* fuera excelente.

El día de la publicación, cogí el autobús que iba a Westminster, compré los periódicos en Westminster Station y los llevé a los lavabos del metro, preparada para leer, como había pensado, algo acerca de mi publicación. Recorrí la sección de libros. No encontré nada. Creo que en uno de los periódicos había una pequeña nota suelta, al pie de una columna, acerca de una novela sobre la pobreza en Nueva Zelanda, llamada *Los búhos lloran*. Creo que no incluía ninguna crítica.

Aprendí la lección, convincente para una persona como yo que siempre está buscando «sermones en las piedras». No todos los libros que se publican en Londres reciben comentarios, mientras en Nueva Zelanda se publicaban críticas de todos los libros de autores neozelandeses. «Autor neozelandés escribe una novela», como si hubiera ganado la Copa Melbourne, o el primer premio de Tatts, cosa que jamás volvería a ocurrir.

Tiempo después aparecieron algunas críticas favorables a *Los búhos lloran*

Continué escribiendo según la rutina habitual. Si tenía algún problema práctico, el doctor Cawley me lo solucionaba de inmediato, incluso cuando la solución no era más que una llamada telefónica a Camberwell Library para explicar que yo era residente y tenía derecho a pedir prestado algún documento, o recomendarme un dentista cuando tenía dolor de muelas. Él también se convirtió en parte de mi rutina de trabajo, y cuando yo terminaba algún escrito, él me autorizaba a tomar prestada una perforadora del despacho del hospital para hacer los agujeros y coser las páginas. Cualquiera podría decir: ¿no es una pérdida de tiempo para un psiquiatra ocuparse de detalles sin importancia como prestarle material de oficina a su paciente, o hacer que le presten documentos en una biblioteca? Mi respuesta interesada sería que nada carece de importancia, a menos que la persona que busca ayuda admita o crea que no la tiene. Sé que a los treinta y tantos años, la mayoría de las mujeres cuentan con la ayuda de un compañero o un marido. También sé que no existe «la mayoría de las mujeres», y que el no casarse, ya sea por falta de ganas o incluso por alguna incapacidad, no significa un fracaso personal: el fallo está en las expectativas de los demás.

Por las tardes, en invierno y en verano, me iba al cine del barrio, me acomodaba en la tibia oscuridad y planificaba el trabajo del día siguiente mientras miraba las películas de mala calidad del programa doble que por una libra y seis peniques solía presentar ABC (Associated British Cinemas); eran películas en blanco y negro, en las que había montones de asesinatos, puertas chirriantes que se abrían y se cerraban, mientras la cámara avanzaba cautelosamente por habitaciones aparentemente desiertas hasta que enfocaba una impresionante escena detrás de un sofá, o encima de un escritorio. La

propaganda más popular de aquella época era una que concluía con la frase «Nunca se sentirá solo con un Strand», mientras el hombre del impermeable caminaba por la calle húmeda y desierta. Cadbury también llenaba la pantalla con sus chocolates envueltos en papeles multicolores. A las cuatro y media salía del cine, y cuando se encendían las luces me daba cuenta de que muchas personas del público habían descubierto un lugar en el que estar abrigados y encerrarse en las tardes de aburrimiento: londinenses pobres, hombres solos de mediana edad, mujeres jóvenes con bebés que no dejaban de llorar hasta que el público empezaba a protestar y el acomodador iluminaba al alborotador con su linterna, inmigrantes de las Antillas; la mayoría de ellos estaban solos, y cuando se encendían las luces parecían plantas colocadas a cierta distancia unas de otras en algún terreno abandonado, junto a la vía del ferrocarril. Era tan aficionada al cine que iba a otros barrios a ver las películas que proyectaban, y todas las tardes iba a parar a algún lugar desconocido —King's Cross, Holloway, Shepherd's Bush, Tooting (el cine Classic), Belham—, y daba un paseo antes de coger el autobús que me llevaba de regreso a Grove Hill Road, donde volvía a dedicarme a la escritura. Muchas tardes también iba a galerías de arte, a la Portrait Gallery, al Museo de Instrumentos Musicales, al Victoria y Albert, o al Museo de Historia Natural, donde como un personaje de alguno de mis relatos solía quedarme varias horas sentada entre las reconstrucciones de tamaño natural de los mamuts, mirándolos fijamente, pensando en ellos y en su mundo, imaginando sus vidas.

En los últimos tiempos, mientras trabajaba había empezado a oír música que sonaba a todo volumen; era Ted Morgan, que estaba en casa reparando aparatos de radio y televisión. Cuando se enteró de que yo nunca había visto mucho la televisión, insistió en instalar un aparato en mi habitación y enseñarme cómo funcionaba, y algunas tardes miraba los programas. Aunque era un aparato en blanco y negro, y las imágenes siempre salían alargadas, nevadas y oscurecidas, yo seguía mirando, pensando que era normal, hasta que la pantalla se oscurecía y se apagaba.

—¿Cómo va tu tele? —me preguntó Ted un día.

—¿Mi televisor? —me daba vergüenza llamarle «tele», como si fuera una persona a la que acababa de conocer.

—Sí. ¿Funciona bien?

—Las imágenes se ven muy oscuras.

—Es el tubo —afirmó Ted.

Esa noche, Ted cambió el tubo y cuando terminó de sintonizar la imagen, se acercó a mí y me besó.

—Sólo como recuerdo —dijo—. Sólo como recuerdo.

Había estado bebiendo. Al día siguiente no fue a trabajar y pasó

el tiempo explorando su colección de televisores; esa misma semana Joan Morgan me dijo que su esposo había perdido el trabajo, pero había solicitado un puesto de telefonista en la Central Continental. Eso significaba que trabajaría por las noches, agregó. Y que dormiría durante el día.

—Sé que no te molestará —dijo Joan— si te pido que no escribas a máquina durante el día.

Tuve que aceptar: ellos estaban en su casa.

Entonces, coincidiendo con el lema de la campaña electoral de Harold MacMillan, «Nunca lo tuviste tan bien», Grove Hill Road se convirtió en un sitio muy ruidoso, porque uno tras otro, todos sus residentes pudieron permitirse el lujo de comprar un televisor y un tocadiscos. Mi habitación quedaba invadida durante el día por el interminable sonido de las voces y la música de la radio y durante la noche por el sonido de los disparos de las películas de guerra y las de vaqueros. Por la mañana, la música de los tocadiscos podía oírse de un extremo a otro de Grove Hill Road, o sea desde la Residencia de Ciegos hasta el pub de la esquina.

El pánico se apoderó de mí: ¿qué podía hacer? ¿Adónde podía ir? Intenté construirme en medio de la habitación una cabina a prueba de sonido, como una cabina telefónica, colgando mantas en un biombo, colocando el armario entre la máquina de escribir y el dormitorio de los Morgan en el que Ted dormía de día, pero no me sirvió de nada: el ruido de la calle y de las habitaciones contiguas era cada vez más fuerte, y Ted seguía despertándose con el sonido de mi máquina de escribir.

Así que en un acto de audacia me compré un tocadiscos y discos de la Novena Sinfonía de Beethoven y de canciones de Schubert, incluyendo «To Music» y «Shepherd on the Rock», y cuando Ted Morgan se levantaba de la cama y la televisión, la radio y el tocadiscos sonaban a todo volumen, yo sumaba mi música al jaleo y escribía a máquina. Para introducir cierta variedad, pedí algunos discos prestados en la Camberwell Library. En mi esfuerzo por hacer mi trabajo me di cuenta del hecho evidente de que la única certeza con respecto a la escritura y a intentar ser escritor es el trabajo hecho, no soñar o hacer planes y no escribir nunca, o hablar de ello (el yo finalmente queda hecho pedazos, como una esponja empapada), sino, simplemente, escribir; es un trabajo como cualquier otro, con la maravillosa excepción de la presencia de la Ciudad Espejo y los constantes viajes que hace una misma o el Mensajero de la Ciudad Espejo.

En esa época se publicó *Rostros en el agua* y terminé de escribir *El límite del alfabeto*. Volví a comprar los periódicos para enterarme de lo que «ellos» decían sobre *Rostros en el agua,* y quedé atónita al

descubrir mi fotografía en la página de libros de los periódicos dominicales y me sentí aliviada por haberme cambiado el apellido, porque prefería vivir en el anonimato en Grove Hill Road. Me divirtió el comentario del *Manchester Guardian*: «Sin duda, el empleo de la primera persona ha sido un error. Una mujer que ha pasado por lo que pasó esta mujer, jamás sería capaz de recordarlo y escribirlo de esa forma.» Se suponía que el personaje de Istina Mavet era un retrato de mí misma.

Rostros en el agua tuvo gran éxito entre los críticos y vendió más ejemplares que *Los búhos lloran*. Se tradujo a otros idiomas, lo cual supuso nuevos anticipos —menos la comisión— que compartí con Pegasus Press, de Nueva Zelanda; pero en el caso de *El límite del alfabeto*, los agentes finalmente me convencieron de que firmara contratos separados con cada editorial. Antes de su publicación, *El límite del alfabeto* estaba en la lista de la cual saldría elegido el «Libro del mes», y una vez publicado tuvo derecho a lucir una faja de color amarillo chillón. La repentina atención que se prestaba a mi obra (no a mí personalmente, ya que el agente me protegía porque se suponía que era el personaje de *Rostros en el agua*) me enseñó algunas otras lecciones. Cuando el agente y el editor recibieron el texto mecanografiado de *El límite del alfabeto*, el agente me sugirió que omitiera un capítulo y el editor que alargara el mismo capítulo; hubo otras sugerencias conflictivas, algunas de las cuales intenté seguir tímidamente. Cuando el libro se publicó, algunos críticos dijeron acerca del capítulo reducido: «Podría haber sido más extenso», mientras otros elogiaban pasajes que habían sido muy criticados por el agente y el editor pero que yo no había cambiado, y otros criticaban fragmentos que habían sido elogiados. Esta desconcertante experiencia me recordó algo que yo ya sabía, y fortaleció mi decisión de no olvidar nunca que un escritor debe mantenerse en pie en la roca de sus convicciones, porque de lo contrario queda arrastrado por la corriente o tragado por un temblor de tierra: debe existir un espacio inviolable en el que las elecciones y las decisiones, aunque imperfectas, pertenecen al escritor, en el que la decisión debe ser tan individual y solitaria como el nacimiento o la muerte. ¿Qué sentido tenía que sobreviviera como persona si no podía sostener mi propia opinión? Sólo entonces podría tener la confianza necesaria para intentar dar forma a una novela, a un cuento o a un poema tal como yo deseaba y necesitaba, haciéndome responsable de las imperfecciones y de las ideas felices.

La otra también fue una lección personal: al leer los elogios que hacían con respecto a mí y a mi obra, sentía que aumentaba mi amor propio, experimentaba un sentimiento similar al de la infancia, cuando ganaba premios en la escuela o publicaban mis poemas en los

periódicos, y mientras caminaba por Thames Street, en Oamaru, North Otago, Nueva Zelanda, el Pacífico Sur, la Tierra, el Mundo, el Universo, pensaba: «¡En todas partes todos sabrán lo inteligente que soy!»

Ahora, mientras caminaba por Charing Cross Road, pensaba: «¿Esta gente sabrá que soy yo la de la fotografía que aparece hoy en el periódico, que es mi obra lo que elogian y mi libro el que anuncian los titulares?» Miraba a los literatos de Charing Cross Road y pensaba: «¡Si supieran! Sé que no voy a comer a restaurantes de lujo, que no me mencionan en las página del *Evening News* o el *Evening Standard* sobre la ciudad ("Prometedora novelista fue vista..., etc.”), pero estoy en Londres, estoy aquí, de incógnito, y aparezco en las críticas, y alguien me ha comparado con Virginia Woolf!»

El orgullo duró hasta que leí las inevitables críticas adversas que parecían no «comprender» lo que yo había escrito, que parecían «injustas», y que a veces me describían como «una mujer que ha sido una demente», y experimenté la angustia de preguntarme quién pensaba que era para aspirar a ser escritora: yo, con mi escaso talento y mis escasas palabras. Sabía que tenía sentimientos y que podía ver el interior de las personas sin necesidad de saber nada sobre ellas, pero estas cualidades no eran suficientes: nunca debería haber empezado a escribir.

Con la publicación de *Los búhos lloran, Rostros en el agua y El límite del alfabeto*, tuve experiencia suficiente de las reacciones adversas como para hacer un esfuerzo deliberado por suavizar mis sentimientos con respecto a todas las críticas y permitirme no creer en los elogios ni en las críticas negativas, no alegrarme ni deprimirme y, en lo posible, no leer las críticas a menos que resultara obvio que quien la escribía había leído el libro, y no sólo la propaganda y unas pocas notas biográficas (que yo no había facilitado) que hablaban de «demencia», y que, comprendiera o no la obra, hacía comentarios inteligentes sobre ella.

Siempre conservé estas primeras lecciones, que me ayudaron a simplificar el complejo mecanismo de la publicación, en el que el autor corre el riesgo de quedar atrapado e incluso incapacitado.

En la nevada quietud del invierno londinense escribí dos volúmenes de cuentos, algunos de los cuales fueron publicados por el *New Yorker* y otras revistas, famosas porque se imprimían en papel glaseado. Cuando recibí el cheque del *New Yorker*, me sentí desconcertada y culpable al ver que lo que había sido un ejercicio divertido fuera recompensado con tanto dinero. Ahora tenía más de seiscientas libras en mi cuenta bancaria, un número mágico para los que vivían de la Asistencia Nacional; muy pronto, después de cobrar parte de los anticipos, supe que ya no tenía derecho a recibir esa

ayuda. Hice planes para intentar mudarme a una habitación más tranquila.

18. Amigos en Londres

Un día recibí una carta de John Forrest, a quien hacía casi veinte años que no veía, aunque nos carteábamos de vez en cuando, y él había arreglado mi entrevista inicial con el doctor Berger en cl Maudsley. Pensaba visitar Londres, me informó, y quería saber si podía pasar a saludarme.

Una tarde apareció en Grove Hill Road con un brazalete mexicano de regalo que, en la continua batalla que algunas joyas libraban con mi cuerpo, no encajaba en mi ancha muñeca. Los brazaletes siempre se me rompían, los collares eran muy pequeños, Jos broches se desprendían y los pendientes se aflojaban o eran demasiado ajustados.

—No importa —dije—. Después lo arreglaré.

Nuestro mutuo temor se desvaneció. Hablamos de temas corrientes, de su trabajo y del mío. Intercambiamos ejemplares de los libros que ambos habíamos escrito. Y más tarde cenamos en el restaurante de la orilla sur, con vista al Támesis. Podríamos haber estado en un muelle inglés, en invierno. Había pocos clientes y desde el Támesis llegaba un viento helado; las sillas y las mesas habían quedado rápidamente cubiertas de herrumbre en un mundo en el que las sustancias reales seguían siendo la sangre, Ja sal y el agua. Al día siguiente John Forrest regresó a Estados Unidos sabiendo que ahora estábamos en un nivel de amistad sin complicaciones y que seguiríamos así. Quizá aún desconocía muchos datos de mi vida y Ja influencia que habían tenido las palabras que había pronunciado veinte años antes: «Cuando pienso en ti, pienso en Van Gogh...»

Hubo otro amigo más reciente que también influyó en mi vida: el empleado de la Asistencia Nacional que, en mi opinión, fue decisivo para mi existencia. Incluso cuando escribía mis libros, planificaba terminar cada uno en el plazo de seis meses porque mi provisión de cheques duraba seis meses, hasta que recibía la temida nota en el sobre con ventanilla: «Un empleado del departamento pasará a visitarle...»

Sabía que ese día no iba a poder trabajar. Estaba inquieta. ¿Me concederían la ayuda semestral? Había recibido el pequeño anticipo por mis libros, y los vales de cinco chelines que me enviaba mi padre, y ya tenía casi seiscientas libras en el banco. Como no estaba segura de que me permitieran conservar mi máquina de escribir y tenía miedo de que el empleado de la Asistencia Nacional se la llevara, solía esconderla en el armario, junto con mis resmas de papel.

Cuando conocí al empleado de la Asistencia Nacional, su aspecto

me asombró y me entristeció. Era alto, delgado, y tenía el rostro pálido, como si estuviera enfermo. Su ropa, sus zapatos y su maletín se encontraban en un estado lamentable, y él mismo podría haber solicitado ayuda a la Asistencia Nacional. Descarté la idea de que el propio departamento le hiciera mantener ese aspecto para que sus entrevistados se sintieran a gusto con él. Sin embargo, si hubiera ido vestido como un agente de Bolsa, tal vez. no habría sido recibido con tanta amabilidad por aquellos a los que debía «inspeccionar». No había nada oficioso en él; siempre se disculpaba, parecía afligido y era eficaz.

Después de rechazar la taza de té y las galletas digestivas que le ofrecí, sonrió con expresión amable:

—Acabo de tomar el té en la casa de al lado, en el último piso, donde vive la familia polaca, y luego los italianos de la planta baja me sirvieron un banquete. Creo que debería tener clientes en todas las casas de Grove Hill Road.

Hablaba con alegría, y con cierto orgullo.

Cuando terminó de examinar mi cartilla, echó un vistazo a su alrededor; esperé con ansiedad mientras él miraba el televisor, y me apresuré a decir:

—El casero, Mr. Morgan, trabajaba en una tienda de televisores. Es de él.

El empleado de la Asistencia Nacional sonrió.

—¿Ve «Coronation Street» y «Dixon of Dock Green»? ¿Y «Emergency Ward Ten»?

—A veces. Me gusta ver a los artistas nuevos. Russ Conway.

—Oh, is, Russ Conway. Mis hijos lo ven, demasiado a menudo, creo. Tengo dos chicos que van al instituto de enseñanza media.

Sabía que en el mundo inglés, él estaba inmediatamente «clasificado», porque aquí eran las escuelas, lo mismo que los acentos, lo que clasificaba a la gente.

Revolvió los papeles de su maletín, lo cerró y fue hasta la puerta.

—Vendré a verla dentro de seis meses —anunció con tono amable.

Después que se marchó, coloqué la máquina de escribir en la mesa, encima del tapete, y el papel a un lado, a punto para empezar a escribir. Luego salí a dar un paseo para tomar el aire y disfrutar, porque estaba a salvo durante otros seis meses; y dos o tres días más tarde, cuando llegara por correo mi libreta de cheques, me compraría un bollo cubierto con coco glaseado, lo abriría, lo untaría con mantequilla y me lo comería. Tenía otros seis meses para escribir, hasta que llegara el siguiente sobre con ventanilla, con el aviso «Un empleado del departamento pasará a visitarle...».

Cuando se publicó *Rostros en el agua*, le regalé un ejemplar al

empleado de la Asistencia Nacional, con una sencilla dedicatoria: «Al empleado de la Asistencia Nacional, con mi agradecimiento...»

John Forrest, el empleado de la Asistencia Nacional y... Patrick Reilly. Un día, mientras subía a un autobús, me encontré con Patrick Reilly, que al verme se sorprendió tanto como yo.

—Creí que estabas en Estados Unidos —me dijo.

—¡Oh! —Había olvidado la mentira que le había contado para librarme de él.

—Yo también estuve en Estados Unidos —me informó.

Me contó que poco tiempo después de mi supuesta llegada a Estados Unidos, había visto un anuncio en el que pedían un vendedor para Illinois, que debía instalarse en Chicago; había solicitado el trabajo, lo habían aceptado y se había pasado el invierno intentando no quedar sepultado por la nieve. Se había enterado de que la empresa siempre colocaba anuncios tentadores en el extranjero porque los vendedores de Estados Unidos se negaban a viajar por Illinois en invierno. Le había parecido una idea interesante, y el sueldo era alto. Había localizado Illinois en el mapa. La puerta de entrada al Oeste. Dinero, un coche, una vivienda...

—Bueno —dije—, yo no fui a Estados Unidos. Cambié de idea.

—¿Dónde estás viviendo?

Le di mis señas. Frunció el ceño cuando le dije que estaba viviendo de la Asistencia Nacional.

—Eso no puede ser —comentó. Él estaba trabajando en la papelería de Selfridges. Podía visitarme los fines de semana, dijo. Así que volvimos a salir juntos.

El fin de semana siguiente fue el primero de muchos fines de semana en los que, intentando que me durara el dinero de la Asistencia Nacional, solía mirar por la ventana y veía a Patrick, al fiel Patrick, con su paso garboso y su aire engreído, que pasaba junto a la Residencia de Ciegos, junto a la casa de al lado, donde vivían los italianos y los polacos, y entraba en casa de los Morgan; y siempre llevaba la bolsa de papel de Woolworth con el asa de cuerda, repleta de comida. Mientras él colocaba las botellas, los frascos y los paquetes encima de la mesa, yo me sentía como una criatura en Navidad.

«Pensé que esto podía gustarte —decía—. Y esto.»

Siempre había un surtido de galletas Peek Frean, bacon y mantequilla irlandeses, un pan Hovis, arroz con leche en lata o uvas blancas: el canal de comunicación de Patrick era la comida. Por lo general traía cosas suficientes para complementar mis provisiones de una semana. También me traía libretas de la tienda en la que trabajaba, como hacía mi padre cuando yo era niña. Su parecido con mi padre, sobre todo cuando apretaba los labios con expresión desaprobadora, era muy extraño y me hacía reflexionar sobre mí

misma y sobre mi vida. El doctor Miller me había dicho sinceramente que pensaba que mi padre era un tirano; y opinaba lo mismo de Patrick Reilly. Mi vida había quedado casi borrada por su experta intimidación, mientras yo jugaba el papel de víctima que, como cualquier otro papel repetido, se resiste al cambio.

Patrick se convirtió en el proveedor, en el compañero. No mostraba señales de querer tocarme ni besarme; si me tocaba accidentalmente, decía: «Perdona, lo siento.» Yo dependía de él y sin embargo me parecía repugnante; no sentía deseo sexual hacia él. Me gustaba más cuando hablaba de los gnomos y del idioma irlandés, y compartíamos el amor por el tiempo, por el cielo, el mar y el verdor, y como habíamos hecho en la época en que llegué a Londres, paseábamos por Ruskin Park o por Clapham Common, donde él ahora tenía una vivienda independiente, en régimen de protección oficial, en la planta baja.

Y cuando Patrick se enteró de que yo nunca había estado en un circo, y en Clapham Common se instaló uno, compró entradas para los dos; pero la mañana en que estaba programada la representación, llegó con la noticia de que el circo había quedado inundado por la lluvia durante una de esas tormentas que azotan los suburbios apartados de Londres. El circo se había trasladado al norte, me informó Patrick.

Caminamos por la zona del Common donde habían estado emplazadas las tiendas y las caravanas. El terreno parecía un establo de Southland en invierno, lleno de barro y marcas de patas. No fue Patrick sino yo, con mis inclinaciones didácticas, quien sugirió que quizá estaba «destinada» a no ver nunca un circo.

Durante aquellos tiempos de Grove Hill Road, Patrick y yo pasamos un memorable domingo de Pentecostés. Él había ido a hacerme la habitual visita de los sábados.

—La semana que viene es Pentecostés —dijo—. ¿Qué vas a hacer en Pentecostés?

—Nada —respondí.

—Oh, un día así no puedes quedarte sola.

Comentó que estaba preparando un pavo, y que yo tenía que ir a su casa y cenar con él el domingo de Pentecostés.

El domingo siguiente llegué a uno de esos altos edificios de apartamentos que reemplazaban a las casas destruidas por los bombardeos y que llevaban el nombre de ingleses famosos: Tennyson House, Milton House... El apartamento de Patrick era tan diminuto como el rincón de una caja de cartón de las que mis hermanas y yo solíamos convertir en casa de muñecas.

En medio de la mesa, sobre una fuente, había un enorme pavo asado, junto a un plato de melocotones en lata, un recipiente con nata

batida, galletas digestivas de chocolate colocadas sobre una bandeja, en semicírculo. Había tortas ABC recién untadas con mantequilla irlandesa; y dos tartas de fruta individuales de Lyons para comer con los melocotones.

Lo importante era la comida, como si Patrick fuera un tirador que dispara su flecha sobre ella. Seguí su ejemplo. Empezamos con el pavo. Cuando terminamos de cenar, quedó intacta la mayor parte del pavo y del postre. Al salir para ir a Camberwell, Patrick me acompañó hasta la parada del autobús y me invitó a una iglesia cercana, donde nos sentamos delante del crucifijo, aletargados por el pavo, los melocotones y las tartas individuales de fruta. Yo admiraba a Patrick por la ardiente actitud protectora que mostraba hacia *su* iglesia, y el fervor con que intentaba convencerme de que me uniera a ella y renunciara al mal. Dijo que podíamos pedirle consejo al sacerdote.

—Pero yo creo en el divorcio —afirmé.

Discutimos acerca del divorcio. Muchos de mis argumentos estaban plagados de lugares comunes, como si volviera a ser una colegiala ignorante que intenta lanzar un discurso sobre el «amor libre», oponiéndose decididamente a las creencias de la generación «mayor» porque, desde mi punto de vista, Patrick pertenecía a una generación más vieja pues venía de una civilización más vieja en la que no resultaba tan fácil librarse de creencias arraigadas.

El fin de semana siguiente, mientras vaciaba la bolsa de alimentos y yo le preguntaba cómo había pasado el resto del domingo de Pentecostés, pareció avergonzado.

—Me comí todo el pavo. Todo el pavo. En cuanto volví a casa me puse a comer, y comí, comí sin parar.

Parecía desagradablemente sorprendido por su proceder. La gula era un pecado, y los pecados son algo grave.

—Si quieres que te diga la verdad —añadió—, no tenía otra cosa que hacer.

Sus palabras eran el reconocimiento de un vacío tan horrible que me sentí impotente y lo imaginé matando el tiempo con un pavo asado. La tristeza de la imagen me deprimió. Sabía que Londres estaba llena de gente como Patrick. ¿Acaso yo no pasaba la tarde en el cine para estar abrigada, segura, pero también para *hacer* tiempo, para disfrazarlo, enmascararlo, cuando necesitaba escapar del trabajo porque éste me asustaba? También yo pagaba la entrada de día y cuando salía ya era de noche, y sentía que me habían robado las horas intermedias pero me sentía agradecida de que hubieran pasado, como si el tiempo y yo fuéramos socios. Más tarde, de regreso en Grove Hill Road, lamentando las horas perdidas, pensaba: «No puedo creer que haya desperdiciado tanto tiempo deliberadamente.»

¡Pobre Patrick! Es posible que no se sintiera feliz comiendo un

pavo casi entero, pero yo, por mi parte, me sentía desdichada y culpable por usarlo como proveedor, por seguir aceptando sus regalos mientras sentía aversión hacia él. Él siempre pensaba en lo que podía darme, y lo que me daba siempre tenía la forma de *mercancía. A* veces caminábamos por la calle y él se detenía repentinamente a mirar un escaparate, y decía: «Mira, eso es lo que tú quieres, eso es lo que puedo regalarte.»

O se detenía y jadeaba mientras se le ocurría una idea: «Ya sé lo que puedo regalarte. Ya sé lo que te gustaría.»

Libros, una pluma, ropa interior...

Yo lo aceptaba todo expresando gratitud pero con una sensación de disgusto por él y por mí misma, porque evidentemente éramos tan inexpertos o inadecuados que en nuestro intercambio humano dependíamos de la moneda de un mundo de comercio. Tal vez eso era suficiente. Los hombres y las mujeres siempre han utilizado los materiales que los rodean para complementar, aumentar, reemplazar o transformar el material que hay dentro de ellos mismos. Mis esforzados viajes de ida y vuelta a la Ciudad Espejo eran otro ejemplo de la política del uso.

Fue el renovado intento de Patrick por seleccionar mis amistades lo que finalmente nos separó. Yo me había mantenido en contacto con el poeta y el pintor del norte de Londres. Ellos también habían estado haciendo tiempo con sus desesperadas firmas. Ben, que había ido a visitarme regularmente al hospital llevándome el consuelo de los libros, las ideas, las noticias del mundo del Soho y de Charing Cross Road, ahora había abrazado una «nueva» psicología que para mí era vieja porque la había estudiado veinte años antes. Lo importante era la expresión desinhibida, decía, aunque él sabía, y yo sabía, que eso era sólo otra forma de eludir la responsabilidad de crear un orden, y cuando se lo planteé, él me aseguró que el orden surgía naturalmente del caos. Yo era más escéptica. ¿Qué ocurría si el caos seguía existiendo y uno quedaba atrapado en él, y el *tiempo* pasaba?

Ben sonrió con pesar. «Oh, el tiempo —dijo, y agregó en tono pensativo—: Sí, sí», como si tal vez, porque había estado en Escocia y había conocido a Hugh McDiarmid, éste, que evidentemente dominaba el tiempo, se hubiera ocupado también del tiempo de Ben. «Lo importante es ser libre, hacer lo que deseas cuando lo deseas.»

Yo admiraba la perseverancia de Ben. Cuando estábamos en un bar se ponía de pie repentinamente y empezaba a agitar los brazos como si fueran un molino de viento y a pronunciar palabras sin ton ni son, y luego maullaba como un gato, o quizá cantaba un fragmento de una canción o se ponía a saltar. Luego se sentaba y, en un aparte, decía: «Libre expresión.»

Un sábado por la tarde, Patrick llegó a Grove Hill Road y se

encontró con Ben. Los presenté, y más tarde Patrick dijo: «Los poetas y los artistas son unos inútiles. No tienes nada que ver con ellos.» Entonces me sentí como un insecto pegajoso que ha quedado pegado a la planta equivocada, en el jardín equivocado, en un mundo equivocado. Un fracaso para el insecto, la planta, el jardín y el mundo.

Me deshice de Patrick.

Volví a refugiarme en mi propio hábitat, atenta a todos los mundos. Trabajaba todos los días y seguía abrigando la esperanza de encontrar una habitación más tranquila, y finalmente concluí *Jardines perfumados para los ciegos*. El doctor Cawley, que progresaba en su profesión, fue trasladado a un puesto en Birmingham; no lo perdí, sin embargo, porque decidieron que conservara un sitio en el Maudsley, donde seguiría entrevistándome en sus frecuentes visitas a Londres.

Y mientras asimilaba este cambio, respondí a un anuncio de alquiler de una casa en Suffolk, con una renta baja a cambio de cuidar la propiedad y un perro. Recibí una carta de mi editor de Londres («¡Mi editor de Londres!») para fijar una cita, y una carta de Patrick Reilly en la que me decía que Londres era demasiado nefasto, y que regresaba a Irlanda. Nunca más lo vi.

19. El encuentro con el editor

Cuando mi casera se enteró de que iba a tener la primera entrevista con mi editor, me reservó hora en su peluquería «del Green».

—Nunca te lo había dicho, pero debes hacer algo con tu pelo. Podríamos mojarlo y estirarlo.

La cantinela de siempre. Sonreí. Bueno, dije, ya era hora de que me cortara el pelo, y el editor me había pedido una foto.

Me dediqué dócilmente a los preparativos para la ocasión. Incluso cogí un autobús hasta el West End, entré en Marks y Spencer's para buscar un vestido y me compré uno de jersey de seda, con cuadros verdes, blancos y negros y cinturón, y en cuanto llegué a casa y me puse delante del espejo del armario, con el pelo recién lavado, cortado y estirado que daba la impresión de que me habían rebanado la parte superior de la cabeza, me di cuenta de que había elegido el vestido más feo de mi vida. Visto a la luz del día, el estampado era confuso y los colores tristes. Miré a la desconocida que estaba en el espejo del armario y me vi tal como había sido varios años antes: sometida, desdichada, obediente, y me sentí aliviada de que escribir un libro no supusiera una visita al «salón de escribir», donde las palabras eran lavadas y recortadas por alguien entrenado con ese propósito.

Intenté revolverme el pelo para que recuperara su aire desgreñado y sus rizos, pero fue inútil.

Salí en dirección al Strand, y a la editorial W. H. Allen, en Essex

Street. Me senté en el autobús y disfruté del conocido trayecto: al girar en la esquina, pasamos junto a la sede central del Ejército de Salvación, con su estatua de Gore Booth, frente a la estación del ferrocarril de Denmark Hill; recordé el choque de trenes a causa de la niebla del 1 de noviembre, después de mi regreso a Londres, mi primera experiencia de un drama local, el centro de atención de todos los periódicos londinenses, los noticieros de la radio y la televisión con sus listas de muertos y heridos, los nombres de las estaciones, Forest Hill, Dulwich, las imágenes de la flota de ambulancias que iban y venían de los hospitales del sur de Londres, la comparación con el bombardeo aéreo, en la asfixiante y turbulenta niebla del invierno, la señal aceptada de la llegada de la temporada y del aumento diario del total de muertos entre los viejos débiles y los pobres ateridos.

Luego pasamos por el Instituto de Psiquiatría, el Maudsley Hospital, el King's College Hospital, rumbo al «Green», con el Odeon pintado de un horrible color caca de perro, junto a las nuevas viviendas protegidas, las tiendas derruidas, la oleada del mercado de East Street y las aceras atestadas, junto a Elephant, el Hospital Oftalmológico, el Old Vic, Waterloo Station, Waterloo Bridge, en dirección al Strand. Un autobús 68, su destino de siempre, burlón: *Chalk Farm.*

Me hicieron la foto en un estudio PolyFoto de Charing Cross. Luego regresé hacia Essex Street a pie, despacio, deteniéndome ante los escaparates porque era demasiado temprano. Y después de girar en la esquina desde el Strand, aparecí en Essex Street, delante de W. H. Allen. En los primeros tiempos de mi vida en Londres, en los paseos que daba con Ben y con Lawrence por Great Russell Street, había observado varias editoriales e intentando imaginar la actividad que tenía lugar en el interior, y me había preguntado: ¿alguna vez...? Y sabía que las editoriales no eran como yo había imaginado —palacios que estaban a la altura de la influencia de sus catálogos— y que a menudo eran como cualquier otro lugar de trabajo, tal vez más sórdidas, más desordenadas. Mi decepción ante este descubrimiento quedó aliviada al saber que dentro de los edificios los libros superaban en número a las personas y conservaban poder e influencia, gobernando desde las estanterías que llegaban hasta el techo mientras las pilas de manuscritos no leídos aguardaban confiadamente su tumo.

El despacho de Mark Goulden estaba adecuadamente revestido de libros y las ventanas daban a la calle; había una alfombra gruesa y un escritorio enorme detrás del cual estaba sentado Mark Goulden; yo me senté en un sillón bajo y pensé: así que éste es mi editor inglés. Se me ocurrió que parecía un corredor de apuestas o un «estraperlista»; era menudo y fuerte, de pelo canoso y rostro «curtido». Un editor-jugador. Su voz era potente, musical, sus ojos enérgicos, vivaces. Dijo que

aunque mis libros habían recibido críticas excelentes, no se vendían; y esperaba que algún día yo escribiera un *best seller*.

Luego, mientras lo escuchaba fascinada, empezó a rememorar el pasado y habló de la controversia de ese momento acerca de quién había «descubierto» a Dylan Thomas, y de la reciente declaración publicada por Edith Sitwell, en la que respaldaba la afirmación de Mark Goulden acerca de que *él* había descubierto a Dylan Thomas cuando, como editor de una pequeña revista de poesía, recibió una serie de poemas que lo impulsaron a conocer al autor, que luego fue invitado a Londres.

Mr. Goulden agitó el brazo en dirección al Strand.

—Nosotros lo alojamos en el Strand Palace —dijo.

Sí, repitió, él había descubierto a Dylan Thomas.

Luego describió a otros autores, mientras yo escuchaba, cautivada por su encanto y su habilidad para contar anécdotas. Evidentemente era un hombre alegre, que se deleitaba consigo mismo y con los demás.

—¿Dónde está viviendo? —me preguntó, y añadió que no le gustaba que sus autores vivieran en un desierto como Camberwell.

—Creo que voy a mudarme a una casa en Suffolk —agregué.

—Tampoco querrá enterrarse en el campo... Nosotros podríamos darle un apartamento en Londres, mientras escribe su próximo libro.

La cautela me paralizó. También era precavida con respecto a los apartamentos que no podía permitirme alquilar, y él no había dicho que lo pagaría.

—Lo pensaré —respondí.

—Recuerde, si se cansa de vivir en el campo y quiere venir a Londres, nosotros podemos darle un apartamento.

—Sí.

¿Qué significaba «dar»? ¿Había utilizado la palabra en su sentido general?

Mark Goulden se acercó a la ventana y miró hacia Essex Street.

—Cuando Wanda Lyons viene, llega en un Rolls Royce. Usted es mejor escritora que Wanda Lyons. Usted tendría que tener diamantes y pieles, y quiero que cuando vuelva a verme esté en condiciones de llegar en un Rolls Royce.

Mientras me iba, me dio dos novelas para que leyera.

—Han sido *best sellers* —aclaró.

Me había pintado un panorama de gloría tan increíble, que sentí miedo. Caminé por el Strand hasta Charing Cross Station, y una vez allí entré en el lavabo y me eché a llorar.

Más tarde, cuando le hablé a Patience Ross de mi encuentro con Mark Goulden, me sorprendió captar una nota de temor y respeto en su voz.

—¿Has conocido a Mark Goulden?

—¿Tú no lo conoces?

—Oh, no. Los agentes no suelen conocer a los editores.

No me había dado cuenta de que los editores del Reino Unido consideraban que los agentes literarios eran intrusos, no aliados.

—¿Qué impresión te causó? —me preguntó Patience Ross.

—Oh, es un hombre maravilloso —afirmé—. Es fantástico contando anécdotas.

—Sí, eso es lo que he oído decir.

¿Me equivocaba, o había una nota de envidia en su voz? Sabía que Patience Ross, que estaba a punto de retirarse, tenía una gran reputación por su integridad, su juicio y sus conocimientos literarios, y me dio pena que una cuestión de «clase» hubiera negado al editor la recompensa de conocerla.

Cuando regresé a Grove Hill Road descubrí que Joan Morgan, anticipándose a mi probable traslado al campo, ya había encontrado otra inquilina para mi habitación. Y además aumentaría el alquiler, dijo. Me preguntó si quería hacerles un favor antes de marcharme. Myra, que había aprobado su examen de ingreso y acababa de solicitar una plaza en el instituto de enseñanza media Mary Datchelor para especializarse en música, necesitaba una referencia de una persona que no perteneciera a la familia. ¿Sería yo tan amable de firmar esa referencia?

—Claro que sí.

Había visto a Myra crecer. Había escrito poemas sobre ella y su familia. Había viajado con ella por Londres durante los concursos musicales, en los que la había oído interpretar su «pieza» seguida por el inevitable niño prodigio (vestido como un joven Mozart) que tenía que sentarse encima de un cojín para interpretar con sus pequeños dedos una sonata de Mozart...

Ted Morgan me entregó el formulario para que lo firmara;

Escribí mi nombre y, en el espacio reservado a *Ocupación*, escribí *escritora*. Ted Morgan me dio otro formulario.

—¿Te importaría volver a rellenarlo? —preguntó—. Esta vez pon que eres periodista.

Obediente, escribí «periodista».

Ted Morgan sonrió.

—A los escritores los consideran poco confiables —me explicó—. Pero cuando sepan que hemos tenido a una *periodista* en casa...

Esa noche recibí una llamada telefónica de las propietarias de la casa de Suffolk. Me preguntaron si querría pasar por su domicilio, en *World's End*[9] para mantener una entrevista.

20. Una casa en el campo

¿World's End? Cogí el autobús con destino a Chelsea, que pasaba por King's Road, junto a la fábrica de gas, hasta llegar al domicilio de las propietarias de la casa. Me hicieron pasar a la acogedora sala de estar de la planta baja y después de servir el té me contaron, cada una repitiendo las palabras de la otra, que habían comprado y reformado la casa de Suffolk, y que en ese momento estaban reformando su casa de King's Road. Se llamaban Miss Wilson y Miss Collins, pero preferían que las llamaran *Will* y *Coll*, y trabajaban como recepcionistas en el Hospital Oftalmológico Moorfields. Coll, una inglesa elegante, de pelo oscuro, que debía de tener treinta y pico o quizá cuarenta años, era evidentemente quisquillosa con respecto a las cuestiones domésticas: dijo que le interesaban las antigüedades; Will, una australiana que había obtenido la ciudadanía británica hacía varios años, tenía una personalidad menos contenida, más abierta. Se las podía comparar con dos piñas: una oscura, brillante y cerrada, la otra madura y abierta. Estaban entusiasmadas con la casa de Suffolk y acababan de hacer reparar el tejado y de cambiar el mobiliario de acuerdo con los tiempos; se mostraron ansiosas por hacerme saber que habían adquirido la propiedad de Suffolk y la casa en que vivían con lo que habían ahorrado de su sueldo, y que ellas mismas se habían ocupado de las reformas, a las que habían dedicado muchas horas los fines de semana. El problema era que no podían utilizar la casa de Suffolk hasta que se retiraran y necesitaban una inquilina, alguien que la cuidara durante todo el año. También había un perro, al que había que pasear y alimentar. Habían recibido muchas respuestas a su anuncio, incluyendo el telegrama de un coronel retirado, que decía: «Acepto casa. Llego fin de semana con cinco perros de caza.»

La idea de que en Suffolk viviera una escritora parecía fascinarlas. Incluso habían pensado dónde trabajaría: en una antigua máquina de coser colocada exactamente ante el ventanal que daba a la rosaleda, al césped y al seto de lilas de casi tres metros.

—Tendrá que ocuparse de la rosaleda. Y también del seto de lilas. Y nos gustaría tener un huerto. Y está el perro, en realidad es una perra mestiza, *Minnie*, que es de una anciana que vive en un chalet de la misma calle, pero nosotras nos hemos quedado con el animal.

Así que de repente, por la tercera parte del alquiler normal, me había convertido en la guarda de una casa con techo de paja en Braiseworth, cerca de Eye,[10] al este de Suffolk. (Como acababa de concluir *Jardines perfumados para los ciegos* me resultó divertido que las dos mujeres trabajaran en el hospital oftalmológico, y que para situar la casa dijeran que estaba cerca de Eye.)

Me explicaron cómo llegar a la casa. Se entusiasmaban pronunciando los nombres de los lugares del este de Suffolk, como si

fueran conjuros.

—El lugar se llama Stowmarket —anunció Coll.

—¿Stowmarket? —Yo también estaba fascinada con los nombres.

—Stowmarket. Cuando .despache sus pertenencias por tren, recuerde que sólo llega a Stowmarket, y desde allí tiene que alquilar un transportista.

—Y recuerde que no tiene que ir *exactamente* a Suffolk.

—¿No es *exactamente* en Suffolk?

—No, es al *este* de Suffolk. Es más apartado, y diferente, y no está nada *estropeado*.

Su voz revelaba una enorme satisfacción cuando hablaban del este de Suffolk.

Dijeron que ese fin de semana irían al este de Suffolk para preparar la casa para mi llegada, tres semanas después, y que cuando yo llegara estarían allí para darme la bienvenida.

—Y si va hasta allí en autobús, pregunte por el desvío de Braiseworth, gire a la derecha y baje por el camino de robles...

—Giro a la derecha y bajo por el camino de robles —repetí mientras cogía el autobús de regreso a Camberwell. Las palabras tenían la magia de las instrucciones que solían darse y seguirse en los cuentos de hadas, los mitos y las leyendas.

Tres semanas más tarde cogí el tren desde Liverpool Street Station hasta Ipswich, donde subí a un autobús de Eastern Counties y viajé hasta el «desvío de Braiseworth» y «giré a la derecha, y bajé por el camino de robles» hasta la casa, donde Will y Coll me recibieron y me dieron las instrucciones necesarias para el cuidado de la propiedad.

Habían preparado un dormitorio en la planta alta, una habitación con el techo inclinado, con ventana de buhardilla y vigas oscuras a la vista, que daba al terreno que rodeaba la casa, y el seto de lilas, que empezaba a florecer. Habían vaciado la tapa de la vieja máquina de coser, colocada en la planta baja, y habían dispuesto un sitio apropiado para que yo trabajara, en el que, según dijeron, podía mirar por la ventana e «inspirarme» con el seto de lilas de casi tres metros. Siguieron hablando de su tamaño y comentando el aspecto que tendría cuando hubiera florecido, y recordando que las dos se habían enamorado de la casa, pero al ver el seto de lilas supieron que allí tendrían su hogar. Habían instalado agua caliente, una estufa Raeburn, un retrete con cisterna y una bañera. Coll, que tenía un don especial para las rosas, había plantado la rosaleda, y Will había limpiado los senderos y reparado la verja de la entrada, y no se había detenido hasta dar con la pesada puerta de roble que reemplazara la de paneles de cristal, demasiado moderna, que tenía un dibujo esmerilado de un ciervo junto a una montaña. La casa del este de Suffolk había sido el descubrimiento más maravilloso de su vida.

—¿No es increíble? —preguntaban extasiadas mientras paseaban por el jardín.

Al día siguiente, a última hora, Will y Coll regresaron a Londres, dejándome sola con *Minnie*, la perra mestiza, con mi máquina de escribir, el silencio del campo y mis planes para el próximo libro.

Empecé a pensar que ya hacía la vida de una escritora, porque mis dos libros de cuentos habían sido publicados y *Jardines perfumados para los ciegos* estaba a punto de salir a la calle, y durante el tiempo que había pasado en Grove Hill Road había notado que mi vida entraba sutilmente en un mundo de ficción en el que yo desplegaba ante mis ojos todo lo que veía y oía, la gente que encontraba en los autobuses, en las calles, en las estaciones de ferrocarril, un mundo en el que vivía escogiendo entre los tesoros exhibidos, frag-mentos y momentos que combinaba dándole la forma de novela, de poema, o de cuento. No desperdiciaba nada. Había aprendido a ser ciudadana de la Ciudad Espejo. Lo único que me capacita para continuar esta autobiografía es que aunque he utilizado, inventado, mezclado, remodelado, cambiado, añadido y quitado algo de todas mis experiencias, nunca he escrito directamente de mi propia vida y mis propios sentimientos. Sin duda, me he mezclado con otros personajes que son en sí mismos un producto de lo conocido y lo desconocido, de lo real y lo imaginado; he creado «yos», pero nunca he escrito sobre «mí», ¿Por qué? Porque si hago ese aventurado viaje a la Ciudad Espejo donde todo lo que he conocido o visto o soñado está bañado con la luz de otro mundo, ¿qué sentido tiene que regrese sólo con un reflejo de mí misma? ¿O de otros que existen bajo la luz del día? El yo debe ser el recipiente de los tesoros de la Ciudad Espejo, el Mensajero, por así decirlo, y cuando llega el momento de ordenar y enumerar esos tesoros para transformarlos en palabras, el yo debe ser el trabajador, el que lleva la carga, el que escoge, el que coloca y el que pule. Y cuando el trabajo queda concluido y debe soportarse la nada, el yo puede tomarse un descanso, aunque sólo sea para volver a tejer el recipiente usado que aguarda la siguiente visita a la Ciudad Espejo. Éstos son los procedimientos de la ficción. «Poner las cosas por escrito tal como ocurren» no es ficción; debe existir el viaje que uno hace por su cuenta, el cambio de la luz que converge sobre el material, la disposición de la autora misma a vivir dentro de esa luz, de esa ciudad de imágenes gobernada por leyes, elementos y monedas diferentes. Escribir una novela no es sencillamente salir de compras al otro lado de la frontera, a un país irreal: son horas y años pasados en las fábricas, las calles y las catedrales de la imaginación, aprendiendo el singular funcionamiento de la Ciudad Espejo, sus cielos y su espacio, su propio sistema planetario, sin detenerse a pensar que una puede quedar sin hogar en el mundo, en la bancarrota, abandonada por el

Mensajero.

A estas preocupaciones sumé las obligaciones más terrenales como guarda de la casa del camino de robles, en Braiseworth, cerca de Eye, empezando las mañanas no como las había planificado, aprovechándome de la inspiración que Will y Coll me habían prometido, sino paseando a *Minnie* y realizando otras tareas: limpiar la casa, preparar el huerto, recorrer en la vieja bicicleta los cinco kilómetros que se separaban de Eye para comprar alimentos y comida de perro y haciendo regularmente una visita de todo el día a Londres para hablar con el doctor Cawley. El tiempo se esfumaba. Pasaba ratos perdidos contemplando con admiración mi recién cavado y sembrado huerto, y con horror las ortigas que crecían al doble de su tamaño después de segarlas. Tampoco tenía tiempo por la noche, porque como no estaba acostumbrada a la luz de gas, cada vez que intentaba encender las lámparas se me rompían los manguitos en las manos, y decidí usarlas lo menos posible. De modo que por la noche subía a mi habitación con una vela e intentaba leer mientras *Minnie* se echaba sobre una alfombra, cerca de la puerta, sin dejar de vigilarla y al mismo tiempo pendiente de mis movimientos. El animal me había cogido cariño enseguida, pero me habían advertido que era feroz con los desconocidos, y de hecho estaba sujeta a un fallo judicial que ordenaba que debía ser sacrificada si volvía a atacar a alguien.

Agotada por mi rutina cotidiana como guarda de la casa, no estaba preparada para el esfuerzo que debía soportar los fines de semana, cuando Will y Coll llegaban para quedarse, decididas a disfrutar de cada minuto y de cada una de las maravillas de su casa, a la que llamaban, simplemente. *La Casa*. El primer fin de semana fue una alarmante y agotadora intromisión. Sin duda, las condiciones de mi arrendamiento indicaban que yo debía ocuparme de cuidar la casa, el perro y el jardín, pero no había contado con que el sábado por la tarde Will y Coll instalaran sus tumbonas al sol mientras me sugerían (sería más adecuado decir que me ordenaban: se habían conocido en el ejército) que subiera a la escalera y quitara las lilas marchitas del seto de casi tres metros, subiendo por ambos costados. De lo contrario, decían, las lilas no durarían, desaparecerían en unas semanas, y qué harían ellas sabiendo que habían desperdiciado las preciosas lilas. Mi siguiente tarea consistió en podar los rosales y quitar las malezas de los bordes del jardín («Debe mantener el jardín limpio de hierbas»), y me pasé la mayor parte de la tarde cortando, arrancando y quitando; con el rostro encendido, sin aliento y muerta de calor, las veía tendidas en las tumbonas como si fueran las pasajeras de un crucero que observan el fascinante trabajo de la tripulación. De vez en cuando me daban más instrucciones, o me señalaban las hierbas que había dejado, o un puñado de lilas marchitas, «Allí, en lo alto del seto, de

este lado». A veces cerraban los ojos y se dejaban acariciar por el sol, o se concentraban en las noticias y los anuncios de la revista preferida de Will: *The Lady*.

Su abundancia de planes me fascinaba. Pero cómo podían encontrar el tiempo necesario, preguntaban. «Hemos ido demasiado lejos con esta casa», admitían. Estaban contentas de tener una guarda; en el invierno no podrían trasladarse a Braiseworth.

Almacené mis experiencias e impresiones del este de Suffolk, de sus habitantes y su paisaje, que salieron a la superficie tiempo después, cuando regresé a Nueva Zelanda y escribí *El hombre adaptable*. Y como mi vida había entrado, como dije, en la Ciudad Espejo, ahora observo el relato acerca de mí misma, que también retrocede a la Ciudad Espejo, porque a la luz del sol y el día corrientes, las experiencias reales tienen para mí un interés cada vez menor, porque son sólo las sobras del banquete esencial. Cuanto más vivía como escritora, menos interesante era mi vida, gobernada por la rutina, para los ojos ajenos; e incluso en Braiseworth, cerca de Eye —sin poder escribir a causa de las obligaciones domésticas, *cuidar el jardín, limpiar, llevar a pasear al perro, comprar*—, la Ciudad Espejo seguía en mi mente como la morada verdaderamente deseable.

Los días en que tenía una cita en Londres me levantaba temprano, recorría en bicicleta los tres kilómetros hasta Mellis, la estación de ferrocarril más cercana, le dejaba la bicicleta al jefe de estación y cogía el tren que iba de Norwich a Londres; o cogía el autobús hasta Ipswich, y desde allí el tren. Al llegar a Londres sentía el entusiasmo que se siente al regresar a casa, mientras el tren cobraba velocidad, el campo quedaba reemplazado por un mar de ladrillos, por la sucia ciudad, los mugrientos almacenes y fábricas del este de Londres —¡Ah, qué delicia!— y por Liverpool Street Station, justo a tiempo para avanzar al ritmo de las marchas que sonaban en los altavoces y que estimulaban a los trabajadores del turno de las diez de la mañana a acelerar el paso.

Luego viajaba hasta Camberwell para ver al doctor Cawley, que también viajaba desde Birmingham; y éramos como dos personas que llegan desde tierras lejanas para asistir a una conferencia de alto nivel, para hablar de importantes planes pra el futuro. Y cuando terminábamos nuestra charla, yo tenía el tiempo justo para pasear por Charing Cross Road o por el Strand antes de coger el tren de la una y media con destino a Ipswich, y el autobús a Braiseworth. Cuando llegaba a casa, *Minnie* me daba la bienvenida; me sentía cansada y me preguntaba por qué estaba viviendo en el campo si era la ciudad lo que me atraía, y pensaba en qué había quedado mi día de trabajo; me iba a la cama a la hora del crepúsculo, contemplaba la oscuridad que se cernía sobre el campo, escuchaba los gritos de sus criaturas y

esperaba oír el canto del ruiseñor. Y en la soledad de la casa me di cuenta de que tenía miedo. Por primera vez en mi vida vivía sola en una casa, y tenía miedo. Cuando estaba en una habitación, me preguntaba quién ocupaba las otras. Abría las puertas y miraba. Nada. Podría haberme arrastrado sobre un témpano de hielo. A veces oía el revoloteo de un pájaro atrapado bajo la red que cubría el tejado. Qué distintas eran estas noches de las de mi infancia en Wyndham, cuando la oscuridad era tan misteriosa, y yo escuchaba asustada los sonidos de la noche y pensaba:

Escucha, escucha, los perros ladran
los mendigos llegan a la ciudad,
algunos vestidos con harapos, otros con sacos,
y otros con trajes de terciopelo.

Pero entonces me encontraba rodeada por el calor de la gente, y sabía que en la cocina ardía el fuego, la habitación estaba iluminada por la lámpara, las velas y la luz del hogar, se oían risas y cantos, y el bebé estaba dormido.

En Suffolk me alegraba cuando llegaba la mañana y la luz. Estaba tan ansiosa como *Minnie* por salir a caminar por los senderos húmedos de rocío, contemplar las liebres en el maizal y las flores silvestres, las prímulas, las campanillas, los endrinos; pero mi corazón seguía en Londres, quería regresar allí, donde me sentía feliz de estar sola entre la multitud, rodeada y sustentada por la inmensidad de la gente, de la raza humana que, aunque había —habíamos— destruido o estropeado gran parte del mundo natural, incluido mi cielo del hemisferio norte, aún podía enviar representantes a explorar la Ciudad Espejo, y aunque allí uno podía perderse y no regresar jamás, siempre estaban los que luchaban por volver a casa para crear sus obras de arte.

Así que cuando mi editor me escribió recordándome su oferta de «un apartamento en la ciudad», lo acepté agradecida, siempre y cuando pudiera pagar el alquiler. Conocía la naturaleza de los regalos, el contrato entre el que da y el que recibe, y sabía que ningún regalo es «gratuito», así que pensé que lo mejor era que el apartamento no estuviera incluido en la compleja categoría de «regalo».

Expliqué sinceramente a las propietarias del chalet la razón de mi brusca partida, con la esperanza de que comprendieran. Me quedaría en el chalet una semana más, hasta que ellas encontraran otra persona. Me había sentido cada vez más asustada ante la idea de pasar un invierno nevado sola con un perro en una casa oscura llena de manguitos rotos, porque a pesar de la supervisión de Will y Coll nunca aprendí a tocarlos sin romperlos, y cada vez que los cogía se convertían en polvo entre mis manos recordándome mis intentos por

escribir poemas que reaccionaban de la misma manera cuando los tocaba o intentaba sacarlos a la luz.

Will y Coll intentaron comprender mi traición y vi que mi temor con respecto a pasar un invierno en Suffolk —en el este de Suffolk— se apoderaba de ellas, que se preguntaban cómo conseguirían una nueva inquilina sin ofrecerle primero el placentero señuelo de un verano entre los robles y los campos de Braiseworth, cerca de Eye; y cuando me advirtieron que regresaría al ruido de Londres, no mencioné los correspondientes ruidos de Suffolk: los disparos que se oían durante todo el día cuando los granjeros intentaban espantar a los cuervos de los cultivos, el rugido de los tractores y las segadoras, los altavoces cuyos sonidos parecían surgir de una feria de atracciones eterna que yo buscaba y jamás podía encontrar. No les describí el agotamiento que suponía pasar todo el día caminando, plantando, quitando maleza y pedaleando, en lugar de sentarme ante la vieja máquina de coser, tal como ellas y yo habíamos imaginado, y contemplar desde el ventanal el seto de lilas de casi tres metros, fuente de mi inspiración.

Su decepción quedó aliviada cuando vieron el jardín y su abundante variedad de verduras y hierbas. También les impresionó comprobar que yo había cavado un cuadro más grande y más profundo, presumiblemente para plantar otras cosas antes del invierno. No les expliqué que había descubierto que el camino recto que se abría al final del sendero de robles había sido originalmente un camino romano que iba desde Ipswich a Norwich, y que como ya había desenterrado una colección de piedras que después de lavadas revelaron hermosos colores, dibujos e imágenes que podían captarse sin usar demasiado la imaginación, se apoderó de mí una fiebre por encontrar reliquias antiguas y así, día tras día, había extendido el jardín original hasta convertirlo en un jardín más ancho, más profundo y más largo a medida que desenterraba mis piedras, mis imaginados lares y joyas anglosajonas...

Pasé la primera noche en Londres —antes de trasladarme al apartamento del sur de Kensington que mi editor me había alquilado — en casa de Will y Coll, en World's End. Comí la cena que habían preparado con todo esmero. Y volví a escuchar sus maravillados comentarios sobre lo que habían logrado con una pequeña casa de World's End y con una propiedad de trescientos años de antigüedad del este de Suffolk, y volví a disculparme por interrumpir mi contrato de alquiler.

—¿Piensa ponernos en su libro? —preguntaron.

—Yo la ayudaré con la maleta —me ofreció Coll a la mañana siguiente, mientras me dirigía a la parada del autobús, camino de Kensington—. Pesa tanto como si estuviera llena de piedras.

Casi llena de piedras inglesas, romanas, sajonas, danesas, reliquias de otra ciudad.

21. Un apartamento en la ciudad

Era un apartamento en un sótano, con ventanas que daban a dos calles distintas: la enorme sala y la cocina daban a la calle más concurrida, el amplio dormitorio junto a la zona más tranquila, y un cuarto de baño en medio del pasillo. El jardín de guijarros de la parte de atrás estaba sembrado de arbustos puntiagudos como los que cuando crecen junto al mar soportan la sal y el viento inclinándose contra la tormenta, y cuando crecen en la ciudad adoptan la misma posición para evitar los humos, las ondas acústicas y los olores desagradables, y en ambos casos sobreviven y florecen, con coronas de espinas y flores pequeñas, de color azul y rosa. Cuando los camiones pasaban por la calle de atrás, el apartamento vibraba con los chirridos, los golpes y el ruido de los frenos; y del lado del dormitorio, el tráfico era tranquilo pero constante.

Para mí representaba un verdadero lujo. Era la primera vez, desde mi llegada a Londres, que tenía agua caliente y una bañera, un cuarto de baño y una cocina para mí sola. El mobiliario también era lujoso: sofás y sillas rayados estilo Regency, con asientos redondos en forma de bollo, y cómodas de madera oscura y encerada. La cama doble tenía sábanas y mantas lo suficientemente anchas y largas como para meterlas debajo del colchón, y éste era tan liso y duro como una tabla; y algunas de las toallas del armario de la ropa blanca llevaban una etiqueta en la que se leía *Toalla de baño*.

Al principio instalé mi lugar de trabajo en el dormitorio, pero descubrí que la habitación era demasiado oscura, y tenía la impresión de que me perdía lo que ocurría en la sala de estar, así que intenté escribir a máquina allí, junto a la pared interior, pero el sonido del tráfico me molestaba. Además, me sentía abrumada por los muebles lujosos. Hojeé sin entusiasmo los poemas que había escrito durante mi estancia en el este de Suffolk y el libro que había empezado, pero sólo podía pensar en la publicación de *Jardines perfumados para los ciegos* y en la frase de una crítica que no podía pasar por alto: «Este libro es ilegible, en el peor sentido de la palabra.» Luché para no perder la escasa confianza que tenía en mí misma. En otra publicación alguien había descrito el libro como «probablemente la obra de un genio». Las dos opiniones, extremas pero en equilibrio, se agitaban en mi interior como olas alternativamente asfixiantes y liberadoras, convirtiéndome en una superviviente empapada, en un desecho de otra corriente de críticas.

En el sur de Kensington aprendí otras cosas sobre la vida en

Londres, sobre lo fácil que resultaba vivir en SW7 en comparación con SE5, porque cuando daba mi domicilio en bibliotecas, museos y tiendas parecía producirse un milagro: me trataban con amabilidad, me ofrecían crédito, me preguntaban si quería que me pidieran un taxi. La suspicacia de los tenderos de Camberwell había desaparecido. Y cuando caminaba por las calles de Kensington y Knightsbridge, mezclándome con los guapos y los ricos, recordaba a mi tía Polly, de Petone, Nueva Zelanda, que soñaba con ser «alguien». «Me gustaría ser alguien», decía, recordándose que tenía conocidos, secretarios del Ayuntamiento o alcaldes, abogados y médicos, que eran «alguien». En Kensington yo también era «alguien», pero no por mis actos, o mi trabajo, o por alguna característica personal notable; era «alguien» porque mi domicilio era Kensington Sur SW7. Tenía, un apartamento lujoso con cuarto de baño, un teléfono blanco en la entrada, además de un teléfono «normal», una entrada de servicio y una entrada privada... Sin embargo, no me sentía a tono con los habitantes del sur de Kensington. En Grove Hill Road SE5, cuando me levantaba muy temprano y empezaba a trabajar, me sentía cómoda viendo las luces de las otras casas e imaginando las prisas del desayuno, viendo a los trabajadores que corrían en la semipenumbra del amanecer para coger el autobús, y más tarde a los grupos de niños que iban a la escuela, blandiendo y golpeando sus palos en un ensayo inconsciente de la vejez. Aquí, en Kensington, eran pocos los que se levantaban antes de las diez de la mañana. El correo llegaba tarde. Si había niños, eran conducidos a la escuela en silencio, en enormes coches oscuros. Me habría sentido desamparada si no hubiera sabido que en Kensington vivían otros escritores. Me gustaba pensar que estaban trabajando cerca, sin ser vistos, sin olvidar ni abandonar jamás la Ciudad Espejo.

En el centro de la mesa que usaba para comer coloqué el florero con las flores que me habían enviado los Goulden para darme la bienvenida al apartamento. También me habían invitado a su casa a tomar el té para que conociera al escritor Alan Sillitoe y a su esposa Ruth; y el día de la cita, a pesar de la fuerte lluvia, decidí ir a pie a su casa de Mayfair y planifiqué un trayecto que me permitiera llegar bastante seca. No dejó de llover. No encontré las galerías que esperaba encontrar. Llegué a la puerta del apartamento de los Goulden con los zapatos, las medias y la parte de abajo del vestido empapados y la espalda de la chaqueta chorreante, y vi que los Sillitoe llegaban en taxi, perfectamente secos. Yo estaba acalorada, agitada, y tenía el rostro encendido; mi vejiga estaba a punto de reventar, y mi visita apenas había empezado. Esperé «en las sombras», por así decirlo, hasta que los Sillitoe entraron en el edificio; luego cogí el ascensor hasta el último piso, pulsé el timbre y fui recibida por Mrs. Goulden, una mujer alta, misteriosa, regia (con un notable parecido, pensé, con

la Reina de Picos de la película *The Manchurian Candidate*, que había visto últimamente). Iba vestida de negro y tenía el aire de quien ha vivido dentro de su propia piel como si ésta fuera una casa, pulida y preparada día tras día, en la que ella era la dueña y señora de todo. No era una persona a la que se accedía fácilmente: había un porche, un vestíbulo de entrada en el que uno esperaba para ser recibido. Me presentó a Alan y a Ruth Sillitoe. («He leído sus libros..., etcétera.»)

Hechas las presentaciones, todos se mostraron preocupados al ver mi ropa y mis zapatos empapados. Mrs. Goulden me llevó a un dormitorio donde buscó ropa y zapatos secos para que me los pusiera mientras los míos se secaban, así que empecé la visita con un vestido negro ceñido y elegantes zapatos negros con bordes dorados, puntera abierta y tacones de cinco centímetros.

Luego Mrs. Goulden tocó una campanilla de plata y apareció la criada, una mujer rolliza y de pelo oscuro llamada Columba; después de servir el té se retiró, y Mrs. Goulden explicó que Columba era de Portugal y sabía muy poco inglés. Esto provocó entusiasmo en los Sillitoe (Alan, que acababa de convertirse en la estrella de los escritores del norte, inmerso en el realismo, la pobreza, la lucha por el sustento, el trabajo y el sexo en los barrios bajos del norte), que, según contaron, habían estado viviendo en Marruecos y habían vuelto con una criada, pero al llegar a Inglaterra descubrieron que la habían comprado y pagado por ella, como si fuera una esclava.

¡Oh, el problema de la servidumbre!

Escuché muda de asombro mientras Mrs. Goulden y los Sillitoe pasaban del problema de la servidumbre al tema de las *au pair,* y otra vez al problema de la servidumbre; ahí, en el apartamento de Mayfair, con sus alfombras persas, sus gatos persas, sus exquisitos cuadros, sus muebles de madera nudosa.

Yo tenía poco que decir. Sonreía con frecuencia y decía «Sí, sí». Los zapatos me quedaban pequeños. Y cuando llegó la hora de marcharse y me puse mi ropa y mis zapatos secos, Mrs. Goulden hizo un paquete con el vestido negro y los zapatos de noche.

—Me encantaría que se los quedara —comentó.

Había dejado de llover. No, dije, no cogería un taxi, regresaría a casa caminando. Cuando me iba, llevándome mi vestido negro y mis zapatos de noche nuevos, pensé con entusiasmo y satisfacción que había conocido a Alan y Ruth Sillitoe. Mi segundo escritor *de verdad*. (El primero había sido John Silkin, que me había dedicado un poema, pero ésa es otra historia.)

En el sur de Kensington no podía librarme de la idea de que jugaba a tener casa, jugaba a ser alguien que vivía en un apartamento con un teléfono en la entrada y un teléfono blanco en el dormitorio, junto a la cama, para responder cuando alguien llamaba en plena

noche: «Oh, eres tú, cariño. Ahora no me molestes.» Jugaba a tener un cuarto de baño de verdad y una bañera con agua caliente y armarios llenos de ropa blanca y enormes toallas con la etiqueta *Toalla de baño*, para envolverme en ellas cuando Nigel o Gerald entrara (abriendo la puerta con su propia llave) y yo dijera: «Aguarda un momento, cielo, estoy en la bañera», en el mismo diálogo imaginado que mis hermanas y yo solíamos usar cuando jugábamos a ser actrices de Hollywood con nuestras muñecas. El apartamento era un juego, empezando por mi papel de inquilina y el alquiler poco realista que nunca tendría dinero para pagar.

Y todos los días me sentaba delante de la máquina de escribir, con la intención de escribir mi nueva novela, *Carta a un escultor*. Después me levantaba, recorría el apartamento y me recreaba contemplándolo, como solía hacer con el jardín de Suffolk, como si todo lo que había en él fuera «obra mía». Y en lugar de regresar a la máquina de escribir y dar forma a unas cuantas frases, experimentaba con el nuevo hornillo de la cocina, creando un plato exótico del *Aunt Daisy's Recipe Book* que mi padre me había enviado para mi cumpleaños. También me había enviado una caja con mantequilla neozelandesa que, después de regalar una parte, había guardado en la nevera.

Entonces Paula Lincoln, una amiga de Frank Sargeson que había abandonado Nueva Zelanda después de treinta años y había comprado una casa en un pequeño pueblo de Norfolk, me escribió diciendo que ella y su hermana Rachel —que eran aficionadas al criquet— se trasladarían a Londres para ver los partidos de Lord's, y que les gustaría aceptar la invitación que yo les había hecho para que «se quedaran algún tiempo».

Fui a buscarlas a Liverpool Street Station. Ellas dormirían en el dormitorio, y yo en una cama plegable, mitad dentro y mitad fuera del armario del pasillo, con el espacio apenas justo para pasar a la cocina. Paula y Rachel eran abrumadoras, ansiosas, entusiastas, y se movían bruscamente en lo que parecía un ataque físico al espacio que las rodeaba; y cómo eran hermanas y hacía tiempo que no se veían, hablaban entusiasmadas, en un tono agudo, y su cortante acento de Oxford perforaba el apartamento, los muebles, el aire y mis oídos. Una vez en Lord's, me senté a mirar un partido aburrido del que no entendía nada, y cuando una mujer que acababa de llegar me preguntó en tono apremiante: «¿Quién es el primero?», y yo repetí, desconcertada: «¿El primero?», la mujer me miró con expresión de disgusto.

A media mañana me separé de Paula y Rachel y regresé a Kensington, donde encontré una carta que me enviaba mi hermana desde Nueva Zelanda, en la que me anunciaba que mi padre, cuando se trasladaba en bicicleta a su trabajo de calderero «a la salida de

North Road», había sufrido un colapso cerca de Willowglen, nuestra casa, y había sido ingresado en el hospital, aunque no habían hecho el diagnóstico inmediatamente; y al día siguiente, mientras le tomaban una radiografía, aún bajo los efectos del colapso, había muerto. Una úlcera de estómago le había provocado una hemorragia.

Pobre papá, tan difícil, tirano y cariñoso, pensé tragándome las lágrimas. Más tarde, cuando Paula y Rachel volvieron a casa, les comuniqué la noticia. ¿Qué podían decir? Recordaron a su padre, un hombre distante que, cuando eran niñas, iba de vez en cuando a la escuela a visitarlas. Recordaban sus «ojos brillantes y amables», y su timidez. Ellas le llamaban «padre». Era sacerdote de una escuela privada para niñas y, como trabajaba allí, la familia Lincoln se había educado en esa escuela, y más tarde en una escuela de Suiza. A su madre le llamaban «madre». Ninguno de los dos iba a visitarlas muy a menudo, dijeron, y cuando necesitaban ayuda o consejo recurrían a su hermana mayor.

—Pobre madre —dijeron—. Pobre padre.

Y se preguntaban «¿Recuerdas...?», utilizando palabras y frases de los años veinte o antes, que yo sólo conocía por los libros. Los padres de algunas niñas de la escuela eran unos «desvergonzados», dijeron,

"—Desvergonzados y tunantes. Pero padre era estupendo, ¿verdad?

Esa noche, acostada en mi cama plegable, pensé en papá, solo en Willowglen, y recordé cómo me había criticado tía Polly por irme «al extranjero»: «Tú eres soltera, y te corresponde quedarte en casa y cuidar a tu padre.» Pobre papá, con sus vales de cinco chelines y su hedionda bolsa de pescar, el interior Heno de escamas viejas, colgada en el lado de adentro de la puerta trasera, y los broches que se ponía en el pantalón, cuando montaba en bicicleta, colgados del gancho de detrás de la puerta, y el rostro tembloroso a causa de las lágrimas cuando se despidió en el muelle de Wellington.

Unos días más tarde recibí una carta del abogado de Oamara en la que me comunicaba que ahora mi hermano y yo éramos copropietarios de Willowglen y que yo había recibido todo el ajuar de la casa, y me preguntaba si podía regresar a Nueva Zelanda, dado que era Ja única albacea de la fortuna de mi padre. ¡La fortuna de mi padre! Estaba la casa y lo que había en su interior, dinero suficiente para el funeral, una pequeña suma de dinero para mi hermana y una cartilla que contenía seis chelines y cuatro peniques. El dinero efectivo para el funeral y el escaso legado provenían de lo ganado una semana antes en una lotería o en una carrera de caballos, de lo contrario no habría habido nada.

Consulté con el doctor Cawley, a quien seguía visitando regularmente. ¿Debía regresar a Nueva Zelanda? En una carta

conmocionada y furiosa, mi hermano me hacía saber que Willowglen había sido cerrada y no se permitía la entrada a nadie, y aunque él no estaba viviendo allí le dolía pensar que no le permitían entrar en su antiguo hogar.

¿Debía regresar? Tal vez ya había tomado la decisión. La opinión era que tal vez sería poco prudente vivir en Nueva Zelanda después de la experiencia vivida allí y que incluso podía correr peligro a causa del diagnóstico erróneo porque allí pocos lo habían puesto en duda, y ahora que mis libros se publicaban, me mencionaban constantemente como una persona «desequilibrada, demente», y existía la tendencia a relacionar esto con mis escritos e incluso convertirlo en el motivo' y la explicación de mí obra. Quizá yo ya había tomado la decisión, porque me di cuenta que deseaba volver a vivir y trabajar en Nueva Zelanda. Aunque no se hablaba de mí como una escritora «expatriada», los motivos que yo había tenido para abandonar Nueva Zelanda, aparte de mi deseo de «ampliar mi experiencia», no habían sido literarios ni artísticos. Y el motivo para regresar era literario. Europa ocupaba un lugar importante en el mapa de la imaginación (que es un mapa sin límites, en efecto;, en el que todo* lo* que lo deseen pueden encontrar un lugar, mientras las capas de los que han muerto hace tiempo y los que acaban de morir son un suelo fértil para los brotes nuevos, aunque la perspectiva de explorar un país nuevo que no contara con demasiadas capas en la formación de su mapa —sobre todo si se trata del país en el que una vio por primera vez la luz del día, el sol y ¡a oscuridad— era demasiado tentadora. Además, la primera capa de imaginación trazada por los primeros habitantes deja a quienes los siguen un acceso o callejón a los huesos. Para mí vivir en Nueva Zelanda sería como vivir en una era de creadores de mitos; con una libertad de imaginación entre todos los artistas, porque es posible comenzar por el principio y conocer los sitios no formados y ayudar a formarlos, crear el mapa para aquellos que seguirán alimentados por estos estratos de generación de los muertos. En mi decisión influía sobre todo el hecho de que de vez en cuando recordaba lo que Frank Sargeson me había dicho: «Recuerda que jamás conocerás otro país tan bien como aquel en el que has pasado tus primeros años. Nunca podrás escribir profundamente de otro país.»

Yo siempre había utilizado el mismo argumento: «¿Y los escritores que se vieron obligados al exilio político, que nunca tuvieron ni tienen la posibilidad de regresar, que viven y trabajan y alcanzan una nueva penetración del idioma de su país de adopción? ¿Y los que han tenido que profundizar más en lo desconocido cambiando de idioma? Conrad... Nabokov... ¿y qué decir de James Joyce, y de Samuel Beckett...? Todo escritor (todo ser) es un exiliado. La certeza acerca de la vida radica en que es una sucesión de expulsiones de lo que implica

la fuerza vital... Todos los escritores son exiliados, vivan donde vivan, y su obra es un viaje de toda la vida hacia la tierra perdida.»

La cuestión es que cuando estuve a punto de regresar a Nueva Zelanda no necesité razones para hacerlo; pero los demás necesitaban saber por qué, oír una explicación. Podría haber dicho que, sentada ante la mesa hecha con la máquina de coser, mirando el paisaje del este de Suffolk, había experimentado una sensación de falsedad, como si rozara la superficie... Tal vez la misma sensación que se experimenta cuando, después de escribir una carta, cerrar el sobre y escribir la dirección, uno descubre que el sello no se adhiere, que no hay con qué pegarlo al sobre y que, por mucho que lo intente, el sello sigue despegándose... y ¿qué sentido tiene, salvo como ejercicio de autoconfirmación, una carta que sigue en manos del remitente?

Fueran cuales fuesen los motivos que tenía para regresar a Nueva Zelanda, sabía que intentaría que parecieran lo más elevados posible; pero en Suffolk realmente había experimentado esa incomodidad, sabiendo que a miles de kilómetros de distancia había un palmito o una mata de hierba nevada, o un fragmento de cielo que no había examinado tan cuidadosamente como había examinado el seto de lilas de casi tres metros; y una nación de personas a las que no había aprendido a conocer tan bien, y en cambio durante mi breve estancia en Suffolk —o en Ibiza o Andorra— creía conocer a los habitantes, su paisaje y su historia, y empezaba a conocer su idioma.

Ahora que la escritura era mi única ocupación, al margen de cuáles fueran las críticas y las consecuencias financieras, sentí que había encontrado mi «lugar» a un nivel más profundo del que cualquier paisaje de cualquier país proporcionaría. En Nueva Zelanda, Frank Sargeson me había salvado la vida afirmando que yo podía pasar el tiempo escribiendo, aunque para él, creo, siempre fui la persona «loca, cuerda»; en Londres, escribir había sido aceptado como un modo de vida sin calificaciones psiquiátricas. Habitando mi «lugar» sentía que podía visitar día a día la Ciudad Espejo y sopesar cuestiones que sólo tienen tiempo de considerar aquellos que intentan practicar una forma de arte: los artistas, los monjes, los ociosos, cualquiera que se detenga a mirar. Yo podía viajar a la Ciudad Espejo como una viajera avezada, observando (no siempre de manera consciente), escuchando, recordando y olvidando. El único cementerio de la Ciudad Espejo es el cementerio de los recuerdos que son resucitados, vestidos nuevamente con la reflexión y el cambio, dejando intacta su esencia. (Una auténtica autobiografía intenta registrar la esencia. La renovación y el cambio forman parte del material de ficción.)

Luego de aconsejarme que no regresara a Nueva Zelanda y de aceptar mi decisión de regresar, el doctor Cawley me recordó que debía vivir como yo quería y no como querían los demás, que no tenía

ninguna obligación de «unirme» a nadie, y que estaba de acuerdo conmigo en que vivir sola era el estilo de vida ideal para mí si yo lo elegía. Y escribir.

Me aconsejó que comprara un billete de ida y vuelta.

Finalmente supe que vivir para siempre en la tierra en la que uno ha nacido puede ser un signo de fuerza, de debilidad, o ambas cosas, según de qué artista se trate, estar acostumbrado a aumentar la reserva de material procesado en la Ciudad Espejo, y que para el escritor de ficción ser un exiliado puede representar un obstáculo, sobre todo si el escritor pertenece a un país que acaba de iniciar su tradición literaria. El escritor (si existe alguien semejante) puede descubrir que se pasa toda la vida examinando la niebla de una infancia lejana, o que se convierte en un escritor viajero que describe la escena, luego la abandona, se guarda en el bolsillo la vegetación desarraigada, borra el mar y el cielo sin oír los gritos de un mundo que ha sido arrancado de sí mismo para entrar en un mundo de ficción, de la gente cuya propia piel queda colgada de los árboles centenarios, el grito inconfundible de una tierra natal auténticamente descrita y transformada.

Sé que a menos que el escritor abrace el idioma de la nueva tierra, existen traiciones constantes al lenguaje. (El lenguaje puede traicionar al escritor, pero el escritor nunca debe ser el traidor.) Cuando regresé a Nueva Zelanda y escribí *El hombre adaptable*, ambientada en Suffolk, un crítico perspicaz notó mi incorrecta referencia al *Orwell River*, cuando lo correcto era *River Orwell*, pues había utilizado el idioma neozelandés —el Rakaia River, el Waitaki River, el Clutha River— y no el inglés: River Thames, Humber, Orwell.

Dondequiera que una viva, en la creciente necesidad de una «visión del mundo», vivir o no vivir en la tierra natal puede proporcionar iguales ventajas e ideas, y venga de la tierra que venga, siempre resulta doloroso extraer y expresar la verdad, ya sea la verdad de la realidad o de la ficción.

Había escrito algunos capítulos de *Carta a un escultor*. Aunque mi billete de regreso a Nueva Zelanda, había sido avalado por «un donante anónimo», que sospeché (correctamente, creó) que era Charles Brasch (el poeta), prefería recibir dinero de una institución y no de una persona. Tenía dinero suficiente para pagar mi billete de regreso y la parte proporcional del alquiler del apartamento de Kensington, pero no tenía perspectivas de conseguir fondos en Nueva Zelanda. De modo que solicité una Subvención de Fondos Literarios, o una Beca de Letras para 1964.

Reservé mi pasaje en un camarote individual en el *Corinthic*, un barco de clase única que iba desde Londres hasta Auckland, a través del Canal de Panamá. Me habían aconsejado que nunca más volviera a

viajar en barco, pero siempre abrigaba la esperanza de no marearme.

¿De qué me habían servido los años pasados en Londres? ¿Por qué nunca había estado en Stratford-on-Avon? ¿En la tierra de las Bronté? ¿En la tierra de Hardy? ¿En Stonedhenge, en Tintagel Castle, en Tintero. Abbey? Había pasado una semana en la Región de los Lagos, y acampado una noche junto a Sour Milk Force en la ruta a través de Buttermere. Había paseado todo un día por Fells, visitando lugares conocidos por Wordsworth, Coleridge, Shelley.

Había asimilado muchas cosas durante mi estancia en Londres. Había visto el desarrollo de la Campaña de Desarme Nuclear, las Marchas de Pascua a Aldermaston, la crisis de Suez, la revolución húngara, los escándalos en el parlamento. Había visto la llegada de los pintores y los dramaturgos costumbristas, de los novelistas antillanos, los novelistas de North Country, y había visto que mis favoritos ocupaban un lugar junto a los ya consagrados; leí a los poetas *beat* de City Lights Press, a Ted Hughes, a Sylvia Plath (recientemente fallecida), a William Golding, Samuel Selvon, Iris Murdoch, Albert Camus, Sartre, Duras, Sarraute, Robbe-Grillet... Había visto *El año pasado en Marienbad* y las nuevas películas de India. Había asistido a una representación de *Tres hermanas* en ruso... En el St Paneras Hall había escuchado a los London Mozart Players, los Bach Players... y a Kathleen Ferrier, ya fallecida. Había mantenido una interesante correspondencia con la primera amante de Bertrand Russell. La biblioteca— ría del apartamento de Kentish Town me había conseguido un pase para la sala de lectura del Museo Británico. Mi estancia en Londres estaba repleta de experiencias: museos, galerías, bibliotecas, gente; y debajo de todo eso estaba el fortalecimiento gradual de mi situación gracias a las charlas con el doctor Cawley, como si él fuera un sastre que confeccionaba a la medida y me ayudaba a reforzar las costuras de mi vida y yo me probara la ropa. Y en mis ropas estaban tejidas mis experiencias de Ibiza y Andorra. (Había recibido una encantadora postal de la tienda de pieles del sur de Francia, de El Vici Mario, pero la dirección era ilegible, y eso me excusaba de responder.)

Conocí a algunas personas que no he mencionado aquí; están vivas, y he intentado limitarme a mi propia historia sin atreverme a contar la de los demás. Escribir de los muertos es diferente, porque los muertos han renunciado a su historia. Sin embargo, existe un riesgo en el hecho de vivir a cierta distancia de la fuente en la que una basa su ficción, porque se equipara fácilmente la distancia con la muerte y, disfrutando de la libertad de un relato, una se enfrenta súbitamente a los efectos reductores de hechos que nunca experimentaron la necesaria transformación en la Ciudad Espejo; el escritor ha supuesto que permanecer a salvo en este mundo y salpicar el ingrediente

elegido de la ficción con una dosis de distancia-muerte puede dar como resultado la misma transformación que tiene lugar dentro de los solitarios parajes de la Ciudad Espejo. La ficción instantánea es tan contradictoria como el futuro instantáneo.

Le dije adiós a Londres, donde había vivido como si perteneciera a una gran familia cuya casa era Londres. Me esperaban inviernos terribles de escarcha, hielo y sabañones. Miré las hojas que se secaban, caían y se arrastraban contra las verjas de hierro negro de los parques. Vi el sol tomarse de color rojo sangre y alzarse sobre la hierba del Common azotada por el invierno; vi a la gente avanzar con paso más presuroso, corriendo a su hogar,

si tenían un hogar para huir de la oscuridad y el frío; y a aquellos que no tenían hogar y para abrigarse y protegerse dependían de los portales de edificios deshabitados, como bancos y oficinas de seguros y (antes de que las grandes estaciones de ferrocarril fueran demolidas o remodeladas y construidas nuevamente sin asientos) de los bancos de las estaciones de ferrocarril y las terminales de autobús, y en el Strand, junto al río, se guarecían bajo los arcos. Y después del anochecer, la nueva vida de Londres, los brillos, la gente que viajaba en taxi y en coches oscuros y relucientes... vagabundos inadaptados que clamaban al cielo... los oscuros días de enero... la llegada de la primavera... junio, el polvoriento julio, agosto, otra vez el ciclo. Las estaciones en una ciudad de millones de personas se convirtieron en mis parientes, como lo habían sido en el campo en Nueva Zelanda. Aquí estaba la prueba de las vidas compartidas con el poder humano de destrucción y creación; los errores irreparables que forman parte de la construcción de una ciudad, al margen de cuán cuidadosamente haya sido planificada, los efectos de los errores, algunos catastróficos, la iluminación del camino de los seres humanos, haces de luz que no se originan en el sol; mientras las estaciones, modificadas, dañadas, pero que se repiten periódicamente, continúan observando la ciudad, también ellas a gusto en cierto modo, aclimatadas a ellas mismas. El efecto de Londres como una ciudad inmensa da sólo una idea de la complejidad de la Ciudad Espejo, aunque llenó mi vida de pensamientos e imágenes que han permanecido y seguirán permaneciendo hasta que yo, como una estación, acepte el cambio inevitable, cuando las hojas de mi propia memoria sean arrastradas para formar parte del rico suelo de la Ciudad Espejo.

Mi partida de Londres fue triste y rara. En mi mente surgieron imágenes de mi viaje desde Nueva Zelanda, de mi padre, de tío Vere y tía Polly diciendo adiós con la mano desde el cobertizo del muelle de Wellington; serpentinas, la ritual interpretación de *Now is the Hour*, el espantoso temor que se apoderó de mí al ver que las colinas se alejaban, la creciente sensación de aventura cuando me di cuenta de

que no había camino de retorno. Intenté imaginar cómo sería ahora, al marcharme de Londres. El muelle, el embarco, la travesía por el Támesis hasta alta mar.» ¿pero dónde estaba la gente que iría a decirme adiós en una ciudad en la que mi única familia era la ciudad misma?

Había pasado siete años fuera de Nueva Zelanda y había dedicado los últimos años exclusivamente a la escritura, combinándola con las caminatas solitarias y los sueños en los cines. No tenía amigos íntimos que desearan quedarse en un muelle de Londres dándome un triste adiós. Incapaz de enfrentarme a una partida solitaria, le pregunté a la bibliotecaria que me había conseguido el pase para la sala de lectura si quería ir a despedirme. Aceptó. Patience Ross, la agente literaria, me despidió en Victoria Station, y cuando el tren llegó al puerto del este de Londres, allí estaba Millicent, la bibliotecaria, que había prolongado la hora del almuerzo para decirme adiós. Tomamos el té a bordo del barco. Le di las gracias. Ella regresó a su trabajo. Y mientras los motores se ponían en marcha y todos se despedían por última vez, y el barco empezó a navegar por el Támesis, miré a los serios y abatidos pasajeros que me rodeaban. No sonó ninguna marcha, ni hubo serpentinas. Algunos pasajeros tenían la expresión de quien va camino del cadalso; muchos, sin duda, eran emigrantes que habían dado el último adiós y jamás regresarían; rostros que mostraban ansiedad más que expectativa, la certeza de quien deja atrás una tierra en lugar de ir en busca de otra.

Recuperada de la fugaz compasión que había sentido por mí misma (¡tantos años en Londres, y tenía que pedirle a alguien que fuera a despedirme!), miré con interés los edificios del puerto y la oscura humedad de los muelles y pensé en mi padre y sus ediciones en rústica de Sexton Blake, los libros de bolsillo de papel amarillento con sus escenas de crímenes en la zona portuaria de Londres; y en el personaje, Tinker, y su frase típica «De acuerdo, jefe». Pensé en lo mucho que habría disfrutado papá con una descripción del puerto, y en lo agradecido que se habría sentido, igual que alguien que percibe el movimiento de los hilos telefónicos aunque no perciba claramente el mensaje, si yo hubiera escrito para decir que podía imaginar a Tinker y a Sexton Blake en el puerto, tropezando con algún personaje indeseable, un «soplón» que les habría pasado la «información».

Así que no eran los edificios de Londres, la Tate Gallery, la nueva literatura, ni el entusiasmo de vivir en Londres lo que ocupaba mi mente mientras el barco navegaba hacia alta mar, sino la niñez, cuando compartía con mi padre esas historias de detectives baratas y mal escritas, con sus estereotipos raciales de novela barata, Tinker y Sexton Blake y sus «jefe» y «señor» y «señora», que sin embargo eran personajes de ficción al margen de sus deficiencias literarias; y no era

Dickens, siquiera, ni Lamb, ni Samuel Pepys, sino Sexton Blake y Tinker, su fiel servidor, quienes me despedían de Londres mientras yo, por mi parte, le daba el último adiós a mi padre, que tal vez también se refugiaba en la ficción, acurrucado junto al muelle, en compañía de Tinker y Sexton Blake de Baker Street.

22. El regreso

El mareo, que había empezado con el cabeceo y el balanceo del barco en alta mar, no parecía tan desesperante en un camarote de cubierta, en el que entraba un brisa fresca, o afuera, en una tumbona. Estaba sentada en una tumbona, intentando encontrar una forma de asimilar la comida y evitar la terrible debilidad que sentía, cuando un joven apareció en la cubierta.

—¿Le gustaría probar un trozo de mi pastel de cumpleaños? —me preguntó—. Me lo hizo mi madre.

—Oh, gracias —respondí. Hacía ya dos días que habíamos salido de Londres y yo no había probado bocado, salvo las galletas que me había llevado.

El joven se sentó a mi lado. Se llamaba Albert, dijo, y era físico nuclear; iba a hacerse cargo de un puesto en una universidad de Nueva Zelanda, donde esperaba dedicarse a la geofísica, a los volcanes y los terremotos.

Era un joven amable, tímido y pálido, a finales de la veintena, y a partir de ese día, cada vez que yo me instalaba en la tumbona de la puerta de mi camarote, él aparecía tarde o temprano, se sentaba a mi lado y me hablaba. Me llevaba algún bocado desde el comedor, y poco después empezó a llevarme una pequeña comida en una bandeja, lo suficiente para permitirme sobrevivir sin aumentar el mareo que me provocaba trasladarme al comedor, en la parte más baja del barco.

Le comenté que yo era escritora y que regresaba a mi país después de siete años de ausencia, pero cuando me preguntó cuáles eran los títulos de mis libros, mi timidez casi primitiva me impidió decírselo. Si, como suele decirse, el papel de un poeta es nombrar, entiendo mi timidez con respecto a nombrar títulos, mi reticencia a reducir o agotar en palabras el poder de lo nombrado.

Albert se convirtió en mi asistente y compañero durante todo el viaje. Su conversación me resultaba interesante. Él sentía curiosidad por la esencia del mundo, y yo sabía escucharlo. Se había pasado la vida haciéndose preguntas y respondiendo algunas. Es deprimente encontrarse solo y enfermo en tierra firme, pero la desdicha aumenta a bordo de un barco si no se puede ir al comedor a probar los platos atractivamente exhibidos en el folleto, ni ver las películas, ni participar en los juegos ni en los bailes, sólo tenderse en una tumbona,

sin poder siquiera disfrutar de un poema o soñar. Albert, que contaba con gran cantidad de información, me comunicaba las noticias de la vida a bordo y del mundo de la ciencia. Yo recordaba mis tiempos de la universidad, cuando estudiaba detenidamente el calendario universitario y leía el programa de estudios científicos, entusiasmada por el misterio de los temas: «Calor, luz y sonido», y pensaba: «Sin duda, éste es el mundo de los poetas, los pintores, los compositores de música, y también de los científicos. ¿Por qué está reservado exclusivamente a un puñado de estudiantes?» Y recordaba cómo, atraída por el misterio y la magia, pedía prestados libros de física, y al abrirlos me encontraba con un muro de números y símbolos que superaban mis conocimientos de matemáticas y química: frases que no lograba entender, que me provocaban la misma frustración que había sentido cuando intentaba leer las partituras para gaita de mi padre como si fueran un libro más, y *eran* un libro. ¿Cómo era posible que el Calor, la Luz y el Sonido, que nos pertenecían a todos, se apartaran así de nosotros? Y sentía la frustración de los límites de mi mente, la curiosidad y la ansiedad que se convertían en una lenta furia y en una renuncia a mí misma tal como era y no como había soñado que podía ser porque yo, que siempre vivía con el calor, la luz y el sonido, quedaba excluida de sus secretos.

Así, para mí fue un regalo excepcional contar durante treinta y un días con la compañía de un físico «de verdad», este joven tranquilo y tímido, miembro de la Society of Friends, sobrino nieto de un poeta famoso, pacifista y participante en la campaña para el desarme nuclear, que había trabajado en una central atómica y cuya vida era el estudio de los movimientos violentos de la tierra y los levantamientos de fuego y cenizas, y cuya reciente invención era un *detonador de seguridad*: al igual que su tema, el Calor, la Luz y el Sonido, él era una contradicción viviente.

Cuando el barco hacía escala en algún puerto y dejaba de balancearse, mi mareo desaparecía; entonces Albert y yo desembarcábamos y yo lo escuchaba con interés mientras él describía la formación de la tierra, del agua, del cielo, y preguntaba y respondía cómo, qué y dónde. Y al final de la travesía, descubrí que la presencia de Albert a bordo, una cuestión de suerte, casualidad y misteriosa providencia, me había ayudado a sobrevivir.

Por fin entramos en el Golfo Hauraki, navegando lentamente junto a Bays, con sus casas inesperadamente coloridas como hileras de caramelos (diez años antes habría dicho «pirulíes») de color rosa, amarillo, azul, verde, y algunas rayadas, contra la hierba de un verde intenso (¿verde hoja?, ¿verdín?) y el verde más oscuro del monte que aún quedaba. Había olvidado los colores de golosinas de las casas y la profundidad del cielo azul, un cielo que no era distante, que estaba al

alcance de la mano, a la altura de la cabeza, un cielo compartido.

—¿No es bonito Auckland? —preguntó alguien.

—Ya lo creo.

Y allí estaba otra vez la luz de Auckland, jamás olvidada, como la luz de la montaña en una ciudad sin montañas, pero más suave, pictórica de corrientes de azul flotante, y púrpura y gris, y al moverse una podía abrirse paso entre la luz sin esfuerzo.

Cuando llegó la lancha de Aduanas y Sanidad, también subieron a bordo algunos miembros de la prensa, y me sorprendió que quisieran hablar conmigo. No me había dado cuenta de que en los siete años que había estado ausente, la publicación en el extranjero y en Nueva Zelanda de varios libros me había creado una fama conocida como *fama en el extranjero* y por tanto considerada más valiosa que la fama *dentro de Nueva Zelanda*; la fama de escritores excelentes que vivían en Nueva Zelanda solía definirse con la frase *conocido sólo en Nueva Zelanda*. (La proliferación de reactores y la construcción de aeropuertos conocidos como *internacionales* provocó la disminución del uso de extranjero como una expresión de prestigio y su reemplazo por *internacional: fama internacional.*) Además, durante mi ausencia no había aparecido nadie a quien pudiera atribuirse esta fama, y con mi regreso al país había estallado una corriente de opinión y especulaciones con respecto a mí. Yo ignoraba todo esto, y al regresar a casa descubrí que se me consideraba una mujer de mundo, famosa, rica, cuerda, demente, sin duda distinta de la tímida desconocida que era al marcharme. ¿No había vivido y trabajado *en el extranjero*? ¿Mis libros no habían sido comentados *en el extranjero*? ¿Por qué, si no había ninguna razón aceptable, había decidido regresar a Nueva Zelanda?

Tal vez somos un pueblo perezoso; nuestro mundo literario también es perezoso, pues prefiere conseguir la fama en el extranjero en lugar de arriesgarse dentro de Nueva Zelanda.

El barco atracó. Un colega de Albert que había trabajado con él en la central atómica le había prometido ir a recibirlo, pero había enviado a su hija. La joven explicó que su padre se estaba muriendo de cáncer. Me pregunté hasta qué punto era segura la central atómica, porque ya habían muerto otros colegas.

Mi hermana, su esposo y sus hijos fueron a recibirme y me llevaron en coche al otro lado del puente Harbour («Mira, aquí está nuestro puente Harbour»), hasta Northcote, donde habían alquilado un pequeño remolque en el cual podría instalarme hasta que viajara a Oamaru y Willowglen. Donde habían vivido los Gordon, rodeados de arbustos y altos pinos, ahora había hileras de casas y extensiones de edificios de hormigón, y los bordes de la carretera, en otros tiempos húmedos y poblados de árboles, ahora estaban pelados. Los chicos de

los Gordon, que ya eran adolescentes —Pamela asistía a la escuela intermedia—, llenaron la pequeña casa mientras se sentaban a ver *Ponderosa* o *Wagon Train* en la televisión.

Más tarde, cuando eché a andar en dirección a la casa de Frank Sargeson, en Esmonde Road, descubrí que salvo un bosque de Northcote, junto al puerto, el resto del monte había desaparecido, y que el camino vecinal en que en otros tiempos las vacas y los caballos contemplaban al caminante solitario, ahora tenía una hilera de casas a cada lado, desde Northcote hasta Takapuna; la calle de Frank, en otros tiempos cortada en un extremo por los manglares, el pantano y el mar, había sido extendida, el pantano había sido rellenado, la tierra había sido «ganada» al mar, y sobre ella se había construido la carretera de acceso al puente Harbour. Súbitamente lanzada a un mundo en el que se hablaba demasiado de tierra «ganada», de propiedad «deseable», del precio de los terrenos, de los terrenos con y sin vistas, sentí que estaba ante un nuevo tipo de avaricia, porque cualquier cosa podía ser tocada, medida, vista y tasada. Me encontraba en una ciudad nueva que daba al exterior, y que ansiaba, rogaba y pagaba por tener una *vista*. Y nadie decía a qué o a quién pertenecía la tierra antes de haberla «ganado».

La casa de Frank había quedado casi rodeada de «unidades» construidas sobre lo que ahora era una costosa propiedad inmobiliaria. Me entristecí al inclinarme hacia adelante para apartar el seto, cada vez más grande, y su perfumado parásito, la madreselva, y pisar el sendero —que ahora era de adoquines de hormigón, como pasaderas de un mundo a otro— en dirección a la puerta trasera, con la vasija vacía y volcada, colocada sobre el conocido mensaje borroneado en un trozo de papel verde. *Janet. Vuelvo a las tres y media*. Y una cruz a modo de beso.

Empujé la puerta y entré. Me sentía como el Viajero que regresa. El volumen de manuscritos y de libros había aumentado y una enorme estantería (que reconocí como perteneciente a las tías, que ya habían muerto) dividía la zona de la cama de la poyata de la cocina. Había una nueva silla grande de madera que hacía las veces de tumbona, con un respaldo que se ajustaba con una barra de madera en distintas posiciones. Junto a otra silla de madera, al lado de la poyata, había un tablero para escribir y sobre éste una pila de manuscritos en tinta. Las hileras de fruta, los grupos de pimientos y las semillas seguían en el alféizar y en la poyata. El círculo de humedad del cielo raso se había extendido y tenía los bordes festoneados. La madera de la poyata, el escritorio empotrado (cubierto de libros), las sillas, la repisa de la chimenea, la puerta, la base de la cama, el alféizar y los marcos tenían un aspecto más suave y gastado, como si cada día hubiera pasado sobre la superficie, apoyándose sobre ella, tocándola e incluso

golpeando la madera ahora lustrosa.

Cuando Frank giró en la esquina de la casa, oí el susurro de la vegetación. Me di cuenta de que él tenía tanto miedo como yo de nuestro encuentro después de siete años. Noté que estaba nervioso, pero cuando nos vimos, ambos supimos que éramos los mismos de antes, y que después de siete años nos reconocíamos. La tensión se alivió.

Mientras preparaba una taza de té detrás de la poyata, Frank comentó:

—¿Sabes? No estoy celoso, nada celoso.

Me sorprendió que él también hubiera quedado atrapado por la expresión «fama en el extranjero», y que hubiera esperado ver a alguien distinto de la asustada J. F. que había estado en la cabaña siete años antes.

Luego me preguntó:

—¿La has visto?

—¿He visto qué?

—La cabaña. Tuve que derribarla. Estaba inundada de ratas y se caía a pedazos. No es necesario que la veas, si no quieres. Sé que te apenaría.

Me sentí conmovida por la constante preocupación de Frank, y avergonzada por mi falta de sentimientos hacia la cabaña. Bajamos por el jardín cubierto de hierbas («Ya no queda nada», dijo en tono triste), junto al alto y floreciente papayo, su tronco nudoso y sus ramas torcidas registrando la experiencia del tiempo, el clima, desconocidos para el árbol joven que había visto por última vez en el jardín de Frank. Nos acercamos al montón de escombros en que había quedado convertida la cabaña en la que yo había vivido y escrito, ahora oculta por la hierba y el maíz silvestre. Vi el círculo de tierra quemada donde yo solía destruir todo, menos la última versión de los manuscritos. No sentí pena aunque, respetuosa de los sentimientos y las expectativas de Frank, suspiré.

—Vaya, es una pena —dije. Y en ese momento me sentí afligida, pero sabía que aunque había perdido la cabaña al marcharme de Takapuna, había guardado en mi interior el recuerdo del tiempo pasado en ella, y sabía que era una de las épocas más queridas de mi vida; que el material hubiera desaparecido, no tenía importancia.

Entonces Frank me enseñó la habitación que había construido para Harry, con una entrada separada y un emparrado del que ya colgaban los racimos de uvas blancas.

—Pruébalas —dijo, tirando de un tallo cargado—. Se las doy al chico de los periódicos.

Eran pequeñas, duras, amargas.

Luego Frank cocinó mientras me contaba novedades sobre

nuestros amigos, conocidos y visitantes que habían invadido su casa.

—¿Y Karl y Kay Stead?

Me dio noticias de ellos.

—¿Y Maurice y Barbara Duggan?

»¿Y Jess y Ernest Whitworth? ¿Jack? ¿Harry? ¿Reece Cole y Christine? ¿Tony Stones? ¿Kevin Ireland? ¿Ian Hamilton? ¿Werner y Greville? ¿Odo Strewe? ¿Y aquella mujer menuda y morena, recuerdas, una que vino sólo una vez y tú dijiste que si fueras el tipo de hombre que se casa, te casarías con ella?

—¿Mrs. Ansell?

Me habló de ella. Frank tenía noticias de todos. De Bob Lowry, Glover, Curnow, Shadbolt, Nigel Cook, Jimmy, Clarrie, Ted Middleton, Dennis McEldowney... de todos. ¿Y Frank Haig? Y así sucesivamente.

—¿Y Charles Brasch?

Me dio todo tipo de noticias, noticias de fuera de la ciudad y noticias de Auckland; las de fuera de la ciudad quedaban un poco diluidas, sobre todo si venían del otro lado del Estrecho dé Cook. Me habló de los nuevos escritores, que eran numerosos.

—Puede ser que tengas fama internacional —dijo Frank—, pero, Janet, tú y yo estamos pasados de moda.

Pensé que tal vez tenía razón.

Conservo en mi memoria este montón de hojas tituladas *El regreso*; algunas páginas están desteñidas, otras siguen claramente impresas. Cuando Frank me preguntó dónde iba a vivir, y me dijo que siempre habría una cama para mí en el número 14 de Esmonde Road, le hablé de mi solicitud de una Beca de Letras para 1964. Le dije que regresaría a Willowglen para arreglar algunos asuntos, y que luego buscaría un sitio en Auckland o en la costa norte, donde vivir y escribir. Entretanto, utilizaría el remolque de dos metros y medio que estaba en casa de mi hermana, en Northcote.

La visita a Willowglen era urgente. Mi hermano me había comunicado en una carta que la casa había sido forzada en varias ocasiones; y que el nuevo par de mantas dobles había sido robado. Faltaban otras cosas. Percibí la intensidad que había bajo esta referencia a los bienes de la casa y supe con la admiración del reconocimiento que aún tenía mi pasaporte para la Ciudad Espejo, que ése era mi verdadero hogar, al margen de lo escaso que fuera mi talento y lo torpes que fueran mis frases; todos los días y todas las noches yo estaba en contacto con la inalterable composición humana que es la auténtica base de la ficción, los grandes acontecimientos de la vida y la muerte de todos... los regresos, las pérdidas, las ganancias, y ahora, anticipando mi visita a mi antiguo hogar, la prolongada persecución y la huida de los muertos y de los bienes de los muertos. La noticia de que las mantas Kaiapoi —unas suaves mantas de lana

blanca jamás tenidas en cuenta pero ahora preciosas— habían desaparecido o las habían robado contenía un grito para hacer regresar a los muertos.

Al día siguiente reservé mi asiento en el tren nocturno con destino a Wellington y en el expreso que atravesaba la llanura de Canterbury y el río color salmón, en dirección a Oamaru.

23. Willowglen

En cuanto llegué a Oamaru me dirigí al *camping* de caravanas, donde había alquilado una unidad para pasar la noche. Compré algunas provisiones en la lechería, y miré con curiosidad al propietario, Mr. Grant, que se había convertido en el pariente más cercano cuando mi padre sufrió el colapso en la puerta de la tienda. Observé con mirada penetrante las mercancías que había comprado, como si éstas y Mr. Grant y mi padre estuvieran ahora en posesión de una muerte que yo ya no podía compartir.

Cuando regresaba a mi unidad, vi a un joven que se ocultaba entre los arbustos y me seguía con la mirada. Se me acercó. Me dijo que era periodista del periódico local y que esperaba que yo le diera la posibilidad de hacerme la primera entrevista, porque el periódico provincial también me estaba buscando. A él también le habían inculcado la idea de la «fama en el extranjero», lo que lo había llevado a formarse una imagen irreal de mí. Lo habían enviado a buscar a la escritora neozelandesa que ahora iba cargada con las joyas del *extranjero*, para que le echara un vistazo y contara cómo eran esas joyas; y yo, con mi brillo de fantasía, me sentí incómoda. Aunque el periodista descubrió de inmediato que yo no llevaba las riquezas que él suponía, se alegró de ser el primero en publicar el artículo: «Escritora de Oamaru regresa al país.» Caminamos por el jardín y me fotografió sentada en el Jardín Japonés, y recordé que cuando éramos niñas, vestidas con el vestido de verano de mangas amplias que nos había hecho tía Polly, nos habían fotografiado cerca del mismo puente.

Ese mismo día recogí la llave de Willowglen en el despacho del abogado, que me preguntó qué planes tenía con respecto a Willowglen. Mi hermano iba a casarse y necesitaba una casa, dijo. El lugar no era gran cosa, estaba seguro de que nadie querría comprarlo, así que existían pocas probabilidades de venderlo y repartimos el dinero. Me aconsejó que vendiera mi parte, en lugar de cederla, como yo había sugerido. Mi padre había deseado que yo la tuviera, me aseguró. Yo ya había decidido darle mi parte a mi hermano, porque sabía que él no tenía dinero y que no había tenido tanta suerte como yo en la vida.

Sin embargo, primero debía visitar Willowglen en la primavera. Oamaru, como siempre un reino junto al mar, había sido declarada ciudad debido a que su población superaba las diez mil personas, pero el mar aún se hacía oír, convirtiendo la ciudad en un caracol que sonaba en los oídos de todos. Mi regreso en solitario a la desierta Willowglen quedó aliviado por el verde de los frondosos árboles y la visión de los pinos en otros tiempos delgados, que ahora formaban un bosque oscuro casi tan impresionante como el del «segundo nivel» de la colina de Edén Street, y por el sonido del lejano bramido de la rompiente que golpeaba contra el rompeolas de la orilla. El camino de entrada a Willowglen estaba cubierto de hierbas y lleno de piezas de coches viejos, estufas viejas y restos de una narria. El cobertizo en que se habían guardado los cuadros y los muebles más grandes después de la mudanza de Edén Street se había derrumbado y ahora estaba completamente abierto, y los marcos de los cuadros y las patas de las sillas atravesados entre las ruinas. El establo, el corral y la pocilga cubiertos de cicuta, y el cobertizo de las manzanas se estaban derrumbando poco a poco, las tablas estaban colgadas y se balanceaban de un lado a otro, como si los meses y los años hubieran pasado con tanta violencia que los hubieran arrancado como si fueran miembros inútiles. Un gato negro, tal vez uno de los de *Siggie*, acechaba desde el seto de espinos. *Siggie* había muerto poco antes, a los dieciocho años.

Subí por el sendero, bajo el añoso árbol «fantasma», el pino enorme de las ramas oscuras e inclinadas. Caminé por el porche, el cobertizo que daba a la cuesta, pisando las peras caídas del año anterior, y entre las flores del peral vi algunas que aún seguían colgadas, secas y arrugadas, porque ya no había nadie que las recogiera. La vieja horma de hierro para las botas seguía allí, junto a la puerta trasera; la bolsa de pescar de papá, tal como la había recordado en Kensington, con olor a pescado y las escamas secas y viejas que formaban una costra en el interior; y allí estaban sus botas de goma altas hasta el muslo que usaba para vadear el Waitaki, el Rakaia y el Rangitata, con su lecho lleno de guijarros. Abrí la puerta trasera y entré. No esperaba encontrar la casa así, pero no podía estar de otro modo. El pijama de mi padre estaba colgado en una silla. En el suelo, sus calzoncillos largos de color crema, con una mancha desvaída en la entrepierna; incluso seguía allí su última taza de té, encima del platillo, con un trago de té en el fondo, formando un cerco de color pardo en la porcelana. Junto a la taza, el último periódico, de dos meses y medio antes, doblado de manera tal que quedaba a la vista el crucigrama a medio hacer, y a su lado la punta del bolígrafo. Aún había cenizas en la cocina económica, y el cajón de las cenizas estaba a medio abrir, listo para vaciarlo; y arriba, en la rejilla de

latón, había un pijama perfectamente doblado, a punto para la noche.

El viejo sofá en el que *Tittups*, el gato, se había meado y nosotras habíamos intentado quitar el olor con nuestro perfume de clavel de Navidad, y donde se sentó la directora de Waitaki el día que nos visitó para damos el pésame cuando mi hermana Isabel se ahogó, aún seguía contra la pared, de cara a la cuesta envuelta en sombras al otro lado del cobertizo donde la orilla estaba llena de hierbas, de vincapervincas y pequeñas plantas de hojas anchas protegidas en su base de arcilla, debajo del árbol madre.

Las cortinas de la cocina eran nuevas, con un dibujo brillante de teteras, tazas y platillos, el tipo de estampado que mi madre jamás habría elegido. Aparté las cortinas, junto al «asiento de papá», y miré el ciprés del sendero y el castaño y sus flores desparramadas en una masa de capullos blancos sobre el techo ondulado.

Caminé hasta la habitación del medio, donde pensaba dormir. Por todas partes había ropa blanca y libros desparramados. Las dos habitaciones delanteras también estaban llenas de libros, periódicos, ropa vieja, y el dormitorio que solían usar nuestros padres parecía más ordenado. La cama de ese dormitorio tenía algo de ropa y el edredón de color rosa comprado a crédito varios años atrás a Calder Mackay, y delante de la chimenea que ya no se utilizaba había una estufa eléctrica de aspecto extraño, como una tubería de cobre. Abrí la puerta principal y contemplé la pendiente de hierba que conducía al viejo huerto, la pequeña cala y parte del «llano» al que mi hermano se había trasladado a una vieja casa y donde, según me habían dicho, vivía de vez en cuando tío Charlie, el hermano menor de papá. Me quedé en la entrada. Los escalones estaban llenos de hierbas. Recordé una ocasión en que la vaca se había acercado a la entrada y se había asomado al interior. El búho que vivía en el árbol alto, junto al lavadero, se asustó al notar una presencia humana y salió volando de su percha hasta el prado.

Mi regreso a casa fue tan triste y desolado como había imaginado, pero disfruté de la presencia del Mensajero de la Ciudad Espejo, ese ser expectante que ya me esperaba para guiarme a mi hogar de ficción. En muchas ocasiones había recibido y atesorado estos regalos de ficción. Ahora, desde mi hogar de la Ciudad Espejo sólo puedo seguir intentando envolver estos regalos en un lenguaje que satisface el oído y el corazón y las exigencias de la verdad. (Son los acontecimientos de la vida que no se reconocen fácilmente como leyendas y parte de los mitos los que dan la pauta del valor de un alquiler de por vida en la Ciudad Espejo; y es el descubrimiento de nuevas leyendas y mitos lo que sigue construyendo y renovando la ciudad.)

A medida que exploraba la casa me di cuenta de que había

olvidado, o nunca había sabido, cuestiones prácticas como conectar la electricidad, el agua, y el teléfono, y la gloria de mi «fama en el extranjero» quedó reducida cuando recibí una factura por la conexión del agua, y la comisión de energía puso en duda mi capacidad para pagar. En medio de la aparente amabilidad que se me había mostrado al regresar a casa, había olvidado que el mundo es un lugar cruel, y que Oamaru no era una excepción, y a pesar de todo lo que Oamaru daba y tomaba a través del agua —el embalse, el mar, los baños, las queridas calas y los estanques, incluso la fuerte corriente de agua que conocíamos como «el rápido de mar» que pasaba junto a la oficina de correos—, todo debía pagarse.

Encendí un fuego en la parte llana del terreno para quemar toda la basura que había recogido en la casa: periódicos viejos, recibos de varios años atrás. Lo leí todo antes de quemarlo o guardarlo. Quemé las cartas. Guardé los documentos que pensé que podían querer mi hermana y mi hermano, o yo misma, algunos que podían considerarse recuerdos, como los certificados académicos y de atletismo de Isabel y el recibo de su funeral, y otros recibos que aún conservaban tan vividamente la angustia producida por la factura que recordé el momento en que ésta había llegado y mamá se había echado a llorar preguntándose cómo íbamos a pagarla, pero que ya estaba pagada y olvidada; ¿cómo era posible que un trozo de papel con el membrete «Dr.[11] To» (siempre habíamos pensado que significaba *doctor*) provocara tanta angustia? Encontré el libro de la Star-Bowkett Building Society con el detalle de los pagos del préstamo para comprar Willowglen, y volví a oír el tono angustiado de mamá y de papá: «¿Dónde está el libro de la Star-Bowkett? ¿Le pagamos este mes a la Star-Bowkett? Cuando paguemos a la *Star-Bowkett*...» También estaban los recibos de Calder Mackay... todo pagado. Y los recibos locales: de MacDiarmid, Bulleid, la Politécnica, Hodge, Kerr, Jeffrey y Smith, Adams... todos los comerciantes que sin saberlo habitaban nuestra casa, estaban presentes en nuestras conversaciones y decidían el estado de ánimo de la familia.

Encontré un montón de cartas cuya letra no reconocí, y empecé a leerlas. Eran de una amiga de papá que vivía en otra ciudad. Hacía poco tiempo mi hermana me había hablado de ella, y me había dicho que era la mujer con la que papá pensaba casarse. Era ella quien había comprado las cortinas nuevas y las fundas de las almohadas. Había sido una buena compañía para papá, porque al parecer solía quedarse en Willowglen y ocuparse de las tareas de la casa y quizá ambos disfrutaban tomando una copa, porque encontré gran cantidad de botellas vacías. Sus cartas expresaban preocupación por la casa y los muebles. También mencionaba los regalos que mi padre le había hecho, algunos de los cuales había pedido en sus cartas.

A medida que leía, me sorprendí asumiendo el papel de mi madre, y escandalizándome al saber que «Curly», que jamás «probaba una gota de alcohol», había dejado *botellas de licor vacías* en la casa, que el amor que lo unió tan firmemente a lo largo de los años fuera desechado por esta relación «barata» con alguien que evidentemente buscaba un «amigo». Luego adopté la actitud de la hija agraviada: ¿Cómo se atrevía mi padre a abandonarnos por esta mujer? ¿Y cómo se atrevía ella a intentar reemplazar a nuestra madre? ¿Por qué papá nunca me había hablado de ella? Ni una sola palabra en todas esas cartas en las que me hablaba detalladamente de horas, fechas, costes, viajes, y de la situación del gobierno. De pronto me sentí sola, como una intrusa en mi propia familia.

Entonces, cuando la última carta quedó encendida y convertida en cenizas, vi a mi padre tal como había vivido, viudo y solo, aquejado por los ataques de una enfermedad no diagnosticada, siguiendo un tratamiento a base de lácteos para aliviar los dolores de estómago, haciendo el esfuerzo físico de recorrer todos los días en bicicleta la peligrosa carretera que bordeaba el mar hasta el otro lado del Instituto de Varones para ocuparse de la caldera del Hogar Presbiteriano, y regresando a una casa fría y oscura que evitaba la sombra de la cuesta sólo dos veces al día, a primera hora de la mañana, cuando el sol tocaba fugazmente los escalones de la entrada y se asomaba a la ventana de la habitación lateral, y más tarde, cuando rozaba el alféizar delantero, luego se apartaba y desaparecía detrás de los árboles; La escarcha de todo un día de sombra era terrible; y ni siquiera la magnífica ola de espuma de mar que producían las flores del peral de la puerta trasera podía reparar el espantoso frío que se adueñaba durante todo el invierno del exterior y el interior de la frágil casa de madera llena de corrientes de aire.

Me preparé la habitación del medio. Levanté el colchón del suelo y encontré un agujero en el cubrecama y dentro del mira— guano un nido de ratas peladas y rosadas, recién nacidas. No recuerdo cómo las eliminé.

Lavé la ropa de cama que encontré y la puse a secar en la cuerda que se extendía desde la parte más alta de la cuesta hasta el cobertizo de las manzanas, sobre el terreno llano. Levanté un poco más la cuerda con el viejo puntal y oí el conocido chirrido a medida que la cuerda tiraba del soporte del árbol, el viejo roble que se encontraba junto al cobertizo de las manzanas, y cerca del cual mamá solía descansar antes de «abordar» el sendero de la empinada cuesta en dirección a la casa. Volví a imaginar la figura encorvada de mi padre, el saco de azúcar lleno de carbón del ferrocarril cargado a la espalda, las rodillas dobladas para aliviar el esfuerzo mientras subía con dificultad la cuesta que todos los años se volvía más empinada.

Y esa noche, con la casa limpia y la ropa de la cama seca, dormí en la habitación del medio. Me despertó el viento que soplaba entre los árboles, el silencio, el resplandor de las luces del tren expreso de la medianoche que giraba en la esquina, pasando por los jardines, en dirección al paso a nivel. Los árboles se agitaban con el viento y los búhos cantaban entre las ramas. Y por la mañana me despertaron los gorjeantes periquitos.

Decidí que no me quedaría en Willowglen. Esa misma mañana iría caminando a la ciudad para reservar mi pasaje de regreso a Auckland, y cuando hubiera elegido esas posesiones que consideraba «recuerdos» para los miembros de mi familia, abandonaría Oamaru.

Aunque el camino ya recorrido es un tópico de la realidad y de la ficción, no puedo dejar de dar rienda suelta a mis recuerdos. Fue delicioso bajar a la ciudad por Chelmer Street, mientras recordaba tiempos pasados pero no mejores. También Chelmer Street, con las cuestas empinadas que daban al norte, tenía ese costado continuamente envuelto en las sombras, y algunos rayos de sol de la tarde caían sobre el costado que daba a los jardines. La calle estaba tan claramente dividida entre la zona de sol y la de sombra, que parecía haber sufrido un ataque de apoplejía que le había dejado un costado paralizado, y los elementos paralizantes eran la sombra y la escarcha.

Al llegar al final de la calle pasé junto a los Baños de la Ciudad y volví a experimentar, al ver el rojo apagado de los asientos colocados en hileras y sus listones alargados e incómodos, la sensación de la vieja gloria de «estar en los Baños», y luego recordé a mi hermana Myrtle ahogada, el prudente distanciamiento y la forma en que los baños habían desaparecido de mi vida, y que luego consideré que eran un lugar desconocido y odioso, como si se hubiera tratado de un vecino amable que se había convertido en un enemigo que quedaba impune a pesar del crimen cometido. Al recordar la serie de sentimientos que había experimentado con respecto a los Baños, sólo sentí la tristeza que me provocaba el rojo apagado de los asientos, ese rojo de techo de hierro, de casilla de ferrocarril, de vagón de ferrocarril, de estación de ferrocarril que había teñido mi vida como parte del arco iris de mi infancia.

Atravesé el parque Takaro, donde el circo solía montar su carpa y un zoo de pacotilla se extendía en una hilera de jaulas colocadas bajo otra lona; y allí estaba el viejo edificio que solíamos llamar la Escuela Media, en la que enseñaban materias técnicas, y que de día siempre estaba desierta. Recordé que cuando pasaba por allí solía sentir un estremecimiento de curiosidad y extrañeza al verla tan desierta y ver las altas ventanas y las cuerdas colgadas e intactas durante el día; era un tipo de escuela neutral, un territorio intermedio que poseía cierta

imparcialidad y estaba entre las feroces rivalidades de la escuela del norte y la del sur. Pasé junto a la cala Oamaru y junto a ese pequeño cobertizo de piedra que aún consideraba como la Morgue; y junto al verde rápido que me recordaba una presa y a Maggie Tulliver y *The Mill on the Floss.*

Mientras hacía la cola en la oficina de correos, algunas personas se acercaron a hablarme y a darme la bienvenida a Oamaru; a algunas las conocía, y otros eran desconocidos que habían visto mi foto en el periódico. Una mujer me dijo que ella estaba en Waitaki cuando yo estudiaba allí. La miré atentamente. «Oh, sí», y en mi mente surgieron las rígidas clasificaciones: buena en matemáticas, pesada y no muy buena en educación física. Vive en el campo, en una granja de ganado lanar de nombre estrafalario. Las maestras hablan con deferencia de la granja de ganado. Nosotras nos volvemos locas de envidia.

Pasamos un rato hablando. Me dio noticias de mis compañeras de clase. «Oh. Qué interesante. No lo sabía. Sí. Oh.»

Pasé junto a la pequeña oficina de telégrafos; vi la oficina de la Seguridad Social y recordé el horror y la vergüenza que sentía cuando entraba subrepticiamente para presentar mi certificado médico con su reveladora descripción, *Esquizofrenia*, y cobraba el subsidio por enfermedad durante mi breve estancia en Oamaru. Recordé que al salir de esa oficina solía sentir que se había acabado todo lo bueno del día, que sabía que era una persona «rara» y peculiar, y que quería que la tierra me tragara. Me sentía sucia, mis ropas parecían las de un enfermo mental, y mis zapatos toscos.

Me permití el lujo de recordar estos sentimientos y de saber que en el lenguaje mágico del mundo de la competición —*esta vez*— todo era diferente. Ahora no necesito ir a la oficina de la Seguridad Social, donde el hombre que estaba detrás de la ventanilla de rejas me miraba de hito en hito para saber si mi esquizofrenia era visible.

Regresé a Willowglen cruzando los Jardines de la Ciudad y vi la placa en la que se leía *Sociedad de Embellecimiento de Oamaru*. Pasé junto al almacén de helechos y los vi, con sus vellosas ramas apoyadas contra las ventanas empañadas, y recordé que de niños solíamos ir a verlos sólo para estar en contacto con la humedad, el verdor y el olor, y vivir la experiencia de estar en la tierra y tener el mundo al alcance de la mano. Fui hasta el otro lado de Lovers' Lane, el paseo escondido, con sus senderos bordeados de árboles, pasando junto al campo de juegos de los niños, con los subibajas, los columpios y el tiovivo que solían marearme tanto que nunca podía jugar en ellos. Y allí estaba el estanque de los niños, y el oscuro lago en el que vivían los patos y los cisnes, el enorme cisne blanco del pico color naranja y los ojos embotados, y recordé que solía pensar en los Siete Hermanos, que se convertían en cisnes pero no tenían magia suficiente para convertir al

más joven, que tenía sólo un ala y no podía volar. Y yo siempre había pensado que la magia era magia, sin límites.

Más tarde fui a buscar los recuerdos. Me senté entre los libros desparramados, libros de la familia, libros de historia comprados por mi madre, que siempre se interesaba por la historia, libros «picantes», y premios de Waitaki. Elegí los premios de la escuela de mi hermana Isabel, los libros de Navidad, los de Londres, mi *David Copperfield* de la Escuela Normal y los premios de la escuela; la colección de plantas autóctonas de Isabel. Para June y su familia, el libro de papá sobre las moscas de pesca, la brillante caña con estuche que había ganado en una competición de pesca y que nunca había usado porque prefería hacerla él mismo; varios libros; platos, tapetes y el viejo reloj de cocina que tenía los dragones alrededor de la esfera de cristal. Para mí, un par de mantas viejas, el edredón, las pinturas de papá —separando algunas para mi hermano—, las pinturas de tía Polly y tía Isy, la cornamusa, el cubrecama cosido por papá con la colección de tejidos utilizados para chaquetas deportivas en toda Nueva Zelanda, y que usaba tía Isy en la fábrica Ross y Glendining. En mi equipaje cabían muy pocas cosas más. No tenía dónde vivir. Mi hermano haría buen uso de los demás «tesoros» de la familia.

Allí sentada, eligiendo y apartando los patéticos vestigios de una vida familiar, aún podía percibir su valor, la necesidad que tenía de ellos, la necesidad que los demás tenían de conservarlos como recuerdo. Cada objeto seguía vivo con su ayer. Quería abrazarlos, incluso los libros; y cuando finalmente los guardé, miré con pesar aquellos que me veía obligada a dejar: el largo banco de pino donde solíamos sentarnos a comer y en el que también se habían sentado mi padre y sus hermanas y hermanos y que, como nosotros, solían poner boca abajo para usarlo como canoa. La mesa del comedor que sólo se utilizaba en ocasiones especiales en Edén Street, pero que en Willowglen sólo cabía en la pequeña cocina; la habíamos usado como mesa de Navidad y Año Nuevo, para leer la Biblia los domingos, para acomodar a las visitas; la bolsa de cuero de papá que él había cosido mientras mirábamos fascinados cómo recortaba el cuero crudo, daba forma a la bolsa, la teñía y finalmente la cosía, pasando primero la hebra por un trozo de cera de abejas. Guardé algunas de las cucharas y plomos que usaba para pescar salmones sólo porque también habíamos participado en su confección, observando (viendo y no oyendo) mientras papá se inclinaba sobre el hornillo con los plomos en el pequeño cazo y el temido «espíritu de sal».

Después de echar una última mirada a la casa, abrí el cajón de la máquina de coser, donde solían guardarse las balas; aún había dos o tres, brillantes, puntiagudas, como cohetes de bronce. «No toquéis las balas», solían decir nuestros padres. Nosotros sentíamos curiosidad y

las tocábamos a menudo, y jugábamos con ellas poniéndolas en orden a lo largo del soporte veteado y barnizado de la máquina.

Y así, con mi puñado de tesoros de Willowglen, cogí el tren y el transbordador con destino a Auckland.

24. Sólo para contentar al Mensajero

Los tesoros soñados y vistos en su propio entorno son diferentes cuando se los aparta de él. Llegué a la casa de los Gordon en Northcote con una montaña de porquerías: un atado de ropa de cama deshilachada, un viejo reloj de cocina roto, una cornamusa desportillada y sin lengüeta, un libro manchado sobre moscas de pescar que evidentemente sólo podía estar entre las manos de mi padre, o guardado como un billetero en el bolsillo exterior de su bolsa de pescar; un plato dorado de cristal tallado en el que mamá solía preparar las gelatinas para Navidad y Año Nuevo y que nosotros mirábamos a contraluz para ver los reflejos dorados; un zapatito de porcelana azul oscura que solía estar en la repisa de la chimenea y que contenía un surtido de agujas, botones y clips. El único objeto de valor era la caña de pescar nueva en su flamante estuche barnizado y el ventilador de aire caliente. En la elegante y flamante casa de los Gordon («diseñada por un arquitecto»), con sus «chillas de cedro», su «terraza en voladizo» y su «vista de Rangitata», esos tesoros parecían patéticos. Salvo el plato de cristal tallado, el zapato de porcelana y el calentador (que le regalé a Frank Sargeson junto con el cubrecama de tela de chaqueta), quedaron arrumbados en el garaje, donde había quedado guardada una de mis maletas mientras yo me encontraba de viaje en el extranjero. Al regresar y abrir la enmohecida maleta, había percibido el vapor de la desdicha pasada que se elevaba desde los restos azul oscuro y verde oscuro de faldas y jerseys, el vestido de verano de tela brillante (de color azul oscuro, con un estampado de estrellas titilantes), y las páginas mecanografiadas de viejos poemas y cuentos apretados en el desfiladero del ayer.

El reloj de cocina con los dragones, las viejas colchas quedaron sin hogar entre otros objetos, hasta que uno o dos encontraron un lugar en la casa de muñecas de mi sobrina Pamela, donde revivieron, a gusto entre tés y conversaciones de fantasía. Recuerdo la ira y la impresión que sentí cuando me di cuenta de que los tesoros que había rescatado eran tratados con negligencia, maltratados, y no se les asignaba un lugar digno; luego me reí de mí misma, al darme cuenta de que incluso en mis viajes a la Ciudad Espejo yo había secuestrado tesoros alejándolos de su hogar, colocándolos en escenarios desconocidos, cambiando su propósito, y en algunos casos destruyéndolos para convertirlos en tesoros propios, como hacía mi

sobrina en su casa de muñecas. Y aquí estaba, también yo atrapada en uno de los grandes temas de la ficción: el regalo, el que regala, el receptor y la cosa recibida, un tema tan básico que está encajado en la gramática y la sintaxis del lenguaje en el que reposa como una trampa o un rayo de luz.

Al escribir esta autobiografía he ido retrocediendo a cada año de mi vida para recoger los tesoros de mi experiencia, y los he dejado en su hogar, en su sitio. En mis anotaciones he regresado a Nueva Zelanda, donde me ha sido concedida la Beca de Letras para 1964, que me permite escribir sin preocupaciones financieras durante un año, y en 1965 me convierto en miembro del consejo de gobierno de la Universidad de Otago, donde puedo comprar una casa por mil doscientas libras... mi escritura continúa viva, expresándose. Al intentar proteger y devolver a su sitio los tesoros de mi pasado reciente, descubro que —al igual que Pamela en su casa de muñecas, alfombrando el suelo con viejos tesoros, sirviendo el té en las tazas arrancadas de su hogar pero transformadas en su nuevo escenario— prefiero llevar mis tesoros a mi hogar, a mi casa de muñecas, la Ciudad Espejo. Es el Mensajero quien me urge a hacerlo, e incluso ahora, mientras escribo, el Mensajero de la Ciudad Espejo espera ante mi puerta y mira ávidamente mientras sigo recogiendo los datos de mi vida. Y me someto a Jos deseos del Mensajero. Sé que la continua existencia de la Ciudad Espejo depende de las sustancias transportadas hasta allí, y que el expectante Mensajero pregunta: «¿Quieres que crezca la Ciudad Espejo? ¿Recuerdas tu visita, esa maravillosa visión por encima del tiempo y el espacio, la transformación de los hechos e ideas corrientes en un reluciente palacio de espejos? ¿Qué importancia tiene que cuando hayas partido de la Ciudad Espejo con tus tesoros nuevos e imaginados éstos se hayan desvanecido a la luz de este mundo, que en su instrumento de lenguaje hayan adquirido imperfecciones que tú nunca quisiste para ellos, que hayan perdido el significado que alguna vez parecieron irradiar haciendo que tu corazón se agitara con la alegría de descubrir la frase o la cadencia que correspondía, la total penetración? Ten cuidado. Tu pasado reciente te rodea, aún no ha sido transformado. No quites aun lo que pueden ser los cimientos de un palacio en la Ciudad Espejo.»

Y yo imploro: «Déjame escribir sobre otros viajes, sobre el modo de vida de una escritora en Nueva Zelanda, sobre mi regreso a Dunedin y a la universidad, sobre libros escritos y libros pensados, de los amigos nuevos y de los que siguen siéndolo. Sólo una vez, rápidamente, déjame mirar las nubes que surcan el cielo del valle de Dunedin, ese cielo inmenso que se extiende por encima de las colinas, en el que cada nube va a alguna parte en una estela de humo blanco o negro, perseguida por la tormenta, el viento, el sol. Y déjame

describir...»

«Queda mucho por hacer», dice el Mensajero mirando por encima de mi hombro, mientras veo mentalmente las nubes del cielo de Dunedin. «¿Y qué ciudad es esa que brilla al otro lado del valle?», pregunta el Mensajero.

Miro con expresión triunfante.

«Es Dunedin. Allí nací. Déjame escribir sobre mi vida allí, de cómo hice amigos y escribí libros, me fui al norte para vivir junto al mar, viajé a otras ciudades con otras nubes y otros cielos.»

«¿Dunedin, dices? Es la Ciudad Espejo. Sabes que ha llegado el momento de guardar en tu equipaje este montón de años y emprender el viaje a la Ciudad Espejo.»

Miro con más atención la ciudad forjada por mi mente. Y vaya, *es* la Ciudad Espejo, no es Dunedin, ni Londres, ni Ibiza ni Auckland, ni ninguna otra conocida. Es la Ciudad Espejo la que se alza ante mis ojos. Y el Mensajero aguarda.

notes

Notas a pie de página

[1] Juego de palabras intraducible. En inglés, *island* = isla; is-land = tierra del es.

[2] En inglés *ball* puede ser tanto «baile» como «pelota», (*N. de T.*)
[3] En español, en el original.

[4] YWCA: Young Women Christian Association (Asociación Cristiana Femenina).

[5] Juego de palabras con la palabra francesa *pain* (pan) y la palabra inglesa *pain* (dolor).

[6] Chalk significa, literalmente, tiza, creta.

[7] *Primrose* significa, literalmente; *prímula*.

[8] *Fortress* significa, literalmente, *fortaleza.*
[9] World's End significa, literalmente, *fin del mundo.*
[10] *Eye* significa *ojo.*
[11] Dr. es la abreviatura de *doctor*, y también de *deudor.*